Don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes

Puesto en castellano actual íntegra y fielmente por

Andrés Trapiello

Poco puede decirse del Quijote que no se haya dicho ya. Obra culmen de la literatura universal y primera novela moderna, Cervantes ideó la historia de un hidalgo aldeano que enloquece de tanto leer novelas de caballerías y, como buen caballero andante, sale a los caminos con el noble afán de ayudar a los necesitados. Así, en compañía del afable y crédulo Sancho Panza, don Quijote participa en una serie de delirantes aventuras que provocarán la hilaridad del lector, ya que la vida que reproduce Cervantes es alegre, graciosa y dramática, a la vez que sana y optimista, a pesar de las vicisitudes de su existencia. Sin embargo, el Quijote es mucho más, pues constituye una lección magistral sobre la grandeza y la miseria de la condición humana.

De Pedro Salinas o Alfonso Reyes adaptando el *Cantar de Mio Cid* a Camilo José Cela o Soledad Puértolas haciendo lo propio con *La Celestina*, el Quijote de Trapiello forma parte de una larga tradición de versiones modernas de los clásicos hispanos. El matiz lo pone esta vez la condición de icono de la novela publicada por Cervantes en dos partes en 1605 y 1615, una obra que llegó a ser lectura obligatoria en las escuelas españolas merced a una ley de 1920. Que esa directiva contara con el apoyo de Unamuno —autor de *Vida de don Quijote y Sancho*— y con el rechazo de Ortega y Gasset —que se había estrenado como filósofo en 1914 con *Meditaciones del Quijote*— ilustra bien el voltaje de cualquier discusión en torno a las aventuras del hidalgo manchego.

Si por su halo de intocable Andrés Trapiello compara la obra de Cervantes con la Constitución, ambas son también comparables por las pasiones que levantan. Consciente del carácter inflamable de algunas decisiones, Mario Vargas Llosa recuerda en su prólogo a la versión de Trapiello la polémica que incendió el París de los años sesenta cuando André Malraux, ministro de Cultura, ordenó limpiar las fachadas de los edificios más famosos de la ciudad, de Notre Dame al Louvre. Los que al principio consideraron una «herejía» quitar a aquellas piedras una pátina de siglos terminaron, asegura el Nobel peruano, rindiéndose a la operación de rejuvenecimiento.

Lectulandia

Miguel de Cervantes Saavedra

Don Quijote de la Mancha

Puesto en castellano actual por Andrés Trapiello

ePub r1.1
ElyDaniel 05.10.15

Título original: *Don Quijote de la Mancha*
Miguel de Cervantes Saavedra, (1605 - 1615)

Editor digital: ElyDaniel
ePub base r1.2

EL QUIJOTE, HOY

MARIO VARGAS LLOSA

En los años sesenta, cuando yo viví en París, André Malraux, ministro de Asuntos Culturales del general De Gaulle, provocó una ruidosa polémica con su decisión de *limpiar* las fachadas de todos los grandes edificios clásicos que albergaba Francia. Hubo violentas protestas de eruditos y académicos según los cuales era una verdadera herejía privar a los grandes monumentos históricos de la reverente pátina con que los habían recubierto los siglos. Sin embargo, tiempo después, cuando los tiznados y las manchas de polvo y mugre que los envolvían fueron desapareciendo y las maravillas arquitectónicas de Notre Dame, el Louvre, la Tour Saint-Jacques, los puentes sobre el Sena, aparecieron con su cara limpia y todos pudieron admirar en su esplendor primigenio la delicadeza de sus detalles, los logros y bellezas de esas joyas intemporales, prevaleció una suerte de unanimidad respecto a la sabia decisión del autor de *Las voces del silencio* de actualizar el pasado cultural y volverlo presente.

No me sorprendería que hubiera una polémica semejante en el mundo de la lengua española con la audaz empresa de Andrés Trapiello de la cual es resultado este libro. La suya ha sido una obra de tesón y de amor inspirada en su conocida devoción por el gran clásico de nuestra lengua. A lo largo de catorce años, a medida que leía y releía *El Quijote*, ha ido también, de manera cuidadosa y reverente, buscando equivalentes contemporáneos de palabras y expresiones a las que, por haberse distanciado de nosotros en el tiempo y el uso, el lector contemporáneo común y corriente no tenía ya acceso. En la versión de Trapiello la obra de Cervantes se ha rejuvenecido y actualizado, como el Louvre o Notre Dame, sin dejar de ser ella misma, poniéndose al alcance de muchos lectores a los que el esfuerzo de consultar las eruditas notas a pie de página o los vocabularios antiguos disuadía de leer la novela de Cervantes de principio a fin. Ahora podrán hacerlo, disfrutar de ella y, acaso, sentirse incitados a enfrentarse, con mejores armas intelectuales, al texto original.

Madrid, febrero de 2015

ALGUNAS RAZONES

ANDRÉS TRAPIELLO

A la memoria de la Institución Libre de Enseñanza
y de las Misiones Pedagógicas

Durante los catorce años que he tardado en pasar el *Quijote* de su castellano original al nuestro, me he acordado a menudo de la Institución Libre de Enseñanza y de las Misiones Pedagógicas. Los días que resultaba una tarea demasiado quijotesca, me decía por alentarme algo: «Ánimo, esto es lo que habría querido don Francisco Giner, en esto trabajaron las Misiones Pedagógicas; alguien ha de devolver a tantos lectores lo que es suyo, la savia y espíritu no solo de la literatura, sino de nuestra propia vida». Y recordaba a una gran parte de esos lectores, españoles e hispanohablantes, que, a diferencia de los de cualquier otra lengua a la que esté traducido, no han podido leer el *Quijote*, obligados a hacerlo en un castellano del siglo XVII que ni hablamos ni a menudo entendemos cuando lo leemos. «Cuántos de esos lectores —me decía también— habrán empezado su lectura una y mil veces, y para cuántos el mismo *Quijote* ha sido uno de esos molinos de viento cuyas aspas, quiero decir, cuyos hipérbatos, tiempos verbales y léxico arcaicos los descabalgan en cuanto se le acercan, rematándolos luego con alevosía las cuchilladas de mil notas a veces enfadosas y poco claras».

Lo dice muy bien Vargas Llosa en las palabras que abren esta edición, y antes Juan Ramón Jiménez, el amigo de Giner: «Cervantes es nuestro Homero, y al mismo tiempo, nuestro mar de lenguas, olas y ondas que hablan, como sirenas, en español, y para siempre, como habla el mar, para él mismo, siempre del mar, que también cambia de lengua, como cambia la lengua de los libros por transformación natural y la lengua de las bocas; y que un día, cuando acaso se haya transformado el español en otra lengua y tenga que traducirse como hoy el latín o el arábigo español, habrá que traducirla como un poeta pudiera traducir el mar, la lengua misteriosa del mar que parece tan clara y tan corriente».

Como a Pierre Menard, el personaje de Borges, me habría gustado que después de haberlo aderezado de nuevas, el *Quijote* siguiera aquí tal y como Cervantes lo escribió, sin haber cambiado ni una coma. Pero no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, habría dicho Sancho Panza. No se puede pasar el *Quijote* de ayer al de ahora sin dejar algunas cosas por el camino; unas no se echarán de menos, pero cómo no recordar aquel fabuloso «¡No milagro, milagro, sino industria, industria!».

El sino del *Quijote* es haber sido, desde su origen, un libro traducido. Cervantes

cedió a un proscrito, a un autor arábigo, Cide Hamete, la gloria de escribirlo, y le pidió a otro que encontró en el alcaná de Toledo que lo tradujera «a nuestro vulgar castellano». Vulgar no por zafio, sino por hablarlo la gente, el vulgo, en una época en la que el vulgo tampoco era vulgar, o al menos como lo es ahora. Y a eso vamos, a que ha habido que traerlo de aquel «castellano vulgar» al de ahora, acaso no tan expresivo como el de Cervantes, pero con el que hemos de vérnoslas para decir lo nuestro como él dijo lo suyo.

¿Hablamos aún la lengua de Cervantes? Sí y no. Por suerte estamos mucho más cerca de ella que un griego actual del de la *Ilíada*, o que lo están del latín, del que proceden, las lenguas romances. Pero en estos cuatro siglos el idioma español, siempre vivo, se ha movido, y ese ha sido precisamente uno de los escollos de mi trabajo, enfrentarme al deslizamiento de significado de no pocas palabras, tiempos verbales y giros.

Ejemplo de esas palabras es *discreto*, en época de Cervantes juicioso, inteligente, agudo, prudente, sagaz, y también discreto. El lector de entonces sabía interpretarla, acentuarla, diríamos, conforme al contexto, de una manera o de otra, y lo mismo ocurre con muchas más que usamos en sentido muy distinto (*liberal* o *puntual*, por ejemplo). Algunas incluso ni siquiera existían en tiempos de Cervantes y una errata en el *Quijote*, libro sobre el que se estableció la norma de nuestra lengua, les dio carta de naturaleza; fue el caso de *lercha*, que pese a la oportuna restitución de Francisco Rico como *percha*, aquí sigue apareciendo como lercha, usada desde entonces, porque después de cuatro siglos esta palabra se ha ganado el indulto, siquiera como fantasma del majestuoso castillo que es el *Quijote*.

Los tiempos verbales, principalmente los subjuntivos, hoy desusados en buena medida, no son tampoco trabas menores que tiene que sortear un lector actual, al igual que el empleo de las preposiciones o el de un hipérbaton que tanto tiene de laberinto para nosotros. En cuanto al infinito número de refranes, giros y locuciones populares, en buena parte olvidados, siguen y seguirán siendo fuente de eternas controversias.

Yo sé que es muy difícil poner el *Quijote* en castellano actual al gusto de todos sus lectores, porque cada uno de nosotros trae un *Quijote* y un castellano propios en la cabeza. Si me hubiera sido posible, habría tenido en cuenta la opinión de todos, porque pensar que solo yo iba a tener las soluciones más atinadas sería de tontos. Por eso mismo no es una tarea que pueda acabar se nunca.

Cuántas vueltas habré dado a muchos pasajes de este libro, cuántas lo habré reescrito. Durante unos meses tal o cual frase me parecía bien de una forma, pero tras consulta con dos o tres amigos, acababa cambiándola y, pasado el tiempo, la volvía a cambiar. Solo sus doce primeras palabras, esas que se saben de memoria incluso los que no han leído el *Quijote* («En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme»), siguen tal cual, y si he vencido la tentación de traducir, como debiera, *lugar* por *pueblo* o *aldea*, o *no quiero* por *no llego a*, ha sido solo por comprender

que en ese comienzo memorable, como en el Partenón, está excusado cualquier arreglo.

El *Quijote* es, como tantos clásicos, más un libro estudiado que leído, pero si queremos que vuelva a ser una historia leída como lo fue en su tiempo («porque es tan clara que no hay nada en ella que resulte difícil: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran», dice el bachiller Sansón Carrasco), ha de tenerse muy en cuenta a quienes la han estudiado y editado concienzudamente. Sin ellos no es probable que nadie hubiera podido entenderlo cabalmente. Yo he tenido presentes unas cuantas ediciones, como es natural; citaré solo tres: Hartzenbusch (una especie de Sherlock Holmes dotado de un finísimo instinto), Rodríguez Marín (monumental siempre) y Rico (que tanto ha hecho para fijar el texto original). Aunque a veces no haya podido seguirla todo al pie de la letra que me habría gustado, ha sido la de este último la que me ha servido de pauta.

Los estudiosos del *Quijote* se han debatido siempre entre estos dos extremos: lo que está escrito (conforme a lo que se publicó en las *principes* y ediciones significativas) y lo que pudo haber querido decir Cervantes.

Esto último no es fácil de dilucidar en nadie; en Cervantes, menos que en ningún otro.

El *Quijote* es una novela tan hablada como escrita, y aunque a menudo lo primero que se marchita sea el habla, no invalida aquel «quien escribe como se habla irá más lejos y será más hablado en lo porvenir que quien escribe como se escribe», que decía Juan Ramón y que le viene a Cervantes como anillo al dedo. De modo que traducir el *Quijote* es devolverlo al habla nuestra, en la medida de lo posible, tratando de que vuelva a ser un libro tan hablado como escrito.

En la imprenta en la que entra don Quijote en Barcelona, le es presentado alguien que acaba de traducir un libro del italiano, y don Quijote cruza con él unas palabras, para acabar diciéndole: «Traducir de una lengua a otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, están llenas de hilos que las oscurecen y no se ven con la claridad y color del derecho; y traducir de lenguas fáciles ni requiere ingenio ni buen estilo, como no lo requiere el que copia ni el que calca un papel de otro papel. Y no por esto estoy diciendo que no sea loable este ejercicio de traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre que le trajesen menos provecho».

En esto último lleva razón, siempre hay cosas peores. Lo otro, el propio don Quijote se encarga de matizarlo dos o tres líneas después.

Ni que decir tiene que yo he dado a la lengua de Cervantes, a tenor de la dificultad de entenderla muchas veces, el tratamiento de una de las lenguas reinas. Quien pueda leer el *Quijote* en la suya original, a costa incluso de un pequeño esfuerzo, debe hacerlo. Le esperan sutilísimos matices, palabras y giros arcaicos con su sabor genuino y complejos usos verbales y modulaciones y fraseos que no podrá apreciar quien haya de leerlo en otro idioma. Por suerte, nuestro castellano es el más

próximo al de Cervantes, y eso nos permite quedarnos muy cerca de él, sin tener que ir a las Chimbambas, adonde ha visto uno que han tenido que irse todas las traducciones para hacerlo inteligible, a costa, claro, de la fidelidad y de su embrujo. Pero si queremos seguir hablando la lengua de Cervantes, es necesario hacer que don Quijote hable nuestra lengua.

Aunque esta no es la traducción de un filólogo, he procurado respetar el original, si no como un filólogo, al menos como un poeta. Quién sabe si alguno de mis vislumbres puedan servirle a alguien. Nada me gustaría tanto. El *Quijote* es una gran partitura en la que cada lector interpreta, y eso ha hecho uno, con el mayor respeto, desde luego: poner en ella mis propias cadencias. El ideal sería haber encontrado para cada línea soluciones como aquellas que Tomás Segovia y Carlos Pujol, excelentes poetas, excelentes traductores, encontraron al célebre «to be, or not to be, that is the question» de Shakespeare y al «Victor Hugo, ¡hélas!», respuesta de Gide a la pregunta de quién era el mejor poeta francés. Segovia tradujo: «Ser o no ser, de eso se trata», y Pujol: «Victor Hugo, ¡qué le vamos a hacer!». Hasta llegar a esas traducciones de suma excelencia, cuántos tanteos, cuántas aproximaciones insuficientes.

¿Los criterios de esta traducción? Ni son pocos, ni es sencillo exponerlos, ni probablemente interesen mucho. El principal ha sido siempre el de detenerse a tiempo. Habrá quienes se pregunten: ¿por qué ha traducido tal palabra o giro, y no tales otros; por qué aquí, y no allí? Por expresarlo al gusto de Cervantes, buen conocedor de naipes: en una traducción se corre siempre el riesgo de las siete y media, o te pasas o no llegas.

Los lectores en los que he pensado mientras traducía este libro se parecen mucho a esos que vemos en el metro, abismados en la lectura, como don Quijote en las suyas, de lo que puede ser el último *best seller*, un libro de aventuras o un tomo de *En busca del tiempo perdido*. Todos ellos tienen derecho a leer el *Quijote* de la misma manera fluida y sin tropiezos. ¿Cómo proceder entonces? He procurado hacerlo con tiento y de una manera orgánica, atendiendo al instinto cuando no había nada más fiable a mano. De ahí que no sea en absoluto infrecuente que una misma palabra (nos hemos referido a *discreto*, pero hay muchos más casos: *ciencia, razones, voluntad, cojín, sabio, huésped, admirar, humor, mohíno, correrse, excusar*…) haya sido traducida de manera distinta según el pasaje, mientras otras han quedado sin traducir por intraducibles (*busilis*), o por significativas (esos *fechos* y *fazañas* que siguen en boca de don Quijote por contribuir con ello a conservar los rasgos trasnochados del personaje), o por específicas (*ferreruelo, saboyana*), como específicas son *cabrestante* o *jarcia* en una novela de Salgari, Stevenson o Conrad. Para refranes, interjecciones y dichos ha hecho uno lo que todos los traductores del *Quijote*, buscar equivalencias vivas («pedir cotufas en el golfo», cuyo sentido pocos conocen ya, ha pasado a refranes en uso, «pedir peras al olmo» y «naranjas de la China») o tantear una reconstrucción aproximada («castígame mi madre y yo trómpogelas», tan

hermético, ha quedado en «ríñeme mi madre, por un oído me entra y por otro me sale»).

Algunas veces, también, se han corregido errores del autor o de los impresores, no la famosa pifia del rucio, sino minucias que Cervantes habría corregido de haber tenido sosiego, ganas y tiempo. Si dice él, en un desliz tan patente como insignificante, que «la primavera sigue al verano», ¿por qué no poner «a la primavera sigue el verano», saltándose el exceso de celo?; y si se dice que ha sido don Quijote quien ha dicho lo que dijo Sancho, ¿por qué no hacer que cada cual diga lo que dijo?

En cambio he dejado algunos «entró dentro», «salió fuera», «se apartó a una parte» o «los sucesos que allí me han sucedido», y unos pocos de esos «descuidos» que, a juicio de los entendidos, le afean tantísimo el estilo a Cervantes. ¿Por qué conservarlos? Por recordar a todos aquellos que ponen tanta ilusión en descubrírselos y afeárselos a los escritores de ahora que de menos nos hizo Dios.

Decía al principio de este prólogo que me había acordado muchas veces de los viejos institucionistas y de los jóvenes de las Misiones Pedagógicas que llevaban, en un camión, por los pueblos de la España republicana, las copias del Museo del Prado. No eran las pinturas originales, pero sirvieron para que muchas gentes conocieran por primera vez lo mejor de nuestra cultura y lo más noble del espíritu humano. Quiero creer que miles de lectores podrán venir por fin a encontrarse en este libro con el talante libérrimo y valiente de don Quijote, la socarronería y buen juicio de Sancho, la compasión con la que Cervantes miraba a todo el mundo y la discreción con la que todos ellos tratan de mejorarse y mejorarnos.

Es posible también que algunos pocos que presumen de leer el *Quijote* «en su prístino estado» encuentren que aquí se rebaja el original, y traten ellos de rebajar este sin resignarse a compartir con todo el mundo una finca, quiero decir un libro, que acaso creían de su exclusiva propiedad. «Felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original», dice don Quijote en aquella imprenta barcelonesa de ciertas traducciones de Cristóbal de Figueroa y Juan de Jáuregui. Algo me dice, sin embargo, que a los descontentadizos también les habría disgustado la traducción de este libro hecha por el mismísimo Cervantes, y se la hubieran leído con una lupa en una mano y la cimitarra de cortar pelos en tres en la otra.

Toca ya a su término este prólogo, pero no quiero dejarlo sin decirte esto. En el episodio de las aceñas o molinos de río, en el que una vez más don Quijote acaba no solo molido sino pasado por agua, el de la Triste Figura dice para sus adentros: «¡Basta! Convencer aquí a esta canalla de que por ruegos hagan algo virtuoso será predicar en el desierto. Y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro hizo que me atravesara. ¡Dios lo remedie!, que todo este mundo son intrigas y apariencias, contrarias unas de otras». A continuación Cervantes le hace decir a don Quijote: «Yo no puedo más». Es evidente que lo que don Quijote quería decir, y a Cervantes se le pasó por alto, era esto otro, bien diferente: «Yo más no puedo».

Solo por esa restitución doy por bien empleados estos catorce años de trabajo, que cierro también con un «yo más no puedo», contento y deseando se le den a uno alabanzas no por lo que tradujo, sino por lo que he dejado de traducir.

Madrid, 20 de febrero de 2015

AGRADECIMIENTOS: A Miriam Moreno, que ha visto siempre a don Quijote como a otro más de la familia, y a Rafael y a Guillermo, por lo mismo. A este último, además, por vestirlo por fuera, lo mismo que a Alfonso Meléndez, que lo vistió por dentro. Y a Pedro García Montalvo, oído finísimo para todo lo del habla, y a Eloy Sánchez Rosillo, que tuvo a su cuidado los versos que aparecen aquí. A Mario Vargas Llosa, por sus palabras tan generosas como providenciales. A mis editores, Emili Rosales, Silvia Sesé y Anna Soldevila, que han puesto en este libro la fe que don Quijote puso en todo lo de «la andante caballería». A Francisco Rico, *¡hélas!*, y a Juan Marqués, al quite cuando se le necesita. Y, en fin, a Gabriel García Santos, cuyos magníficos hallazgos exceden siempre la tarea de un corrector de texto.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(1605).

AL DUQUE DE BÉJAR

MARQUÉS DE GIBRALEÓN, CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑARES, VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS

Como muestra de la buena acogida y honra que hace Vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se someten al servicio e inclinaciones del vulgo, he decidido sacar a la luz *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico lo reciba con agrado en su protección, para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose aparecer sin temor en el juicio de algunos que, no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; confío en que la prudencia de Vuestra Excelencia, poniendo los ojos en mi buen deseo, no desdeñe la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PRÓLOGO

Desocupado lector: podrás creerme sin tener que jurarlo que querría que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más juicioso que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir el orden de la naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, mustio, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados por ningún otro, como engendrado que fue en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido su morada? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes y la quietud del espíritu ayudan mucho a que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que lo colmen de maravilla y de contento. Suele pasar que un padre tiene un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por finuras y lindezas y las cuenta a sus amigos como si fuesen agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote, no quiero ir con la corriente al uso, ni suplicarte casi con lágrimas en los ojos, como hacen otros, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que vieras en este hijo mío; que ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que «debajo de mi manto, al rey mato», todo lo cual te exime y hace libre de todo respeto y obligación; y así, puedes decir de la historia lo que te parezca, sin temor de que te amonesten por lo mal ni te premien por lo bien que vayas a hablar de ella.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato del prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que suelen ponerse al principio de los libros. Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno ha sido mayor que este prólogo que estás leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirlo, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una vez suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el escritorio y la mano en la mejilla, pensando lo que iba a decir, entró de pronto un amigo mío, gracioso y muy entendido. Viéndome tan pensativo, me preguntó la causa, y le dije, sin encubrírsela, que pensaba en el prólogo que tenía que hacer para la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que no quería hacerlo, pero tampoco sacar a la luz las hazañas de tan noble caballero sin él.

—Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea, al cabo de tantos años como hace que duermo en el silencio del olvido, que salgo ahora, con todos mis años a cuestas, con un libro seco como el esparto, ajeno de invención, menguado de estilo, pobre de

conceptos y falto de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en los márgenes y sin anotaciones al final del libro, como veo que llevan otros libros, aunque sean de ficción y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los lectores, teniendo a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? ¿Y qué cuando citan la Divina Escritura? No dirán sino que son unos Santo Tomás y otros doctores de la Iglesia. Y guardan en esto una adecuación tan perspicaz, que en un renglón pintan a un enamorado extraviado y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oírlo o leerlo. De todo esto carecerá mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar al final, ni menos aún sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, en orden alfabético, comenzando por Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque uno fuese maldiciente y el otro pintor. También carecerá mi libro de sonetos al principio, por lo menos sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque si se los pidiese a dos o tres amigos del oficio, yo sé que me los darían, y tales, que no los igualarían los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mío —proseguí—, he decidido que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo disponga quien lo adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi incompetencia y pocas letras, y porque soy por naturaleza poltrón y perezoso para andarme buscando autores que digan lo que yo sé decir sin ellos. De ahí, amigo, esta indecisión y ensimismamiento en que me habéis encontrado, siendo causa de sobra para ello lo que acabo de deciros.

Después de oír esto, mi amigo se dio una palmada en la frente y soltando una carcajada me dijo:

—Por Dios, hermano, acabo de desengañarme ahora de un engaño en el que he estado todo el mucho tiempo que hace que os conozco, en el que siempre os había tenido por juicioso y sensato en todos vuestros actos. Pero ya veo ahora que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo que es posible que cosas de tan poca monta y tan fáciles de remediar puedan ser capaces de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper y atropellar otras dificultades mayores? A fe mía que esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos desbarato todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid —le repliqué yo, oyendo lo que me decía—, ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusión?

—Lo primero en lo que reparáis —me dijo—, lo de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que deberían ser de personajes graves y de

título, se puede remediar solo con que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos. Después podéis bautizarlos y ponerles el nombre que queráis, atribuyéndoselos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quienes yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas. Y en el caso de que no lo hubiesen sido y haya algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren por esta verdad, no se os importe ni dos maravedís, porque, aunque os averigüen la mentira, tampoco van a cortaros la mano por escribirlos. En lo de citar en los márgenes los libros y autores de los que saquéis las sentencias y dichos que pongáis en vuestra historia, basta con poner algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o que al menos no os cueste mucho trabajo buscarlos. Por ejemplo, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.
(«La libertad no ha de venderse ni por todo el oro del mundo»).

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o al que lo dijo. Si trataseis del poder de la muerte, recurrid al punto a un

Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.
(«La pálida muerte pisa por igual las chozas de los pobres y los alcázares de los reyes»).

Si de la amistad y el amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraos de inmediato en la Escritura Divina, que lo podéis hacer con algún cuidado, diciendo palabras, como poco, del mismo Dios: «Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros». («Por el contrario, yo os digo: amad a vuestros enemigos»). Si tratáis de malos pensamientos, acudid al Evangelio: «De corde exeunt cogitationes malae». («Del corazón salen los malos pensamientos»). Si de la inconstancia de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos. Tempora si fuerint nubila, solus eris.
(«Mientras seas dichoso, contarás con muchos amigos, pero si se nublan los tiempos, te hallarás solo»).

Y con estos latinicos y otros parecidos, por lo menos os tomarán por gramático, que el serlo hoy en día no es cosa de poca honra y provecho. En cuanto a poner anotaciones al final del libro, lo podéis hacer de esta manera sin ningún temor: si nombráis algún gigante en él, haced que sea el gigante Golías, y solo con esto, que no os costará casi nada, ya tenéis una gran anotación, pues podéis poner: «El gigante Golías, o Goliat, fue un filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada en

el valle de Terebinto, según se cuenta en el Libro de los Reyes…», y ponéis el capítulo donde está. Tras esto, y para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo que en vuestra historia se nombre el río Tajo, y os veréis entonces con otra famosa anotación, poniendo: «El río Tajo fue nombrado así por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y según se dice tiene las arenas de oro», etc. Si trataseis de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de corrido; si de mujeres rameras, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará un gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará a Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene a Calipso y Virgilio a Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará a sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si trataseis de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua italiana toparéis con León Hebreo, que colmará vuestros deseos. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso llegase a desear en tal materia. En resumidas cuentas, basta con que procuréis nombrar estos nombres, o tocar en la vuestra estas historias que acabo de decir, y dejadme a mí el encargo de poner las anotaciones y acotaciones, que juro que os llenaré los márgenes y gastaré cuatro pliegos al final del libro. Vengamos ahora a las citas de los autores que tienen los otros libros, y que os faltan en el vuestro. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pondréis en vuestro libro ese mismo abecedario, y aunque se vea a las claras el fraude, por la poca necesidad que teníais de aprovecharos de ellos, no importa nada, y quizá alguno haya tan simple que crea que os habéis aprovechado de todos en la simple y sencilla historia vuestra; y si no sirve para nada ese largo catálogo de autores, por lo menos servirá para dar de improviso autoridad al libro. Y además, no yéndole nada en ello, no habrá nadie que se ponga a averiguar si los seguisteis o no los seguisteis. Cuanto más que, ahora que caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de esas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de los que nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada san Basilio, ni conoció Cicerón, y ni el rigor de la verdad ni las observaciones de la astronomía caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates, ni tienen importancia en él las medidas geométricas, ni la refutación de los argumentos de que se sirve la retórica, ni tiene por qué predicar a nadie, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla del que no se ha de vestir ningún entendimiento cristiano. Solo tiene que aprovecharse de la imitación al escribir, que, cuanto más perfecta sea, tanto mejor será lo que se escriba. Y pues este vuestro libro no quiere más que deshacer la autoridad y cabida que tienen en el mundo y en el vulgo los libros de caballerías, no hay por qué andar mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, y sí procurar

que vuestro alegato y discurso sonoro y festivo salgan a la llana, con palabras significativas, honestas y bien colocadas, pintando vuestra intención en todo lo que alcancéis y sea posible, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos ni oscurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, le entre la risa al taciturno y el risueño la acreciente, el simple no se aburra, el sensato se admire de la invención, el serio no la desprecie y el prudente no deje de alabarla. En fin, llevad la mira puesta en derribar la traza mal fundada de estos libros caballerescos, aborrecidos por tantos y alabados por muchos más; que si esto alcanzáis, no habréis alcanzado poco.

Estuve escuchando con un gran silencio lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin discutírselas, las aprobé por buenas y con ellas quise hacer este prólogo, en el que verás, amable lector, el buen juicio de mi amigo, la buena ventura mía en hallar tal consejero en tiempo tan necesitado, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, quien en opinión de todos los vecinos del distrito del campo de Montiel, fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago dándote a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas.

Y con esto Dios te dé salud y a mí no me olvide. *Vale*.

URGANDA LA DESCONOCIDA AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Si de allegarte a los buenos,
tuvieses, libro, el cuidado,
no te dirá el ignorante
que no pones bien los dedos.
Mas si el pan no se te cuece
por ir a manos de indoctos,
verás de manos a boca
aun no dar una en el clavo,
si bien se comen las manos
por mostrar que saben mucho.

Y pues la experiencia enseña
que el que a buen árbol se arrima
buena sombra le cobija,
en Béjar tu buena estrella
un árbol real te ofrece
que da príncipes por fruto,
en el cual floreció un duque
que es nuevo Alejandro Magno;
llega a su sombra, que a osados
favorece la fortuna.

De un noble hidalgo manchego
contarás las aventuras,
a quien ociosas lecturas
trastornaron la cabeza;
damas, armas, caballeros,
le provocaron de modo
que, cual Orlando furioso,
templado a lo enamorado,
alcanzó a fuerza de brazos
a Dulcinea del Toboso.

No indiscretos jeroglíficos
estampes en el escudo,
que, cuando es todo figura,

con cartas pobres se apuesta.
Si al ofrecerlo te humillas,
no dirá nadie por mofa:
«¡Qué don Álvaro de Luna,
qué Aníbal el de Cartago,
qué rey Francisco en España
se queja de la fortuna!».
Pues al cielo no le plugo
que fueras tan instruido
como el negro Juan Latino,
hablar latines rehúsa.
No te me pases de listo,
ni me alegues con filósofos,
porque, torciendo la boca,
dirá quien advierta el truco,
muy cerca de tus orejas:
«¿Para qué conmigo trampas?».
No te metas en dibujos,
ni en saber vidas ajenas,
que en lo que no va ni viene
pasar de largo es cordura,
que suelen darle en lo alto
a los que van de graciosos;
mas tú quémate las cejas
solo en cobrar buena fama,
que el que imprime necedades
nunca puede ya enmendarlas.
Advierte que es desatino,
si es de vidrio tu tejado,
tomar piedras en las manos
para tirar al vecino.
Deja que el hombre de juicio
en las obras que compone
se ande con pies de plomo,
que el que saca a luz papeles
para decir fruslerías
escribe a tontas y a locas.

SONETO DE AMADÍS DE GAULA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Tú, que imitaste la llorosa vida
que tuve, ausente y desdeñado sobre
el gran ribazo de la Peña Pobre,
de alegre a penitencia reducida;
tú, a quien los ojos dieron la bebida
de abundante licor, aunque salobre,
y alzándote la plata, estaño y cobre,
te dio la tierra en tierra la comida,
vive seguro de que eternamente,
en tanto, al menos, que al rayar el alba
sus caballos aguije el rubio Apolo,
tendrás claro renombre de valiente;
tu patria será en todas la primera;
tu sabio autor, al mundo único y solo.

SONETO DE DON BELIANÍS DE GRECIA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rompí, corté, abollé, y dije e hice
más que en el orbe caballero andante;
fui diestro, fui valiente, fui arrogante;
mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas di a la Fama que eternice;
fui comedido y regalado amante;
fue enano para mí todo gigante,
y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve a mis pies postrada la Fortuna,
y trajo del copete mi cordura
a la calva Ocasión atareada.

Mas, aunque sobre el cuerno de la Luna
siempre se vio encumbrada mi ventura,
¡oh gran Quijote!, envidio tus hazañas.

SONETO DE LA SEÑORA ORIANA A DULCINEA DEL TOBOSO

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
por más comodidad y más reposo,
a Miraflores puesto en el Toboso,
y trocara sus Londres con tu aldea!
¡Oh, quién de tus deseos y librea
alma y cuerpo adornara, y del famoso
caballero que hiciste venturoso
mirara alguna desigual pelea!
¡Oh, quién tan castamente se escapara
del señor Amadís como tú hiciste
del comedido hidalgo don Quijote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
y fuera alegre el tiempo que fue triste,
y gozara los gustos sin pagarlos.

SONETO DE GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADÍS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
cuando en el trato escuderil te puso,
tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada o la hoz poco repugna
al andante ejercicio; ya está en uso
la llaneza escudera, con que acuso
al soberbio que intenta hollar la Luna.
Envidio a tu jumento y a tu nombre,

y a tus alforjas igualmente envidio,
que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ¡oh Sancho!, tan buen hombre,
que solo a ti nuestro español Ovidio
con pescozones te hace reverencia.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, A SANCHO PANZA

Soy Sancho Panza, escudero
del manchego don Quijote;
puse pies en polvorosa,
por vivir a lo discreto,
que el prudente Villadiego
toda su razón de estado
cifró en una retirada,
según siente *Celestina*,
libro, en mi opinión, divino
si encubriera más lo humano.

Y A ROCINANTE

Soy Rocinante, el famoso
bisnieto del gran Babieca;
por pecados de flaqueza
fui a poder de un don Quijote;
parejas corrí sin fuerzas;
mas por no ser diligente
no se me escapó cebada,
que aventajé a Lazarillo
cuando, para hurtar el vino
al ciego, le di la paja.

SONETO DE ORLANDO FURIOSO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Si no eres par, tampoco lo has tenido:
que par pudieras ser entre mil pares;
ni puede haberlo donde tú te hallares,
invicto vencedor, jamás vencido.
Orlando soy, Quijote, que, perdido
por Angélica, vi remotos mares,
ofreciendo a la Fama en sus altares
aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
se debe a tus proezas y a tu fama,
puesto que, como yo, perdiste el seso.
Me igualarás tú a mí, si al moro altivo
y al bravo escita domas, que hoy nos llama
iguales en amor con mal final.

SONETO DEL CABALLERO DEL FEBO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

A vuestra espada no igualó la mía,
Febo español, curioso cortesano,
ni a la alta gloria de valor mi mano,
que rayo fue do nace y muere el día.
Imperios desprecié; la monarquía
que me ofreció el Oriente rojo en vano
dejé, por ver el rostro soberano
de Claridiana, aurora hermosa mía.
La quise por milagro único y raro,
y, ausente en su desgracia, el propio infierno
temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, noble Quijote, ilustre y claro,
por Dulcinea sois al mundo eterno,
y ella, por vos, famosa, honesta y sabia.

SONETO DE SOLISDÁN A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Aunque, señor Quijote, las sandeces
os tengan el cerebro derrumbado,
nunca seréis de alguno reprochado
por hombre de obras viles y soeces.
Serán vuestras hazañas los jueces,
pues remediando infamias anduvisteis,
siendo en mil ocasiones golpeado
por traidores malvados y ruines.
Y si la vuestra linda Dulcinea
desaguisado contra vos comete,
o a vuestras cuitas muestra buen talante,
en tal desmán, vuestro consuelo sea
que Sancho Panza fue mal alcahuete,
necio él, dura ella, y vos no amante.

SONETO CON EL DIÁLOGO ENTRE BABIECA y ROCINANTE

B —¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R —Porque nunca se come, y se trabaja.
B —Pues, ¿qué es de la cebada y de la paja?
R —No me deja mi amo ni un bocado.
B —Andad, señor, que estáis muy mal criado,
pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R —Asno se es de la cuna a la mortaja.
¿Lo queréis ver? Miradlo enamorado.
B —¿Es necedad amar? **R** —No es gran prudencia.
B —Metafísico estáis. **R** —Es que no como.
B —Quejaos del escudero. **R** —No es bastante.
B —¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
si el amo y escudero o mayordomo
son tan rocines como Rocinante?

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE
LA MANCHA

CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía no hace mucho un hidalgo de los de lanza ya olvidada, escudo antiguo, rocín flaco y galgo corredor. Consumían tres partes de su hacienda una olla con algo más de vaca que carnero, ropa vieja casi todas las noches, huevos con torreznos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos. El resto de ella lo concluían un sayo de velarte negro y, para las fiestas, calzas de terciopelo con sus pantuflos a juego, honrándose entre semana con un traje pardo de lo más fino.

Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y cuadra que lo mismo ensillaba el rocín que tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Algunos dicen que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna discrepancia entre los autores que escriben de este caso, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

Conviene también saber que este hidalgo del que hablamos, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvidó casi por completo el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de labor para comprar libros de caballerías que leer, y así, llevó a su casa todos los que pudo encontrar; y de todos, ninguno le parecía tan bien como los que escribió el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas frases suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde hallaba escrito en muchos pasajes: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». O cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza…».

Con estas disquisiciones perdía el pobre caballero el juicio, y se desvelaba por entenderlas y desentrañarles el sentido, que ni el mismo Aristóteles se lo habría

sacado ni las habría entendido, si hubiera resucitado solo para eso. Tampoco llevaba muy bien las heridas que daba y recibía don Belianís, porque se figuraba que, por grandes médicos que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor el haber acabado su libro con la promesa de concluir aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino el deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo habría hecho, y aun lo habría conseguido, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo hubiesen estorbado.

Porfió muchas veces con el cura de su pueblo —que era hombre docto, graduado en Sigüenza— sobre cuál había sido el mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; pero maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba a la altura del Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, ese era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy adecuada condición para todo, pues no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía tampoco le iba a la zaga.

En resumidas cuentas, él se enfrascó tanto en su lectura, que leyendo se le pasaban las noches en blanco y los días en sombra; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de tal manera, que acabó perdiendo el juicio. Se le llenó la fantasía de todo aquello que leía en los libros, lo mismo de encantamientos que de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y se le asentó de tal modo en la imaginación que era verdad todo aquel enredo de soñadas invenciones que leía, que para él no había en el mundo otra historia más verdadera. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no se podía comparar con el Caballero de la Ardiente Espada, quien de un solo revés había partido por la mitad dos fieros y descomunales gigantes. Mejor le parecía Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había matado a Roldán el Encantado, valiéndose de las mañas de Hércules cuando ahogó entre sus brazos a Anteo, el hijo de la Tierra. Y decía mucho y bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, en la que todos son soberbios e insolentes, solo él era afable y educado. Pero, por encima de todos, el que mejor le parecía era Reinaldos de Montalbán, y más cuando lo veía salir de su castillo y robar a cuantos topaba, como cuando robó allende los mares aquel ídolo de Mahoma que era de oro macizo, según dice su historia. Y con tal de dar una mano de coces al traidor Galalón, habría dado él de regalo el ama que tenía, y aun a su sobrina.

En fin, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento en que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, tanto para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello en lo que él había leído que se ejercitaban los caballeros andantes, deshaciendo todo género de agravios y poniéndose en lances y peligros con los que, si los llevaba a cabo, cobraría eterno nombre y fama. Se imaginaba, el pobre,

ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda.

Y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se apresuró a poner en práctica lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, cubiertas de orín y llenas de moho, hacía largos siglos que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Las limpió y las aderezó lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; pero esto lo suplió su maña, porque hizo con unos cartones una especie de media celada que, encajada con el morrión, daba el pego de celada entera. Luego, para probar si era consistente y podía correr el riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y ya con el primero deshizo en un momento lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, así que para quedar a salvo de este peligro, tornó a hacerla de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su resistencia; y, sin querer probarla de nuevo, la reputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue después a ver su rocín, y aunque tenía más años que achaques y más tachas que el caballo de Gonela, que «tantum pellis et ossa fuit» (que era solo piel y huesos), le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid se igualaban con él. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía a sí mismo— no era razonable que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él de por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, trataba de acomodarle uno que declarase quién había sido antes de ser de caballero andante y lo que ahora era; pues estaba convencido de que si su señor mudaba de posición, también tenía él que mudar el nombre, y que lo tuviese famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, el primero entre todos los rocines del mundo.

Puesto nombre a su caballo, y tan a su gusto, quiso ponérselo a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde los autores de esta tan verdadera historia dedujeron, como queda dicho, que sin duda se debía de llamar *Quijada*, y no *Quesada* como otros quisieron decir. Pero acordándose de que el valeroso Amadís no se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que se añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con lo que a su parecer declaraba muy a lo vivo su linaje y patria, y la honraba tomando el sobrenombre de ella.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, le pareció que no le faltaba más que buscar una dama de la que enamorarse, porque un caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin

fruto, y cuerpo sin alma.

—Si yo, por mis malos pecados, o por mi buena suerte —se decía—, me encuentro por ahí con algún gigante, como suele acontecerles a los caballeros andantes, y lo derribo de un golpe, o le parto el cuerpo por la mitad, o, en fin, lo venzo y lo rindo, ¿no estaría bien tener a quien ofrendárselo, que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida?: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, quien me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que vuestra grandeza disponga de mí a su antojo».

¡Cómo se alegró nuestro buen caballero después de hacer este discurso, y más cuando halló a quien poder nombrar como su dama! Y fue, según se cree, que en un pueblo cerca del suyo había una moza labradora de muy buen ver, de la que él anduvo enamorado un tiempo, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio prueba de ello. Se llamaba Aldonza Lorenzo, y le pareció bien darle el título de señora de sus pensamientos; y, buscándole un nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y original y significativo, como los otros que a sí mismo y a sus cosas había puesto.

CAPITULO II

QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo para poner en práctica su pensamiento, acuciándole la falta que pensaba que cometía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que corregir y deudas que satisfacer.

Y así, sin dar parte de su intención a ninguna persona y sin que nadie le viese, una mañana, antes de hacerse de día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó con todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su escudo, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Pero apenas se vio en el campo, le asaltó un pensamiento tan terrible, que estuvo a punto de dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no se había armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía cruzar armas con ningún caballero; y aunque ya lo fuese, como caballero novel tendría que llevar armas blancas, sin divisa en el escudo, hasta ganarla por su esfuerzo.

Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; pero pudiendo más su locura que ninguna otra razón, se propuso hacerse armar caballero por el primero que topase, a imitación de otros muchos que lo hicieron así, según había leído él en los libros que lo traían loco. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas en cuanto pudiese de tal manera, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se aquietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que quería su caballo, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—Quién duda que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, el sabio mago que los escriba no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintones pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada

aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, se mostraba por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y en verdad por él caminaba. Y añadió:

—¡Dichosa edad y dichoso siglo aquel en el que salgan a la luz las famosas hazañas mías, dignas de tallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar ser el cronista de esta inaudita historia!, te ruego que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y veredas.

Y acto seguido volvía a decir, como si verdaderamente estuviese enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! Mucho agravio me habéis fecho al despedirme y reprocharme con la rigurosa obstinación de mandarme no aparecer ante la vuestra fermosura. ¡Complázcaos, señora, acordaros de este vuestro esclavo corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece!

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que le habían enseñado sus libros, imitando cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan deprisa y con tanto ardor, que habría sido suficiente para derretirle los sesos, si tuviera alguno.

Caminó casi todo aquel día sin acontecerle cosa digna de ser contada, de lo cual se desesperaba, porque estaba deseando topar cuanto antes con quien probar el valor de su fuerte brazo.

Autores hay que dicen que la primera aventura que le sucedió fue la de Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y donde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella que le encaminara, no a los portales, sino a los alcázares de su redención. Se dio prisa en caminar, y llegó a ella al tiempo que anochecía.

Estaban casualmente en la puerta dos mujeres mozas, de estas que llaman de la vida, que iban a Sevilla con unos arrieros que acertaron a hacer una parada en la venta aquella noche, y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía estar hecho y pasar tal y como lo había leído, en cuanto vio la venta se le figuró que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y hondo foso, con todas las demás cosas que suelen tener esos castillos.

Se fue llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho de ella tiró de las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señales con una trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que

tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos distraídas mozas que estaban allí, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que se estaban solazando delante de la puerta del castillo.

En esto quiso la suerte que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman) tocó el cuerno con cuya señal se recogen ellos, y al instante se le figuró a don Quijote lo que estaba deseando, que algún enano avisaba de su llegada; y así, con extraordinario contento, llegó a la venta y a las damas, quienes al ver venir a un hombre armado de aquella suerte, con lanza y escudo, corrieron a meterse en la venta llenas de miedo; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, se alzó la visera de cartón y descubrió su seco y polvoriento rostro, y con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, pues a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facérselo a ninguno, y menos aún a tan nobles doncellas como vuestro aspecto demuestra.

Le miraron las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que le encubría la mala visera; pero al oír que las llamaba doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron contener la risa, de manera que don Quijote se irritó y acertó a decirles:

—Bien sienta la discreción en las fermosas, pero es mucha sandez y está de más la risa que procede de leve causa; y non vos lo digo porque os aflijáis ni mostréis mal talante, que el mío non es otro que el de serviros.

Este lenguaje, no entendido por las señoras, y el mal aspecto de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y habría pasado a mayores si no hubiera salido en ese momento el ventero, hombre que por ser muy gordo, era muy pacífico; y viendo aquella extraña figura armada con armas tan desiguales como eran la brida, lanza, escudo y coselete, estuvo a un tris de acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Pero, en fin, por temor a tantos y tan aparatosos pertrechos, decidió hablarle comedidamente:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, aparte del lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que eso le parecieron a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquier cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear», etc.

Pensó el ventero que el haberle llamado castellano había sido por parecerle de los honrados de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que uno de esos pajes resabiados que se las saben todas; y así, le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a sujetar el estribo a don Quijote, que se apeó con mucha dificultad y trabajo, como quien había ayunado todo el día.

Dijo luego al ventero que cuidase mucho de su caballo, porque era la mejor bestia comiendo pan en el mundo. Lo miró el ventero, y no le pareció tan bueno como decía don Quijote, ni aun la mitad; y tras acomodarlo en la caballeriza, volvió a ver lo que mandaba su huésped, al que estaban desarmando las doncellas, ya reconciliadas con él; y aunque le habían quitado el peto y el espaldar, no supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes que era menester cortar, por no poderse deshacer los nudos; pero él no lo quiso consentir de ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pueda imaginar; y al desarmarlo, como él se imaginaba que aquellas trasteadas mozas que le quitaban la armadura eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban de él;
princesas, del su rocín,

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que aunque no hubiese querido descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la necesidad de acomodar en las presentes circunstancias este romance viejo de Lanzarote ha sido la causa de que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; solo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque, a mi entender, me vendría muy al caso.

Casualmente, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta más que unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo y en otras truchuela. Le preguntaron si por ventura comería su merced truchuela, porque no había otro pescado que darle para comer.

—Con tal que haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, valdrán por una trucha, porque me da igual que me den ocho reales sueltos o en una pieza de a ocho; sin contar que podría ser que esas truchuelas fuesen como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga rápido, que el trabajo y peso de las armas no se puede sobrellevar sin el gobierno de las tripas.

Le pusieron la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y el ventero le trajo una porción del mal remojado y peor cocido bacalao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era cosa de mucha risa verlo comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si alguien no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía para este menester. Pero al ir a darle de beber, no fue posible, ni lo hubiese sido si el ventero no hubiera horadado una caña, y, puesto un extremo en la boca, le iba echando el vino por el otro. Y todo esto lo sufría con paciencia, con tal de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto, llegó casualmente a la venta un castrador de puercos, y nada más llegar, hizo sonar su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual don Quijote acabó de confirmar que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que el abadejo eran truchas, el pan candeal y las rameras damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien emplea da su determinación y salida. Pero lo que más le afligía era el no ver se armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPÍTULO III

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO

Y así, fatigado por este pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; y acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que quiero pedirle, que redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes palabras, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacer ni decirle, y porfiaba con él para que se levantase; pero no quiso, hasta que le tuvo que decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—, y así os digo que el don que os he pedido y que me ha sido otorgado por vuestra generosidad es que mañana sin falta me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder ir como se debe a los cuatro puntos cardinales buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, asunto a cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo, cuyo deseo está inclinado a semejantes fazañas.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de convencerse cuando acabó de oírle semejantes razones, y por tener con qué reír aquella noche, decidió seguirle la corriente. Y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que su propósito era propio y natural de un caballero tan principal como lo parecía él y como mostraba su gallarda presencia; y que él mismo, en los años de su mocedad, se había dado igualmente a aquella honrosa vida, andando por diversas partes del mundo en busca de aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes en las que había ejercitado la ligereza de sus pies y la sutileza de sus manos, haciendo muchos entuertos, requebrando a muchas viudas, deshaciendo a

algunas doncellas y engañando a algunos párvulos, y, finalmente, dándose a conocer en cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España; y que, a lo último, había venido a retirarse a aquel castillo suyo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, acogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquier calidad y condición, solo por el mucho aprecio que les tenía y para que compartiesen con él sus dineros, en pago de su buen deseo.

Le dijo también que en aquel castillo suyo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque la habían derribado para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar en cualquier parte, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, y que por la mañana, Dios mediante, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no se pudiera serlo más en el mundo.

Le preguntó si traía dineros; respondió don Quijote que estaba sin blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que aunque en las historias no estaba escrito, por haberles parecido a los autores de ellas que no era menester escribir cosas tan claras y necesarias de llevar como dineros y camisas limpias, no por eso había que creer que no las llevaran; de modo que podía tener por seguro que todos los caballeros andantes, de los que están llenos y atestados tantos libros, llevaban bien provistas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no siempre había quien los curase en los campos y desiertos donde peleaban y salían heridos, a menos que tuviesen algún sabio encantador por amigo, que entonces los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con una redoma de agua milagrosa, que probando solo una gota de ella quedaban sanos de sus llagas y heridas al momento, como si no hubiesen tenido mal alguno; pero que, mientras les faltaba esto, los antiguos caballeros tuvieron por cosa acertada que sus escuderos viniesen provistos de dineros y de otras cosas necesarias, como vendas y ungüentos para curarse; y si sucedía que esos caballeros no tenían escuderos —lo que pasaba pocas y raras veces—, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy discretas, que casi ni se veían, a las ancas del caballo, como si fuese algo de más importancia, porque, no siendo para una ocasión semejante, esto de llevar alforjas no estaba muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba ese consejo (como se lo hubiese dado a su ahijado, tal y como él iba a serlo muy pronto), a saber, que no viajase de allí en adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería, sin darse apenas cuenta, lo bien que se iba a encontrar con ellas.

Le prometió don Quijote hacer con toda puntualidad lo que se le aconsejaba. Y así, se dio orden de inmediato de que velase las armas en un corral grande que estaba a un lado de la venta, y recogiéndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que estaba junto a un pozo y, embrazando su escudo, asió su lanza y con gentil apostura

comenzó a pasearse delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la ceremonia de armarle caballero que esperaba. Se admiraron de tan extraño género de locura y se fueron a mirarlo desde lejos, y vieron que unas veces se paseaba con sosegado ademán, y otras, apoyado en su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos de ellas durante un buen rato.

Acabó de cerrarse la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el sol que se la prestaba, de manera que todos podían ver claramente cuanto el novel caballero hacía. Se le antojó en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar de la pila las armas de don Quijote, quien viéndolo llegar, le dijo en voz alta:

—¡Eh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que vienes a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! ¡Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

No hizo caso el arriero de estas advertencias (y habría sido mejor que se lo hubiera hecho, porque se hubiese curado en salud), al contrario, trabando las armas por las correas, las arrojó lejos de sí. Al ver esto don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento —o eso pareció— en su señora Dulcinea, dijo:

—Socorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me falte en este primer trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras razones semejantes, soltó el escudo, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que lo derribó en el suelo tan maltrecho, que, de haber recibido otro más, no habría necesitado médico que lo curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que antes. De allí a un rato, y sin saber lo que había pasado —porque aún estaba aturdido el arriero—, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos; y al ir a quitar las armas para dejar libre la pila, don Quijote, sin hablar ni pedir favor a nadie, soltó otra vez el escudo y alzó otra vez la lanza, y, sin hacerla pedazos, rompió en más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su escudo, y echando mano a su espada dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío!, ahora es tiempo de que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que está esperando tan gran aventura.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que aunque lo hubiesen acometido todos los arrieros del mundo, no habría dado un paso atrás. Los compañeros de los heridos, viéndolos de esa guisa, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, quien se protegía lo mejor que podía con su escudo y no osaba apartarse de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces de que lo dejasen, porque ya les había dicho que estaba loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a

todos. También don Quijote las daba, mayores, tachándolos de alevosos y traidores, y al señor del castillo de felón y mal nacido caballero, pues consentía que se tratase a los andantes caballeros de tal manera; y que si él hubiera recibido ya la orden de caballería, le daría a entender su alevosía:

—Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso ninguno: tirad, llegad, venid y atacadme cuanto podáis, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y osadía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que lo acometían; y tanto por esto como por las persuasiones del ventero, dejaron de tirarle, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que antes.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la maldita orden de caballería inmediatamente, antes que sucediese otra desgracia. Y así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja, y a sus espaldas, había usado con él, pero que bien castigados quedaban por su atrevimiento. Le dijo que, como ya le había dicho, en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba por hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y el espaldarazo, según tenía él noticia del ceremonial de la orden, y que eso se podía hacer en mitad de un campo, y que en lo que tocaba a velar las armas ya había cumplido, que solo con dos horas de vela se cumplía, cuanto más con las más de cuatro que él había estado. Todo se lo creyó don Quijote, y le dijo que él estaba allí dispuesto a obedecerle, y que concluyese a la mayor brevedad posible, porque como lo acometiesen de nuevo después de ser armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, a las que dejaría por respeto a él.

Advertido y medroso de esto el castellano, trajo entonces un libro donde hacía el asiento de la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se llegó adonde estaba don Quijote, a quien mandó hincarse de rodillas. Y leyendo en su devocionario, haciendo como que decía alguna devota oración, en mitad de la lectura alzó la mano y le dio sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, y ella lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, aunque fue menester no poca para no reventar de risa a cada punto de la ceremonia; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenían la risa a raya. Al ceñirle la espada, dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, para saber de allí en adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba tenerla informada de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un zapatero remendón natural de Toledo, que

vivía en las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por caridad, le hiciese la merced de que de allí en adelante se pusiese el doña y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, y tuvo con ella casi el mismo coloquio que con la de la espada. Le preguntó su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; y a ella también le rogó don Quijote que se pusiese el doña y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, al galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y ensillando sin más dilación a Rocinante, subió en él, y abrazando a su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberlo armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verlo ya fuera de la venta, respondió a las suyas con no menos retóricas, aunque con más breves palabras. Y sin pedirle el gasto de la posada, lo dejó ir en buena hora.

CAPÍTULO IV

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A NUESTRO CABALLERO CUANDO SALIÓ DE LA VENTA

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Pero viniéndole a la memoria los consejos de su anfitrión acerca de las provisiones tan necesarias que tenía que llevar consigo, en especial dineros y camisas, determinó volver a su casa y proveerse de todo, y de un escudero, pensando en contratar a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guio hacia su aldea a Rocinante, que, casi conociendo la querencia, comenzó a caminar con tanta gana, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho cuando le pareció que a mano derecha, de la espesura de un bosque que había allí, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, dijo:

—Gracias doy al cielo por la merced que me hace, poniéndome tan pronto ocasiones delante para que yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda recoger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.

Y, volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que salían las voces, y, a pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho de unos quince años, desnudo de medio cuerpo arriba, que era el que daba las voces, y no sin causa, porque le estaba dando con una correa muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote lo acompañaba con una reprensión y consejo. Porque decía:

—La lengua quieta y mucha vista.

Y el muchacho respondía:

—No volveré a hacerlo, señor mío; por la pasión de Dios que no volveré a hacerlo, y prometo que de aquí en adelante tendré más cuidado con el rebaño.

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, no está bien tomarla con quien no se puede defender; subid a vuestro caballo y tomad vuestra lanza —pues también tenía una lanza arrimada a la encina donde estaba atada la yegua—, que yo os haré ver que lo que

estáis haciendo es de cobardes.

El labrador, que vio que se le echaba encima aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, se tuvo por muerto, y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este muchacho al que estoy castigando es mi criado, y me sirve guardando una manada de ovejas que tengo en estos contornos, pero es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido, o bellaquería, dice que lo hago por tacaño, para no pagarle la soldada que le debo, y por Dios y por mi alma que miente.

—¿Cómo que miente, delante de mí, ruin villano? —dijo don Quijote—. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle inmediatamente sin más réplica. Si no, por el Dios que nos rige, que voy a concluiros y aniquilaros en este mismo instante. ¡Desatadlo ya!

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató a su criado, al que don Quijote preguntó cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban sesentaitrés reales, y le dijo al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que pese al aprieto en que estaba y al juramento que había hecho —y aún no había jurado nada—, no eran tantos, porque había que descontarle y cargarle a cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real por dos sangrías que le habían hecho cuando estuvo enfermo.

—Bien está todo eso —replicó don Quijote—, pero los zapatos y las sangrías vayan por los azotes que le habéis dado sin culpa. Pues si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habéis roto el de su cuerpo, y si el barbero le sacó sangre cuando estaba enfermo, vos se la habéis sacado cuando sano. Así que por esta parte no os debe nada.

—Lo malo es, señor caballero, que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo le pagaré un real tras otro.

—¿Irme yo con él? —dijo el muchacho—. ¡De ninguna manera! No señor, ni por pienso, porque en cuanto se vea solo me desollará como a un San Bartolomé.

—No hará eso —replicó don Quijote—: basta que yo se lo mande, para que lo acate; y con tal que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, lo dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que está diciendo —dijo el muchacho—, que mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar.

—Poco importa eso —respondió don Quijote—, que puede haber Haldudos caballeros; además, cada uno es hijo de sus obras.

—Es verdad —dijo Andrés—, pero este amo mío ¿de qué obras es hijo, negándome mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No los niego, hermano Andrés —respondió el labrador—, pero dadme el gusto

de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes de caballerías que hay en el mundo pagaros, como tengo dicho, un real detrás de otro, y aun perfumados.

—Del perfume os eximo —dijo don Quijote—: dádselos en reales, que con eso me contento; y más os vale cumplirlo como lo habéis jurado: si no, por el mismo juramento os juro que volveré a buscaros y a castigaros, y aunque os escondáis más que una lagartija, acabaré encontrándoos. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar más formalmente obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y quedad con Dios, y no se os aparte de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y, diciendo esto, picó a su Rocinante y en un momento se apartó de ellos. Lo siguió el labrador con los ojos, y, cuando vio que había traspuesto el bosque y que ya no se le veía, se volvió a su criado Andrés y le dijo:

—Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dejó mandado.

—Voto por eso —dijo Andrés—. ¡Y qué acertado andará vuestra merced en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva! Que, según es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, volverá y ejecutará lo que dijo.

—También yo voto por eso —dijo el labrador—. Pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga.

Y asiéndolo del brazo, lo tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que lo dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, ahora —decía el labrador— al desfacedor de agravios: veréis cómo no desface este; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me vienen ganas de desollaros vivo, como vos temíais.

Pero al fin lo desató y le dio licencia para que fuese a buscar a su juez, y que este ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió no poco dolido, jurando ir a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se las iba a pagar con creces. Pero, con todo, él se partió llorando y su amo se quedó riendo.

Así fue como deshizo el agravio el valeroso don Quijote, quien contentísimo de lo sucedido y pareciéndole que había dado felicísimo y alto comienzo a sus caballerías, iba caminando hacia su aldea con gran satisfacción de sí mismo, diciendo a media voz:

—Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas viven hoy en la tierra, ¡oh, sobre las bellas bella, Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad y talan te a un tan valiente y renombrado caballero como lo es y será don Quijote de la Mancha. Él, como todo el mundo sabe, recibió ayer la orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor entuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel despiadado enemigo que vapuleaba tan sin ton ni son a aquel delicado infante.

En esto llegó a un camino que se dividía en cuatro, y se le vinieron de inmediato a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar qué camino de aquellos tomarían; y por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo pensado muy bien soltó la rienda a Rocinante, dejando su voluntad a la del rocín, que siguió su primer impulso: irse camino de su caballeriza.

Y habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un gran tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia. Eran seis, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó que era una nueva aventura. Y por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció oportunísimo uno que pensaba hacer. Y así, con gentil apostura y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, pegó el escudo al pecho y, puesto en mitad del camino, estuvo esperando a que llegasen aquellos caballeros andantes, que ya él por tales los tenía y juzgaba; y cuando llegaron a una distancia que permitía verlos y oírlos, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—¡Alto todo el mundo, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso!

Se pararon los mercaderes al son de estas palabras, y para ver la extraña figura del que las decía; y por la figura y por las palabras advirtieron de inmediato la locura de su dueño, pero quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho ocurrente, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella es de tanta hermosura como dais a entender, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por vuestra parte nos es pedida.

—Si os la mostrara —replicó don Quijote—, ¿qué haríais vosotros confesando una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender. Y si no, ¡conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia! Y ya vengáis ahora de uno en uno, como pide la orden de caballería, o todos juntos, como es costumbre y mala usanza en los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que tengo de mi parte.

—Señor caballero —replicó el mercader—, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que para no cargar nuestras conciencias confesando una cosa jamás vista ni oída por nosotros, y tan en perjuicio de las emperatrices y reinas de la Alcarria y la Extremadura, tenga a bien mostrarnos vuesa merced algún retrato de esa señora, aunque sea del tamaño de un grano de trigo; que por el hilo se sacará el ovillo y quedaremos con esto satisfechos y nuestras conciencias tranquilas, y vuestra merced quedará contento y satisfecho; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro supura minio y azufre, con todo, diremos en su favor, por

complaceros, todo lo que vuestra merced quiera.

—No le supura, canalla infame —respondió don Quijote encendido de cólera—, no le supura, digo, eso que decís, sino que le mana ámbar y algalia entre algodones; y no está tuerta ni torcida ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. ¡Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora!

Y diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hubiese hecho que Rocinante tropezara y cayera a mitad de camino, el atrevido mercader lo habría pasado mal. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo un buen trecho por el campo; y al querer levantarse, no pudo de ningún modo: tal embarazo le causaban la lanza, escudo, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y mientras pugnaba por levantarse y no podía, decía:

—¡Non fuyáis, gente cobarde, gente inicua, esperad!, que estoy aquí tendido no por culpa mía, sino de mi caballo.

Un mozo de mulas de los que iban allí, que no debía de ser muy bienintencionado, habiendo oído decir al pobre caído tantas arrogancias, no pudo aguantar sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose a él, tomó la lanza, y después de hacerla pedazos, con uno de ellos comenzó a dar a nuestro don Quijote tantos palos, que, a despecho y pesar de sus armas, lo molió como a trigo. Sus amos le daban voces de que no le diese tanto y que lo dejase; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y yendo a por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que, pese a toda aquella tempestad de palos que llovía sobre él, no cerraba la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los malandrines, que eso le parecían.

Se cansó el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar a todo lo largo de él lo del pobre apaleado. Este, cuando se vio solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando estaba sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y casi se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella desgracia era propia de caballeros andantes, y le echaba toda la culpa a su caballo. Y no era posible levantarse, según tenía magullado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V

DONDE SE PROSIGUE LA NARRACIÓN DE LA DESGRACIA DE NUESTRO CABALLERO

Viendo pues que, en efecto, no podía menearse, decidió acogerse a su acostumbrado remedio, que era pensar en algún pasaje de sus libros, y le llevó su locura al recuerdo aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto lo dejó herido en la espesura, historia sabida hasta por los niños, no ignorada por los mozos, celebrada y aun creída por los viejos, y, con todo, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el lance en que se hallaba, y así, con grandes muestras de dolor, comenzó a revolcarse por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que dicen que decía el herido caballero del bosque:

—¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.

Y de esta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

—¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que cuando llegó a este verso, acertó a pasar por allí un labrador de su mismo pueblo y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino; viendo a aquel hombre allí tendido, se llegó a él y le preguntó quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua, su tío, y así, no le respondió nada y prosiguió con su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperador con su esposa, todo tal y como lo canta el romance.

El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que lo tenía cubierto de polvo; y apenas lo hubo limpiado, cuando lo reconoció y le dijo:

—Señor Quijana —que así se debía de llamar cuando tenía juicio y no había

pasado de hidalgo sosegado a caballero andante—, ¿quién le ha puesto de esta suerte a vuestra merced?

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, le quitó lo mejor que pudo el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida, pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarlo del suelo, y con no poco trabajo lo subió sobre su jumento, por parecerle una caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y las lio sobre Rocinante, al que tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, oyendo muy pensativo los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podía sostener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo; de modo que de nuevo obligó al labrador a preguntarle qué mal sentía.

Y era como si el diablo le trajera a la memoria los cuentos acomodados a lo que le había sucedido; porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, lo prendió y llevó cautivo a su fortaleza. De suerte que cuando el labrador le volvió a preguntar cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, tal y como él había leído la historia en *La Diana* de Jorge de Montemayor, donde está escrita; y se aprovechaba de ella tan a propósito, que al labrador se lo llevaban los demonios oyendo tal montón de necedades; y se dio cuenta de que su vecino estaba loco, y le metía prisa para llegar al pueblo, con tal de librarse del fastidio que le causaba don Quijote con su larga perorata.

—Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez —prosiguió don Quijote—, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, ven ni verán en el mundo.

—Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí!, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo señor Quijana.

—Yo sé quién soy —respondió don Quijote—, y sé que puedo ser, no solo esos que he dicho, sino los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

Con estas pláticas y otras semejantes llegaron al pueblo, a la hora que anochecía, pero el labrador aguardó a que fuese algo más de noche, para que no viesen al molido hidalgo en tan mala caballería. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, que halló toda alborotada; estaban en ella el cura y el barbero de la aldea, que eran grandes amigos de don Quijote, a los que estaba diciéndoles su ama a voces:

—¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez —que así se

llamaba el cura—, de la desgracia de mi señor? Hace tres días que no aparece él, ni el rocín, ni el escudo, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! Estoy convencida, y esto es tan cierto como que nací para morir, que esos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer a todas horas le han volteado el juicio. Ahora me acuerdo de oírle decir muchas veces, hablando para sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. ¡Encomendados sean a Satanás y a Barrabás esos libros!, que así han echado a perder el entendimiento más fino que había en toda la Mancha.

La sobrina decía lo mismo, y aún decía más:

—Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y echaba mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había matado a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y se bebía después un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el mago Esquife, un gran encantador y amigo suyo. Pero la culpa de todo es mía, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

—Esto digo yo también —dijo el cura—, y desde luego que de mañana no pasa sin hacer con ellos juicio público, y condenarlos al fuego, para evitar que quien los lea acabe haciendo lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con lo que el labrador acabó de entender la enfermedad de su vecino; y así, comenzó a decir a voces:

—¡Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido, y al señor moro Abindarráez, al que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera!

A estas voces salieron todos, y en cuanto vieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarlo. Él dijo:

—Conténganse todos, que vengo malferido, por culpa de mi caballo. Llévenme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la maga Urganda, que cuide y examine mis feridas.

En este punto dijo el ama:

—¡Mira tú, enhoramala, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buena hora, que sin que venga esa *Hurgada* lo sabremos cuidar aquí. ¡Malditos, digo, sean una y cien veces esos libros de caballerías, que así le han puesto a vuestra merced!

Lo llevaron sin dilación a la cama, y examinándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haberse dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que pudieran hallarse en gran parte de la tierra.

—¡Ta, ta! —dijo el cura—. ¿Hay jayanes en danza? ¡Por la señal de la Cruz que yo los quemaré mañana antes que llegue la noche!

Le hicieron a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Se hizo así, y el cura se informó detalladamente por el labrador del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que había dicho al hallarlo y al traerlo. Y eso puso más deseo en el licenciado de hacer lo que al día siguiente hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se llegó a casa de don Quijote.

CAPÍTULO VI

DEL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO QUE EL CURA Y EL BARBERO HICIERON EN LA LIBRERÍA DE NUESTRO INGENIOSO HIDALGO

Quien aún seguía durmiendo. Pidieron a la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y el ama con ellos, y hallaron más de cien volúmenes grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, en cuanto el ama los vio, se volvió a salir del aposento a toda prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor cura: rocíe este aposento, no vaya a estar aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, como castigo por querer nosotros, echándolos de este mundo, devolverlos al infierno.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser que hallaran algunos que no mereciesen el castigo del fuego.

—No —dijo la sobrina—, no hay por qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores. Mejor será arrojarlos por la ventana al patio y hacer un rimero de ellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no molestará el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes. Pero el cura no se avino a ello sin leer primero siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le puso en las manos fue *Los cuatro de Amadís de Gaula*, y dijo el cura:

—Parece cosa de misterio esta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y los demás tomaron principio y origen de este; y así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, lo debemos condenar al fuego sin excusa alguna.

—No señor —dijo el barbero—, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que se han compuesto de este género; y así, como a único en su arte, se le debe perdonar.

—Muy cierto —dijo el cura—, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos ese otro que está junto a él.

—Es *Las proezas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula —dijo el barbero.

—Pues en verdad que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadlo al corral, y dé principio al montón de la hoguera que hay que hacer.

Lo hizo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

—Adelante —dijo el cura.

—Este que viene —dijo el barbero— es *Amadís de Grecia*, y aun todos los de este lado, según creo, son del mismo linaje de Amadís.

—Pues vayan todos al corral —dijo el cura—, que con tal de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas frases de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

—De ese parecer soy yo —dijo el barbero.

—Y aun yo —añadió la sobrina.

—Pues si así es —dijo el ama—, vengan, y al corral con ellos.

Se los dieron, que eran muchos, y ella les ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

—¿Y ese tocho? —dijo el cura.

—Este es —respondió el barbero— *Don Olivante de Laura*.

—El autor de ese libro fue el mismo que escribió *Jardín de flores*, y la verdad es que no sabría decidir cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso; solo sé decir que este irá al corral, por disparatado y arrogante.

—Este que se sigue es *Florismarte de Hircania* —dijo el barbero.

—¿Ahí está el señor Florismarte? —replicó el cura—. Pues desde luego que va a ir a parar pronto al corral, a pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no dan lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con ese otro, señora ama.

—Con mucho gusto, señor mío —respondía ella; y con gran alegría ejecutaba lo que le era mandado.

—Este es *El caballero Platir* —dijo el barbero.

—Antiguo libro es ese, y no encuentro en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Se abrió otro libro y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*.

—Por nombre tan santo como tiene este libro, se podía perdonar su ignorancia; pero también se suele decir: tras la cruz está el diablo. Al fuego con él.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

—Este es *Espejo de caballerías*.

—Ya lo conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de

Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los Doce Pares, con el verdadero historiador Turpín, y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte en la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; y a este, si lo encuentro por aquí hablando en otra lengua que la suya, no le guardaré ningún respeto, pero si habla en su idioma, me quitaré el sombrero.

—Pues yo lo tengo en italiano —dijo el barbero—, pero no lo entiendo.

—Ni tampoco estaría bien que, con sus pasajes licenciosos, vos lo entendierais —respondió el cura—; y aquí tendríamos que perdonar a cierto capitán por traerlo a España y traducirlo al castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que quieran verter a otra lengua los libros de verso; que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que tienen ellos en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todos los que se encuentren tratando de estas cosas de Francia se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer con ellos, exceptuando a un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y a otro titulado *Roncesvalles*; que estos, llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y de ellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero y lo tuvo por bueno y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era *Palmerín de Oliva*, y junto a él estaba otro que se titulaba *Palmerín de Inglaterra*, que, vistos por el licenciado, le hicieron decir:

—Que ese olivo se haga de inmediato astillas y se queme, que no queden de él ni las cenizas, y que esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como cosa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro entre los despojos de Darío, que la eligió para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: una, porque él de por sí es muy bueno; y otra, porque es fama que lo compuso un gran rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de gran artificio; la escritura, cortesana y clara, guarda y mira la adecuación con el que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

—No, señor compadre —replicó el barbero—, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.

—Pues ese —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar su demasiada cólera, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo que se les da un largo plazo, y en cuanto se enmienden, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; mientras tanto, tenedlos vos en vuestra

casa, compadre, pero no los dejéis leer a nadie.

—Con mucho gusto.

Y sin querer cansarse más en mirar libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se lo dijo a tonta ni a sorda, sino a quien tenía más gana de quemarlos que de tejer una tela, por grande y delgada que fuera. Y agarrando casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana, pero por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, al que le entraron ganas de ver de quién era, y vio que decía *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.

—¡Válgame Dios —dijo el cura, dando una gran voz—, si está aquí Tirante el Blanco! Dádmelo acá, compadre, que es como si hubiese hallado con él un tesoro de contento y una mina de esparcimiento. Aquí está don Quirieleisón de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Os aseguro, señor compadre, que por su estilo este es el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, y esas otras cosas de las que carecen todos los demás libros de este género. Con todo, os digo que merecía el que lo imprimió, aunque sus necedades no las hiciera a propósito, que lo echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadlo a casa y leedlo, y veréis que es verdad cuanto os he dicho de él.

—Así será —respondió el barbero—; ¿pero qué haremos de estos libros pequeños que quedan?

—Estos no deben de ser de caballerías, sino de poesía.

Y abriendo uno, vio que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo, creyendo que todos los demás eran del mismo género:

—Estos no merecen ser quemados como los demás, porque son libros de entretenimiento sin perjuicio de terceros y no hacen ni harán el daño que han hecho los de caballerías.

—¡Ay, señor! —dijo la sobrina—, bien los puede mandar quemar vuestra merced como a los demás, porque no sería extraño que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

—Verdad dice esta doncella —dijo el cura—, y estará bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión de delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de la opinión que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y del agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa, y la honra de ser el primero de semejantes libros.

—Este que sigue —dijo el barbero— es *La Diana* llamada *Segunda* del

Salmantino; y este, otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.

—Pues la del Salmantino —respondió el cura— acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y continúe, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.

—Este libro es —dijo el barbero abriendo otro— *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

—Por las órdenes que recibí —dijo el cura— que desde que Apolo fue Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, no se ha compuesto un libro tan gracioso ni tan disparatado como ese, y que en su estilo es el mejor y el más único de cuantos han salido a la luz del mundo de este género, y el que no lo ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmelo acá, compadre, que aprecio más haberlo hallado que si me hubieran dado una sotana de fino paño de Florencia.

Lo puso aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo:

—Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares* y *Desengaños de celos*.

—Pues no hay más que hacer —dijo el cura— que entregarlos al brazo secular del ama, y no se me pregunte el porqué, que sería nunca acabar.

—Este que viene es *El Pastor de Fílida*.

—Ese no es pastor, sino muy distinguido cortesano: guárdese como joya preciosa.

—Este grande que aquí viene se titula *Tesoro de varias poesías*.

—Si no fueran tantas, serían más estimadas: es menester que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que tiene entre sus grandezas; guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto a otras obras más heroicas y levantadas que ha escrito.

—Este es el *Cancionero* de López Maldonado.

—También el autor de ese libro es gran amigo mío, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fue mucho; guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

—*La Galatea* de Miguel de Cervantes —dijo el barbero.

—Muchos años hace que es gran amigo mío este Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada. Es menester esperar la segunda parte que ha prometido: quizá con la enmienda alcance del todo la misericordia que ahora se le niega; y en tanto se vea esto, tenedlo recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Con mucho gusto. Y aquí vienen tres juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, *La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Estos tres libros son los mejores que se han escrito en verso heroico en lengua castellana, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Se cansó el cura de ver más libros, y así, sin andarse con más miramientos, quiso

que se quemasen todos los demás; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se titulaba *Las lágrimas de Angélica*.

—Las habría llorado yo —dijo el cura oyendo el título— si hubiera mandado quemar ese libro, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII

DE LA SEGUNDA SALIDA DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

—¡Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!

Por acudir a este ruido y estruendo, no se siguió con el escrutinio de los libros que quedaban, y así, se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea* y *León de España*, con los hechos del Emperador, escritos por don Luis de Ávila, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los hubiese visto, no habrían pasado por tan rigurosa sentencia.

Cuando llegaron junto a don Quijote, él ya estaba levantado de la cama y proseguía con sus voces y sus desatinos, dando cuchilladas y reveses a todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Se abrazaron con él y lo devolvieron a la fuerza al lecho; y después que se hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo:

—Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es una gran mengua para los que nos llamamos Doce Pares dejar llevar tan sin más ni más la victoria de este torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado la estima en estos tres últimos días.

—Calle vuestra merced, señor compadre —dijo el cura—, que Dios tendrá a bien que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced ahora a su salud, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si acaso no está malferido.

—Ferido no —dijo don Quijote—, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con la rama de una encina, y todo por envidia, porque ve que yo solo soy el que se opone a sus valentías; pero no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán, si levantándome de este lecho no hiciera que me lo pagase, a pesar de todos sus encantamientos; y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me conviene, y quédese lo del vengarme aplazado y a mi cargo.

Así lo hicieron: le dieron de comer, y se quedó otra vez dormido, y ellos, admirados de su locura.

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda

la casa, y debieron de arder algunos que merecían guardarse en perpetuos archivos; pero no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió en ellos el refrán de que a veces pagan justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, para que cuando se levantase no los hallase —quizá quitando la causa cesaría el efecto—, y que dijesen que un encantador se los había llevado con el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde los había dejado, andaba de un lado para otro buscándolo. Llegaba adonde solía tener la puerta, y la tentaba con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de un buen rato preguntó a su ama hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que tenía que responder, le dijo:

—¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

—No era diablo —replicó la sobrina—, sino un encantador que vino en una nube una noche, al día siguiente de que vuestra merced se fue de aquí, y apeándose de una sierpe en la que venía montado, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que al poco rato salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno: solo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que cuando se estaba yendo aquel mal viejo dijo a voces que por la enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho en aquella casa el daño que después se vería. Dijo también que se llamaba el mago Muñatón.

—Frestón diría —dijo don Quijote.

—No sé —respondió el ama— si se llamaba Frestón o Fritón, solo sé que su nombre acababa en tón.

—Así es. Ese es un mago encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que, andando los tiempos, he de venir a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y lo venceré sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; pero le auguro que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

—¿Quién duda de eso? —dijo la sobrina—. ¿Pero quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo pidiendo peras al olmo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados?

—¡Ay, sobrina mía, y qué equivocada estás! Antes que a mí me trasquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos se les ocurra tocarme la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera.

El caso es que estuvo quince días en casa muy sosegado, sin dar muestras de

querer segundar sus primeros devaneos; en esos días mantuvo graciosísimos coloquios con sus dos compadres, el cura y el barbero, a propósito de que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía y otras concedía, porque si no empleaba esta treta, no se podía razonar con él.

En este tiempo mandó llamar don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se le puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera. Al final, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre aldeano decidió irse con él y servirle de escudero. Le decía entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque alguna vez le podía suceder una aventura en que ganase, en un quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras parecidas, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó a su mujer e hijos y se asentó como escudero de su vecino.

Se ocupó luego don Quijote de buscar dineros, y vendiendo una cosa, empeñando otra y malbaratándolas todas, juntó una razonable cantidad. Se proveyó asimismo de una rodela o escudo que pidió prestada a un amigo suyo y, reparando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora en que pensaba ponerse en camino, para que él se proveyera de lo que viese que le era más necesario. Sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí las llevaría, y que también pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba hecho a andar mucho a pie. A lo del asno puso algún reparo don Quijote, tratando de recordar si algún caballero andante había traído escudero montado asnalmente, y no le vino ninguno a la memoria; pero, con todo y con esto, decidió que lo llevase, con intención de proporcionarle más honrada caballería en cuanto hubiese ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Se proveyó de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado; hecho y cumplido todo eso, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del pueblo sin que nadie los viese; y caminaron tanto, que al amanecer estaban seguros de que no los hallarían aunque los buscasen.

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido. Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, y por él caminaba con menos pesadumbre que la vez anterior, porque al ser tan temprano y herirles de soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo:

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que me tiene prometido de la ínsula, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer a sus escuderos gobernadores de las ínsulas o

reinos que ganaban, y yo tengo resuelto que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarles en ella: porque ellos algunas veces, y quizá la mayoría de ellas, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o incluso de marqués, de algún valle o provincia de poco más o menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese otros anexos a él que viniesen de molde para coronarte rey de uno de ellos. Y no lo tengas por imposible, que cosas y casos acontecen a esos caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo.

—Según eso, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, Juana Gutiérrez, mi señora, vendría a ser reina, y mis hijos infantes.

—Pues ¿quién lo duda?

—Yo lo dudo, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Marigutiérrez. Sepa, señor, que como reina no vale dos maravedís; condesa le caerá mejor, y eso con Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, que Él dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que ser gobernador adelantado.

—No lo haré, señor mío, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII

DE LA GRAN VICTORIA QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELIZ RECUERDO

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y nada más verlos don Quijote, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertaríamos a desear: mira allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con los que pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas. Con sus despojos comenzaremos a hacernos ricos, que esta es una guerra justa, y es un gran servicio a Dios quitar tan mala simiente de la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?

—Aquellos que ves allí, con los brazos largos, que algunos los suelen tener de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced que aquellos que se ven allí no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas por el viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien se ve que no estás cursado en esto de las aventuras. Ellos son gigantes. Y si tienes miedo, quítate de ahí y empieza a rezar, mientras yo entro con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, metió las espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que le daba su escudero Sancho advirtiéndole que aquellos que iba a acometer eran molinos de viento sin duda alguna, y no gigantes. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni era capaz de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo a voces:

—¡Non fuyáis, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!

Se levantó en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, visto lo cual por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y diciendo esto, encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea y

pidiéndole que le socorriese en tal trance, bien cubierto de su rodela y con la lanza en el ristre, arremetió a galope tendido con Rocinante y embistió al primer molino que estaba delante; y al darle una lanzada en el aspa, la revolvió el viento con tanta furia, que hizo pedazos la lanza, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerlo, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válgame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento? Eso solo lo puede ignorar quien lleva otros parecidos en la cabeza.

—Calla, Sancho amigo, que las cosas de la guerra están sujetas más que otras a continua mudanza. Y además yo pienso, y esa es la verdad, que aquel mago Frestón que me robó el aposento y los libros ha convertido estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su derrota: tal es la enemistad que me tiene. Pero al final poco han de poder sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—¡Dios lo haga!, que puede —respondió Sancho Panza.

Y ayudándolo a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que estaba medio descoyuntado.

Y hablando de aquella aventura siguieron el camino de Puerto Lápice, porque decía don Quijote que no era posible que dejaran de encontrar allí muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy transitado. Pero iba muy pesaroso, por haberse quedado sin lanza, y así se lo dijo a su escudero:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, a quien se le rompió la espada en una batalla, desgajó de una encina una pesada rama, y con ella hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y tanto él como sus descendientes se llamaron desde aquel día Vargas y Machuca. Te digo esto porque de la primera encina o roble que se me presente pienso desgajar otra rama, tal y tan buena como me imagino era aquella; y pienso hacer con ella tales hazañas, que tú te tendrás por muy afortunado de haber merecido venir a verlas y ser testigo de cosas que apenas podrían ser creídas.

—Que sea lo que Dios quiera. Yo lo creo todo tal como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es, y si no me quejo del dolor, es porque no está permitido a los caballeros andantes quejarse de ninguna herida, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, yo no tengo que replicar —respondió Sancho—; pero Dios sabe cuánto me gustaría que vuestra merced se quejara cuando le doliera alguna cosa. De mí sé decir que he de quejarme del más pequeño dolor que tenga, si eso de no quejarse no se aplica también a los escuderos de los caballeros andantes.

No dejó de reírse don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le manifestó

que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin ganas o con ellas, que hasta el momento no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Le dijo Sancho que advirtiese que era hora de comer. Le respondió su amo que de momento no le hacía falta, que comiese él cuando se le antojase.

Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que había puesto en ellas, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy a sus anchas, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le hubiese envidiado el más regalado bodegonero de Málaga. Y mientras él iba de aquella manera menudeando tragos, no se acordaba de ninguna promesa que le hubiese hecho su amo, ni le parecía ningún trabajo, sino mucho descanso, andar buscando aventuras, por peligrosas que fuesen.

Al final, pasaron aquella noche entre unos árboles, y de uno de ellos desgajó don Quijote una rama seca que casi le podía servir de lanza, y puso en ella el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en los bosques y despoblados, entretenidos con los recuerdos de sus señoras.

No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de achicoria, la durmió toda de un tirón, y de no haberle llamado su amo, no habrían bastado para despertarlo los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente saludaban la venida del nuevo día. Al levantarse le dio un tiento a la bota, y la halló algo más flaca que la noche antes, y su falta le afligió el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediarla demasiado pronto. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosos recuerdos. Tornaron a su comenzado camino de Puerto Lápice, y a eso de las tres de la tarde lo descubrieron. Al verlo, dijo don Quijote:

—Aquí podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Pero advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no debes poner mano a tu espada para defenderme, a menos que veas que los que me ofenden son canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Desde luego, señor, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y además, yo lo que soy de verdad es pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es cierto que en lo que toca a defender mi persona no tendré en mucha cuenta esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quiera agraviarlo.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estos coloquios, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que las mulas en que venían no eran más pequeñas. Traían sus anteojos de camino y sus quitasoles. Detrás de ellos venía un coche, con cuatro o cinco a caballo que lo acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. Los frailes no venían con ella, aunque iban en el mismo camino; pero apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí se ven deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada a alguna princesa en aquel coche, y será menester deshacer este en tuerto con todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de algunos viajeros. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea que el diablo le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, que sabes poco en materia de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y acercándose hasta donde le pareció que le podrían oír lo que dijese, dijo en voz alta:

—¡Gente endiablada y descomunal, dejad inmediatamente a las altas princesas que lleváis a la fuerza en ese coche! Si no, preparaos para recibir presta muerte, por justo castigo a vuestras malas obras.

Tiraron los frailes de las riendas, y quedaron admirados tanto de la figura de don Quijote como de sus palabras.

—Señor caballero —dijeron—, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que hacemos nuestro camino, y no sabemos si en ese coche vienen o no ningunas princesas forzadas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla —dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante, y con la lanza baja arremetió contra el primer fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se deja caer de la mula, él le habría hecho venir al suelo a su pesar, y aun malherido, si acaso no muerto. El segundo religioso, que vio el modo en que trataban a su compañero, metió los talones en el castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campiña más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose con ligereza de su asno, arremetió contra él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y le preguntaron por qué lo desnudaba. Les respondió Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos

ni batallas, viendo que don Quijote estaba ya apartado de allí hablando con las que iban en el coche, arremetieron contra Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, lo molieron a coces y lo dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un momento, volvió a montar el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero, que le estaba aguardando a un buen trecho de allí, esperando a ver en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el final de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en gana, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y para que no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso y que os presentéis de mi parte ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía lo escuchaba un escudero de los que acompañaban al coche, un vizcaíno, quien al ver que no quería dejar seguir adelante al coche, sino que decía que tenía que dar inmediatamente la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote, y asiéndolo de la lanza le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, de esta manera:

—¡Andá caballero, que mal andes! Por el Dios que criome, que si no dejas coche, tan te mato como tú estás ahí y yo soy vizcaíno.

Le entendió muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero, cosa que no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, inicua criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua verás qué pronto al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, ¡y mientes que mira si otra dices cosa!

—Ahora lo veredes, dijo Agrajes —respondió don Quijote.

Y arrojando la lanza al suelo, sacó su espada, embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así lo vio venir, aunque hubiera querido apear se de la mula (que, por ser de las malas de alquiler, no se fiaba de ella), no pudo hacer otra cosa que sacar su espada; pero tuvo la suerte de hallarse junto al coche, de donde pudo tomar un cojín, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quería ponerlos en paz, pero no pudieron, porque decía el vizcaíno con sus mal trabadas palabras que si no le dejaban acabar su batalla, él mismo había de matar a su

ama y a toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, ordenó al cochero que se desviase un poco de allí, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el transcurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, de habérsela dado sin defensa, lo hubiese abierto hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, puso el grito en el cielo:

—¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto y el apretar la espada y el cubrirse bien de su rodela y el arremeter al vizcaíno fue todo a un tiempo, con la determinación de aventurarlo todo a un solo golpe.

El vizcaíno, que lo vio venir contra él, dedujo por su denuedo su coraje, y decidió hacer lo mismo que don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto con su cojín, sin conseguir que la mula se diese la vuelta ni a un lado ni al otro, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto, decidido a abrirlo por la mitad, y el vizcaíno lo aguardaba, también levantada la espada y protegido con su cojín, y todos los presentes estaban temerosos y suspensos de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas hacían mil promesas y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, para que Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero lo malo de todo esto está en que en este punto y término el autor de esta historia deja pendiente esta batalla, disculpándose en que no halló escrito de estas hazañas de don Quijote más que las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco cuidadosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que tratasen de este famoso caballero. Y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el final de esta apacible historia. Final que, al serle el cielo favorable, halló del modo que se contará en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO IX

DONDE SE CONCLUYE Y DA FIN A LA ESTUPENDA BATALLA QUE MANTUVIERON EL GALLARDO VIZCAÍNO Y EL VALIENTE MANCHEGO

Dejamos en la primera parte de esta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas en alto y desnudas, en actitud de descargar dos furibundos tajos, tales que, si se acertaban de lleno, se dividirían y tajarían como poco de arriba abajo y abrirían como una granada. Y en aquel punto tan incierto se paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor de dónde se podría hallar lo que faltaba de ella.

Me causó esto mucha pesadumbre, porque el gusto de lo poco leído se volvía en disgusto al pensar el mal cariz que tomaban las cosas para hallar lo mucho que faltaba a mi parecer de tan sabroso cuento. Me pareció cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún mago que se ocupara de escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes
que van a sus aventuras,

porque cada uno de ellos tenía uno o dos magos a medida, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y detalles, por más escondidos que estuviesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que le sobró a Platir y a otros parecidos. Y así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, que, o la tenía oculta, o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado algunos tan recientes como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, tampoco su historia debía de ser muy antigua y que, aunque no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y

el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus fustas y palafrenes y con toda su virginidad a cuestas, de monte en monte y de valle en valle: que como no fuese algún follón, o algún villano de hacha y capellina, o algún descomunal gigante el que las forzara, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, y sin haber dormido ni un solo día bajo techado, se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el azar y la fortuna no me hubiesen ayudado, el mundo se quedaría falto y sin el pasatiempo y gusto que podrá tener durante casi dos horas el que la lea con atención. Pasó, pues, que la hallé de esta manera:

Estaba yo un día en el alcaná de Toledo, y llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y lo vi con caracteres que conocí eran arábigos. Y como, pese a conocerlos, no los sabía leer, anduve mirando si aparecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque lo hubiera buscado incluso de otra lengua más clásica y antigua lo habría hallado. En fin, la suerte me deparó uno que, al decirle mi deseo y ponerle el libro en las manos, lo abrió por la mitad, y leyendo un poco en él, se empezó a reír.

Le pregunté yo de qué se reía, y me respondió que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen como anotación. Le dije que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo para salar puercos mejor mano que ninguna otra mujer de toda la Mancha».

Cuando yo oí decir *Dulcinea del Toboso*, quedé atónito y suspenso, porque al punto se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le metí prisa para que leyese el principio, y haciéndolo así, traduciendo sobre la marcha del arábigo al castellano, dijo que decía: «Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo». Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y, saltándome al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él hubiese tenido más perspicacia y sabido lo que yo los deseaba, se habría podido prometer y llevar más de seis reales de la compra. Me aparté después con el morisco al claustro de la catedral, y le rogué me tradujese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, a lengua

castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Se contentó con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió traducirlos bien y fielmente y con mucha presteza. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no perder de vista tan buen hallazgo, lo traje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primer cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que cuenta la historia, levantadas las espadas, el uno cubriéndose con su rodela, el otro con el cojín, y la mula del vizcaíno tan a lo vivo, que estaba mostrando a tiro de ballesta que era de alquiler. Tenía escrito al pie el vizcaíno un rótulo que decía «Don Sancho de Azpeitia», que sin duda debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía «Don Quijote». Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan tísico confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta justeza y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rótulo que decía «Sancho Zancas», y debía de ser que tenía, por lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres lo llama algunas veces la historia. Había algunas otras menudencias que advertir, pero todas son de poca importancia, y no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, porque ninguna es mala siendo verdadera.

Si a esta se le puede poner alguna objeción acerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido arábigo su autor, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan enemigos nuestros, antes se puede entender que ha quedado en ella de menos que de más. Y así me lo parece a mí, pues cuando habría podido y debido extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que las pasa en silencio adrede: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y en absoluto parciales, sin que el interés o el miedo, el rencor o la amistad les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de los hechos, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acierte a desear en la más apacible. Y si algo bueno faltase en ella, tengo para mí que fue por culpa de un autor tan perro, antes que por falta de materia. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba de esta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al mar: tal era el denuedo y aspecto que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno, y lo dio con tanta fuerza y tanta furia, que de no habérsele desviado la espada en el camino, aquel solo golpe habría sido bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas lo tenía guardado, torció la espada de su

contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello se vino al suelo con espantosa ruina, dejándolo muy maltrecho.

¡Válgame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose tratar de aquella manera! No se diga más, sino que primero se alzó sobre los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, descargó con tal furia sobre el vizcaíno, que le acertó de lleno en el cojín y en la cabeza, y no obstante tan buena defensa, fue como si cayera sobre él una montaña, y comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde hubiera caído sin duda si no se le hubiese abrazado al cuello; pero, aun así, sacó los pies de los estribos y al punto soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y tras unos corcovos dio con su dueño en tierra.

Lo estaba mirando don Quijote con mucho sosiego, y en cuanto lo vio caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó a él; y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, y que si no, le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y lo habría pasado mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces habían mirado la pendencia con gran desmayo, no hubiesen ido adonde estaba y le hubiesen pedido con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel escudero suyo. A lo cual don Quijote respondió, con mucho entono y gravedad:

—Por supuesto, fermosas señoras. Con sumo gusto haré lo que me pedís, mas ha de ser con una condición y acuerdo: y es que este caballero me ha de prometer ir al pueblo del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que más fuere de su voluntad.

La temerosa y desconsolada señora, sin considerar lo que don Quijote pedía ni preguntar quién era Dulcinea, le prometió que el escudero haría todo aquello que le fuese mandado de su parte.

—Pues fiado de esa palabra yo no le haré más daño, aunque bien merecido me tenía yo el hacérselo.

CAPÍTULO X

DE LOS COLOQUIOS QUE TUVIERON LUGAR ENTRE DON QUIJOTE Y SU ESCUDERO SANCHO PANZA

Ya para entonces se había levantado Sancho Panza, algo maltratado por los mozos de los frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón tuviese a bien darle la victoria y que en ella ganase alguna ínsula de la que le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, que su amo volvía a subir a Rocinante, se llegó a sostenerle el estribo, y antes de que subiese, se le hincó de rodillas, y asiéndolo de la mano, se la besó, y le dijo:

—Tenga vuestra merced a bien, mi señor don Quijote, darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.

—Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las semejantes a esta no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, o una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más todavía.

Se lo agradeció mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó a subir a Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó a seguir a su señor, que a paso ligero, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí al lado estaba. Le seguía Sancho a todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fue forzoso dar voces a su amo para que le esperase. Así lo hizo don Quijote, teniendo de las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, que en cuanto llegó le dijo:

—Me parece, señor, que sería acertado irnos a buscar asilo en una iglesia, pues según quedó maltrecho aquel con quien os combatisteis, no sería raro que dieran noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendieran; y desde luego que si lo hacen, antes de salir de la cárcel nos van a sudar las uñas.

—Calla —dijo don Quijote—. ¿Y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que cometiese?

—Yo no sé nada de *homecillos*, ni en mi vida le eché la vista a ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en eso otro

no me entrometo.

—Pues no tengas pena, amigo, que yo te sacaré de manos de los caldeos, y con más razón de las de la Hermandad. Pero dime, por tu vida: ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias de otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir o más maña en el derribar?

—La verdad es que yo no he leído ninguna historia jamás, porque no sé leer ni escribir. Pero lo que osaré apostar es que a más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure, que le cae mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo vendas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

—Todo eso saldría sobrando si me hubiese acordado de llenar una redoma del bálsamo de Fierabrás, que solo con una gota se ahorrarían tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese?

—Es un bálsamo del que tengo la receta en la memoria, y con el que no hay que tener temor a la muerte, ni hay que pensar morir de herida alguna. Y así, cuando yo lo haga y te lo dé, no tienes más que hacer sino que, cuando veas que en alguna batalla me han partido en dos por la mitad del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, la parte del cuerpo que caiga al suelo, y antes que la sangre se coagule, la pondrás bonitamente y con mucha sutileza sobre la otra mitad que quede en la silla, advirtiendo que encaje perfectamente y con exactitud. Luego me darás a beber dos tragos solo del bálsamo que he dicho, y me verás quedar más sano que una manzana.

—Si eso es verdad, yo renuncio desde ahora al gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza más de dos reales en cualquier parte, y no necesitaré yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Aunque conviene saber ahora si tiene mucho costo el hacerlo.

—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres.

—¡Pecador de mí!, ¿pues a qué aguarda vuestra merced para hacerlo y enseñármelo?

—Calla, amigo, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sacó Sancho de las alforjas vendas y ungüento. Pero, cuando don Quijote descubrió rota su celada, estuvo a punto de perder el juicio, y, puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo:

—¡Yo hago juramento por el Creador de todas las cosas y por los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el gran marqués de Mantua cuando juró vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan a manteles, ni con su mujer yacer, ni otras cosas, que, aunque de

ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que me ha hecho este desaguisado!

—Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien, Sancho, así que anulo el juramento en lo que toca a tomar de él nueva venganza. ¡Pero lo hago y lo confirmo de nuevo en hacer la vida que he dicho hasta que no quite por la fuerza a algún caballero otra celada tal y tan buena como esta! Y no pienses que hago esto a humo de pajas, que bien tengo a quien imitar en ello: esto mismo pasó, al pie de la letra, con el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó a Sacripante.

—Mande al infierno vuestra merced tales juramentos, señor mío, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia, y dígame ahora: si acaso no topamos en muchos días a ningún hombre armado con celada, ¿qué vamos a hacer? ¿Se ha de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconvenientes e incomodidades, como será el dormir vestido, el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire bien vuestra merced que por ninguno de estos caminos andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, sino que quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

—En eso te engañas, porque en cuanto llevemos dos horas por estas encrucijadas, vamos a ver más armados que los que vinieron sobre Albraca a la conquista de Angélica la Bella.

—Ojalá sea así, y quiera Dios que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando falte una ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y más te deberías alegrar sabiendo que están en tierra firme. Pero dejemos esto para mejor ocasión, y mira si traes algo de comer en esas alforjas, para ir pronto en busca de algún castillo donde alojarnos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque te juro por Dios que me está doliendo mucho la oreja.

—Aquí traigo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuántos mendrugos de pan, pero son manjares que desmerecen de tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y si comen, que sea de aquello que hallen más a mano. Y tendrías esto por cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era por casualidad y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban a dos velas. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque de hecho eran hombres como nosotros, se ha de entender también que andando la mayor

parte del tiempo de su vida por florestas y despoblados, y sin cocinero, su comida más corriente sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te acongoje lo que a mí me da gusto, ni quieras tú cambiar el mundo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced, que como yo no sé leer ni escribir, como antes he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca; y de aquí en adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

—No digo yo, Sancho, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa que esas frutas que dices, sino que su más común sustento debía de ser de ellas, y de algunas hierbas que hallaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

—Es una suerte conocer esas hierbas, que, por lo que yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento.

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero, deseosos de buscar donde alojarse aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego a caballo y se dieron prisa por llegar a poblado antes que anocheciese; pero les faltó el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreros, y así, decidieron pasarla allí. Y cuanto fue pesadumbre para Sancho por no llegar a poblado fue contento para su amo por dormir a cielo descubierto y parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto manifiesto que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS

Fue acogido por los cabreros con buen ánimo, y habiendo acomodado Sancho lo mejor que pudo a Rocinante y a su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que estaban hirviendo al fuego en un caldero. Y aunque él hubiese querido en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron a toda prisa su rústica mesa y convidaron a los dos con lo que tenían, con muestras de muy buena voluntad.

Se sentaron a la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que había en la majada, habiendo rogado primero con rústicas ceremonias a don Quijote que se sentase sobre una artesa que le pusieron vuelta del revés. Se sentó don Quijote, y se quedaba Sancho de pie para servirle la copa, que estaba hecha de un cuerno. Al verlo de pie su amo, le dijo:

—Para que veas, Sancho, el bien que encierra en sí la caballería andante y qué cerca están de ser en breve tiempo estimados y honrados del mundo los que en cualquier ministerio de ella se ejercitan, quiero que te sientes aquí a mi lado y en compañía de esta buena gente, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebo, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que se dice del amor: que iguala todas las cosas.

—¡Gran merced! —dijo Sancho—; pero tengo que decir a vuestra merced que como yo tenga bien de comer, tan bien y mejor me lo como de pie y a mis anchas que sentado junto a un emperador. Y aun, a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso masticar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser servidor y adjunto a la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más utilidad y provecho; que a estas, aunque las doy por bien recibidas, renuncio desde aquí hasta el fin del mundo.

—Con todo y con eso, te has de sentar, porque a quien se humilla, Dios lo ensalza.

Y asiéndolo por el brazo, lo forzó a que se sentase junto a él.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar a sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajos como puños. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y pusieron al lado un medio queso, más duro que si estuviese hecho de argamasa. No estaba, a todo esto, ocioso el cuerno, porque como cangilón de noria andaba a la redonda tan a menudo, ya lleno, ya vacío, que con facilidad vació uno de los dos pellejos de vino que estaban a la vista. Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puñado de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó su voz en este soliloquio:

—¡Dichosa edad y dichosos siglos aquellos a los que los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que tanto se estima en esta nuestra edad de hierro, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que vivían en ella ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. En aquella santa edad eran comunes todas las cosas: para alcanzar su diario sustento, a nadie le era necesario tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarlo de las robustas encinas, que generosamente los estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, les ofrecían sabrosas y transparentes aguas. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los corpulentos alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sustentadas sobre rústicas estacas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: la pesada reja del corvo arado aún no se había atrevido a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra madre tierra; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, con sus trenzas o el cabello al aire, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, de encarecida púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda, sino de algunas hojas verdes entretejidas de lampazos y yedra, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se manifestaban simple y sencillamente los conceptos amorosos del alma del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para embellecerlos. Fraude, engaño y malicia no se

habían mezclado con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que ahora tanto la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje o del amaño aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, solas y señeras por doquier, sin temor a que las menoscabasen la ajena desenvoltura y lascivo intento, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y encierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo del vil celestinaje, se les entra la amorosa pestilencia y las hace dar al traste con todo su recogimiento. Y para su seguridad, al andar más los tiempos y crecer más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, con el fin de defender a las doncellas, amparar a las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, y os agradezco el agasajo y buena acogida que me hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural todos los que viven están obligados a favorecer a los caballeros andantes, sin embargo, por saber que me acogisteis y agasajasteis sin saber vosotros esta obligación, es razón que con la voluntad a mí posible os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien evitar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trajeron a la memoria la edad dorada, y se le antojó hacer aquel inútil discurso a los cabreros, que, sin responderle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo pellejo, que, para que se enfriase el vino, lo tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que lo agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; es un zagal muy entendido y muy enamorado, y además sabe leer y escribir y toca el rabel, que no se puede pedir más.

Apenas había acabado el cabrero de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que lo tañía, que era un mozo muy agradable de unos veintidós años. Le preguntaron sus compañeros si había cenado, y al responder que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—En ese caso, Antonio, bien podrás darnos el gusto de cantar un poco, para que este señor huésped que tenemos vea que también por los montes y bosques hay quien sabe de música. Le hemos dicho tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y vea que son verdad; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso tu tío el cura, que en el pueblo ha parecido tan bien.

—Con mucho gusto —respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar, diciendo de esta manera:

—Yo sé, Olalla, que me adoras,
aunque no me lo hayas dicho
ni con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.
Pues no ignoro que lo sabes,
en que me quieres me afirmo;
que nunca fue desdichado
amor que fue conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma
y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido,
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser como imagino.
Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
más de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala

andan un mismo camino,
en todo tiempo a tus ojos
quise mostrarme pulido.
        Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto
que has escuchado a deshoras
y al canto del gallo primo.
        No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho;
que, aunque verdaderas, me hacen
ser por algunas mal visto.
        Teresa del Berrocal,
al alabarte, me dijo:
«Hay quien cree que adora a un ángel,
y viene a adorar a un simio;
        merced a los muchos dijes
y a los cabellos postizos,
y a hipócritas hermosuras,
que engañan al Amor mismo».
        La desmentí y se enojó;
salió en su favor su primo:
me desafió, y ya sabes
lo que yo hice y él hizo.
        No te quiero al buen tuntún,
ni te pretendo y te sirvo
para hacerte barragana,
que más bueno es mi designio.
        Coyundas tiene la Iglesia
que tienen de seda el hilo;
acerca tu cuello al yugo,
verás cómo pongo el mío.
        Y si no, desde aquí juro,
por el santo más bendito,
que no saldré de estas sierras
sino para capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto. Y aunque don Quijote le rogó que cantase

algo más, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones, y así, dijo a su amo:

—Bien puede vuestra merced acomodarse ya donde vaya a reposar esta noche, que el trabajo que tienen estos buenos hombres todo el día no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho, que se me trasluce muy bien que las visitas al pellejo piden más recompensa de sueño que de música.

—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios.

—No lo niego, pero acomódate tú donde quieras, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo, estaría bien, Sancho, que me volvieras a curar esta oreja, que me está doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que se sanase fácilmente. Y tomando algunas hojas de romero, del mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no era menester otra medicina, y así fue en verdad.

CAPÍTULO XII

DE LO QUE CONTÓ UN CABRERO A LOS QUE ESTABAN CON DON QUIJOTE

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traían de la aldea las provisiones, y dijo:

—¿Sabéis lo que ha pasado en el pueblo, compañeros?

—¿Cómo lo podemos saber? —respondió uno de ellos.

—Pues sabed que esta mañana ha muerto aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores por aquella endiablada moza, la hija de Guillermo el rico, esa que anda vestida de pastora por esos andurriales.

—Te refieres a Marcela —dijo uno.

—Esa digo; y lo bueno es que mandó en su testamento que lo enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que fuese al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama y él dicen que lo dijo, aquel lugar es donde él la vio por primera vez. Y también mandó otras cosas tales, que los curas del pueblo dicen que no se deben cumplir ni está bien que se cumplan, porque parecen de paganos. A todo lo cual aquel gran amigo suyo Ambrosio, el estudiante, que también se vistió de pastor con él, ha respondido que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; pero, según se dice, finalmente se hará lo que quieren Ambrosio y todos sus amigos los pastores, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mí que será cosa muy digna de ver; al menos yo no dejaré de ir a verla, aunque no sepa si podré volver mañana al pueblo.

—Todos haremos lo mismo —respondieron los cabreros—, y echaremos a suertes quién se queda guardando las cabras.

—Bien dicho, Pedro —dijo uno—, pero no será menester usar esa diligencia, yo me quedaré; y no lo atribuyas a virtud y a poca curiosidad mía, sino a que no me deja andar la estaca que el otro día me traspasó este pie.

—Te lo agradecemos de igual modo —respondió Pedro.

Y don Quijote rogó a Pedro le dijese qué muerto era aquel y qué pastora aquella; a lo que Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto era un hidalgo rico, vecino de un pueblo que estaba en aquellas sierras, que había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su pueblo con fama de muy

sabio y muy leído.

—Sobre todo decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el Sol y la Luna, porque puntualmente nos decía el *cris* del Sol y de la Luna.

—Al oscurecerse esos dos luminares mayores se le dice eclipse, amigo, no cris —dijo don Quijote.

Pero Pedro, no reparando en menudencias, prosiguió su cuento diciendo:

—También adivinaba cuándo iba a ser el año abundante o *estil*.

—Estéril queréis decir, amigo —dijo don Quijote.

—Estéril o estil —respondió Pedro—, allá se van. Y digo que con esto que decía se hicieron muy ricos su padre y sus amigos, dándole crédito, porque hacían lo que él les aconsejaba diciéndoles: «Sembrad este año cebada, no trigo; en este podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene habrá una buena cosecha de aceite; los tres siguientes no se cogerá ni gota».

—Esa ciencia se llama astrología —dijo don Quijote.

—No sé yo cómo se llama —replicó Pedro—, pero sé que todo esto sabía, y aún más. En fin, no habían pasado muchos meses desde que vino de Salamanca, cuando un día apareció vestido de pastor, con su cayado y zamarra, después de quitarse los hábitos largos de estudiante que traía; y juntamente con él se vistió de pastor otro gran amigo suyo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Se me olvidaba decir que Grisóstomo, el difunto, fue un maestro componiendo coplas: tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el Corpus, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran bonísimos. Cuando los del pueblo vieron tan de improviso vestidos de pastores a los dos estudiantes, quedaron asombrados y no podían adivinar la causa que les había movido a hacer aquella mudanza tan extraña. Ya en ese tiempo se había muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él heredó mucha cantidad de hacienda, tanto en bienes muebles como raíces, y una no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y una gran cantidad de dineros; de todo esto quedó el mozo dueño absoluto, y la verdad es que todo lo merecía, pues era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se supo que el haberse mudado de traje no había sido para otra cosa que para andarse por estos despoblados detrás de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró antes, de la que se había enamorado el pobre difunto Grisóstomo. Y os quiero decir ahora, porque tenéis que saberlo, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no oigáis nada igual en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.

—Decid que Sara, o que Matusalén —replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

—Harto vive la sarna —respondió Pedro—; y si es, señor, que me vais a andar zahiriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

—Perdonad, amigo: os lo dije por haber tanta diferencia de sarna a Sara; pero vos respondisteis muy bien, porque vive más sarna que Sara, y proseguid vuestra historia,

que no os replicaré más en nada.

—Digo, pues, señor mío de mi alma, que en nuestra aldea hubo un labrador aún más rico que el padre de Grisóstomo, que se llamaba Guillermo, a quien dio Dios, amén de muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fue la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que la estoy viendo, con aquella cara que tenía por un lado el sol y por el otro la luna; y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que ahora mismo debe de estar su alma gozando de Dios en el otro mundo. Del pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guillermo, dejando a su hija Marcela, muchacha y rica, al cuidado de un tío suyo sacerdote y beneficiado de nuestro pueblo. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía recordar la de su madre, que la tuvo muy grande; y por esto se juzgaba que se la había de pasar a la hija. Y así fue, que cuando llegó a los catorce o quince años nadie la miraba sin bendecir a Dios, que tan hermosa la había criado, y la mayoría quedaban enamorados y perdidos por ella. La guardaba su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, pese a esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de tal manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores de ellos, era rogado, solicitado e importunado su tío para que se la diese por mujer. Pero él, que es un buen cristiano de verdad, aunque quería casarla pronto, tal y como la veía ya en edad de ello (despreciando la ganancia y beneficio que le ofrecía el disfrutar la hacienda de la moza retrasando su boda), no quiso hacerlo sin su consentimiento. Y desde luego que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que en estos pueblos pequeños de todo se trata y de todo se murmura, y tened para vos, como yo tengo para mí, que debe de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga a sus feligreses a que digan bien de él, especialmente en las aldeas.

—Es verdad —dijo don Quijote—, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, lo contáis con muy buena gracia.

—La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabréis que aunque el tío proponía a la sobrina y le decía de los muchos que la pedían por mujer las cualidades de cada uno en particular, rogándole que se casase y escogiese a su gusto, ella jamás respondió otra cosa sino que de momento no quería casar se y que, por ser tan joven, no se sentía preparada para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas excusas que daba, al parecer justas, dejaba el tío de importunarla y esperaba a que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía a su gusto. Porque decía él, y decía muy bien, que los padres no tenían que dar a sus hijos estado contra su voluntad.

»Pero hete aquí que, cuando menos me lo esperaba, un día aparece la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin tener parte su tío ni nadie del pueblo, que se lo desaconsejaban, dio en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y en guardar su mismo ganado. Y en cuanto salió ella a la calle y se vio al descubierto su hermosura,

no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores tomaron el traje de Grisóstomo y la andan requebrando por esos campos.

»Uno de ellos, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del que decían que se le hizo poco quererla, y pasó a adorarla. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco o de ningún recogimiento, que por ello haya dado indicio, ni por asomo, de menoscabar su honestidad y recato: antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado ni se podrá alabar en verdad de que le haya dado la más pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que aunque no huye ni se esquiva de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en cuanto alguno de ellos llega a descubrirle su intención, siendo esta incluso tan justa y santa como la del matrimonio, se lo quita de encima como un trabuco. Y con esta manera de ser hace más daño en esta tierra que la peste, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan para servirla y amarla; pero su desdén y desengaño los conduce a quitarse la vida, y así, no saben qué decirle, y la llaman a voces cruel y desagradecida, o cosas parecidas, que manifiestan a las claras la calidad de su carácter. Y si os quedaseis aquí unos días, señor, veríais resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la persiguen.

»No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno una corona grabada en el mismo árbol, como diciendo más claramente su amante que Marcela la lleva y la merece en nombre de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro; allá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Hay quien pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peñasco, y allí, sin cerrar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, lo ha hallado el sol por la mañana; y quien sin dar reposo ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo. Y sobre este y aquel, y sobre aquellos y estos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela, y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez y quién será el dichoso que ha de venir a domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura tan extremada.

»Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, quiero creer que también lo es lo que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana en su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no hay de este lugar a aquel donde manda enterrarse ni media legua».

—Lo tendré en cuenta —dijo don Quijote—, y os agradezco el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.

—Y aún no sé yo ni la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela —dijo el cabrero—, pero podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor

que nos los diga. Y por ahora estaría bien que os fueseis a dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida; aunque es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer ningún contratiempo.

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte a su amo que se entrase a dormir en la choza de Pedro. Lo hizo así, y la mayor parte de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces.

CAPÍTULO XIII

DONDE SE DA FIN AL CUENTO DE LA PASTORA MARCELA, CON OTROS SUCESOS

Apenas comenzó a descubrirse el día por los balcones del oriente, se levantaron cinco de los seis cabreros y fueron a despertar a don Quijote y a decirle si tenía todavía el propósito de ir a ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harían compañía. Don Quijote, que no deseaba otra cosa, se levantó y mandó a Sancho que ensillase y enalbardase, lo que hizo él con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y apenas hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar una senda vieron venir hacia ellos unos seis pastores vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano. Venían con ellos también a caballo dos gentileshombres que vestían muy buenas ropas, con otros tres mozos de a pie que los acompañaban. En cuanto se juntaron se saludaron cortésmente, y preguntándose unos a otros a dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro y así, comenzaron a caminar todos juntos.

Uno de los de a caballo, hablando con su compañero, le dijo:

—Me parece, señor Vivaldo, que hemos de dar por bien empleado el retraso que tengamos por ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según las cosas extraordinarias que estos pastores nos han contado tanto del pastor muerto como de la pastora homicida.

—Así me lo parece a mí —respondió Vivaldo—, y digo yo de retrasarnos no ya un día, sino cuatro con tal de verlo.

Le preguntó don Quijote qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habían encontrado a aquellos pastores y que, por haberlos visto con aquel traje tan triste, les habían preguntado la razón por la que iban de aquella manera, y uno de ellos se lo contó, contando la aspereza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de los muchos que la solicitaban, con la muerte de aquel Grisóstomo a cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que le había contado Pedro a don Quijote.

Cesó esta plática y se comenzó otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo a don Quijote cuál era la razón que le movía a andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica, a lo que don Quijote respondió:

—La profesión que ejerzo no consiente ni permite que yo ande de otra manera. El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; pero el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.

Apenas le oyeron esto, todos lo tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó a preguntar Vivaldo que qué quería decir caballeros andantes.

—¿No han leído vuestras mercedes —respondió don Quijote— los anales e historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comúnmente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artús? Es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña que este rey no murió, sino que por arte de magia se convirtió en cuervo, y andando los tiempos volverá a reinar y a recobrar su reino y cetro, y por ello no se podrá probar que se haya matado ningún cuervo inglés desde entonces. Pues en tiempo de este buen rey fue instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y tuvieron lugar, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo mediadora y sabedora de ellos aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan celebrado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino,

con aquel giro tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces fue aquella orden de caballería extendiéndose y dilatándose de mano en mano por muchas y diversas partes del mundo, y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la orden de su caballería, en la cual, como acabo de decir, yo, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo. Y así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los débiles y menesterosos.

Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes de que don Quijote era falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron el mismo asombro que recibían todos aquellos que venían de nuevas en

conocimiento de ella. Y Vivaldo, que era persona muy despierta y de alegre condición, por pasar sin aburrimiento el poco camino que decían que les faltaba, al llegar a la sierra del entierro quiso darle ocasión a que siguiese con sus disparates.

—Me parece, señor caballero andante —le dijo—, que vuestra merced ha profesado una de las más rigurosas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan rigurosa.

—Tan rigurosa bien podía ser, pero tan necesaria en el mundo estoy muy cerca de ponerlo en duda. Porque, a decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra, pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no a cubierto, sino a cielo abierto, blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por los que se ejecuta su justicia en ella. Y como las cosas de la guerra y las a ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, porfiando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios que favorezca a los que pueden poco. No quiero yo decir, ni se me pasa por el pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso: solo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el curso de sus vidas; y si algunos subieron a ser emperadores por el valor de su brazo, desde luego que les costó su buena sangre y sudor, y que si a los que a tal grado subieron les hubieran faltado encantadores y magos que los ayudaran, ellos habrían quedado bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

—De ese parecer soy yo —replicó el caminante—, pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una gran y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en el instante de acometerla se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado a hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y devoción como si ellas fueran su Dios, cosa que me parece que huele algo a paganismo.

—Señor —respondió don Quijote—, no podría ser eso de otra manera, y daría un paso en falso el caballero andante que hiciese otra cosa, que ya es uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tenga a su señora delante, vuelva a ella los ojos blanda y amorosamente, como pidiéndole con ellos que le favorezca y ampare en el incierto trance que acomete; y aun si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende, y de esto tenemos innumerables ejemplos en los

libros. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el transcurso de la gesta.

—Con todo, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que entre dos caballeros andantes se traban las palabras, y, de una en otra, se les viene a encender la cólera, y a volver los caballos y tomar un buen trecho del campo, y luego, sin más ni más, a todo el correr de ellos, se vuelven a encontrar, y en mitad de la cabalgada se encomiendan a sus damas; y lo que suele suceder en el encuentro es que uno cae por las ancas del caballo, traspasado por la lanza del contrario de parte a parte, y al otro le sucede lo propio, que de no sostenerse de las crines del suyo, acabaría viniéndose al suelo. Y no sé yo cómo el muerto habrá tenido tiempo de encomendarse a Dios en el transcurso de este tan acelerado lance. Mejor sería que las palabras que gastó en la carrera encomendándose a su dama las hubiera gastado en lo que debía y estaba obligado como cristiano. Cuanto más, que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas a quienes encomendarse, porque no todos son enamorados.

—Eso no puede ser —respondió don Quijote—: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a ellos ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se habrá visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y en el caso de que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería no por la puerta, sino por la tapia, como salteador y ladrón.

—Con todo, me parece haber leído, si mal no me acuerdo, que don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada a quien pudiese encomendarse, y pese a ello no fue tenido en menos, y fue un muy valiente y famoso caballero.

—Señor —dijo don Quijote—, una golondrina sola no hace verano. Cuanto más, que yo sé que ese caballero estaba muy enamorado, pero en secreto; aparte de que eso de hacer la corte a todas las que le gustaban era su condición natural, a la que no podía resistirse. Aunque, desde luego, está muy bien averiguado que él tenía una sola a quien había hecho señora de su voluntad, a la que se encomendaba muy a menudo y muy secretamente, porque como caballero se preció de serlo guardando el secreto.

—Luego si es esencial que todo caballero andante haya de ser enamorado, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan reservado como don Galaor, le suplico, con el respeto debido y en nombre de toda esta compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendría por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida por un tal caballero como vuestra merced parece.

Aquí dio un gran suspiro don Quijote, y dijo:

—Yo no podré afirmar si la mi dulce enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo. Solo sé decir, respondiendo a lo que con tanta cortesía se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un pueblo de la Mancha; su calidad

por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que la honestidad encubrió a la vista humana son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.

—El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber —replicó Vivaldo.

—No es de los antiguos Curcios, Cayos y Cipiones romanos —dijo don Quijote—, ni de los actuales Colonnas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque reciente, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los siglos venideros. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

Nadie las mueva
que estar no pueda con Roldán a prueba.

—Aunque mi linaje es de los Cachopines de Laredo —respondió el caminante—, no osaré yo compararlo con el del Toboso de la Mancha, si bien, a decir verdad, hasta ahora no ha llegado semejante apellido a mis oídos.

—¡No es posible! —replicó don Quijote.

Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndolo conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca jamás le había llegado noticia de tal nombre ni tal princesa, aunque vivía tan cerca del Toboso.

En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que hacían dos altas montañas bajaban unos veinte pastores, todos vestidos con pellicos de negra lana y coronados con guirnaldas, que eran, como luego se vio, unas de tejo y otras de ciprés. Entre seis de ellos traían unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos.

—Aquellos que allí vienen —dijo al verlos uno de los cabreros—, son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que lo enterrasen.

Por esto se dieron prisa en llegar, y fue en el momento en que los que venían ya

habían puesto las andas en el suelo, y cuatro de ellos con agudos picos estaban cavando la sepultura, a un lado de una dura peña.

Se saludaron unos y otros cortésmente, y acto seguido don Quijote y los que con él venían se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, vestido como pastor, de unos treinta años más o menos; y, aunque muerto, mostraba que, vivo, había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor de él tenía en las mismas andas algunos libros y muchos papeles, abiertos y cerrados. Y tanto los que miraban esto como los que abrían la sepultura, y todos los demás que había allí, guardaban un maravilloso silencio. Hasta que uno de los que trajeron al muerto dijo a otro:

—Mirá bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que queréis que se cumpla tan exactamente lo que dejó mandado en su testamento.

—Este es —respondió Ambrosio—, que muchas veces me contó en él mi desdichado amigo la historia de su desventura. Aquí me dijo él que vio la vez primera a aquella enemiga mortal del linaje humano, y aquí fue también donde le declaró por primera vez su pensamiento, tan honesto como enamorado, y aquí fue la última vez donde Marcela lo acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en recuerdo de tantas desdichas, quiso él que lo depositasen en las entrañas del eterno olvido.

Y volviéndose a don Quijote y a los caminantes, prosiguió diciendo:

—Este cuerpo, señores, que estáis mirando con piadosos ojos, fue depositario de un alma en la que el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Este es el cuerpo de Grisóstomo, que fue único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y, en fin, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien: fue aborrecido; adoró: fue desdeñado; rogó a una fiera: importunó a un mármol; corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio el ser despojos de la muerte en la mitad del curso de su vida, a la cual dio fin una pastora a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, como podrían mostrarlo bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego después de entregado su cuerpo a la tierra.

—Vais a usar vos con ellos de mayor rigor y crueldad que su mismo dueño —dijo Vivaldo—, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de alguien si lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no lo hubiera tenido bueno Augusto César si hubiese consentido que se pusiera en ejecución lo que Virgilio, el divino Mantuano, dejó mandado en su testamento. Así que, señor Ambrosio, después que deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no está bien que vos cumpláis como inconsciente; antes haced, dando la vida a estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo a las gentes futuras, en los tiempos que están por venir,

para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia de este vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la razón de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida, de cuya lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor les pone delante de los ojos. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo y que había de ser enterrado en este lugar, y así, por curiosidad y lástima, desviamos nuestro camino y acordamos venir a ver con los ojos lo que tanto nos había lastimado oírlo. Y en pago de esta lástima y del deseo que en nosotros nació de remediarla si pudiéramos, te rogamos, juicioso Ambrosio, o por lo menos yo te lo suplico por mi cuenta, que, dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos de ellos.

Y sin aguardar a que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que estaban más cerca. Lo vio Ambrosio, y dijo:

—Por cortesía consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que voy a dejar de quemar los que quedan es pensamiento vano.

Vivaldo, que deseaba ver lo que decían los papeles, abrió entonces uno de ellos y vio que tenía por título *Canción desesperada*. Lo oyó Ambrosio y dijo:

—Ese es el último papel que escribió el desdichado; y para que veáis, señor, en qué extremo lo tenían sus desventuras, leedlo de modo que seáis oído, que os dará tiempo de sobra el que se tarde en abrir la sepultura.

—Eso haré yo de muy buena gana —dijo Vivaldo.

Y como todos los presentes tenían el mismo deseo, se le pusieron a la redonda, y él, leyendo con voz clara, vio que así decía:

CAPÍTULO XIV

DONDE SE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DIFUNTO PASTOR GRISÓSTOMO, CON OTROS NO ESPERADOS SUCESOS

Ya que quieres, cruel, que se publique,
de lengua en lengua y de una en otra gente,
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mismo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente,
con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezcladas, por mayor tormento,
pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
no al concertado son, sino al ruido
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvarío,
por gusto mío sale y tu despecho.
El rugir del león, del lobo fiero
el temeroso aullido, el silbo horrendo
de escamosa serpiente, el espantable
alarido de un monstruo, el agorero
graznar de la corneja, y el estruendo
del viento contrastado en mar revuelto;
del ya vencido toro el implacable
bramido, y de la viuda tortolilla
el sentido arrullar; el triste canto

del envidiado búho, con el llanto
de toda la infernal negra cuadrilla,
salgan con la doliente ánima fuera,
mezclados en un son, de tal manera
que se confundan los sentidos todos,
pues la pena cruel que en mí se halla
para contarla pide nuevos modos.
De tanta confusión no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,
ni del famoso Betis las olivas:
que allí se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,
con muerta lengua y con palabras vivas;
o ya en oscuros valles, o en esquivas
playas, desnudas de contacto humano,
o adonde el sol jamás mostró su lumbre,
o entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el libio llano;
pues, por más que en los páramos desiertos
los ecos roncos de mi mal, inciertos,
suenen con tu rigor tan sin segundo,
por privilegio de mis cortos hados,
serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desdén, aterra la paciencia,
o verdadera o falsa, una sospecha;
matan los celos con rigor más fuerte;
desconcierta la vida larga ausencia;
contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta, inevitable muerte;
mas yo, ¡milagro nunca visto!, vivo
celoso, ausente, desdeñado y cierto
de las sospechas que me tienen muerto;
y en el olvido en que mi fuego avivo,
y entre tantos tormentos, nunca alcanza
mi vista a ver de cerca la esperanza,
ni yo, desesperado, la procuro;

antes, por extremarme en mi querella,
estar sin ella eternamente juro.
¿Se puede, por ventura, en un instante
esperar y temer, o es bien hacerlo,
siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si es que los celos se presentan,
que cerrar estos ojos, si he de verlo
por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
a la desconfianza, cuando mira
descubierto el desdén, y las sospechas,
oh amarga conversión, verdades hechas,
y la limpia verdad vuelta en mentira?
Oh, en el reino de amor fieros tiranos
celos, ponedme un arma en estas manos.
Dame, desdén, una torcida soga.
Mas, ay de mí, que, con cruel victoria,
vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero, en fin; y porque nunca espere
buen final en la muerte ni en la vida,
pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
y que es más libre el alma más rendida
a la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mía
hermosa el alma como el cuerpo tiene,
y que su olvido de mi culpa nace,
y que, en fe de los males que nos hace,
amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinión y un duro lazo,
acelerando el miserable plazo
a que me han conducido sus desdenes,
ofreceré a los vientos cuerpo y alma,
sin lauro o palma de futuros bienes.
Tú, que con tantas sinrazones muestras
la razón que me fuerza a que la haga
a la cansada vida que aborrezco,

pues ya ves que te da notorias muestras
esta del corazón profunda llaga,
de cómo, alegre, a tu rigor me ofrezco,
si, por dicha, conoces que merezco
que el cielo claro de tus bellos ojos
en mi muerte se turbe, no lo hagas;
que no quiero que en nada satisfagas,
al darte de mi alma los despojos.
Antes, con risa en la ocasión funesta,
descubre que el fin mío fue tu fiesta;
mas gran simpleza es avisarte de esto,
pues sé que está tu gloria conocida
en que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed; Sísifo venga
con el peso terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y asimismo
con su rueda Egión no se detenga,
ni las hermanas que trabajan tanto;
y todos juntos su mortal quebranto
trasladen en mi pecho, y en voz baja
—si ya a un desesperado son debidas—
canten exequias tristes, doloridas,
al cuerpo a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
con otras mil quimeras y mil monstruos,
lleven el doloroso contrapunto;
que otra pompa mejor no me parece
que la merece un amador difunto.
Canción desesperada, no te quejes
cuando mi triste compañía dejes;
antes, pues que la causa en que naciste
con mi desdicha aumenta su ventura,
aun en la sepultura no estés triste.

A los que habían escuchado la canción de Grisóstomo les pareció bien, aunque el que la leyó dijo que no le parecía que encajara con la descripción que él había oído

del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo:

—Para que, señor, satisfagáis esa duda, deberíais saber que cuando este desdichado escribió esta canción estaba distanciado de Marcela, de quien él se había distanciado por su voluntad, por ver si la ausencia usaba con él sus habituales fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, a quien, aparte de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

—Esa es la verdad —respondió Vivaldo.

Y queriendo leer otro papel de los que había librado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión —que tal parecía ella— que se les ofreció a los ojos de improviso; y fue que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura apareció la pastora Marcela, tan hermosa, que su hermosura sobrepasaba a su fama. Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados a verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Pero apenas la vio Ambrosio, con muestras de ánimo indignado le dijo:

—¿Vienes a ver, por ventura, oh fiero basilisco de estas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas de este mísero a quien tu crueldad quitó la vida? ¿O vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición? ¿O a ver desde esa altura, como otro despiadado Nerón, el incendio de su abrasada Roma? ¿O a pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Tarquino? Dinos pronto a lo que vienes o qué es aquello de que más gustas. Que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás en vida dejaron de obedecerte, haré que, aun muerto él, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

—No vengo, Ambrosio, a ninguna de las cosas que has dicho —respondió Marcela—, sino a defenderme a mí misma y a dar a entender qué fuera de razón van todos aquellos que me culpan de sus penas y de la muerte de Grisóstomo; y así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir con esta verdad a los juiciosos.

»El cielo me hizo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin poderlo evitar, os mueve mi hermosura a que me améis, y por el amor que me mostráis decís y aun queréis que yo esté obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es digno de ser amado; pero no entiendo que, por razón de ser amado, lo que es amado por hermoso esté obligado a amar a quien le ama. Y además, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir “Te quiero por hermosa: me has de amar aunque sea feo”. Pero incluso en el

caso de que corran a la par las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran: algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; y si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar, porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos serían los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad a la fuerza, obligada no más porque decís que me queréis bien?

»Si no, decidme: si así como el cielo me hizo hermosa me hubiera hecho fea, ¿habría sido justo que me quejara de vosotros porque no me amabais? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que es el cielo el que me la dio tal cual como una gracia, sin yo pedirla ni escogerla. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, aunque con ella mata, por habérsela dado la naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa. Que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien no se acerca a ellos. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que más adornan y hermosean al cuerpo y al alma, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa? ¿Por corresponder a la intención de aquel que solo por su gusto procura con todas sus fuerzas y ardides que la pierda?

»Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles de estas montañas son mi compañía; las claras aguas de estos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado ninguna a Grisóstomo, ni colmado a nadie ninguno de sus deseos, bien se puede decir que antes lo mató su porfía que mi crueldad. Y si se me imputa que eran honestos sus pensamientos y que por esto estaba obligada a corresponderlos, digo que cuando me descubrió la bondad de su intención en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y la ofrenda de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué menos que se anegase en la mitad del océano de su desatino? Si yo lo hubiese entretenido, habría sido una falsa; si lo hubiese contentado, habría obrado contra mi mejor intención y propósito.

»Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si es razonable que se me culpe de su pena. Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese aquel a quien yo llame, ufánese el que yo admita; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo hasta ahora no ha querido aún que yo ame por destino, y el

pensar que tengo que amar por elección está de más. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan para su particular provecho; y entiéndase de aquí en adelante que si alguno muere por mí, no muere por celoso ni desdichado, porque quien no quiere a nadie, a ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes.

»El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá de ninguna manera. Que si a Grisóstomo lo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi pureza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres?

»Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; soy de naturaleza libre, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a este ni solicito a aquel; ni tonteo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta con las zagalas de estas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretienen. Tienen mis deseos por confín estas montañas, y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera».

Y diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que estaba allí cerca, dejando admirados tanto de su buen juicio como de su hermosura a todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras de quererla seguir (aquellos que estaban heridos por la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos), sin que les hubiese aprovechado el manifiesto desengaño que habían oído. Vio esto don Quijote, y pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería socorriendo a las doncellas desvalidas, puesta la mano en el puño de su espada, dijo alto y claro:

—Nadie, de ningún estado ni condición, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en mi furiosa indignación. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus enamorados; por lo que es justo que, en lugar de que la sigan y persigan, sea honrada y estimada por todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es la única que vive con tan honesta intención.

Ya fuese por las amenazas de don Quijote, o porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que a su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y quemados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los presentes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, mientras se acababa una losa que, según dijo Ambrosio, pensaba mandar hacer con un epitafio que decía así:

Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fue pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió a manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

Luego esparcieron sobre la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame a su amigo Ambrosio, se despidieron de él. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y don Quijote se despidió de sus anfitriones y de los caminantes, que le rogaron se viniese con ellos a Sevilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el consejo y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que de momento no quería ni debía ir a Sevilla, hasta no haber despejado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de las que era fama que estaban todas llenas. Viendo su firme determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, y, tornándose a despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, tanto de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de don Quijote. Este decidió ir a buscar a la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio; pero no le vino tan bien como él pensaba, según se cuenta en el transcurso de esta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XV

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA QUE SE TOPÓ DON QUIJOTE EN TOPAR CON UNOS DESALMADOS YANGÜESES

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que en cuanto don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron en el entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado lleno de fresca hierba, junto al que corría un arroyo apacible y fresco, tanto, que convidó y forzó a pasar allí las horas de la siesta, que comenzaba ya a entrar muy rigurosa.

Se apearon don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y a Rocinante pacer a sus anchas de la mucha hierba que había allí, entraron a saco en las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que hallaron en ellas.

No se había preocupado Sancho de trabar a Rocinante, seguro de saberlo tan manso y tan poco rijoso, que ni todas las yeguas de la dehesa de Córdoba lo hubieran incitado a ningún mal vicio. Ordenó sin embargo la suerte (y el diablo, que no siempre duerme) que anduvieran por aquel valle paciendo una manada de jacas galicianas de unos arrieros yangüeses, que tienen por costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de hierba y agua, y aquel donde acertó a hallarse don Quijote era muy a propósito de los yangüeses.

Sucedió, pues, que a Rocinante le vino el deseo de refocilarse con las señoras jacas, y en cuanto las olió, saliendo de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trotecico algo picadillo y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que, por lo que se vio, debían de tener más gana de pacer que de otra cosa, lo recibieron con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que en ese momento se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla, a pelo. Pero lo que él debió de sentir más fue que, viendo los arrieros la fuerza que se les hacía a sus yeguas, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que lo derribaron malparado en el suelo.

Ya en esto don Quijote y Sancho, que habían visto la paliza a Rocinante, llegaban jadeando, y dijo don Quijote a Sancho:

—Por lo que yo veo, Sancho amigo, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Te lo digo porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y si acaso no uno y medio?

—Yo valgo por ciento.

Y sin hacer más discursos, don Quijote echó mano a su espada y arremetió a los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo. Y de buenas a primeras dio don Quijote una cuchillada a uno, que le abrió un sayo de cuero con el que venía vestido, y una gran parte de la espalda.

Los yangüeses, que se vieron maltratar por aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en medio, comenzaron a menudear los golpes sobre ellos con gran ahínco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le sucedió a don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese a caer a los pies de Rocinante, que aún no se había levantado: donde se advierte la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas.

Viendo, pues, los yangüeses el atropello que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando a los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que volvió en sí fue Sancho Panza; y al verse junto a su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

—¡Señor don Quijote! ¡Eh, señor don Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano? —respondió don Quijote, con el mismo tono desmayado y doliente que Sancho.

—Querría, si fuese posible, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del *feo Blas*, si es que la tiene vuestra merced por ahí a mano: igual que aprovecha para los quebrantamientos de huesos, quizá sirva también para las heridas.

—De tenerla yo aquí, desgraciado de mí, ¿qué nos faltaba? Pero te juro, Sancho Panza, a fe de caballero andante, que antes de dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tendré en mi poder, o muy mal me han de andar las manos.

—Pues ¿en cuántos le parece a vuestra merced que podremos mover los pies?

—De mí sé decir —dijo el molido caballero don Quijote— que no sé cuándo será. Pero yo me tengo la culpa de todo, que no tenía que haber echado mano a la espada contra hombres que no hubieran sido armados caballeros como yo. Y así, creo que como pena por haber quebrantado las leyes de la caballería ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, Sancho Panza, conviene que estés advertido en esto que voy a decirte ahora, porque importa mucho a la salud de ambos: y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes a que yo eche mano a la espada contra ellos, porque no lo haré de ninguna manera, sino que pon tú mano a tu espada y castígalos muy a tu gusto; y si en su ayuda y defensa

acuden caballeros, yo te sabré defender y atacarlos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta dónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo.

Así quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno. Pero no le pareció tan bien a Sancho Panza el aviso de su amo, como para dejar de responderle:

—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé pasar por alto cualquier injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar. Así que sírvale a vuestra merced también de aviso, pues no puede ser mandato, que de ninguna manera echaré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde hoy y ante Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, da igual que me los haya hecho o haga o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o tributario, sin exceptuar estado ni condición alguna.

—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara un poco, para darte a entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, se vuelve en nuestro favor, llevándonos las velas del deseo a que tomemos puerto sin peligro ni viento contrario en alguna de las ínsulas que te tengo prometidas, ¿qué sería de ti si, ganándola yo, te hiciese señor de ella? Pues lo vendrás a imposibilitar, por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias recién conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales ni tan de parte del nuevo señor, que este no tema vayan a hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas y volver, como dicen, a probar ventura; y así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar y valor para atacar y defenderse en cualquier acontecimiento.

—En este que ahora nos ha acontecido hubiera querido yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; pero le juro, a fe de pobre hombre, que más estoy para emplastos que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento. Jamás lo hubiera creído de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para llegar a conocer a las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién habría dicho que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dio a aquel desdichado caballero andante había de venir tan rápida y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

—Y las tuyas aún, Sancho, deben de estar hechas a semejantes nublados; pero las mías, criadas entre tules y holandas, claro está que sentirán más el dolor de esta desgracia. Y si no fuese porque imagino…, ¿qué digo imagino?, estoy seguro de que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría

morir de puro enojo.

—Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy a menudo, o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece a mí que con dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.

—Has de saber, Sancho amigo, que la vida de los caballeros andantes está sujeta a mil peligros y desventuras, y los caballeros andan tes están ni más ni menos en potencia propincua o designio de ser reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y te podría contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido a los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias. Porque el valeroso Amadís de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaús el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dio, teniéndolo preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado a una columna de un patio. Y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que habiendo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debajo de los pies, en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima bajo tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una de esas que llaman lavativas, de agua de nieve y arena, que le pusieron a las últimas, y si no le hubiese socorrido en aquella gran cuita un mago gran amigo suyo, lo hubiese pasado muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas que las que pasamos ahora nosotros son las que estos pasaron. Porque quiero hacerte saber, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que se hallan casualmente en las manos, y esto está en la ley del duelo, escrito expresamente; que si el zapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, aunque verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto porque no pienses que aunque quedamos molidos en esta pendencia, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con las que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno de ellos, si mal no me acuerdo, tenía estoque, espada ni puñal.

—No me dieron a mí ocasión de fijarme, porque apenas puse mano a mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo donde ahora yazgo, y donde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta o no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

—Con todo y con eso, te hago saber, hermano Panza, que no hay memoria a la que el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no consuma.

—Pues ¿qué mayor desdicha puede ser que aquella que aguarda al tiempo que la consuma y a la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que se curan con un par de emplastos, aún podría pasar; pero voy viendo que no han de

bastar todos los emplastos de un hospital para ponerla en buen término siquiera.

—Déjate de eso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que, por lo que me parece, al pobre no le ha tocado la menor parte de esta desgracia.

—No hay por qué maravillarse de eso, siendo él de tan buen caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para darles remedio —dijo don Quijote—. Lo digo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome a mí desde aquí a algún castillo donde cuiden de mis feridas. Y por supuesto que no tendré a deshonra tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en Tebas, la ciudad de las cien puertas, iba muy a su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

—Verdad será que él debía de ir caballero como dice vuestra merced —dijo Sancho—, pero hay una gran diferencia entre ir caballero e ir atravesado como costal de basura.

—Las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan. Así que, amigo Panza, no me repliques más, sino que, como ya te he dicho, levántate lo mejor que puedas y ponme de la manera que más te agrade encima de tu jumento, y vámonos de aquí, antes que la noche venga y nos asalte en este despoblado.

—Pues yo he oído decir a vuestra merced que es muy de caballeros andantes dormir en los páramos y desiertos casi todo el año, y que lo tienen a mucha ventura.

—Eso es —dijo don Quijote—, cuando no pueden más, o cuando están enamorados. Y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol y a la sombra y a las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno de estos fue Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, no sé si ocho años u ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia, por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que le suceda al jumento otra desgracia como a Rocinante.

—Sería muy capaz el diablo —dijo Sancho.

Y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros y ciento veinte maldiciones y reniegos de quien le había traído hasta allí, se levantó, quedándose doblado en mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse. Y con todo este trabajo, aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día. Levantó luego a Rocinante, que, de haber tenido lengua con que quejarse, a buen seguro que no le habría ido a la zaga ni a Sancho ni a su amo.

En resumidas cuentas, Sancho acomodó a don Quijote sobre el asno y puso de reata a Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco más o menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real. Y la suerte, que sus cosas iba

guiando de bien en mejor, apenas hubo andado una legua le deparó el camino, en el que descubrió una venta, que a pesar suyo y gusto de don Quijote había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo. Y tanto duró la porfía, que tuvieron tiempo de llegar a ella sin acabarla, y en ella se entró Sancho, sin más averiguación, con toda su recua.

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO EN LA VENTA QUE ÉL IMAGINÓ CASTILLO

El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había tenido una caída de una peña abajo, y que venía con las costillas algo magulladas. Tenía el ventero por mujer a una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque era de natural caritativa y se compadecía de las calamidades de sus prójimos. Y así, acudió inmediatamente a curar a don Quijote, e hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen ver, la ayudase a curar a su huésped.

Servía en la venta también una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, tuerta de un ojo y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que se le cargaban un tanto, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camaranchón o desván que daba manifiestos indicios de haber servido de pajar muchos años en otro tiempo.

En él también se alojaba un arriero, que tenía su cama un poco más allá de la de nuestro don Quijote, y aunque estaba hecha con las enjalmas y mantas de sus machos, aventajaba en mucho a la de don Quijote, que solo tenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos y un colchón que por lo delgado parecía colcha, lleno de bultos, que, de no mostrar por algunas roturas que eran de lana, al tiento semejaban en la dureza guijarros, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una manta de la que si se le quisieran contar los hilos, no se perdería uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija lo emplastaron de arriba abajo, mientras las alumbraba Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al ponerle los emplastos vio la ventera a don Quijote tan acardenalado por todas partes, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

—No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y cada uno hizo su cardenal.

Y añadió:

—Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas cataplasmas, que no faltará quien tenga menester de ellas, que también a mí me duelen un poco los

lomos.

—O sea —respondió la ventera—, que también debisteis vos de caer.

—No caí, sino que del sobresalto que me entró al ver caer a mi amo, me duele igual a mí el cuerpo, que me parece que me hayan dado mil palos.

—Bien podría ser eso —dijo la doncella—, que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, me hallaba tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora —respondió Sancho Panza—, que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que estoy ahora, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de largos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? —replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en un abrir y cerrar de ojos se ve apaleado y emperador: hoy es la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

—Entonces ¿cómo vos, siéndolo de este tan buen señor —dijo la ventera—, no tenéis, por lo que parece, ni un condado siquiera?

—Aún es temprano, porque no hace sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y puede suceder que se busca una cosa y se halla otra. Lo cierto es que si mi señor don Quijote sana de esta herida… o caída, y yo no quedo contrahecho de ella, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

—Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habéis hecho, para agradecéroslo mientras la vida me dure. Y ojalá placiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes y a los ojos de aquella hermosa ingrata que susurro entre dientes, que los de esta fermosa doncella serían señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las palabras del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque comprendieron de sobra que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no acostumbradas a semejante lenguaje, lo miraban y se admiraban, y les parecía otro hombre de los que se estilaban; y agradeciéndole con

venteriles palabras sus ofrecimientos, lo dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no lo necesitaba menos que su amo.

Había concertado el arriero con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en cuanto estuvieran sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, lo iría a buscar y a satisfacerle el gusto en todo lo que le mandase. Y cuéntase de esta buena moza que jamás dio palabras tales que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía de muy hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían puesto en aquella tesitura.

El duro, estrecho, apocado y ruin lecho de don Quijote estaba a la entrada y en mitad de aquel destartalado establo, y junto a él hizo también el suyo Sancho, que solo tenía una estera de enea y una manta que más bien mostraba ser de cáñamo pelado que de lana. A continuación de estos dos lechos estaba el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, que eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor de esta historia, que de este arriero hace particular mención porque lo conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Aparte que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy cuidadoso y muy preciso en todas las cosas, y a la vista está, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y a ras del suelo, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan los hechos tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte,* y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del conde Tomillas: con qué exactitud lo describen todo!

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho emplastado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que ardía colgada en medio del portal.

Esta maravillosa quietud (y los pensamientos que nuestro caballero traía siempre de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros responsables de su desgracia) le trajo a la imaginación una de las extrañas locuras que pueden imaginarse buenamente. Y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, a su parecer todas las ventas donde se alojaba eran castillos) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, quien, vencida por su gentileza, se había enamorado de él y prometido que aquella noche, a hurto de sus padres, vendría a yacer con él un buen rato; y teniendo por firme y valedera toda esta quimera que él se había fabricado, se comenzó a inquietar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad iba a verse, y decidió en su corazón no cometer traición a su señora

Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, llegó el tiempo y la hora (que para él fue aciaga) de la venida de la asturiana, quien, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una cofia de fustán, con tiento y silenciosos pasos, entró en el aposento donde se alojaban los tres, en busca del arriero. Pero apenas llegó a la puerta, la sintió don Quijote, y sentándose en la cama, a pesar de sus emplastos y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos por delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, que la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Le tentó luego la camisa, y, aunque era de arpillera, a él le pareció de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los tuvo por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor oscurecía al del mismo sol; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un suave y aromático olor; y, en fin, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que había leído en sus libros de una princesa que, vencida de sus amores y con todos los adornos que aquí van puestos, vino a ver a un caballero malherido. Y era tanta la ceguera del pobre hidalgo, que ni el tacto ni el aliento ni las otras cosas que traía la buena doncella, y que podrían hacer vomitar a otro que no fuera arriero, lo desengañaban: antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, le comenzó a decir en voz amorosa y baja:

—Quisiera hallarme, fermosa y alta señora, en condición de poder pagar tamaña merced como la que con la visita de vuestra gran fermosura me habéis fecho. Pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yazgo tan molido y quebrantado, que aunque mi voluntad quisiera satisfacer la vuestra, sería imposible. Y además, a esta imposibilidad se añade otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no estuviera de por medio, no sería yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba acongojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba desasirse sin hablar palabra. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, sintió a su coima desde el momento en que entró por la puerta, y escuchaba atento todo lo que decía don Quijote; y celoso de que la asturiana hubiese faltado a su palabra por otro, se fue arrimando más al lecho de don Quijote, y se estuvo quedo hasta ver en qué paraban aquellas palabras que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñetazo sobre las estrechas quijadas

del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies más que al trote se las paseó todas de arriba abajo.

El lecho, que era bastante endeble y de no firmes fundamentos, no pudo sufrir la añadidura del arriero y dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, e inmediatamente imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la disputa. La moza, viendo que su amo venía y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? ¡A buen seguro que esto es cosa tuya!

En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de él, pensó que tenía una pesadilla y comenzó a dar puñetazos a una y otra parte, y, entre otros, alcanzó con no sé cuántos a Maritornes, que, resentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantos, que a su pesar le quitó el sueño; y este, viéndose tratar de aquella manera y sin saber por quién, alzándose como pudo, se abrazó a Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

Viendo, pues, el arriero a la lumbre del candil del ventero cómo andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo sin duda que solo ella era la causa de toda aquella armonía.

Y así como suele decirse «el gato al ratón, el ratón a la cuerda, la cuerda al palo», daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban ningún reposo; y lo mejor fue que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron a oscuras, se daban tan sin compasión todos a bulto, que dondequiera ponían la mano no dejaban cosa sana.

Casualmente se alojaba aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, quien, oyendo también el extraño estruendo de la pelea, asió su media vara y la caja de lata de sus acreditaciones, y entró a oscuras en el aposento, diciendo:

—¡Alto en nombre de la justicia! ¡Alto en nombre de la Santa Hermandad!

Y el primero con quien topó fue con el apuñeado don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y echándole a tientas mano a las barbas, no cesaba de decir:

—¡Respeto a la justicia!

Pero viendo que el que tenía asido no bullía ni se meneaba, supuso que estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

—¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a

un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en cuanto oyó la voz. Se retiró el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su tabuco; solo los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote y salió a buscar luz para buscar y prender a los delincuentes, pero no la halló, porque el ventero había muerto la lámpara a propósito cuando se retiró a su estancia; y al cuadrillero le fue forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió otro candil.

CAPÍTULO XVII

DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES AFANES QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA QUE POR SU MAL PENSÓ QUE ERA CASTILLO

Había ya vuelto en este tiempo de su desmayo don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero, cuando estaba tendido «en el val de las estacas», le comenzó a llamar, diciendo:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, Sancho amigo?

—¡Qué voy dormir, maldita sea —respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho—, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche!

—Así, sin duda, puedes creerlo, porque o yo sé poco, o este castillo está encantado. Porque has de saber… Pero esto que ahora quiero decirte me has de jurar que lo tendrás en secreto hasta después de mi muerte.

—Lo juro.

—Lo digo —insistió don Quijote— porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

—Digo que juro que lo callaré hasta después que muera vuestra merced, y quiera Dios que lo pueda contar mañana.

—¿Tan malas obras te hago, Sancho, que me querrías ver muerto con tanta brevedad?

—No es por eso, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas.

—Sea por lo que fuere —dijo don Quijote—, confío en tu amor y en tu cortesía. Y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo pueda encarecer, y por contártela en breve, sabrás que hace un rato vino a mí la hija del señor de este castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que se puede hallar en gran parte de la tierra. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio? Solo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos —o quizá, y esto es lo más cierto, que, como tengo dicho, este

castillo está encantado—, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante, y me asentó tal puñetazo en las quijadas, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros nos hicieron el agravio que sabes por las demasías de Rocinante. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura de esta doncella lo debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco —respondió Sancho—, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado a mí, de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, cómo llama a esta aventura buena y rara, habiendo quedado de ella como quedamos. Aún vuestra merced, menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero ¿yo qué tuve, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

—¿Luego también estás tú aporreado? —preguntó don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, maldita sea mi suerte?

—No tengas pena, amigo —dijo don Quijote—, que yo haré ahora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto el cuadrillero de encender el candil y entró a ver al que pensaba que estaba muerto; y en cuanto lo vio entrar Sancho, viéndolo venir en camisón y con su gorro de dormir y candil en la mano y con una muy mala cara, preguntó a su amo:

—Señor, ¿será este, casualmente, el moro encantado, que nos vuelve a castigar, por si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro —respondió don Quijote—, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

—Si no se dejan ver, se dejan sentir; si no, díganlo mis espaldas.

—También lo podrían decir las mías, pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que don Quijote aún se estaba boca arriba, sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Se llegó a él el cuadrillero y le dijo:

—¿Cómo va, compadre?

—Yo que vos —respondió don Quijote—, hablaría con un poco más de respeto. ¿Se usa en esta tierra hablar de ese modo a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal por un hombre con tan mal aspecto, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que lo dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó a oscuras, volvió a salir, y Sancho Panza dijo:

—Sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda los golpes y los candilazos.

—Así es —respondió don Quijote—, y no hay que hacer caso de estas cosas de encantamientos, ni hay por qué encolerizarse ni enojarse con ellas, que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos en quién vengarnos, por más que lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad creo que lo estoy necesitando ya, porque se me va mucha sangre por la herida que ese fantasma me ha hecho.

Se levantó Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue a oscuras adonde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

—Señor, quienquiera que seáis, hacednos la merced y la caridad de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, precisos para curar a uno de los mejores caballeros andantes de la tierra, que yace en aquella cama malherido a manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero oyó esto, lo tuvo por hombre falto de seso. Y, porque ya comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que quería aquel buen hombre. El ventero lo proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho otro mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En conclusión, tomó él los ingredientes e hizo con ellos un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen rato, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego una redoma para echarlo, y como no la había en la venta, se resolvió a ponerlo en una alcuza o aceitera de hojalata, de la que el ventero le hizo grata donación, y a continuación dijo sobre la alcuza más de ochenta padrenuestros y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero andaba ocupado atendiendo tranquilamente a sus machos.

Hecho esto, quiso él mismo entonces experimentar la virtud de aquel bálsamo que él se imaginaba precioso; y así, se bebió casi media azumbre, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar, de manera que no le quedó nada en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que lo arropasen y lo dejasen solo. Así lo hicieron y se quedó dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podría acometer de allí en adelante, sin temor alguno a calamidades, todas las batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo por milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Se lo concedió don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó entre pecho y espalda y envasó bien poco menos que su amo. El caso es que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, antes que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que bien y verdaderamente pensó que había llegado su última hora; y viéndose tan afligido y acongojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndolo así don Quijote, le dijo:

—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no haberte armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

—Si sabía eso vuestra merced —replicó Sancho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿por qué consintió que lo probase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse con tanta prisa por las dos canales, que ni la estera de enea sobre la que se había vuelto a echar, ni la manta de cáñamo con que se cubría, fueron ya más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales vahídos y temblores, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Le duró esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía tener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse inmediatamente a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que se tardaba allí era quitárselo al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado de este deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Se puso luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta, agarró un lanzón que estaba allí, para que le sirviese de lanza.

Todos cuantos había en la venta, que pasaban de veinte personas, se lo quedaban mirando; lo miraba también la hija del ventero, y él tampoco le quitaba el ojo, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas, o eso al menos pensaban los que la noche antes le habían visto ponerse los emplastos.

En cuanto estuvieron los dos a caballo, puesto junto a la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo a agradecéroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar vengándoos de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro que amparar a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa de este jaez que encomendarme, no hay más que decirla, que yo os prometo por la orden de caballero que recibí satisfaceros y pagaros a vuestra entera satisfacción.

El ventero le respondió con el mismo sosiego:

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hace. Solo es preciso que vuestra merced me pague el gasto que ha hecho esta noche en la venta, tanto de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

—Luego ¿venta es esta? —replicó don Quijote.

—Y muy honrada.

—¡Engañado he vivido hasta aquí!, que en verdad pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis la paga, que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron hospedaje ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe por fuero y por derecho cualquier buen recibimiento que se les haga, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todas las incomodidades de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso —respondió el ventero—. Pagueseme lo que se me debe y dejémonos de cuentos y de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con velar por mi hacienda.

—Vos sois un sandio y mal hospedero —respondió don Quijote.

Y metiendo espuelas a Rocinante y terciando su lanzón se salió de la venta sin que nadie lo detuviese, y sin mirar si le seguía su escudero, se alejó un buen trecho.

El ventero, que lo vio irse y que no le pagaba, acudió a cobrar a Sancho Panza, quien le dijo que pues su señor no había querido pagar, él tampoco pagaría, porque, siendo él como era escudero de caballero andante, la misma regla y razón corría para él que para su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Se enojó mucho con esto el ventero y lo amenazó con que si no le pagaba, lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría ni un maravedí, aunque le costase la vida, porque no quería que por su causa se perdiera la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se quejaran de él los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro cardadores de lana de Segovia, tres puñaleros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bienintencionada, maleante y juguetona, quienes, casi como instigados y movidos por un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y, tras apearlo del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del ventero y, echándolo en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que era menester para su obra, y decidieron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarlo en alto y a divertirse con él como con perro por carnavales.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a oídos de su amo. Se detuvo este a escuchar atentamente, y creyó que le venía alguna nueva aventura, hasta que dedujo claramente que el que gritaba era su escudero. Y, volviendo las riendas, llegó con un penoso galope a la venta y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero apenas hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Lo vio bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se habría reído. Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que no pudo ni apearse. Y así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que manteaban a Sancho, que no es posible acertar a escribirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; pero todo servía de poco, ni sirvió, hasta que de puro cansados le dejaron. Le trajeron allí su asno, y, subiéndolo encima, le arroparon con su gabán. Y a la compasiva de Maritornes, viéndolo tan fatigado, le pareció que estaría bien socorrerlo con un jarro de agua, y así, se lo trajo del pozo, por ser más fría. Lo tomó Sancho y, llevándolo a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

—¡Hijo, Sancho, no bebas agua! ¡Hijo, no la bebas, que te matará! Mira, aquí tengo el santísimo bálsamo —y le enseñaba la alcuza del brebaje—, que con dos gotas que bebas de él sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos como de soslayo, y dijo con otras mayores:

—¿Se le ha olvidado por suerte a vuestra merced que yo no soy caballero? ¿O quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? ¡Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí!

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber fue todo uno. Pero como al primer trago vio que era agua, no quiso seguir, y rogó a Maritornes que se lo trajese de vino, y así lo hizo ella de muy buena gana, y lo pagó de su propio dinero. Porque, en efecto, se dice de ella que aunque estaba en aquel trato, tenía sombras y barruntos de cristiana.

En cuanto Sancho bebió, le metió los calcaños al asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, salió por ella muy contento de no haber pagado nada y de haberse salido con la suya, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Cierto es que el ventero se quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le debía; pero Sancho no las echó de menos, según salió turbado. En cuanto lo vio fuera, quiso el ventero atrancar bien la puerta, pero no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no hubiesen dado por él ni dos maravedíes.

CAPÍTULO XVIII

DONDE SE CUENTAN LOS COLOQUIOS QUE MANTUVO SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIJOTE, Y OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS

Llegó Sancho junto a su amo tan marchito y desmayado, que no podía arrear a su jumento. Cuando lo vio así don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta está encantado sin duda, porque aquellos que te tomaron como pasatiempo tan atrozmente ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado. Que te juro por la fe de quien soy que si hubiera podido subir o apearme, yo te habría vengado, y de tal manera, que aquellos follones y malandrines se habrían acordado de la burla para siempre, aunque en ello pudiera contravenir a las leyes de la caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que un caballero le ponga la mano encima a quien no lo sea, si no es en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—También yo me hubiese vengado de haber podido, fuese o no armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se solazaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos tenían sus nombres, según los oí nombrar cuando me volteaban: uno se llamaba Pedro Martínez, y otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo estuvo en otra cosa que en encantamientos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando nos han de traer al fin y al cabo tantas desventuras, que no sabremos cuál es nuestro pie derecho. Y lo mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, sería volvernos a nuestro pueblo, ahora que es tiempo de la siega y de ocuparse de la hacienda, dejándonos de andar de la ceca a la meca y de Villamal a Villapeor, como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho, en materia de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas con tus propios ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto

puede igualarse al de ganar una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

—Así debe de ser —respondió Sancho—, aunque yo no lo sé; solo sé que desde que somos caballeros andantes, o vuestra merced lo es (que no tengo yo por qué contarme en tan honroso número), jamás hemos ganado batalla alguna, aparte de la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que de entonces acá todo han sido palos y más palos, puñetazos y más puñetazos, llevando yo de ventaja el manteamiento y el haberme sucedido por personas encantadas, de las que no puedo vengarme para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, pero de aquí en adelante procuraré yo tener a mano alguna espada hecha con tal ciencia, que al que la lleve consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos; y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el Caballero de la Ardiente Espada, que fue una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque, aparte que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le pusiese por delante.

—Soy tan venturoso yo —dijo Sancho—, que, cuando eso ocurra y vuestra merced llegue a hallar semejante espada, solo vendrá a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo; y a los escuderos, que los parta un rayo.

—No temas eso, Sancho, que el cielo te protegerá.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

—Este es el día, Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Este es el día, digo, en que se ha de mostrar, como en ningún otro, el valor de mi brazo, y en el que he de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda está cuajada de un copiosísimo ejército que por allí viene marchando con diversas e innumerables gentes.

—A esa cuenta, deben de ser dos —dijo Sancho—, porque de esta parte contraria se levanta también otra polvareda semejante.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que se cuentan en los libros de caballerías, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía estaba encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes rebaños de ovejas y carneros que venían por aquel mismo camino de dos partes diferentes, y que con el polvo no se dejaron ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a

decirle:

—Señor, ¿y qué vamos a hacer nosotros?

—¿Qué? —dijo don Quijote—. Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que nos viene de frente lo conduce y guía el gran emperador Alifanfarón, señor de la gran isla Trapobana; y este otro que marcha a mis espaldas es el de su enemigo, el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—¿Y por qué se quieren tan mal estos dos señores? —preguntó Sancho.

—Se quieren mal porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy fermosa y en extremo agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya.

—¡Por mis barbas que hace muy bien Pentapolín, y que le tengo que ayudar en cuanto pueda!

—En eso harás lo que debes, Sancho, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere haber sido armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, pero ¿dónde pondremos a este asno que estemos seguros de hallarlo después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que se haya usado hasta ahora.

—Tienes razón —dijo don Quijote—. Lo que puedes hacer con él es dejarlo a sus aventuras, aunque se pierda, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun Rocinante corre peligro de que no lo trueque por otro. Pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que vienen en estos dos ejércitos. Y para que los veas mejor y distingas, retirémonos a aquella loma que está allí, desde donde se deben de avistar los dos ejércitos.

Lo hicieron así y se pusieron sobre la loma, desde la cual se hubiesen visto bien los dos rebaños que a don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les hubiesen turbado y cegado la vista; pero aun con esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir:

—Aquel caballero vestido con cotas amarillas que allí ves, que trae en el escudo un león coronado rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro, con las cotas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de miembros giganteos, que está a su mano derecha, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, y viene vestido con aquella piel de serpiente y tiene por escudo una puerta que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a esta otra parte y verás delante y al frente de este otro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva

Vizcaya, que viene vestido con las cotas partidas en cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una inscripción que dice «Miau», que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro, que carga y oprime los lomos de aquel poderoso corcel y trae las cotas blancas como la nieve y el escudo blanco sin empresa alguna, es un caballero novel, francés de nación, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las ijadas con sus herrados calcaños a aquella pintada y ligera cebra y trae las armas con sus veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con un lema en castellano que dice así: «Rastrea mi suerte».

Y de esta manera fue nombrando muchos caballeros que él se imaginaba del uno y del otro escuadrón, y a todos les dio sus cotas, colores, divisas y lemas de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar, prosiguió diciendo:

—Este escuadrón frontero lo forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la feliz Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los numidas, poco fiables en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes de mudables casas; los escitas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque no me acuerdo de sus nombres. En este otro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos prados jerezanos; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en el Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del frondoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; y por último y también, cuantos contiene y encierra en sí toda la Europa.

¡Válgame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le correspondían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza por ver si veía a los caballeros y gigantes que nombraba su amo; y como no descubría ninguno, le dijo:

—Señor, que el diablo se lleve hombre, gigante o caballero de cuantos vuestra merced dice que aparecen por ahí. Al menos, yo no los veo. Quizá todo debe ser encantamiento, como los fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso? —dijo don Quijote—. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?

—No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y esa era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son. Y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo me basto para dar la victoria a la parte a quien yo dé mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Le dio voces Sancho, diciéndole:

—¡Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que por Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir! ¡Vuélvase, por mi padre! ¿Qué locura es esta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace, pecador de mí?

Ni por esas volvió don Quijote; antes al contrario iba diciendo a grandes voces:

—¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis bajo las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos! ¡Veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana!

Diciendo esto, se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó a alancearlas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que venían con la manada le daban voces de que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, se desciñeron las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como puños. Don Quijote no se preocupaba de las piedras, antes bien, yendo de un lado para otro, decía:

—¿Dónde estás, soberbio Alifanfarón? ¡Vente a mí, que soy un caballero solo, que desea, de solo a solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en castigo del que le das al valeroso Pentapolín de Garamanta!

Llegó en esto una peladilla de arroyo y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o malherido. Y acordándose de su licor, sacó su alcuza y se la puso en la boca y comenzó a echar licor en el estómago; pero antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y le dio en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca y machacándole malamente dos dedos de la mano.

Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que el pobre caballero no pudo hacer otra cosa que venirse del caballo abajo. Se llegaron a él los pastores y creyeron que lo habían muerto, y así, con mucha prisa recogieron su ganado y cargaron las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Se estaba Sancho todo este tiempo sobre la cuesta mirando las locuras que hacía su amo, y se arrancaba las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se

lo había dado a conocer. Viéndolo, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y se llegó a él, y lo halló con muy mal aspecto, aunque no había perdido el sentido, y le dijo:

—¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino rebaños de carneros?

—Aquel ladrón de mi enemigo el mago puede hacer desparecer y transformar eso y más. Has de saber, Sancho, que es muy fácil cosa para esos tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo iba a alcanzar en esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en rebaños de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, para que te desengañes y veas que es verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos con sigilo, y verás que en cuanto te alejes de aquí un poco, vuelven a su ser primero y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté antes. Pero no vayas ahora, que tengo menester de tu favor y ayuda: llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Se llegó Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fue en el momento en que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho se acercó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto tenía dentro, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María! —dijo Sancho—, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero, reparando un poco más en ello, advirtió en el color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que le dio, que se le revolvió el estómago y vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron ambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y como no las halló, estuvo a punto de perder el juicio: se maldijo de nuevo y se propuso en su corazón dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Se levantó en esto don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, para que no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que no se había movido de junto a su amo —tal era de leal y bien dispuesto—, y se fue adonde estaba su escudero, puesto de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre profundamente pensativo. Y viéndolo don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Has de saber, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que pronto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que no debes acongojarte por las desgracias que a mí me suceden,

pues a ti no te cabe parte de ellas.

—¿Cómo no? —respondió Sancho—. ¿Por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis cosas son de otro que del mismo?

—¿Cómo que te faltan las alforjas, Sancho?

—Sí que me faltan.

—De modo que no tenemos qué comer hoy.

—Eso sería —dijo Sancho— si faltaran por estos prados las hierbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados andantes caballeros como vuestra merced es.

—Con todo —dijo don Quijote—, tomaría yo ahora con más gusto un cuartal de pan o una hogaza y dos docenas de sardinas arenques que cuantas hierbas describe el *Dioscórides*, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Pero, no obstante, sube en tu jumento, buen Sancho, y vente tras de mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de abandonar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no abandona a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre los injustos y justos.

—Más bueno era vuestra merced —dijo Sancho— para predicador que para caballero andante.

—De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho, porque hubo caballero andante en los pasados siglos que lo mismo se ponía a hacer un sermón o plática en mitad de un camino real como si fuera graduado por la Universidad de París: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—De acuerdo, sea así como dice vuestra merced. Vayámonos ahora de aquí y busquemos donde alojarnos esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas ni manteadores ni fantasmas ni moros encantados, que si los hay, lo mandaré todo al infierno.

—Pídeselo a Dios, hijo —dijo don Quijote—, y guía tú por donde quieras, que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos. Pero dame acá la mano y tiéntame con el dedo y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan de este lado derecho, de la quijada alta, que ahí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole tentando, le dijo:

—¿Cuántas muelas solía tener vuestra merced en esta parte?

—Cuatro —respondió don Quijote—, aparte de la del juicio, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor.

—Digo cuatro, si no eran cinco, porque no me han sacado en toda mi vida diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de caries ni de infección alguna.

—Pues en esta parte de abajo no tiene vuestra merced más que dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la

mano.

—¡Desventurado de mí! —dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que le daba su escudero—. ¡Más querría que me hubieran arrancado un brazo!, no siendo el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante. Pero a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estricta orden de la caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quieras.

Así lo hizo Sancho y se encaminó hacia donde le pareció que podía hallar alojamiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.

Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse prisa, quiso Sancho entretenerlo y divertirlo diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX

DE LOS ENJUNDIOSOS COLOQUIOS QUE SANCHO MANTENÍA CON SU AMO Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ CON UN CUERPO MUERTO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS

—Me parece, señor mío, que todas estas desventuras que nos han sucedido estos días han sido sin duda alguna como pena por el pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, por no haber cumplido el juramento que hizo de no comer pan a manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que venía después y que vuestra merced juró cumplir hasta quitar aquel yelmo de Malandrino, o como se llame el moro, que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho —dijo don Quijote—, pero, para decirte la verdad, eso se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto que por culpa de no habérmelo tú recordado a tiempo te sucedió aquello de la manta. Pero yo haré la enmienda, que en la orden de la caballería para todo hay maneras de arreglarlo.

—Pues ¿juré yo algo acaso?

—No importa que no hayas jurado: basta que yo entienda que no estás libre de sospecha, y por sí o por no, no será malo proveer nos de remedio.

—Pues si ello es así —dijo Sancho—, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto como lo del juramento: quizá les vuelva la gana a los fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si lo ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas los tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni encontrar donde recogerse aquella noche; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. Y fue que la noche cerró con alguna oscuridad, pero, pese a esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, a una o dos leguas hallarían en él razonablemente alguna venta.

Yendo, pues, de esta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con ganas de comer, vieron que por el mismo camino que iban venía hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Se pasmó Sancho al verlas, y don Quijote no las tuvo todas consigo. Tiró el uno del cabestro a su asno,

y el otro de las riendas a su rocino, y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podía ser aquello. Y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían; a cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron a don Quijote, que animándose un poco, dijo:

—Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿dónde habrá costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean —dijo don Quijote—, no consentiré yo que te toquen el pelo de la ropa; que si la otra vez se mofaron de ti, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral. Pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo esgrimir mi espada como quiera.

—Y si lo encantan y entumecen, como hicieron la otra vez, ¿qué aprovechará estar en campo abierto o no?

—Con todo, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

—Lo tendré, si Dios quiere.

Y apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que podía ser aquello de aquellas lumbres que caminaban. Y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión remató de todo punto el ánimo de Sancho Panza, que comenzó a dar diente con diente, como quien tirita por la fiebre cuartana. Y creció más el batir y dentellear cuando vieron claramente lo que era, porque descubrieron a unos veinte encamisados, todos a caballo, con sus antorchas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron en el sosiego con que caminaban que no eran caballos. Iban los encamisados murmurando para sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bastaba de sobra para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así hubiera podido suceder con don Quijote, porque ya Sancho había dado al traste con todo su esfuerzo. Lo contrario le sucedió a su amo, al que en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Se le figuró que la litera eran andas donde debía de ir algún malherido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada. Y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, se puso bien en la silla, y con gentil brío y compostura se puso en la mitad del camino por donde forzosamente habían de pasar los encamisados; y cuando los vio cerca alzó la voz y dijo:

—¡Deteneos, caballeros, o quienesquiera que seáis, y dadme cuenta de quiénes sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis! Que, según todos los indicios, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, para castigaros del mal que ficisteis, o para

vengaros del tuerto que vos ficieron.

—Vamos con prisa —respondió uno de los encamisados—, y está la venta lejos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís.

Y picando la mula, siguió adelante. Se ofendió grandemente don Quijote con esta respuesta, y trabando del freno a la mula, dijo:

—Deteneos, y sed más educado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado. Si no, conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asustadiza, y al trabarla del freno se espantó de tal manera, que alzándose de manos dio con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba a pie, viendo caer al encamisado, comenzó a denostar a don Quijote, quien, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón arremetió a uno de los enlutados, y dio con él en tierra malherido; y revolviéndose a por los demás, era cosa de ver la presteza con que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso.

Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, dejaron con facilidad en un momento la refriega y comenzaron a correr por aquel campo con las antorchas encendidas, que no parecían sino los de las máscaras que corren en noche de regocijo y fiesta. Los enlutados asimismo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y sotanas, no se podían mover, así que don Quijote los apaleó muy cumplidamente a todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salía a quitar el cuerpo muerto que llevaban en la litera.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardor de su señor, y decía para sí:

—Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.

Estaba una antorcha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribó la mula, a cuya luz lo pudo ver don Quijote, y, llegándose a él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese, y que si no, lo mataría. A lo cual respondió el caído:

—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada. Suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, ya que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí, siendo hombre de Iglesia? —dijo don Quijote.

—¿Quién, señor? —replicó el caído—. Mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza, si no me satisfacéis a todo cuanto os pregunté antes.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho; y así, sabrá vuestra merced que, aunque antes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y me llamo Alonso López; soy natural de Alcobendas, y vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las antorchas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que

murió en Baeza, donde fue depositado; y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—¿Y quién lo mató? —preguntó don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le entraron.

—De esa suerte —dijo don Quijote—, Nuestro Señor me ha quitado el trabajo de tener que vengar su muerte si algún otro lo hubiera muerto. Pero habiéndolo muerto quien lo mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo haría si a mí mismo me hubiese matado. Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, pues a mí me habéis vuelto de derecho tuerto, dejándome una pierna quebrada que no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de tal manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas —dijo don Quijote— suceden como se piensan. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníais: de noche, vestidos con esos sobrepellices, con las antorchas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejabais cosa mala y del otro mundo. Y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os habría acometido aunque hubiese sabido verdaderamente que erais los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve en todo momento.

—Ya que así lo ha querido mi suerte —dijo el bachiller—, suplico a vuestra merced, señor caballero andante que tan mala andanza me ha dado, me ayude a salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—¡Y yo habla que te habla! —dijo don Quijote—. ¿Y hasta cuándo aguardabais a decirme vuestro afán?

Al punto dio voces a Sancho Panza de que viniese, pero él no se apresuró a venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila con provisiones que traían aquellos buenos señores, bien abastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento. Y luego acudió a las voces de su amo y ayudó a sacar al señor bachiller de la opresión de la mula; y poniéndolo encima de ella, le dio la antorcha, y don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros y que les pidiese de su parte perdón por el agravio, que no había estado en su mano dejar de hacerlo. Le dijo también Sancho:

—Si acaso quisieran saber esos señores quién ha sido el valeroso que los puso así, les dirá vuestra merced que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Figura.

Con esto se fue el bachiller, y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarlo el Caballero de la Triste Figura, más triste entonces que nunca.

—Yo se lo diré —respondió Sancho—: porque le he estado mirando un rato a la

luz de aquella antorcha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura que haya visto de un tiempo a esta parte; y lo debe de haber causado el cansancio de este combate, o la falta de las muelas y dientes.

—No es eso —respondió don Quijote—, sino que al mago a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas le habrá parecido bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: uno se llamaba el de la Ardiente Espada; otro, el del Unicornio; aquel, el de las Doncellas; este, el del Ave Fénix; otro, el caballero del Grifo; el de más allá, el de la Muerte: y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el mago ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme de hoy en adelante. Y para que mejor me cuadre tal nombre, haré pintar en mi escudo, cuando haya lugar, una muy triste figura.

—No hay por qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura —dijo Sancho—, lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y muestre su rostro a los que le miren, que sin más ni más y sin otra imagen ni escudo le llamarán el de la Triste Figura; y créame que le digo la verdad, porque le aseguro a vuestra merced, señor (y esto sea dicho en broma), que le hace tan mala cara el hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien ahorrar la triste pintura.

Se rio don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, se propuso llamarse con aquel nombre, en cuanto pudiera pintar su escudo o rodela como había imaginado.

—Se me olvidaba decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *iuxta illud*, «Si quis suadente diabolo», etcétera (según aquello: si alguien persuadido por el diablo, etc.).

—No entiendo ese latín —respondió don Quijote—, pero yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; además yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo. Y si así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

Después de oír esto el bachiller, se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quería don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos o no, pero no lo consintió Sancho:

—Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto. Pero podría ser que esta gente, aunque vencida y desbaratada, cayendo en la cuenta de que los venció una sola persona, corridos y avergonzados de esto, volviesen a rehacerse y a buscarnos y nos diesen en qué ocuparnos. El jumento está como conviene; la montaña, cerca; el hambre carga: no hay más que hacer que retirarnos con gentil compás de pies, y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.

Y arreando a su asno, rogó a su señor que le siguiese, y pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar le siguió. Y a poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon y Sancho alivió el jumento; y tendidos sobre la verde hierba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un tiempo, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que en la acémila de las provisiones traían los señores clérigos del difunto, que pocas veces se permiten pasarlo mal.

Pero les sucedió otra desgracia, que Sancho tuvo por la peor de todas, y fue que no tenían vino que beber, ni aun agua que llevar a la boca; y acosados por la sed, dijo Sancho —viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda hierba— lo que se dirá en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XX

DE LA NUNCA VISTA NI OÍDA AVENTURA QUE NINGÚN FAMOSO CABALLERO EN EL MUNDO HAYA ACOMETIDO Y DE LA QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA DIO CUENTA CON EL MENOR PELIGRO

—Señor mío, estas hierbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que las humedece, y así, estará bien que vayamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que el hambre.

Le pareció bien el consejo a don Quijote, y tomando de la rienda a Rocinante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre él las sobras que quedaron de la cena, comenzaron a caminar a tientas por el prado arriba, porque la oscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; pero apenas habían andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un gran ruido de agua, como que se despeñaba de algunos grandes y levantados riscos. Les alegró el ruido en gran manera, y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron de pronto otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente a Sancho, que de suyo era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, habrían puesto pavor en cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote.

Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido, de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban ni el viento dormía ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo:

—Sancho amigo, has de saber que yo nací en esta nuestra edad de hierro por voluntad del cielo para resucitar en ella la de oro, o dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos fechos. Yo soy, repito, quien ha de resucitar a los de la Tabla Redonda, a los Doce de Francia y a los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido a los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, y a toda la caterva de los

famosos caballeros andantes del tiempo pasado, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan los más preclaros que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y leal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca vinimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesante golpear que nos hiere y lastima los oídos, cosas que todas juntas y cada una por sí son suficientes para infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, y más en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestre. Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante, y quédate con Dios, y espérame aquí no más de tres días, después de los cuales si no vuelvo puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso a decir a la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle:

—Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie: bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días. Y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos tache de cobardes, y más cuando yo he oído predicar al cura de nuestro pueblo, que vuestra merced conoce bien, que quien busca el peligro perece en él. Así que no está bien tentar a Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced librándole de ser manteado como yo lo fui y sacándole vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y si todo esto no mueve ni ablanda ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se haya apartado vuestra merced de aquí, yo, de miedo, daré mi ánima a quien quiera llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos; pero como la codicia rompe el saco, a mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces me ha prometido vuestra merced, veo que en pago y trueco de ella me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. ¡Por un solo Dios, señor mío, que no se me haga tal desaguisado! Y si no quiere vuestra merced desistir del todo de acometer este hecho, dilátelo al menos hasta la mañana, que lo que a mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor es que de aquí al alba no debe de haber ni tres horas, porque la boca de la Osa Menor está encima de la cabeza y hace la medianoche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca o ese colodrillo que dices, si hace una noche tan oscura que no aparece en todo el cielo

estrella alguna?

—Así es, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, aunque por buenas razones bien se puede entender que falta poco de aquí al día.

—¡Falte lo que falte! Que no se ha de decir de mí ahora ni en ningún tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero. Y así, te ruego, Sancho, que calles: que Dios, que me ha dado ánimos para acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo estaré de vuelta pronto, vivo o muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y qué poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, decidió aprovecharse de sus mañas y hacerle esperar hasta que amaneciese, si podía; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, fácil y sigilosamente ató con el cabestro de su asno ambas patas a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

—Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y darle, será enojar a la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

Se desesperaba con esto don Quijote, y por más que metía las espuelas al caballo, menos lo podía mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo a bien sosegarse y esperar a que amaneciese, o que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de las mañas de Sancho. Y así, le dijo:

—Pues ya que Rocinante no puede moverse, Sancho, me contento con esperar a que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tarde en venir.

—No hay que llorar —dijo Sancho—; que yo entretendré a vuestra merced contando cuentos de aquí al día, si acaso no se quiere apear y echarse a dormir un poco sobre la verde hierba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y momento de acometer esta incomparable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apear, o a qué dormir? ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, o haz lo que quieras, que yo haré lo que vea que más se aviene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío, que no lo dije yo por eso.

Y llegándose a él, puso una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado al muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes que seguían sonando sin pausa. Le dijo don Quijote que contase algún cuento para entretenerlo, como se lo había prometido; a lo que Sancho dijo que sí lo haría, si le dejara el temor de lo que oía.

—Pero, con todo, yo me esforzaré en decir una historia que, si la acierto a contar y no me interrumpen, es la mejor de las historias; y esteme vuestra merced atento,

que ya comienzo: «Érase que se era, el bien que venga para todos sea, y el mal, para quien lo vaya a buscar…». Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus cuentos no fue de cualquier manera, que fue una sentencia de Catón Zonzorino romano, que dice «y el mal, para quien lo vaya a buscar», que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, y del camino que hemos de seguir déjame a mí el cuidado.

—Digo, pues —prosiguió Sancho—, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, y este pastor o cabrerizo, como digo en mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, y esa pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico…

—Si cuentas tu cuento de esa manera, Sancho, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo todo seguido y cuéntalo como hombre de entendimiento, o si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni está bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quieras, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mío de mi ánima —prosiguió Sancho—, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes, que parece que la estoy viendo.

—O sea, que la conociste.

—No la conocí yo, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando se lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo enreda, hizo de manera que el amor que el pastor tenía a la pastora se volviese en rencor y mala voluntad; y la causa fue, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dio, tales, que pasaban de la raya y llegaban a lo vedado. Y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí en adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra e irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralba, que se vio desdeñada del Lope, empezó a quererlo, aunque nunca lo había querido.

—Esa es natural condición de las mujeres: desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece. Continúa, Sancho.

—Sucedió que el pastor llevó a cabo su determinación, y echando adelante sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura, para pasarse a los reinos de Portugal. La Torralba, que lo supo, se fue tras él y le seguía a pie y descalza desde

lejos, con un bordón o cayado en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine y no sé qué botecillo con untos para la cara; pero llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguarlo, solo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana, que en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado a la otra parte, con lo que se acongojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca y le iba a atosigar mucho con sus ruegos y lágrimas; pero tanto anduvo mirando, que vio a un pescador que tenía junto a sí un barco, tan pequeño que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y, pese a esto, le habló y concertó con él que le pasase a él y a las trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió y pasó otra; tornó a volver y tornó a pasar otra… (Lleve vuestra merced la cuenta de las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la cuenta, se acabará el cuento, y no será posible contar una palabra más de él). Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Pese a esto, volvió a por otra cabra, y otra, y otra…

—Haz cuenta que las pasó todas, Sancho, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? —dijo Sancho.

—¿Y yo qué diablos sé?

—Se lo dije: lleve buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, y no voy a seguirlo.

—¿Cómo puede ser eso? —dijo don Quijote—. ¿Tan de esencia de la historia es saber por extenso las cabras que han pasado, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, de ninguna manera. Porque al preguntar a vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fue a mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y la verdad es que era de mucha virtud y contento.

—¿De modo que se ha acabado ya la historia?

—Tan acabada está como mi madre —dijo Sancho.

—De verdad te digo que has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que jamás se podrá ver ni se habrá visto en toda la vida tal modo de contarla ni dejarla, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Pero no me extraña, pues quizá estos golpes que no cesan te tienen turbado el entendimiento.

—Todo puede ser, pero yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acaba donde comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe en buena hora donde quiera —dijo don Quijote—, y veamos si se puede mover Rocinante.

Le tornó a meter las espuelas, y él tornó a dar saltos y a estarse quedo, tan bien atado estaba.

En esto, parece ser que el frío de la mañana que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algún purgante, o que fuese cosa natural —que es lo que se debe creer más—, a él le vino en voluntad y deseo hacer lo que otro no podría hacer por él; pero era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse de su amo ni el negro de una uña. Pero tampoco era posible pensar no hacer lo que tenía ganas. Y así, lo que hizo, discretamente, fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que se sostenían sin ninguna otra ayuda los calzones, y, quitándosela, se cayeron al momento abajo y se le quedaron como grilletes; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire ambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto, que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía evacuar sin hacer estrépito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, conteniendo el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que acabó haciendo un poco de ruido, bien diferente de aquel que a él le metía tanto miedo. Lo oyó don Quijote y dijo:

—¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y le sucedió tan bien, que sin más ruido ni alboroto que al principio se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Pero como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido a él, que casi en línea recta subían los vapores hacia arriba, no pudo evitar que algunos no llegasen a sus narices; y apenas llegaron, se aprestó a socorrelas apretándoselas con dos dedos, y con tono algo gangoso dijo:

—Me parece, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí lo tengo, ¿pero en qué lo nota vuestra merced ahora más que antes?

—En que ahora hueles más que antes, y no a ámbar.

—Bien podrá ser, pero yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres o cuatro allá, amigo —dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)—, y de aquí en adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que el mucho trato que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaría que vuestra merced piensa que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no debía.

—Más vale no meneallo, amigo Sancho.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; pero viendo Sancho que la mañana se venía a toda prisa, desligó con mucho tiento a Rocinante y

se ató los calzones. En cuanto Rocinante se vio libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó a dar manotadas, porque cabriolas (con perdón suyo) no las sabía hacer. Viendo, pues, don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo por buena señal y creyó que lo era para acometer aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de aparecer con claridad las cosas, y vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos, y que estos eran castaños, de los que hacen la sombra muy oscura. Notó también que el golpear no cesaba, pero no vio quién lo podía causar, y así, sin detenerse más, hizo sentir las espuelas a Rocinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandó que le aguardase allí tres días, todo lo más, como ya se lo había dicho la víspera, y que si al cabo de ellos no había vuelto, tuviese por cierto que Dios había tenido a bien que se le acabasen sus días en aquella peligrosa aventura. Le tornó a referir el recado y embajada que había de llevar de su parte a su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba a la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes de salir de su pueblo, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante a su salario, en proporción al tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin rescate, podía tener por muy más que segura la prometida ínsula.

De nuevo tornó a llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras palabras de su buen señor, y decidió no dejarlo hasta el último tránsito y fin de aquel negocio.

De estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia que debía de ser bien nacido y desde luego cristiano viejo. Aquel sentimiento enterneció algo a su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes bien, disimulando lo mejor que pudo, comenzó a caminar hacia la parte por donde le pareció que venía el ruido del agua y del golpear.

Le seguía Sancho a pie, llevando del cabestro, como tenía costumbre, a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas. Y habiendo andado un buen trecho por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que se formaba al pie de unas altas peñas, de las que se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba.

Se alborotó Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y, sosegándolo, don Quijote se fue llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también a Dios, que no le olvidase. No se le quitaba del lado Sancho, que alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si se veía ya lo que lo tenía tan suspenso y medroso.

Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando al doblar una punta apareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos los había tenido toda la

noche. Y eran (si no lo tienes, lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus golpes alternados formaban aquel estruendo.

Cuando don Quijote vio lo que era, enmudeció y se quedó pasmado de arriba abajo. Le miró Sancho y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar abochornado. Miró también don Quijote a Sancho y le vio que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que a la vista de Sancho pudiese dejar de reírse; y en cuanto vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió a su risa, con el mismo ímpetu que antes; de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y más cuando le oyó decir como con zumba:

—«Has de saber, Sancho amigo, que yo nací en esta nuestra edad de hierro por voluntad del cielo para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos…».

Y por aquí fue repitiendo todas o la mayoría de las frases que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla de él, se afrentó y enojó tanto, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas los hubiese recibido en la cabeza, habría quedado libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no fuese a más en ellas, le dijo con mucha humildad:

—Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que solo era una broma.

—Pues porque bromeáis, no bromeo yo —dijo don Quijote—. Venid acá, señor alegre: ¿os parece a vos que si estos, en lugar de mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convenía para emprenderla y acabarla? ¿Estoy yo obligado acaso, siendo como soy caballero, a conocer y distinguir los sones y saber cuáles son de batán o no? Y además, puede ser, como es verdad, que no los haya visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se conviertan en seis jayanes, y echádmelos a las barbas uno a uno, o todos juntos, y si yo no los pongo a todos patas arriba, haced de mí la burla que queráis.

—No siga, señor mío —replicó Sancho—, que confieso que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz (y así Dios lo saque de todas las aventuras que le sucedan tan sano y salvo como lo ha sacado de esta): ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? Al menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya sé yo que no lo conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es

digna de contarse, que no todas las personas son tan discretas que sepan poner las cosas en su punto.

—Al menos —dijo Sancho—, vuestra merced supo poner en su punto el lanzón apuntándome a la cabeza y dándome en las espaldas, gracias a Dios y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, todo acabará sabiéndose. Que yo he oído decir: quien bien te quiere te hará llorar. Es más: que suelen los señores principales, tras una mala palabra que dicen a un criado, darle después unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, a menos que los caballeros andantes den ínsulas tras los palos, o reinos en tierra firme.

—Así podría querer la suerte que todo lo que dices venga a ser verdad —dijo don Quijote—. Y perdona lo pasado, pues eres comprensivo y sabes que los primeros impulsos no dependen del hombre ni están en su mano, pero estate advertido de aquí en adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y la verdad es que lo tengo a gran falta, tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejo estimar en más. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, fue conde de la Ínsula Firme, y se lee de él que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo al modo turquesco. Y qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero. Así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos tanta cuerda; porque de cualquier manera que yo me enoje con vos, tanto si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegasen, el salario al menos no se perderá, como ya os he dicho.

—Está bien cuanto vuestra merced dice —dijo Sancho—, pero querría yo saber, por si acaso no llega el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios, cuánto ganaba el escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se apalabraban por meses, o por días, como peones de albañil.

—No creo yo que esos escuderos estuvieran jamás a salario, sino a merced o favor de su señor. Y si yo ahora te lo he señalado a ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fue por lo que pudiera suceder, que aún no sé cuánto da de sí la caballería en estos tan calamitosos tiempos nuestros, y no querría que por tan poco penase mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en este no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Esa es la verdad, pues solo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como vuestra merced. Pero puede estar bien seguro que de aquí en adelante no despegaré mis labios para

hacer donaires con las cosas de vuestra merced, sino para honrarlo como a mi amo y señor natural.

—De esa manera —replicó don Quijote— vivirás como se debe sobre la faz de la tierra, porque, después de a los padres, se ha de respetar a los amos como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI

QUE TRATA DE LA EXCELSA AVENTURA Y RICA GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS A NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO

En esto comenzó a llover un poco, y quería Sancho meterse en el molino de los batanes, pero les había cobrado tal aborrecimiento don Quijote por la pesada burla, que de ninguna manera quiso entrar dentro; y así, torciendo el camino a mano derecha, dieron en otro como el que habían llevado el día antes.

De allí a poco, descubrió don Quijote un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y apenas lo hubo visto, se volvió a Sancho y le dijo:

—Me parece, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de todas las ciencias, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra, otra se abre. Lo digo porque si anoche la ventura nos cerró la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acierto a entrar por ella, la culpa será mía, sin que la pueda echar a lo poco que sé de batanes o a la oscuridad de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre el que yo hice el juramento que sabes.

—Mire vuestra merced bien lo que dice y mejor lo que hace, que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de abatanar y aporrear el sentido.

—¡Llévete el diablo, mal hombre! —replicó don Quijote—. ¿Qué tienen que ver yelmo y batanes?

—Yo no sé nada, pero en verdad que si pudiera hablar tanto como solía, quizá diera tales razones, que vuestra merced vería que se engaña en lo que dice.

—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? —dijo don Quijote—. Dime, ¿no ves aquel caballero que viene hacia nosotros, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

—Lo que yo veo y columbro no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

—Pues ese es el yelmo de Mambrino —dijo don Quijote—. Apártate a una parte y déjame con él a solas: verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar tiempo, concluyo

esta aventura y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

—Yo pondré cuidado en apartarme, pero quiera Dios, torno a decir, que sea orégano el monte y no batanes.

—Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batanes —dijo don Quijote—, que voto a Dios que os bataneearé el alma, y no digo más.

Calló Sancho, por miedo a que su amo cumpliese el voto a Dios que le había echado, redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que don Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos pueblos, uno tan pequeño, que ni tenía botica ni barbero, y otro, que estaba junto a él, sí; y así, el barbero del mayor servía al menor, en el que un enfermo tuvo necesidad de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía de latón; y quiso la suerte que mientras venía comenzó a llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, relumbraba desde media legua. Venía sobre un asno pardo, como dijo Sancho, y esta fue la ocasión que a don Quijote le pareció caballo rucio rodado y caballero y yelmo de oro, que todas las cosas que veía las acomodaba con mucha facilidad a sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos. Y cuando él vio que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, a todo correr de Rocinante lo enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarlo de parte a parte; pero cuando llegaba a él, sin detener la furia de su carrera le dijo:

—¡Defiéndete, desdichada criatura, o entrégame por las buenas lo que con tanta razón se me debe!

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vio venir aquel fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza que dejarse caer del asno abajo; y apenas hubo tocado el suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó a correr por aquel llano, que no le habría alcanzado el viento. Se dejó la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y dijo que el pagano había andado fino, y que había imitado al castor, que, viéndose acosado por los cazadores, se corta y arranca con los dientes sus turmas (tan preciadas de los boticarios), por las que sabe instintivamente que es perseguido. Mandó a Sancho que alzase el yelmo, y este, tomándolo en las manos, dijo:

—Por Dios que la bacía es buena, y tan seguro estoy de que vale un maravedí como de que pueda valer un real de a ocho.

Y dándosela a su amo, se la puso al punto en la cabeza, girándola a un lado y a otro, buscándole el encaje, y como no se lo hallaba, dijo:

—Sin duda que el pagano que se forjó antes a medida esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza; y lo peor de ello es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar celada a la bacía, no pudo contener la risa, pero se le vino a las mientes la cólera de su amo y calló en la mitad de ella.

—¿De qué te ríes, Sancho?

—Me río de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño de este yelmo, que no parece sino una pintiparada bacía de barbero.

—¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza de este encantado yelmo debió de venir por algún extraño accidente a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, para mí que la conozco no hace al caso su transmutación; yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no la aventaje, ni aun la iguale, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y mientras tanto la traeré como pueda, que más vale algo que nada, cuanto más que será de sobra para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será —dijo Sancho— si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron a vuestra merced las muelas y le rompieron la alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

—No me da mucha pena el haberlo perdido, que ya sabes tú, Sancho, que yo tengo la receta en la memoria.

—También la tengo yo —dijo Sancho—; pero aunque llegara a hacerlo, no volveré a probarlo más en mi vida, así me muera. Cuanto más, que no pienso ponerme en ocasión de necesitarlo, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser herido ni de herir a nadie. De lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa que encoger los hombros, contener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos lleve.

—Mal cristiano eres, Sancho, porque nunca olvidas la injuria que te han hecho una vez. Pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo, qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que, si bien se mira, burla fue y pasatiempo; que de no entenderlo yo así, ya hubiera vuelto yo allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Helena, quien, si viviera en este tiempo, o mi Dulcinea en aquel, podría estar segura de que no tendría tanta fama de hermosa como tiene.

Y aquí dio un suspiro y lo puso en las nubes. Y dijo Sancho:

—Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar a veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos de este caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel *Martino* que vuestra merced derribó y que, según puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva trazas de volver por él jamás. ¡Y por mis barbas si no es bueno el rucio!

—Nunca acostumbro yo —dijo don Quijote— a despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos a pie, a no ser que el vencedor pierda el suyo en la pendencia, que en tal caso es lícito tomar el del vencido como ganado en guerra lícita. Así que, Sancho, deja ese caballo o asno o lo que tú quieras que sea, que en cuanto su dueño nos vea alejados de aquí volverá por él.

—Dios sabe que querría llevarlo, o por lo menos trocarlo con este mío, que no me parece tan bueno. En verdad que son estrictas las leyes de caballería, pues no se extienden a dejar cambiar un as no por otro; y quisiera saber si puedo siquiera cambiar los aparejos.

—De eso no estoy muy seguro, pero en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes necesidad extrema de ellos.

—Tan extrema es, que no tendría menester de ellos tanto si fueran para mi misma persona.

Y habilitado entonces con aquella licencia, hizo *mutacio caparum*, o cambio de aparejos, y puso su jumento a las mil lindezas, dejándolo mejorado en tercio y quinto.

Hecho esto, almorzaron de las sobras del botín que despojaron a la acémila, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara a mirarlos: tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habían puesto.

Cortada, pues, la cólera, y aun la melancolía, subieron a caballo, y sin tomar camino determinado, por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno fijo, se pusieron a caminar por donde quiso la voluntad de Rocinante, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre lo seguía por dondequiera que guiaba, en buen amor y compañía. Con todo, volvieron al camino real y siguieron por él a la ventura, sin ningún otro designio.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho a su amo:

—Señor, ¿quiere darme licencia para departir un poco con vuesa merced? Que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría que se malograse.

—Dila —dijo don Quijote— y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.

—Digo, pues, señor, que de algunos días a esta parte he considerado qué poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, aunque se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y por eso me parece que sería mejor, salvo el mejor parecer de vuestra merced, que nos fuésemos a servir a algún emperador o a otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto por el señor a quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar a cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien

ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, no pienso que las mías se vayan a quedar entre renglones.

—No dices mal, Sancho, pero antes que se llegue a ese término es menester andar a prueba por el mundo, buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama tal, que cuando el caballero se vaya a la corte de algún gran monarca sea conocido ya por sus obras, y que apenas lo hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, lo sigan todos y rodeen dando voces, diciendo: Este es el Caballero del Sol (o de la Sierpe, o de cualquier otra insignia bajo la cual haya acabado grandes hazañas). Este es —dirán— el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la Gran Fuerza; el que desencantó al Gran Mameluco de Persia del largo encantamiento en que había estado casi novecientos años.

»Así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y tras el alboroto de los muchachos y de la demás gente, el rey de aquel reino se asomará a las ventanas de su real palacio, y en cuanto vea al caballero, reconociéndolo por las armas o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ¡Ea, arriba! ¡Salgan mis caballeros, y cuantos en mi corte están, a recibir a la flor de la caballería, que allí viene! Y a ese mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera y lo abrazará estrechísimamente, y le dará la paz, besándolo en el rostro, y luego lo llevará de la mano al aposento de la señora reina, donde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que seguramente será una de las más fermosas y acabadas doncellas que a duras penas se puedan hallar en la faz de la tierra.

»Sucederá tras esto que en cuanto ella ponga los ojos en el caballero, y él en los de ella, a cada uno le parecerá el otro una cosa más divina que humana, y sin saber cómo sí o cómo no quedarán presos y enlazados en la inextricable red amorosa, y con gran zozobra en sus corazones, por no saber cómo tendrán que hablarse para descubrirse sus ansias y sentimientos.

»Desde allí lo llevarán sin duda a algún cuarto del palacio, ricamente engalanado, donde, después de quitarle las armas, le traerán un rico manto de escarlata para cubrirse; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer a cuerpo.

»Venida la noche, cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitará los ojos de ella, mirándola a hurto de los presentes; y ella hará lo mismo, con la misma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Se levantará la mesa, y entrará de pronto por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña que viene entre dos gigantes detrás del enano, con cierta aventura dispuesta por un antiquísimo mago, para que el que la acabe sea tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará entonces el rey que lo intenten todos los allí presentes, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada de sobra por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte.

»Y lo bueno es que este rey o príncipe o lo que sea tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide, al cabo de algunos días que ha estado en su corte, licencia para ir a servirle en aquella guerra de la que hablo. Se la dará el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le hace. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín, que linda con el aposento donde ella duerme, por las cuales ya le había hablado otras muchas veces, siendo medianera y sabedora de todo una doncella de quien la infanta se fía mucho.

»Suspirará él, se desmayará ella, traerá agua la doncella, que se afligirá mucho porque viene la mañana y no quiere que sean descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la infanta volverá en sí y dará sus blancas manos por la reja al caballero, que se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos el modo en que se han de comunicar sus buenos o malos sucesos, y le rogará la princesa que se demore lo menos posible; él habrá de prometérselo con muchos juramentos; le torna a besar las manos y se despide con tanto sentimiento, que poco le faltará para acabar la vida.

»Se va desde allí a su aposento, se echa sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, se va a despedir del rey y de la reina y de la infanta. Le dicen, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está indispuesta y que no puede recibir visitas; piensa el caballero que es de pena por su partida, se le traspasa el corazón, y falta poco para no dar indicio manifiesto de su pena. Está delante la doncella medianera, que toma nota de todo y se lo va a decir a su señora, quien la recibe con lágrimas y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién es su caballero, y si es de linaje de reyes o no. Le asegura la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave. Se consuela con esto la afligida; procura consolarse, por no dar mal indicio de sí a sus padres, y al cabo de dos días sale en público.

»Ya se ha ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte, ve a su señora por donde suele, se concierta que la pida a su padre por mujer en pago de sus servicios. El rey no se la quiere dar, porque no sabe quién es; pero, pese a esto, robada o de cualquier otra suerte, la infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino (porque creo que no debe de estar en el mapa). En dos palabras: se muere el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero. Aquí entra de inmediato el hacer mercedes a su escudero y a todos aquellos que lo ayudaron a subir a tan alto estado, y casa a su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal».

—Es lo que pido, y sin engañifas —dijo Sancho—: a eso me atengo, porque llamándose vuesa merced el Caballero de la Triste Figura, todo ha de suceder al pie

de la letra.

—No lo dudes, Sancho, porque del mismo modo y por los mismos pasos que he contado esto, suben y han subido los caballeros andantes a ser reyes y emperadores. Solo falta mirar ahora qué rey de los cristianos o de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues, como te tengo dicho, antes de acudir a la corte se ha de cobrar fama por otras partes. También me falta otra cosa: que, en caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo cómo se podría hacer para que yo fuese de linaje de reyes, o por lo menos primo segundo de emperador, porque no me querrá el rey dar a su hija por mujer si no está antes muy enterado en esto, por mucho que lo merezcan mis famosos hechos. Así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de linaje conocido y título acreditado y firme con derecho a reclamar quinientos sueldos si me injurian; y podría ser que el mago que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto o sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quienes poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; y otros que tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores. De manera que está la diferencia en que unos fueron y ya no son, y otros son pero no fueron. Y podría ser yo de estos, que, después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual el rey que hubiese de ser mi suegro se tendría que contentar. Y cuando no, la infanta me ha de querer de tal manera que, a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, tendrá que admitirme por señor y por esposo. Y si no, aquí entra el robarla y llevarla donde me dé más gusto, que el tiempo o la muerte terminará por acabar el enojo de sus padres.

—Ahí entra bien también —dijo Sancho— lo que algunos desalma dos dicen: «No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza»; aunque mejor cuadra decir: «Lo que tú no hagas por ti, no lo hará nadie». Lo digo porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quiere domeñar a entregarle a mi señora la infanta, no hay más que, como vuestra merced dice, raptarla y trasponerla. Pero el daño está en que, mientras se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar en ayunas en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá desde luego, creo yo, dársela su señor por legítima esposa.

—De eso no hay duda —dijo don Quijote.

—Pues como sea así, no hay más que encomendarnos a Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo encamine.

—Hágalo Dios como yo deseo y tú, Sancho, necesitas, y ruin sea quien por ruin se tiene.

—Y Dios lo quiera, que yo soy cristiano viejo, y para ser conde esto me basta.

—Y aun te sobra —dijo don Quijote—. Y si no lo fueras, no hacía nada al caso, porque siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas con nada. Porque haciéndote conde, tente por caballero, digan lo que digan, que a buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

—¡Y vaya si no sabría yo estar a la altura del *litado*! —dijo Sancho.

—*Dictado* o título tienes que decir, no *litado* —dijo su amo.

—Como se diga —respondió Sancho Panza—. Digo que estaría muy a la altura, porque por mi vida que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser el prioste de ella. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón ducal a cuestas, o me vista de oro y de perlas, a uso de conde extranjero? Para mí que me han de venir a ver de cien leguas.

—Bien parecerás —dijo don Quijote—, pero tendrás que raparte las barbas a menudo, que, según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja cada dos días por lo menos, se echará de ver a tiro de escopeta lo que eres.

—¿Y qué? No habría más que tomar un barbero y tenerlo asalariado en casa. Y aun, si fuese necesario, le haré que ande tras de mí, como caballerizo de grande.

—¿Y cómo sabes tú —preguntó don Quijote— que los grandes llevan detrás de sí a sus caballerizos?

—Yo se lo diré. Hace años estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, le seguía un hombre a caballo en todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras de él. Me respondieron que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevarlos tras de sí. Desde entonces lo sé tan bien que nunca se me ha olvidado.

—Tienes razón —dijo don Quijote—, y de ese modo puedes tú llevar a tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron a la vez, y puedes ser tú el primer conde que lleve tras sí su barbero, y aún de más confianza es el hacer la barba que ensillar un caballo.

—Quédese eso del barbero a mi cargo —dijo Sancho—, y al de vuestra merced se quede el procurar llegar a ser rey y el hacerme conde.

—Así será —respondió don Quijote.

Y alzando los ojos, vio lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII

DE LA LIBERTAD QUE DIO DON QUIJOTE A MUCHOS DESDICHADOS QUE LLEVABAN A LA FUERZA ADONDE NO QUERÍAN IR

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta muy seria, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia, que después que el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, mantuvieran aquellos coloquios que quedan referidos al final del capítulo veintiuno, don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían unos doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas en las manos; venían también con ellos dos hombres a caballo y dos a pie: los de a caballo, con escopetas de rueda, y los de a pie con lanzones y espadas. Al verlos, dijo Sancho Panza:

—Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras.

—¿Cómo gente forzada? —preguntó don Quijote—. ¿Es posible que el rey fuerce a ninguna gente?

—No digo eso, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir a la fuerza al rey en las galeras.

—O sea, que según eso, esta gente, aunque los llevan, van a la fuerza, y no por su voluntad —dijo don Quijote.

—Así es.

—Pues, de esa manera, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los menesterosos.

—Advierta vuestra merced —dijo Sancho— que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y don Quijote con muy corteses palabras pidió a los que iban en su guarda tuviesen a bien informarle y decirle la causa o causas por las que llevaban a aquella gente de aquella manera.

Uno de los guardias de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iban a galeras, y que no había más que decir ni él tenía más que saber.

—Con todo —replicó don Quijote—, querría saber de cada uno de ellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que le dijesen lo que deseaba, que el otro guardia de a caballo le dijo:

—Aunque llevamos aquí el registro y el certificado de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo este de detenernos a sacarlas ni a leerlas: acérquese vuestra merced y pregúnteselo a ellos mismos, que ellos lo dirán si quieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que don Quijote se hubiera tomado aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió que iba de aquella manera por enamorado.

—¿Por eso no más? —replicó don Quijote—. Pues si por enamorados echan a galeras, hace tiempo que podría yo estar bogando en ellas.

—No son esos amores como los que vuestra merced piensa —dijo el galeote—, que los míos fueron que quise tanto a una canasta de la colada atestada de ropa blanca, que la abracé tan fuertemente, que de no quitármela la justicia a la fuerza, ni aun ahora la hubiera dejado por mi voluntad. Fue in fraganti, no hizo falta tormento: se concluyó la causa, me acomodaron las espaldas con cien azotes, y tres años en gurapas de propina, y se acabó la función.

—¿Qué son gurapas? —preguntó don Quijote.

—Gurapas son galeras —respondió el galeote.

Era este un mozo de unos veinticuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, que no respondió palabra, según iba de triste y melancólico, pero respondió por él el primero, y dijo:

—Este, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.

—¿Pues cómo? —replicó don Quijote—. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

—Sí, señor, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Más bien he oído decir que quien canta sus males espanta.

—Acá es al revés, que quien canta una vez llora toda la vida.

—No lo entiendo —dijo don Quijote.

Pero uno de los guardias le dijo:

—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non santa a confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado lo condenaron a seis años en galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van lo maltratan y humillan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo valor para decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente cuya vida o muerte está en su lengua, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy descaminados.

—Y yo lo entiendo así —replicó don Quijote.

Pasando al tercero, preguntó a aquel lo que a los otros, y ese de inmediato y con

mucho desenfado respondió, y dijo:

—Yo voy por cinco años a las señoras gurapas por faltarme diez ducados.

—Yo daría veinte de muy buena gana —dijo don Quijote— por libraros de esa pesadumbre.

—Eso es como quien tiene dineros en medio del mar y se está muriendo de hambre, sin tener donde comprar lo que ha menester. Lo digo porque si hubiera tenido yo a tiempo esos veinte ducados que vuestra merced me ofrece ahora, hubiera untado con ellos la pluma del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me vería en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia, y basta.

Pasó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho. Oyéndose preguntar la causa por la que iba allí, comenzó a llorar y no respondió palabra; pero el quinto condenado le hizo de intérprete y dijo:

—Este hombre honrado va por cuatro años a galeras, después que lo pasearan por las calles en un burro, escarnecido y pregonado.

—Eso es —dijo Sancho Panza—, por lo que a mí me parece, haber salido a la vergüenza pública.

—Así es —replicó el galeote—, y la culpa por la que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo. Quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener también sus más que barruntos de hechicero.

—De no haberle añadido esos barruntos —dijo don Quijote—, solo por alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandarlas y a ser general de ellas. Porque no es un oficio cualquiera el de alcahuete, que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y no lo debiera ejercer sino gente muy bien nacida. Y aun tenía que haber inspector y examinador de ellos, como lo hay de los demás oficios, con número registrado y conocido, como corredores de lonja, y de esta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente incompetente y de poco entendimiento, como mujercillas de poco más o menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que, cuanto más falta hace y cuando hay que resolver algo importante, se quedan pasmados con las migas heladas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Querría seguir con esto y dar las razones por las que conviene elegir a los que han de tener en la república un oficio tan necesario, pero no es el lugar apropiado para ello: algún día lo diré a quien lo pueda proveer y remediar. Solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete me la ha quitado lo otro de ser hechicero. Aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que nuestro albedrío es libre y no hay hierba ni encantamiento que lo fuerce: lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos, con los que vuelven locos a los hombres,

dando a entender que tienen poder para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

—Así es —dijo el buen viejo—, y en verdad, señor, que en lo de hechicero no tuve culpa; en lo de alcahuete, no lo puedo negar, pero nunca pensé que hacía mal en ello, que toda mi intención era que todo el mundo se solazase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir allí de donde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un momento.

Y aquí tornó a su llanto como al principio; y le tuvo Sancho tanta compasión, que sacó de su seno un real de a cuatro y se lo dio de limosna.

Avanzó don Quijote y preguntó a otro su delito, y respondió este con no menos, sino con mucha más gallardía que el anterior:

—Yo voy aquí porque me enredé más de la cuenta con dos primas hermanas mías y con otras dos hermanas que no lo eran mías; y al final, tanto me enredé con todas, que resultó que del enredo creció la parentela tan intrincadamente, que no hay diablo que se aclare. Se me probó todo, faltó favor, no tuve dineros, me vi a punto de perder el gañote, me sentenciaron a galeras por seis años, consentí: el castigo es por mi culpa. Mozo soy, y dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar a Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.

Este iba con ropas de estudiante, y dijo uno de los guardias que era muy gran hablador, y muy instruido y gentil.

Tras todos estos venía un hombre de unos treinta años y de muy buen ver, aunque al mirar metía un poco un ojo en el otro. Venía atado diferente que los demás, porque traía una cadena en el pie, tan grande, que se le liaba por todo el cuerpo, y dos argollas en la garganta, una en la cadena y otra de las que llaman guardamigo o pie de amigo, de la que descendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar a la boca ni podía bajar la cabeza hasta las manos. Preguntó don Quijote cómo iba aquel hombre con tantas más prisiones que los otros. Le respondió el guardia que él solo tenía más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan gran bellaco, que aunque lo llevaran de aquella manera no iban seguros de él, sino que temían que se les había de huir.

—¿Qué delitos puede tener —dijo don Quijote—, si no han merecido más pena que echarlo a las galeras?

—Va por diez años —replicó el guardia—, que es como muerte civil. No se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor comisario —dijo entonces el galeote—, váyase poco a poco y no

andemos ahora deslindando nombres y sobrenombres. Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y que cada uno mire para lo suyo, y no hará poco.

—Hable con menos tono —replicó el comisario—, señor ladrón de marca mayor, si no quiere que lo haga callar, mal que le pese.

—Está bien —respondió el galeote— que el hombre vaya como Dios tiene a bien, pero algún día alguno se va a enterar si me llamo Ginesillo de Parapilla o no.

—¿Pues no te llaman así, embustero? —dijo el guardia.

—Me lo llaman —respondió Ginés—, pero yo haré que no me lo llamen, o por mis barbas que… Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya y vaya con Dios, que ya empacha con tanto querer saber vidas ajenas; y si quiere saber la mía, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita con estos pulgares.

—Es verdad —dijo el comisario—, él mismo ha escrito su historia, que no se puede pedir más, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

—Y lo pienso rescatar —dijo Ginés—, aunque hubiera quedado en doscientos ducados.

—¿Tan bueno es? —dijo don Quijote.

—Es tan bueno —respondió Ginés—, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de ese género se han escrito o se escriban. Lo que le sé decir a voacé es que trata de verdades y que son verdades tan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que las igualen.

—¿Y cómo se titula el libro? —preguntó don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte*.

—¿Y está acabado? —preguntó don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado —respondió él—, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el día en que esta última vez me han echado a galeras.

—Luego ¿habéis estado otra vez en ellas? —dijo don Quijote.

—Para servir a Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el látigo —respondió Ginés—; y no me pesa mucho ir a ellas, porque allí tendré ocasión de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir y en las galeras de España hay más sosiego del que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo que escribir, porque me lo sé de corrido.

—Hábil pareces —dijo don Quijote.

—Y desdichado —respondió Ginés—, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen a los bellacos —dijo el comisario.

—Ya le he dicho, señor comisario —respondió Pasamonte—, que se modere, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase a los pobretes que vamos aquí, sino para que nos guiase y llevase adonde manda Su Majestad. Si no, por vida de… Basta; puede que salgan algún día a la luz las manchas que se hicieron en la

venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este.

Alzó la vara en alto el comisario para dar a Pasamonte, en respuesta a sus amenazas, pero don Quijote se puso en medio y le rogó que no lo maltratase, pues tampoco era tan grave que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algo suelta la lengua. Y volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros de este, el poco favor del otro y, en fin, el torcido juicio del juez, hubiesen sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que teníais de vuestra parte. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando a que muestre con vosotros la razón por la que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos por los poderosos. Pero, porque sé que una de las cualidades de la prudencia es que lo que se puede hacer por las buenas no se haga por las malas, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario tengan a bien desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece dura cosa hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardias —añadió don Quijote—, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. ¡Allá se lo haya cada uno con su pecado!: Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no está bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, por tener, si lo cumplís, algo que agradeceros; y si no lo hacéis de buena gana, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis a la fuerza.

—¡Donosa majadería! —respondió el comisario—. ¡Bueno está el donaire con que sale este ahora! ¡Quiere que le dejemos los forzados del rey, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él la tuviera para mandárnoslo! Siga vuestra merced en buena hora su camino, señor, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando tres pies al gato.

—¡Vos sois el gato, la rata y el bellaco! —respondió don Quijote.

Y, diciendo y haciendo, le arremetió tan presto, que, sin que tuviese tiempo de ponerse en guardia, dio con él en el suelo malherido de una lanzada; y fue una suerte para don Quijote, porque este era el de la escopeta. Los demás guardias quedaron atónitos y suspensos del no esperado acontecimiento, pero, volviendo en sí, echaron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie a sus lanzones, y arremetieron a don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba. Y lo habría pasado mal sin duda, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar la libertad, no la

hubiesen procurado, procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fue la revuelta de tal manera, que los guardias, ya por acudir a los galeotes que se desataban, ya por acometer a don Quijote que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho.

Ayudó Sancho por su parte a soltar a Ginés de Pasamonte, que fue el primero que saltó en la campiña libre y desembarazado, y arremetiendo este al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro sin llegar a dispararla, no quedó guardia en todo el campo, porque salieron huyendo, tanto de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas que les tiraban los ya sueltos galeotes.

Se entristeció mucho Sancho con este suceso, porque se le figuró que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa Hermandad, que saldría a campana herida a buscar a los delincuentes, y así se lo dijo a su amo, y le rogó que se partiesen de allí cuanto antes y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca.

—Eso está muy bien —dijo don Quijote—, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.

Y llamando a todos los galeotes, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarlo en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:

—De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más ofende a Dios es la ingratitud. Lo digo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que habéis recibido de mí; en pago del cual querría y es mi voluntad que, cargados con esa cadena que quité de vuestros cuellos, os pongáis inmediatamente en camino y vayáis a la ciudad del Toboso y allí os presentéis a la señora Dulcinea del Toboso y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, le ruega que lo recuerde, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde queráis, a la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte y dijo:

—Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra para no ser hallado por la Santa Hermandad, que sin duda alguna va a salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer y es justo que haga es mudar ese servicio y tributo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que ahora, que no son aún las diez de la mañana, es de noche, y pedirnos eso es como pedir peras al olmo.

—¡Pues voto a tal —dijo don Quijote, ya puesto en cólera—, don hijo de puta,

don Ginesillo de Paropillo, o como os llaméis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestas!

Pasamonte, que no era nada bien sufrido, habiéndose dado cuenta ya de que don Quijote no estaba muy cuerdo, pues había acometido el disparate de querer darles libertad, y viéndose tratar de aquella manera, guiñó el ojo a los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote, que no daba abasto a cubrirse con la rodela; y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si estuviese hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno y con él se defendía de la nube y pedrisco que llovía sobre ambos. No se pudo escudar tan bien don Quijote como para que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo, y con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fue sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza y le dio con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con lo que la hizo pedazos. Le quitaron una ropilla que traía sobre la cota, y las medias le querían quitar, si las polainas no lo hubiesen estorbado. A Sancho le quitaron el gabán y lo dejaron solo con la camisa, y repartiéndose los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían, que de cargar con la cadena e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote. El jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante, tendido junto a su amo, porque también vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en mangas de camisa y temeroso de la Santa Hermandad, y don Quijote, indignadísimo de verse tan malparado por los mismos a quienes tanto bien había hecho.

CAPÍTULO XXIII

DE LO QUE LE ACONTECIÓ AL FAMOSO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA, QUE FUE UNA DE LAS MÁS RARAS AVENTURAS QUE SE CUENTAN EN ESTA VERDADERA HISTORIA

Viéndose tan malparado don Quijote, dijo a su escudero:

—Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar. Si te hubiera hecho caso, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar de ahora en adelante.

—Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera hecho caso se hubiera evitado este daño, créame ahora y evitará otro mayor, porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay caballerías que valgan, y le importan dos maravedís cuantos caballeros andantes haya, y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban en los oídos.

—No puedes remediar ser un cobarde, Sancho, pero, para que no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero seguir tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; pero ha de ser con una condición: que jamás en vida ni en muerte has de decir a nadie que yo me retiré y aparté de este peligro por miedo, sino por complacer a tus ruegos; y si dijeras otra cosa, mentirías en ello, y desde ahora a entonces y de entonces a ahora te desmiento y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pienses o lo digas. Y no me repliques más, que solo de pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente de este que parece que lleva un sí es no es de sombra de miedo, estoy ya por quedarme y aguardar aquí, solo, no solamente a la Santa Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de las doce tribus de Israel y a los siete Macabeos y a Cástor y a Pólux, y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor —dijo Sancho—, el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y es de sabios guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día. Y sepa que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo de eso que llaman buen juicio; así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, y suba en Rocinante, si puede, y si no, yo le ayudaré, y sígame; que el caletre me dice que vamos a necesitar ahora más los pies que las manos.

Subió don Quijote sin replicarle más palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se

entraron por una parte de Sierra Morena que estaba por allí cerca, llevando Sancho intención de atravesarla toda e ir a salir al Viso o a Almodóvar del Campo y esconderse algunos días por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscaba. Le animó a esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que venía sobre su asno, cosa que le pareció un milagro, según fue lo que buscaron y llevaron los galeotes.

Y en cuanto entró por aquellas montañas, se le alegró a don Quijote el corazón, pues aquellos lugares le parecían pintiparados para las aventuras que buscaba. Se le venían a la memoria los maravillosos acontecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes. Iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado, tras parecerle que caminaba por parte segura, que la de satisfacer su estómago con las sobras que habían quedado del despojo clerical; y así, iba tras su amo, sentado a la mujeriega sobre su jumento, sacando de un costal y embaulando en su panza; y mientras iba de aquella manera, le importaba un chavo hallar otra aventura.

En esto, alzó los ojos y vio que su amo estaba parado, procurando alzar con la punta del lanzón no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dio prisa en llegar a ayudarlo si hacía falta, y llegó en el momento en que alzaba con la punta del lanzón un cojín o fardel y una maleta o bolsón asido a él, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos; pero pesaba tanto, que tuvo Sancho que apearse a tomarlos, y le mandó su amo que viese lo que venía en la maleta.

Lo hizo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo rota y podrida vio lo que había en ella, que eran cuatro camisas de fina holanda y otras cosas de lienzo tan primorosas como limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro; y nada más verlos, dijo:

—¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura de provecho!

Y buscando más, halló un librito de notas ricamente encuadernado. Le pidió este don Quijote, y le mandó que guardase el dinero y que se lo quedase. Le besó las manos Sancho por la merced, y desvalijando la valija de su lencería, la puso en el costal de las provisiones. Visto todo lo cual por don Quijote, dijo:

—Me parece, Sancho, y no es posible que sea otra cosa, que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y asaltándolo malandrines, lo debieron de matar y lo trajeron a enterrar en esta parte tan escondida.

—No puede ser eso —respondió Sancho—, porque si hubieran sido ladrones no se habrían dejado aquí este dinero.

—Tienes razón —dijo don Quijote—, así que no adivino ni caigo en lo que pueda ser esto; pero espérate, veamos si en ese librito hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y enterarnos de lo que deseamos.

Lo abrió, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque con muy buena letra, fue un soneto, que, al leerlo en alto, para que Sancho también lo oyese,

vio que decía de esta manera:

O le falta al Amor conocimiento
o le sobra crueldad, o no es mi pena
igual a la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.
Pero, si Amor es dios, es argumento
que nada ignora, y es razón muy buena
que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena
el terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
que tanto mal en tanto bien no cabe
ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto:
que al mal de quien la causa no se sabe
milagro es acertar la medicina.

—Por esa trova —dijo Sancho— no se puede saber nada, a menos que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.

—¿Qué hilo está aquí? —dijo don Quijote.

—Me pareció que vuestra merced decía algo de hilo.

—No dije sino *Fili*, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor de este soneto; y en verdad que debe de ser un poeta más que razonable, o yo sé poco del arte.

—Entonces ¿también entiende vuestra merced de trovas? —dijo Sancho.

—Y más de lo que tú piensas, y lo verás cuando lleves una carta, escrita en verso de arriba abajo, a mi señora Dulcinea del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos o casi todos los caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, o gracias, por mejor decir, son anejas a los enamorados andantes. También es verdad que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

—Lea más vuestra merced, que ya hallará algo que nos satisfaga.

Volvió la hoja don Quijote y dijo:

—Esto es prosa, y parece carta.

—¿Carta particular, señor? —preguntó Sancho.

—Por el principio no parece sino de amores.

—Pues lea vuestra merced en alto, que gusto mucho de estas cosas de amores.

—Con sumo gusto —dijo don Quijote.

Y leyéndola en alto, como Sancho se lo había rogado, vio que decía de esta manera:

«Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Me desechaste, ¡ingrata!, por quien tiene más, no por quien vale más que yo; pero si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiaría yo dichas ajenas ni lloraría desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura lo han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causante de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, para que tú no te arrepientas de lo que hiciste y yo no me vengue de lo que no deseo».

Cuando acabó de leer la carta, dijo don Quijote:

—Por esta carta, más que por los versos, se puede sacar que el que la escribió es un amante desdeñado.

Y hojeando casi todo el librito, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, celebrados unos y llorados otros.

Mientras don Quijote hojeaba el libro, ojeaba Sancho la maleta, sin dejar rincón que no buscase, escudriñase e inquiriese en toda ella ni en el cojín, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no cardase, para que no se quedase nada por precipitación o por descuido: tal golosina habían despertado en él los escudos hallados, que pasaban de ciento. Y aunque no halló más que lo hallado, dio por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, los puños del arriero, la pérdida de las alforjas, el robo del gabán, y toda el hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién sería el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser algún noble enamorado, a quien desdenes y maltratos de su dama habrían conducido a algún acto desesperado. Pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no aparecía persona alguna de quien poder informarse, no se preocupó más que de seguir adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería —que era por donde él podía caminar—, siempre imaginando que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vio que por cima de una montañuela que tenía a la vista enfrente iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Le pareció que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna. Le cubrían los muslos unos calzones, al parecer de terciopelo leo nado, pero tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta, y aunque

pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y advirtió el Caballero de la Triste Figura. Y aunque lo intentó, no pudo seguirlo, porque no permitía la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de por sí pasicorto y flemático. Al punto imaginó don Quijote que aquel era el dueño del cojín y de la maleta, y decidió buscarlo hasta hallarlo, aunque tuviese que andar un año por aquellas montañas. Y así, mandó a Sancho que se apease del asno y atajase por una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que con este ardid topasen con aquel hombre que con tanta prisa se les había quitado de delante.

—No podré hacer eso —respondió Sancho—, porque en cuanto me aparto de vuestra merced, me entra de inmediato un miedo que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones. Y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí en adelante no me aparte un dedo de su presencia.

—Así será —dijo el de la Triste Figura—, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, que no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo. Y vente ahora tras mí poco a poco, o como puedas, y haz de los ojos linternas. Rodearemos esta serrezuela: quizá topemos con aquel hombre que vimos, quien sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.

—Harto mejor entonces sería no buscarlo —dijo Sancho—, porque si lo hallamos y acaso fuese el dueño del dinero, está claro que lo tengo que restituir; y así, sería mejor poseerlo yo de buena fe sin hacer esta inútil diligencia, hasta que por otra vía menos concienzuda y diligente apareciera su verdadero señor, quizá cuando ya lo hubiera gastado, y entonces el rey tendría que declararme insolvente.

—Te engañas en eso, Sancho, que una vez hemos sospechado casi con seguridad quién es el dueño, estamos obligados a buscarlo y devolvérselos; y si no lo buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscarlo, por la que a mí se me quitará si lo hallo.

Y así, picó a Rocinante y lo siguió Sancho con su acostumbrado jumento. Y habiendo rodeado parte de la montaña hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida por perros y picada por grajos una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó más en ellos la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y, de pronto, a su mano izquierda aparecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de la montaña, apareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Le dio voces don Quijote y le rogó que bajase adonde estaban. Él respondió a gritos que qué los había traído por aquel lugar, pocas o ningunas veces pisado sino de pies de cabras, o de lobos y otras fieras que andaban por allí. Le respondió Sancho que bajase, que de todo le darían buena cuenta. Bajó el cabrero, y llegando adonde don Quijote estaba, dijo:

—Apostaría que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa

hondonada. Pues la verdad es que hace ya seis meses que está en ese lugar. Díganme, ¿han topado por ahí a su dueño?

—No hemos topado a nadie —respondió don Quijote—, sino un cojín y una maletilla que hallamos no lejos de este lugar.

—También la hallé yo —respondió el cabrero—, pero nunca la quise alzar ni llegar a ella, temeroso de alguna desgracia y de que no me la pidiesen por creerla un hurto, que es el diablo sutil y le pone al hombre bajo los pies cualquier cosa donde tropiece y caiga sin saber cómo.

—Eso mismo es lo que yo digo —respondió Sancho—, que también la hallé yo y no quise llegar a ella ni tirándole una piedra antes. Allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre —dijo don Quijote—, ¿sabéis vos quién puede ser el dueño de estas prendas?

—Lo que sabré yo decir —dijo el cabrero— es que hará cosa de seis meses, poco más o menos, llegó a una majada de pastores que estará como a tres leguas de este lugar un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojín y maleta que decís que hallasteis y no tocasteis. Nos preguntó qué parte de esta sierra era la más áspera y escondida; le dijimos que era esta donde ahora estamos, y esa es la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertarais a salir. Y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que encamine a este lugar. Digo, pues, que oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas y se encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos a todos pasmados de su buen talle y sorprendidos de su demanda y de la premura con que le veíamos caminar y volverse hacia la sierra. Y desde entonces no volvimos a verlo, hasta que de allí a unos días le salió al camino a uno de nuestros pastores, y sin decirle nada, se llegó a él y le dio muchos puñetazos y coces, y luego se fue a la borrica del hato y le quitó cuanto pan y queso traía en ella; y con extraña agilidad, hecho esto, se volvió a emboscar en la sierra.

»Cuando supimos esto algunos cabreros, lo estuvimos buscando casi dos días por lo más cerrado de esta sierra, y al cabo lo hallamos metido en el hueco de un grueso y robusto alcornoque. Salió a nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido y el rostro disfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas lo reconocíamos, si bien los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos, nos dieron a entender que era el que buscábamos. Nos saludó cortésmente y en pocas y muy buenas palabras nos dijo que no nos maravillásemos de verlo andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que le había sido impuesta por sus muchos pecados. Le rogamos que nos dijese quién era, pero no lo logramos. Le pedimos también que cuando tuviese menester del sustento, sin el cual no podía pasar, nos dije se dónde hallarle, porque se lo llevaríamos con mucho amor y cuidado; y que si esto tampoco era de su gusto, que por lo menos saliese a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los

asaltos pasados y prometió pedirlo por amor de Dios de allí en adelante, sin dar molestia alguna a nadie. En lo tocante a su habitáculo, dijo que no tenía otro que el que le ofrecía la ocasión donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que los que le escuchamos seríamos de piedra si no lo hubiésemos acompañado en él, considerando cómo lo habíamos visto la primera vez y cómo lo veíamos entonces. Porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas palabras mostraba ser bien nacido y persona muy cortesana; que, aunque los que lo escuchábamos éramos rústicos, su gentileza era tanta que bastaba a darse a conocer a la misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudeció: clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, notamos fácilmente que le había sobrevenido algún ataque de locura. Y él nos dio a entender de inmediato que era verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto a sí, con tal denuedo y rabia, que si no se lo quitamos lo mata a puñetazos y a bocados; y hacía todo esto diciendo: "¡Ah fementido Fernando! ¡Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste, estas manos te sacarán el corazón, donde se albergan y tienen su guarida todas las maldades juntas, principalmente el fraude y el engaño!". Y a estas razones añadía otras, que todas se encaminaban a decir mal de aquel Fernando y a tacharlo de traidor y fementido. Se lo quitamos, pues, con no poca dificultad, y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguirlo.

»Por esto conjeturamos que la locura le venía a ratos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada como lo demostraba el extremo a que lo había conducido. Todo esto se ha confirmado de entonces acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas a pedir a los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras a quitárselo a la fuerza; porque cuando está con el ataque de locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñetazos; y cuando está en su juicio lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y da muchas gracias por ello, y no con falta de lágrimas.

»Y en verdad os digo, señores —prosiguió el cabrero—, que ayer decidimos yo y cuatro zagales, dos de ellos criados y otros dos amigos míos, buscarlo hasta que lo hallemos, y después de hallado, lo hemos de llevar, con su consentimiento o a la fuerza, a la villa de Almodóvar, que está a ocho leguas de aquí, y allí lo curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos quién es cuando esté en su juicio, y si tiene parientes a quienes dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sé deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallasteis es

el mismo que visteis pasar con tanta ligereza como desnudez —que ya le había dicho don Quijote cómo había visto pasar a aquel hombre saltando por la sierra».

Este quedó admirado de lo que había oído al cabrero, y quedó con más deseo de saber quién era el desdichado loco, y se propuso lo mismo que ya tenía pensado: buscarlo por toda la montaña, sin dejar de mirar rincón ni cueva en ella, hasta hallarlo. Pero la suerte lo hizo mejor de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante, por entre una quebrada de una sierra que salía donde ellos estaban, apareció el mancebo que buscaba, que venía hablando a solas cosas que no podían ser entendidas de cerca, mucho menos de lejos. Su traje era como se ha pintado, solo que al acercarse vio don Quijote que un coleto hecho pedazos que traía era de los de ante perfumado con ámbar, por donde acabó de entender que persona que traía tales prendas no debía de ser de ínfima calidad.

Al llegar el mancebo junto a ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le devolvió el saludo con no menos ceremonia; y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, lo fue a abrazar y lo tuvo un buen rato estrechamente entre sus brazos, como si lo conociera de tiempos lejanos. El otro, a quien podemos llamar el Andrajoso o el Roto de la Mala Figura (como a don Quijote el de la Triste), después de haberse dejado abrazar, lo apartó un poco de sí; y puestas sus manos en los hombros de don Quijote, lo estuvo mirando, como queriendo ver si lo conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote que lo estaba don Quijote de verlo a él. Concluyendo, el primero que habló después del abrazo fue el Roto, y dijo lo que se dirá a continuación.

CAPÍTULO XXIV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DE LA SIERRA MORENA

Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, quien, prosiguiendo su plática, dijo:

—Por cierto, señor, quienquiera que seáis, aunque no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos que pudiera corresponder con algo más que la voluntad a la buena que habéis mostrado tenerme en la acogida que me habéis hecho; pero no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponder a las buenas obras que me hacen que buenos deseos de satisfacerlas.

—Los que yo tengo —respondió don Quijote— son de serviros, tanto que había decidido no salir de estas sierras hasta hallaros y saber por vos si se podía hallar algún género de remedio para el dolor que mostráis tener en la extrañeza de vuestra vida, y si fuera menester buscarlo, buscarlo con la diligencia posible. Y en el caso de que vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo género de consuelo, pensaba ayudaros a llorarla y plañirla como mejor pudiera, que siempre es consuelo en las desgracias hallar quien se conduela de ellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que se encierra en vos, y al mismo tiempo os conjuro por la cosa que más habéis amado o amáis en esta vida, que me digáis quién sois y la causa que os ha traído a vivir y a morir en estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo como lo muestra vuestro traje y persona. —Y añadió don Quijote—: Y por la orden de caballería que recibí (aunque indigno y pecador), y por la profesión de caballero andante, y si en esto, señor, me complacéis, juro serviros con la lealtad a que me obliga el ser quien soy, bien remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, bien ayudándoos a llorarla, como os lo he prometido.

El Caballero del Bosque, que oyó hablar de esta manera al de la Triste Figura, no hacía sino mirarlo y remirarlo y tornarlo a mirar de arriba abajo; y después que lo hubo mirado bien, le dijo:

—Si tienen algo que darme de comer, por amor de Dios que me lo den, que después de haber comido yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.

Sacaron al punto Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón condumio con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan aprisa, que no daba tiempo de un bocado al otro, pues más bien los engullía que tragaba; y mientras comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Cuando acabó de comer les hizo señas de que lo siguiesen, y así lo hicieron, y él los llevó a un verde pradecillo que estaba a la vuelta de una peña cerca de allí. En cuanto llegó a él, se tendió en el suelo, encima de la hierba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo:

—Si gustáis, señores, que os diga en pocas palabras la inmensidad de mis desventuras, me habéis de prometer que no interrumpiréis con ninguna pregunta ni otra cosa el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hagáis, en ese se quedará lo que esté contando.

Estas palabras del Roto trajeron a la memoria a don Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente. Pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo:

—Esta advertencia que hago es porque querría pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas a la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntéis, más pronto acabaré yo de decirlas, aunque no dejaré de contar cosa alguna que sea de importancia para no satisfacer del todo vuestro deseo.

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él, con esta garantía, comenzó de esta manera:

—Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores de esta Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del cielo los bienes de fortuna suelen servir poco.

»Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara a desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura y de menos firmeza de la que se debía a mis honrados pensamientos. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso a mí, con aquella sencillez y buen ánimo que permitía su poca edad. Sabían nuestros padres nuestros propósitos y no les pesaba, porque comprendían que si seguían adelante no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad y con ella el amor de los dos, de modo que al padre de Luscinda le pareció que por decoro estaba obligado a negarme la entrada en su casa, casi imitando en esto a los padres de aquella Tisbe tan cantada por los poetas. Y fue esta negativa añadir llama a llama y deseo a deseo, porque, aunque pusieron silencio a las lenguas, no lo pudieron poner a las plumas, que con más libertad que las lenguas suelen dar a entender a quien quieren lo que está encerrado en el alma: que muchas veces la presencia de la cosa

amada turba y enmudece la intención más decidida y la lengua más atrevida.

»¡Ay, cielos, y cuántos mensajes le escribí! ¡Qué deleitosas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma confesaba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, decidí hacer y acabar en un punto lo que me pareció que convenía más para alcanzar mi deseado y merecido premio, y fue el pedírsela a su padre por legítima esposa, como lo hice; a lo que él me respondió que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarlo y de querer honrarme con prendas suyas, pero que estando vivo mi padre, a él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque, si no era con el consentimiento y gusto suyo, Luscinda no era mujer para tomarse ni darse a hurto.

»Yo le agradecí su buen propósito, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre se avendría a ello en cuanto yo se lo dijese; con este propósito fui a decirle a mi padre en aquel mismo instante lo que deseaba. Y al tiempo que entré en el aposento donde estaba, lo hallé con una carta abierta en la mano, y antes que yo le dijese palabra, me la dio y me dijo: Por esta carta verás, Cardenio, el deseo que el duque Ricardo tiene de hacerte merced.

»Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucía. Tomé y leí la carta, y venía con tan encarecidas solicitudes, que a mí mismo me hubiese parecido mal si mi padre dejaba de cumplir lo que se le pedía en ella, que era que me enviase cuanto antes adonde él estaba, que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que corría de su cuenta darme una posición que se correspondiese a la estima en que me tenía. Leí la carta y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía: “De aquí a dos días partirás, Cardenio, a hacer la voluntad del duque, y da gracias a Dios, que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces”. Añadió a estas otras palabras de padre consejero.

»Llegó el momento de mi partida, hablé una noche a Luscinda, le dije todo lo que pasaba, y lo mismo hice a su padre, suplicándole se esperase algunos días y dilatase lo de su matrimonio hasta que yo viese lo que el duque Ricardo quería de mí. Él me lo prometió y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine, en fin, adonde estaba el duque Ricardo.

»Fui tan bien recibido y tratado por él, que desde el principio comenzó la envidia a hacer su oficio, empezando por los criados antiguos, a los que parecía que las muestras de hacerme merced que daba el duque iban a ir en perjuicio suyo. Pero el que más se alegró con mi llegada fue el segundo hijo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, generoso y enamorado, quien en poco tiempo quiso que fuese tan amigo suyo, que a todos daba que decir. Y aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que me quería y trataba don Fernando.

»El caso es que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique,

y la jerarquía que me obligaba con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, me confesaba todos sus pensamientos, especialmente uno enamorado, que le traía con un poco de desasosiego: quería mucho a una labradora, vasalla de su padre, con pretendientes también ella muy ricos, y que era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se decidía por cuál de estas cosas tenía más excelencia y destacaba más.

»Estas tan buenas cualidades de la hermosa labradora llevaron a tal extremo los deseos de don Fernando, que decidió, para poder alcanzarlos y conquistar la doncellez de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era buscar lo imposible. Yo, obligado por su amistad, con las mejores razones que supe y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarlo y apartarlo de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, decidí contarle el caso al duque Ricardo, su padre; mas don Fernando, como astuto e inteligente, se receló y temió esto, por parecerle que estaba yo obligado, en ley de buen criado, a no tener encubierto algo que iba tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque. Y así, por confundirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro remedio mejor para poder apartar de la memoria la hermosura que le tenía tan sujeto que el ausentarse por algunos meses, y que quería que la ausencia fuese que los dos nos viniésemos a casa de mi padre, con la excusa que daríamos al duque de venir a ver y a feriar unos muy buenos caballos que había en mi ciudad, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi amor, aunque su decisión no hubiese sido tan buena, la aprobé como una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver qué buena ocasión y coyuntura se me ofrecía para volver a ver a mi Luscinda.

»Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y alenté su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la mayor brevedad posible, porque, en efecto, la ausencia hacía su oficio a pesar de los más firmes pensamientos. Ya cuando él me vino a decir esto, según se supo después, había gozado a la labradora con título de esposo, y esperaba la ocasión de revelarlo después de quitarse de en medio, temeroso de lo que el duque su padre haría cuando supiese su disparate.

»Sucedió, pues, que como a menudo el amor en los mozos no lo es, sino apetito que tiene por fin último el deleite, cuando llega a alcanzarse se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede ir más allá del término que le puso la naturaleza, término que no le puso al verdadero amor. Quiero decir, que en cuanto don Fernando gozó a la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahíncos; y si primero fingía quererse ausentar por remediarlos, ahora procuraba irse de veras por no ponerlos en ejecución.

»Le dio el duque licencia y me mandó que lo acompañase. Vinimos a mi ciudad, lo recibió mi padre como quien era, vi yo luego a Luscinda, tornaron a vivir (aunque no habían estado muertos ni amortiguados) mis deseos; de los cuales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Le alabé la hermosura, donaire y discreción de

Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver a una doncella adornada de tantas buenas cualidades. Se los cumplí yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche, a la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos. La vio en sayo, y de tal modo, que olvidó todas las bellezas vistas por él hasta entonces. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto y, finalmente, tan enamorado como vais a verlo en el transcurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle más el deseo (que a mí me ocultaba, y al cielo a solas descubría), quiso la fortuna que hallase un día un mensaje de ella pidiéndome que la pidiese a su padre por esposa, mensaje tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que leyéndolo me dijo que solo en aquella Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que estaban repartidas en las demás mujeres del mundo.

»Bien es verdad que quiero confesar ahora que, aunque yo veía con cuán justas causas alababa don Fernando a Luscinda, me pesaba oír aquellas alabanzas de su boca. Y comencé a temer y a recelarme de él, porque no había momento en que no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él sacaba la conversación, aunque la trajese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese ningún revés de la bondad y de la fe de Luscinda, pero, con todo y con eso, me hacía temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo enviaba a Luscinda y los que ella me respondía, con la excusa de que gustaba mucho del buen juicio de los dos. Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías para leer, al que era ella muy aficionada, que era el de *Amadís de Gaula*…».

Apenas oyó don Quijote nombrar libro de caballerías, dijo:

—Con que me hubiera dicho vuestra merced al principio de su historia que su merced la señora Luscinda era aficionada a los libros de caballerías, no hubiera sido menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tendría tan bueno como vos lo habéis pintado, señor, si careciera del gusto de tan sabrosa lectura. Así que conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su afición la confirmo por la más hermosa y más juiciosa mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con *Amadís de Gaula* al bueno de *Don Rugel de Grecia*, que yo sé que la señora Luscinda habría gustado mucho de Daraida y Garaya, y de las agudezas del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, ingenio y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no durará más en hacerse la enmienda que cuanto quiera vuestra merced tener a bien venirse conmigo a mi aldea, que allí le podré dar más de trescientos libros que son el deleite de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido lo que prometimos de no interrumpir su plática,

pues, oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, está tan en mi mano dejar de hablar de ellos como lo está en la de los rayos del sol dejar de calentar, o humedecer en los de la luna. Así que perdón, y proseguid, que es lo que ahora hace más al caso.

Mientras don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído a Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo. Y aunque don Quijote le dijo dos veces que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dijo:

—No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo ni quien me dé a entender otra cosa, y sería un majadero el que entendiese o creyese lo contrario, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima.

—¡Eso no, voto a tal —respondió con mucha cólera don Quijote, lanzando el juramento como tenía costumbre—, y esa es una muy grande malicia, o bellaquería, mejor dicho! La reina Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un matasanos. Y quien entienda lo contrario miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré a entender a pie o a caballo, armado o desarmado, de noche o de día, o como más gusto le diere.

Le estaba mirando Cardenio muy atentamente, cuando ya le había venido el acceso de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco don Quijote se la hubiera oído, según le había disgustado lo que le había oído de Madasima. ¡Extraño caso, que así salió en su defensa como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora! Así lo tenían sus descomulgados libros.

Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco y se oyó tratar de mentiroso y de bellaco, con otros denuestos semejantes, le pareció mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto a sí y dio con él tal golpe en el pecho a don Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que vio acometer a su señor de tal modo, arremetió al loco con el puño cerrado, pero el Roto lo recibió de tal suerte que con un puñetazo dio con él a sus pies, y luego se subió sobre él y le machacó las costillas muy a su sabor. El cabrero, que lo quiso defender, corrió el mismo peligro. Y después que los tuvo a todos rendidos y molidos, los dejó y se fue con gentil sosiego a emboscarse en la montaña.

Se levantó Sancho, y con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió a tomar la venganza en el cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que a aquel hombre le tomaba a rachas la locura, que de haberlo sabido habrían estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza y tornó a replicar el cabrero, y fue el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñetazos, que si don Quijote no los hubiese pacificado, se habrían hecho pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero:

—¡Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura! Que en este, que

es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo satisfacerme a mi gusto del agravio que me ha hecho, peleando con él mano a mano, como hombre honrado.

—Así es —dijo don Quijote—, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió a preguntar al cabrero si sería posible hallar a Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Le dijo el cabrero lo que antes le había dicho, que era no estar seguro de su guarida, pero que si andaba mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarlo, cuerdo o loco.

CAPÍTULO XXV

QUE TRATA DE LAS COSAS EXTRAÑAS QUE SUCEDIERON EN SIERRA MORENA AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA PENITENCIA QUE HIZO A IMITACIÓN DE BELTENEBROS

Se despidió del cabrero don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó a Sancho que lo siguiese, lo que hizo este, con su jumento, de muy mala gana. Se iban poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho se moría de ganas de hablar con su amo y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir lo que le tenía mandado; pero no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

—Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los que por lo menos hablaré y departiré todo lo que quiera; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me entren ganas, es enterrarme en vida. Si la suerte hubiese querido al menos que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, no sería tan malo, porque departiría yo con mi jumento lo que me viniera en gana y con esto pasaría mi mala ventura. Es recia cosa y no se puede llevar con paciencia andar buscando aventuras toda la vida y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y guantadas; y, con todo, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho —respondió don Quijote—: tú te mueres porque te levante la prohibición que te tengo puesta en la lengua. Dala por alzada y di lo que quieras, con condición de que no ha de durar este levantamiento más de lo que andemos por estas sierras.

—Así sea, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será. Y comenzando a gozar de ese salvoconducto, digo que qué más le daba a vuestra merced defender tanto a aquella reina *Magimasa*, o como se llame; o qué más daba que aquel abad fuese amigo suyo o no. Que si vuestra merced hubiese pasado por alto aquello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco habría continuado con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun más de seis sopapos.

—De veras, Sancho: si tú supieras como yo lo sé cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dirías que tuve mucha paciencia, pues no

quebré la boca por donde salieron tales blasfemias; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que dijo el loco fue un hombre muy prudente y de muy sanos consejos y sirvió de ayo y de médico a la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo. Y para que veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

—Por eso digo yo —dijo Sancho— que no había por qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no llega a ayudar a vuestra merced, y hubiese encaminado el guijarro a la cabeza como lo encaminó al pecho, buenos hubiésemos quedado por haber defendido a aquella mi señora que Dios confunda. ¡Pues a fe mía que no se hubiera librado Cardenio por loco!

—Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante a defender la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de pro y tan alta guisa como fue la reina Madasima, a quien yo tengo particular afición por sus buenas cualidades; porque, aparte de haber sido fermosa, además fue muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fue y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia. Y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y malintencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todos los que piensen y digan tal cosa.

—Ni yo lo digo ni lo pienso. Allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados o no, a Dios habrán dado la cuenta. De mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente. Cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Y aunque lo fuesen, ¿qué me va a mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay ni estacas. Pero ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más, que también de Dios dijeron.

—¡Válgame Dios, Sancho, y qué de necedades vas ensartando! ¿Qué tiene que ver lo que tratamos con los refranes que ensartas? Por tu vida, Sancho, cállate, y de aquí en adelante ocúpate en espolear a tu asno, y deja de meterte en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago y haga va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando a un loco, al que, después de hallado, quizá le venga el deseo de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper del todo?

—Calla, te digo otra vez, Sancho. Porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, sino también el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en toda la tierra; y será tal, que he de poner con ella un broche de oro a todo aquello que puede hacer perfecto y

famoso a un caballero andante.

—¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? —preguntó Sancho Panza.

—No —respondió el de la Triste Figura—, aunque podría pasar con esta tirada de dados, que nos saliese azar y no fortuna; pero todo dependerá de tu diligencia.

—¿De mi diligencia?

—Sí, porque si vuelves pronto de donde pienso enviarte, pronto se acabará mi pena y pronto comenzará mi gloria. Y porque no está bien que te tenga más en suspenso, esperando en qué ha de parar mi razonamiento, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien «fue uno»: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que digan que se le igualaron en algo, porque se engañan, tenlo por seguro. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere hacerse famoso en su arte procura imitar los originales de los más únicos pintores que conoce, y esta misma regla rige para la mayoría de los cargos importantes que sirven para adorno de las repúblicas, y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sacrificio, como también nos mostró Virgilio en la persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos ni descubriéndolos como ellos fueron, sino como debían ser, para dejar el ejemplo de sus virtudes a los hombres venideros. De esta misma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los caballeros valientes y enamorados, a quien debemos de imitar todos aquellos que militamos debajo de la bandera del amor y de la caballería. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imite más cerca estará de alcanzar la perfección de la caballería. Y una de las cosas en que este caballero mostró más su prudencia, valor, valentía, sacrificio, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre por el de Beltenebros, el Bello Tenebroso, nombre por cierto significativo y apropiado para la vida que él había decidido llevar. Así que me es a mí más fácil imitarlo en esto, que no en partir gigantes por la mitad, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, aniquilar armadas y deshacer encantamientos. Y pues estos lugares son tan apropiados para semejantes efectos, no hay por qué dejar pasar la ocasión que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

—En resumidas cuentas —dijo Sancho—, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en un lugar tan remoto como este?

—¿No acabo de decirte que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí el desesperado, el agitado y el furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó

casas, arrastró yeguas e hizo otras cien mil cosas insólitas dignas de eterno renombre y escritura? Y de Roldán, Orlando o Rotolando, que estos tres nombres tenía, aunque no pienso imitar una por una todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pueda de las que me parezcan que son más esenciales. Y podría ser que viniese a contentarme solo con la imitación de Amadís, que sin hacer locuras nocivas, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Me da a mí —dijo Sancho— que a los caballeros que hicieron eso los provocaron y tuvieron una razón para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué razón tiene para volverse loco? ¿Qué dama lo ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?

—Ahí está el punto —respondió don Quijote— y esa es la fineza de mi negocio, que volverse loco con razón un caballero andante, ni gusto ni mérito: el toque está en desatinar sin venir a cuento y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué no haré en mojado? Cuanto más, que harta razón tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso, que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan feliz y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta que tú vuelvas con la respuesta de una carta que pienso enviar contigo a mi señora Dulcinea; y si fuese tal como a mi fidelidad se le debe, se acabará mi locura y mi penitencia; y si fuese al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada. Así que de cualquier manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejes, gozando el bien que me traigas, por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportes, por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que lo alzaste del suelo cuando aquel desagradecido lo quiso hacer pedazos pero no pudo, donde se puede pulsar la fineza de su temple?

—Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura —respondió Sancho—, que no puedo sufrir ni llevar con paciencia algunas cosas que dice vuestra merced, y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, o patraña, o como se diga. Porque quien oiga decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en más de cuatro días, ¿qué ha de pensar sino que quien dice y afirma tal cosa debe de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y la llevo para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me concede la gracia de verme algún día con mi mujer e hijos.

—Mira, Sancho, por el mismo que acabas de jurar, te juro que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Es posible que en todo lo que llevas andado conmigo no hayas reparado en que todas las cosas de los caballeros

andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que están todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que mudan y truecan todas nuestras cosas, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos; y así, eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa. Y fue rara providencia del mago que está de mi parte hacer que parezca bacía a todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, porque siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría para quitármelo, pero como ven que no es más que un bacín de barbero, no se molestan en conseguirlo, como se mostró bien en el que quiso romperlo y lo dejó en el suelo sin llevarlo, que de verdad que si lo hubiese reconocido, nunca él lo habría dejado. Guárdalo, amigo, que por ahora no lo he menester, que antes me tengo que quitar todas estas armas y quedar desnudo como cuando nací, si es que decido seguir en mi penitencia más a Roldán que a Amadís.

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y se extendía a la redonda un prado tan verde y placentero, que daba contento a los ojos que lo miraban. Había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así, en cuanto lo vio comenzó a decir en voz alta, como si estuviera sin juicio:

—Este es el lugar, oh cielos, que destino y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas de este pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán sin cesar las hojas de estos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que padece mi asendereado corazón. ¡Vosotros, quienes quiera que seáis, rústicos dioses que tenéis vuestra morada en este inhabitable lugar!, oíd las quejas de este desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Vosotras, ninfas de los bosques, que tenéis por costumbre habitar en las espesuras de los montes!, así los ligeros y lascivos sátiros, de quienes sois en vano amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudéis a lamentar mi desventura, o al menos no os canséis de oírla. ¡Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura!, que el cielo te la dé buena en todo cuanto le pidas, que consideres el lugar y el estado a que me ha conducido tu ausencia, y que con buen término correspondas al que se le debe a mi fidelidad ¡Solitarios árboles, que de hoy en adelante vais a hacer compañía a mi soledad!, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas de que no os desagrada mi presencia. ¡Y tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos!, toma bien en la memoria lo que aquí me veas hacer, para que lo cuentes y recites a la única causante de todo ello.

Y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dijo:

—Libertad te da el que sin ella queda, oh caballo, tan extremado por tus obras como desdichado por tu suerte. Vete por donde quieras, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que le costó tan caro a Bradamante.

—Bendito sea —dijo Sancho viendo lo que hacía don Quijote quien nos quitó ahora el trabajo de desenalbardar al rucio, que de verdad que no habrían faltado palmadicas que darle, ni cosas que decirle en su alabanza; pero si estuviera él aquí, no consentiría yo que nadie lo desalbardara, pues no haría falta, ya que ni estaba enamorado ni desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, cuando Dios quería. Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, será mejor tornar a ensillar a Rocinante, para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo a mi ida y vuelta; que si la hago a pie, no sé cuándo llegaré, ni cuándo volveré, porque, en verdad, soy mal caminante.

—Digo, Sancho, que sea como tú quieras, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí a tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que hago y digo por ella, para que se lo digas.

—¿Y qué más tengo que ver que lo que he visto?

—¡No te enteras! —dijo don Quijote—. Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas de este jaez, que te han de admirar.

—Por amor de Dios, mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, no sea que llegue a tal peña y en tal punto que con la primera se acabe la traza de esta penitencia; y sería yo del parecer que, ya que a vuestra merced le parece que aquí son necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa aparente y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, o en alguna cosa blanda, como algodón; y déjeme a mí el encargo, que yo diré a mi señora que vuestra merced se las daba en la punta de una peña, más dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intención, Sancho amigo, pero te quiero hacer sabedor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, bajo pena de relapsos, y el hacer una cosa por otra es lo mismo que mentir. Así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que tengan nada de sofísticas ni fantásticas. Y será necesario que me dejes algunas vendas para curarme, ya que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fue perder el asno, pues se perdieron con él las vendas y todo. Y le ruego a vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que con solo oírlo mentar se me revuelve no ya el estómago, sino el alma. Y más le ruego: haga cuenta que han pasado ya los tres días que me ha dado de plazo para ver las locuras que

hace, que ya las doy por vistas y por pasadas y rematadas, y diré maravillas a mi señora; y escriba la carta y despácheme pronto, porque tengo gran deseo de volver a sacar a vuestra merced de este purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio lo llamas, Sancho? Mejor harías llamándolo infierno, y aún peor, si hay otra cosa que lo sea.

—Quien tiene infierno, *nula es retencio*, según he oído decir.

—No entiendo qué quiere decir *retencio* —dijo don Quijote.

—*Retencio* es —respondió Sancho— que quien está en el infierno nunca sale de él, ni puede. Lo cual será al revés en vuestra merced, o a mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar a Rocinante. Y póngame yo primero de todo en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras, que todas son unas, que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la voy a poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque, y con su respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo y sacaré a vuestra merced de este purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir de él, esperanza que, como tengo dicho, no tienen los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced diga otra cosa.

—Esa es la verdad —dijo el de la Triste Figura—, pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca también —añadió Sancho.

—Todo irá inserto; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacían los antiguos, en hojas de árboles o en unas tablillas de cera, aunque tan difícil será que se halle eso ahora como el papel. Pero ya me ha venido a la memoria dónde estará bien, y aún más que bien, escribirla, que es en el librito de notas que fue de Cardenio, y tú te ocuparás de hacerla copiar en papel, con buena letra, en el primer pueblo que halles donde haya maestro de escuela; o si no, cualquier sacristán te la copiará; pero no se la des a copiar a ningún escribano, que tienen una letra procesal que no la entiende ni Satanás.

—Pero ¿y qué hacemos con la firma? —preguntó Sancho.

—Las cartas de Amadís nunca se firmaban.

—Está bien —dijo Sancho—, pero la cédula o libranza de los pollinos forzosamente se ha de firmar, y esa, si se copia, dirán que la firma es falsa y me quedaré sin ellos.

—La libranza irá firmada en el mismo librito, y en cuanto la vea mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplirla. Y en lo que toca a la carta de amores, pondrás por firma: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y no ha visto en toda su vida letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar. Y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que hace que la quiero más que a la lumbre de estos ojos que se ha de comer la tierra, no

la he visto cuatro veces, y aun puede ser que de estas cuatro veces no haya ella advertido que la miraba ni una: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—¡Cómo! —dijo Sancho—. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, también llamada Aldonza Lorenzo?

—La misma, y es la que merece ser señora de todo el universo.

—La conozco bien —dijo Sancho—, y sé decir que lanza el fierro en el juego de la barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador que es moza con arrestos, hecha y derecha y de pelo en pecho! Y que puede sacar de cualquier aprieto al caballero andante o por andar que la tenga por señora. ¡Hijaputa, y qué redaños tiene, y qué voz! Solo diré que se puso un día en el campanario de la aldea a llamar a unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban a más de media legua de allí, la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: bromea con todos y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justa razón puede desesperarse y ahorcarse, que no habrá nadie que lo sepa que no diga que demasiado bien hizo, aunque lo lleve el diablo. Y querría ya verme en camino, solo por verla, que hace mucho que no la veo y debe de estar cambiada, porque andar siempre en el campo, al sol y al aire gasta mucho la faz de las mujeres. Y confieso a vuestra merced una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una gran ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, tanto el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que ha debido enviar, conforme a las muchas victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué le importará a la señora Aldonza Lorenzo, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, que se le vayan a hincar de rodillas delante de ella los vencidos que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen ella estuviese rastrillando lino o trillando en las eras, y ellos se avergonzasen de verla, y ella se riese o se tomase a mal la ofrenda.

—Ya te tengo dicho muchas veces antes de ahora, Sancho, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio romo, muchas veces te pasas de agudo. Pero para que veas qué necio eres tú y qué prudente soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Verás: Una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un fraile mozo, rollizo y de buen lomo. Llegó a enterarse su superior, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprensión: “Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan simple como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos licenciados y

tantos teólogos, entre quienes vuestra merced hubiese podido escoger como entre peras, y decir: Este quiero, este no quiero”. Pero ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: “Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal a fulano, por simple que le parezca, pues para lo que yo lo quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles”. Así que, Sancho, para lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí: no todos los poetas que alaban a damas con el nombre que ellos les ponen a su antojo las tienen de verdad. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fílidas y otras muchas de las que están llenos los libros, los romances, las barberías, los teatros de las comedias, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? Desde luego que no, sino que la mayoría se las fingen por darles un tema a sus versos, y para que los tengan por enamorados y por hombres que tienen valía para serlo. Y así, a mí me basta pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje, importa poco, que no van a ir a informarse sobre él para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama. Y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna la iguala, y en la buena fama pocas le llegan. Y, para concluir con esto, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y la pinto en mi imaginación como la deseo, tanto en la belleza como en lo principal, y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni ninguna otra de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada cual lo que quiera; y si por esto fuese reprendido por los ignorantes, no seré castigado por los rigurosos.

—Vuestra merced tiene razón en todo —dijo Sancho— y yo soy un asno. Pero no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y adiós, que me largo.

Sacó el libro de notas don Quijote, y apartándose a una parte, comenzó con mucho sosiego a escribir la carta, y al acabarla llamó a Sancho y le dijo que se la quería leer para que se la aprendiese de memoria, por si acaso se le perdía por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. A lo cual respondió Sancho:

—Escríbala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro, y démelo, que yo lo llevaré bien guardado. Porque pensar que tengo que aprendérmela de memoria es disparate, pues la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero, con todo, dígamela vuestra merced, que me gustará mucho oírla, que debe de ir como de molde.

—Escucha, pues:

»Soberana y alta señora: El ferido por punta de ausencia y el llagado en las entretelas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la

salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no me ampara, si tus desdenes nacen de mi aflicción, por mucho que yo sea harto sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo en que quedo por tu causa. Si gustases socorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que más gusto te dé, que con acabar mi vida habré satisfecho tu crueldad y mi deseo. Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura».

—¡Por vida de mi padre —dijo Sancho tras oír la carta— que es la más alta cosa que jamás he oído! ¡Madre mía, y cómo le dice vuestra merced ahí todo lo que quiere, y qué bien encaja en la firma «El Caballero de la Triste Figura»! De verdad le digo que es vuestra merced el mismo diablo y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester —respondió don Quijote— para el oficio que traigo.

—Ea, pues —dijo Sancho—, ponga vuestra merced por detrás la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, para que la conozcan al verla.

—Con sumo gusto —dijo don Quijote.

Y después de escrita se la leyó, y decía así:

«Mandará vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa a cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veintidós de agosto de este presente año».

—Buena está —dijo Sancho—, fírmela vuestra merced.

—No es menester firmarla —dijo don Quijote—, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trescientos, sería de sobra.

—Yo me fío de vuestra merced. Déjeme, iré a ensillar a Rocinante, y prepárese vuestra merced para echarme su bendición, que pienso partirme ahora, sin ver las sandeces que vuestra merced va a hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera más.

—Por lo menos, quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, para que, habiéndolas tú visto con tus ojos, puedas jurar sin que te pese sobre las demás que quieras añadir; y te aseguro que no dirás tú tantas como las que yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que

me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar, y con la cabeza como la tengo, del llanto que me entró anoche por el rucio, no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vengan más a cuento. Cuanto más, que para mí no era menester nada de eso y, como ya tengo dicho, sería ahorrar el camino de mi vuelta, que será con las nuevas que vuestra merced desea y merece. Y si no, prepárese la señora Dulcinea, que si no responde como es razón, hago voto solemne a Dios que le voy a sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones. Porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una…? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que voy a empezar a despotricar y echarlo todo a perder. ¡Bonico soy yo para eso! ¡Mal me conoce! ¡Pues lo cierto es que si me conociese, me tendría un respeto!

—En verdad, Sancho, que, por lo que se ve, no estás tú más cuerdo que yo.

—Tan loco no, pero sí más colérico. Pero, dejando esto aparte, ¿qué es lo que va a comer vuestra merced hasta que yo vuelva? ¿Va a salir al camino, como Cardenio, a quitárselo a los pastores?

—No te dé pena ese cuidado —dijo don Quijote—, porque, aunque tuviera, no comería otra cosa que las hierbas y frutos que este prado y estos árboles me den, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.

—Adiós, pues. Pero ¿sabe vuestra merced qué temo? Que no acierte a volver a este lugar donde ahora le dejo, según está de escondido.

—Toma bien las señas —dijo don Quijote—, que yo procuraré no apartarme de estos contornos, y aun procuraré subirme por esos riscos más altos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Aunque lo mejor y más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que hay por aquí y las vayas poniendo de trecho a trecho, a imitación del hilo del laberinto de Perseo, hasta salir a lo raso, que te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas.

—Así lo haré.

Y cortando algunas, pidió la bendición a su señor, y con no pocas lágrimas de los dos, se despidió de él. Y subiendo sobre Rocinante, tras encomendárselo mucho don Quijote para que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho en trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado. Y así se fue, aunque todavía le importunaba don Quijote para que le viese siquiera hacer dos locuras. Pero cuando apenas llevaba andados cien pasos, se volvió y dijo:

—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, estaría bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decía yo? —dijo don Quijote—. Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y quitándose a toda prisa los calzones, quedó en cueros con solo una camisa, y a continuación, sin más ni más, dio dos zapatetas en el aire y dos volteretas con la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así, le dejaremos ir a su camino, hasta la vuelta, que fue breve.

CAPÍTULO XXVI

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS DE ENAMORADO QUE HIZO DON QUIJOTE EN SIERRA MORENA

Y volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura desde que se vio solo, dice la historia que en cuanto don Quijote acabó de dar las tumbas o volteretas de la mitad para abajo desnudo y de la mitad para arriba vestido, y que vio que Sancho se había ido sin querer aguardar a ver más sandeces, se subió a la punta de una alta peña y allí tornó a pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse resuelto jamás a ello, y era que qué sería mejor y le estaría más a cuento: ¿imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, o a Amadís en las melancólicas? Y hablando para sí decía:

—Si Roldán fue tan buen caballero y tan valiente como dicen todos, ¿a qué maravillarse, pues al fin y al cabo había sido encantado, y no lo podía matar nadie si no era metiéndole un alfiler de una cuarta por la planta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro? Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y lo ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía aparte, vengamos a lo de perder el juicio, que es cierto que lo perdió, por las señales que halló en la fontana, y por las nuevas que le dio el pastor de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos rizados y paje de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad y que su dama lo había afrentado, no fue mucho volverse loco. Pero yo, ¿cómo puedo imitarlo en las locuras si no lo imito en la causa de ellas? Porque osaré yo jurar que mi Dulcinea del Toboso no ha visto en todos los días de su vida un moro, tal y como visten ellos, y se conserva ella todavía como la madre que la parió. Y le haría agravio manifiesto si imaginando otra cosa de ella me volviese loco con aquel género de locura de Roldán el furioso. Por otra parte, veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más, porque lo que hizo, según su historia, fue que, al verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no compareciese ante ella hasta que se lo ordenase, se retiró a la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar y de encomendarse a Dios, hasta que el cielo le socorrió en medio de su mayor aflicción y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo molestarme ahora en desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos árboles, que no me han hecho mal alguno? Ni tengo

por qué enturbiar el agua clara de estos arroyos, que me han de dar de beber cuando tenga gana. ¡Viva la memoria de Amadís, y sea imitado por don Quijote de la Mancha en todo lo que pueda! De él se dirá lo que del otro se dijo: que si no acabó grandes cosas, murió por acometerlas. Y si yo no soy desechado ni desdeñado por Dulcinea del Toboso, bástame, como ya he dicho, estar ausente de ella. Ea, pues, manos a la obra: venid a mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo que comenzar a imitaros. Aunque ya sé que lo que él hizo más fue rezar y encomendarse a Dios; pero ¿y con qué voy a hacer un rosario, si no lo tengo?

En esto se le ocurrió cómo lo haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y le hizo once nudos, el del padrenuesto más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, en el que rezó un millón de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse. Y así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos en consonancia con su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea. Pero los que se pudieron hallar completos y que se pudiesen leer cuando lo hallaron allí a él no fueron más que estos que aquí se ponen:

Árboles, hierbas y plantas
que en este lugar estáis,
tan altos, verdes y tantas,
si en mi mal no os alegráis,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues, por pagar lo que os debo,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar donde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha llegado a tanto mal
sin saber cómo o por dónde.
Tirole amor un derrote,
que es de muy mala ralea;
y así, hasta llenar un pote,
aquí lloró don Quijote

ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras,
hiriole amor con su azote,
no con su blanda correa;
y, en tocándole el cogote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los referidos versos la añadidura «del Toboso» al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote que si nombrando a Dulcinea no decía también «del Toboso», no se podría entender la copla; y así fue, como él después confesó. Otros muchos escribió, pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más que estas tres coplas. En esto y en suspirar y en llamar a los faunos y silvanos de aquellos bosques, a las ninfas de los ríos, a la triste y lacrimógena Eco, para que le respondiese esta, lo consolasen aquellas y escuchasen los otros, se entretenía, y en buscar algunas hierbas con que sustentarse en tanto volvía Sancho; que si en vez de tardar tres días, hubiera tardado tres semanas, el Caballero de la Triste Figura habría quedado tan desfigurado que no lo hubiese conocido la madre que lo parió.

Y estará bien dejarlo envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le sucedió a Sancho Panza en su embajada. Y fue que saliendo al camino real se puso en busca del Toboso, y llegó al día siguiente a la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta, y apenas la hubo visto, cuando le pareció que otra vez andaba por los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a una hora en que lo hubiera podido y debido hacer, por ser la de comer y llevar ganas de gustar algo caliente, que hacía muchos días que todo era fiambre.

Esta necesidad le forzó a llegar junto a la venta, todavía dudoso si entraría o no. Y estando en esto salieron de la venta dos personas que al momento lo reconocieron, y dijo el uno al otro:

—Dígame, señor licenciado: ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor como escudero?

—El mismo —dijo el licenciado—, y aquel es el caballo de nuestro don Quijote.

Y lo reconocieron tan bien porque aquellos eran el cura y el barbero de su mismo

pueblo, y los que hicieron el escrutinio y auto de fe de los libros. Así que, en cuanto acabaron de reconocer a Sancho Panza y a Rocinante, deseosos de saber de don Quijote, se fueron a él, y el cura lo llamó por su nombre:

—Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Los reconoció al punto Sancho Panza y decidió encubrir el lugar y la suerte donde y como quedaba su amo, y así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, que él no podía descubrir, ni por los ojos que tenía en la cara.

—No, no —dijo el barbero—, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos lo habéis muerto y robado, pues venís en su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, o aquí se va a armar la marimorena.

—Conmigo nada de amenazas, que yo no soy hombre que robe ni mate a nadie: a cada uno mate su ventura, o Dios que lo hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad de esta sierra, muy a su sabor.

Y luego, de corrido y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido y cómo llevaba la carta a la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados.

Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabían la locura de don Quijote y el género de ella, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Le pidieron a Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba a la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un librito de notas y que era orden de su señor que la hiciese trasladar a papel en el primer lugar que llegase. Dijo entonces el cura que se la mostrase, que él la trasladaría con muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito, pero no lo halló, ni lo hallaría aunque siguiera buscándolo hasta hoy, porque se había quedado don Quijote con él y no se lo había dado, ni a él se le acordó de pedírselo.

Cuando Sancho vio que no hallaba el libro, se le fue poniendo cara de muerto; y volviéndose a tentar todo el cuerpo muy deprisa, volvió a advertir que no lo hallaba, y de repente se echó los dos puños a las barbas y se arrancó la mitad de ellas, y luego se dio media docena de frenéticas puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se trataba.

—¿Qué me va a suceder? —respondió Sancho—. Que se me han ido de las manos, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo.

—¿Cómo es eso? —replicó el barbero.

—He perdido el libro de notas —respondió Sancho— donde venía la carta para Dulcinea y una cédula firmada por mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro o cinco que estaban en casa.

Y con esto les contó la pérdida del rucio. Le consoló el cura, y le dijo que en cuanto hallara a su señor él le haría ratificar la orden y que volviese a hacer de nuevo

la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de notas jamás se aceptaban ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que si eso era así, no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, y se podría copiar donde y cuando quisiesen.

—Decidla, Sancho, pues —dijo el barbero—, que después la trasladaremos.

Se paró Sancho Panza a rascarse la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie, ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos a los que esperaban que la dijese ya, dijo al cabo de grandísimo rato:

—Por Dios, señor licenciado, que los diablos se lleven lo que recuerdo de la carta, aunque al comienzo decía: «Alta y sobajada señora».

—No diría *sobajada*, sino sobrehumana o soberana señora —dijo el barbero.

—Eso es —dijo Sancho—. Luego proseguía, si mal no me acuerdo: «El lego y falto de sueño, y el herido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa», y no sé qué decía de salud y de enfermedad que le enviaba, y por ahí iba discurriendo, hasta que acababa en un «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura».

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y se la alabaron mucho y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para aprenderla ellos también de memoria y copiarla a su tiempo. La tornó a decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió a decir otros tres mil disparates. Tras esto, contó asimismo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta en la cual rehusaba entrar. Dijo también que su señor, en cuanto le llevara una respuesta favorable de la señora Dulcinea del Toboso, se iba a poner en camino para ver cómo podía ser emperador, o por lo menos monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir a serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en cuanto lo fuese iba a casarlo a él, porque ya sería viudo, como no podía ser menos, y le iba a dar por mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y gran estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería.

Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarlo del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarlo en él, y a ellos les sería de más gusto oír sus necedades. Y así, le dijeron que rogase a Dios por la salud de su señor, que era cosa posible y muy factible llegar a ser en el transcurso del tiempo emperador, como él decía, o por lo menos arzobispo u otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho:

—Señores, si la fortuna cambiase las cosas de manera que a mi amo le diese por

no ser emperador, sino arzobispo, querría yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes a sus escuderos.

—Les suelen dar —respondió el cura— algún beneficio simple o mayor, o alguna sacristanía, que les rente mucho, amén de lo que saquen en misas, que se suele estimar en otro tanto.

—Para eso sería menester —replicó Sancho— que el escudero no estuviese casado y que al menos supiese ayudar a misa; y si esto es así, ¡desdichado yo, que estoy casado y no sé la primera letra del abecé! ¿Qué será de mí si a mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengáis pena, Sancho amigo —dijo el barbero—, que aquí rogaremos a vuestro amo, y se lo aconsejaremos y aun se lo pondremos como caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, a causa de que él es más valiente que estudiante.

—Así me ha parecido a mí —respondió Sancho—, aunque sé decir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer por mi parte es rogarle a Nuestro Señor que lo guíe adonde más le convenga a él y adonde a mí más mercedes me haga.

—Vos lo decís como juicioso —dijo el cura— y lo haréis como buen cristiano. Pero lo que ahora se tiene que hacer es dar orden de cómo sacar a vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y pensar el modo en que tenemos que proceder, y para comer, que ya es hora, estaría bien que nos entrásemos en esta venta.

Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que después les diría la causa porque no entraba ni le convenía entrar en ella, pero les rogó que le sacasen allí algo de comer que fuese cosa caliente, y también cebada para Rocinante. Ellos se entraron y lo dejaron, y de allí a poco el barbero le sacó de comer. Después, habiendo pensado mucho entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, tuvo el cura una idea muy a propósito del gusto de don Quijote y para lo que ellos querían. Y fue que dijo al barbero que lo que había pensado era que él se vestiría en traje de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde estaba don Quijote, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, que él, como valeroso caballero andante, no podría dejárselo de otorgar; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella adonde ella lo llevase, a deshacerle un agravio que le tenía hecho un mal caballero; y que le suplicaba asimismo que no le mandase quitar su antifaz, ni le pidiese explicaciones, hasta que la hubiese desagraviado de aquel mal caballero. Y que el barbero podía estar seguro que don Quijote se avendría en todo cuanto le pidiese sobre ese asunto, y que de esta manera lo sacarían de allí y lo llevarían a su pueblo, donde procurarían ver si su extraña locura tenía algún remedio.

CAPÍTULO XXVII

DE CÓMO SE SALIERON CON LA SUYA EL CURA Y EL BARBERO, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE CONTARSE EN ESTA GRAN HISTORIA

No le pareció mal al barbero la invención del cura, sino tan bien, que inmediatamente la pusieron en práctica. Le pidieron a la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prenda una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba con una cola de buey entre rucia y roja en la que el ventero tenía puesto el peine. Les preguntó la ventera para qué le pedían aquellas cosas. El cura le contó en breves palabras la locura de don Quijote y cómo convenía aquel disfraz para sacarlo de la montaña donde estaba a la sazón. Cayeron inmediatamente en la cuenta el ventero y la ventera de que el loco era su huésped, el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que les había pasado con él, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En fin, la ventera vistió al cura que había que verlo. Le puso una saya de paño, llena de franjas de terciopelo negro de un palmo de ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer, ellos y la saya, en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le pusieran una toca, y se puso en la cabeza un birretillo de lienzo acolchado que llevaba para dormir de noche, y se ciñó por la frente una liga de tafetán negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro. Se encasquetó su sombrero, que era tan grande que le podía servir de quitasol, y cubriéndose con su herreruelo, se subió en su mula a mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba a la cintura, entre roja y blanca, que era aquella que hicieron, como se ha dicho, con la cola de un buey barroso.

Se despidieron de todos, y de la buena de Maritornes, que prometió rezar un rosario, aunque pecadora, para que Dios les diese buen término en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habían emprendido.

Pero apenas salieron de la venta, le vino al cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero, le rogó que cambiasen los trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría de escudero, y que así se profanaba menos su dignidad; y que si no lo quería hacer, estaba decidido a no seguir adelante, aunque a don Quijote se lo llevase el diablo.

En esto llegó Sancho, y al ver a los dos con aquellos trajes no pudo contener la risa. Al final, el barbero se avino a todo aquello que quiso el cura, y trocando la invención, el cura le fue informando de lo que tenía que hacer y las palabras que tenía que decir a don Quijote para convencerlo y forzarlo a que se viniese con él y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que no hacía falta aquella lección, que él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse de momento, hasta que estuviesen cerca de donde estaba don Quijote, y así, dobló sus vestidos, y el cura se puso su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, quien les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo, sin embargo, el hallazgo de la maleta y de cuanto venía en ella, que, aunque tonto, era un poco codicioso el mancebo.

Al día siguiente llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde había dejado a su señor, y, al reconocerlo, les dijo que aquella era la entrada y que se podían vestir ya, si aquello convenía a la libertad de su señor: porque ellos le habían dicho antes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era de la mayor importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encarecían que no dijese a su amo quiénes eran ellos, ni que los conocía; y que si le preguntaba, como se lo iba a preguntar, si le había dado la carta a Dulcinea, dijese que sí, y que, al no saber leer, le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de retirarle su favor, que se viniese inmediatamente a verse con ella, pues era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenían por cosa segura reducirlo a mejor vida y hacer con él que se pusiese inmediatamente en camino para ir a ser emperador o monarca, que en lo de ser arzobispo no había de qué temer.

Todo lo escuchó Sancho, y lo guardó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar a su señor que fuese emperador, y no arzobispo, porque él tenía para sí que para hacer mercedes a sus escuderos más podían los emperadores que los arzobispos andantes. También les dijo que sería mejor que él se adelantara a buscarlo y darle la respuesta de su señora: quizá bastaría para sacarlo de aquel lugar, sin que ellos se tomasen tanto trabajo. Les pareció bien lo que Sancho Panza decía, y así, decidieron aguardarlo hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Se entró Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando a los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, al que hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el día que allí llegaron eran de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande; la hora, las tres de la tarde: todo esto hacía el sitio más agradable, y que convidase a que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando, pues, los dos allí sosegados y a la sombra, llegó a sus oídos una voz, que, sin acompañarla son de ningún otro instrumento, sonaba dulce y regaladamente, de lo que se admiraron no poco, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese

haber quien cantase tan bien. Porque aunque suele decirse que por los bosques y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son exageraciones de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de gentiles cortesanos. Y confirmó esta verdad el que los versos que oyeron fueran estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los celos.
Y ¿quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo, en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
Y ¿quién mi gloria importuna?
Fortuna.
Y ¿quién consiente en mi duelo?
El cielo
De ese modo, yo recelo
morir de este mal extraño,
pues se aumentan en mi daño,
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor, ¿quién lo alcanza?
Mudanza.
Y sus males, ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causaron admiración y contento en los dos oyentes, y se estuvieron quedos, esperando oír alguna otra cosa; pero viendo que duraba bastante el silencio, decidieron salir a buscar al músico que cantaba con tan buena voz. Y al ir a ponerlo en efecto, la misma voz hizo que no se moviesen, y llegó de nuevo a sus oídos, cantando este soneto:

Santa amistad, que con ligeras alas,
tu apariencia quedándose en el suelo,
entre benditas almas, en el cielo,
subiste alegre a las celestes salas,
desde allá, cuando quieres, nos señalas
la justa paz cubierta con un velo,
por quien a veces se trasluce el celo
de buenas obras que, al final, son malas.
Deja el cielo, ¡oh amistad!, o no permitas
que el engaño se vista tu librea,
con que destruye a la intención sincera;
que si tus apariencias no le quitas,
presto ha de verse el mundo en la pelea
de la discorde confusión primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos volvieron a esperar con atención si cantaba más; pero viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, decidieron saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando, al doblar la punta de una peña, vieron a un hombre del mismo talle y figura que les había pintado Sancho Panza cuando les contó el cuento de Cardenio. Este, al verlos, estuvo quedo sin sobresaltarse, con la cabeza inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos ni mirarlos más que en el primer momento, cuando llegaron de improviso.

El cura, que era hombre que hablaba bien, y teniendo ya noticia de su desgracia, pues por las señas lo había conocido, se llegó a él, y con breves aunque muy juiciosas razones le rogó y aconsejó que dejase aquella vida tan miserable, para que no la perdiese allí, pues sería la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan a menudo le sacaba de sí mismo; y así, viendo a los dos en traje tan distinto de los que andaban por aquellas soledades, no dejó de admirarse un tanto, y más cuando oyó que le habían hablado de su caso como de algo sabido (porque las palabras que el cura le dijo así lo dieron a entender); y así, respondió de esta manera:

—Bien veo yo, señores, quienesquiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas veces, me envía, sin yo merecerlo, a estos lugares tan remotos y apartados del trato común de las gentes, a algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuán sin ella ando haciendo la vida que hago, han procurado sacarme de esta a mejor parte; pero como no saben que yo sé que saliendo de este daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flaco entendimiento, y aun, lo que sería peor, por alguien de ningún juicio. Y no sería maravilla que así fuese, porque a mí se me trasluce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición, que, sin que yo pueda hacer nada para estorbarlo, vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo a caer en la cuenta de esta verdad cuando algunos me dicen y muestran las pruebas de las cosas que he hecho cuando se adueña de mí aquel terrible accidente, y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa de ellas a cuantos quieren oírla; porque viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dan remedio, al menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la misma intención que han venido otros, antes que sigáis con vuestras juiciosas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento de mis desventuras, que es el de nunca acabar, porque quizá después de entendido ahorraréis el trabajo que tomaréis en consolar un mal que es incapaz de todo consuelo.

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole no hacer otra cosa para su remedio o consuelo que la que él quisiese. Y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia, casi con las mismas palabras y pasos que la había contado a don Quijote y al cabrero pocos días atrás, cuando, por culpa del maestro Elisabat y lo puntilloso de don Quijote en guardar las formas de la caballería, se quedó el cuento a medias, como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuviera el accidente de la locura y le dio lugar a contarlo hasta el fin; y así, llegando al momento de la nota que había hallado don Fernando en el libro de *Amadís de Gaula,* dijo Cardenio que la tenía bien en la memo ria y que decía de esta manera:

«Cada día descubro en vos prendas que me obligan y fuerzan a que os estime en más; y así, si quisierais sacarme de esta deuda sin malbaratarme la honra, lo podréis hacer muy bien. Tengo un padre, que os conoce y que me quiere bien, y él, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que sea justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo».

—Por esta nota me decidí a pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y esta fue por la que Luscinda quedó en opinión de don Fernando como una de las

más discretas y avisadas mujeres de su tiempo; y esta nota fue la que le despertó el deseo de destruirme antes que se efectuase el mío. Le dije yo a don Fernando los reparos que ponía el padre de Luscinda, que eran que mi padre se la pidiese, cosa que yo no le osaba decir, temeroso de que no se avendría a ello, no porque no conociera de sobra la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía cualidades suficientes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque me parecía que él deseaba que no me casase tan pronto, hasta ver lo que hacía el duque Ricardo conmigo. Al final, le dije que no me aventuraba a decírselo a mi padre, tanto por aquel inconveniente como por otros muchos que se me venían a la cabeza, sin saber cuáles eran, ya que me parecía que lo que yo desease jamás iba a tener efecto.

»A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaría de hablar a mi padre y hacer que él hablase al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso, oh Catilina cruel, oh Sila facineroso, oh Galalón embustero, oh Vellido traidor, oh Julián vengativo, oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deslealtades te había hecho este pobre hombre que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿Qué ofensa te hice? ¿Qué palabras te dije, o qué consejos te di, que no estuviesen todos encaminados a acrecentar tu honra y tu provecho? Pero ¿de qué me quejo, desventurado de mí, siendo cosa cierta que cuando el curso de las estrellas trae las desgracias, como nos vienen de lo alto, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que pueda prevenirlas? ¿Quién hubiera podido imaginar que don Fernando, caballero ilustre, cabal, en deuda por mis servicios, con poder para alcanzar lo que le pidiese el deseo amoroso dondequiera que lo asaltase, se había de enconar, como suele decirse, tomándome la única oveja que aún no poseía? Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y anudemos el roto hilo de mi desdichada historia.

»Decía, pues, que, pareciéndole a don Fernando que mi presencia le resultaba inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, decidió enviarme a pedirle a su hermano mayor unos dineros para pagar seis caballos, que compró a propósito, y solo con el fin de que me ausentase, para poder salirse mejor con su dañino intento, el mismo día que se ofreció a hablar a mi padre, y quiso que yo fuese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traición? ¿Pude por ventura caer en imaginarla? Desde luego que no; al contrario, me ofrecí con grandísimo gusto a partir sin pérdida de tiempo, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda y le dije lo que quedaba concertado con don Fernando, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan ignorante como yo de la traición de don Fernando, que procurase volver pronto, porque creía que la conclusión de nuestras voluntades no tardaría más de lo que tardase mi padre en hablar al suyo. No sé qué ocurrió, que al acabar de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba pronunciar ni una palabra de las muchas que me pareció que quería decirme. Quedé admirado de

este nuevo suceso, nunca visto en ella hasta entonces, porque las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía, siempre nos hablábamos con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el cielo por señora: enaltecía su belleza, y me admiraba de su valor y entendimiento. Me daba ella la réplica con creces, alabando en mí lo que, como enamorada, le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y sucesos de nuestros vecinos y conocidos, y a lo que más llegaba mi desenvoltura era a tomarle, casi a la fuerza, una de sus bellas y blancas manos y llegarla a mi boca según daba lugar la estrechez de una reja baja que nos separaba. Pero la noche que precedió al triste día de mi partida ella lloró, gimió y suspiró, y se fue, y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí a la fuerza del amor que me tenía y al dolor que suele causar la ausencia en los que se quieren mucho.

»En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que me mostraban el triste suceso y desventura que me estaban reservados. Llegué al pueblo donde se me enviaba, di las cartas al hermano de don Fernando, fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar ocho días, bien a mi disgusto, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto dinero sin su conocimiento, y todo fue invención del falso don Fernando, pues no le faltaban a su hermano dineros para despacharme entonces. Orden y mandato fue este que me puso en la tesitura de no obedecerlo, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en la ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, pese a esto, obedecí, como buen criado, aunque veía que había de ser a costa de mi salud.

»Pero, a los cuatro días de llegar allí, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dio, que en el sobrescrito vi que era de Luscinda, porque la letra era la suya. La abrí temeroso y con sobresalto, creyendo que lo que la había movido a escribirme estando ausente debía de ser algo muy importante, pues presente pocas veces lo hacía. Le pregunté al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino; me dijo que pasando por casualidad por una calle de la ciudad al mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha prisa le dijo: “Hermano, si sois cristiano, como parecéis, os ruego por amor de Dios que encaminéis sin tiempo que perder esta carta al lugar y a la persona que pone el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio a Nuestro Señor; y para que no os falten medios de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo”. Y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venían atados cien reales y esta sortija de oro que traigo aquí, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana, aunque antes vio que yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo

que me mandaba. Y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que erais vos a quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo por las lágrimas de aquella hermosa señora, decidí no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo a dárosla, y en dieciséis horas que hace que se me dio, he hecho el camino, que sabéis que es de dieciocho leguas.

»Mientras me decía esto el agradecido e improvisado correo, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podía sostenerme. En efecto, abrí la carta y vi que contenía estas palabras:

»La palabra que don Fernando os dio de hablar a vuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido más en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que lleva don Fernando, ha concedido lo que quiere, con tantas veras, que de aquí a dos días se va a hacer el desposorio, tan secreto y tan a solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cómo estoy yo, imaginadlo; si os importa venir, vedlo; y si os quiero mucho o no, el fin de este negocio os lo dará a entender. Quiera Dios que esta llegue a vuestras manos antes que la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la lealtad que promete».

»Estas, en suma, fueron las palabras que la carta contenía y las que me hicieron ponerme en camino de inmediato, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que entonces me di cuenta bien claro que lo que había movido a don Fernando a enviarme a su hermano no había sido la compra de los caballos, sino la de su gusto. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que había alcanzado con tantos años de servicios y deseos, me pusieron alas, pues, casi como en vuelo, al día siguiente estaba ya en mi pueblo, al punto y hora que convenía para ir a hablar a Luscinda. Entré en secreto y dejé la mula en la que venía en casa del buen hombre que me había llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé a Luscinda puesta a la reja testigo de nuestros amores. Me conoció Luscinda al momento, y la conocí yo, pero no como debía ella conocerme y yo conocerla. Pero ¿quién puede en el mundo alabarse de penetrar y comprender el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Nadie, desde luego.

»Digo, pues, que en cuanto Luscinda me vio me dijo: “Cardenio, estoy vestida de boda; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que lo serán de mi muerte antes que de mi desposorio. No te turbes, amigo, y procura hallarte presente en este sacrificio, que si no pudiese ser estorbado por mis razones, llevo escondida una daga que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin a mi vida y principio a que conozcas el amor que te

he tenido y tengo”. Yo le respondí turbado y deprisa, temeroso de no tener tiempo para responderle: “Hagan tus obras, señora, verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella o para matarme si la suerte nos fuese contraria”. No creo que llegase a oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban deprisa, ya que el desposado aguardaba. Se cerró con esto la noche de mi tristeza, se me puso el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba a entrar en su casa, ni podía moverme a ninguna parte; pero, considerando cuánto importaba mi presencia por lo que pudiese suceder en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa. Y como ya sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que andaba de secreto en ella, nadie llegó a verme; así que sin ser visto tuve tiempo de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que se cubría con las puntillas y remates de dos tapices, por entre las cuales podía yo ver sin ser visto todo cuanto se hacía en la sala. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dio el corazón mientras allí estuve, los pensamientos que se me ocurrieron, las consideraciones que hice? Fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun está bien que se digan. Basta que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos de diario que solía.

»Traía por padrino a un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera, aparte de los criados de casa. De allí a un rato salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien engalanada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana. Mi ensimismamiento y arrobo no dieron lugar a que mirase y notase en particular cómo iba vestida: solo pude advertir los colores, que eran encarnado y blanco, y los vislumbres que hacían las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido, a todo lo cual lo aventajaba la belleza singular de sus hermosos cabellos rubios, tales que, en competencia con las piedras preciosas y las luces de cuatro antorchas que estaban en la sala, ofrecían la suya a los ojos con más resplandor.

»¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me recuerdes y representes lo que hizo entonces, para que, movido de agravio tan manifiesto, procure, ya que no la venganza, al menos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece a mí que es digna de un largo discurso».

A esto le respondió el cura que no solo no se cansaban de oírlo, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la misma atención que lo principal del cuento.

—Decía, pues —prosiguió Cardenio—, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia, y cuando tomó a los dos por la mano para hacer lo que se requiere en

tal acto, al decir «¿Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, aquí presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?», yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices y con atentísimos oídos y el alma turbada me puse a escuchar lo que respondía Luscinda, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte o la confirmación de mi vida. ¡Ay, quién se hubiera atrevido a salir entonces, diciendo a voces!: «¡Ah Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú sí y el acabárseme la vida vendrá a ser todo en un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? ¡Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido!».

»¡Ah, loco de mí! ¡Ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo lo que tenía que haber hecho y no hice! ¡Ahora que me dejé robar mi amada prenda, maldigo al robador, de quien hubiera podido vengarme si hubiera tenido corazón para ello, como lo tengo para quejarme! En fin, ya que fui entonces cobarde y necio, tampoco es mucho que muera ahora avergonzado, arrepentido y loco.

»Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen rato en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse o desataba la lengua para decir alguna verdad o desengaño que redundase en mi provecho, oigo que dice con voz desmayada y flaca "Sí quiero", y lo mismo dijo don Fernando; y dándole el anillo, quedaron ligados en indisoluble nudo. Se acercó el desposado a abrazar a su esposa, y ella, poniéndose la mano sobre el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre.

»Sobra ahora decir cómo quedé yo, viendo burladas mis esperanzas en el sí que había oído, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar jamás el bien que había perdido en aquel instante: quedé falto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros y el agua humor para mis ojos; solo el fuego se acrecentó, de tal manera, que todo yo ardía de rabia y de celos.

»Se alborotaron todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó de inmediato y se puso a leerlo a la luz de una de las antorchas; y al acabar de leerlo, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir a los remedios que se hacían a su esposa para que volviese del desmayo.

»Yo, viendo alborotada a toda la gente de la casa, me aventuré a salir, a despecho de que me vieran, decidido, si me veían, a hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera a entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora. Pero mi suerte, que me debe de tener guardado para mayores males, si es posible que los haya, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que desde entonces me ha faltado; y así, sin

querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que hubiera sido fácil tomarla, por estar tan lejos ellos de pensar en mí), quise tomarla por mi cuenta y ejecutar en mí la pena que ellos merecían, y aun quizá con más rigor del que se hubiera usado con ellos, si entonces les hubiese dado muerte, pues la que se recibe repentina acaba de inmediato la pena, pero la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida.

»En fin, yo salí de aquella casa y vine a la de aquel donde había dejado la mula; hice que me la ensillase, sin despedirme de él subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro para mirarla. Y cuando me vi en el campo solo, y que la oscuridad de la noche me encubría y su silencio convidaba a quejarme, sin respeto o miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones a Luscinda y a don Fernando como si con ellas satisficiera el agravio que me habían hecho. La llamé cruel, ingrata, falsa y desagradecida, pero sobre todo codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo le había cerrado los ojos de la voluntad, para quitármela a mí y entregarla a aquel con quien la fortuna se había mostrado más generosa y franca. Y en el fragor de estas maldiciones y vituperios, la disculpaba diciendo que era normal que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre a obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo a un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que si no lo hubiese aceptado, se podría pensar que no tenía juicio o que tenía la voluntad en otra parte, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena reputación y fama. Luego volvía a decirme que, si ella hubiese dicho que yo era su esposo, ellos verían que no había hecho tan mala elección escogiéndome, y habrían acabado disculpándola, pues antes de ofrecérseles don Fernando, ellos mismos no hubieran podido acertar a desear otro esposo mejor que yo para su hija, si ponderaban su deseo fríamente; y que bien podría haber dicho ella, antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, que ya yo le había dado la mía: que yo me hubiera avenido y concedido todo cuanto ella acertara a fingir en este caso. En fin, concluí que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

»Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche, y di al amanecer en una entrada de estas sierras, por las cuales caminé otros tres días, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a unos prados, que no sé a qué mano de estas montañas caen, y allí pregunté a unos ganaderos hacia dónde era lo más áspero de estas sierras. Me dijeron que hacia esta parte. Al momento me encaminé a ella, con intención de acabar aquí la vida, y, entrando por estas asperezas, del cansancio y del hambre se cayó mi mula muerta, o, lo que yo creo más bien, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé a pie, rendido por la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese.

»De aquella manera estuve no sé qué tiempo, tendido en el suelo, al cabo del cual

me levanté sin hambre y hallé junto a mí a unos cabreros, que sin duda debieron ser los que remediaron mi necesidad, porque ellos me contaron la manera en que me habían hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí desde entonces que no todas las veces lo tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener entonces otro discurso ni intento que procurar acabar la vida voceando; y cuando vuelvo en mí me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme.

»Mi morada más común es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da a conocer el sustento y despierta en mí el deseo de querer ir a buscarlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo a los caminos y que se lo quito a la fuerza, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del pueblo a las majadas. De esta manera paso mi miserable y extremada vida, hasta que el cielo tenga a bien conducirla a su último fin, o de poner fin a mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda y del agravio de don Fernando: que si esto el cielo hace sin quitarme la vida, yo volveré a mejor discurso mis pensamientos; si no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo de esta estrechez en que por mi gusto he querido ponerlo.

»Esta es, señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habéis visto, y no os canséis de persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os diga que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada por famoso médico al enfermo que no la quiere recibir. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella quiso ser de otro, siendo o debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición; yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y mi historia será ejemplo para los que vengan de que a mí solo me faltó lo que a todos los desdichados sobra, a los que suele ser consuelo la imposibilidad de tenerlo, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte».

Aquí dio fin Cardenio a su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se disponía a decirle algunas palabras de consuelo, le suspendió una voz que llegó a sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte de esta narración, pues en este punto dio fin a la tercera el sabio y cuidadoso historiador Cide Hamete Benengeli.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO XXVIII

QUE TRATA DE LA NUEVA Y AGRADABLE AVENTURA QUE SUCEDIÓ AL CURA Y BARBERO EN LA MISMA SIERRA

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación como fue el querer resucitar y devolver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la caballería andante, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios de ella, que en parte no son menos agradables y extremados y verdaderos que la misma historia, que, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que al disponerse el cura a consolar a Cardenio, lo impidió una voz que llegó a sus oídos, que, con tristes acentos, decía de esta manera:

—¡Ay, Dios! ¡Ojalá haya hallado ya el lugar que pueda servir de escondida sepultura a la carga pesada de este cuerpo, que sostengo tan contra mi voluntad! Sí lo será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay, desdichada, y cuán más agradable compañía le harán a mi intención estos riscos y malezas, que no la de ningún hombre humano! Pues me darán lugar para que comunique al cielo con quejas mi desgracia, que no hay nadie en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas ni remedio en los males.

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como así era, que las decían allí al lado, se levantaron a buscar al dueño, y apenas hubieron andado veinte pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno a un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, a causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se lo pudieron ver entonces, y ellos se llegaron con tanto silencio, que no fueron sentidos por él, ni él estaba atento a otra cosa que a lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal que habían nacido entre las otras piedras del arroyo. Les admiró la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban acostumbrados a pisar terrones, ni a andar tras el arado y los bueyes como mostraba el vestido de su dueño. Y así, viendo que no habían sido descubiertos, el cura, que iba delante, hizo señas a los otros dos para que se agazapasen o escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había, y así lo hicieron todos, mirando con atención lo que hacía el mozo.

Traía este puesto un capotillo pardo que lo cubría por delante y por detrás, muy ceñido al cuerpo con una tela blanca. Traía también unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda. Tenía las polainas levantadas hasta la mitad de las piernas, que parecían completamente de blanco alabastro. Se acabó de lavar los hermosos pies, y luego, con el pañuelo de la cabeza, que se sacó de debajo de la montera, se los limpió; y al ir a quitárselo, alzó el rostro, y pudieron ver al fin los que estaban mirándole una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura en voz baja:

—Esta, sin ser Luscinda, no es persona humana, sino divina.

El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza a una y a otra parte, se comenzaron a descoger y esparcir unos cabellos que pudieran tenerles envidia los del sol. Con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que habían visto hasta entonces los ojos de los dos, y aun los de Cardenio si no hubieran mirado y conocido a Luscinda: que después afirmó que solo la belleza de Luscinda podía competir con aquella. Los largos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, sino que toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se mostraba: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual ponía a los tres que la miraban en más admiración y deseo de saber quién era.

Por esto decidieron mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza y, apartándose los cabellos de delante de los ojos con las dos manos, miró a los que hacían el ruido, y apenas los vio, se puso de pie, y sin aguardar a calzarse ni a recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto, como de ropa, que tenía junto a sí, y quiso salir huyendo, llena de turbación y sobresalto; pero apenas dio seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Visto esto por los tres, acudieron a ella, y el cura fue el primero que le dijo:

—Deteneos, señora, quienquiera que seáis, que los que aquí veis solo tienen intención de serviros: no hay para qué poneros en tan inútil huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.

A todo esto ella no respondía palabra, atónita y confusa. Llegaron, pues, a ella, y asiéndola de la mano, el cura prosiguió diciendo:

—Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos lo descubren: señales claras de que las causas que han disfrazado vuestra belleza en ropas tan indignas no deben de ser de poca importancia, trayéndola a tanta soledad como es esta, en la cual ha sido una suerte el hallaros, si no para dar remedio a vuestros males, al menos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto ni llegar tan al extremo de serlo (mientras no acaba la vida), que rehúya escuchar siquiera el consejo que se le da con buena intención al que lo padece. Así que, señora mía, o señor mío, o

lo que vos queráis ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado y contadnos vuestra buena o mala suerte, que en nosotros juntos, o en cada uno, hallaréis quien os ayude a sobrellevar vuestras desgracias.

Mientras el cura decía estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos a todos, sin mover labio ni decir palabra alguna, como el rústico aldeano al que de improviso se le muestran cosas raras y jamás vistas por él. Pero volviendo el cura a decirle otras palabras encaminadas al mismo efecto, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo:

—Ya que la soledad de estas sierras no ha bastado para encubrirme, ni el soltar mis descompuestos cabellos tampoco ha permitido que sea mentirosa mi lengua, no serviría de nada empezar a fingir yo ahora lo que, si se me creyese, sería más por cortesía que por ninguna otra razón. Dicho lo cual, señores, os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho y que me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, aunque temo que la relación que os haga de mis desdichas os va a causar, a la par que compasión, pesadumbre, porque no vais a hallar remedio para remediarlas ni consuelo para aliviarlas. Pero con todo y esto, para que no ande vacilando mi honra en vuestras opiniones, habiéndome ya conocido como mujer y viéndome moza, sola y con este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera.

Todo esto dijo sin parar la que parecía tan hermosa mujer, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su buen juicio que su hermosura. Y tornándole a hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que cumpliese lo prometido, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra. Y puestos los tres a su alrededor, haciendo ella esfuerzos por detener algunas lágrimas que se le venían a los ojos, comenzó con voz reposada y clara la historia de su vida de esta manera:

—En esta Andalucía hay un pueblo del que toma título un duque, de los que llaman grandes de España. Este tiene dos hijos: el mayor, heredero del título, de la hacienda y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor no sé yo de qué será heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalón. De este señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su prosapia igualaran a los de su fortuna, ni ellos hubieran deseado más ni yo temería verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que a mí me quiten la imaginación que tengo de que mi desgracia viene de su humildad. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de ninguna raza sospechosa y, como suele decirse, cristianos viejos y rancios; pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, aunque de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme a mí por hija. Y así, por no tener otra ni

otro que los heredase como por ser padres y afectuosos, yo era una de las hijas más regaladas que padres regalaron jamás. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez y el objeto a quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no se salían un punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, también lo era de su hacienda: yo contrataba y despedía a los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano, los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas. En fin, de todo aquello que puede tener y tiene un tan rico labrador como mi padre, tenía yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que no acertaré a encarecerlo del todo. Los ratos del día que me quedaban después de haber dado lo que convenía a los mayorales, a capataces y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que les son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces. Y si alguna vez dejaba estos ejercicios por alegrar el ánimo, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar un arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los afanes que nacen del espíritu.

»Esta, pues, era la vida que yo tenía en casa de mis padres. Y si la cuento tan en detalle no es por ostentación ni por dar a entender que soy rica, sino para que se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infeliz en que me hallo ahora.

»Es, pues, el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encierro tal que pudiera compararse, a mi parecer, al de un monasterio, sin ser vista de ninguna otra persona que de los criados de casa, porque los días que iba a misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas veían mis ojos más tierra que aquella donde ponía los pies; y, con todo y con esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor decir, a los que no pueden igualarse los de un lince, me vieron y pusieron en la solicitud de don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del duque que os he contado».

Apenas nombró a don Fernando la que contaba el cuento, se le mudó a Cardenio el color del rostro, y comenzó a sudar, con tan grande alteración, que el cura y el barbero, que se dieron cuenta, temieron que le viniese aquel accidente de locura que habían oído decir que le venía de cuando en cuando. Pero Cardenio no hizo otra cosa que sudar y estarse quedo, mirando fijamente a la labradora, imaginando quién era, y ella, sin reparar en las emociones de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo:

—Y apenas me vieron sus ojos, cuando, según dijo él después, quedó tan preso de mis amores cuanto bien lo dieron a entender sus demostraciones. Pero, por acabar pronto con el cuento, que no lo tiene, de mis desdichas quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó a todos los criados de mi casa, dio y ofreció dádivas y mercedes a mis parientes; los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, en las noches las músicas no dejaban dormir

a nadie; los mensajes escritos que sin saber cómo venían a mis manos eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual no solo no me ablandaba, sino que me endurecía como si hubiera sido mi mortal enemigo, como si todas las obras que hacía para reducirme a su voluntad las hiciera para el efecto contrario; no porque a mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que me pareciesen excesivas sus solicitudes, sino porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada por un caballero tan principal, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas (que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece a mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas), pero a todo esto se oponía mi honestidad, y los consejos continuos que me daban mis padres, que ya muy al descubierto sabían la voluntad de don Fernando, porque a él ya no le importaba nada que todo el mundo la supiese.

»Me decían mis padres que dejaban y depositaban su honra y fama en mi sola virtud y bondad, y que considerase la desigualdad que había entre yo y don Fernando, y que por aquí me daría cuenta de que sus pensamientos (aunque él dijese otra cosa) se encaminaban más a su gusto que a mi provecho, y que si yo quería poner en alguna manera algún inconveniente para que a él se le pasase su injusta pretensión, ellos me casarían inmediatamente con quien yo más gustase, tanto de los más principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama.

»Con estas firmes promesas, y con la verdad que ellos me decían, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder a don Fernando palabra que le pudiese mostrar, ni de lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su apetito lascivo, que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraba, y esta, si ella hubiera sido como debía, vosotros no la sabríais ahora, porque hubiera faltado la ocasión de decírosla. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban buscándome un marido, por quitarle a él la esperanza de poseerme, o por lo menos para que yo tuviese más guardas para guardarme. Y esta noticia o sospecha fue suficiente para que hiciese lo que ahora oiréis.

»Y fue que una noche, estando yo en mi aposento solo con una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas, por temor a que mi honestidad no se viese en peligro por descuido, sin saber ni imaginar cómo, en medio de estos recatos y prevenciones y en la soledad de ese silencio y encierro, me lo hallé delante, y me turbó de tal manera tenerlo ante mi vista que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua. Y así, fui incapaz de dar voces, ni tampoco creo que él me las hubiera dejado dar, porque inmediatamente se llegó a mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme, según estaba turbada), comenzó a decirme tales palabras, que no sé cómo es posible que pueda tener tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacía el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intención.

Yo, pobrecilla, sola entre los míos, nada enseñada a casos semejantes, comencé no sé cómo a tener por verdaderas tantas falsedades, aunque no tanto como para dejarme conmover por sus lágrimas y suspiros; y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, volví a recobrar bastante el aliento y, con más ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: “Si estuviera entre los brazos de un león fiero, como lo estoy en los tuyos, señor, y se me asegurara que podría librarme de ellos haciendo o diciendo algo que fuera en perjuicio de mi honestidad, hacerlo o decirlo sería igual de posible que dejar de suceder lo que ya sucedió. Así que si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo vas a ver, si forzándome quieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía; y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. Conmigo no te servirán tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme. Si yo viera alguna de todas estas cosas que he dicho en el que mis padres me dieran por esposo, la mía se ajustaría a su voluntad, y mi voluntad no saldría de la suya; de modo que, como quedaría con honra, aunque quedara sin gusto, le entregaría gustosamente lo que tú, señor, procuras ahora con tanta fuerza. Digo todo esto porque está fuera de lugar pensar que quien no fuese mi legítimo esposo vaya a alcanzar nada de mí”. “Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea” (que este es el nombre de esta desdichada), dijo el desleal caballero, «aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos de esta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de Nuestra Señora que aquí tienes».

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo a sus sobresaltos y acabó de confirmar por verdadera su primera opinión, pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en qué venía a parar lo que él ya casi sabía; solo dijo:

—¿Dorotea es tu nombre, señora? He oído yo hablar de otra que lo tiene igual, cuyas desdichas corren quizá parejas a las tuyas. Continúa, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te asombren en el mismo grado que te lastimen.

Reparó Dorotea en las palabras de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y le rogó que si sabía alguna cosa de todo aquello, se la dijese ya, porque si algo le había dejado bueno la fortuna era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que a su parecer no podía llegar ninguno que acrecentase un punto el que tenía.

—No lo perdería yo, señora —respondió Cardenio—, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, pero de momento ni viene al caso ni importa mucho el saberlo.

—Sea lo que fuere —respondió Dorotea—, lo que en mi cuento pasa fue que tomando don Fernando una imagen que estaba en aquel aposento la puso por testigo de nuestro desposorio. Y con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dio su palabra de ser mi marido, aunque antes de que acabase de decirlas le dije que

mirase bien lo que hacía y que considerase el enojo que su padre había de recibir al verlo casado con una villana, vasalla suya. Que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si me quería hacer algún bien, por el amor que me tenía, fuese dejar correr mi suerte lo más igual a lo que podía mi rango, porque los casamientos tan desiguales nunca se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Le dije todas estas razones que aquí he dicho, y otras muchas que no recuerdo, pero no fueron suficientes para que él dejase de seguir su intento, tal y como el que no piensa pagar, que al planear una estafa no repara en inconvenientes. Yo a esa sazón hice un breve discurso conmigo misma, y me dije: «Sí, que no seré yo la primera que haya subido de humilde por vía de matrimonio a un rango mayor, ni será don Fernando el primero a quien la hermosura, o la ciega afición, que es lo más probable, haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza. Y si no me estoy inventando el mundo ni nada nuevo, bien está acudir a esta honra que la suerte me ofrece, aunque en este la voluntad que me muestra no dure más que lo que dure el cumplimiento de su deseo; y, en fin, seré su esposa, si Dios quiere. Y si quiero rechazarlo con desdenes, lo veo capaz de, no comportándose como debe, usar la fuerza, y vendré a quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá echar el que no sepa cuán sin ella he venido a este punto: porque ¿cuántas razones harán falta para persuadir a mis padres, y a otros, de que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío?». Todas estas demandas y respuestas revolví yo en un instante en la imaginación; y, sobre todo, me comenzaron a hacer fuerza y a inclinarme a lo que fue, sin pensarlo yo, mi perdición, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba y, finalmente, su disposición y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, hubiera podido rendir a cualquier otro corazón tan libre y recatado como el mío.

»Llamé a mi criada, para que acompañase en la tierra a los testigos del cielo; tornó don Fernando a reiterar y confirmar sus juramentos; a los primeros añadió por testigos nuevos santos; se echó mil futuras maldiciones si no cumplía lo que me prometía; volvió a humedecer sus ojos y a acrecentar sus suspiros; me apretó más entre sus brazos, de los que jamás me había dejado; y con esto y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido.

»El día que siguió a la noche de mi desgracia se venía aún no tan deprisa como yo pienso que deseaba don Fernando, porque, después de cumplido aquello que deseaba el apetito, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde lo alcanzaron. Digo esto porque don Fernando se dio prisa en separarse de mí, y con las mañas de mi doncella, que era la misma que lo había traído allí, antes que amaneciese se vio en la calle. Y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahínco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su honradez y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y, para más confirmación de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mío.

»Así pues, él se fue, y yo quedé no sé si triste o alegre, pero sé muy bien que quedé confusa y pensativa y casi fuera de mí con el nuevo suceso, y no tuve ánimo, o no se me pasó por la cabeza, reñir a mi doncella por la traición cometida al encerrar a don Fernando en mi mismo aposento, porque aún no me aclaraba si estaba bien o mal lo que me había sucedido.

»Al partir, le dije a don Fernando que por el mismo camino de aquella podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, se hiciera público aquel hecho. Pero no vino ninguna otra, excepto la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, que en vano me cansé en solicitarlo, aunque supe que estaba en la villa y que la mayor parte de los días iba de caza, ejercicio al que él era muy aficionado.

»Estos días y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé a dudar en ellos, y aun a descreer, de la honradez de don Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprensión de su atrevimiento no había oído antes; y sé que me fue forzoso llevar cuidado con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión a que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta y me obligasen a buscar mentiras que decirles.

»Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose a uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y donde se perdió la paciencia y salieron a plaza pública mis secretos pensamientos. Y esto fue porque a los pocos días se dijo en el pueblo que en una ciudad cerca de allí se había casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padres, aunque no tan rica que pudiera aspirar por la dote a un casamiento tan noble. Se dijo que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiración».

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas y dejar poco después caer de sus ojos dos fuentes de lágrimas. Pero no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo:

—Llegó esta triste nueva a mis oídos, y, en lugar de helárseme el corazón al oírla, fue tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traición que se me había hecho. Pero se templó esta furia entonces pensando en poner en práctica aquella misma noche lo que puse, que fue ponerme en estas ropas, que me dio uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, a quien descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que estaba mi enemigo.

»Él, después de reprender mi atrevimiento y afear mi decisión, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció a acompañarme, como él dijo, hasta el fin del mundo. En ese mismo momento metí en la funda de una almohada de lienzo un vestido de mujer y algunas joyas y dineros, por lo que pudiera suceder, y en el silencio de aquella noche,

sin darle cuenta a mi traidora doncella, salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad a pie, llevada en volandas por el deseo de llegar, ya que no a estorbar lo que tenía por hecho, al menos a decir a don Fernando me dijese con qué alma lo había hecho.

»Llegué en dos días y medio adonde quería, y al entrar en la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero a quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo hubiera querido oír. Me dijo la casa, y todo lo que había sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacían corrillos para contarla por toda ella. Me dijo que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber dado ella el sí de ser su esposa, le había dado un recio desmayo, y que llegando su esposo a desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito con la misma letra de Luscinda, en el que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio (que, según lo que me dijo aquel hombre, era un caballero muy principal de la misma ciudad). Y que si había dado el sí a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En conclusión, tales razones dijo que contenía el papel, que daba a entender que ella había tenido intención de matar se en cuanto se acabara de desposar, y daba allí las razones porque se iba a quitar la vida, y esto dicen que lo confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos.

»Vio todo esto don Fernando, y pareciéndole que Luscinda lo había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió contra ella antes que volviese de su desmayo, y con la misma daga que le hallaron le quiso dar de puñaladas. Y lo habría hecho si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo hubiesen estorbado. Dijeron más: que don Fernando se ausentó inmediatamente, y que Luscinda no volvió de su desmayo hasta el día siguiente, cuando contó a sus padres que ella era la verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe más: que Cardenio, según decían, se halló presente en los desposorios, y que al verla desposada, lo que jamás pensó él, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta, donde daba a entender el agravio que Luscinda le había hecho, y que él se iba adonde no le viesen las gentes.

»Todo esto era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban de ello, y hablaron más aún cuando supieron que Luscinda se había ido de casa de sus padres, y de la ciudad, sin que la hallaran en toda ella, con lo que sus padres perdían el juicio y no sabían qué se podría hacer para hallarla. Esto que supe dio aliento a mis esperanzas, y mejor estimé no haber hallado a don Fernando que no hallarlo casado, pareciéndome que la puerta a mi remedio no estaba cerrada aún del todo, dándome yo a entender que podría ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerlo a conocer lo que debía al primero y a caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado a su alma que a los respetos humanos.

»Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo,

fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacer, pues no hallaba a don Fernando, llegó a mis oídos un pregón público, donde se prometía una gran recompensa a quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traía. Y oí decir que se decía que me había sacado de casa de mis padres el mozo que vino conmigo, cosa que me llegó al alma, por ver hasta qué punto mi crédito andaba por los suelos, pues no bastaba perderlo con mi venida, sino añadir el con quién, siendo un sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos.

»En cuanto oí el pregón, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba a dar muestras de titubear en la promesa de fidelidad que me tenía prometida. Y aquella noche nos entramos por lo espeso de esta sierra, con el miedo de no ser hallados. Pero como suele decirse que un mal llama a otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió a mí. Porque mi buen criado, hasta entonces fiel y de fiar, en cuanto me vio en esta soledad, incitado por su misma bellaquería antes que por mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que a su parecer le ofrecían estos yermos. Y con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mío, me requirió de amores; y, viendo que yo respondía a las desvergüenzas de sus propósitos con feas y justas palabras, dejó de lado los ruegos, de los que primero pensó aprovecharse, y comenzó a usar la fuerza. Pero el justo cielo, que pocas o ningunas veces deja de mirar y favorecer a las justas intenciones, favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo lo tiré por un derrumbadero, donde lo dejé, no sé si muerto o vivo; y luego, con más ligereza de la que pedían mi sobresalto y cansancio, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando.

»Con este deseo hace no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó como su criado a un lugar que está en las entrañas de esta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi maña y toda mi solicitud ni fue ni ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varón, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado. Y como la fortuna no siempre da con los afanes los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco por donde despeñar y quitarle las penas al amo (como lo hallé para el criado), y así tuve por menor inconveniente dejarlo y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas o mis disculpas. Digo, pues, que me torné a emboscar y a buscar donde pudiese con suspiros y lágrimas y sin ningún impedimento rogar al cielo se compadeciera de mi desventura y me diera el modo y favor para salir de ella, o para dejar la vida entre estas soledades, sin que quedara memoria de esta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que se hable y murmure de ella en la suya y en las ajenas tierras».

CAPÍTULO XXIX

QUE TRATA DEL BUEN JUICIO DE LA HERMOSA DOROTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO

—Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchasteis, las palabras que oísteis y las lágrimas que salían de mis ojos tenían suficiente razón para mostrarse en mayor abundancia. Y, considerada la índole de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio de ella. Solo os ruego, lo que con facilidad podréis y debéis hacer, que me aconsejéis dónde podré pasar la vida sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada por los que me buscan. Que aunque sé que el mucho amor que me tienen mis padres me asegura que seré bien recibida por ellos, es tanta la vergüenza que me da solo de pensar que tengo que comparecer en su presencia no como ellos pensaban, que me parece mejor desterrarme para siempre de su vista antes que verles el rostro pensando que ellos miran el mío ajeno a la honestidad que debían de tenerse prometida conmigo.

Calló nada más decir esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. Los que la habían escuchado sintieron tanta lástima como asombro de su desgracia, y aunque en ese momento el cura quiso consolarla y aconsejarle, se adelantó Cardenio, diciendo:

—Así que tú eres, señora, la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo.

Sorprendida quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y al ver de qué humilde condición era el que lo nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, le dijo:

—¿Y quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? Porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, no lo he nombrado en el cuento de mi desdicha.

—Soy —respondió Cardenio— aquel sin ventura del que Luscinda dijo que era su esposa, según vos habéis dicho, señora. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal comportamiento de aquel que os ha puesto a vos en el término en que estáis me ha traído a que me veáis como me veis, roto, desnudo, falto de todo consuelo humano y, lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no lo tengo sino cuando al cielo se le antoja dármelo por algún breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente en las sinrazones de don Fernando, y el que aguardó a oír el sí que pronunció Luscinda de ser su esposa. Yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni

lo que resultaba del papel que le fue hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y por eso dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé a un hospedero mío, a quien rogué que la pusiese en manos de Luscinda, y me vine a estas soledades, con intención de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí, como mortal enemiga mía. Pero no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros. Pues siendo verdad lo que aquí habéis contado, como creo que lo es, aún podría ser que el cielo nos tuviese guardado a ambos mejor suceso en nuestros desastres de lo que nosotros pensamos. Porque, aunque Luscinda no puede casarse con don Fernando, por ser mía, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo declarado ella tan manifiestamente, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues todavía existe y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues tenemos este consuelo, nacido no de muy remota esperanza ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que toméis otra resolución en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, disponiéndoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano no desampararos hasta veros junto a don Fernando, y que cuando con razones no le pudiese atraer a que reconozca lo que os debe, usar entonces la libertad que me concede el ser caballero y poder con justo título desafiarlo, en razón de la sinrazón que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros.

Con lo que Cardenio dijo, se acabó de admirar Dorotea, y, por no saber qué gracias devolver a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos; pero no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por ambos y aprobó el buen discurso de Cardenio y, sobre todo, les rogó, aconsejó y persuadió de que se fuesen con él a su pueblo, donde se podrían proveer de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden de buscar a don Fernando, o de llevar a Dorotea a sus padres, o hacer lo que les pareciese más conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y aceptaron la merced que se les ofrecía. El barbero, que a todo había estado suspenso y callado, hizo también su buena plática y se ofreció con no menos voluntad que el cura a todo aquello que fuese bueno para servirlos.

Contó también con brevedad la causa que los había traído allí, con la extrañeza de la locura de don Quijote, y cómo aguardaban a su escudero, que había ido a buscarlo. Se le vino a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pendencia que había tenido con don Quijote, y la contó a los demás, pero no supo decir por qué causa fue su porfía.

En esto oyeron voces y advirtieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba a voces. Le salieron al encuentro y, preguntándole por don Quijote, les dijo que lo había hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea. Y que aunque le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al

Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que había decidido no comparecer ante su fermosura fasta que hubiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia. Y que si aquello seguía adelante, corría el peligro de no llegar a ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podía ser. Por eso, que mirasen lo que se había de hacer para sacarlo de allí.

El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos lo sacarían de allí, mal que le pesase. Contó luego a Cardenio y a Dorotea lo que tenían pensado para remedio de don Quijote, o por lo menos para llevarlo a su casa. A lo cual dijo Dorotea que ella haría de doncella necesitada mejor que el barbero, y que además tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que le dejasen el papel de representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los caballeros andantes.

—Pues no es menester más —dijo el cura—, sino ponerlo en marcha cuanto antes, que, sin duda, la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues, tan sin pensarlo, a vosotros, señores, se os ha comenzado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado aquella de la que teníamos menester.

Sacó entonces Dorotea de su fardo una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita, un collar y otras joyas, con las que se adornó en un instante de manera que parecía una rica y gran señora. Todo aquello, y más, dijo que había sacado de su casa para lo que se terciase, y que hasta entonces no se le había presentado ocasión de necesitarlo. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron a don Fernando como de poco conocimiento, pues desechaba tanta belleza.

Pero el que más se admiró fue Sancho Panza, por parecerle, como así era, que en todos los días de su vida había visto tan hermosa criatura; y así, preguntó al cura con gran ahínco le dijese quién era aquella tan hermosa señora y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

—Esta hermosa señora —respondió el cura—, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, la heredera por línea directa de varón del gran reino de Micomicón, y viene en busca de vuestro amo a pedirle un don, que es que le desfaga un tuerto o agravio que un mal gigante le tiene fecho; y por la fama que tiene vuestro amo de buen caballero por todo el mundo conocido, ha venido de Guinea a buscarlo esta princesa.

—Dichosa búsqueda y dichoso hallazgo —dijo Sancho Panza—, y más si mi amo tiene la ventura de desfacer ese agravio y enderezar ese tuerto, matando a ese gigante hijoputa que vuestra merced dice, que sí le matará él como lo encuentre, si no es fantasma, que contra los fantasmas mi señor no tiene poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar a vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que para que a mi amo no le entren ganas de ser arzobispo, que es lo que yo temo, vuestra merced le aconseje que se case ya con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recibir

órdenes arzobispales y alcanzará con facilidad su imperio, y yo el fin de mis deseos. Que yo he pensado mucho en ello, y he llegado a la conclusión de que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues estoy casado, y andarme ahora buscando dispensas para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer e hijos, sería nunca acabar. Así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case ya con esta señora, de la que todavía no sé su nombre, y por eso no la llamo por ninguno.

—Se llama la princesa Micomicona, porque, llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se tiene que llamar así —respondió el cura.

—No hay duda en eso —respondió Sancho—, que yo he visto a muchos tomar el apellido y linaje del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda y Diego de Valladolid, y esto mismo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos.

—Así debe de ser —dijo el cura—; y en lo del casarse vuestro amo, yo pondré en ello todo mi empeño.

Con lo que quedó tan contento Sancho cuanto el cura admirado de su simplicidad y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues estaba convencido sin duda alguna de que había de llegar a ser emperador.

Ya en esto se había puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se había colocado en el rostro la barba de la cola de buey, y dijeron a Sancho (a quien advirtieron que no dijese que conocía al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistía todo el toque de llegar su amo a ser emperador) que los guiase adonde estaba don Quijote, aunque ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, para que no se le acordase a don Quijote la pendencia que había tenido con Cardenio, y el cura, porque de momento no era menester su presencia; y así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No dejó de señalar el cura lo que tenía que hacer Dorotea; a lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrían andado, cuando descubrieron a don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y en cuanto Dorotea lo vio y fue informada por Sancho de que aquel era don Quijote, dio con la fusta a su montura, siguiéndola el bien barbado barbero. Y al llegar junto a él, el escudero se arrojó de la mula y fue a tomar en brazos a Dorotea, quien, apeándose con gran desenvoltura, se fue a hincar de rodillas ante don Quijote. Y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le habló de esta guisa:

—No me levantaré de aquí, valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don que redundará en honra y prez de vuestra persona y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que ha visto el sol. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo se corresponde con la voz de vuestra fama inmortal, estáis obligado a favorecer a la sin ventura que viene de tan lueñes tierras al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

—No os responderé palabra, fermosa señora —respondió don Quijote—, ni oiré más nada de vuestra facienda, fasta que os levantéis del suelo.

—No me levantaré, señor —respondió la afligida doncella—, si antes no me es otorgado por vuestra cortesía el don que pido.

—Yo vos lo otorgo y concedo —respondió don Quijote—, siempre que no se haya de cumplir en daño o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que tiene la llave de mi corazón y libertad.

—No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor —replicó la dolorosa doncella.

Y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor y muy bajito le dijo:

—Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que es cosa de nada: solo matar a un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopía.

—Da igual quien sea —respondió don Quijote—, que yo haré lo que estoy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que tengo profesado.

Y volviéndose a la doncella dijo:

—La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que quiera pedirme.

—Pues el que pido es —dijo la doncella— que vuestra magnánima persona se venga ahora conmigo adonde le voy a llevar y me prometa que no ha de meterse en otra aventura ni demanda alguna hasta vengarme de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino.

—Digo que así lo otorgo —respondió don Quijote—; y así, podéis, señora, desechar de hoy en adelante la melancolía que os fatiga y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza. Que con la ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis pronto restituida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y gran estado, a pesar y a despecho de los canallas que quieran contradecirlo. Y manos a la obra, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La necesitada doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; pero don Quijote, que en todo era un caballero comedido y cortés, jamás lo consintió; antes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó a Sancho que comprobase las cinchas a Rocinante y lo armase inmediatamente. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, estaban colgando de un árbol, y, tras comprobar las cinchas, armó en un momento a su señor, que dijo en cuanto se vio armado:

—Vámonos de aquí, en el nombre de Dios, a favorecer a esta gran señora.

Estaba el barbero aún de rodillas, teniendo mucho cuidado de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarían todos sin conseguir su buena intención. Y viendo que ya el don estaba concedido y con la diligencia que don Quijote se preparaba para ir a cumplirlo, se levantó y tomó de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho a pie, por

lo que se le acordó de nuevo la pérdida del rucio, con la falta que entonces le hacía; pero todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy a pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa y ser por lo menos rey de Micomicón. Solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino estaba en tierra de negros y que los criados que le diesen por sus vasallos habían de ser todos negros; a lo cual hizo pronto en su imaginación un buen remedio, y se dijo a sí mismo:

«¿Qué me importa a mí que mis vasallos sean negros? ¿Que hay que cargar con ellos y traerlos a España? ¿Ese va a ser todo el problema? Aquí los podré vender y me los pagarán al contado, y con ese dinero podré comprar algún título o alguna prebenda con que vivir descansado todos los días de mi vida. ¡Duérmete, y no tengas ingenio ni habilidad para disponer las cosas y para vender treinta o diez mil vasallos en un quítame allá esas pajas! Por Dios que me los he de ventilar, en lote, o como pueda, y que por negros que sean, los voy a volver blancos y amarillos, plata y oro. ¡Venid acá, que me chupo el dedo!».

Andaba con esto tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar a pie.

Todo esto lo miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabían qué hacer para juntarse con ellos; pero el cura, que era un gran maquinador, imaginó entonces lo que iban a hacer para conseguir lo que deseaban; y fue que con unas tijeras que traía en un estuche quitó con mucha presteza la barba a Cardenio, y le vistió un capotillo pardo que él traía y le dio un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón; y quedó Cardenio tan distinto de como estaba antes, que ni él mismo se habría conocido si se mirara en un espejo. Hecho esto, y aunque ya los otros habían pasado de largo mientras ellos se estaban disfrazando, salieron con facilidad al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no permitían que los de a caballo anduviesen tanto como los de a pie. En efecto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y en cuanto salió de ella don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso a mirar muy despacio, dando señales de que lo iba reconociendo, y después de haberlo estado mirando un buen rato, se fue a él abiertos los brazos y diciendo a voces:

—¡Para bien sea hallado el espejo de la caballería, mi buen paisano don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quintaesencia de los caballeros andantes!

Y diciendo esto tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda a don Quijote, que espantado de lo que veía y oía decir y hacer a aquel hombre, se puso a mirarlo con atención, y al fin lo reconoció, y quedó como espantado de verlo, e hizo gran fuerza por apearse; pero el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote decía:

—Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté a caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté a pie.

—Eso no lo consentiré yo en ningún modo —dijo el cura—: estese vuestra

grandeza a caballo, pues estando a caballo ha acabalado las mayores fazañas y aventuras que se han visto en nuestra edad; que a mí, aunque indigno sacerdote, me bastará subir en las ancas de una de estas mulas de estos señores que caminan con vuestra merced, si no les enoja mucho, y aun me parecerá que voy caballero sobre el caballo Pegaso o sobre la cebra o alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aún hoy yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

—No había caído en eso, mi señor licenciado —respondió don Quijote—, y yo sé que mi señora la princesa tendrá a bien, por mi amor a ella, mandar a su escudero le dé a vuestra merced la silla de su mula; que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

—Por supuesto que las sufre, ya lo creo —respondió la princesa—, y también sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya a pie, pudiendo ir a caballo.

—Así es —respondió el barbero.

Y apeándose allí mismo, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar. Y lo peor fue que al subir el barbero a las ancas, la mula, que en efecto era de alquiler —que para decir que era mala esto basta—, alzó un poco los cuartos traseros y dio dos coces en el aire, que de haberlas dado en el pecho de maese Nicolás, o en la cabeza, hubiera mandado él al infierno el haber venido por don Quijote. Con todo, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron en el suelo; y en cuanto se vio sin ellas, no tuvo otro remedio que acudir a cubrirse el rostro con ambas manos y a quejarse de que le habían derribado las muelas. Don Quijote, cuando vio todo aquel matojo de barbas lejos del rostro del escudero caído, sin quijadas y sin sangre, dijo:

—¡Vive Dios que es gran milagro este! ¡Le ha derribado y arrancado del rostro las barbas, como si se las hubieran quitado aposta!

El cura, que vio el peligro que corría su invención si era descubierta, acudió de inmediato a las barbas y se fue con ellas adonde yacía aún maese Nicolás dando voces, y de un golpe, acercándole la cabeza a su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verían; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como antes, de lo que se admiró don Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando le viniese bien le enseñase aquel ensalmo, que él entendía que su virtud se debía de extender a más que a pegar barbas, pues estaba claro que de donde se quitasen las barbas tenía que quedar la carne llagada y maltrecha, y que, pues todo lo sanaba, serviría más que para barbas.

—Así es —dijo el cura, y prometió enseñárselo a la primera ocasión.

Se pusieron de acuerdo entonces para que subiese el cura, y se fuesen mudando los tres a trechos hasta llegar a la venta, que estaría a unas dos leguas de allí. Puestos

los tres a caballo, a saber, don Quijote, la princesa y el cura, y los tres a pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo a la doncella:

—Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere.

Y antes que ella respondiese dijo el licenciado:

—¿Hacia qué reino quiere guiar vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomicón? Así debiera de ser, o yo sé poco de reinos.

Ella, que estaba al tanto de todo, entendió que tenía que responder que sí y por eso dijo:

—Sí, señor, hacia ese reino es mi camino.

—Si así es —dijo el cura—, hemos de pasar por la mitad de mi pueblo, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar a vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está a poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

—Vuestra merced está engañado, señor mío —dijo ella—, porque no hace ni dos años que yo partí de él, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y, con todo, he llegado a ver lo que tanto deseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron a mis oídos en cuanto puse los pies en España, y ellas me movieron a buscarlo, para encomendarme a su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

—¡No más! Cesen mis alabanzas —dijo a esta sazón don Quijote—, porque soy enemigo de todo género de adulación. Y aunque esta no lo sea, con todo ofenden mis castas orejas semejantes pláticas. Lo que yo sé decir, señora mía, es que tenga valor o no, el que tenga o no tenga se ha de emplear en vuestro servicio, hasta perder la vida. Y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga cuál es la causa que le ha traído por estas partes tan solo y tan sin criados y sin equipaje, que me pone espanto.

—A eso yo responderé con brevedad —respondió el cura—, porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos a Sevilla a cobrar cierto dinero que me había enviado un pariente mío que pasó hace muchos años a Indias, lo menos sesenta mil pesos ensayados, que aquí serán el doble; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro cuatro salteadores y nos quitaron hasta las barbas, y tanto nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun a este mancebo que aquí va —señalando a Cardenio— le dieron lo suyo. Y lo bueno es que es pública fama en todos estos contornos que los que nos asaltaron son unos galeotes que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que a pesar del comisario y de los guardias los soltó a todos. Y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, o debe de ser tan gran bellaco como ellos, o algún hombre sin alma y sin con ciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca en la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fue contra sus justos

mandamientos; quiso, digo, quitar a las galeras sus pies o remos, poner en alboroto a la Santa Hermandad, que llevaba muchos años que reposaba; quiso, en fin, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo.

Les había contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacía o decía don Quijote, a quien se le mudaba el color a cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente.

—Estos, pues —dijo el cura—, fueron los que nos robaron. Que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX

QUE TRATA DEL GRACIOSO ARTIFICIO Y CÁLCULO QUE SE TUVO EN SACAR A NUESTRO ENAMORADO CABALLERO DE LA ASPERÍSIMA PENITENCIA EN QUE SE HABÍA PUESTO

No bien hubo acabado el cura, Sancho dijo:

—Pues a fe mía, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

—Majadero —dijo a eso don Quijote—, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias: solo les toca ayudar los como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, e hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá ello. Y a quien le haya parecido mal, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco en materia de caballería y que miente como un hideputa y mal nacido. Y esto se lo haré conocer con mi espada, tal y como se infiere.

Dijo esto afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero, que en su cuenta era el yelmo de Mambrino, la llevaba colgada del arzón delantero, hasta adobarla del maltrato que le hicieron los galeotes.

Dorotea, que era despierta y de gran donaire, como quien ya sabía del menguado seso de don Quijote y que todos hacían burla de él, salvo Sancho Panza, no quiso ser menos, y viéndolo tan enojado, le dijo:

—Señor caballero, acuérdesele a vuestra merced el don que me tiene prometido, conforme al cual no puede comprometerse con otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado hubiera sabido que por ese invicto brazo habían sido librados los galeotes, él se hubiese dado tres puntos en la boca, y aun mordido tres veces la lengua, antes que decir palabra que redundase en ofensa de vuestra merced.

—Así lo juro yo —dijo el cura—, e incluso hubiera dado por ello medio bigote.

—Yo callaré, señora mía —dijo don Quijote—, y reprimiré la justa cólera que se había levantado ya en mi pecho, e iré quieto y pacífico hasta tanto os cumpla el don

prometido. Pero en pago de este buen deseo os suplico me digáis, si no os sabe mal, cuál es vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo que dar debida, gustosa y entera venganza.

—Lo haré gustosa —respondió Dorotea—, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias.

—No enfadará, señora mía —respondió don Quijote.

—Siendo así, estenme vuestras mercedes atentos.

Apenas hubo dicho ella esto, Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingía su historia la ingeniosa Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que iba tan engañado con ella como su amo. Y ella, después de haberse puesto bien en la silla y prepararse tosiendo y haciendo otros ademanes con mucho donaire, comenzó a decir de esta manera:

—Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que a mí me llaman…

Y se detuvo aquí un poco porque se le olvidó el nombre que el cura le había puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que se trababa, y dijo:

—No es maravilla, señora mía, que vuestra grandeza se turbe y paralice contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera que no se acuerdan ni de sus mismos nombres, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede vuestra grandeza devolver ahora fácilmente a su lastimada memoria todo aquello que quiera contar.

—Es verdad —respondió la doncella—, y de aquí en adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré a buen puerto con mi verdadera historia, que es esta: El rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabedor, fue muy docto en eso que llaman el arte mágico, y supo por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, iba a morir antes que él, y que de allí a poco tiempo él también iba a dejar esta vida y yo iba a quedar huérfana de padre y madre. Pero decía él que esto no le afligía tanto como le ofuscaba saber sin género de dudas que un descomunal gigante, señor de una gran ínsula que casi linda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira de través, como si fuese bizco, y esto lo hace él por maligno y meter miedo y espanto a los que mira), digo que supo que este gigante, sabiendo mi orfandad, iba a pasar con gran poderío sobre mi reino y me lo iba a quitar todo, sin dejarme ni una pequeña aldea donde me recogiese, pero que podía evitar toda esta ruina y desgracia si yo me quería casar con él, aunque, a lo que él entendía, pensaba que jamás me vendría a mí la voluntad de hacer tan desigual casamiento (y dijo en esto la pura verdad, porque jamás se me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, ni con ningún otro, por grande y desaforado que sea). Dijo también mi padre que después que él se hubiese muerto y viese yo que

Pandafilando comenzaba a pasar sobre mi reino, que no aguardase a ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que le dejase libre y voluntariamente el reino, si quería evitar la muerte y total destrucción de mis buenos y leales vasallos, porque sería imposible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; y que después, con algunos de los míos, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando a un caballero andante cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, y que se llamaría, si mal no me acuerdo, don Azote o don Gigote.

—Don Quijote diría, señora —dijo Sancho Panza—, o por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

—Eso es —dijo Dorotea—. Dijo más: que debería ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, o por allí cerca, debería tener un lunar pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas.

Al oír esto don Quijote, dijo a su escudero:

—Ten aquí, Sancho, hijo, ayúdame a desnudar, que quiero ver si soy el caballero que dejó profetizado aquel sabio rey.

—Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? —dijo Dorotea.

—Para ver si tengo ese lunar que dijo vuestro padre —respondió don Quijote.

—No hay por qué desnudarse —dijo Sancho—, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

—Eso basta —dijo Dorotea—, porque con los amigos no se ha de reparar en minucias, y que esté en el hombro o que esté en el espinazo importa poco: basta que haya lunar, y esté donde esté, pues todo es una misma carne. Y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote, que él es de quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no solo en España, sino en toda la Mancha, pues apenas desembarqué en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que al momento me dio el pálpito de que era el mismo que venía a buscar.

—Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía —preguntó don Quijote—, si no es puerto de mar?

Pero antes que Dorotea respondiese, se adelantó el cura y dijo:

—La señora princesa debe de querer decir que después que desembarcó en Málaga, el primer sitio donde oyó nuevas de vuestra merced fue en Osuna.

—Eso quise decir —dijo Dorotea.

—Estaba seguro —dijo el cura—, y prosiga adelante vuestra majestad.

—No hay que proseguir —respondió Dorotea—, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le lleve, que no será a otra parte que a ponerlo delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que lo mate y me restituya lo que me tiene usurpado tan contra razón. Y todo esto va a suceder a pedir de boca,

pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabedor, mi buen padre, quien también dejó dicho, y escrito en letras caldeas o griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase en el acto sin réplica alguna como su legítima esposa y le diese la posesión de mi reino junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo? —dijo a este punto don Quijote—. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? ¡Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar!

—¡Es lo que yo digo —dijo Sancho—, y puto el que no se case después de abrirle el gaznatico al señor Pandahilado! ¡Y a fe mía que no es mala la reina! ¡Ya podían volvérseme así las pulgas de la cama!

Y diciendo esto, dio dos zapatetas en el aire, con muestras de grandísimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal de que la recibía por su reina y señora. ¿Quién de los circunstantes no había de reír, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dio, y le prometió hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase recobrar y gozar. Se lo agradeció Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.

—Esta, señores —prosiguió Dorotea—, es mi historia. Solo resta por deciros que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino solo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos a vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro. Y así el transcurso de mi vida es todo milagro y misterio, como lo habréis notado. Y si en alguna cosa he andado descortés, o no tan acertada como debiera, echad la culpa a lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

—Esa, alta y valerosa señora —dijo don Quijote—, no me la quitarán a mí cuantos yo pase por serviros, por grandes y no vistos que sean; y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro ir con vos al fin del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso, con la ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos de esta… no quiero decir buena espada, gracias a Ginés de Pasamonte, que me llevó la mía.

Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo:

—Y después de habérsela tajado, y puéstoos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará a vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más os venga en gana. Porque mientras yo tenga ocupada la memoria, cautiva la voluntad y perdido el entendimiento por aquella… y no digo más, no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el Ave Fénix.

Le pareció tan mal a Sancho esto último que dijo su amo acerca de no querer casarse, que con gran enojo, alzando la voz, dijo:

—¡Juro por mí y vuelvo a jurar que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que ponga vuestra merced en duda el casarse con una tan alta princesa como esta? ¿Piensa que la fortuna le ha de ofrecer detrás de cada esquina semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun la mitad, y aun estoy por decir que no le llega al zapato de la que está delante. Así, a buenas horas voy a alcanzar yo el condado que espero, si vuestra merced anda pidiendo naranjas de la China. ¡Cásese, cásese ya, le encomiendo yo a Satanás, y tome ese reino que se le viene a las manos de bóbilis bóbilis, y siendo rey, hágame marqués o adelantado, y después, como si todo se lo lleva el diablo!

Don Quijote, que oyó decir tales blasfemias contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzón, sin hablarle palabra a Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dio dos palos tales, que dio con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dio voces de que no le diera más, sin duda le hubiera quitado allí la vida.

—¿Pensáis —le dijo al cabo de un rato—, villano ruin, que se me puede estar manoseando la entrepierna a todas horas y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has insultado a la sin par Dulcinea. ¿Y no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, no lo tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, ¿y quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza a este gigante y héchoos a vos marqués, que todo esto ya lo doy por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada, si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Hideputa bellaco, y cuán desagradecido sois, que os veis levantado del polvo de la tierra para ser señor de título, y correspondéis a tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto le decía su amo; y levantándose con bastante presteza, se fue a poner detrás del palafrén de Dorotea y desde allí dijo a su amo:

—Dígame, señor: si vuestra merced ha decidido no casarse con esta gran princesa, está claro que el reino no será suyo; y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced de una vez con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes habrá habido en el mundo que fueran amancebados. En lo de la hermosura no me meto, que a decir verdad, las dos me parecen bien, aunque yo nunca he visto a la señora Dulcinea.

—¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? —dijo don Quijote—. ¿Pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

—Digo que no la he visto tan despacio como para haber advertido particularmente su hermosura y sus buenas cualidades punto por punto. Pero así, a bulto, me parece bien.

—Ahora te disculpo —dijo don Quijote—, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros impulsos no están en manos de los hombres.

—Ya lo veo yo —respondió Sancho—, y así en mí la gana de hablar siempre es el primer impulso, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene a la lengua.

—Con todo —dijo don Quijote—, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo a la fuente…, y no te digo más.

—Ya —respondió Sancho—, Dios está en el cielo, que ve las trampas y será juez de quién hace más mal: yo en no hablar bien, o vuestra merced en no obrarlo.

—No haya más —dijo Dorotea—: corred, Sancho, y besad la mano a vuestro señor y pedidle perdón, y de aquí en adelante andad con más tiento en vuestras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de esa señora Tobosa, a quien yo no conozco si no es para servirla, y tened confianza en Dios, que no os va a faltar un estado donde viváis como un príncipe.

Fue Sancho cabizbajo y pidió la mano a su señor, y él se la dio con reposado porte. Y después que se la hubo besado, le echó la bendición y dijo a Sancho que se adelantasen un poco, que tenía que preguntarle y que departir con él cosas de mucha importancia. Lo hizo así Sancho y se apartaron adelantándose un poco.

—Desde que viniste —le dijo don Quijote— no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchos detalles acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trajiste. Y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

—Pregunte vuestra merced lo que quiera —respondió Sancho—, que a todo daré tan buena salida como tuve la entrada. Pero suplico a vuestra merced, señor mío, que no sea de aquí en adelante tan vengativo.

—¿Por qué lo dices, Sancho?

—Lo digo porque estos palos de ahora fueron más por la pendencia que trabó el diablo entre los dos la otra noche que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, a quien amo y reverencio como a una reliquia, aunque con ella no tenga por qué, solo por ser cosa de vuestra merced.

—No tornes a esas pláticas, Sancho, por tu vida, que me dan pesadumbre. Ya te perdoné entonces, y bien sabes tú lo que suele decirse: a pecado nuevo, penitencia nueva.

Mientras iban los dos en estas pláticas, dijo el cura a Dorotea que había andado muy aguda tanto en el cuento como en la brevedad de él y en el parecido que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que se había entretenido en leerlos muchos ratos, pero que ella no sabía dónde estaban las provincias ni puertos de mar, y que, así, dijo a bulto que había desembarcado en Osuna.

—Ya me di cuenta —dijo el cura— y por eso acudí rápido a decir lo que dije, con lo que se arregló todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo

y modo de las necedades de sus libros?

—Así es —dijo Cardenio—, y es tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera habido un ingenio tan agudo que hubiese podido dar con ella.

—Pues otra cosa hay en ello —dijo el cura—: que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que lo juzgue sino como de muy buen entendimiento.

Mientras ellos iban en esta conversación, prosiguió don Quijote con la suya y dijo a Sancho:

—Echemos, Panza amigo, pelillos a la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿Dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro puso cuando leía mi carta? ¿Quién te la copió? Y dime todo aquello que veas que es digno de saberse en este caso, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas o mientas por darme gusto, ni menos aún lo resumas, por no quitármelo.

—Señor, a decir verdad, la carta no me la copió nadie, porque yo no llevé carta alguna.

—Es verdad lo que dices, porque el librito de notas donde yo la escribí lo hallé en mi poder dos días después de tu partida, lo que me causó grandísima pena, por no saber lo que ibas a hacer tú cuando te vieses sin carta, y siempre creí que te darías la vuelta desde el lugar donde la echaras en falta.

—Así habría sido, si yo no la hubiera aprendido de memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije a un sacristán, y este me la copió de la cabeza tan punto por punto, que dijo que no había visto ni leído tan linda carta como aquella en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de excomunión.

—¿Y la tienes todavía en la memoria, Sancho?

—No, señor, porque después que la dije, como vi que no había de ser de más provecho, di en olvidarla, y si algo se me acuerda, era aquello del *sobajada*, digo soberana señora, y lo último: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y en medio de estas dos cosas, le puse más de trescientas almas y vidas y ojos míos.

CAPÍTULO XXXI

DE LOS SABROSOS COLOQUIOS QUE TUVIERON LUGAR ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA, SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS

—Todo eso no me descontenta; continúa —dijo don Quijote—. Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? Seguro que la hallaste ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero.

—No la hallé sino cribando dos fanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados por sus manos. ¿Y te fijaste, amigo, si el trigo era candeal o trechel?

—Era algo peor: rubión.

—Pues yo te aseguro que, cribado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero sigue: cuando le diste mi carta ¿la besó?, ¿se la puso sobre la cabeza?, ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

—Cuando yo se la iba a dar, ella estaba en lo fuerte del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y me dijo: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de cribar todo lo que está aquí.

—¡Discreta señora! Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho: y mientras estaba en sus menesteres, ¿qué coloquios tuvo contigo?, ¿qué te preguntó de mí?, ¿y tú qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero ni una coma.

—Ella no me preguntó nada, pero yo le dije cómo quedaba vuestra merced haciendo penitencia por su servicio, desnudo de cintura para arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles ni peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

—Al decir que maldecía mi fortuna dijiste mal, porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar a tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es, que, la verdad, me lleva a mí más de una cuarta.

—¿Pues cómo, Sancho? ¿Te has medido tú con ella?

—Me medí de esta manera: al irle a ayudar a poner un costal de trigo sobre un jumento, estuvimos tan juntos, que pude ver que me llevaba más de un gran palmo.

—Pero seguramente acompañan y adornan su gran estatura mil millones y gracias

del alma. Y no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor a incienso, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a darle nombre? Digo, ¿un túho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún guantero fino?

—Lo que sé decir —dijo Sancho— es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y sucia.

—No sería eso, sino que tú debías de estar acatarrado o te debiste de oler a ti mismo, porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

—Todo puede ser, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que todos los diablos se parecen.

—Y bien —prosiguió don Quijote—, acabó ya de limpiar su trigo y de enviarlo al molino: ¿qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta —dijo Sancho— no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, más bien la rasgó y la hizo pedazos menudos, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, para que no se supiesen en el pueblo sus secretos, y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que le tenía vuestra merced y de la penitencia extraordinaria que quedaba haciendo por su causa. Y finalmente me dijo que dijese a vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle, y que, así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de estos matorrales y dejase de hacer disparates y se pusiese sin pérdida de tiempo en camino del Toboso, si no le sucedía otra cosa de más importancia, porque tenía gran deseo de ver a vuestra merced. Se rio mucho cuando le dije que vuestra merced se llamaba el Caballero de la Triste Figura. Le pregunté si había ido allá el vizcaíno de marras: me dijo que sí y que era un hombre muy de bien. También le pregunté por los galeotes, pero me dijo que hasta entonces no había visto ninguno.

—Todo va bien hasta ahora —dijo don Quijote—. Pero dime, ¿qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que le llevaste de mí? Porque es costumbre antigua y usada entre los caballeros y damas andantes dar como regalo a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos o a ellas de sus andantes, alguna rica joya en recompensa de su recado.

—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debió de ser en los tiempos pasados, que ahora solo debe de ser costumbre dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea por las tapias de un corral, cuando me despedí de ella; y aun, por más señas, el queso era de oveja.

—Es generosa en extremo —dijo don Quijote—, y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a mano para dártela; pero nunca es tarde si la dicha es buena: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y viniste por los aires, pues has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso poco más de tres días, habiendo de aquí allá más de treinta

leguas. Por lo cual me doy a entender que aquel mago nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es amigo mío, porque forzosamente lo hay y tiene que haberlo, pues de lo contrario yo no sería un buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar a caminar sin que tú lo sintieses; que hay mago de estos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ni de qué manera, amanece al día siguiente a más de mil leguas de donde anocheció. Y si no fuese por esto, los caballeros andantes no se podrían socorrer en sus peligros unos a otros, como se socorren a cada paso, que acaece que está uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago o con algún fiero vestiglo, o con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya a punto de muerte, y cuando menos lo espera, asoma por allá, sobre una nube o en un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, quien le favorece y libra de la muerte, y por la noche se halla en su posada, cenando tan ricamente; y suele haber de una a otra parte dos o tres mil leguas, y todo esto se hace por mañas y sabiduría de estos magos encantadores que cuidan de estos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, en absoluto se me hace difícil creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, algún mago amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

—Así sería, porque la verdad es que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.

—¡Y cómo si llevaba azogue! —dijo don Quijote—, y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse a todo aquello que se les antoja. Pero dejando esto aparte, ¿qué te parece a ti que debo yo hacer ahora de eso que mi señora me manda que la vaya a ver? Que, aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, me veo también imposibilitado por el don que he prometido a la princesa que viene con nosotros, y me fuerza la ley de caballería a cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte, me acosa y fatiga el deseo de ver a mi señora; por otra, me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa. Pero lo que pienso hacer será caminar deprisa y llegar cuanto antes adonde está ese gigante, y cortarle la cabeza en cuanto llegue y poner a la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta para ver la luz que alumbra mis sentidos, a la que daré tales disculpas, que ella acabe dando por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da y de ser yo suyo.

—¡Ay —dijo Sancho—, y lo mal de la cabeza que está vuestra merced! Pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde y dejar pasar y perder un casamiento tan rico y tan principal como este, donde le dan en dote un reino, que en verdad he oído decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y

vergüenza tenía que darle lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese ya en el primer pueblo que haya cura. Y si no, ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y que más vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por mucho que se enoje no se venga.

—Mira, Sancho, si el consejo que me das de que me case es para que en cuanto mate al gigante sea rey y tenga ocasión de hacerte mercedes y darte lo prometido, te hago saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque conseguiré como galardón, antes de entrar en batalla, que si salgo vencedor de ella, y aunque no me case, me tendrán que dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quiera. Y si me la dan, ¿a quién quieres tú que la dé sino a ti?

—Eso está claro, pero mire vuestra merced escogerla hacia la costa, para que, si no me gusta aquella vida, pueda embarcar mis negros vasallos y hacer de ellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se preocupe de ir por ahora a ver a mi señora Dulcinea, y váyase a matar al gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios que me da a mí que va a ser de mucha honra y de mucho provecho.

—Te digo, Sancho, que estás en lo cierto y que voy a seguir tu consejo en lo de ir antes con la princesa que a ver a Dulcinea. Y te ruego que no digas nada a nadie de lo que aquí hemos hablado y tratado, ni a los que vienen con nosotros; pues siendo Dulcinea tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no estaría bien que yo ni otro los descubra por mí.

—Pues si eso es así, ¿por qué obliga vuestra merced a todos los que vence por su brazo a ir a presentarse ante mi señora Dulcinea, siendo esto como proclamar que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que van tienen que ir a hincarse de hinojos en su presencia y decir que van de parte de vuestra merced a darle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de los dos?

—¡Qué necio y qué simple eres! ¿Tú no ves, Sancho, que todo eso redunda en su mayor ensalzamiento? Porque tienes que saber que en este nuestro estilo de caballería es una gran honra que una dama tenga muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pensamientos que a servirla solo por ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos sino que ella se contente con aceptarlos como sus caballeros.

—Con esa clase de amor —dijo Sancho— he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena, aunque yo lo querría amar y servir por lo que pudiese.

—¡Válgate el diablo por villano, y qué de agudezas dices a veces! No parece sino que hayas estudiado.

—Pues a fe mía que no sé ni leer —respondió Sancho.

En esto les dio voces maese Nicolás que esperasen un poco, que querían detenerse a beber en una fontecilla que estaba allí. Se detuvo don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto y temía no le cogiese su

amo en un renuncio; porque, aunque él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida.

En este tiempo se había vestido Cardenio los vestidos que traía Dorotea cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, sacaban mucha ventaja a los que dejaba. Se apearon junto a la fuente, y con lo que el cura consiguió en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían.

Estando en esto, acertó a pasar por allí un muchacho que iba de camino, quien, poniéndose a mirar con mucha atención a los que estaban en la fuente, se abalanzó de pronto sobre don Quijote, y abrazándolo por las piernas, comenzó a llorar muy a propósito, diciendo:

—¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy Andrés, aquel mozo que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.

Le reconoció don Quijote, y asiéndolo por la mano, se volvió a los que allí estaban y dijo:

—Para que vean vuestras mercedes de cuánta importancia es que haya caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que en los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y necesitada. Acudí inmediatamente, llevado de mi obligación, a la parte donde me pareció que sonaban las lamentables voces, y hallé atado a una encina a este muchacho que ahora está delante, de lo que me alegro en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado a la encina, desnudo de cintura para arriba, y lo estaba abriendo a azotes con las riendas de una yegua un villano, que supe después que era amo suyo; y nada más verlo le pregunté la causa de tan atroz vapuleamiento; respondió el zafio que lo azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple; a lo cual este niño dijo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, que, aunque fueron oídas por mí, no fueron admitidas. En resumidas cuentas, lo hice desatar, y tomé juramento al villano de que lo llevaría consigo y le pagaría un real detrás de otro, y aun perfumados. ¿No es verdad todo esto, Andrés, hijo mío? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di a estos señores lo que pasó, para que se vea y considere cómo es del provecho que digo el que haya caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad —respondió el muchacho—, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés? —replicó don Quijote—. Entonces ¿no te pagó el villano?

—No solo no me pagó —respondió el muchacho—, sino que en cuanto vuestra merced salió del bosque y quedamos solos, me volvió a atar a la misma encina y me

dio de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y a cada azote que me daba, me decía un donaire y una cuchufleta para hacer burla de vuestra merced, que, de no sentir yo tanto dolor, me hubiera reído de lo que decía. De hecho, me dejó en tal estado, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano me hizo entonces. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si hubiera seguido su camino, y no hubiera venido adonde no le llamaban ni se hubiese entrometido en negocios ajenos, mi amo se habría contentado con darme una o dos docenas de azotes, y luego me hubiera soltado y pagado cuanto me debía. Pero como vuestra merced lo deshonró tan sin propósito y le dijo tantas villanías, se le encendió la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vio solo descargó sobre mí el nublado, de tal modo, que me parece que no volveré a ser hombre en toda mi vida.

—El daño estuvo —dijo don Quijote— en irme yo de allí, que no me tenía que haber ido hasta dejarte pagado, porque bien debía yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde la palabra que da, si él ve que no le viene bien guardarla. Pero te tienes que acordar, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, iría a buscarlo y que lo hallaría, aunque se escondiese en el vientre de la ballena.

—Es verdad —dijo Andrés—, pero no sirvió de nada.

—Ahora verás si sirve —dijo don Quijote.

Y diciendo esto se levantó muy deprisa y mandó a Sancho poner el bocado a Rocinante, que estaba paciendo mientras ellos comían.

Le preguntó Dorotea qué era lo que quería hacer. Él le respondió que quería ir a buscar al villano y castigarlo por su mala conducta, y hacer que le pagase a Andrés hasta el último maravedí, a despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advirtiese que, conforme al don prometido, no podía meterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que como esto lo sabía él mejor que ninguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

—Tenéis razón —respondió don Quijote—, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís. Que yo le torno a jurar y a prometer de nuevo no parar hasta vengarlo y que le pague.

—No me creo esos juramentos —dijo Andrés—. Más quisiera tener ahora con qué llegar a Sevilla que todas las venganzas del mundo. Deme, si tiene ahí, algo para comer y llevar, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bienandantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo.

Sacó de sus provisiones Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselos al mozo, le dijo:

—Toma, hermano Andrés, que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza a vos? —preguntó Andrés.

—Esta parte de queso y pan que os doy —respondió Sancho—, que Dios sabe si me harán falta o no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas que

se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo a don Quijote:

—Por amor de Dios, señor caballero andante, si otra vez me encuentra, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será mayor que la que me venga de la ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Se iba a levantar don Quijote para castigarlo, pero él se puso a correr de tal modo que ninguno se atrevió a seguirlo. Quedó harto abochornado don Quijote con el cuento de Andrés, y fue menester que los demás llevasen mucha cuenta para no reírse, por no acabarlo de abochornar del todo.

CAPÍTULO XXXII

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA VENTA A TODA LA CUADRILLA DE DON QUIJOTE

Se acabó la buena comida, ensillaron después, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron al día siguiente a la venta espanto y pavor de Sancho Panza; y aunque él hubiera querido no entrar en ella, no lo pudo evitar. La ventera, el ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir a don Quijote y a Sancho, los salieron a recibir con muestras de mucha alegría, y aquel las recibió con gran solemnidad y aprobación, y les dijo que le aderezasen otro lecho mejor que la vez anterior. A lo cual le respondió la ventera que cuando le pagase mejor que la última vez, ella se lo daría de príncipes. Don Quijote dijo que lo haría así, y, de ese modo, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras, y al punto él se acostó, porque venía muy quebrantado y falto de juicio.

Apenas se hubo retirado, la ventera se fue a por el barbero, y asiéndolo de la barba, dijo:

—¡Por la señal de la cruz que mi rabo ya no le servirá de barba! Devuélvame mi cola, que es una vergüenza que lo de mi marido ande por los suelos: me refiero al peine que solía yo colgar de mi buena cola.

No se la quería dar el barbero, por más que ella tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester seguir con aquel artificio, y que se descubriese y mostrase tal como era, y dijese a don Quijote que cuando lo despojaron los ladrones galeotes se habían venido a aquella venta huyendo, y que si preguntaba por el escudero de la princesa, le dirían que ella lo había enviado por delante a dar aviso a los de su reino que ella iba y llevaba consigo al libertador de todos. Con esto dio de buena gana el barbero la cola a la ventera, y también le devolvieron todas las cosas que había prestado para la libertad de don Quijote.

Se admiraron todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer con lo que hubiese en la venta, y el ventero, con esperanza de mejor paga, les aderezó con diligencia una razonable comida. Y a todo esto dormía don Quijote, y fueron de la opinión de no despertarlo, porque le haría en ese momento más provecho el dormir que el comer.

Trataron en la sobremesa, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de don Quijote y del modo que

lo habían hallado. La ventera les contó lo que les había acontecido con él y con el arriero, y mirando si estaba por allí Sancho, al no verlo, contó todo lo de su manteamiento, de lo que recibieron no poco gusto. Y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían volteado el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso, pues la verdad es que, a lo que yo entiendo, no hay mejor lectura en el mundo, y tengo ahí dos o tres de ellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer y coge uno de estos libros en las manos, y lo rodeamos más de treinta y lo estamos escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. Al menos, de mí sé decir que cuando oigo decir aquellos furibundos y terribles golpes que pegan los caballeros, me entran ganas de hacer otro tanto, y querría estar oyéndolos noche y día.

—Y yo ni más ni menos —dijo la ventera—, porque nunca tengo un rato mejor en mi casa que aquel que vos estáis escuchando leer y tan embobado, que entonces no os acordáis de reñir.

—Es verdad —dijo Maritornes—, y de veras que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, con una dueña que les está haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y a vos ¿qué os parece, señora doncella? —dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

—No lo sé, señor —respondió ella—. También yo lo escucho, y la verdad es que aunque no lo entiendo, me gusta oírlo; pero no gusto yo de los golpes que le gustan a mi padre, sino de los lamentos que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que la verdad es que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

—Entonces ¿vos los remediaríais, señora doncella —dijo Dorotea—, si lloraran por vos?

—No sé lo que me haría —respondió la moza—: solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. ¡Y Jesús!, yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado le dejan que se muera o que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen por honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

—Calla, niña —dijo la ventera—, que parece que sabes mucho de estas cosas, y no les está bien a las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo preguntaba este señor —respondió ella—, no pude dejar de responderle.

—De acuerdo —dijo el cura—. Traedme, señor ventero, esos libros, que los quiero ver.

—Con mucho gusto —respondió él.

Y entrando en su aposento, sacó de él una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles con muy buena letra, escritos a mano. El primer libro que abrió vio que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro, *Felixmarte de Hircania*, y el otro, la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*. En cuanto el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo:

—Falta nos harían aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No la hacen —respondió el barbero—, que también sé yo llevarlos al corral o a la chimenea, que por cierto hay muy buen fuego en ella.

—Entonces ¿quiere vuestra merced quemar más libros? —dijo el ventero.

—No más —dijo el cura— que estos dos, el de *Don Cirongilio* y el de *Felixmarte*.

—¿Pues por ventura —dijo el ventero— mis libros son herejes o *flemáticos*, que los quiere quemar?

—*Cismáticos* querréis decir, amigo —dijo el barbero—, que no flemáticos.

—Eso —replicó el ventero—. Pero si quiere quemar alguno, sea ese del Gran Capitán y de ese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de los otros.

—Hermano mío —dijo el cura—, estos libros son mentirosos y están llenos de disparates y fantasías, pero este del Gran Capitán es historia verdadera y contiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, quien por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado por todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, y de él solo merecido; y este Diego García de Paredes fue un caballero principal, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y puesto con un mandoble en la entrada de un puente, impidió a todo un innumerable ejército que pasase por él; e hizo otras cosas tales, que, si en lugar de como él las cuenta y las escribe él mismo, con la modestia de caballero y como su propio cronista, las hubiera escrito otro, libre y desapasionado, habrían hecho olvidar las de los Héctores, Aquiles y Roldanes.

—¡Ahí va mi padre! —dijo el ventero—. ¡Mira tú de qué se espanta, de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora tenía vuestra merced que leer lo que hizo Felixmarte de Hircania, que de un solo revés partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños con las vainas. Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde se llevó por delante más de un millón seiscientos mil soldados, todos armados de los pies a la cabeza, y los desbarató a todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como

puede verse en el libro? Se cuenta en él que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, apenas la vio, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y le apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio que dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar. Y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla, y luego la sierpe se convirtió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas, que no hay más que oír. Calle, señor, que si oyese esto, se volvería loco de placer. ¡Dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice!

Oyendo esto Dorotea, dijo en voz baja a Cardenio:

—A nuestro anfitrión le falta muy poco para hacer el dúo a don Quijote.

—Eso me parece a mí —respondió Cardenio—, porque, según da indicio, está convencido de que todo lo que cuentan estos libros pasó ni más ni menos como lo escriben, y no le van a hacer creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano —tornó a decir el cura—, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes a los que cuentan los libros de caballerías, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros existieron en el mundo, ni acontecieron en él tales hazañas ni disparates.

—¡A otro perro con ese hueso! —respondió el ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son dos y dos, y dónde me aprieta el zapato! No quiera vuestra merced que me chupe el dedo, porque por Dios que no soy ningún bobo. ¡Mira que quererme vuestra merced dar a entender que todo aquello que dicen estos buenos libros son disparates y mentiras, estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que dejaran imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo —replicó el cura—, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de mesa, para entretener a algunos que ni tienen por qué, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no va a haber nadie tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna de estos libros. Y si me fuera lícito ahora y el auditorio lo requiriera, yo diría cosas acerca de lo que tienen que tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá serían de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que venga tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediarlo, y mientras tanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros y allá os entendáis con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped

don Quijote.

—Eso no —respondió el ventero—, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

Presente en esta plática se hallaba Sancho, y quedó muy confuso y pensativo por lo que había oído decir de que ahora no se usaban caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y decidió esperar a ver en qué paraba aquel viaje de su amo, y dejarlo y volver con su mujer y sus hijos a su trabajo acostumbrado, si no salía con la felicidad que él pensaba.

Se llevaba la maleta y los libros el ventero, pero el cura le dijo:

—Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que están escritos con tan buena letra.

Los sacó el huésped, y dándoselos a leer, vio hasta ocho pliegos escritos a mano, y al principio tenían un título grande que decía: *Novela del curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres o cuatro renglones y dijo:

—Cierto que no me parece mal el título de esta novela, y me dan ganas de leerla toda.

—Pues bien puede leerla su reverencia —dijo el ventero—, porque le hago saber que a algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con mucho interés; pero yo no se la he querido dar, pensando devolvérsela a quien dejó aquí olvidada esta maleta con estos libros y estos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí dentro de poco, y aunque sé que voy a echarlos de menos, la verdad es que se los tengo que devolver, que, aunque ventero, todavía soy cristiano.

—Vos tenéis mucha razón, amigo —dijo el cura—, pero, aun así, si la novela me contenta, me la habéis de dejar copiar.

—De muy buena gana —respondió el ventero.

Mientras los dos decían esto, había tomado Cardenio la novela y comenzado a leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que la oyesen todos.

—La leería —dijo el cura—, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

—Harto reposo será para mí —dijo Dorotea— entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razón.

—Pues si es así —dijo el cura—, voy a leerla, por curiosidad siquiera: quizá tenga alguna cosa de gusto.

Acudió maese Nicolás a rogarle lo mismo, y Sancho también; visto lo cual por el cura, y entendiendo que daría gusto a todos y él lo recibiría, dijo:

—Pues sí es así, estenme todos atentos, que la novela comienza de esta manera:

CAPÍTULO XXXIII

DONDE SE CUENTA LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia eran llamados por todos los que los conocían «los dos amigos». Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo cual era causa bastante para que los dos se correspondiesen con recíproca amistad.

Bien es verdad que Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que Lotario, al que llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir a los de Anselmo, y de esta manera andaban tan a una sus voluntades, que ningún reloj marchaba tan a compás.

Andaba Anselmo perdido de amores por una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella de por sí, que decidió, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual no hacía cosa ninguna, pedirla por esposa a sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan a gusto de su amigo, que en breve tiempo este se vio puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo, y a Lotario, por medio de cual le había venido tanto bien.

Los primeros días, como todos los de boda suelen ser alegres, frecuentó Lotario como solía la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarlo, festejarlo y regocijarlo con todo aquello que a él le fue posible; pero acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario a descuidarse a propósito en las idas a casa de Anselmo, por parecerle a él (como es razón que parezca a todos los que fueren discretos) que no se deben visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe ser sospechosa en nada, es, con todo, tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, no digamos ya de los amigos.

Notó Anselmo la desgana de Lotario y empezó a cursar sus quejas, diciéndole que

si él hubiera sabido que el casarse iba a ser la causa de no tratarlo como solía, jamás lo hubiera hecho, y que si, por la buena relación que tenían los dos cuando él estaba soltero, habían alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados «los dos amigos», no permitiese, por querer parecer circunspecto, sin ninguna otra causa, que se perdiese tan famoso y tan agradable nombre; y que por eso le suplicaba, si era lícito que ese modo de hablar se usase entre ellos, que volviese a ser señor de su casa y a entrar y salir de ella como antes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviese, y que, por haber sabido ella cuán de verdad se amaban los dos, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza.

A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadirle que volviese como solía a su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y cuidado, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de acuerdo en que Lotario iría a comer con él dos días a la semana y las fiestas. Y aunque esto quedó concertado así entre los dos, se propuso Lotario hacer solo aquello que viese que más convenía a la honra de su amigo, cuyo crédito tenía en más que el suyo propio. Decía él, y decía bien, que el casado a quien el cielo había concedido una mujer hermosa debía tener tanto cuidado en qué amigos llevaba a su casa como en mirar con qué amigas conversaba su mujer, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni en las visitas al Santísimo (cosas que no siempre tienen por qué negárselas los maridos a sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga o la parienta con quien se tiene más confianza.

También decía Lotario que los casados tendrían que tener cada uno algún amigo que les advirtiera de los descuidos que hagan en su proceder, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido tiene a la mujer, y por no enojarla, no le advierte o no le dice que haga o deje de hacer algunas cosas que, el hacerlas o no, pueden ser para él honra o baldón, con lo cual si el amigo se lo llegara a advertir, pondría remedio a todo fácilmente.

Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí lo pide Lotario? No lo sé yo, desde luego. Solo Lotario lo era, y con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo y procuraba diezmar, espaciar y acortar los días del concierto de ir a su casa, para que no pareciese mal al vulgo ocioso y a los ojos vagabundos y maliciosos la entrada en la casa de una mujer tan hermosa como Camila de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y con las buenas cualidades que él pensaba que tenía. Pues aunque su bondad y valor podía poner freno a toda lengua maldiciente, aun así no quería poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto la mayoría de los días del concierto los ocupaba y entretenía en otras cosas que él daba a entender que eran inexcusables. Así que entre quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del día.

Sucedió, pues, que un día que los dos andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo a Lotario estas palabras:

—Pensabas, amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de unos padres como los míos y al darme con mano no escasa los bienes, tanto los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y supere al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia, dos prendas que estimo, si no en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues con todos estos dones, que suelen ser todo con lo que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo como el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo, porque no sé de qué días a esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso común de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño a solas, y procuro callar lo y encubrirlo con mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si hubiera querido decirlo a propósito a todo el mundo. Y puesto que acabará él saliendo a plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado en que con él y con la diligencia que pongas en remediarme, como amigo verdadero mío, yo me veré pronto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.

Suspenso tenían a Lotario las palabras de Anselmo, y no sabía en qué había de parar tan larga prevención o preámbulo, y aunque iba revolviendo en su imaginación qué deseo podría ser aquel que tanto fatigaba a su amigo, dio siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir cuanto antes de la agonía que le causaba aquel suspense, le dijo que hacía notorio agravio a su mucha amistad andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues sabía de sobra que se podía prometer de él, ya consuelo para aliviarlos, o ya remedio para cumplirlos.

—Es cierto —respondió Anselmo—, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme de esta verdad si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mí, amigo mío, que una mujer no es enteramente buena si antes no ha sido solicitada, y que solo es fuerte aquella que no se dobla a las promesas, a las dádivas, a las lágrimas y a las continuas importunidades de los amantes solícitos. Porque ¿qué hay que agradecer —decía él— de que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Y qué de que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene un marido que cogiéndola en el primer desliz le ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor o por falta de ocasión, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada y perseguida que salió con la corona de la victoria.

»De modo que por estas razones, y por otras muchas que te podría decir para acreditar y fortalecer la opinión que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades y se acrisole y aquilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de la victoria de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura:

podré yo decir que está colmado el vaso de mis deseos, diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice: “¿quién la hallará?”. Y si sucediese al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinión llevaré sin pena la que con toda razón podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y dando por descontado que ninguna de cuantas cosas me digas en contra de mi deseo servirá de nada para dejar de ejecutarlo, quiero, amigo Lotario, que te dispongas a ser el instrumento que labre esta obra de mi gusto, que yo te daré ocasión para que lo hagas, sin faltarte nada de aquello que yo viese que es necesario para solicitar a una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y me mueve, entre otras cosas, a confiarte esta tan ardua empresa el ver que si Camila es vencida por ti, no ha de llegar el vencimiento a todo trance y rigor, sino solo a dar por hecho lo que habría que hacer, por buenos motivos; y así, no quedaré yo ofendido más que con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me incumba será eterno como el de la muerte. Así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, tendrás que entrar desde ahora mismo en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahínco y diligencia que pide mi deseo y con la confianza que me asegura nuestra amistad.

Estas fueron las razones que Anselmo dijo a Lotario, a todas las cuales estuvo tan atento que, excepto las que le dijo, ya transcritas, no despegó sus labios hasta que hubo acabado. Y viendo que no decía más, después de estarle mirando un buen rato, como si mirara algo que le causaba extrañeza y espanto y que no hubiera visto jamás, le dijo:

—No me puedo persuadir, amigo Anselmo, de que no sean burlas las cosas que me has dicho, que si pensase que las decías de veras, no hubiera consentido que llegases tan lejos, porque con no escucharte hubiera evitado tu larga arenga. Sin duda imagino, o que no me conoces, o que yo no te conozco. Pero no, que sé de sobra que eres Anselmo y tú sabes que yo soy Lotario. El daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solías y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debía ser, porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo amigo mío, ni las que me pides se deben pedir a aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar a sus amigos y valerse de ellos, como dijo un poeta, *usque ad aras*, hasta el altar, que quiso decir que no se debían valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Y si esto pensaba de la amistad un gentil, ¿cuánto mejor es que lo piense el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y si el amigo llega tan lejos como para dejar de lado los respetos al cielo por acudir a los de su amigo, que no sea por cosas ligeras y de poca monta, sino por aquellas en que le vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure a complacerte y a hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna, por cierto; antes me pides, según yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela a mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está

que te quito la vida, pues el hombre sin honra es peor que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo a quedar deshonrado y, por consiguiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo preciso acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche.

—Con mucho gusto —dijo Anselmo—, di lo que quieras.

—Me parece, Anselmo —prosiguió diciendo Lotario—, que tienes tú ahora el ingenio como el que tienen siempre los moros, a los que no se les puede dar a entender el error de su secta con los comentarios de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: «Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales»; y si no entiendan esto de palabra, como en efecto no lo entienden, se les ha de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con esto nadie se basta con ellos para persuadirlos de las verdades de nuestra sacra religión. Y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que será tiempo gastado el que ocupe en darte a entender tu simplicidad (que por ahora no quiero darle otro nombre), y aun estoy por dejarte en tu desatino, como castigo de tu mal deseo; pero no me deja usar de este rigor la amistad que te tengo, que no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y para que lo veas claro, dime, Anselmo: ¿tú no me has dicho que tengo que solicitar a una recatada, persuadir a una honesta, ofrecer a una desinteresada, cortejar a una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer recatada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que va a salir vencedora de todos mis asaltos, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle además de los que tiene ahora, o qué más será después de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, o tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, en vez de hacer con ella, como mala, lo que más te venga en gusto? Pero si es tan buena como crees, será cosa impertinente hacer experiencia de la misma verdad, pues después de hecha se quedará con la estimación que tenía antes.

»Así que es razón concluyente que el intentar las cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas a que no son forzados ni compelidos y que traen de muy lejos descubierto que el intentarlas es una locura manifiesta. Las cosas dificultosas se intentan por Dios o por el mundo o por ambos a dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo a vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza

de gentes, por adquirir esos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en la muralla enemiga abierto un espacio como el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin pensarlo ni prestar atención al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo por las alas del deseo de defender su fe, su nación y su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de las mil diferentes muertes que los esperan.

»Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner en obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, ni bienes de fortuna, ni fama con los hombres, porque, aunque te salgas con la tuya como deseas, no vas a quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado de lo que estás ahora; y si no te sales con la tuya, te vas a ver en la mayor miseria que pueda imaginarse, porque no te va a aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmación de esta verdad, te quiero decir una estrofa que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, al final de su primera parte de *Las lágrimas de San Pedro*, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza
en Pedro, cuando el día se ha mostrado;
y aunque allí no ve a nadie, se avergüenza
de sí mismo, por ver que había pecado:
que a un noble pecho a concebir vergüenza
no solo ha de moverlo el ser mirado;
que de sí se avergüenza cuando yerra,
si bien otro no ve que cielo y tierra.

»Así que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar de continuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos; que aunque aquello sea ficción poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos e imitados. Aparte que con lo que ahora pienso decirte acabarás de comprender el gran error que quieres cometer.

»Dime, Anselmo, si el cielo o la buena suerte te hubiera hecho señor y legítimo dueño de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos joyeros lo viesen, y que todos a una voz y de común parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza a cuanto se podía extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿sería justo que se te antojara tomar aquel diamante y ponerlo entre un yunque y un martillo, y allí, a

pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Además, si lo pusieses en práctica, y en el supuesto de que la piedra resistiese tan necia prueba, no por eso se le añadiría más valor ni más fama; y si se rompiese, cosa que podría ser, ¿no se perdería todo? Desde luego que sí, dejando a su dueño en estimación de que todos lo tengan por simple. Pues haz cuenta, amigo Anselmo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón ponerla en situación de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza no puede subir a más valor del que tiene ahora; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cómo quedarías sin ella y con cuánta razón te podrías quejar de ti mismo, por haber sido causa de su perdición y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que valga tanto como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que se tiene de ellas; y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner en duda esta verdad? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner obstáculos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejarle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en ser virtuosa.

»Cuentan los naturalistas que el armiño es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarlo los cazadores, usan de este artificio: que, sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después, en un ojeo, lo encaminan hacia aquel lugar, y en cuanto el armiño llega al lodo se está quedo y se deja prender y cautivar, con tal de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La mujer honesta y casta es armiño, y es más que nieve limpia y blanca la virtud de la honestidad; y el que no quiera que la pierda, antes la guarde y conserve, y use de otro estilo diferente del que se emplea con el armiño, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda atropellar por sí misma y pasar por aquellos obstáculos, y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama.

»Es también la mujer buena como espejo de cristal luciente y claro, pero está sujeto a empañarse y oscurecerse con cualquier aliento que le toque. Se ha de usar con la mujer honesta el mismo estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas. Se ha de guardar y estimar a la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie lo pasee ni manosee: basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido a la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que vienen al caso de lo que vamos tratando. Aconsejaba un viejo prudente a otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo estas:

Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
en peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo:
que si hay Dánaes en el mundo,
hay lluvias de oro también.

»Cuanto te he dicho hasta aquí, Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y ahora estará bien que se oiga algo de lo que a mí me conviene, y si fuese largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque.

»Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, es seguro que me ha de tener por hombre sin honra y sin escrúpulos, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello a que me obliga el ser quien soy y tu amistad. De que quieres que te la quite a ti no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito va a pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dio atrevimiento a descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada te toca a ti, como a cosa suya, su misma deshonra. Y de aquí nace lo que es uso común: que el marido de la mujer adúltera, aunque él no lo sepa, ni haya dado ocasión para que su mujer no sea la que debe, ni haya estado en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo lo llaman y lo nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera los que saben la maldad de su mujer lo miran con ojos de menosprecio, en vez de mirarlo con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero te quiero decir la causa porque con justa razón es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasión para que ella lo sea. Y no te canses de oírme, que todo ha de redundar en tu provecho.

»Cuando Dios crio a nuestro primer padre en el Paraíso terrenal, dice la Divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán y que, estando durmiendo, le sacó una costilla del lado izquierdo, de la que formó a nuestra madre Eva; y en cuanto Adán despertó y la miró, dijo: “Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos”; y Dios

dijo: «Por esta dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán dos en una misma carne». Y entonces fue instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que solo la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos personas diferentes sean una misma carne, y aún hace más en los buenos casados: que, aunque tienen dos almas, no tienen más que una voluntad. Y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen o los defectos que se procura redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasión para aquel daño. Porque así como el dolor del pie o de cualquier miembro del cuerpo humano lo siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se lo haya causado, así el marido participa de la deshonra de la mujer, por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y sean de este género las de la mujer mala, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa.

»Mira, pues, Anselmo, el peligro en que te pones queriendo turbar el sosiego en que vive tu buena esposa; mira por cuán vana e impertinente curiosidad quieres revolver las pasiones que ahora están sosegadas en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras a ganar es poco, y que lo que perderías sería tanto, que voy a dejarlo aquí, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta para disuadirte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque pierda por ello tu amistad, que es la mayor pérdida que puedo imaginar».

Después de decir esto calló el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que durante un buen rato no le pudo responder palabra; pero al fin, le dijo:

—He escuchado con la atención que has visto, amigo Lotario, cuanto has querido decirme, y en tus palabras, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discreción que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas, y también veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mío, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, debes considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres a las que, como es moda, se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas de ver, no digamos ya para comerse. Así que es menester usar de algún artificio para que yo sane, y esto se podría hacer con facilidad solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, a solicitar a Camila, quien no va a ser tan tierna que a los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y solo con este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes a nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estás obligado a hacer esto por una razón sola, y es que estando yo, como estoy, decidido a poner en práctica esta prueba, tú no has de consentir que yo dé cuenta de mi desatino a otra persona, con que pondría en

peligro el honor que tú procuras que no pierda; y si el tuyo, mientras la solicitas, no sigue en el punto que debe en la opinión de Camila, importa poco o nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con lo que volverá tu crédito a como estaba. Y pues tan poco aventuras y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque se te pongan delante más inconvenientes, pues, como ya he dicho, solo con que comiences, daré por concluida la causa.

Viendo Lotario la resuelta voluntad de Anselmo y no sabiendo qué más ejemplos traerle ni qué más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba con darle a otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal decidió contentarlo y hacer lo que le pedía, con propósito e intención de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila, Anselmo quedase satisfecho. Y así, le respondió que no comunicase su pensamiento a ningún otro, que él tomaba a su cargo aquella empresa, que comenzaría cuando a él le diese más gusto. Lo abrazó Anselmo tierna y amorosamente, y le agradeció su ofrecimiento como si le hubiera hecho alguna gran merced, y quedaron de acuerdo entre los dos que se comenzase todo a partir del día siguiente, que él le daría lugar y tiempo para que pudiese hablar a solas a Camila, y le daría también dineros y joyas que darle y que ofrecerle. Le aconsejó que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que, si él no quería tomarse el trabajo de hacerlos, él mismo los haría. A todo se ofreció Lotario, con bien diferente intención a la que pensaba Anselmo.

Y con este acuerdo se volvieron a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila con ansia y preocupación esperando a su esposo, porque aquel día tardaba en venir más de lo acostumbrado.

Se fue Lotario a su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo que tendría para engañar a Anselmo sin ofender a Camila, y al día siguiente vino a comer con su amigo, y fue bien recibido por Camila, quien lo recibía y agasajaba con la mejor voluntad, por entender la buena que le tenía su esposo.

Acabaron de comer, levantaron los manteles y Anselmo dijo a Lotario que se quedase allí con Camila mientras él iba a un negocio forzoso, que volvería hora y media después. Le rogó Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció a hacerle compañía, pero no sirvió de nada con Anselmo, antes insistió a Lotario para que se quedase y le aguardase, porque tenía que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo también a Camila que mientras él volvía no dejase solo a Lotario. En efecto, supo tan bien él fingir la necesidad o necedad de su ausencia, que nadie hubiera podido entender que era fingida. Se fue Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila y Lotario, porque los demás criados de casa se habían ido todos a comer. Se vio Lotario puesto en el aprieto que deseaba su amigo, y con el enemigo delante, que hubiera podido vencer con su hermosura sola a un escuadrón de caballeros armados:

mirad si Lotario tenía razón para temerlo.

Pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdón a Camila por la descortesía, dijo que quería reposar un poco mientras volvía Anselmo. Camila le respondió que mejor reposaría en el estrado que en la silla, y así, le rogó se pusiese a dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, quien, al hallar a Camila en su aposento y a Lotario durmiendo, creyó que, como había tardado tanto, ya habrían tenido los dos tiempo de hablar, y aun de dormir, y no vio la hora en que Lotario despertase, para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura.

Todo le sucedió como él quiso: Lotario despertó, y al punto salieron los dos de casa, y así, le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le había parecido bien que la primera vez se descubriese del todo, y así, no había hecho otra cosa que alabar a Camila de hermosa, diciéndole que no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de su hermosura y discreción, y que este le había parecido un buen principio para irse ganando su voluntad y disponiéndola para que la siguiente vez le escuchase con gusto, usando en esto el artificio que el demonio usa cuando quiere engañar a alguien que se pone en una atalaya para cuidar de sí: que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y, poniéndole delante apariencias buenas, al final descubre quién es y sale con su intención, si al principio no se descubrió su engaño. Todo esto le contentó mucho a Anselmo, y dijo que cada día daría las mismas facilidades, aunque no saliese de casa, para ocuparse en ella en cosas de modo que Camila no pudiese llegar a conocer su artificio.

Sucedió, pues, que se pasaron muchos días en que, sin decirle Lotario ni una palabra a Camila, le contaba a Anselmo que le hablaba y jamás podía sacar de ella ni una pequeña muestra de condescender en nada que fuese malo, ni aun dar una señal de sombra de esperanza, antes decía que lo amenazaba con que si no se quitaba de aquel mal pensamiento, se lo iba a decir a su esposo.

—Bien está —dijo Anselmo—. Hasta aquí ha resistido Camila a las palabras; es menester ver cómo resiste a las obras. Yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcáis, y aun se los deis, y otros tantos para que compréis joyas con que ponerle cebo; que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, a esto de ir bien vestidas y andar galanas, y si ella resiste a esta tentación, yo quedaré satisfecho y no os daré más pesadumbre.

Lotario respondió que ya que había comenzado, él llevaría hasta el fin aquella empresa, aunque iba a salir de ella cansado y vencido. Al día siguiente recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabía qué decirse para mentir de nuevo; pero, en efecto, decidió decirle que Camila estaba tan entera a las dádivas y promesas como a las palabras, y que no había para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde.

Pero la suerte, que guiaba las cosas de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos a Lotario y a Camila, como solía otras veces, él se encerró en un

aposento y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vio que en más de media hora Lotario no habló palabra a Camila, ni se la hubiera hablado aunque hubiera estado allí un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le había dicho de las respuestas de Camila era todo ficción y mentira. Y para ver si esto era así, salió del aposento, y llamando a Lotario aparte, le preguntó qué nuevas había y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba darle más puntada a aquel negocio, porque respondía tan áspera y desabridamente, que no tendría ánimo para volver a decirle ninguna cosa.

—¡Ay, Lotario, Lotario —dijo Anselmo—, y qué mal correspondes a lo que me debes y a lo mucho que de ti confío! Te he estado mirando ahora por el lugar que permite la entrada de esta llave, y he visto que no has dicho palabra a Camila, por donde me doy a entender que hasta las primeras te quedan por decirle; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, o por qué quieres quitarme con tus mañas los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo?

No dijo más Anselmo, pero bastó lo que había dicho para dejar avergonzado y confuso a Lotario, quien, casi como tomando como un deshonor el haber sido sorprendido en una mentira, juró a Anselmo que desde aquel momento tomaba tan a pecho el contentarlo y no mentirle, que lo vería si lo espiaba con curiosidad, aunque no sería menester en absoluto usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacerlo le quitaría de toda sospecha. Le creyó Anselmo, y para darle comodidad más segura y menos sobresaltada, decidió ausentarse de su casa ocho días, yéndose a la de un amigo suyo, que estaba en una aldea, no lejos de la ciudad, amigo con el que concertó que le enviase a llamar con mucho empeño, para justificar su partida ante Camila.

¡Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que trazas? ¿Qué es lo que ordenas? Mira que lo haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdición. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote en peligro de que se venga toda abajo, pues al fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que busca lo imposible, es justo que se le niegue lo posible, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida

y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha establecido
que, pues lo imposible pido,
lo aun posible no me den.

Se fue al día siguiente Anselmo a la aldea, dejando dicho a Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendría Lotario a mirar por su casa y a comer con ella, que tuviese cuidado de tratarlo como a su misma persona. Se afligió Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que le dejaba su marido, y le dijo que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa, y que si lo hacía por no tener confianza en que ella sabría gobernar su casa, que probase por aquella vez, y la experiencia le haría ver que se bastaba para mayores cuidados. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecerle. Camila dijo que así lo haría, aunque contra su voluntad.

Se partió Anselmo, y al día siguiente vino a su casa Lotario, donde fue recibido con amorosa y honesta acogida por Camila, quien jamás se puso en parte donde Lotario la viese a solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, a quien ella quería mucho, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trajo consigo. En los tres días primeros, nunca Lotario le dijo nada, aunque hubiera podido cuando se levantaban los manteles y los criados se iban a comer con mucha prisa, porque así se lo tenía mandado Camila, si bien Leonela tenía orden de comer antes que Camila y no quitarse jamás de su lado; pero ella, que tenía puesto el pensamiento en otras cosas de su gusto y necesitaba aquellas horas y aquel lugar para ocuparlo en sus contentos, no cumplía todas las veces el mandamiento de su señora: antes los dejaba solos, como si le hubieran mandado aquello. Pero la honesta presencia de Camila, la seriedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario.

Pero el provecho que hicieron las muchas virtudes de Camila, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenía ocasión de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, suficientes para enamorar a una estatua de mármol, no digamos ya a un corazón de carne.

La miraba Lotario en el lugar y espacio que había de hablarle, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideración comenzó poco a poco a dar asaltos a los respetos que tenía a Anselmo, y quiso ausentarse de la ciudad mil veces e irse donde Anselmo jamás le viese a él ni él viese a Camila; pero el gusto que hallaba en mirarla se lo impedía ya y le detenía. Se violentaba y peleaba consigo mismo por desechar y

no sentir el contento que le llevaba a mirar a Camila; se culpaba a solas de su desatino; se llamaba mal amigo, y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos acababan concluyendo que había sido más por la locura y confianza de Anselmo que por su poca fidelidad, y que si lo que pensaba hacer llegara a tener la misma disculpa ante Dios que ante los hombres, no temería la pena por su culpa.

En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron en tierra con la lealtad de Lotario; y sin mirar a otra cosa que aquella a que le inclinaba su gusto, al cabo de tres días de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla resistiendo a sus deseos, comenzó a requebrar a Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin responderle palabra ninguna. Pero no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor: antes tuvo en más a Camila. Y esta, habiendo visto en Lotario lo que jamás hubiera pensado, no sabía qué hacerse, y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar a que le hablase otra vez, decidió enviar aquella misma noche, como lo hizo, a un criado suyo con un mensaje a Anselmo, donde le escribió lo que sigue:

CAPÍTULO XXXIV

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

«Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece mucho peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si no venís pronto, me tendré que ir una temporada a casa de mis padres, aunque deje sin guardián la vuestra, porque el que me dejasteis, si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que a vos os toca; y pues sois despierto, no tengo más que deciros, ni aun está bien que os diga más».

Recibió esta carta Anselmo, y entendió por ella que Lotario había ya comenzado la empresa y que Camila debía de haber respondido como él deseaba. Y, alegre sobremanera de tales nuevas, respondió a Camila, por un mensajero, que no se mudase de su casa de ningún modo, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que antes, porque ni se atrevía a estar en su casa, ni menos a irse a la de sus padres, porque en la queda da corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo.

Al final se resolvió en lo que le estuvo peor, que fue quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir a sus criados, y le pesaba incluso haber escrito lo que escribió a su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido a no guardarle el decoro que debía. Pero, fiada en su bondad, se fio en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando a todo aquello que Lotario quisiese decirle, sin dar más cuentas a su marido, por no ponerlo en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando la manera de disculpar a Lotario con Anselmo, cuando le preguntase el motivo que la había movido a escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados o provechosos, estuvo al día siguiente escuchando a Lotario, quien cargó la mano de tal manera, que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir a los

ojos, para que no diesen muestra de alguna amorosa compasión que las lágrimas y las razones de Lotario habían despertado en su pecho. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendía.

Finalmente, a él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza. Y así, acometió a su presunción con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que más pronto rinda y allane las fortificadas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulación. En efecto, él, con toda diligencia, minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila hubiera sido toda de bronce, se hubiese venido al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tanto empeño, que dio al traste con el recato de Camila y vino a triunfar en lo que menos se pensaba y más deseaba.

Se rindió Camila, Camila se rindió… Pero ¿y qué, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que la pasión amorosa solo se vence con huirla y que nadie ha de trabar batalla con tan poderoso enemigo, porque son menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo Leonela supo la flaqueza de su señora, porque los dos malos amigos y nuevos amantes no se la pudieron encubrir. No quiso Lotario decir a Camila la pretensión de Anselmo, ni que él se había prestado con él para llegar a aquel punto, para que no tuviese en menos su amor y pensase que la había solicitado así, por casualidad y sin pensar, y no a propósito.

De allí a pocos días volvió Anselmo a su casa y no reparó en lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenía y más estimaba. Se fue después a ver a Lotario y lo halló en su casa; se abrazaron los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida o de su muerte.

—Las nuevas que te podré dar, amigo Anselmo —dijo Lotario—, son de que tienes una mujer que puede ser dignamente ejemplo y corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire; los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido; de algunas lágrimas fingidas mías se ha hecho burla notable. En conclusión, así como Camila es suma de toda belleza, es archivo donde habita la honestidad y vive el comedimiento y el recato y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada a una honrada mujer. Vuelve a tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar en ellos, que la entereza de Camila no se rinde a cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y ya que has pasado con pie firme el mar de las dificultades y sospechas que suelen y pueden tenerse de las mujeres, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer con otro piloto la experiencia de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dio en suerte para que en él pasases la mar de este mundo, sino haz cuenta que estás ya en puerto seguro y aférrate con las anclas de la buena consideración, y déjate estar hasta que te vengan a pedir esa deuda que no hay

hidalguía humana que se libre de pagarla.

Contentísimo quedó Anselmo de las palabras de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algún oráculo. Pero, con todo, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más que por curiosidad y entretenimiento, ni se sirviese de allí en adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que solo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza, bajo el nombre de Clori, porque él le daría a entender a Camila que Lotario andaba enamorado de una dama a quien le había puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que se le debía a su honestidad; y que si Lotario no quería tomarse el trabajo de escribir los versos, él los haría.

—No será menester eso —dijo Lotario—, pues no me son tan enemigas las musas como para que no me visiten algunos ratos del año. Dile tú a Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré: si no tan buenos como el asunto merece, serán por lo menos los mejores que pueda.

Quedaron en este acuerdo el impertinente y el amigo traidor. Y vuelto Anselmo a su casa, preguntó a Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fue que le dijese el motivo por el que le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa, pero que ya estaba desengañada y creía que había sido imaginación suya, porque ya Lotario rehuía verla y estar con ella a solas. Le dijo Anselmo que podía dejar de preocuparse por aquella sospecha, porque él sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, a quien él celebraba bajo el nombre de Clori, y que, aunque no lo hubiera estado, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de ambos. Y de no estar avisada Camila por Lotario de que aquellos amores de Clori eran fingidos, y que él se lo había dicho a Anselmo para poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella hubiera caído sin duda en la desesperada red de los celos; pero por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre.

Al día siguiente, estando los tres de sobremesa, rogó Anselmo a Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto a su amada Clori, que, pues Camila no la conocía, tranquilamente podía decir lo que quisiese.

—Aunque la conociera —respondió Lotario—, no encubriría yo nada, porque cuando algún amante loa a su dama de hermosa y la tacha de cruel, ningún oprobio hace a su buen crédito; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir es que ayer hice un soneto a la ingratitud de esta Clori, que dice así:

En el silencio de la noche, cuando
ocupa el dulce sueño a los mortales,
la pobre cuenta de mis ricos males
estoy al cielo y a mi Clori dando.

Y a la hora en que el sol se va mostrando

por las rosadas puertas orientales,
con suspiros y acentos desiguales,
voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol, desde su claro asiento,
derechos rayos a la tierra envía,
el llanto crece y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
y siempre hallo, en mi mortal porfía,
al cielo sordo, a Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues lo alabó y dijo que era demasiadamente cruel la dama que no correspondía a tan claras verdades. A lo que dijo Camila:

—Entonces ¿todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad?

—En cuanto poetas, no la dicen —respondió Lotario—; pero en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

—No hay duda de eso —replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan ignorante del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario.

Y así, con el gusto que tenía de sus cosas, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos se encaminaban a ella y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si sabía otro soneto, u otros versos, los dijese.

—Sé otro —respondió Lotario—, pero no creo que sea tan bueno como el primero, o, por mejor decir, menos malo. Y lo podréis juzgar de sobra, pues es este:

Yo sé que muero, y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,
antes que de adorarte arrepentido.
Podré verme habitando en el olvido,
de favor, vida y gloria abandonado,
y allí verse podrá en mi pecho abierto
cómo tu hermoso rostro está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
por mar no navegado e incierta vía,

adonde norte o puerto no se ofrece!

También alabó este segundo soneto Anselmo como había hecho con el primero, y de esta manera iba añadiendo eslabón a eslabón a la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando Lotario más lo deshonraba, entonces le decía que estaba más honrado; y con esto todos los escalones que Camila bajaba hacia el centro de su menosprecio, los subía, en la opinión de su marido, hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo:

—Estoy avergonzada, amiga Leonela, de ver en qué poco he sabido estimarme, pues ni siquiera hice que le costara más tiempo a Lotario comprar la entera posesión de mi voluntad, que le di tan pronto. Temo que ha de despreciar mi precipitación o ligereza, sin darse cuenta que fue él quien me forzó a no poder resistirlo.

—No te dé pena eso, señora mía —respondió Leonela—, que no influye ni en la monta ni en la mengua de la estima el darlo inmediatamente, si en efecto lo que se da es bueno y digno de estimarse por sí mismo. Y aun suele decirse que el que da primero, da dos veces.

—También se suele decir —dijo Camila— que lo que cuesta poco se estima en menos.

—Eso no va por ti —respondió Leonela—, porque el amor, según he oído decir, unas veces vuela y otras anda: con este corre y con aquel va despacio; a unos entibia y a otros abrasa; a unos hiere y a otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco a una fortaleza y a la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que se le resista. Y siendo así, ¿de qué te espantas, o de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido a Lotario, habiendo tomado el amor como instrumento para rendirnos la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenía decidido, sin dar tiempo al tiempo para que Anselmo lo tuviese para volver, quedando con su presencia imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro que la ocasión para ejecutar lo que desea: de la ocasión se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto lo sé yo muy bien, más por experiencia que de oídas, y algún día te lo diré, señora, que yo también soy de carne, y de sangre moza. Además, señora Camila, no te entregaste ni diste tan deprisa, si antes no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno de ser amado era Lotario. Y siendo esto así, no deben asaltarte la imaginación esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú lo estimas a él, y vive con contento y satisfacción de que, ya que caíste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no solo tiene las cuatro eses que dicen que han de tener los buenos enamorados, sabio, solo, solícito y

secreto, sino todo un abecé entero. Si no, escúchame y verás cómo te lo digo de carrerilla: él es, según yo veo y a mí me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, honesto, principal, quantioso, rico y las *eses* que dicen, y luego, tácito, verdadero; la x no le cuadra, porque es letra áspera; la y ya está dicha en la i; y la z, zelador de tu honra.

Se rio Camila del abecé de su doncella, y la tuvo por más experta en las cosas de amor de lo que ella decía, y así lo confesó ella, descubriendo a Camila que trataba amores con un mancebo bien nacido, de la misma ciudad; de lo cual se turbó Camila, temiendo que aquel camino era por donde su honra podía correr riesgo. La apuró para que le dijese si pasaban sus pláticas a mayores. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban. Porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza a las criadas, quienes, cuando ven a las amas dar un traspiés, no les importa a ellas cojear ni que lo sepan.

No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar a Leonela que no dijese nada de lo suyo al que decía ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, para que no llegasen a conocimiento de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haría, pero lo cumplió de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella había de perder su crédito. Porque la deshonesta y atrevida Leonela, desde que vio que el proceder de su ama no era el que solía, se atrevió a hacer entrar en casa a su amante, confiada en que, aunque su señora lo viese, no había de osar descubrirlo. Que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras: que se hacen esclavas de sus mismas criadas y se obligan a encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila; que aunque vio una y muchas veces que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, sino le facilitaba que lo escondiese y le quitaba todos los estorbos, para que no lo viese su marido.

Pero no pudo quitarlos tanto como para que Lotario no lo viese una vez salir al romper del alba, y sin conocer quién era, lo primero que pensó es que debía de ser algún fantasma, pero cuando lo vio caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento y tuvo otro, que hubiera sido la perdición de todos si Camila no lo hubiese remediado. Pensó Lotario que aquel hombre que había visto salir tan a deshora de casa de Anselmo no había entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó de que Leonela existiese: solo creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para con otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo a quien se entregó rogada y persuadida, y este cree que se entrega a otros con mayor facilidad, y da infalible crédito a cualquier sospecha que le venga de esto. Y no parece sino que le faltó a Lotario en este punto todo su buen entendimiento y se le fueron de la memoria todos sus prudentes discursos, pues, sin hacer ninguno que fuese bueno, ni aun razonable, sin más ni más, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego por la celosa rabia que le roía las entrañas, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fue a Anselmo y le dijo:

—Has de saber, Anselmo, que hace muchos días que he andado peleando conmigo mismo, esforzándome para no decirte lo que ya no es posible ni justo que te encubra más. Has de saber que la fortaleza de Camila está ya rendida, y sujeta a todo aquello que yo quisiere hacer de ella; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si se trataba de algún liviano antojo suyo, o si lo hacía por probarme y ver si los amores que he comenzado con ella y con tu licencia llevaban un propósito firme. Creí también que ella, si hubiera sido la que debía y la que pensábamos los dos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se retrasa, sé que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando te ausentes otra vez de tu casa, me hablará en la recámara donde está tu vestidor —y era verdad que allí le solía hablar Camila—. Y no quiero que corras precipitadamente a hacer alguna venganza, pues el pecado no se ha cometido aún sino con el pensamiento, y podría ser que desde este hasta el tiempo de ponerlo en práctica se mudase el de Camila y en su lugar naciese el arrepentimiento. Y así, ya que en todo o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré, para que sin engaño y con advertimiento medroso te satisfagas de aquello que veas que te convenga más. Finge que te ausentas por dos o tres días, como sueles otras veces, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que hay allí y otras cosas con que te puedas encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo que quiere Camila; y si fuese la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discreción podrás ser el verdugo de tu agravio.

Absorto, suspenso y asombrado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque lo cogieron en el momento en que menos las esperaba oír, porque ya tenía a Camila por vencedora de los asaltos fingidos de Lotario y comenzaba a gozar la gloria del vencimiento. Estuvo en silencio un buen rato, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo:

—Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; voy a seguir tu consejo en todo: haz lo que quieras y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.

Se lo prometió Lotario, y apartándose de él se arrepintió totalmente de cuanto le había dicho, viendo qué neciamente había andado, pues él hubiera podido vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecía su entendimiento, afeaba su ligera determinación y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho o para darle alguna razonable salida. Al final, decidió dar cuenta de todo a Camila; y como no faltaba ocasión para poderlo hacer, aquel mismo día la halló sola, y ella, en cuanto vio que le podía hablar, le dijo:

—Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón, que me lo aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y sería una maravilla que no lo hiciese; pues la desvergüenza de Leonela ha llegado a tanto, que cada noche encierra a un galán suyo en esta casa y se está con él hasta el día, tan a costa de mi crédito

como cualquiera podría juzgarlo viéndolo salir a horas tan inusitadas de mi casa. Y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el estar ella en el secreto de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algún mal suceso.

En un primer momento, al decir Camila esto, Lotario creyó que era un artificio suyo para desmentirle que el hombre que había visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo. Pero, con todo, respondió a Camila que no tuviese pena, que él hallaría remedio para atajar la insolencia de Leonela. Le dijo asimismo lo que, instigado por la furiosa rabia de los celos, había dicho a Anselmo, y cómo había decidido esconderse en la recámara, para ver desde allí a las claras la poca lealtad que ella le guardaba. Le pidió perdón por esta locura, y consejo para poder remediarla y salir bien de tan revuelto laberinto como le había puesto su mal discurso.

Quedó espantada Camila de oír lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinación que había tenido; pero como la mujer tiene por naturaleza ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón, aunque le vaya faltando cuando se pone a hacer discursos a propósito, en ese mismo instante halló Camila el modo de remediar un negocio tan al parecer irremediable, y dijo a Lotario que procurase que al día siguiente Anselmo se escondiese donde decía, porque de su escondimiento ella pensaba sacar ventaja para gozarse cómodamente los dos de allí en adelante sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que anduviese atento, y que cuando Anselmo estuviese escondido y le llamase Leonela, él acudiese y le respondiese a cuanto ella le dijese como respondería aun sin saber que Anselmo lo escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intención, para llevar a cabo con más seguridad y cuidado todo lo que viese que era necesario.

—Digo —dijo Camila— que no hay que llevar a cabo más que responderme lo que yo os pregunte —y no quiso Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa de que no quisiese seguir el parecer que a ella le parecía tan bueno, y siguiese o buscase otros que podrían no ser tan buenos.

Con esto, se fue Lotario. Y Anselmo, al día siguiente, con la excusa de ir a aquella aldea de su amigo, se partió y volvió a esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque Camila y Leonela se la dieron a propósito.

Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hechas pedazos las entrañas de su honra, se veía a pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenía en su querida Camila. Seguras y convencidas Camila y Leonela de que Anselmo estaba escondido ya, entraron en la recámara; y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo:

—Ay, Leonela amiga, ¿no sería mejor que antes que llegase a poner en ejecución

lo que no quiero que sepas, para que procures no estorbarlo, tomases la daga de Anselmo que te he pedido y traspasases con ella este infame pecho mío? Pero no lo hagas, que no está bien que yo lleve el castigo de la culpa ajena. Antes quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario como para darle atrevimiento a descubrir me un tan mal deseo como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mía. Ponte, Leonela, a esa ventana y llámalo, que, sin duda alguna, debe de estar en la calle, esperando poner en práctica su mala intención; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mía.

—Ay, señora mía —respondió la sagaz y advertida Leonela—, ¿y qué es lo que quieres hacer con esa daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida o quitársela a Lotario? Que cualquiera de estas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio y no des lugar a que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas. Mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre, y resuelto; y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecución el tuyo hará él lo que te estaría peor que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar a este pendenciero desuellacaras en su casa! Y ya, señora, una vez lo mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer con él después de muerto?

—¿Qué? —respondió Camila—. Lo dejaremos, amiga, para que Anselmo lo entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que cueste poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámalo, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio parece que ofendo a la lealtad que debo a mi esposo.

Todo esto escuchaba Anselmo, y a cada palabra que Camila decía se le mudaban los pensamientos; pero cuando entendió que estaba resuelta a matar a Lotario, quiso salir y descubrirse, para que no se hiciese tal cosa; sin embargo le detuvo el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolución, con el propósito de salir a tiempo de estorbarla.

Le sobrevino en esto a Camila un fuerte desmayo y, arrojándose en una cama que allí estaba, comenzó Leonela a llorar muy amargamente y a decir:

—¡Ay, desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad…!

Y otras cosas semejantes a estas, que nadie que la hubiera escuchado dejaría de tenerla por la doncella más lastimada y leal del mundo, y a su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila y, al volver en sí, dijo:

—¿Por qué no vas, Leonela, a llamar al más desleal amigo de amigo que vio el sol o cubrió la noche? Apúrate, camina, corre, date prisa, no desfallezca con la tardanza el fuego de la cólera que tengo y se quede en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

—Ya voy a llamarlo, señora mía —dijo Leonela—, pero me has de dar primero

esa daga, para que no hagas nada, mientras falto, que hagas llorar con ella toda la vida a todos los que te quieren bien.

—Ve segura, Leonela amiga, que no haré nada —respondió Camila—, porque aunque, a tu parecer, sea atrevida y simple en velar por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno y sin haber matado antes a quien tuvo la causa de su desgracia. Yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasión de venir a este lugar a llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mía.

Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese a llamar a Lotario, pero al fin salió, y mientras volvía quedó Camila diciendo, como si hablara consigo misma:

—¡Válgame Dios! ¿No hubiera sido más acertado haber despedido a Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerlo en ocasión, como ya lo he puesto, de que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarlo? Mejor hubiera sido, sin duda, pero no quedaría yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan de rositas y tan a paso llano se volviera a salir de donde lo metieron sus malos pensamientos. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo, si acaso llega a saberlo, que Camila no solo guardó la lealtad a su esposo, sino que le dio venganza del que se atrevió a ofenderlo. Pero, con todo, creo que hubiera sido mejor dar cuenta de esto a Anselmo; pero ya empecé a dársela en la carta que le escribí a la aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber ningún género de pensamiento que fuese contra su honra; ni aun yo lo creí después durante muchos días, ni lo hubiera creído jamás, si su insolencia no hubiese llegado a tanto, que no me lo manifestaran las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas. Pero ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolución gallarda necesidad de consejo alguno? No, por cierto. ¡Afuera, pues, traidores! ¡Aquí, venganzas! ¡Entre el falso, venga, llegue, muera y acabe, y suceda lo que tenga que suceder! Limpia entré en poder del que el cielo me dio por mío, limpia he de salir de él; y, como mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vio la amistad en el mundo.

Y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio y que no era mujer delicada, sino un rufián desesperado.

Todo lo miraba Anselmo, cubierto detrás de unos tapices donde se había escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecía que lo que había visto y oído era bastante satisfacción para mayores sospechas, y hubiera querido incluso que la prueba de venir Lotario no hiciese falta, temeroso de algún mal repentino suceso. Y estando ya para manifestarse y salir, para abrazar y desengañar a su esposa, se detuvo porque vio que Leonela volvía con Lotario de la mano; y en cuanto Camila lo vio, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante de ella, le dijo:

—Lotario, advierte lo que te digo: si por ventura te atreves a pasar de esta raya que ves, ni aun llegar a ella, en el punto que vea que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que tengo en las manos. Y antes que me respondas palabra a esto, quiero que me escuches algunas otras, que después responderás lo que más te agrade. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces a Anselmo, mi marido, y en qué opinión lo tienes; y lo segundo, quiero saber también si me conoces a mí. Respóndeme a esto y no te turbes ni pienses mucho lo que vas a responder, pues no son cosas difíciles las que te pregunto.

No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder a Anselmo no hubiese caído en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así, correspondió con su intención tan discretamente y tan a tiempo, que los dos hubieran hecho pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así, respondió a Camila de esta manera:

—No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intención con que yo aquí vengo. Si lo haces por posponer la prometida merced, desde más lejos hubieras podido entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado cuanto más cerca está la esperanza de poseerlo. Pero, para que no digas que no respondo a tus preguntas, digo que conozco a tu esposo Anselmo y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma opinión que te tiene él; que, de no ser así, por menos prendas que las tuyas no había yo de ir contra lo que debo a ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora rotas y violadas por mí por un tan poderoso enemigo como es el amor.

—Si confiesas eso —respondió Camila—, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas comparecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con qué poco motivo lo agravias? Pero ya caigo en la cuenta, ¡ay, desdichada de mí!, de quién te ha hecho tener tan poca con lo que te debes a ti mismo, que debe de haber sido alguna desenvoltura mía, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de una determinación deliberada, sino de algún descuido de los que las mujeres que piensan que no tienen de quien recatarse suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo, traidor, respondí a tus ruegos con alguna palabra o señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprendidas por las mías con rigor y con aspereza? ¿Cuándo fueron creí das ni admitidas por mí tus muchas promesas y mayores dádivas? Pero, por parecerme que nadie puede perseverar en el intento amoroso mucho tiempo, si no está sustentado por alguna esperanza, quiero atribuirme a mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algún descuido mío ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así, quiero castigarme y darme la pena que

merece tu culpa. Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hacer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí también con el poco recato que he tenido de huir de la ocasión, si alguna te di, para favorecer y aprobar tus malas intenciones. Torno a decir que la sospecha que tengo de que algún descuido mío engendró en ti pensamientos tan desvariados es la que más me fatiga y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá mi culpa sería más pública; pero antes que haga esto, quiero matar muriendo y llevar conmigo a quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, dondequiera que sea, la pena que da la justicia desinteresada y que no se doblega al que me ha puesto en términos tan desesperados.

Y diciendo estas palabras, con una increíble fuerza y presteza arremetió a Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer clavársela en el pecho, que él casi dudó si aquellas demostraciones eran falsas o verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su maña y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. Y esta fingía tan vivamente aquel extraño embuste y falsedad, que por darle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podía alcanzar a Lotario, o fingiendo que no podía, dijo:

—Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, al menos no será tan poderosa como para quitarme que no lo satisfaga en parte.

Y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenía asida, la sacó y, guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió entre la axila y el hombro izquierdo, y luego se dejó caer en el suelo, como desmayada.

Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, a sacar la daga, y al ver la pequeña herida salió del temor que tenía hasta entonces y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y por acudir con lo que a él le tocaba, comenzó a hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo a él, sino al que había sido causa de ponerlo en aquel extremo. Y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas que quien lo oyera le tendría mucha más lástima que a Camila, aunque la juzgara por muerta.

Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuese a buscar quien curase secretamente a Camila; le pedía asimismo consejo y parecer de lo que le dirían a Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. Él respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que fuese de provecho: solo le dijo que procurase detenerle la sangre, porque él se iba adonde no lo viese nadie. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento, se

salió de casa, y cuando se vio solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la maquinación de Camila y de los ademanes tan apropiados de Leonela. Consideraba cuán enterado iba a quedar Anselmo de que tenía por mujer a una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás hubiera podido imaginarse.

Leonela detuvo, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la vendó lo mejor que supo, diciendo tales razones mientras la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastarían para hacer creer a Anselmo que tenía en Camila la viva imagen de la honestidad.

Se juntaron a las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le había faltado cuando hubiese sido más necesario tenerlo, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenía. Pedía consejo a su doncella de si diría o no todo aquel suceso a su querido esposo, y ella le dijo que no se lo dijese, porque le pondría en obligación de vengarse de Lotario, lo que no podría ser sin mucho riesgo suyo, y que la mujer buena estaba obligada a no dar ocasión a su marido a que riñese, sino a quitarle todas aquellas que le fuese posible.

Respondió Camila que le parecía muy bien su parecer, y que ella le seguiría, pero que en todo caso convenía pensar qué decir a Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podría dejar de ver; a lo que Leonela respondía que ella no sabía mentir ni aun bromeando.

—Pues yo, hermana —replicó Camila—, ¿qué voy a saber, que no me atreveré a forjar ni sustentar una mentira, aunque me fuese en ello la vida? Y si es que no vamos a saber dar salida a esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos coja en un renuncio.

—No tengas pena, señora: de aquí a mañana —respondió Leonela— yo pensaré qué vamos a decirle, y quizá por estar la herida donde está la puedas encubrir sin que él la vea, y el cielo tendrá a bien favorecer nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mía, y procura sosegar tu inquietud, para que mi señor no te halle sobresaltada, y lo demás déjalo a mi cargo y al de Dios, que siempre acude a los buenos deseos.

Atentísimo había estado Anselmo escuchando y viendo representar la tragedia de la muerte de su honra, que representaron con tan extraños y eficaces afectos los personajes de ella, que pareció que se habían transformado en la misma verdad de lo que fingían. Estaba deseando que llegase la noche y el tener ocasión para salir de su casa e ir a verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la perla preciosa que había hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Procuraron las dos darle ocasión y comodidad para que saliese, y él, sin perderla, salió y fue inmediatamente a buscar a Lotario; y hallado este, no se puede contar fácilmente los abrazos que le dio, las cosas que le dijo de su contento, las alabanzas que dio a Camila. Todo lo escuchó Lotario sin poder dar muestras de ninguna alegría, porque se

le venía a la memoria qué engañado estaba su amigo y qué injustamente le agraviaba él; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía que la causa era por haber dejado a Camila herida y haber sido él la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque la herida era sin duda ligera, pues había quedado de acuerdo en ocultársela a él, y que según esto no había de qué temer, sino que de allí en adelante se gozase y alegrase con él, pues por su maquinación y medios él se veía levantado a la más alta felicidad que acertara a desearse, y quería que sus entretenimientos no fuesen otros que hacer versos en alabanza de Camila que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación y dijo que él, por su parte, ayudaría a levantar tan ilustre edificio.

Con esto quedó Anselmo como el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano a su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdición de su fama. Lo recibía Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta que al cabo de pocos meses volvió Fortuna su rueda y salió a plaza la maldad allí encubierta con tanto artificio, y a Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV

DONDE SE DA FIN A LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

—Acudid pronto, señores, y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, y le ha tajado la cabeza a cercén como si fuera un nabo!

—¿Qué decís, hermano? —dijo el cura, dejando de leer lo que quedaba de la novela—. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante a dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento y que don Quijote decía a voces:

—¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra!

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes.

—No tienen que quedarse escuchando —dijo Sancho—, entren a separar la pelea o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es del tamaño de un gran cuero de vino.

—Que me maten —dijo el ventero— si don Quijote o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que estaban llenos a su cabecera, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, que no era tan larga por delante que le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no demasiado limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía envuelta la manta de la cama, a la que tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué, y en la derecha, desenvainada la espada, con la que daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y lo bueno

es que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a concluir, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo vio el ventero, y tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se lo hubieran quitado, él hubiese acabado la guerra del gigante; y, pese a todo, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trajo un gran caldero de agua fría del pozo y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, pero no con tanto conocimiento que se diese cuenta de la manera en que estaba.

Dorotea, que vio lo corto y transparente que estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su valedor con su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo:

—Yo ya sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mamporros y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no aparece por aquí esa cabeza que vi cortar con mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? —dijo el ventero—. ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están agujereados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo en los infiernos el alma de quien los agujereó?

—No sé nada —respondió Sancho—: solo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal lo tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el estropicio del señor, y juraba que no iba a ser como la vez anterior, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le iban a valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar los parches que se habían de echar a los cueros rotos.

Tenía el cura de las manos a don Quijote, quien, creyendo que ya había acabado la aventura y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

—Bien puede vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir desde hoy más segura de que esta malnacida criatura pueda hacerle mal; y yo también quedo libre desde hoy de la palabra que os di, pues, con la ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? —dijo Sancho oyendo esto—. Sí, que no estaba yo borracho:

¡mirad si tiene puesto ya en salmuera mi amo al gigante! ¡Ya no hay duda: lo de mi condado está hecho!

¿Quién no iba a reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, menos el ventero, que se lo llevaba Satanás. Pero, en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron en la cama con don Quijote, que se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Lo dejaron dormir y se salieron al portal de la venta a consolar a Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera decía a voz en grito:

—¡En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, y ojalá mis ojos no le hubieran visto nunca, que tan caro me cuesta! La vez pasada se fue con el gasto de una noche, de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, ¡que mala ventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo!, y que por esto no estaba obligado a pagar nada, que así estaba escrito en las partidas de la caballería andantesca; y ahora por su causa vino este otro señor y se llevó mi cola, y me la ha devuelto con daños que valen más de dos cuartillos, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y colmo de todo, me rompe mis cueros y me derrama mi vino, que derramada le vea yo su sangre. ¡Pero no se piense, por los huesos de mi padre y la gloria de mi madre, que no me lo han de pagar un cuarto detrás de otro, o no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy!

Estas y otras razones parecidas decía la ventera con gran enojo, y la ayudaba su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El cura lo sosegó todo, prometiendo satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así los cueros como el vino, y principalmente el menoscabo de la cola, de la que hacían tanta cuenta. Dorotea consoló a Sancho Panza diciéndole que siempre y cuando fuese verdad que su amo había descabezado al gigante, le prometía, en cuanto se viese pacífica en su reino, darle el mejor condado que hubiese en él. Se consoló con esto Sancho y aseguró a la princesa que podía estar segura de que él había visto la cabeza del gigante, y que por más señas tenía una barba que le llegaba a la cintura, y que si no aparecía era porque todo cuanto pasaba en aquella casa era por vía de encantamiento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía, y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca.

Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase. Él, que a todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que decía así:

Sucedió, pues, que, por la satisfacción que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila le ponía a propósito mala cara a Lotario, para que Anselmo entendiese al revés del que le tenía; y para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir a su casa, pues se

mostraba claramente la pesadumbre que recibía Camila con su vista. Pero el engañado Anselmo le dijo que de ninguna manera hiciese eso; y de esta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto.

En esto, el que tenía Leonela al verse aprobada en sus amores llegó a tanto, que sin mirar a otra cosa se iba tras él a rienda suelta, fiada en que su señora la encubría y aun la advertía del modo que pudiese ponerlo en ejecución con poco recelo. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar a ver quién los daba, sintió que le sujetaban la puerta, cosa que le dio más ganas de abrirla, e hizo tanta fuerza, que la abrió y entró dentro a tiempo de ver que un hombre saltaba por la ventana a la calle; y acudiendo con presteza a alcanzarlo o a reconocerlo, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó a él, diciéndole:

—Sosiégate, señor mío, y no te alborotes ni sigas al que saltó de aquí: es cosa mía, y tanto, que es mi esposo.

No lo quiso creer Anselmo, antes, ciego de enojo, sacó la daga y quiso herir a Leonela, diciéndole que le dijese la verdad; si no, que la mataría. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo:

—No me mates, señor, que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.

—Dilas pronto —dijo Anselmo—; si no, eres muerta.

—Por ahora será imposible —dijo Leonela—, según estoy de turbada; déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de asombrar; y estate seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad, que me ha dado su palabra de ser mi esposo.

Se sosegó con esto Anselmo y quiso aguardar el tiempo que se le pedía, porque no pensaba oír nada que fuese contra Camila, por estar tan satisfecho y seguro de su bondad; y así, se salió del aposento y dejó encerrada en él a Leonela, diciéndole que no saldría de allí hasta que le dijese lo que tenía que decirle.

Fue después a ver a Camila y a decirle, como le dijo, todo aquello que le había pasado con su doncella y la palabra que le había dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila o no, no hay para qué decirlo, porque fue tanto el temor que cobró creyendo verdaderamente, y era como para creerlo, que Leonela iba a decir a Anselmo todo lo que sabía de su poca lealtad, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha se confirmaría o no, y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros y, sin que nadie la sintiese, salió de casa y se fue a la de Lotario, a quien contó lo que pasaba y le pidió que la pusiese a salvo o que se ausentasen los dos donde pudiesen estar seguros de Anselmo. La confusión en que Camila puso a Lotario fue tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía decidir lo que haría.

En fin, decidió llevar a Camila a un monasterio, del que era priora una hermana suya. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedía la llevó Lotario y

la dejó en el monasterio, y también él se ausentó de la ciudad después, sin dar parte a nadie de su ausencia.

Cuando amaneció, sin advertir Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenía de saber lo que Leonela quería decirle, se levantó y fue adonde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él a Leonela: solo halló puestas unas sábanas anudadas a la ventana, indicio y señal de que por allí se había descolgado e ido. Volvió muy triste entonces a decírselo a Camila, y, no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó sombrío. Preguntó a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razón de lo que pedía.

Andando a buscar a Camila, acertó por casualidad a ver sus cofres abiertos y que de ellos faltaban la mayoría de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia y en que no era Leonela la causa de su desventura; y tal como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario. Pero cuando no lo halló y sus criados le dijeron que aquella noche había faltado de casa y había llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio. Y para acabar de rematarlo, cuando se volvió a su casa no halló en ella a ninguno de cuantos criados y criadas tenía, sino la casa desierta y sola.

No sabía qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco a poco se le iba volteando el juicio. Se contemplaba y se miraba en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado, a su parecer, del cielo que le cubría, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdición.

Se decidió, en fin, al cabo de un buen rato, a irse a la aldea de su amigo, donde había estado cuando dio lugar a que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió a caballo y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse y atar su caballo con la rienda a un árbol, y se dejó caer junto a su tronco, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecía; y a esa hora vio que venía de la ciudad un hombre a caballo, y después de haberle saludado, le preguntó qué nuevas había en Florencia. El ciudadano respondió:

—Las más extrañas que hace mucho se han oído en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel gran amigo de Anselmo el rico, que vivía cerca de San Juan, se llevó esta noche a Camila, mujer de Anselmo, que tampoco aparece. Todo esto lo ha dicho una criada de Camila, a quien anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En verdad no sé exactamente cómo pasó el negocio: solo sé que toda la ciudad está admirada de este suceso, porque no se podía esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban «los dos amigos».

—¿Se sabe por ventura —dijo Anselmo— el camino que llevan Lotario y Camila?

—Ni por pienso —dijo el ciudadano—, aunque el gobernador ha sido muy diligente en buscarlos.

—Id con Dios, señor —dijo Anselmo.

—Con Él quedéis —respondió el ciudadano, y se fue.

Con tan desdichadas nuevas, casi casi llegó Anselmo a extremos, no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Se levantó como pudo y llegó a casa de su amigo, que aún no sabía su desgracia, pero en cuanto lo vio llegar amarillo, consumido y seco, entendió que venía fatigado de algún grave mal. Pidió entonces Anselmo que lo acostasen y que le diesen con que escribir. Se hizo así, y lo dejaron acostado y solo, porque él así lo quiso, e incluso que le cerrasen la puerta. Viéndose, pues, solo, comenzó a cargar tanto la imaginación de su desventura, que conoció claramente que se le iba acabando la vida. Y así, decidió dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando a escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

Viendo el señor de la casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, decidió entrar a saber si su indisposición iba a más, y lo halló tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre la escribanía, sobre la cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aún la pluma en la mano. Se llegó el anfitrión a él, tras haberlo llamado antes; y al tomarle la mano, viendo que no le respondía, y hallándolo frío, vio que estaba muerto. Se asustó y se acongojó mucho, y llamó a los criados para que viesen la desgracia sucedida a Anselmo, y finalmente leyó el papel, que vio que estaba escrito de su misma mano, y que decía: «Un necio e impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegasen a los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada a hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay por qué…».

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se supo que se le acabó la vida en aquel punto sin poder acabar su escrito. Al día siguiente su amigo dio aviso de su muerte a los parientes de Anselmo, que ya sabían su desgracia, y al monasterio donde estaba Camila casi en disposición de acompañar a su esposo en aquel viaje forzoso, no por las nuevas del esposo muerto, sino por las que supo del amigo ausente. Pues se dice que, aunque se vio viuda, no quiso salir del monasterio, pero tampoco profesar de monja, hasta que de allí a no muchos días le vinieron nuevas de que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dio *Monsieur* de Lautrec al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles, adonde había ido a parar el tarde arrepentido amigo; sabido esto por Camila, profesó y acabó en breves días la vida a manos de las rigurosas tristezas y melancolías. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un principio tan desatinado.

—Bien me parece esta novela —dijo el cura—, pero no me acabo de creer que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se planteara entre un galán y una dama, podría pasar, pero entre marido y

mujer, tiene algo de imposible. Y en lo que toca al modo de contarlo, no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI

QUE TRATA DE OTROS RAROS SUCESOS QUE LE SUCEDIERON EN LA VENTA

Estando en esto, el ventero, que estaba a la puerta de la venta, dijo:

—Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, fiesta tenemos.

—¿Qué gente es? —dijo Cardenio.

—Cuatro hombres —respondió el ventero— vienen a caballo, a la jineta, con lanzas y escudos, y todos con antifaces negros; y con ellos viene una mujer vestida de blanco, montada en silla grande, cubierto también el rostro, y otros dos mozos de a pie.

—¿Vienen muy cerca? —preguntó el cura.

—Tan cerca —respondió el ventero—, que ya llegan.

Al oír esto Dorotea, se cubrió el rostro y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote. Y casi no les había dado tiempo a esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho; y apeándose los cuatro de a caballo, que eran de muy gentil talle y disposición, fueron a apear a la mujer, y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba a la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse en la silla la mujer dio un profundo suspiro y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada. Los mozos de a pie llevaron los caballos a la caballeriza.

Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que estaba con tal traje y tal silencio, se fue adonde estaban los mozos y le preguntó a uno de ellos lo que ya deseaba, y este le respondió:

—Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta: solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella señora que habéis visto; y digo esto porque todos los demás le tienen respeto y no se hace otra cosa más que la que él ordena y manda.

—Y la señora ¿quién es? —preguntó el cura.

—Tampoco sabré decir eso —respondió el mozo—, porque no le he visto el rostro en todo el camino; suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiera entregar el alma. Y no es de maravillar que

no sepamos más de lo que acabamos de decir, porque hace solo dos días que mi compañero y yo los acompañamos, pues después de encontrarnos en el camino, nos rogaron y persuadieron de que viniésemos con ellos hasta Andalucía, ofreciéndose a pagárnoslo muy bien.

—¿Y habéis oído a alguno de ellos decir su nombre? —preguntó el cura.

—No, por cierto —respondió el mozo—, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven a lástima, y sin duda estamos convencidos de que ella va forzada donde quiera que va; y según se puede colegir por su hábito, ella es monja o va a serlo, que será lo más seguro, y quizá porque no le debe de salir de dentro el monjío, va triste, como parece.

—Todo podría ser —dijo el cura.

Y dejándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, quien, como había oído suspirar a la embozada, se llegó a ella movida de natural compasión, y le dijo:

—¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de los que las mujeres suelen tener uso y experiencia de curar, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.

A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, ella persistía en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demás obedecían y dijo a Dorotea:

—No os canséis, señora, en ofrecer nada a esa mujer, porque tiene por costumbre no agradecer nada que se haga por ella, ni pretendáis que os responda, si no queréis oír alguna mentira de su boca.

—Jamás la dije —dijo entonces la que hasta allí había estado callando—: al contrario, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura. Y de esto vos mismo quiero que seáis testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas palabras Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba justo al lado de quien las decía, que solo la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y nada más oírlas, dando una gran voz dijo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

A estos gritos volvió la cabeza aquella señora, toda sobresaltada, y no viendo quién los daba, se levantó y se fue a entrar en el aposento, pero al verlo el caballero, la detuvo, sin dejarle mover un paso. A ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asustado, porque andaba a la redonda con los ojos por todos los lugares donde alcanzaba la vista, con tanto ahínco, que parecía persona fuera de juicio; gestos todos que, sin saber por qué los hacía, causaron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. La tenía el caballero fuertemente asida por la espalda, y, por estar tan ocupado en sujetarla, no pudo acudir

a alzarse el embozo que se le caía, como en efecto se le cayó del todo. Y alzando los ojos Dorotea, que estaba abrazada con la señora, vio que el que también la tenía abrazada era su esposo don Fernando, y al darse cuenta, arrojó de lo íntimo de sus entrañas un largo y tristísimo ¡ay!, y se dejó caer de espaldas desmayada; y de no hallarse justo al lado el barbero, que la recogió en brazos, se hubiera caído al suelo.

Acudió inmediatamente el cura a quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y en cuanto la descubrió, la reconoció don Fernando, que era el que estaba abrazado a la otra, y quedó como muerto al verla; pero no porque dejase, con todo, de sujetar a Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, después de haber reconocido a Cardenio por el suspiro, y él habiéndola reconocido a ella. Oyó asimismo Cardenio el ¡ay!, que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinda. También don Fernando reconoció de inmediato a Cardenio. Y los tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les estaba aconteciendo.

Callaban todos y se miraban todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio. Pero quien primero rompió el silencio fue Luscinda, hablando a don Fernando de esta manera:

—Dejadme, señor don Fernando, por lo que os obliga el ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis, dejadme llegar al muro del que yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas. Ved cómo el cielo, por desusados y para nosotros encubiertos caminos, me ha puesto delante a mi verdadero esposo, y bien sabéis por mil costosas experiencias que solo la muerte se bastaría para borrarlo de mi memoria. Sirvan, pues, tan claros desengaños para que, si no podéis hacer otra cosa, volváis el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada; con mi muerte quede satisfecho de la lealtad que le tuve hasta el último trance de la vida.

En este tiempo había vuelto en sí Dorotea, y había estado escuchando todas las razones que dijo Luscinda, por las cuales acabó sabiendo quién era ella, y viendo que don Fernando seguía sin dejarla de abrazar y no respondía a sus razones, se levantó esforzándose lo más que pudo y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, le comenzó a decir así:

—Si los rayos de este sol que tienes eclipsado en tus brazos no te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya te habrás dado cuenta de que la que está arrodillada a tus pies es la sin ventura hasta que tú quieras y desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde a quien tú, por tu bondad o por tu gusto, quisiste levantar a la alteza de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que abrió las puertas de su recato a las voces de tus importunidades y, al parecer, justos y amorosos sentimientos, y te entregó las llaves de su libertad, dádiva tan mal agradecida por ti, como lo muestra bien claro el haber

tenido que hallarme en el lugar donde me hallas y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero, con todo, no querría que cayese en tu imaginación pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traído solo los del dolor y el pesar de verme olvidada de ti. Tú quisiste que yo fuese tuya, y lo quisiste de manera que aunque ahora quieras que no lo sea no será posible que tú dejes de ser mío. Mira, señor mío, que el incomparable amor que te tengo puede que compense la hermosura y nobleza de aquella por quien me dejas. Tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mío, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y te será más fácil, si reparas en ello, empezar a querer a quien te adora, que no encaminar a la que te aborrece a que te quiera bien. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste a mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad: no te queda otra ni puedes llamarte a engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué das tantos rodeos para hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme al menos y admíteme por tu esclava; que en cuanto yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, al dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no des tan mala vejez a mis padres, pues no lo me recen los leales servicios que, como buenos vasallos, siempre han hecho a los tuyos. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que poca o ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que cuenta en las descendencias ilustres, aparte que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta a ti te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que te digo por último es que, quieras o no, yo soy tu esposa: testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por lo que me desprecias; testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo, a quien tú llamaste por testigo de lo que me prometías. Y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces haciendo callar en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho y turbando tus mejores gustos y contentos.

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban a don Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. La escuchó don Fernando sin replicarle palabra, hasta que ella dio fin a las suyas y principio a tantos sollozos y suspiros, que muy corazón de bronce tenía que ser el que no se hubiera enternecido con muestras de tanto dolor. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucho juicio y hermosura; y aunque quería llegarse junto a ella y decirle algunas palabras de consuelo, no le dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenían. Y él, lleno de confusión y espanto, después de un buen rato que estuvo mirando atentamente a Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre a Luscinda, dijo:

—Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas.

Tan pronto la dejó don Fernando, tuvo un desmayo Luscinda e iba a caerse al suelo; pero hallándose Cardenio allí al lado, que se había puesto detrás de don Fernando para que no lo reconociese, pospuesto todo temor y aventurando a todo riesgo, acudió a sostener a Luscinda; y cogiéndola entre sus brazos, le dijo:

—Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mía, en ninguna parte creo yo que lo tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben y en otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mía.

A estas palabras, puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado a reconocerlo, primero por la voz, y asegurándose con la vista que era él, casi fuera de sentido y sin tener en cuenta ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:

—Vos sí, señor mío, sois el verdadero dueño de esta vuestra cautiva, por mucho que lo impida la suerte adversa y por muchas amenazas que le hagan a esta vida que se sustenta en la vuestra.

Extraño espectáculo fue este para don Fernando y para todos los presentes, admirándose de un suceso tan no visto. Le pareció a Dorotea que don Fernando había perdido el color del rostro y que hacía ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponerla en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó a él por las rodillas, besándoselas y teniéndolo apretado, que no lo dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decía:

—¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mío, en este trance tan impensado? Tú tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido. Mira si te estará bien o te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, o si te va a convenir querer levantar para que se iguale contigo a la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego y por quien tú eres te suplico que este desengaño tan notorio no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes lo tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quiera concedérselo, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que contigo la razón tiene más fuerza que el apetito.

Mientras Dorotea decía esto, aunque Cardenio tenía abrazada a Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, determinado a que si le veía hacer algún movimiento en su perjuicio, tratar de defenderse y ofender como mejor pudiese a cualquiera que tratara de atacarlo, aunque le costase la vida. Pero para entonces acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero, que a todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban a don Fernando, suplicándole tuviese a bien mirar las lágrimas de Dorotea, y que, siendo

verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, no permitiese que quedase defraudada en sus tan justas esperanzas; que considerase que no por casualidad, como parecía, sino con particular providencia del cielo, se habían juntado todos en lugar donde menos pensaba ninguno; y que advirtiese —dijo el cura — que solo la muerte podía apartar a Luscinda de Cardenio, y que por mucho que los filos de una espada les quitasen la vida, ellos tendrían por felicísima su muerte, y que en los casos irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose a sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por su sola voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les había concedido; que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y vería que pocas o ninguna se le podían igualar, no digamos ya llevarle ventaja, y que juntase a su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenía, y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podía hacer otra cosa que cumplirle la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliría con Dios y satisfaría a las gentes discretas, que saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, y si se acompaña con la honestidad, poder levantarse e igualarse a cualquier alteza, sin menoscabo alguno para quien la levanta e iguala consigo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, siempre que no intervenga en ello pecado, el que las sigue no debe de ser culpado.

En efecto, a estas razones añadieron todos otras, tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando —en fin, como alimentado con ilustre sangre— se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no hubiera podido negar aunque hubiese querido; y la señal que dio de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto fue claudicar y abrazar a Dorotea, diciéndole:

—Levantaos, señora mía, que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la lealtad con que me amáis os sepa estimar en lo que merecéis. Lo que os ruego es que no me reprendáis mi mala conducta y mi mucha descortesía, pues la misma ocasión y fuerza que me movió para aceptaros por mía, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro. Y para que veáis que es verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me importa, viva ella segura y contenta largos y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.

Y diciendo esto, la tornó a abrazar y a juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que tuvo que esforzarse mucho para que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señas de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí estaban presentes, porque comenzaron a derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecía sino que algún grave y desdichado caso había sucedido a todos. Hasta Sancho Panza lloraba, aunque después dijo que no lloraba sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él esperaba tantas mercedes. Duró algún

tiempo, junto con el llanto, la admiración en todos, y Cardenio y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias con tan corteses razones de la merced que les había hecho, que don Fernando no sabía qué responderles; y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó entonces a Dorotea que le dijese cómo había venido a aquel lugar, tan lejos del suyo. Ella, en breves y atinadas palabras, contó todo lo que antes había contado a Cardenio, de lo que gustó tanto don Fernando y los que venían con él, que querrían que durase el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y en cuanto hubo acabado, dijo don Fernando lo que le había acontecido en la ciudad después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hubiera hecho si sus padres no se lo hubiesen impedido, y que, así, se salió de su casa despechado y confuso, decidido a vengarse con más comodidad; y que al día siguiente supo que Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido, y que, al final, al cabo de algunos meses vino a saber que estaba en un monasterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la podía pasar con Cardenio; y que en cuanto lo supo, escogiendo para su compañía a aquellos tres caballeros, fue al pueblo donde estaba, y no había querido hablar con ella, temeroso de que sabiendo que él estaba allí habría más vigilancia en el monasterio; y así, aguardando un día a que la portería estuviese abierta, dejó a dos de ellos vigilando la puerta, y él con otro entraron en el monasterio buscando a Luscinda, a la que hallaron en el claustro hablando con una monja; y arrebatándola, sin darle lugar a otra cosa, se vinieron con ella a un pueblo donde se aprovisionaron de aquello de lo que tuvieron menester para traerla; todo lo cual pudieron hacerlo sin el menor peligro, por estar el monasterio en el campo, a un buen trecho fuera del pueblo. Dijo que en cuanto Luscinda se vio en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en sí, no había hecho otra cosa que llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna, y que, así, acompañados de silencio y de lágrimas, habían llegado a aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DE LA FAMOSA INFANTA MICOMICONA, CON OTRAS GRACIOSAS AVENTURAS

Todo esto escuchaba Sancho, con no poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían e iban en humo las esperanzas de su blasón, y que la linda princesa Micomicona se le había convertido en Dorotea, y el gigante en don Fernando, mientras su amo se estaba durmiendo a pierna suelta, absolutamente descuidado de todo lo sucedido. Dorotea no podía asegurar que el bien que poseía no fuese un sueño; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan a pique de perder el crédito y el alma; y, finalmente, cuantos estaban en la venta estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios.

Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y a cada uno daba la enhorabuena por el bien alcanzado; pero quien más jubilosa estaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagarle todos los daños e intereses que le hubiesen venido por cuenta de don Quijote. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con melancólico semblante, se dirigió a su amo, que acababa de despertar, y le dijo:

—Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quiera, sin la preocupación de matar a ningún gigante ni de devolver su reino a la princesa, que ya todo está hecho y concluido.

—Eso creo yo también —respondió don Quijote—, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida, y de un revés, ¡zas!, le derribé la cabeza por el suelo, y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

—Como si fueran de vino tinto, dirá mejor vuestra merced, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero agujereado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.

—¿Pero qué es lo que dices, loco? ¿Estás en tu seso?

—Levántese vuestra merced, y verá el buen negocio que ha hecho y lo que

tenemos que pagar, y verá a la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaría de nada de eso, porque, si te acuerdas bien, la otra vez que estuvimos aquí te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamiento, y no sería extraño que ahora fuese lo mismo.

—Todo lo hubiera creído yo, si también mi manteamiento hubiese sido cosa de ese jaez, pero no lo fue, sino real y verdaderamente; y vi yo que el ventero que aquí está ahora sostenía una punta de la manta y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza; y tengo para mí, aunque simple y pecador, que andando por medio las personas no hay encantamiento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

—Bueno, Dios lo remediará —dijo don Quijote—. Ayúdame a vestir y déjame salir ahí fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.

Lo ayudó a vestirse Sancho, y en el rato que se vestía contó el cura a don Fernando y a los demás las locuras de don Quijote, y el artificio que habían usado para sacarlo de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Les contó asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de lo que se admiraron no poco y rieron, por parecerles lo que a todos parecía: ser el más extraño género de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo más el cura: ya que el buen suceso de la señora Dorotea impedía seguir adelante con su designio, era menester inventar y hallar otro para poderlo llevar a su tierra. Se ofreció Cardenio a proseguir lo comenzado, y así Luscinda haría y representaría el personaje de Dorotea.

—No —dijo don Fernando—, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invención; y si no está muy lejos de aquí el pueblo de este buen caballero, me alegraré de que se procure su remedio.

—No está a más de dos jornadas de aquí.

—Pues aunque estuviera a más, gustaría yo caminarlas, a cambio de hacer tan buena obra.

Salió en esto don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo de Mambrino en la cabeza, aunque abollado, con su rodela en el brazo y apoyado en su tronco o lanzón. La extraña presencia de don Quijote dejó suspensos a don Fernando y a los demás, viendo aquel rostro más largo que media legua a pie, seco y amarillo, la disparidad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callados hasta ver lo que él decía; y entonces, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

—Estoy informado, hermosa señora, por este mi escudero, que vuestra grandeza se ha aniquilado y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que solíais ser, os habéis vuelto una doncella particular. Si esto ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso de que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media y que fue poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leído y repasado tan atentamente y

con tanta calma como las repasé y leí yo, hubiera hallado a cada paso cómo otros caballeros de menor fama que la mía habían acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar a un gigantillo, por arrogante que sea; porque no hace muchas horas que yo me vi con él, y quiero callar, para que no me digan que miento, pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.

—Os las visteis con dos cueros, que no con un gigante —dijo entonces el ventero.

Don Fernando le mandó que callase y no interrumpiese la plática de don Quijote de ninguna manera; y don Quijote prosiguió diciendo:

—Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si vuestro padre ha hecho esta metamorfosis en vuestra persona por la causa que he dicho, no le deis crédito alguno, porque no hay ningún peligro en la tierra por el que no se abra camino mi espada, y poniendo con ella en tierra la cabeza de vuestro enemigo, os pondré a vos la corona en la vuestra en breves días.

No dijo más don Quijote y esperó a que la princesa le respondiese, y, como esta ya sabía la determinación de don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quijote, con mucho donaire y seriedad le respondió:

—Quienquiera que fuese el que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me había mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que era ayer sigo siendo hoy. Verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acontecimientos de buena ventura, que me han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la de antes y de tener los mismos pensamientos que siempre he tenido de valerme del valor de vuestro valeroso e invulnerable brazo. Así que, señor mío, haga el favor de devolverle la honra al padre que me engendró y téngalo por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si no hubiese sido por vos, señor, jamás hubiese acertado a tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos de ella la mayoría de estos señores que están presentes. Solo falta que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y el buen suceso que espero en lo demás, lo dejaré a Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y al oírlo don Quijote, se volvió a Sancho y con muestras de mucho enojo le dijo:

—Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón, vagamundo, ¿no acabas de decir hace un momento que esta princesa se había vuelto una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté a un gigante era la puta que te parió, y otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida? ¡Voto… —Y miró al cielo y apretó los dientes— que estoy por hacer un estrago en ti que ponga sal en la mollera a todos cuantos mentirosos escuderos de caballeros andantes hubiera de aquí al fin del mundo!

—Vuestra merced se sosiegue, señor mío —respondió Sancho—, que bien podría ser que yo me hubiese engañado en lo que toca a la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca a la cabeza del gigante, o al menos al agujereamiento de los cueros y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos, a la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto ha hecho un lago del aposento, y si no, al freír de los huevos lo verá: quiero decir que lo verá cuando aquí su merced el señor ventero le pida cuentas del estropicio. De lo demás, de que la señora reina vuelva a estar como estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte en ello, como a cada hijo de vecino.

—Ahora yo te digo, Sancho —dijo don Quijote—, que eres un mentecato, y perdóname, y basta.

—Basta —dijo don Fernando—, y no se hable más; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque hoy ya es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, cuando acompañemos todos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas e inauditas hazañas que ha de hacer en el curso de esta grande empresa que lleva a su cargo.

—Yo soy el que tengo que serviros y acompañaros —respondió don Quijote—, y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinión que de mí se tiene, y procuraré que salga verdadera, o me costará la vida, y aún más, si más me puede costar.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos tuvieron lugar entre don Quijote y don Fernando, pero a todo puso silencio un pasajero que entró en la venta en ese momento, que mostraba por su traje que era cristiano recién venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran también de lienzo azul, con bonete del mismo color; traía unos borceguíes color dátil y un alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, en un jumento, una mujer vestida a la morisca, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que la cubría desde los hombros a los pies. Era el hombre de talle robusto y agraciado, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta; en fin, mostraba él en su apostura que de haber ido vestido como un caballero le hubieran juzgado por persona de calidad y bien nacida.

Pidió cuando entró un aposento, y como le dijeron que no lo había en la venta, mostró recibir pesadumbre, y llegándose a la que por el traje parecía mora, la ayudó a apearse. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, atraídas por el nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon a la mora, y Dorotea, que siempre fue agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que tanto ella como el que la traía se acongojaban por la falta de aposento, le dijo:

—No os dé mucha pena, señora mía, la falta de comodidades que hay aquí, pues es propio de ventas que no las tengan; pero, con todo, si gustáis alojaros con nosotras

—señalando a Luscinda—, es posible que a lo largo del camino hayáis estado en otros sitios no tan buenos donde acogeros.

No respondió nada a esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde se había sentado, y puestas las dos manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecía. Por su silencio imaginaron que, sin duda alguna, debía de ser mora, y que no sabía hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que hasta entonces había estado atendiendo a otra cosa, y viendo que todas tenían cercada a la que venía con él, y que ella callaba a cuanto le decían, dijo:

—Señoras mías, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar ninguna otra que no sea la de su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde a lo que se le ha preguntado.

—No se le pregunta nada —respondió Luscinda—, sino ofrecerle por esta noche nuestra compañía, aparte del lugar donde nos acomodemos, donde se le hará el regalo que ofrezca la comodidad, con la voluntad que obliga a servir a todos los extranjeros que tengan necesidad de ello, especialmente siendo mujer a quien se sirve.

—Por ella y por mí —respondió el cautivo— os beso las manos, señora mía, y estimo mucho y en lo que vale la merced ofrecida, que en tal ocasión, y de tales personas como muestra vuestro porte, salta a la vista que ha de ser muy grande.

—Decidme, señor —dijo Dorotea—: ¿esta señora es cristiana o mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

—Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy gran cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.

—Luego ¿no está bautizada? —replicó Luscinda.

—Desde que salió de Argel, su patria y tierra, no ha habido ocasión de ello —respondió el cautivo—, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase a bautizarla sin que supiese primero todas las ceremonias que manda nuestra Madre la Santa Iglesia; pero Dios tendrá a bien que se bautice pronto, con el realce que merece la calidad de su persona, que es más de lo que muestra su vestido y el mío.

Con estas informaciones les dieron ganas a todos los que estaban escuchándole de saber quién era la mora y el cautivo, pero nadie se lo quiso preguntar entonces, por ver que aquel momento era más para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó a sentar junto a sí y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decían y lo que ella tenía que hacer. Él le dijo en lengua arábiga que le pedían se quitase el embozo, y que lo hiciese. Y así, se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que Luscinda, y Luscinda por más hermosa que Dorotea, y todos los presentes advirtieron que si alguno se podría igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo quienes le dieron un poco de ventaja. Y como la hermosura tiene prerrogativa y gracia para reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, se rindieron todos de inmediato al deseo de servir y mimar a la hermosa

mora.

Preguntó don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, y respondió que Lela Zoraida; y como ella lo oyó, entendió lo que le habían preguntado al cristiano y dijo con mucha prisa, llena de congoja y donaire:

—¡No, no Zoraida: María, María! —Dando a entender que se llamaba María y no Zoraida.

Estas palabras, el gran sentimiento con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mujeres, que son tiernas y compasivas por naturaleza. La abrazó Luscinda con mucho amor, diciéndole:

—Sí, sí, María, María.

A lo que respondió la mora:

—¡Sí, sí, María: Zoraida *macange*! —Que quiere decir no.

Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venían con don Fernando había puesto el ventero diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que a él le fue posible. Llegada, pues, la hora, se sentaron todos a una larga mesa, como para la servidumbre, porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, aunque él lo rehusaba, a don Quijote, quien quiso que estuviese a su lado la señora Micomicona, pues él era su valedor. Y después se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero de ellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros, y al lado de las señoras, el cura y el barbero. Y así, cenaron con mucho contento, y se les acrecentó más viendo que, dejando de comer don Quijote, movido por un espíritu semejante al que le movió a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó a decir:

—Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿quién de los que viven hoy sobre la tierra, si entrara ahora por la puerta de este castillo y nos viera de la suerte que estamos, juzgaría y creería que nosotros somos quienes somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar sino que este arte y ejercicio excede a todas aquellas artes y aquellos ejercicios que inventaron los hombres, y tanto más se ha de tener en estima cuanto a más peligros está sujeto. Quítenseme de delante los que digan que las letras llevan ventaja a las armas, que les diré, sean quienes fueren, que no saben lo que se dicen. Porque la razón que estos tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen es que los afanes del espíritu exceden a los del cuerpo y que las armas solo se ejercitan con el cuerpo, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más que buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen actos de la fortaleza que piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase tanto con el espíritu como con el cuerpo el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada.

Si no, véase si se alcanza a saber y conjeturar con las fuerzas corporales el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son actos del entendimiento, en que no tiene ninguna intervención el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más, y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina, porque se ha de estimar en más aquella intención que tiene por objeto más noble fin. No hablo ahora de las letras divinas (que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que a un fin tan sin fin como este ningún otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, cuyo fin y paradero es entender y hacer que las buenas leyes se guarden, quiero decir, poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo. Fin ciertamente generoso y alto y digno de gran alabanza, pero no de tanta como merece aquel a que atienden las armas, que tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: Paz sea en esta casa; y otras muchas veces les dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros (bien como joya y prenda dada y dejada por tal mano, joya sin la cual no puede haber bien alguno en la tierra ni en el cielo). Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los de quien profesa las armas, y véase cuáles son mayores.

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó a que ninguno de los que estaban escuchándole lo tuviese en ese momento por loco, antes al contrario, como la mayoría eran caballeros, a quienes son anejas las armas, lo escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo:

—Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por extremar este caso todo lo posible; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por separado, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo, no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa y de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esa que entre ellos llaman andar a la sopa boba; y no les falta algún brasero ajeno o chimenea, que, si no calienta, al menos entibia su frío, y, en fin, de noche duermen bajo cubierto. No quiero llegar a otras menudencias, a saber, la falta de camisas y no sobra de zapatos, el desgaste y poco pelo del vestido, o aquel hartarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara

algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose allá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean; y alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas peligrosas Sirtes y estas traidoras Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo por la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en grato fresco, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII

QUE TRATA DEL CURIOSO DISCURSO QUE HIZO DON QUIJOTE DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

—Pues comenzamos —prosiguió don Quijote— en el estudiante por la pobreza y sus modos, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que afana con sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces su desnudez suele ser tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando al raso, solo con el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, que, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha: que bien puede medir en la tierra los pies que quiera y revolverse en ella a su gusto, sin temor a que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de licenciarse o doctorarse en su carrera: lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha vendas, para curarle algún balazo que quizá le haya pasado las sienes o le deje estropeado de brazo o pierna. Y aunque no su ceda esto, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que estaba antes y que sea menester que suceda uno y otro combate, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros raras veces se ven. Pero decidme, señores, si habéis reparado en ello: ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con cifras de tres números. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas (por no decir de mangas o sobornos) todos tienen con qué sustentarse. Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquellos se premia con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, y volvamos a la preeminencia de las armas sobre las letras, materia

que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que alega de su parte cada una.

»Y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, en fin, si no fuese por ellas, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, mareos, indigestiones de estómago y otras cosas anejas a estas, que en parte ya las tengo referidas; pero llegar uno por sí mismo a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida.

»Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, comparable al que tiene un soldado que, hallándose cercado en algún fuerte y estando de puesto o guardia en alguna garita o baluarte, siente que los enemigos están minando la parte donde él está, y no puede apartarse de allí bajo ningún concepto, ni huir del peligro que le amenaza de tan cerca? Lo que puede hacer es solo dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo ha de subir improvisamente a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si lo iguala o hace ventaja el de embestirse por las proas en mitad del mar espacioso dos galeras, que enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y con todo, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan como cañones de artillería apuntan hacia él desde la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, se pone a ser blanco de tanta arcabucería con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que es más de admirar: apenas ha caído uno donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, otro ocupa su mismo lugar; y si este cae también en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y el mayor atrevimiento que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

»Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de estos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que se le está dando en el infierno el premio de su diabólica invención, que hizo posible que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes

pechos, llega una desmandada bala (disparada por quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar muchos siglos.

»Y así, considerando esto, estoy por decir que me pesa en el alma haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí no me da miedo ningún peligro, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el plomo me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, en la tierra entera. Pero haga el cielo lo que tenga a bien, que seré tanto más estimado, si salgo con lo que pretendo, expuesto a mayores peligros de los que se expusieron los caballeros andantes de los pasados siglos».

Todo este largo preámbulo dijo don Quijote mientras los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado a la boca, aunque algunas veces Sancho Panza le había dicho que cenase, que después habría tiempo para decir todo lo que quisiese. En los que le habían escuchado sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, lo hubiese perdido tan rematadamente cuando se le trataba de su negra y empecinada caballería. El cura le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, era de su mismo parecer.

Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y mientras la ventera, su hija y Maritornes preparaban el camaranchón de don Quijote de la Mancha, donde habían decidido que se recogiesen aquella noche solas en él las mujeres, don Fernando rogó al cautivo les contase la historia de su vida, porque no podía ser sino peregrina y gustosa, según las muestras que había comenzado a dar, viniendo en compañía de Zoraida. A lo que respondió el cautivo que de muy buena gana haría lo que se le mandaba, y que solo temía que el cuento no había de ser tal que les diese el gusto que él deseaba, pero que, con todo, por no dejar de obedecerle, lo contaría. El cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos donde el mandar tenía tanta fuerza.

—Y así, estén vuestras mercedes atentos y oirán un discurso verdadero al que podría ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse.

Con esto que dijo hizo que todos se acomodasen y le prestasen un gran silencio. Y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que quisiese decir, con voz agradable y reposada comenzó a decir de esta manera:

CAPÍTULO XXXIX

DONDE EL CAUTIVO CUENTA SU VIDA Y SUCESOS

En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje, con el que la naturaleza fue más agradecida y pródiga que la fortuna, aunque en la pobreza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo sería si se hubiera dado tanta maña en conservar su hacienda como se la daba en gastarla; y la condición que tenía de ser generoso y gastador le venía de haber sido soldado los años de su juventud, que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace desprendido, y el desprendido, pródigo, y si se halla que algunos soldados son tacaños, lo que rara vez sucede, son como monstruos. Pasaba mi padre los términos de la generosidad y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningún provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser.

Los que mi padre tenía eran tres, todos varones y todos en edad de poder elegir su vida y estado. Viendo pues mi padre que, según él decía, no podía sujetarse aquella inclinación suya, quiso privarse del instrumento y causa que le hacía gastador y dadivoso, que fue privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro hubiera parecido avaro. Y así, llamándonos un día a los tres a solas en un aposento, nos dijo unas palabras semejantes a las que ahora diré: «Hijos, para deciros que os quiero bien basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal basta saber que no logro sujetarme en lo que toca a conservar vuestra hacienda. Pues para que entendáis de aquí en adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros que la tengo pensada y dispuesta con madura consideración desde hace ya muchos días. Vosotros estáis ya en edad de elegir estado, o al menos de elegir profesión que os honre y aproveche cuando seáis mayores. Y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: tres os las daré a vosotros, a cada uno lo que le toque, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los días que el cielo tenga a bien darme de vida. Pero querría que, después que cada uno tenga en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la larga y sabia experiencia; y el que yo digo dice: *Iglesia o mar o casa real,* como si más claramente dijera: “Quien quiera valer y ser rico, o siga a la Iglesia, o navegue,

ejercitando el arte de los mercaderes, o entre a servir a los reyes en sus casas; porque dicen: Más vale migaja de rey que merced de señor”. Digo esto porque querría y es mi voluntad que uno de vosotros siga las letras, el otro el comercio, y el otro sirva al rey en la guerra, pues entrar a servirle en su casa es dificultoso; que aunque la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho días os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros ni un maravedí, como lo podréis comprobar. Decidme ahora si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto».

Y mandándome a mí, por ser el mayor, que respondiese, después de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros ya éramos mozos para saber ganarla, vine a concluir en que cumpliría su gusto, y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él a Dios y a mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos y escogió el irse a las Indias, llevando invertida la hacienda que le tocase. El menor, y a lo que yo creo el más despierto, dijo que quería seguir la Iglesia o irse a acabar sus comenzados estudios a Salamanca. En cuanto acabamos de ponernos de acuerdo y escoger nuestras profesiones, mi padre nos abrazó a todos, y con la brevedad que dijo puso por obra cuanto nos había prometido; y dando a cada uno su parte, que, por lo que recuerdo, fueron a cada uno tres mil ducados contantes y sonantes (porque un tío nuestro compró toda la hacienda, para que no saliese del tronco de la casa, y la pagó al contado), en un mismo día nos despedimos los tres de nuestro buen padre. Y allí mismo, pareciéndome a mí que era una inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice que tomase dos mil ducados de mis tres mil, porque a mí me bastaba el resto para proveerme de lo que tenía menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dio mil ducados; de modo que a mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, más tres mil que parece valía la hacienda que le tocó, que no quiso vender, sino quedarse con ella en bienes raíces. Digo, en fin, que nos despedimos de él y de aquel tío nuestro que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos, prósperos o adversos. Se lo prometimos, y después de abrazarnos y echarnos su bendición, el uno tomó el camino de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, donde tuve nuevas de que había una nave genovesa que cargaba allí lana para Génova. Este año hará veintidós que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, aunque he escrito algunas cartas, no he sabido de él ni de mis hermanos nueva ninguna; y lo que en el transcurso de este tiempo he pasado lo diré brevemente.

Me embarqué en Alicante, llegué con próspero viaje a Génova, fui desde allí a Milán, donde me pertreché de armas y algunas galas de soldado, y de allí quise ir a alistarme al Piamonte. Y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas de que el gran Duque de Alba se iba a Flandes. Mudé propósito, me fui con él, le serví en las batallas que hizo, me hallé en la muerte de los condes de Eguemón

y de Hornos, alcancé a ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y al cabo de algún tiempo que llegué a Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del papa Pío Quinto, de feliz recordación, había hecho con Venecia y con España contra el enemigo común, que es el Turco, quien por aquel tiempo había ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba bajo el dominio de venecianos, y fue pérdida lamentable y desdichada. Se supo con seguridad que venía como general de esta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe. Se divulgó el grandísimo preparativo de guerra que se hacía, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba. Y aunque tenía barruntos, y casi indicios ciertos, de que en la primera ocasión que se ofreciese sería promovido a capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, a Italia, y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar a Génova, que pasaba a Nápoles a juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mesina. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos. Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañaron el mundo y todas las naciones del error en que estaban creyendo que los turcos eran invencibles por mar, en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque los cristianos que allí murieron tuvieron más ventura que los que quedaron vivos y vencedores), yo fui el único desdichado. Pues en vez de poder esperar alguna corona naval, como en los siglos romanos, me vi aquella noche que siguió a tan famoso día con cadenas en los pies y esposas en las manos.

Y fue de esta suerte: que habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la nao capitana de Malta (de la que solo tres caballeros quedaron vivos, y estos malheridos), acudió a socorrerla la capitana de Juan Andrea, en la que iba yo con mi compañía. Y haciendo lo que debía en ocasión semejante, salté a la galera contraria; pero esta, desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así, me hallé solo entre mis enemigos, a los que no pude resistir, por ser tantos: en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya habréis oído decir, señores, que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo a quedar cautivo en su poder, y fui el único triste entre tantos alegres y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel día alcanzaron la deseada libertad, que todos venían al remo en la armada turquesca.

Me llevaron a Constantinopla, donde el Gran Turco Selín hizo general de la mar a mi amo, porque había hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la orden de Malta. Me hallé el segundo año, en el setentaidós, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y advertí la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto a toda la armada turca, porque todos los leventes y jenízaros que venían en ella estaban seguros que les habían de

embestir dentro del mismo puerto y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para salir huyendo inmediatamente por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que regía a los nuestros, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió en Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente a tierra, fortificó la boca del puerto y se estuvo quedo hasta que se volvió el señor don Juan. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa*, de la que era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja. La tomó la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, mandada por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa*. Era tan cruel el hijo de Barbarroja y trataba tan mal a sus cautivos, que en cuanto los que venían al remo vieron que la galera *Loba* se les iba echando encima y que los alcanzaba, soltaron todos a un tiempo los remos y le echaron mano a su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen deprisa. Y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron tantos bocados, que a poco más que pasó del palo mayor ya había pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían.

Volvimos a Constantinopla, y el año siguiente, en el setentaitrés, se supo en ella que el señor don Juan había ganado Túnez y quitado aquel reino a los turcos y que se lo había dado a Muley Hamet, cortando las esperanzas que tenía de volver a reinar en él Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que tienen todos los de su casa, hizo la paz con los venecianos, que la deseaban mucho más que él, y el año siguiente, el setentaicuatro, acometió a la Goleta y al fuerte que el señor don Juan había dejado medio levantado junto a Túnez.

En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; al menos, no esperaba tenerla por rescate, porque había decidido no escribir las nuevas de mi desgracia a mi padre. Se perdió, en fin, la Goleta, se perdió el fuerte, plazas en las que hubo, pagados, setentaicinco mil soldados turcos, y más de cuatrocientos mil moros y árabes de toda la África, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra y con tantos zapadores, que hubieran podido cubrir de tierra la Goleta y el fuerte con las manos y a puñados. Se perdió primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, que hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheras en aquella arena desierta, porque se pensaba que habría agua a dos palmos, pero los turcos no la hallaron a dos varas. Y así, con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepasaron las murallas del fortín, y tirándoles desde lo alto, ninguno

podía parar ni asistir a la defensa.

Fue opinión común que no se tenían que haber encerrado los nuestros en la Goleta, sino esperar el desembarco en campo abierto; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podían tan pocos, aunque fuesen más esforzados, salir a campo abierto y quedarse en el fortín, contra tantos como eran los enemigos? ¿Y cómo no se va a perder un fortín que no es socorrido, y más cuando lo cercan tantos y porfiados enemigos, y en su misma tierra? Pero a muchos les pareció, y así me pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a España permitiendo que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquel monstruo insaciable o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí se gastaban sin provecho, sin servir de otra cosa que de recordar que la había ganado la felicísima memoria del invictísimo Carlos V, como si para hacerla eterna, como lo es y será, fuera menester que aquellas piedras la sustentaran. Se perdió también el fuerte, pero lo fueron ganando los turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron en veintidós asaltos generales que les dieron. De trescientos que quedaron vivos, a ninguno cautivaron sano, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas.

Pactó la rendición un pequeño fuerte o torre que estaba en mitad de la ría, a cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron a don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, que hizo cuanto fue posible por defender su posición y sintió tanto el haberla perdido, que murió de pesar en el camino de Constantinopla, donde lo llevaban cautivo. Cautivaron también al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, gran ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos plazas muchas personas de cuenta, una de las cuales fue Pagán de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma prodigalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea Doria; y lo que hizo más lastimosa su muerte fue haber muerto a manos de unos árabes de los que se fio, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron a llevarlo en hábito de moro a Tabarca (que es un portezuelo o casa que tienen en aquellas riberas los genoveses que practican la pesquería del coral), árabes que le cortaron la cabeza y se la trajeron al general de la armada turca, quien cumplió con ellos nuestro refrán castellano, que «aunque la traición guste, el traidor se aborrece»; y así, se dice que mandó el general ahorcar a los que le trajeron el regalo, porque no se lo habían traído vivo. Entre los cristianos que se perdieron en el fuerte, hubo uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, que había sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento. Especialmente tenía particular gracia en lo que llaman poesía: lo digo porque su suerte lo trajo a mi galera y a mi banco y a ser esclavo de mi mismo patrón, y antes que partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos a manera de epitafios, el uno a la Goleta y el otro al fuerte. Y en

verdad que los tengo que decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre.

En el punto que el cautivo nombró a don Pedro de Aguilar, don Fernando miró a sus camaradas y los tres se sonrieron; y cuando fue a decir los sonetos, dijo uno:

—Antes que vuestra merced siga adelante, le suplico me diga qué se hizo de ese don Pedro de Aguilar que ha dicho.

—Lo que sé es —respondió el cautivo— que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de albanés con un griego espía, y creo que alcanzó la libertad, aunque no lo sé de cierto, porque de allí a un año vi yo al griego en Constantinopla, pero no le pude preguntar el final de aquel viaje.

—Bueno fue —respondió el caballero—, porque ese don Pedro es mi hermano y está ahora en nuestro pueblo, bueno y rico, casado y con tres hijos.

—Gracias sean dadas a Dios —dijo el cautivo— por tantas mercedes como le hizo, porque, en mi opinión, no hay en la tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.

—Y más —replicó el caballero—, que yo sé los sonetos que hizo mi hermano.

—Dígalos, pues, vuestra merced —dijo el cautivo—, que los sabrá decir mejor que yo.

—Con mucho gusto —respondió el caballero—; el de la Goleta decía así:

CAPÍTULO XL

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL CAUTIVO

Almas dichosas que del mortal cuerpo
libres y exentas, por el bien que obrasteis,
desde la baja tierra os levantasteis
a lo más alto y lo mejor del cielo,
y, ardiendo en ira y en honroso celo,
de los cuerpos la fuerza ejercitasteis,
que en sangre ajena y propia coloreasteis
el mar vecino y arenoso suelo:
primero que el valor faltó la vida
en los cansados brazos, que, muriendo,
con ser vencidos, llevan la victoria.
Y esta vuestra mortal, triste caída
entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

—De esa misma manera lo sé yo —dijo el cautivo.

—Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo —dijo el caballero—, dice así:

De entre esta tierra estéril, derribada,
de estos terrones por el suelo echados,
las almas santas de tres mil soldados
subieron vivas a mejor morada,
siendo primero en vano ejercitada
la fuerza de sus brazos esforzados,
hasta que, al fin, de pocos y cansados,
dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que sin tregua ha sido
de mil memorias lamentables lleno

en los siglos pasados y presentes.
Mas no más justas de su duro seno
habrán al claro cielo almas subido,
ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que le dieron de su camarada y, prosiguiendo su cuento, dijo:

—Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en desmantelar la Goleta (porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué echar por tierra), y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecía menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que había quedado en pie de la fortificación nueva que había hecho el Fratín vino a tierra con mucha facilidad.

En fin, la armada volvió a Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí a pocos meses murió mi amo el Uchalí, al que llamaban Uchalí Fartax, que quiere decir en lengua turca «el renegado tiñoso», porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan o de alguna virtud que haya en ellos; y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes, que descienden de la casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo, ya de las virtudes del ánimo. Y este Tiñoso, siendo esclavo del Gran Señor, bogó el remo catorce años, y con más de treintaicuatro renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dio un bofetón, y para poderse vengar dejó su religión; y fue tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que suben los más favorecidos del Gran Turco, llegó a ser rey de Argel, y después a ser general de la mar, que es el tercer cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nación, y moralmente fue hombre de bien, y trataba con mucha humanidad a sus cautivos, y llegó a tener tres mil, que se repartieron, después de su muerte, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que también es hijo heredero de cuantos mueren y entra al reparto con los demás hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y a mí me tocó con un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, lo cautivó el Uchalí, y lo quiso tanto, que fue uno de sus garzones mejor tratados, y él vino a ser el más cruel renegado que jamás se ha visto. Se llamaba Azán Agá, y llegó a ser muy rico y a ser rey de Argel; con él vine yo de Constantinopla, bastante contento, por estar tan cerca de España, no porque pensase escribir a nadie el desdichado suceso mío, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya había probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo ocasión ni ventura. Y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba. Porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que maquinaba, pensaba y ejecutaba no se correspondía el suceso a la intención, de inmediato sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca.

Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman baño, donde encierran a los cautivos cristianos, tanto los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacén, que es como decir cautivos del concejo, que sirven a la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios; y estos cautivos tienen muy difícil su libertad, que, como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque lo tengan.

Algunos particulares del pueblo, como tengo dicho, suelen llevar sus cautivos a estos baños, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen acomodados y seguros hasta que venga su rescate. Tampoco los cautivos del rey que son de rescate salen al trabajo con la demás chusma, si no es cuando se retrasa su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahínco, les hacen trabajar e ir por leña con los demás, que es un trabajo no pequeño.

Yo, pues, era uno de los de rescate, que, como se supo que era capitán, aunque dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no sirvió de nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Me pusieron una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos como de rescate. Y aunque el hambre y la desnudez pudieran fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Ahorcaba a diario al que tocaba ese día, empalaba a este, desorejaba a aquel, y esto por tan poca causa, y tan sin ella, que los turcos sabían que lo hacía no más que por hacerlo y por ser condición natural suya ser homicida de todo el género humano. Solo salió bien librado de él un soldado español llamado Miguel de Cervantes Saavedra, al que, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar su libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo una mala palabra. Y temíamos todos que por la menor cosa de las muchas que hizo sería empalado, y así lo temió él más de una vez. Y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo diría ahora algo de lo que este soldado hizo, que bastaría para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.

Digo, pues, que encima del patio de nuestra prisión caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal, que, como de ordinario son las de los moros, eran más agujeros que ventanas, y aun estas se cubrían con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció, pues, que un día, estando en un terrado de nuestra prisión con otros tres compañeros, tratando de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demás cristianos habían salido a trabajar, alcé por casualidad los ojos y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho aparecía una caña, y en la punta de ella puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas de que nos llegásemos a tomarla. Nos pusimos a ello, y uno de los que estaban conmigo fue a ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban o lo que hacían; pero en cuanto llegó alzaron la caña y la movieron

a los dos lados, como si dijeran no con la cabeza. Se volvió el cristiano, y la tornaron a bajar y hacer los mismos movimientos que antes. Fue otro de mis compañeros, y le sucedió lo mismo que al primero. Finalmente, fue el tercero, y le sucedió lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar suerte, y en cuanto llegué a ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dio a mis pies dentro del baño. Acudí rápido a desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro de él venían diez cianís, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros.

Si me alegré con el hallazgo no hay para qué decirlo, pues fue tanto el contento como la curiosidad de pensar de dónde podía venirnos aquel bien, especialmente a mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino a mí decían claro que a mí se hacía la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, me volví al terradillo, miré la ventana y vi que por ella salía una mano muy blanca, que la abrían y cerraban muy deprisa. Con esto entendimos o imaginamos que alguna mujer que vivía en aquella casa nos debía de haber hecho aquella caridad, y en señal de que lo agradecíamos hicimos reverencias a uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho.

De allí a un rato sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas y al punto la volvieron a entrar. Esta señal nos confirmó que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que nos hacía el bien; pero la blancura de la mano y las pulseras que vimos en ella nos deshizo este pensamiento, aunque imaginamos que debía de ser cristiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen como una ventura, porque las estiman en más que las de su nación.

En todas nuestras suposiciones no dimos ni de lejos con la verdad del caso. Y así, todo nuestro entretenimiento desde aquel día era mirar y tener por norte la ventana donde nos había aparecido la estrella de la caña; pero pasaron de sobra quince días en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni ninguna otra señal. Y aunque en este tiempo procuramos con toda diligencia saber quién vivía en aquella casa y si había en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivía un moro principal y rico, llamado Agi Morato, alcaide que había sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad.

Pero cuando más descuidados estábamos de que por allí habían de llover más cianís, vimos de repente aparecer la caña, y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido, y esto fue en un momento en que el baño estaba, como la vez anterior, solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno antes que yo, los mismos tres que estábamos, pero a ninguno se rindió la caña más que a mí, porque llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al final de lo escrito hecha una gran cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, me volví al terrado, hicimos todos nuestras reverencias, tornó a aparecer la mano, hice señas que leería el papel, y cerraron la ventana.

Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros entendía el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que contenía el papel, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo decidí fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se había mostrado como gran amigo mío, dando pruebas que le obligaban a guardar entre los dos el secreto que le confiase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intención de volverse a tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, de que el tal renegado es hombre de bien y que siempre ha hecho bien a cristianos y que lleva deseo de huirse en la primera ocasión que se le ofrezca. Algunos hay que se procuran estas fes con buena intención; otros se sirven de ellas por si acaso y como artimaña: que viniendo a robar a tierra de cristianos, si por casualidad se pierden o los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venían, que era quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venían en corso pirateando con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño; y cuando ven la suya, se vuelven a Berbería a ser lo que eran antes. Otros hay que usan de estos papeles y se los procuran con buena intención, y se quedan en tierra de cristianos. Uno de estos renegados que he dicho era mi amigo, y tenía firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hubieran hallado estos papeles, lo hubiesen quemado vivo. Supe que sabía muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes de sincerarme del todo con él, le dije que me leyese aquel papel, que me había encontrado por casualidad en un agujero de mi choza. Lo abrió, y estuvo un buen rato mirándolo y descifrándolo, murmurando entre dientes. Le pregunté si lo entendía; me dijo que muy bien, y que si quería que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, para hacerlo mejor. Le dimos de inmediato lo que pedía, y él lo fue traduciendo poco a poco, y al acabar, dijo: «Todo lo que va aquí en castellano, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y se ha de advertir que donde dice Lela Marién quiere decir Nuestra Señora la Virgen María». Leímos el papel, y decía así:

«Cuando yo era niña, tenía mi padre una esclava, que me enseñó en mi lengua la zalá u oración cristianesca y me dijo muchas cosas de Lela Marién. La cristiana murió, y yo sé que no fue al fuego, sino con Alá, porque después la vi dos veces y me dijo que me fuese a tierra de cristianos a ver a Lela Marién, pues me quería mucho. No sé yo cómo podría ir. Muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tú si puedes hacer cómo irnos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quieres, no importa nada, que Lela Marién me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira a quién lo

das a leer; no te fíes de ningún moro, porque son todos falsos. De esto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará al momento en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo: ata allí la respuesta; y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Marién hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva».

Mirad, señores, si había razón para que las razones de este papel nos admirasen y alegrasen. Y así, lo uno y lo otro fue de manera que el renegado entendió que aquel papel no se había hallado por casualidad, sino que realmente se le había escrito a alguno de nosotros, y nos rogó que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos de él y se lo dijésemos, que él aventuraría su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto sacó del pecho un crucifijo de metal y con muchas lágrimas juró por el Dios que representaba aquella imagen (en quien él, aunque pecador y malo, creía bien y fielmente), guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos confiarle, porque le parecía y casi adivinaba que por medio de aquella que había escrito aquel papel había de tener la libertad él y todos nosotros y verse él en lo que tanto deseaba, que era volver al gremio de la Santa Iglesia su madre, del que, como miembro podrido, estaba separado y apartado, por su ignorancia y pecado.

Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos a una consentimos y convinimos en confesarle la verdad del caso, y así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Le mostramos la ventanilla por donde aparecía la caña, y él desde allí marcó la casa y quedó en tener especial y gran cuidado de informarse quién vivía en ella. Acordamos asimismo que estaría bien responder al mensaje de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento escribió el renegado las palabras que yo le fui dictando, que fueron puntualmente las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que me acontecieron en este suceso ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá mientras tenga vida. En efecto, lo que a la mora se le respondió fue esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mía, y aquella bendita Marién, que es la verdadera madre de Dios y la que te ha puesto en el corazón que te vayas a tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que tenga a bien darte a entender cómo podrás ejecutar lo que te manda, que ella es tan buena, que así lo hará. Por mi parte y la de todos estos cristianos que están conmigo te ofrezco hacer por ti todo lo que podamos, hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que piensas hacer, que yo te responderé siempre, que el gran Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así

que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quieras. A lo que dices que si fueses a tierra de cristianos serías mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano; y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Marién su madre te guarden, señora mía».

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días a que estuviese el baño solo como solía, y luego salí al lugar acostumbrado del terradillo, por ver si aparecía la caña, que no tardó mucho en asomar. En cuanto la vi, aunque no podía ver quién la ponía, mostré el papel, como dando a entender que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, y en él até el papel, y de allí al poco tornó a aparecer nuestra estrella, con la blanca bandera de paz del atadillo. La dejaron caer, y alcé yo y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, que cincuenta veces más doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad.

Aquella misma noche volvió nuestro renegado y nos dijo que había sabido que en aquella casa vivía el mismo moro que nos habían dicho a nosotros, que se llamaba Agi Morato, riquísimo en extremo; tenía una sola hija, heredera de toda su hacienda, y era común opinión en toda la ciudad que era la mujer más hermosa de la Berbería, y muchos de los virreyes que venían allí la habían pedido por mujer, y ella nunca se había querido casar. Y también supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se había muerto; todo lo cual casaba con lo que venía en el papel.

Nos pusimos de inmediato a deliberar con el renegado cómo se haría para sacar a la mora y venirnos todos a tierra de cristianos, y al fin se acordó que de momento había que esperar al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María, porque nos dimos cuenta que ella y ninguna otra era la que había de poner remedio a todas aquellas dificultades. Después que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perdería la vida o nos pondría en libertad.

Cuatro días estuvo el baño con gente, que fue motivo para que tardase en aparecer la caña cuatro días, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, apareció con el lienzo tan preñado, que prometía un felicísimo parto. Se inclinó la caña a mí y el lienzo, y hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin moneda de otra clase. Estaba allí el renegado; le dimos a leer el papel dentro de nuestra choza, y dijo que decía así:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar orden de irnos a España, ni Lela Marién me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado. Lo que se podrá hacer es que yo os dé por esta ventana muchísimos dineros de oro: rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno a tierra de cristianos y compre allá una barca y vuelva por los demás; y a mí me hallarán en el carmen de mi padre, que está a la puerta de Babazón, junto a la playa, donde voy a estar todo este verano con mi padre y con mis criados. De allí, de noche, me podréis sacar sin miedo y llevarme a la

barca; y mira que has de ser mi marido, porque, si no, yo pediré a Marién que te castigue. Si no te fías de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el carmen, y cuando te pasees por ahí sabré que está solo el baño y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mío».

Esto decía y contenía el segundo papel; visto lo cual por todos, cada uno se ofreció a querer ser el rescatado y prometió ir y volver con toda puntualidad, y también yo me ofrecí a lo mismo; a todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que de ninguna manera consentiría que ninguno se marchase con libertad si no era todos juntos, porque la experiencia le había mostrado cuán mal cumplían los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces algunos principales cautivos habían usado de aquel remedio, rescatando a uno que fuese a Valencia o Mallorca con dineros para poder aparejar una barca y volver por los que le habían rescatado, y nunca habían vuelto, porque el gozo de la libertad alcanzada y el temor de volver a perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmación de la verdad que nos decía nos contó brevemente un caso que había acaecido a unos caballeros cristianos más o menos por aquel tiempo, el más extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde a cada paso suceden cosas de gran espanto y de admiración.

En efecto, él vino a decir que lo que se podía y debía hacer era que el dinero que se había de dar para rescatar al cristiano, se le diese a él para comprar allí en Argel una barca, con la excusa de hacerse mercader y tratante en Tetuán y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, se las compondría fácilmente para sacarlos del baño y embarcarlos a todos. Y más aún si la mora, como ella decía, daba dineros para rescatarlos a todos, que estando libres era facilísima cosa embarcarse incluso en la mitad del día, y que la mayor dificultad que se presentaba era que los moros no consienten que ningún renegado compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse a tierra de cristianos, pero que él resolvería este inconveniente haciendo que un moro tagarino fuese a medias con él en el negocio de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con este pretexto él vendría a ser dueño de la barca, con que daba por resuelto todo lo demás. Y aunque a mí y a mis camaradas nos había parecido mejor lo de enviar por la barca a Mallorca, como decía la mora, no osamos contradecirle, temerosos de que si no hacíamos lo que él decía, nos iba a descubrir y a poner en peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida habríamos dado todos las nuestras. Y así, decidimos ponernos en las manos de Dios y en las del renegado, y en aquel mismo punto se le respondió a Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo había advertido tan bien como si Lela Marién se lo hubiera dicho, y que solo en ella estaba dilatar aquel negocio o ejecutarlo inmediatamente. Me ofrecí de nuevo a ser su esposo, y, con esto, otro día

que volvió a estar solo el baño, nos dio en varias veces con la caña y el paño dos mil escudos de oro y un papel donde decía que el primer *jumá* o cabildo, que es el viernes, se iba al carmen de su padre, y que antes que se fuese nos daría más dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daría cuanto le pidiésemos, que su padre tenía tanto, que no lo echaría de menos, y más teniendo ella las llaves de todo.

Dimos entonces quinientos escudos al renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero a un mercader valenciano que a la sazón se hallaba en Argel, quien me rescató del rey comprometiendo por mí su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaría mi rescate; porque si hubiese dado inmediatamente el dinero, habría hecho sospechar al rey de que hacía muchos días que mi rescate estaba en Argel y que el mercader, por sus trapicheos, lo había callado. Además, mi amo era tan desconfiado, que de ninguna manera me atreví a que se desembolsase entonces el dinero.

El jueves anterior al viernes que la hermosa Zoraida se había de ir al carmen, nos dio otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescataba, me enterase inmediatamente del carmen de su padre, o mejor aún, que buscase la ocasión de ir allá y verla. Le respondí en breves palabras que así lo haría y que tuviese cuidado de encomendarnos a Lela Marién con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado.

Hecho esto, se dio orden de rescatar a los tres compañeros nuestros, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome a mí rescatado y a ellos no, pues había dinero, no se alborotasen y les persuadiese el diablo de hacer alguna cosa en perjuicio de Zoraida. Que aunque el ser ellos quienes eran me podía quitar este temor, no quise, con todo, poner el negocio en aventura; y así, los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que pudiese hacer con certeza y seguridad la fianza, a quien nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

CAPÍTULO XLI

DONDE TODAVÍA PROSIGUE EL CAUTIVO SU HISTORIA

No pasaron ni quince días, y ya nuestro renegado tenía comprada una muy buena barca, capaz para más de treinta personas. Y para asegurar su hecho y disimularlo, quiso hacer, como hizo, un viaje a un lugar que se llamaba Sargel, que está a treinta leguas de Argel hacia la parte de Orán, en el que hay mucha contratación de higos pasos. Dos o tres veces hizo este viaje, en compañía del tagarino que había dicho. (Tagarinos llaman en Berbería a los moros de Aragón, y a los de Granada, mudéjares, y en el reino de Fez llaman a los mudéjares elches, gente esta de la que aquel rey más se sirve en la guerra). Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca fondeaba en una caleta que no estaba ni a dos tiros de ballesta del carmen donde Zoraida esperaba, y allí muy a propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban al remo, o bien a rezar la zalá, o haciendo como de mentira lo que pensaba hacer de verdad. Y así, se iba al carmen de Zoraida y le pedía fruta, y su padre se la daba sin conocerlo; y aunque él hubiera querido hablar a Zoraida, como me dijo él después, y decirle que él era el que la había de llevar por orden mía a tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fue posible, porque las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no se lo manda su marido o su padre. De cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aún más de aquello que sería razonable; y a mí me hubiera pesado que él le hubiera hablado, que quizá la alborotara, al ver que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dio lugar al buen deseo que tenía nuestro renegado; quien, viendo con cuánta seguridad iba y venía a Sargel, y que fondeaba cuando, como y donde quería, y que su compañero el tagarino no tenía más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles quería traer conmigo, aparte de los rescatados, y que los tuviese apalabrados para el primer viernes, cuando había decidido que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé a doce españoles, todos muy bravos remeros, y de aquellos que podían salir de la ciudad con mayor libertad; y no fue fácil hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habían llevado a toda la gente de remo, y estos no se habrían hallado de no haber sido porque su amo se quedó aquel verano sin ir en corso, a acabar una galeota que tenía en el astillero. A ellos no les dije otra cosa sino que el primer viernes por la tarde se saliesen uno a uno, disimuladamente, y se fuesen

detrás del carmen de Agi Morato, y que me aguardasen allí hasta que yo fuese. Di este aviso a cada uno por separado, con orden de que aunque viesen allí a otros cristianos, no les dijesen sino que yo les había mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenía, y era la de avisar a Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase si la asaltábamos de improviso antes del tiempo que ella podía imaginar que volviera la barca de cristianos. Y así, decidí ir al carmen y ver si podría hablarle, y con la excusa de coger algunas hierbas, unos días antes de mi partida fui allá.

Y la primera persona a quien encontré fue a su padre, que me dijo en la lengua que se da en toda la Berbería y aun en Constantinopla entre cautivos y moros (que ni es morisca ni castellana ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, en la que todos nos entendemos), digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó qué buscaba en aquel carmen y de quién era yo. Le respondí que era esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabía yo con toda certeza que era un grandísimo amigo suyo) y que buscaba toda clase de hierbas para hacer ensalada. Me preguntó entonces si era hombre de rescate o no y que cuánto pedía mi amo por mí.

Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del carmen la bella Zoraida, que ya hacía mucho que no me había visto. Y como las moras no hacen en absoluto melindres a mostrarse a los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no le importó nada venir adonde estaba su padre conmigo; pero ya en el momento que su padre vio que venía, y de lejos, la llamó y mandó que se acercase.

Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró a mis ojos: solo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de los pies, que traía descubiertas, a su usanza, traía dos carcajes (que así se llamaban en morisco las manillas o ajorcas de los tobillos) de oro purísimo, con tantos diamantes engastados que ella me dijo después que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valían otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse con ricas perlas y nácares, y así, hay más perlas y nácar entre los moros que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenía fama de tener muchas y de las mejores que había en Argel, y de tener asimismo más de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mía. Si con todo este adorno podía venir entonces hermosa o no, por las reliquias que le han quedado de tantas penalidades, podrá conjeturarse cuál debía de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y sazones y depende de las circunstancias para disminuirse o acrecentarse, y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten o abajen, aunque las más veces la destruyen.

Digo, en fin, que llegó entonces en todo extremo engalanada y en todo extremo

hermosa, o al menos a mí me pareció que era la más que había visto hasta entonces. Y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida a la tierra para mi gusto y para mi remedio. Y en cuanto ella llegó, su padre le dijo en su lengua que yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí y que venía a buscar hierbas. Ella se adelantó, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho me preguntó si era caballero y cuál era la causa por la que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado y que en el precio podía estimar en lo que me estimaba mi amo, pues había dado por mí mil quinientos zoltanís.

—La verdad es que si tú fueras de mi padre —dijo ella—, yo haría que él no te diera ni por el doble. Porque vosotros, cristianos, siempre mentís en todo lo que decís y os hacéis los pobres para engañar a los moros.

—Bien podría ser eso, señora —le respondí—, pero la verdad es que yo se la dije a mi amo, y la digo y la diré a cuantas personas hay en el mundo.

—¿Y cuándo te vas? —dijo Zoraida.

—Mañana, creo yo —dije—, porque está aquí un bajel de Francia que se hace mañana a la vela, y pienso irme en él.

—¿No es mejor esperar a que vengan bajeles de España e irte con ellos, y no con los de Francia, que no son vuestros amigos?

—No —respondí yo—; aunque si es verdad, tal y como anuncian, que viene ya un bajel de España, todavía yo lo aguardaría, aunque es más seguro partirme mañana, porque es tanto el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que quiero bien, que no me dejará esperar otro acomodo, si tarda, por mejor que sea.

—Debes de estar sin duda casado en tu tierra —dijo Zoraida— y por eso deseas ir a verte con tu mujer.

—No estoy casado —respondí yo—, pero he dado palabra de casarme en cuanto llegue allá.

—¿Y es hermosa la dama a quien se la diste?

—Tan hermosa es —respondí yo—, que para encarecerla y decirte la verdad, se te parece mucho.

De esto se rio su padre muy de veras, y dijo:

—Por Alá, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la más hermosa de todo este reino. Si no, mírala bien y verás que te digo verdad.

Aunque ella hablaba la lengua bastarda que, como he dicho, se usa allí, nos servía de intérprete en la mayor parte de estas palabras y razones el padre de Zoraida, mejor conocedor de la nuestra, y declaraba ella más su intención por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas pláticas, llegó un moro corriendo y dijo a grandes voces que por las bardas o paredes del carmen habían saltado cuatro turcos y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Se sobresaltó el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es común y casi natural el miedo que tienen los moros a los turcos, especialmente a los soldados, que son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que están sujetos a ellos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos.

Digo, pues, que dijo su padre a Zoraida:

—Hija, retírate a la casa y enciérrate mientras yo voy a hablar a estos canes. Y tú, cristiano, busca tus hierbas y vete en buena hora, y llévete Alá con bien a tu tierra.

Yo me incliné, y él se fue a buscar a los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó a dar muestras de irse donde su padre la había mandado. Pero apenas se encubrió él con los árboles del carmen, ella, volviéndose a mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo:

—¿*Támxixi*, cristiano, *támxixi*? (Que quiere decir: ¿Te vas, cristiano, te vas?).

—Señora —le respondí—, sí, pero no, de ninguna manera, sin ti: el primer *jumá* me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos a tierra de cristianos.

Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien todas las palabras que cambiamos los dos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó a caminar hacia la casa. Y quiso la suerte, que habría sido muy mala si el cielo no lo hubiera ordenado de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvía de echar a los turcos, nos vio de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto. Pero Zoraida, advertida y despierta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más a mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo asimismo di a entender que la sostenía contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo a su hija de aquella manera, le preguntó qué tenía; pero como ella no le respondió, dijo su padre:

—Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado.

Y quitándola del mío, la arrimó a su pecho, y ella, dando un suspiro y no secos aún los ojos de lágrimas, volvió a decir:

—*Ámexi*, cristiano, *ámexi*. (Vete, cristiano, vete).

—No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningún mal te ha hecho, y los turcos ya se han ido —dijo su padre—. No te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues, como ya te he dicho, los turcos, a mi ruego, se volvieron por donde entraron.

—Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho —le dije yo—, pero como ella dice que me vaya, no le quiero dar pesadumbre. Quédate en paz, y, con tu permiso, volveré, si fuese menester, por hierbas a este carmen, que, según dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.

—Puedes volver todas las veces que quieras —respondió Agi Morato—, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojen, sino que dijo que te fueses en vez de decir que se fuesen los turcos, o porque ya era hora que buscases tus hierbas.

Con esto me despedí al punto de los dos, y ella, arrancándosele el alma según

parecía, se fue con su padre, y yo, con la excusa de buscar las hierbas, rodeé muy bien y a mi placer todo el carmen: miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa y la comodidad que se podía ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine y di cuenta al renegado y a mis compañeros de cuanto había pasado, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que la suerte me ofrecía en la hermosa y bella Zoraida.

En fin, pasó el tiempo y llegó el día y plazo tan deseado por nosotros. Y siguiendo todos el orden y parecer que habíamos dado muchas veces con minuciosa consideración y hartas cavilaciones, tuvimos el buen suceso que deseábamos; porque el viernes que se siguió al día que yo hablé en el carmen con Zoraida, nuestro renegado, al anochecer, fondeó con la barca casi enfrente de donde estaba la hermosísima Zoraida

Ya los cristianos que tenían que bogar al remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que tenían a la vista: porque ellos no sabían el concierto del renegado, sino que pensaban que a fuerza de brazos habían de tener y ganar la libertad, quitando la vida a los moros que estaban dentro de la barca.

Sucedió, pues, que en cuanto yo me mostré con mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se fueron acercando a nosotros. Esto era cuando la ciudad estaba ya cerrada y no había nadie por toda aquella campiña. En cuanto estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por Zoraida o rendir antes a los moros contratados que bogaban al remo en la barca; y estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro renegado diciéndonos que por qué nos deteníamos, que ya era hora y que todos sus moros estaban desprevenidos, y la mayoría de ellos durmiendo. Le dijimos nuestros reparos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que después podíamos ir por Zoraida. Nos pareció bien a todos lo que decía; y así, sin detenernos más, guiándonos él, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano a un alfanje y dijo en morisco:

—Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida.

Para entonces ya habían entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo a su capitán hablar de aquella manera, se quedaron espantados, y sin que ninguno de ellos echara mano a las armas, que pocas o casi ninguna tenían, se dejaron maniatar por los cristianos, sin hablar ni una palabra, y lo hicieron con mucha presteza, amenazando a los moros que si alzaban por alguna vía o manera la voz, que allí mismo los pasarían a todos a cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia de ellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, con el renegado que nos hacía de guía, fuimos al carmen de Agi Morato, y quiso la buena suerte que, llegando a abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si no estuviera cerrada; y así, con gran quietud y silencio, llegamos a la casa sin ser sentidos de

nadie.

Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos en una ventana, y en cuanto sintió gente preguntó en voz baja si éramos *niza rani*, como si dijera o preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un momento, porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta y se mostró a todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto a encarecer. En cuanto yo la vi, le tomé una mano y la comencé a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas; y los demás que no sabían el caso hicieron lo que vieron que hacíamos nosotros, que no parecía sino que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le preguntó en lengua morisca si estaba su padre en el carmen. Ella respondió que sí y que dormía.

—Pues será menester despertarlo —replicó el renegado— y llevárnoslo con nosotros, y todo aquello que este hermoso carmen tiene de valor.

—No —dijo ella—, a mi padre no se le ha de tocar en ningún modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos; esperaos un poco y lo veréis.

Y diciendo esto se volvió a entrar, diciendo que volvería muy pronto, que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningún ruido. Le pregunté al renegado lo que había hablado con ella, y me lo contó, a lo que yo dije que en ninguna cosa se había de hacer más que lo que quisiese Zoraida. Ella ya volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas podía con él. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin y sintiese el ruido que andaba en el carmen; y asomándose a la ventana, conoció de inmediato que todos los que estaban en él eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó a decir en arábigo:

—¡Cristianos, cristianos! ¡Ladrones, ladrones!

Por estos gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión. Pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, subió con grandísima presteza adonde estaba Agi Morato, y con él fueron también algunos de nosotros, que yo no osé desamparar a la Zoraida, que se había dejado caer como desmayada en mis brazos.

En fin, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agi Morato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le había de costar la vida. Cuando su hija lo vio, se cubrió los ojos por no verlo, y su padre quedó espantado, ignorando cuán voluntariamente se había puesto en nuestras manos. Pero entonces siendo más necesarios los pies, nos pusimos en la barca con diligencia y presteza, que ya los que en ella habían quedado nos esperaban, temerosos de algún mal suceso nuestro. Apenas habían pasado dos horas desde que se había hecho de noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la que se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca, pero el renegado le volvió a decir que no hablase palabra, que le quitarían la vida. Él, como vio allí a su hija, comenzó a suspirar

tiernísimamente, y más cuando vio que yo la tenía abrazada estrechamente, y que ella, sin defenderse, quejarse ni esquivarse, se estaba queda; pero, con todo, callaba, para que no pusiesen en práctica las muchas amenazas que le hacía el renegado.

Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí a su padre y a los demás moros que estaban atados, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar a aquellos moros y dar libertad a su padre, porque antes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos y por culpa suya llevar cautivo a un padre que tanto la había querido. El renegado me lo dijo y yo respondí que me contentaba mucho hacerlo, pero él respondió que no convenía, porque si los dejaban allí, inmediatamente darían la alarma y alborotarían la ciudad, y harían que saliesen a buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos copasen por tierra y por mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podría hacer era darles libertad en cuanto llegáramos a la primera tierra de cristianos.

En este parecer convinimos todos, y Zoraida, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos movían a no hacer en ese momento lo que quería, también se satisfizo; y al punto, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos a navegar, encomendándonos a Dios de todo corazón, hacia las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cercana. Pero a causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y nos fue forzoso dejarnos ir costeando a Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, temiendo ser descubiertos desde el pueblo de Sargel, que en aquella costa cae a sesenta millas de Argel. Y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que vienen normalmente con mercancía de Tetuán, aunque todos y cada uno presumíamos que si se encontraba una galeota de mercancía, con tal que no fuese de las que andan en corso, no solo no nos perderíamos, sino que tendríamos un bajel en el que pudiésemos acabar nuestro viaje con más seguridad.

Iba Zoraida, mientras se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver a su padre, y sentía yo que iba llamando a Lela Marién que nos ayudase. Habríamos navegado al menos unas treinta millas, cuando nos sorprendió el amanecer como a tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda ella desierta y sin nadie que nos descubriese; pero, pese a todo, nos fuimos a fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, se dio orden que se bogase por turnos mientras comíamos algo, que iba bien provista la barca, aunque los que bogaban dijeron que aquel no era tiempo para tomar ningún reposo: que les diesen de comer a los que no bogaban, que ellos no querían soltar los remos de las manos de ninguna manera.

Se hizo así, y en esto comenzó a soplar un viento largo, que nos obligó a largar de inmediato vela y a dejar el remo, y enderezar a Orán, por no ser posible hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así, a la vela, navegamos más de ocho millas por hora, sin llevar ningún otro temor que el de encontrar un bajel que fuese de

corso. Dimos de comer a los moros contratados, y el renegado los consoló diciéndoles que no iban cautivos, que en la primera ocasión les darían libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, quien respondió:

—Podría yo esperar y creer de vuestra generosidad y buena disposición cualquier otra cosa, cristianos, pero el darme la libertad, no me toméis por tan simple que lo pueda imaginar, porque no os expusisteis vosotros al peligro de quitármela para devolvérmela tan generosamente, y más sabiendo quién soy yo y el rescate que podéis obtener al dármela, rescate que estoy dispuesto a pagar desde ahora mismo, por mí y por esta desdichada hija mía, o, si no, solo por ella, que es la mayor y mejor parte de mi alma; el que queráis pedir; ponedle precio.

Al decir esto comenzó a llorar tan amargamente, que a todos nos movió a compasión y forzó a Zoraida a mirarlo; y ella, viéndolo llorar, se enterneció tanto, que se levantó de mis pies y fue a abrazar a su padre, y juntando sus rostros, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos lo acompañamos en él. Pero cuando su padre la vio adornada de fiesta y con tantas joyas encima, le dijo en su lengua:

—¿Qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus vestidos corrientes y caseros, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte y sin haberte dado ninguna noticia alegre para celebrarlo adornándote y acicalándote, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fue más favorable la ventura? Respóndeme a esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo.

Todo lo que el moro decía a su hija nos lo traducía el renegado, y ella no le respondía palabra. Pero cuando él vio a un lado de la barca el cofrecillo donde ella solía tener sus joyas, que sabía él bien que lo había dejado en Argel, y no traído al carmen, quedó más confuso, y le preguntó cómo había venido aquel cofre a nuestras manos y qué era lo que venía dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió:

—No te canses en preguntar a tu hija Zoraida tantas cosas, señor, porque con una que yo te responda te satisfaré a todas: y así, quiero que sepas que ella es cristiana y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio; ella va aquí por su voluntad, tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado como el que sale de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida y de la pena a la gloria.

—¿Es verdad lo que dice este, hija? —dijo el moro.

—Así es —respondió Zoraida.

—¿Que tú eres en verdad cristiana —replicó el viejo— y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos?

—Yo soy la que es cristiana, pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca se extendió mi deseo a dejarte ni a hacerte mal, sino a hacerme bien a mí.

—¿Y qué bien es el que te has hecho, hija?

—Eso pregúntaselo tú a Lela Marién, que ella te lo sabrá decir mejor que yo.

Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se habría ahogado, si el vestido largo y embarazoso que traía no lo hubiese mantenido un poco sobre el agua. Dio voces Zoraida que lo sacasen, y así, acudimos todos inmediatamente, y asiéndolo de la almalafa, lo sacamos medio ahogado y sin sentido; de lo que recibió tanta pena Zoraida, que, como si estuviera muerto ya, hacía sobre él un tierno y doloroso llanto.

Lo volvimos boca abajo, devolvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las que, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra y remar con fuerza, por no embestir en ella. Pero quiso nuestra buena suerte que llegásemos a una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio o cabo que los moros llaman el de la Cava Rumía, que en nuestra lengua quiere decir «la mala mujer cristiana», y es tradición entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, hija del conde don Julián, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir «mujer mala», y *rumía*, «cristiana»; y aun tienen por mal agüero llegar allí a fondear cuando los fuerza a ello la necesidad —porque nunca fondean sin ella—, aunque para nosotros no fue abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, según andaba alterada la mar.

Pusimos nuestros centinelas en tierra y no nos quitamos jamás los remos de la mano. Comimos de lo que el renegado había provisto y rogamos a Dios y a Nuestra Señora de todo nuestro corazón que nos ayudasen y favoreciesen para que diésemos felizmente fin a tan dichoso principio. Se dio orden, a súplicas de Zoraida, que echásemos a tierra a su padre y a todos los demás moros que allí venían atados, porque no tenía ánimo bastante, ni lo podían sufrir sus blandas entrañas, para ver delante de sus ojos atado a su padre y aquellos de su tierra presos. Le prometimos hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corría peligro el dejarlos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oídas del cielo, pues inmediatamente volvió el viento a nuestro favor, tranquilo el mar, convidándonos a que tornásemos alegres a proseguir nuestro comenzado viaje.

Viendo esto, desatamos a los moros, y uno a uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados. Pero llegando a desembarcar al padre de Zoraida, que ya había vuelto en sí, dijo:

—¿Por qué pensáis, cristianos, que esta mala hembra se alegra de que me deis libertad? ¿Pensáis que es por la piedad que tiene de mí? No, ciertamente, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia cuando quiera poner en ejecución sus malos deseos. Ni penséis que la ha movido a mudar religión entender ella que la vuestra aventaja a la nuestra, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra.

Y volviéndose a Zoraida, teniéndolo yo y otro cristiano asido por los dos brazos, para que no hiciese ningún desatino, le dijo:

—¡Infame moza y mal aconsejada muchacha! ¿Adónde vas, ciega y desatinada,

en poder de estos perros, enemigos naturales nuestros? ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado!

Pero viendo yo que llevaba camino de no acabar tan presto, me di prisa en ponerlo en tierra, y desde allí a voces prosiguió con sus maldiciones y lamentos, rogando a Mahoma rogase a Alá que nos destruyese, confundiese y acabase. Y cuando por habernos hecho a la vela no pudimos oír sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; pero una vez forzó la voz de tal manera, que pudimos entender que decía:

—¡Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono! ¡Entrega a esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve a consolar a este triste padre tuyo, que en esta arena desierta dejará la vida si tú le dejas!

Todo esto lo escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni responderle palabra, sino:

—¡Quiera Alá, padre mío, que Lela Marién, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, te consuele en tu tristeza! Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa que la que he hecho, y que estos cristianos no han forzado en nada mi voluntad, pues aunque hubiera querido no venir con ellos y quedarme en mi casa, me habría sido imposible, según la prisa que me daba mi alma en poner por obra esta que a mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala.

Esto dijo, a tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros ya lo veíamos. Y así, consolando yo a Zoraida, atendimos todos a nuestro viaje, que nos lo facilitaba el próspero viento de tal manera, que estábamos convencidos de vernos al día siguiente al amanecer en las riberas de España.

Pero como pocas veces o nunca viene el bien puro y sencillo, sin estar acompañado o seguido de algún mal que lo turbe o sobresalte, quiso nuestra ventura (o quizá las maldiciones que el moro había echado a su hija, que se han de temer siempre, sean del padre que fueren), quiso, digo, que estando ya en alta mar y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo a toda vela, recogidos los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de tener menester de ellos, con la luz de la luna que claramente resplandecía, vimos cerca de nosotros un bajel de aparejo redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco a orza el timón, atravesaba por delante de nosotros, y esto, tan cerca, que nos fue forzoso amainar para no embestirlo, y ellos forzaron también el timón por dejarnos sitio para que pasásemos. Se habían puesto en la borda del bajel a preguntarnos quiénes éramos y a dónde navegábamos y de dónde veníamos. Pero, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado:

—Que nadie responda, porque estos sin duda son corsarios franceses, que roban cuanto encuentran.

Por esta advertencia, ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba a sotavento, soltaron de improviso dos piezas de artillería, y, por lo que se ve, las dos venían con sus cadenas, porque con una cortaron

nuestro mástil por la mitad y dieron con él y con la vela en la mar; y al momento disparando otra pieza, vino a dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer ningún otro mal; pero como nosotros nos vimos ir a fondo, comenzamos a pedir socorro a grandes voces y a rogar a los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos.

Amainaron entonces, y echando el esquife o barca a la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados, con sus arcabuces y mechas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo qué pocos éramos y que el bajel se hundía, nos recogieron, diciendo que nos había sucedido aquello por haber usado de la descortesía de no responderles.

Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida y lo tiró al mar, sin que ninguno se diese cuenta de lo que hacía. En fin, pasamos todos con los franceses, que, después de haberse informado de todo aquello que quisieron saber de nosotros, como si fueran nuestros enemigos capitales, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y a Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los pies. Pero a mí no me daba tanta pesadumbre la que daban a Zoraida como me la daba el temor que tenía de que habían de pasar de quitarle las riquísimas y preciosísimas joyas a quitarle la joya que más valía y ella estimaba más.

Pero los deseos de aquella gente no se extienden a más que al dinero, y de esto jamás se ve harta su codicia, y llegó entonces a tanto, que aun los vestidos de cautivos nos hubieran quitado si les hubiesen sido de algún provecho. Y hubo parecer entre ellos de que nos arrojasen a todos a la mar envueltos en una vela, porque tenían intención de comerciar en algunos puertos de España diciendo que eran bretones, y si nos llevaban vivos serían castigados al ser descubierto su hurto. Pero el capitán, que era el que había despojado a mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía y que no quería tocar en ningún puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiese, e irse a la Rochela, de donde había salido. Y así, acordaron darnos el esquife de su navío y todo lo necesario para la corta navegación que nos quedaba, como lo hicieron al día siguiente, a vista ya de tierra de España, visión con la que todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida.

Cerca de medio día podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido de no sé qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dio hasta cuarenta escudos de oro y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel; les dimos las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos más agradecidos que quejosos; ellos se adentraron en el mar, siguiendo la derrota del Estrecho; nosotros, sin mirar a otro norte que a la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta prisa en bogar, que a la puesta del sol estábamos tan cerca, que bien hubiéramos podido, a nuestro parecer, llegar antes que hubiese sido demasiado de

noche; pero por no aparecer en aquella noche la luna y mostrarse el cielo oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecía, diciendo que llegásemos a ella, aunque fuesen unas peñas y lejos de poblado, porque así estaríamos más seguros frente al razonable temor que se debía tener que por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetuán, quienes anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen casi siempre presa y se vuelven a dormir a sus casas. Pero de los pareceres en contra el que se tomó fue que nos llegásemos poco a poco, y que si lo permitía el sosiego del mar, desembarcásemos donde pudiésemos.

Se hizo así, y sería poco antes de la medianoche cuando llegamos al pie de una muy desigual y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos a tierra, besamos el suelo y con lágrimas de muy alegrísimo contento dimos todos gracias a Dios Señor Nuestro por el bien tan incomparable que nos había hecho. Sacamos de la barca las provisiones que tenía, la varamos y subimos un grandísimo trecho de la montaña, porque aunque estábamos allí, aún no podíamos respirar tranquilos, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía.

Amaneció más tarde, a mi parecer, de lo que hubiéramos querido. Acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí se descubría algún poblado o algunas cabañas de pastores; pero por mucho que tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo, decidimos entrarnos tierra adentro, pues no podía ser que no descubriésemos pronto quien nos diese noticia de ella. Pero lo que a mí me fatigaba más era ver ir a pie a Zoraida por aquellas asperezas, que, aunque alguna vez la puse sobre mis hombros, a ella le cansaba más mi cansancio que la reposaba su reposo, y así, no volvió a querer que yo tomase aquel trabajo.

Y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, debíamos de haber andado poco menos de un cuarto de legua, cuando llegó a nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado. Y mirando todos con atención si aparecía alguien, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo que con gran reposo y despreocupación estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso de pie de un salto, y, por lo que supimos después, los primeros que se le ofrecieron a la vista fueron el renegado y Zoraida, y como él los vio en traje de moros, pensó que todos los de Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza bosque adelante, comenzó a dar los mayores gritos del mundo, diciendo:

—¡Moros, hay moros hay en la costa! ¡Moros, moros! ¡Alarma, alarma! Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habían de alborotar la tierra y que la caballería de la costa iba a venir inmediatamente a ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas del Turco y se vistiese un gilecuelco o casaca de cautivo que le dio uno de nosotros, aunque se quedó en camisa. Y así, encomendándonos a Dios, fuimos por el

mismo camino que vimos que llevaba el pastor, esperando siempre cuándo había de caer sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aún no habrían pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas a un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza, galopando a media rienda, se venían a nosotros, y en cuanto los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos. Pero en cuanto llegaron y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si acaso éramos nosotros la causa de que un pastor había dado la alarma.

—Sí —dije yo; y queriendo comenzar a decirle mi suceso y de dónde veníamos y quiénes éramos, uno de los cristianos que venían con nosotros conoció al jinete que nos había hecho la pregunta y dijo, sin dejarme a mí decir una palabra más:

—¡Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conducido! Porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quiénes somos, sois mi tío Pedro de Bustamante.

Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, el jinete se arrojó del caballo y vino a abrazar al mozo, diciéndole:

—¡Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aún viven, y Dios ha tenido a bien darles vida para que gocen el placer de verte! Ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y las de todos los de esta compañía, comprendo que habéis tenido milagrosa libertad.

—Así es —respondió el mozo—, y tiempo nos quedará para contároslo todo.

Al momento que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos a la ciudad de Vélez Málaga, que estaba de allí a legua y media. Algunos de ellos volvieron para llevar la barca a la ciudad, después de decirles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron a las ancas, y Zoraida fue en las del caballo del tío del cristiano.

Nos salió a recibir todo el pueblo, que sabían ya la nueva de nuestra venida por alguno que se había adelantado. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver a los unos y a los otros; pero se admiraban de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, tanto por el cansancio del camino como por la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le había sacado al rostro tales colores, que, si el amor no me engañaba entonces, osaré decir que no había en el mundo más hermosa criatura, por lo menos que yo la hubiese visto.

Fuimos derechos a la iglesia a dar gracias a Dios por la merced recibida, y nada más entrar en ella Zoraida, dijo que allí había rostros que se parecían a los de Lela Marién. Le dijimos que eran imágenes suyas, y el renegado le dio a entender como mejor pudo lo que significaban, para que ella las adorase como si fueran

verdaderamente cada una de ellas la misma Lela Marién que le había hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió al momento cuanto se le dijo acerca de las imágenes.

Desde allí nos llevaron y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, a Zoraida y a mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros a casa de sus padres, que eran medianamente acomodados en bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como a su mismo hijo. Seis días estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su información de cuanto le convenía, se fue a la ciudad de Granada a ingresar por medio de la Santa Inquisición en el gremio santísimo de la Iglesia. Los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció.

Solos quedamos Zoraida y yo, y solo con los escudos que la cortesía del francés le dio a Zoraida, con los que compré este animal en que viene ella, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre sigue vivo, o si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mía, aunque, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me podría venir, por buena que fuera, que la estimara más.

Es tal la paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que trae consigo la pobreza, y tanto el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, que me admira y me mueve a servirla todo el tiempo de mi vida; pero el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía me lo turba y deshace el no saber si hallaré en mi tierra algún rincón donde recogerla; y también si el tiempo y la muerte habrán hecho tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan.

No tengo más que deciros de mi historia, señores, y si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habérosla contado más brevemente, aunque el temor de fatigaros ha hecho que me callara muchos detalles.

CAPÍTULO XLII

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS EN LA VENTA Y DE OTRAS MUCHAS COSAS DIGNAS DE SABERSE

Tras decir esto calló el cautivo, a quien don Fernando dijo:

—Por cierto, señor capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien los oye. Y es tanto el gusto que hemos recibido al escucharle, que aunque siguiéramos hasta mañana entretenidos en el mismo cuento, disfrutaríamos con que comenzara de nuevo.

Y diciendo esto don Fernando, Cardenio y todos los demás se ofrecieron al capitán a servirle en todo lo posible a su alcance, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que este se dio por más que satisfecho con sus intenciones. Especialmente le ofreció don Fernando que si quería volverse con él, él haría que su hermano el marqués fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, lo acomodaría de manera que pudiese entrar en su tierra con la solemnidad y respeto que se debía a su persona. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso aceptar ninguno de sus generosos ofrecimientos.

En esto llegaba ya la noche, y al cerrar ella llegó a la venta un coche con algunos hombres de a caballo. Pidieron posada, y la ventera les respondió que no había en toda la venta un palmo desocupado.

—Pues aunque sea así —dijo uno de los de a caballo que habían entrado—, no ha de faltar para el señor juez, que viene aquí.

Ante este nombre, se turbó la hospedera y dijo:

—Señor, a lo que me refiero es a que no tengo camas; si su merced el señor juez la trae, que sí debe de traerla, entre en buena hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar a su merced.

—Sea en buena hora —dijo el escudero.

Pero para entonces ya había salido del coche un hombre, que en el traje mostró pronto el oficio y cargo que tenía, porque la ropa larga con las mangas abultadas que vestía mostraron ser de oidor o juez, como su criado había dicho. Traía de la mano a una doncella, de unos dieciséis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que su visión admiró a todos, de suerte que de no haber visto a Dorotea y a Luscinda y Zoraida, que estaban en la venta, creerían que otra tal hermosura como

la de esta doncella difícilmente podría hallarse. En cuanto don Quijote, allí presente, vio entrar al juez y a la doncella, dijo:

—Con toda confianza puede vuestra merced entrar y descansar en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, a quien deben no solo abrirse y someterse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas para darle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo, aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo.

Admirado quedó el juez del discurso de don Quijote, a quien se puso a mirar con mucho detenimiento, y no menos le admiraba su talle que sus palabras. Y sin hallar ninguna con que responderle, se tornó a admirar de nuevo cuando vio delante de sí a Luscinda, a Dorotea y a Zoraida, que a las nuevas de los nuevos huéspedes, y a las que la ventera les había dado de la hermosura de la doncella, habían venido a verla y a recibirla. Pero don Fernando, Cardenio y el cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor juez entró confuso, tanto de lo que veía como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienvenida a la hermosa doncella.

En fin, el juez se dio perfecta cuenta de que toda la que estaba allí era gente principal, pero el talle, visaje y la apostura de don Quijote le confundía. Y habiendo tenido lugar aquellos corteses ofrecimientos entre todos y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado: que todas las mujeres se alojasen en el camaranchón ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda. Y así, el juez se alegró de que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que traía el juez, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El cautivo, al que desde el momento que vio al juez le dio saltos el corazón y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó a uno de los criados que venían con él cómo se llamaba y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Pérez de Viedma y que había oído decir que era de un pueblo de las montañas de León. Con esta relación y con lo que él había visto, se acabó de confirmar que aquel era su hermano, que había seguido las letras, por consejo de su padre. Y alborozado y contento, llamando aparte a don Fernando, a Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, asegurándoles que aquel juez era su hermano. Le había dicho también el criado que iba designado como juez a las Indias, a la Audiencia de México; supo también que aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre, y que él había quedado muy rico con la dote que con la hija se le quedó en casa. Les pidió consejo sobre el modo en que debería darse a conocer, o para saber

antes si, después de presentado, su hermano, al verlo pobre, se afrentaría o le recibiría con buen corazón.

—Déjeseme probar a mí —dijo el cura—; pues no hay que pensar sino que vos, señor capitán, seréis muy bien recibido, porque la valía y prudencia que descubre vuestro hermano en su buen parecer no dan indicios de que sea arrogante ni desagradecido, o que no sepa poner las cosas de la fortuna en su punto.

—Con todo —dijo el capitán—, yo querría darme a conocer a él no de improviso, sino por rodeos.

—Ya os digo —respondió el cura— que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.

Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron a la mesa, excepto el cautivo y las señoras, que cenaron por su cuenta en su aposento. En la mitad de la cena, dijo el cura:

—Del mismo apellido de vuestra merced, señor juez, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años; camarada que era uno de los valientes soldados y capitanes que había en toda la infantería española, pero todo cuanto tenía de esforzado y valeroso lo tenía de desdichado.

—¿Y cómo se llamaba ese capitán, señor mío? —preguntó el juez.

—Se llamaba —respondió el cura— Ruy Pérez de Viedma, y era natural de un pueblo de las montañas de León, y él me contó algo que le había sucedido a su padre y sus hermanos, que, de no habérmelo contado un hombre tan amigo de la verdad como él, lo hubiera tenido por un cuento de esos que cuentan las viejas en invierno junto al fuego. Porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenía, y les había dado ciertos consejos mejores que los de Catón. Y sé yo decir que el que él escogió de venir a la guerra le había sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, llegó a ser capitán de infantería y a verse en camino y con predicamento de llegar pronto a maestre de campo. Pero la fortuna le fue contraria, pues donde la hubiera podido esperar y tener buena, allí la perdió, al perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdí en la Goleta, y después, por diferentes sucesos, llegamos a ser camaradas en Constantinopla. Desde allí vino a Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que han sucedido en el mundo.

De aquí fue prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que había sucedido a su hermano con Zoraida, a todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez había sido tan oidor como entonces. Llegó entonces el cura al punto en que los franceses despojaron a los cristianos que venían en la barca, y la pobreza y necesidad en que habían quedado su camarada y la hermosa mora, de los cuales no había sabido en qué habían parado, ni si habían llegado a España o los habían llevado los franceses a Francia.

Todo lo que el cura decía lo estaba escuchando el capitán un poco apartado, y

advertía todos los movimientos que hacía su hermano, que, viendo que el cura ya había llegado al fin de su cuento, dando un gran suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo:

—¡Ah señor, si supieseis las nuevas que me habéis contado. Me incumben tanto que no puedo por menos que dar muestras de ello con estas lágrimas que me salen por los ojos contra toda mi discreción y recato! Ese capitán tan valeroso que decís es mi hermano mayor, que, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo y mi otro hermano menor, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, según os dijo vuestro camarada en la historia que os pareció un cuento. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi hermano menor está en el Perú, tan rico, que con lo que ha enviado a mi padre y a mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado a las manos de mi padre con que poder hartar su generosidad natural; y yo he podido también ocuparme de mis estudios con más decencia y autoridad y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios con continuas oraciones que la muerte no cierre sus ojos hasta que él vea con vida los de su hijo. Y me extraña, siendo tan cuidadoso, que se haya descuidado de dar noticia de sí a su padre, tras tantos afanes y aflicciones, o prósperos sucesos: que si él lo hubiera sabido, o alguno de nosotros, no hubiese tenido necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero lo que yo ahora temo es pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, o lo habrán muerto por encubrir su hurto. Todo esto hará que yo prosiga mi viaje no con aquel contento con que lo comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Ah buen hermano mío, y quién supiera ahora dónde estás, que yo te iría a buscar y a librar de tus afanes, aunque fuera a costa de los míos! ¡Quién hubiera llevado nuevas a nuestro viejo padre de que seguías con vida, aunque estabas en las mazmorras más escondidas de Berbería, que de allí te habrían sacado sus riquezas, las de mi hermano y las mías! Zoraida hermosa y generosa, ¡quién pudiera pagar el bien que hiciste a mi hermano! ¡Quién pudiera hallarse en el renacer de tu alma con tu bautizo, y en las bodas que tanto gusto nos darían a todos!

Estas y otras palabras semejantes decía el juez, lleno de tanta compasión con las nuevas que le habían dado de su hermano, que todos los que lo oían lo acompañaban en dar muestras de la compasión que tenían de su lástima.

Viendo, pues, el cura que tan bien había salido con su intención y con lo que deseaba el capitán, no quiso tenerlos a todos más tiempo tristes, y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del juez. Estaba esperando el capitán a ver lo que el cura quería hacer, que fue que, tomándolo a él también de la otra mano, se fue con los dos adonde estaban el juez y los demás caballeros, y dijo:

—Cesen, señor juez, vuestras lágrimas y cólmese vuestro deseo de todo el bien que pudiera desearse, pues tenéis delante a vuestro buen hermano y a vuestra buena

cuñada. Este que aquí veis es el capitán Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo. Los franceses que os dije los pusieron en las estrecheces que veis, para que vos mostréis la generosidad de vuestro buen pecho.

Acudió el capitán a abrazar a su hermano, y él le puso ambas manos en el pecho, por mirarlo algo más apartado; pero cuando lo acabó de reconocer, lo abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que la mayoría de los que estaban presentes tuvieron que acompañarlo en ellas. Las palabras que los dos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, y menos escribirse. Allí en breve coloquio se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron por todo lo alto la buena amistad entre los dos hermanos, allí abrazó el juez a Zoraida, allí le ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos.

Y allí estaba atento don Quijote, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la caballería andante. Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano a Sevilla y avisasen a su padre de su hallazgo y libertad, para que, en cuanto pudiese, asistiese a las bodas y bautismo de Zoraida, por no serle posible al juez dejar el camino que llevaba, ya que tenía nuevas de que de allí a un mes partía flota de Sevilla a la Nueva España, y le supondría una gran incomodidad perder el viaje.

En fin, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya habían pasado dos tercios de la noche, acordaron recogerse y reposar lo que les quedaba de ella. Don Quijote se ofreció a hacer la guardia del castillo, para que no fuesen acometidos por algún gigante u otro malandante follón, codiciosos del gran tesoro de hermosura que aquel castillo celaba. Se lo agradecieron los que lo conocían, y dieron cuenta al juez de la extraña conducta de don Quijote, de lo que recibió no poco gusto.

Solo Sancho Panza se desesperaba por la tardanza en recogerse, y solo se acomodó él mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como más adelante se dirá.

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodados como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta a hacer la centinela del castillo, como lo había prometido.

Sucedió después que, faltando poco para venir el alba, llegó a los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que las obligó a todas a prestarle atento oído, especialmente Dorotea, que estaba despierta, a cuyo lado dormía doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del juez. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio; otras, que en la caballeriza; y estando muy atentas en esta confusión, llegó a la puerta del aposento Cardenio y dijo:

—Quien no duerma, escuche, que oirán la voz de un mozo de mulas que de tal manera canta, que encanta.

—Ya lo oímos, señor —respondió Dorotea.

Y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atención posible, escuchó que lo que se cantaba era esto:

CAPÍTULO XLIII

DONDE SE CUENTA LA AGRADABLE HISTORIA DEL MOZO DE MULAS, CON OTROS EXTRAÑOS HECHOS SUCEDIDOS EN LA VENTA

—Marinero soy de amor
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a una estrella
que desde lejos descubro,
más bella y resplandeciente
que cuantas vio Palinuro.
Yo no sé adónde me guía,
y así, navego confuso,
el alma a mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando más verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba a este punto, le pareció a Dorotea que no estaría bien que Clara dejase de oír una voz tan buena, y así, sacudiéndola a una y a otra parte la despertó, diciéndole:

—Perdóname, niña, que te despierte, pero lo hago para que gustes de oír la mejor voz que quizá hayas oído en toda tu vida.

Clara despertó toda soñolienta, y al principio no entendió lo que le decía Dorotea, y volviéndoselo a preguntar ella, se lo volvió a decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos que seguía diciendo el que cantaba, cuando le entró un temblor tan extraño como si estuviera enferma de algún grave ataque de fiebre cuartana. Y abrazándose estrechamente a Dorotea, le dijo:

—¡Ay señora de mi alma y de mi vida! ¿Para qué me despertasteis? Que el mayor bien que por ahora me podía hacer la fortuna era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír a ese desdichado músico.

—¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas.

—No es —respondió Clara— sino señor de pueblos y lugares, y el que ocupa en mi alma es tan seguro, que si él no quiere dejarlo, lo tendrá eternamente.

Admirada quedó Dorotea de las sentidas palabras de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho a la discreción que prometían sus pocos años, y así, le dijo:

—Habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: aclaraos más y decidme qué es lo que decís del alma y de lugares y de ese músico cuya voz os tiene tan inquieta… Pero no me digáis nada ahora, que no quiero perder, por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que torna a su canto con nuevos versos y nueva tonada.

—Sea en buena hora —respondió Clara.

Y por no oírlo se tapó con las manos los dos oídos, de lo que también se admiró Dorotea, que, estando atenta a lo que se cantaba, vio que proseguía de esta manera:

—Dulce esperanza mía
que rompiendo imposibles y malezas
sigues firme la vía
que tú misma te finges y aderezas:
no te desmaye el verte
a cada paso junto al de tu muerte.

No ven los perezosos
honrados triunfos ni victoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que, sin enfrentarse a la fortuna,
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
caras es gran razón y es trato justo,
pues no hay más rica prenda

que la que se valora por su gusto;
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfías
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y así, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dio fin la voz, y Clara, principio a nuevos sollozos; todo lo cual encendía el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así, le volvió a preguntar qué era lo que le quería decir antes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda la oyese, abrazando estrechamente a Dorotea, puso la boca tan junto a su oído, que podía hablar tranquilamente sin ser sentida de nadie, y así, le dijo:

—Este que canta, señora mía, es hijo de un caballero natural del reino de Aragón, señor de dos pueblos o lugares, que vivía frente a la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fue ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vio, no sé si en la iglesia o en otra parte: al final, él se enamoró de mí y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le tuve que creer, y aun querer, sin saber qué quería de mí. Entre las señas que me hacía, una era juntarse una mano con la otra, dándome a entender que se casaría conmigo, y aunque yo me alegraría mucho de que fuera así, como sola y sin madre, no sabía con quién hablarlo; y así, lo dejé estar sin darle otro favor, si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo también, alzar un poco el lienzo o la celosía y dejarme ver toda, de lo que él hacía tanta fiesta, que parecía volverse loco. En esto llegó el momento de la partida de mi padre, de la que él se enteró, y no por mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, imagino que de pesadumbre, y así, el día que nos partimos no pude verlo ya para despedirme de él siquiera con los ojos. Pero al cabo de dos días de camino, al entrar en una posada, en un pueblo a una jornada de aquí, lo vi a la puerta del mesón, y tan bien disfrazado con ropas de mozo de mulas, que, si yo no lo trajera tan retratado en mi alma, sería imposible reconocerlo. Lo reconocí, me admiré y me alegré. Él me miró a escondidas de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando nos cruzamos en los caminos y en las posadas adonde llegamos. Y como yo sé quién es y considero que viene a pie y con tanto trabajo por amor a mí, me muero de pesadumbre, y donde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con qué intención viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que lo quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero y porque él lo merece, como lo

verá vuestra merced cuando lo vea. Y más le sé decir: que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oído decir que es muy gran estudiante y poeta. Y hay más: que cada vez que lo veo o lo oigo cantar tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le reconozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra y, con todo, lo quiero de manera que no podré vivir sin él. Esto es, señora mía, todo lo que os puedo decir de este músico cuya voz tanto os ha contentado: que ya en ella sola os daréis cuenta que no es mozo de mulas como decís, sino señor de almas y pueblos, como yo os he dicho.

—No digáis más, señora doña Clara —dijo a esta sazón Dorotea, y esto, besándola mil veces—, no digáis más, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios poder encaminar vuestros negocios de manera que tengan el feliz final que merecen tan honestos principios.

—¡Ay, señora! —dijo doña Clara—, ¿qué final se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico que le parecerá que yo no puedo ser ni criada de su hijo, no digo ya su esposa? Y casarme yo a escondidas de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo. No querría sino que este mozo se volviese y me dejase: quizá con no verlo y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaría la pena que ahora llevo; aunque me imagino que este remedio que digo me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que me parece que somos de la misma edad, y yo no he cumplido aún los dieciéis, que dice mi padre que los cumplo para San Miguel.

No pudo dejar de reírse Dorotea oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, a quien dijo:

—Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, o muy mal se me tiene que dar.

Se sosegaron con esto, y en toda la venta se guardaba un gran silencio. Solamente no dormían la hija de la ventera y Maritornes su criada, quienes, como ya sabían de qué pie cojeaba don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y a caballo haciendo la guarda, decidieron las dos gastarle una broma, o por lo menos pasar un poco el rato oyéndole sus disparates.

Es, pues, el caso, que en toda la venta no había ventana que diese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja desde fuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas y vieron que don Quijote estaba a caballo, recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa:

—¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad y, en suma, dechado de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! ¿Y qué hará ahora tu merced? ¿Tendrás puesto por ventura el pensamiento en tu cautivo caballero, que ha querido exponerse libremente a tantos peligros, solo por servirte?

Dame tú nuevas de ella, ¡oh luna, luminaria de las tres caras! Quizá con envidia de la suya la estás mirando ahora cómo se pasea por alguna galería de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algún balcón, mientras considera cómo, a salvo su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella padece este mi cuitado corazón, qué gloria ha de dar a mis penas, qué sosiego a mi cuidado y, en fin, qué vida a mi muerte y qué premio a mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar ensillando presuroso tus caballos, por madrugar y salir a ver a mi señora, te suplico que, apenas la veas, de mi parte la saludes; pero al verla y saludarla, guárdate de besarla en la cara, que tendré más celos de ti que los tuviste tú de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces celoso y enamorado.

A este punto llegaba entonces don Quijote en su tan lastimero discurso, cuando la hija de la ventera comenzó a chistarle y a decirle:

—Señor mío, haced el favor, lléguese acá vuestra merced.

A estas señas y voz volvió don Quijote la cabeza, y vio a la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo lo llamaban del agujero, que a él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como el que se imaginaba era aquella venta; e inmediatamente se le representó en su loca imaginación que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida por su amor tornaba a solicitarlo; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas a Rocinante y se llegó al agujero, y al ver a las dos mozas, dijo:

—Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayáis puesto vuestros amorosos pensamientos en parte donde no es posible corresponderos tal y como merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis culpar a este miserable caballero andante, a quien el amor tiene imposibilitado poder entregar su voluntad a otra que aquella a la que hizo señora absoluta de su alma desde el momento en que la vieron sus ojos. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis, al declararme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido. Y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que no sea el mismo amor, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía dárosla inmediatamente, aunque me pidieseis una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, o incluso los mismos rayos del sol encerrados en una redoma.

—No tiene mi señora menester de nada de eso, señor caballero —dijo en este punto Maritornes.

—¿Pues de qué tiene menester vuestra señora, discreta dueña? —respondió don Quijote.

—Solo de una de vuestras hermosas manos —dijo Maritornes—, para poder desfogar en ella el gran deseo que la ha traído a este agujero, con tanto peligro para su honor, que si su señor padre la llega a oír, la menor tajada de ella sería la oreja.

—¡Eso tengo que verlo yo! —respondió don Quijote—. Pero él se guardará bien

de eso, si es que no quiere tener el más desastrado fin que haya tenido padre en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.

Le pareció a Maritornes que don Quijote daría sin dudarlo la mano que le habían pedido, y, pensando lo que iba a hacer, se bajó del agujero y se fue a la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió a su agujero, en el momento en que don Quijote se había puesto de pie sobre la silla de Rocinante por alcanzar la ventana enrejada donde se imaginaba que estaba la enamorada doncella; y al darle la mano, dijo:

—Tomad, señora, esta mano, o, mejor dicho, este verdugo de los malhechores del mundo; tomad esta mano, digo, a la que no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, y deduzcáis cómo debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

—¡Ahora lo veremos! —dijo Maritornes.

Y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó a la muñeca y, bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar, muy fuertemente. Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo:

—Más parece que vuestra merced me raspa, y no que me acaricia la mano. No la tratéis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que os hace mi voluntad, ni está bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo. Mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.

Pero todas estas razones de don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque en cuanto Maritornes lo ató, ella y la otra se fueron muertas de risa y lo dejaron asido de manera que fue imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pie sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado por la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado de que si Rocinante se desviaba a un lado o a otro, iba a quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer ningún movimiento, aunque de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero.

En fin, viéndose don Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dio a imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamiento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo lo molió aquel moro encantado del arriero; y maldecía para sí su poca malicia y entendimiento, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado a entrar en él la segunda, estando advertidos los caballeros andantes de que cuando han probado una aventura y no han salido bien de ella, es señal de que no les estaba reservada a ellos, sino a otros, y así, no tienen necesidad de probarla una segunda vez. Con todo, tiraba de su brazo, por ver si podía soltarse, pero estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, para que Rocinante no se moviese; y aunque él querría sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie o arrancarse

la mano.

¡Allí fue el desear la espada de Amadís, contra la que no tenía poder ningún encantamiento; allí fue el maldecir su fortuna; allí fue el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se había creído que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en el sueño y tendido sobre la albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido! ¡Allí llamó a los magos Lirgandeo y Alquife, que lo ayudasen; allí invocó a su buena amiga Urganda que lo socorriese! Y, en fin, allí lo encontró la mañana tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro; porque no esperaba él que con el día se remediara su cuita, que la tenía por eterna, teniéndose por encantado. Y le hacía creer esto el ver que Rocinante no se movía ni poco ni mucho, y creía que él y su caballo habían de estar de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, hasta que se pasase aquel mal influjo de las estrellas, o hasta que otro encantador más sabio lo desencantase.

Pero se engañó mucho en su creencia, porque apenas comenzó a amanecer, llegaron a la venta cuatro hombres a caballo, muy bien puestos y pertrechados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes. Lo vio don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, y con voz arrogante y alta dijo:

—Caballeros o escuderos o quienesquiera que seáis, da igual que llaméis a las puertas de este castillo, que demasiado claro está que a tales horas los que están dentro, o duermen o no tienen por costumbre abrir las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Alejaos un poco y esperad a que aclare el día, y entonces veremos si será justo o no que os abran.

—¿Qué diablos de fortaleza o castillo es este —dijo uno—, para obligarnos a guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes que no queremos más que dar cebada a nuestras cabalgaduras y seguir adelante, porque vamos con prisa.

—¿Os parece, caballeros, que tengo yo aspecto de ventero? —respondió don Quijote.

—No sé de qué tenéis aspecto —respondió el otro—, pero sé que disparatáis llamando castillo a esta venta.

—Castillo es —replicó don Quijote—, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—¡Mejor sería al revés, el cetro en la cabeza y la corona en la mano! —dijo el caminante—. Y será, en todo caso, que debe de estar dentro alguna compañía de comediantes, que suelen tener a menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña y donde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojen personas dignas de corona y cetro.

—Sabéis poco del mundo —replicó don Quijote—, pues ignoráis los casos que

suelen acontecer en la caballería andante.

Los compañeros que venían con el preguntante se cansaban del coloquio que mantenía con don Quijote, y así, tornaron a llamar con gran furia; y fue de modo que el ventero despertó, y aun todos cuantos estaban en la venta, y así, se levantó a preguntar quién llamaba.

Sucedió entretanto que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó a oler a Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse a su estirado señor; y como al fin y al cabo era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de sentir y volverse para oler a quien se le acercaba a hacer caricias; y así, apenas se hubo movido un poco, cuando se desviaron los pies juntos de don Quijote, y resbalando de la silla habrían dado con él en el suelo, de no haber quedado colgado del brazo, cosa que le causó tanto dolor, que creyó que le cortaban la muñeca o que se le arrancaba el brazo; porque él quedó tan cerca del suelo, que con las puntas de los pies besaba la tierra, lo que era en su perjuicio, porque al notar lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, se esforzaba y estiraba cuanto podía por alcanzar el suelo, igual que los que están en el tormento de la garrucha, puestos a «toca, no toca», que ellos mismos son la causa de acrecentar su dolor, con el ahínco que ponen en estirarse, engañados por la esperanza de figurarse que con poco más que se estiren llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV

DONDE SE PROSIGUEN LOS INAUDITOS SUCESOS DE LA VENTA

En efecto, fueron tantas las voces que dio don Quijote, que abriendo rápidamente las puertas de la venta salió el ventero despavorido, a ver quién daba aquellos gritos, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya había despertado con las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fue al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que sostenía a don Quijote, y él cayó al suelo en el acto, delante del ventero y de los caminantes, que, llegándose a él, le preguntaron qué tenía, que daba tales voces. Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose, subió sobre Rocinante, embrazó su escudo, enristró su lanzón y, poniéndose donde más le convenía para el combate, volvió a medio galope, diciendo:

—A cualquiera que diga que yo he sido encantado con justa razón, yo le desmiento, le reto y desafío a singular batalla, en cuanto mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello.

Admirados se quedaron los recién llegados caminantes de las palabras de don Quijote, pero el ventero los quitó de aquella admiración, diciéndoles que era don Quijote y que no había que hacer caso de él, porque estaba fuera de juicio.

Le preguntaron al ventero si por casualidad había llegado a aquella venta un muchacho de unos quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traía el enamorado de doña Clara. El ventero respondió que había tanta gente en la venta, que no se había fijado en el que preguntaban. Pero al ver uno de ellos el coche donde había venido el juez, dijo:

—Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que dicen que sigue él. Quédese uno de nosotros en la puerta y entren los de más a buscarlo; y aun estaría bien que uno de nosotros rodease toda la venta, para que no se vaya por las bardas de los corra les.

—Así se hará —respondió uno de ellos.

Y entrando dos dentro, uno se quedó en la puerta y otro se fue a rodear la venta: todo lo cual lo veía el ventero, y no sabía atinar para qué se hacían aquellas diligencias, aunque sabía que buscaban a aquel mozo cuyas señas le habían dado.

Ya en ese momento aclaraba el día, y tanto por esto como por el ruido que don Quijote había hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña

Clara y Dorotea, que la una con sobresalto de tener tan cerca a su enamorado, y la otra con el deseo de verlo, habían podido dormir bien mal aquella noche.

Don Quijote, que vio que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso de él, ni le respondían a su demanda, moría y rabiaba de despecho y enojo. Y si él hubiera hallado en las ordenanzas de su caballería que el caballero andante podía tomar y emprender lícitamente otra empresa habiendo dado su palabra y lealtad de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él los habría embestido ya a todos y obligado a responder, mal que les pesara. Pero por parecerle que no le convenía ni le estaba bien comenzar nueva empresa hasta poner a Micomicona en su reino, se tuvo que callar y estarse quedo, esperando a ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes, uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, completamente despreocupado de que nadie lo estuviese buscando, y menos de que lo fuese a encontrar. El hombre lo trabó del brazo y le dijo:

—Ciertamente, señor don Luis, que responde bien a quien vos sois el traje que lleváis, y la cama en que os hallo dice mucho y bien de las galas con que os crio vuestra madre.

Se limpió el mozo los soñolientos ojos y miró detenidamente al que le tenía asido, y advirtió al punto que era criado de su padre, de lo que recibió tal sobresalto, que no acertó o no pudo hablarle palabra durante un buen rato; y el criado prosiguió diciendo:

—Aquí no hay otra, señor don Luis, que tener paciencia y dar la vuelta a casa, a menos que vuestra merced quiera que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.

—¿Pues cómo supo mi padre —dijo don Luis— que yo venía por este camino y con este traje?

—Un estudiante —respondió el criado— a quien disteis cuenta de vuestros pensamientos fue el que lo descubrió, movido a lástima de ver la que tenía vuestro padre en cuanto os echó en falta; y así, despachó a cuatro de sus criados en vuestra busca, y aquí estamos todos a vuestro servicio, más contentos de lo que se puede imaginar, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos a los ojos que tanto os quieren.

—Eso será si yo quiero o el cielo lo ordena —respondió don Luis.

—¿Qué habéis de querer o qué ha de ordenar el cielo, aparte de consentir en volveros? Porque no ha de ser posible otra cosa.

Toda esta conversación que mantenían los dos la oyó el mozo de mulas que estaba junto a don Luis y, levantándose de allí, fue a decir lo que pasaba a don Fernando y a Cardenio y a los demás, que ya se habían vestido, a los que dijo cómo aquel hombre trataba de don a aquel muchacho y la conversación que mantenían, y cómo lo quería devolver a casa de su padre y el mozo no quería. Y con esto y con lo que sabían de él, de la buena voz que el cielo le había dado, les entró a todos un gran deseo de saber más particularmente quién era, y aun de ayudarlo, si querían forzarlo a

algo; y así, se fueron adonde aún estaba hablando y porfiando con su criado.

Salía en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara toda turbada; y llamando Dorotea a Cardenio aparte, le contó en breves palabras la historia del músico y de doña Clara, y él también le dijo a ella lo que pasaba con los criados de su padre que habían venido a buscarlo, pero no se lo dijo tan callando que lo dejase de oír Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llega a sostenerla, hubiera dado consigo en el suelo. Cardenio dijo a Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraría poner remedio a todo, y ellas lo hicieron.

Y estaban los cuatro que venían a buscar a don Luis dentro de la venta y rodeándolo, persuadiéndolo de que sin detenerse un punto volviese ya a consolar a su padre. Él respondió que de ninguna manera lo podía hacer hasta dar fin a un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Le apretaron entonces los criados, diciéndole que de ningún modo volverían sin él y que lo llevarían, quisiese o no quisiese.

—Eso no haréis vosotros —replicó don Luis—, si no es llevándome muerto; porque de cualquier manera que me llevéis, será llevarme sin vida.

Ya para entonces habían acudido a la porfía casi todos los que estaban en la venta, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el juez, el cura, el barbero y don Quijote, a quien le pareció que ya no había necesidad de guardar más el castillo. Cardenio, como ya sabía la historia del mozo, preguntó a los que querían llevárselo qué les movía a querer llevar contra su voluntad a aquel muchacho.

—Nos mueve —respondió uno de los cuatro— dar la vida a su padre, que por la ausencia de este caballero queda en peligro de perderla.

—No hay por qué dar cuenta aquí de mis cosas —dijo don Luis—: yo soy libre y volveré si quiero, y si no, ninguno de vosotros me va a obligar.

—Le obligará a vuestra merced la razón —respondió el hombre—, y si ella no le basta a vuestra merced, nos bastará a nosotros para hacer lo que vinimos y estamos obligados a hacer.

—Sepamos desde el principio de qué se trata —intervino el juez.

Pero el hombre, que lo conoció, como vecino de su casa, respondió:

—¿No conoce vuestra merced, señor juez, a este caballero, que es el hijo de su vecino, que se ha ausentado de casa de su padre con ropas tan impropias de su rango como vuestra merced puede ver?

Lo miró entonces el juez más atentamente y lo reconoció, y abrazándolo, dijo:

—¿Qué niñerías son estas, señor don Luis, o qué causas tan poderosas, que os han movido a venir de esta manera y con estas ropas que tan mal casan con vuestra nobleza?

Al mozo se le vinieron las lágrimas a los ojos, y no pudo responder palabra. El juez dijo a los cuatro que se sosegasen, que todo se haría bien; y tomando de la mano a don Luis, lo apartó en un aparte y le preguntó qué venida había sido aquella.

Y mientras le hacía esta y otras preguntas, oyeron grandes voces a la puerta de la venta; y era la causa de ellas que dos huéspedes que se habían alojado en ella aquella

noche, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que buscaban los cuatro, habían intentado irse sin pagar lo que debían; pero el ventero, que atendía más a su negocio que a los ajenos, los asió cuando salían por la puerta, y pidió su paga y les afeó su mala intención con tales palabras, que les movió a que le respondiesen con los puños, y así, le empezaron a dar una mano tal de golpes, que el pobre ventero se vio en la necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron a otro más desocupado para poder socorrerlo que a don Quijote, a quien la hija de la ventera dijo:

—¡Socorra vuestra merced, señor caballero, por la gracia que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hombres lo están moliendo como al trigo!

A lo que respondió don Quijote, muy despacio y con mucha flema:

—Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entrometerme en otra aventura mientras no dé cima a una en que me ha puesto mi palabra. Pero lo que yo podré hacer por serviros es lo que voy a decir: corred y decid a vuestro padre que aguante en esa batalla lo mejor que pueda y que no se deje vencer de ningún modo, mientras yo pido licencia a la princesa Micomicona para poder socorrerlo en su cuita; que si ella me la da, tened por seguro que yo lo sacaré de ella.

—¡Pecadora de mí! —dijo a esto Maritornes, que estaba delante—. Antes que vuestra merced alcance esa licencia que dice estará ya mi señor en el otro mundo.

—Concededme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo —respondió don Quijote—, que en cuanto la tenga, poco importará que él esté en el otro mundo, que de allí lo sacaré aunque el mismo mundo se oponga, o por lo menos os vengaré de tal modo de los que lo hayan enviado allá, que quedéis más que medianamente satisfechas.

Y sin decir más se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que su grandeza tuviese a bien darle licencia de acudir presto a socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en un gran aprieto. La princesa se la dio de buen talante, y él, sin dilación, embrazando su escudo y poniendo mano a su espada, acudió a la puerta de la venta, donde aún los dos huéspedes seguían trayendo a mal traer al ventero; pero en cuanto llegó, vaciló y se quedó parado, aunque Maritornes y la ventera le decían que por qué se detenía, que socorriese a su señor y marido.

—Me detengo —dijo don Quijote— porque no me es lícito echar mano a la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí a mi escudero Sancho, que a él toca y atañe esta defensa y venganza.

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban los puñetazos y mamporros muy en su punto, todo en daño del ventero y para rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de don Quijote y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pero dejémoslo aquí, que no faltará quien lo socorra (o mejor: sufra y calle el que

se atreve a más de a lo que le prometen sus fuerzas), y volvámonos atrás cincuenta pasos, a ver qué fue lo que don Luis respondió al juez, que lo dejamos aparte, cuando le preguntó la causa de su venida a pie y vestido con tan vil traje; a lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que le apretaba el corazón algún gran dolor, y derramando lágrimas en gran abundancia, le dijo:

—Señor mío, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo y facilitó nuestra vecindad que yo viese a mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mía, desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mío, no lo impide, en este mismo día ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse este traje, para seguirla dondequiera que fuese, como la saeta el blanco o como el marinero el norte. Ella no conoce mis deseos más de lo que ha podido entender algunas veces que ha visto desde lejos llorar mis ojos. Ya sabéis, señor, la riqueza y la nobleza de mis padres, y cómo yo soy su único heredero: si ello os parece suficiente para que os aventuréis a hacerme en todo venturoso, recibidme ya por vuestro hijo; que si mi padre, llevado por otros designios suyos, no gustara de este bien que yo supe buscarme, el tiempo tiene más fuerza que las voluntades humanas para deshacer y mudar las cosas.

Calló después de decir esto el mancebo enamorado, y el juez quedó al oírlo suspenso, confuso y admirado, tanto por haber oído el modo y buen juicio con que don Luis le había descubierto su pensamiento, como por verse en la tesitura de no saber qué decisión tomar en negocio tan repentino y no esperado; y así, no respondió otra cosa sino que de momento se sosegase y entretuviese a sus criados, que por aquel día no lo llevasen de vuelta, con el fin de tener tiempo para considerar lo que conviniese mejor a todos. Porfió don Luis por besarle las manos, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que podría enternecer a un corazón de mármol, no solo el del juez, que, como perspicaz, había comprendido ya cuánto le convenía a su hija aquel matrimonio, aunque, si fuera posible, le gustaría llevarlo a efecto con el consentimiento del padre de don Luis, del que sabía que pretendía darle un título nobiliario a su hijo.

Ya por entonces estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues, por persuasión y buenas razones de don Quijote, más que por amenazas, le habían pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el final de la plática del juez y la resolución de su amo. Pero el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entrara en la venta el barbero a quien don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; barbero que, al llevar su jumento a la caballeriza, vio a Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y nada más verla la reconoció, y se atrevió a arremeter contra Sancho, diciendo:

—¡Ah don ladrón, ya os tengo! ¡Venga mi bacía y mi albarda, y todos los aparejos que me robasteis!

Sancho, que se vio acometer tan de improviso y oyó los vituperios que le decían,

asió con una mano la albarda y con la otra le dio un mamporro al barbero, que le bañó los dientes en sangre. Pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en la albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decía:

—¡Aquí el rey y la justicia, que por querer recobrar mi hacienda, este ladrón salteador de caminos me quiere matar!

—¡Mentís —respondió Sancho—, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quijote estos despojos!

Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver qué bien se defendía y atacaba su escudero, y de allí en adelante lo tuvo por hombre de pro, y se propuso en su corazón armarlo caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que la orden de la caballería estaría bien empleada en él. Entre otras cosas que el barbero decía en el curso de la pendencia, vino a decir:

—Señores, esta albarda es tan mía como las cuentas que a mi muerte debo a Dios, y la conozco mejor que si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir: si no, pruébensela, y si no le viene pintiparada, yo quedaré por infame. Y hay más: el mismo día que ella se me quitó, me quitaron también una bacía de latón nueva, que no se había estrenado, que valía un escudo.

Aquí no se pudo contener don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y separándolos, depositó la albarda en el suelo, para tenerla a la vista hasta que la verdad se aclarase, y dijo:

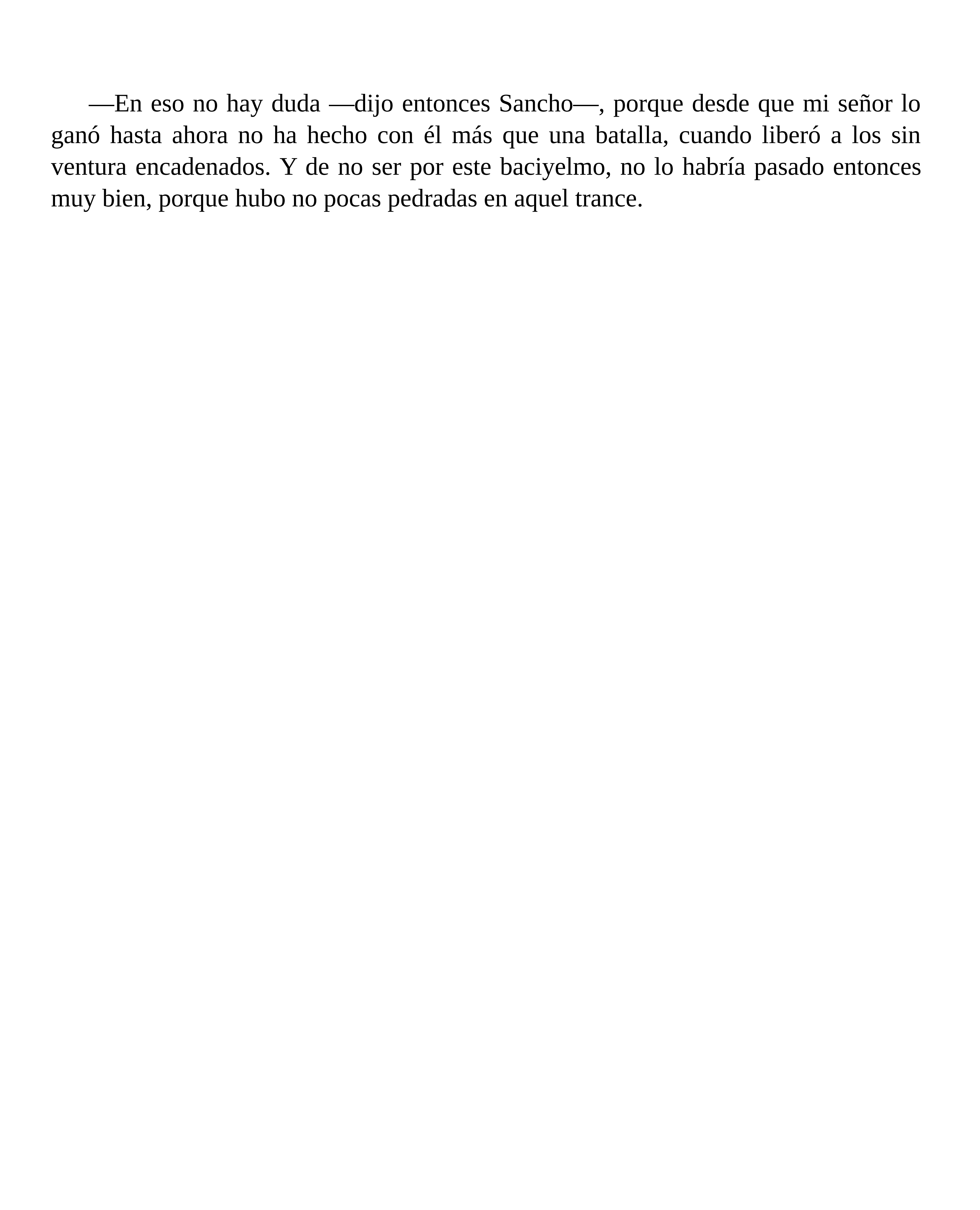
—¡Para que vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía a lo que fue, es y será yelmo de Mambrino: yo se lo quité en buena guerra, y me hice señor de él con legítima y lícita posesión! En lo de la albarda no me meto, que lo que de ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo de este vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la di, y él los tomó, y de cómo se ha convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razón si no es la ordinaria: que transformaciones como estas se ven en los sucesos de la caballería; para confirmación de lo cual, corre, Sancho, hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice que es bacía.

—¡Pardiez, señor —dijo Sancho—, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que dice vuestra merced, tan bacía es el yelmo de Malino como albarda el jaez de este buen hombre!

—Haz lo que te mando —replicó don Quijote—, que no todas las cosas de este castillo han de estar guiadas por encantamiento.

Sancho fue a donde estaba la bacía y la trajo; y nada más verla don Quijote, la tomó en las manos, y dijo:

—Miren vuestras mercedes con qué cara podía decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho. Y juro por la orden de caballería que profeso que este yelmo fue el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.



—En eso no hay duda —dijo entonces Sancho—, porque desde que mi señor lo ganó hasta ahora no ha hecho con él más que una batalla, cuando liberó a los sin ventura encadenados. Y de no ser por este baciyelmo, no lo habría pasado entonces muy bien, porque hubo no pocas pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV

DONDE SE ACABA DE AVERIGUAR LA DUDA DEL YELMO DE MAMBRINO Y DE LA ALBARDA, Y OTRAS AVENTURAS SUCEDIDAS, CON TODA VERDAD

—¿Qué les parece a vuestras mercedes, señores —dijo el barbero—, lo que afirman estos gentileshombres, pues aún porfían que esta no es bacía, sino yelmo?

—Y a quien dijere lo contrario —dijo don Quijote—, le haré yo conocer que miente, si es caballero, y si escudero, que remiente mil veces.

Maese Nicolás, nuestro barbero, que estaba presente a todo, como se conocía tan bien los humores de don Quijote, quiso forzar su desatino y seguir con la burla, para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero:

—Señor barbero, o quienquiera que seáis, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo desde hace más de veinte años el título aprobado y conozco muy bien todos los instrumentos de la barbería, sin que falte uno; y asimismo fui un tiempo soldado en mi mocedad, y sé también qué es yelmo y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas relativas a la milicia, a los géneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos no solo no es bacía de barbero, sino que está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira. También digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—Desde luego que no —dijo don Quijote—, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es —dijo el cura, que ya había entendido la intención de su amigo el barbero.

Y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas. Y aun el juez, de no estar tan pensativo con el negocio de don Luis, hubiera ayudado por su parte a la burla; pero las veras de lo que pensaba lo tenían tan suspenso, que poco o nada atendía a aquellos donaires.

—¡Válgame Dios! —dijo entonces el barbero burlado—. ¿Es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece esta que puede asombrar a toda una universidad, por docta que sea. Basta. Si es que esta bacía es yelmo, también esta albarda debe de ser jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—A mí me parece albarda —dijo don Quijote—, pero ya he dicho que en eso no me entrometo.

—De que sea albarda o jaez —dijo el cura— no estará de más que lo decida el señor don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le reconocemos la ventaja.

—Por Dios, señores míos —dijo don Quijote—, que son tantas y tan extrañas las cosas que me han sucedido en este castillo, en las dos veces que en él me he alojado, que no me atrevería a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que se pregunte acerca de lo que se contiene en él, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamiento. La primera vez me atormentó mucho un moro encantado que hay en él, y a Sancho no le fue muy bien con otros secuaces suyos; y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, sin saber cómo, ni cómo no, vine a caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora a dar mi parecer en cosa de tanta confusión será caer en juicio temerario. En lo que toca a lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, yo ya tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda o jaez, no me atrevo a dar sentencia definitiva: lo dejo solo al buen parecer de vuestras mercedes. Quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tengan que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres y podrán juzgar de las cosas de este castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mí se me mostraban.

—No hay duda —respondió a esto don Fernando—, sino que el señor don Quijote ha dicho muy bien hoy, que a nosotros toca la resolución de este caso; y para que vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos de estos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenían de la condición de don Quijote todo esto era materia de grandísima risa, pero para los que la ignoraban les parecía el mayor disparate del mundo, especialmente a los cuatro criados de don Luis, y a don Luis ni más ni menos, y a otros tres pasajeros que habían llegado casualmente a la venta, y que tenían aspecto de ser cuadrilleros de la Santa Hermandad (como en efecto lo eran). Pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía se le había convertido ante sus mismos ojos en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le iba a convertir en preciado jaez de caballo. Y los unos y los otros se reían de ver cómo andaba don Fernando de unos en otros tomando los votos, hablándoles al oído para que declarasen en secreto si aquella joya sobre la que tanto se había peleado era albarda o jaez; y después que hubo tomado los votos de aquellos que conocían a don Quijote, dijo en voz alta:

—El caso es, buen hombre, que yo ya estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que no hay uno solo a los que pregunto, deseando saberlo, que no me diga que es un disparate decir que esta es albarda de jumento, y no jaez de caballo, y aun de caballo de raza; y así, habréis de tener paciencia, porque, para vuestro pesar y el de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos habéis alegado y defendido la causa

muy mal de vuestra parte.

—No tenga parte yo en el cielo —dijo el barbero antedicho— si todas vuestras mercedes no se engañan, y tan seguro estoy de que mi alma comparecerá ante Dios como de que a mí me parece albarda, y no jaez. Pero allá van leyes donde quieren reyes, y no digo más. Y de veras que no estoy borracho; sigo en ayunas, aunque no de pecar.

No menos risa causaban las necedades que decía el barbero que los disparates de don Quijote, que dijo a esto:

—Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y a quien Dios se la dio, san Pedro se la bendiga.

—De no ser una burla preparada —dijo uno de los de don Luis—, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento, como son o parecen todos los que aquí están se atrevan a decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella, albarda; pero como veo que lo afirman y lo dicen, supongo que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia. ¡Porque juro por… (y soltó completo su juramento) que no me harán a mí creer cuantos hoy viven en el mundo al revés que esta no sea bacía de barbero, y esta, albarda de asno!

—Bien podría ser de borrica —dijo el cura.

—Tanto monta —dijo el criado—, que el caso no consiste en eso, sino en si es o no es albarda, como vuestras mercedes dicen.

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y disputa, lleno de cólera y de enfado, dijo:

—Tan albarda es como mi padre, y el que diga o dijere otra cosa debe de estar como una cuba.

—¡Mentís como bellaco villano! —replicó don Quijote.

Y alzando el lanzón, que nunca lo soltaba de las manos, le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que, de no desviarse el cuadrillero, lo dejaba allí tendido. El lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron maltratar a su compañero, alzaron la voz pidiendo favor a la Santa Hermandad.

El ventero, que era de la Hermandad, entró al momento por su varilla de mando y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don Luis rodearon a don Luis, porque con el alboroto no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornó a asir su albarda, y lo mismo hizo Sancho; don Quijote puso mano a su espada y arremetió a los cuadrilleros; don Luis daba voces a sus criados, que le dejasen a él y socorriesen a don Quijote, y a Cardenio y a don Fernando, que también ayudaban a don Quijote; el cura daba voces; la ventera gritaba; su hija se afligía; Maritornes lloraba; Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba a Sancho; Sancho molía al barbero; don Luis, a quien un criado suyo se atrevió a asirlo del brazo para que no se fuese, le dio un puñetazo que le bañó los dientes en sangre; el juez le defendía; don Fernando tenía debajo de sus pies a un

cuadrillero, pateándole el cuerpo muy a su gusto; el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad… De modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, guantadas, palos, coces y efusión de sangre. Y en la mitad de este caos, lío y laberinto de cosas, se le representó en la memoria a don Quijote que estaba metido de hoz y coz en la discordia del campo de Agramante, y así, dijo con voz que atronó la venta:

—¡Deténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida!

A esa gran voz todos se pararon, y él prosiguió, diciendo:

—¿No os dije yo, señores, que este castillo estaba encantado, y que debe de habitar en él alguna legión de demonios? En confirmación de lo cual, quiero que veáis por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Si allí se peleaba por la espada, aquí por la albarda; si allá por el águila, acá por el yelmo, y todos nos peleamos y ninguno nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor juez, y vuestra merced, señor cura, y uno haga de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz. Porque por Dios todopoderoso que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.

Los cuadrilleros, que no entendían la jerga de don Quijote y se veían maltratados por don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegarse; el barbero sí, porque de la pendencia tenía deshechas las barbas y la albarda; Sancho, a la más mínima voz de su amo, obedeció, como buen criado; los cuatro criados de don Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo; solo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que a cada paso le alborotaba la venta. Finalmente el rumor se apaciguó por momentos, la albarda se quedó por jaez hasta el día del Juicio, y la bacía por yelmo y la venta por castillo en la imaginación de don Quijote.

Puestos, pues, ya en sosiego y hechos amigos todos a persuasión del juez y del cura, volvieron los criados de don Luis a porfiarle que se fuese de inmediato con ellos; y mientras él se avenía con ellos, el juez consultó con don Fernando, Cardenio y el cura qué debía hacer, contándoles el caso con las razones que don Luis le había dicho. Finalmente fue acordado que don Fernando dijese a los criados de don Luis quién era él y que le gustaría que don Luis se fuese con él a Andalucía, donde sería estimado por su hermano el marqués como merecía el valor de don Luis; porque por lo sucedido se conocía la intención de don Luis de no volver en aquella ocasión a los ojos de su padre, así le hiciesen pedazos. Conocida, pues, por los cuatro la nobleza del linaje de don Fernando y la intención de don Luis, decidieron entre ellos que tres se volviesen a contar a su padre lo que pasaba, y otro se quedase a servir a don Luis y a no dejarle hasta que ellos volviesen por él o viese lo que su padre les ordenaba.

De esta manera se apaciguó aquel tinglado de pendencias, por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino. Pero viéndose el diablo, enemigo de la

concordia y rival de la paz, menospreciado y burlado, y el poco fruto que había ganado de haberlos puesto a todos en tan confuso laberinto, decidió probar otra vez sus artes, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron, por haber entreoído el alto linaje de los que habían combatido con ellos, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que de cualquier manera que sucediese habían de llevar lo peor de la batalla; pero a uno de ellos, que fue el molido y pateado por don Fernando, le vino a la memoria que, entre los mandamientos judiciales que traía para prender a algunos delincuentes, traía uno contra don Quijote, a quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dio a los galeotes, tal y como Sancho, con mucha razón, había temido.

Imaginando pues esto, quiso comprobar que las señas que traía de don Quijote venían bien, y sacando del seno una cartera de pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndoselo a leer despacio, porque no era buen lector, a cada palabra que leía ponía los ojos en don Quijote e iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que rezaba el mandamiento. Y apenas se hubo cerciorado y recogido su cartera, tomó el mandamiento con la mano izquierda y con la derecha asió fuertemente a don Quijote del cuello del sayo, que no le dejaba alentar, y a grandes voces decía:

—¡Favor a la Santa Hermandad! Y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda a este salteador de caminos.

Tomó el mandamiento el cura y vio que era verdad cuanto el cuadrillero decía y que las señas casaban con don Quijote, que, viéndose maltratar por aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, asió con las dos manos como mejor pudo de la garganta al cuadrillero, que, de no haberlo socorrido sus compañeros, allí hubiera dejado la vida antes que don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer a los de su oficio, acudió presto a darle favor. La ventera, que vio de nuevo a su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, y la acompañaron también su hija y Maritornes, pidiendo favor al cielo y a los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba:

—¡Vive el Señor que es verdad cuanto mi amo dice de los encantamientos de este castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!

Don Fernando separó al cuadrillero y a don Quijote, y con gusto de ambos les desenclavijó las manos, que bien asidas tenían uno en el cuello del sayo del otro y el otro en la garganta del uno; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso y que les ayudasen a dárselo atado y entregado tal como querían, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de parte de la cual les pedían de nuevo socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de caminos reales. Se reía de oír decir estas razones don Quijote, y con mucho sosiego dijo:

—Venid acá, gente soez y malnacida: ¿saltear caminos llamáis a dar libertad a los

encadenados, soltar a los presos, socorrer a los miserables, alzar a los caídos, remediar a los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento de que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis al no reverenciar la sombra, no digo ya la presencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quién fue el ignorante que firmó ese mandamiento de prisión contra un caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que los caballeros andantes están exentos de todo fuero judicial y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus pragmáticas su voluntad? ¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó tributo, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le cobró la hechura por hacerle un traje? ¿Qué castellano lo acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no lo sentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida a todo su talante y voluntad? Y, vamos a ver, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI

DE LA NOTABLE AVENTURA DE LOS CUADRILLEROS Y LA GRAN FEROCIDAD DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE

Mientras decía esto don Quijote, estaba persuadiendo el cura a los cuadrilleros de que don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían por qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque lo prendiesen y llevasen, al momento lo habían de dejar por loco; a lo que respondió el del mandamiento que a él no tocaba juzgar la locura de don Quijote, sino hacer lo que le mandaba su superior, y que una vez preso, le daba igual que lo soltasen trescientas.

—Con todo y con eso —dijo el cura—, por esta vez no lo habéis de llevar, ni aun él dejará que se le lleve, a lo que yo entiendo.

En efecto, tanto les supo el cura decir y tantas locuras supo hacer don Quijote, que serían más locos los cuadrilleros si no advirtieran la falta de don Quijote; y así, acordaron apaciguarse y aun ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía seguían con gran furor su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron en la pelea y fueron árbitros de ella, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, por lo menos bastante satisfechas, porque se trocaron las albardas, aunque no las cinchas y cabezales. Y en lo concerniente al yelmo de Mambrino, el cura, a socapa y sin que don Quijote se enterase, le dio por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo un recibo, comprometiéndose a no reclamarlo por los siglos de los siglos, amén.

Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de mayor consistencia, quedaba que los criados de don Luis se contentasen con volver tres y quedar uno para acompañarlo adonde don Fernando lo quería llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado a resolver las dificultades y romper lanzas en favor de los enamorados de la venta y de los valientes de ella, quiso abrocharlo y dar a todo un final feliz, porque los criados se contentaron con cuanto quería don Luis: de lo que recibió tanto contento doña Clara, que nadie que le hubiese mirado en aquel momento el rostro hubiese dejado de advertir el regocijo de su alma.

Zoraida, aunque no entendía bien todos los sucesos que había visto, se entristecía y alegraba a bulto, conforme veía y notaba los semblantes de cada uno, especialmente de su español, en quien tenía siempre puestos los ojos y traía colgada el alma. El

ventero, a quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de don Quijote por el menoscabo de sus cueros y pérdida de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase antes hasta el último céntimo. Todo lo apaciguó el cura y lo pagó don Fernando, aunque el juez, de muy buena gana, había ofrecido también el pago. Y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecía la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quijote había dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano; de todo lo cual fue común opinión que se debían dar las gracias a la buena intención y mucha elocuencia del señor cura y a la incomparable esplendidez de don Fernando.

Viéndose, pues, don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, tanto de su escudero como suyas, le pareció que estaría bien seguir su comenzado viaje y dar fin a aquella gran aventura para la que había sido llamado y escogido; y así, con resuelta determinación, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, quien no le consintió que dijese una palabra hasta que se levantase, y él, por obedecerla, se puso en pie y le dijo:

—Es común proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae a buen fin el pleito dudoso; pero en ninguna cosa se muestra más esta verdad que en las de la guerra, donde la celeridad y presteza previene los movimientos del enemigo y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa. Digo todo esto, alta y preciosa señora, porque me parece que la estancia nuestra en este castillo no tiene ya provecho, y podría sernos de tanto daño, que nos arrepintiéramos algún día. Porque ¿quién sabe si por ocultos y diligentes espías habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante que yo voy a destruirlo, y, teniendo tiempo de sobra, se fortifica en algún inexpugnable castillo o fortaleza contra el que valgan poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mía, prevengamos con nuestra diligencia sus designios, como tengo dicho, y partámonos inmediatamente a la buena ventura, que, como desea vuestra grandeza, no tardará en tenerla más de lo que yo tarde en verme con vuestro contrario.

Calló y no dijo más don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, que, con ademán señoril y acomodado al estilo de don Quijote, le respondió de esta manera:

—Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, como corresponde a caballero a quien es anejo y concerniente favorecer a huérfanos y menesterosos, y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida, sea ya, que yo no tengo más voluntad que la vuestra. Disponed vos de mí a todo vuestro gusto y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona y puso en vuestras manos la restauración de sus señoríos no ha de querer ir contra lo que vuestra prudencia ordene.

—Con la bendición de Dios —dijo don Quijote—. Y puesto que vuestra señoría se me humilla así, no quiero yo perder la ocasión de levantarla y ponerla en su heredado trono. La partida sea inmediata, porque me va poniendo espuelas al deseo y al camino lo que suele decirse: que en la tardanza está el peligro. Y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno nadie que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, a Rocinante y apareja tu jumento y el palafrén de la reina, y despidámonos del castellano y de estos señores, y vayámonos de aquí ahora mismo.

Sancho, que a todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza a uno y otro lado:

—¡Ay, señor, señor, y cuánto más mal hay en la aldehuela que el que suena!, sin ofender sea dicho a las damas tocadas y honradas.

—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda decirse en menoscabo mío, villano?

—Si vuestra merced se enoja, yo callaré y dejaré de decir lo que estoy obligado como buen escudero y como debe decir a su señor un buen criado.

—Di lo que quieras, siempre que tus palabras no se encaminen a meterme miedo: que si tú lo tienes, haces como quien eres, y si yo no lo tengo, hago como quien soy.

—No es eso, ¡pecador de mí!, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más que mi madre, porque de ser ella lo que dice no andaría, en cuanto se da uno la vuelta, tentándose por todos los rincones con uno de los que aquí están al retortero.

Se puso colorada Dorotea con las palabras de Sancho, porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, a hurto de otros ojos había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos, cosa que había visto Sancho, y le había parecido que aquella desenvoltura era más de cortesana que de reina de tan gran reino, y no pudo ni quiso responder palabra a Sancho, sino que lo dejó proseguir en su plática, y él fue diciendo:

—Lo digo, señor, porque si después de haber andado veredas y caminos reales, y pasado malas noches y peores días, va a venir a coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no tengo por qué darme prisa en ensillar a Rocinante, albardar el jumento ni aderezar el palafrén, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.

¡Válgame Dios, y cuán grande fue el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo:

—¡Ah bellaco villano, zafio, malpensado, ignorante, malhablado, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Has osado decir tales palabras en mi presencia y en la de estas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación? ¡Vete de mi presencia, monstruo de la naturaleza, depositario de mentiras, armario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, propalador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas! ¡Vete, no comparezcas ante mí, so pena de mi ira!

Y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes y dio con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A estas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se habría alegrado si en aquel instante se hubiese abierto debajo de sus pies la tierra y se lo tragara, y no supo qué hacerse sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la despierta Dorotea, que tan entendidos tenía ya los arrebatos de don Quijote, dijo para templarle la ira:

—No os despechéis, señor Caballero de la Triste Figura, por las sandeces que ha dicho vuestro buen escudero, porque quizá no las diga a propósito, y no se puede sospechar de su buen entendimiento y cristiana conciencia que levante falso testimonio de nadie. Y así, se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, según decís vos, señor caballero, todas las cosas van y suceden por modo de encantamiento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que él dice que vio tan en ofensa de mi honestidad.

—Por el omnipotente Dios juro —dijo a esta sazón don Quijote— que vuestra grandeza ha dado en el clavo, y que alguna mala visión se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que sería imposible de otro modo que no fuese por el de los encantamientos: que yo sé bien de la bondad e inocencia de este desdichado que no sabe levantar falsos testimonios de nadie.

—Así es y así será —dijo don Fernando—; por lo cual debe vuestra merced, señor don Quijote, perdonarle y volver a darle su favor, *sicut erat in principio*, como era en un principio, antes de que tales visiones lo sacaran de juicio.

Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fue por Sancho, que vino muy humilde, e hincándose de rodillas pidió la mano a su amo, y él se la dio y, después de habérsela dejado besar, le echó la bendición, diciendo:

—Ahora acabarás de conocer, Sancho, hijo, que es verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas de este castillo están hechas por vía de encantamiento.

—Así lo creo yo —dijo Sancho—, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria.

—No lo creas —respondió don Quijote—, que si así fuera, yo te habría vengado entonces, y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude, ni vi en quién vengarme de tu agravio.

Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de lo que no poco se rieron todos, y de lo que no menos se hubiese avergonzado Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que había sido encantamiento; aunque jamás llegó la sandez de Sancho a creer que había sido manteado por fantasmas soñados o imaginados, como su señor lo creía y afirmaba, sino que tenía por verdad pura y averiguada haberlo sido por personas de carne y hueso, sin mezcla de engaño alguno.

Toda aquella ilustre compañía había pasado ya dos días en la venta. Y

pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevarse a don Quijote como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra, sin tener Dorotea y don Fernando que tomarse el trabajo de irse con él a su aldea.

Y lo que dispusieron fue concertarse con un carretero de bueyes que acertó a pasar por allí, para que lo llevase de esta forma: hicieron una como jaula, de palos enrejados, en la que pudiese caber holgadamente don Quijote, y entonces don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos, por disposición y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que a don Quijote le pareciese que eran gente distinta de la que había visto en aquel castillo.

Hecho esto, se entraron con grandísimo silencio donde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Se llegaron a él, que dormía ignorante y ajeno a tal acontecimiento, y asiéndolo fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños caretos; e inmediatamente cayó en la cuenta de lo que le representaba su continua y desvariada imaginación, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender: todo tal y como había pensado que sucedería el cura, inventor de este enredo. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba con todo su juicio y con su aspecto de siempre, y aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad que su amo, no dejó de reconocer a todos aquellos personajes disfrazados, pero no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, quien tampoco hablaba palabra, atendiendo a ver en qué paraba su desgracia: que fue que, trayendo allí la jaula, lo encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se podrían romper a dos tirones.

Lo tomaron luego a hombros, y al salir del aposento se oyó una voz espantosa, tanto como la supo fingir el barbero, no el de la albarda, sino el otro, que decía:

—¡Oh Caballero de la Triste Figura!, no te aflija la prisión en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que te puso tu gran esfuerzo. Y esa se acabará cuando el furibundo león manchado y la blanca paloma tobosina yazcan en el lecho, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoniesco, de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rampantes garras del valeroso padre. Y esto será antes que el sol, perseguidor de la fugitiva ninfa, haga dos veces la visita de las lucientes constelaciones con su rápido y natural curso. Y tú, el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cintura, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar así ante tus mismos ojos a la flor de la caballería andante, que pronto, si al Creador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conocerás, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y te aseguro, de parte de la

sabia Mentironiana, que tu salario te será pagado, como lo verás de hecho; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde paréis ambos a dos. Y porque no me es lícito decir otra cosa, quedad con Dios, que yo me vuelvo adonde yo me sé.

Y al acabar la profecía, alzó la voz de punto, y la disminuyó después con tan tierno acento, que aun los sabedores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían.

Quedó don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque dedujo de inmediato todo su significado y vio que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo:

—¡Oh tú, quienquiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! Te ruego que pidas de mi parte al mago encantador que tiene a cargo mis cosas, que no me deje perecer en esta prisión donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, en cuanto esto ocurra, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca a la consolación de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte; porque, si por la suya o por mi corta ventura, no sucede el poderle yo dar la ínsula u otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos y buenos servicios, sino a mis posibles.

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó ambas manos a la vez, porque una sola no podía, por estar ambas atadas.

Y sin más dilación aquellas visiones tomaron la jaula a hombros y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII

DEL EXTRAÑO MODO CON QUE FUE ENCANTADO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, Y OTROS FAMOSOS SUCESOS

Cuando don Quijote se vio de aquella manera enjaulado y en el carro, dijo:

—Muchas y muy graves historias he leído yo de caballeros andantes, pero jamás he leído, ni visto, ni oído que a los caballeros encantados los lleven de esta manera, y con la lentitud que prometen estos perezosos y tardos animales, porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, o en algún carro de fuego, o sobre algún hipogrifo u otra bestia semejante; pero que me lleven a mí ahora en un carro de bueyes, ¡vive Dios que me deja confuso! Pero quizá la caballería y los encantamientos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino del que siguieron los antiguos. Y también podría ser que, como yo soy reciente caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también se hayan inventado por primera vez otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar a los encantados. ¿Qué te parece de esto, Sancho, hijo?

—No sé yo lo que me parece, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo, osaría afirmar y jurar que estas visiones que andan por aquí no son muy católicas.

—¿Católicas? ¡Mi padre! ¿Cómo van a ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir a hacer esto y a ponerme en este estado? Y si quieres comprobar esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás que no tienen cuerpo sino de aire y que no consiste más que en la apariencia.

—Por Dios, señor, yo ya los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes y tiene otra propiedad muy diferente de la que he oído yo decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen a piedra azufre y a otros malos olores, pero este huele a ámbar a media legua.

Decía esto Sancho por don Fernando, que, como tan señor, debía de oler a lo que Sancho decía.

—No te maravilles de eso, amigo Sancho, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y aunque traigan olores consigo, ellos no huelen a nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler a cosas buenas, sino malas y hediondas. Y la razón es que como ellos dondequiera que están traen el infierno consigo y no pueden

recibir ningún género de alivio en sus tormentos, y el buen olor es cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan a cosa buena. Y si a ti te parece que ese demonio que dices huele a ámbar, o tú te engañas, o él quiere engañarte haciendo que no lo tengas por demonio.

Todos estos coloquios tuvieron lugar entre amo y criado. Y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese a caer del todo en la cuenta de su invención, que andaba ya muy cerca de descubrir, decidieron abreviar la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase a Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, lo que hizo con mucha presteza.

Ya en esto el cura se había concertado con los cuadrilleros para que le acompañasen hasta su pueblo, dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzón de la silla de Rocinante, de un cabo, el escudo, y del otro, la bacía, y por señas mandó a Sancho que subiese en su asno y tomase de las riendas a Rocinante, y puso a los dos lados del carro a los dos cuadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor por su desgracia, y don Quijote les dijo:

—No lloréis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas a los que profesan lo que yo profeso. Y si no me hubieran acontecido estas calamidades, no me tendría yo por famoso caballero andante, porque a los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde de ellos; a los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía a muchos príncipes y a otros muchos caballeros, que procuran por malas vías destruir a los buenos. Pero, con todo, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, a pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastro, saldrá vencedora de todo trance y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si os he fecho algún desaguisado por descuido mío, que queriendo y a sabiendas jamás lo hice a ninguna, y rogad a Dios me saque de estas prisiones donde me ha puesto algún malintencionado encantador; que si de ellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que me habéis fecho en este castillo, para gratificarlas, servirlas y recompensarlas como ellas merecen.

Mientras las damas del castillo trataban esto con don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del capitán y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron en darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al cura dónde había de escribirle para contarle en qué paraba don Quijote, asegurándole que no habría cosa que más gusto le diese que saberlo, y que él asimismo le avisaría de todo aquello que él viese que podría darle gusto, tanto de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y el desenlace de lo de don Luis y la vuelta de Luscinda a su casa. El cura prometió hacer cuanto se le mandaba, con toda puntualidad. Tornaron a abrazarse otra vez, y otra vez tornaron a nuevos ofrecimientos.

El ventero se llegó al cura y le dio unos papeles, diciéndole que los había hallado

en el forro de la maleta donde se halló la *Novela del curioso impertinente*, y que como su dueño no había vuelto más por allí, que se los llevase todos, que como él no sabía leer, no los quería. El cura se lo agradeció, y abriéndolos allí mismo, vio que al principio de lo escrito decía: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió que era alguna novela y dedujo que, si la del curioso impertinente había sido buena, también lo sería aquella, pues podría ser que fuesen todas de un mismo autor; y así, la guardó, con el propósito de leerla cuando le viniese bien.

Subió a caballo, y también su amigo el barbero, con sus antifaces, para que no fuesen conocidos luego por don Quijote, y se pusieron a caminar tras el carro. Y el orden que llevaban era este: iba primero el carro, guiándolo su dueño; a los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando por la rienda a Rocinante, y detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, extendidos los pies y arrimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra.

Y así, con aquel espacio y silencio caminaron dos leguas, hasta que llegaron a un valle donde le pareció al boyero que era lugar acomodado para reposar y dar pasto a los bueyes; y consultándolo con el cura, el barbero fue de la opinión que caminasen un poco más, porque él sabía que detrás de un repecho que se mostraba allí cerca, había un valle con más hierba y mucho mejor que aquel donde querían parar. Se tomó el parecer del barbero, y así, tornaron a proseguir su camino.

En esto volvió el cura el rostro y vio que a sus espaldas venían unos seis o siete hombres a caballo, bien puestos y aderezados, que los alcanzaron muy pronto, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quienes iban sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar pronto a sestear a la venta que se hallaba a menos de una legua de allí. Llegaron los diligentes a los perezosos y se saludaron cortésmente; y uno de los que venían, que resultó ser canónigo de Toledo y señor de los que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, además de a don Quijote enjaulado y esposado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar a aquel hombre de aquella manera, aunque ya se había hecho cargo, viendo las insignias de los cuadrilleros, de que debía de ser algún facineroso salteador u otro delincuente cuyo castigo correspondiese a la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió así:

—Señor, lo que significa que este caballero vaya de esta manera dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.

Oyó don Quijote la plática y dijo:

—¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, compartiré con vuestras mercedes mis

desgracias, y si no, no hay para qué cansarme en decirlas.

Ya entonces habían llegado el cura y el barbero, al ver que los caminantes estaban en pláticas con don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El canónigo, a lo que don Quijote dijo, respondió:

—En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las *Súmulas* de Villalpando. Así que, si no es más que esto, podéis tranquilamente hablar conmigo lo que queráis.

—Dios nos guíe —replicó don Quijote—. Y siendo así, quiero, señor caballero, que sepáis que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud es más perseguida por los malos que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás se acordó la fama para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, a despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crio Persia, brahmanes la India y gimnosofistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los siglos venideros, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quieren llegar a la cumbre y alteza honrosa de las armas.

—Dice verdad el señor don Quijote de la Mancha —dijo en ese momento el cura —, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos a quienes enfada la virtud y enoja la valentía. Este es, señor, si acaso lo oísteis nombrar alguna vez, el Caballero de la Triste Figura, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en mármoles eternos, por más que se canse la envidia en oscurecerlos y la malicia en ocultarlos.

Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz, de asombrado, y no podía saber lo que le había acontecido, y en el mismo asombro cayeron todos los que venían con él. En esto Sancho Panza, que se había acercado a oír la plática, para acabar de arreglarlo, dijo:

—Ahora, señores, quiéranme bien o quiéranme mal por lo que voy a decir. El caso es que mi señor don Quijote va tan encantado como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres y como las hacía ayer, antes que lo enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme creer a mí que va encantado? Pues yo he oído decir a muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no lo impiden, hablará más que treinta procuradores.

Y volviéndose a mirar al cura, prosiguió diciendo:

—Ay, señor cura, señor cura… ¿Pensaba vuestra merced que no le reconozco y pensaba que yo no le he calado ni adivino a dónde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que sé quién es, por más que se cubra el rostro, y sepa que le tengo calado, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni donde la ruindad, la largueza. ¡Mal haya el diablo, que si no fuera por su reverencia, esta sería ya la hora en que mi señor se habría casado con la

infanta Micomicona y yo sería por lo menos conde!, pues no se puede esperar otra cosa de la bondad de mi señor el de la Triste Figura ni de la grandeza de mis servicios. Pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí: que la rueda de la fortuna anda más viva que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en todo el copete hoy están por el suelo. Lo siento por mi mujer y mis hijos, pues cuando podían y debían esperar ver a su padre entrar por la puerta hecho gobernador o virrey de alguna ínsula o reino, lo verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es más que para encarecer a su paternidad que haga examen de conciencia por el mal trato que se le da a mi señor, y mire bien no le vaya a pedir Dios en la otra vida cuentas de esta prisión de mi amo y se le carguen todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—¡Apaga y vámonos! —dijo a este punto el barbero—. ¿También vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? ¡Vive el Señor que voy viendo que vais a ir a hacerle compañía en la jaula y a quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su condición y de su caballería! ¡En mal momento os empreñasteis de sus promesas y en mala hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis!

—Yo no estoy preñado de nadie —respondió Sancho—, ni soy hombre que me dejaría preñar ni aun del rey, y, aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a nadie. Y si deseo ínsulas, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras. Y si siendo hombre puedo llegar a ser papa, con más razón gobernador de una ínsula, y más pudiendo ganar tantas mi señor, que le va a faltar a quien darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no todo es hacer barbas, y de Pedro a Pedro hay un trecho. Lo digo porque todos nos conocemos, y a mí no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encantamiento de mi amo, Dios sabe la verdad, y quédese aquí, porque peor es meneallo.

No quiso responder el barbero a Sancho, para que no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir; y por este mismo temor el cura había dicho al canónigo que caminasen un poco adelantados, que él le diría el misterio del enjaulado, con otras cosas que habrían de gustarle. Lo hizo así el canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento a todo aquello que quiso decirle de la condición, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío y todo el progreso de sus sucesos, hasta haber lo puesto en aquella jaula, y el propósito que llevaban de llevarlo a su tierra, para ver si por algún medio hallaban remedio a su locura. Se admiraron de nuevo los criados y el canónigo al oír la peregrina historia de don Quijote, y al acabarla de oír, dijo:

—En verdad, señor cura, que yo ya me había dado perfecta cuenta de que estos que llaman libros de caballerías son perjudiciales en la república; y aunque, llevado de un ocioso y falso gusto, he leído el principio de la mayoría de los que hay impresos, jamás he sido capaz de leer ninguno de principio a fin, porque me parece

que, el que más y el que menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni este otro que el de más allá. Y según me parece a mí, este género de escritura y composición es como aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y supuesto que el principal propósito de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirlo, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que se concibe en el alma ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, o qué proporción de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro o fábula en la que un mozo de dieciséis años da una cuchillada a un gigante como una torre y lo divide en dos mitades, como si fuera un alfeñique, y que cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que en el bando de los enemigos hay un millón de combatientes, como vaya contra ellos el héroe del libro, hemos de entender forzosamente, mal que nos pese, que el tal caballero alcanzó la victoria solo por el valor de su fuerte brazo? ¿Pues qué diremos de la facilidad con que una reina o emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, o en otras que ni las describió Tolomeo ni las vio Marco Polo? Y si a esto se me respondiese que los que componen tales libros los escriben como cosas de mentira y que, así, no están obligados a mirar en sutilezas ni verdades, yo les respondería que la mentira es tanto mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto más tiene de verosímil y posible. Se han de acoplar las fábulas mentirosas al entendimiento de los que las lean, escribiéndose de suerte que haciendo creíbles los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas. Y todas estas cosas no las podrá hacer el que huya de la verosimilitud y de la imitación, en que consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías que haga una fábula de cuerpo entero con todos sus miembros, de manera que lo del medio se corresponda con el principio, y el fin con el principio y lo del medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención de formar una quimera o un monstruo que de hacer una figura proporcionada. Aparte de esto, en el estilo son duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, malmirados; excesivos en las batallas; necios en las razones; disparatados en los viajes, y, en fin, ajenos a toda admirable arte, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como engendro inútil.

El cura le estuvo escuchando con gran atención, y le pareció hombre de buen

entendimiento y que tenía razón en cuanto decía, y así, le dijo que por ser él de su misma opinión y tener ojeriza a los libros de caballerías había quemado todos los de don Quijote, que eran muchos. Y le contó el escrutinio que había hecho de ellos, y los que había condenado al fuego, y dejado con vida, de lo que se rio no poco el canónigo; y dijo que, con todo lo malo que había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era la ocasión que ofrecían para que pudiese mostrarse en ellos un buen entendimiento, porque daban largo y espacioso campo por donde pudiese correr la pluma sin empacho alguno, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando a un capitán valeroso con todas las cualidades que se requieren para ser tal, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, diligente en las decisiones, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada, y aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; allá un desaforado bárbaro fanfarrón y acá un príncipe cortés, valeroso y considerado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialio, la prodigalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón, y, en fin, todos aquellos actos que pueden hacer perfecto a un varón ilustre, ahora poniéndolos en uno solo, ahora dividiéndolos en muchos. Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más posible a la verdad, sin duda compondrá una tela tejida con varios y hermosos hilos, que después de acabada muestre tal perfección y hermosura, que consiga el mejor fin que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como acabo de decir. Porque la desenvuelta escritura de estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas cualidades que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII

DONDE PROSIGUE EL CANÓNIGO EL ASUNTO DE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SU INGENIO

—Así es como vuestra merced dice, señor canónigo —dijo el cura—, y por esta causa son más dignos de reprensión los que han compuesto semejantes libros hasta ahora, sin atenerse a ningún criterio ni al arte y reglas por donde hubieran podido guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.

—Yo tuve —replicó el canónigo— la tentación de hacer un libro de caballerías, pero guardando en él al menos todos los puntos que he señalado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para comprobar si correspondían a mi estimación, se las he leído a hombres aficionados a este tipo de libros, doctos y sensatos, y a otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación. Pero, con todo, no he seguido más, tanto por parecerme que hago cosa ajena a mi profesión como por ver que es más el número de los simples que el de los prudentes, y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del necio vulgo, al que toca leer la mayor parte de semejantes libros. Pero lo que más me lo quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarlo fue un razonamiento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: Si estas que ahora se estilan, tanto las de imaginación como las históricas, son todas o la mayoría conocidos disparates y cosas que no llevan ni pies ni cabeza, y, con todo, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así tienen que ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como pide el arte no sirven sino para cuatro avisados que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su arte, y que a los autores les conviene más ganar de comer con los muchos que no fama con los pocos, a mi libro le va a pasar lo mismo después de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré a ser el sastre con estilo, que cose de balde y pone el hilo. Y aunque algunas veces he intentado persuadir a los empresarios de que se engañan en tener la opinión que tienen, y que atraerían más gente y cobrarían más

fama representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y maleados por la opinión del vulgo, que no hay razón ni evidencia que los saque de ella. Me acuerdo que un día dije a uno de estos pertinaces: «Decidme, ¿no os acordáis que se representaron hace unos años en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos, y fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron a todos cuantos las oyeron, tanto simples como prudentes, tanto del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros a los actores solo ellas tres que treinta de las mejores que se han hecho de entonces acá?». «Sin duda —respondió el empresario que digo— vuestra merced debe referirse a *La Isabela*, *La Filis* y *La Alejandra*». «A esas me refiero —le repliqué yo—, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran y de agradar a todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí que no fue disparate *La ingratitud vengada*, ni lo tuvo *La Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni menos en *La enemiga favorable*, ni en algunas otras que han sido escritas por algunos entendidos poetas, para fama y renombre suyo y para ganancia de los que las han representado». Y a estas añadí otras cosas, con que le dejé a mi parecer algo confuso, pero no tan satisfecho ni convencido como para sacarlo de su errado pensamiento.

—Ahí le ha dado vuestra merced, señor canónigo —dijo a esta sazón el cura—, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo hacia las comedias que se usan ahora, tal, que iguala al que tengo a los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, según le parece a Cicerón, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede haber en el tema que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho un hombre barbado? ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo erudito, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Y qué decir de la observancia que guardan con los tiempos en que pueden o podían suceder los hechos que representan, si he visto comedia que la primera jornada comienza en Europa, la segunda en Asia y la tercera se acaba en África? Y si fuera de cuatro jornadas, incluso la cuarta acabaría en América, para así transcurrir en todas las cuatro partes del mundo. Y si la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento que, representando una acción que pasa en tiempos del rey Pepino y Carlomagno, al mismo que hace en ella el personaje principal le atribuyan que fue el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofredo de Buillón, habiendo infinitos años entre lo uno y lo otro? Y fundándose la comedia sobre cosa ficticia, ¿atribuirle verdades de historia y mezclarle pedazos de otras sucedidas a diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verosímiles, sino con errores patentes, de todo punto inexcusables? Y lo malo es que hay ignorantes que dicen que esto es lo

perfecto y que lo demás son gollerías. ¿Y si hablamos de las comedias religiosas? ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y ese *efecto*, como ellos lo llaman, para que la gente ignorante se admire y vaya a la comedia. Que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles, porque los extranjeros, que guardan con mucho escrúpulo las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no sería bastante disculpa de esto decir que la intención principal de las repúblicas bien ordenadas, permitiendo que las comedias se hagan públicas, es la de entretener a la comunidad con alguna honesta recreación y distraerla de vez en cuando de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, y que pues eso se consigue con cualquier comedia, buena o mala, no hay para qué poner leyes, ni ser estricto con los que las componen y representan, para que las hagan como deberían hacerse, pues, como he dicho, con cualquier cosa se consigue lo que se pretende con ellas. A lo cual respondería yo que este fin se conseguiría, sin comparación alguna, mucho mejor con las comedias buenas que con las otras, porque de haber oído la comedia artística y bien ordenada el oyente saldría alegre con las burlas, instruido con las veras, admirado de los sucesos, comedido con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escucha, por rústico y torpe que sea, y la comedia que tenga todas estas cualidades es imposible de toda imposibilidad que deje de alegrar y entretener, satisfacer y contentar mucho más que aquella que carece de ellas, como carecen la mayoría de estas que de ordinario se representan ahora. Y no tienen la culpa de esto los poetas que las escriben, porque algunos de ellos conocen muy bien en lo que yerran y saben perfectamente lo que deben hacer; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los empresarios no se las comprarían si no fuesen de ese jaez; y así, el poeta procura acomodarse a lo que le pide el empresario que le ha de pagar su obra. Y que esto es verdad, véase por muchas e infinitas comedias que ha escrito un felicísimo ingenio de estos reinos con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenos conceptos, con tan graves sentencias, y, en fin, tan llenas de elegancia y elevación de estilo, que tiene lleno el mundo con su fama; y por querer acomodarse al gusto de los empresarios, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de perfección que requieren. Otros las escriben tan sin mirar lo que hacen que, después de representadas, los actores tienen necesidad de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes. Y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes de que se

representasen (no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España), sin cuya aprobación, sello y firma ninguna autoridad dejase representar en su pueblo comedia alguna, y de esta manera los comediantes pondrían buen cuidado en enviar las comedias a la corte, y podrían representarlas con garantías, y aquellos que las escriben mirarían con más cuidado y estudio lo que hacen, temerosos de tener que pasar sus obras por el riguroso examen de quien se ocupe de ello; y de esta manera se harían buenas comedias y se conseguiría felicísimamente lo que se pretende con ellas: tanto el entretenimiento del pueblo como el respeto de los ingenios de España, el interés y seguridad de los actores, y el ahorro de la preocupación de castigarlos. Y si se encargase a otro, o a este mismo, que examinase los nuevos libros de caballerías que se escriben, podrían salir algunos sin duda con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua con el agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión a que los libros viejos se oscureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados, pues no es posible que el arco esté siempre tensado, ni que la condición y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreación.

A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando, adelantándose el barbero, llegó a ellos y dijo al cura:

—Aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, aprovechando nosotros la hora de la siesta, tuviesen los bueyes pasto fresco y abundante.

—Así me lo parece a mí —respondió el cura.

Y diciéndole al canónigo lo que pensaban hacer, él también quiso quedarse con ellos, invitado por el paisaje de un hermoso valle que se les ofrecía a la vista. Y tanto por gozar de él como de la conversación del cura, que tanto había despertado su interés, y por saber más en detalle las hazañas de don Quijote, mandó a algunos de sus criados que se fuesen a la venta que no estaba lejos de allí y trajesen de ella lo que hubiese de comer, para todos, porque había decidido sestear en aquel lugar aquella tarde; a lo que uno de sus criados respondió que la acémila con la comida, que ya debía de estar en la venta, traía provisiones suficientes para no obligar a tomar de la venta más que cebada.

—Pues si así es —dijo el canónigo—, llévense allá todas las cabalgaduras y haced volver la acémila.

Entretanto, viendo Sancho que podía hablar a su amo sin la continua presencia del cura y el barbero, de los que sospechaba, se llegó a la jaula donde iba su amo y le dijo:

—Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que sucede con su encantamiento, y es que estos dos que vienen aquí cubiertos los rostros son el cura de nuestro pueblo y el barbero, e imagino que han maquinado llevarlo de esta manera, de pura envidia que tienen porque vuestra merced se les adelanta en hacer hechos

famosos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino engañado y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa; y si me responde como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá que no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quieras, Sancho, hijo —respondió don Quijote—, que yo te satisfaré y responderé a tu entero gusto. Y en lo que dices que aquellos que van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros paisanos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas de ninguna manera. Lo que has de creer y entender es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil a los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las de estos nuestros amigos para darte a ti ocasión de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones del que no aciertes a salir aunque tengas la soga de Teseo. Y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento y no sepa atinar de dónde me viene este daño. Porque si tú me dices por un lado que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por el otro yo me veo enjaulado, y sé de mí que de no ser sobrenaturales, no hay fuerzas humanas bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga o piense sino que la manera de mi encantamiento excede a cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque si son ellos, yo soy turco. Y en lo que toca a querer preguntarme algo, di, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí a mañana.

—¡Válgame Nuestra Señora! —respondió Sancho dando una gran voz—. ¿Y es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo que no se dé cuenta que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encantamiento? Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente que no va encantado. Si no, dígame, así Dios le saque de esta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense…

—Basta de conjuros —dijo don Quijote—, y pregunta lo que quieras, que ya te he dicho que te responderé con toda precisión.

—Eso pido, y lo que quiero saber es que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, bajo el título de caballeros andantes…

—¡Te estoy diciendo que no mentiré en cosa alguna! Acaba ya de preguntar, que en verdad, Sancho, que me cansas con tantas ceremonias, plegarias y prevenciones.

—Pues yo digo que estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo. Y así, porque hace al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con respeto, si por casualidad desde que vuestra merced va enjaulado, y a su parecer encantado, en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse.

—No entiendo eso de *hacer aguas*; Sancho, aclárate más, si quieres que te responda sin rodeos.

—¿Es posible que no entienda vuestra merced lo de hacer aguas menores o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Lo que quiero decir es si le ha venido gana de hacer *eso* que no puede excusar de hacerse…

—¡Ya, ya te entiendo, Sancho! Y muchas veces, y aun ahora la tengo. ¡Sácame de este peligro, que no anda todo limpio!

CAPÍTULO XLIX

DONDE SE TRATA DEL DISCRETO COLOQUIO QUE SANCHO PANZA MANTUVO CON SU SEÑOR DON QUIJOTE

—¡Ah —dijo Sancho—, le tengo cogido! Esto es lo que yo deseaba saber, por mi alma y por mi vida. Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí cuando una persona tiene mal aspecto: «No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde a propósito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado»? De donde se viene a sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, esos tales están encantados, pero no aquellos que tienen la gana que tiene vuestra merced, que bebe cuando se lo dan y come cuando lo tiene y responde a todo aquello que le preguntan.

—Es verdad lo que dices, Sancho, pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hayan mudado de unos en otros y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hicieran. De manera que contra los usos de los tiempos no hay qué argüir ni de qué sacar consecuencias. Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la tranquilidad de mi conciencia, que tendría un gran escrúpulo si yo pensase que no estaba encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar a muchos menesterosos y necesitados que hoy por hoy deben de tener precisa y extrema necesidad de mi ayuda y amparo.

—Pues, con todo, digo que para mayor abundancia y satisfacción estaría bien que vuestra merced probase a salir de esta cárcel, que yo me comprometo a facilitarlo con todo mi poder, y aun a sacarlo de ella, y probase a subir de nuevo sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melancólico y triste, y que, hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la cual prometo a ley de buen y leal escudero encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuese vuestra merced tan desdichado, o yo tan simple, que no acertara a conseguir lo que digo.

—Estoy de acuerdo en hacer lo que dices, Sancho, hermano, y cuando tú veas coyuntura de poner en práctica mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás que te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el malandante escudero,

hasta que llegaron adonde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció entonces el boyero los bueyes de la carreta y los dejó andar a sus anchas por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba a quererla gozar, no ya a las personas tan encantadas como don Quijote, sino a los tan advertidos y juiciosos como su escudero, quien rogó al cura que permitiese que su señor saliese un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un caballero tal como su amo. Le entendió el cura y dijo que haría de muy buena gana lo que le pedía, si no temiera que viéndose su señor en libertad terminase haciendo de las suyas y yéndose donde jamás lo viese nadie.

—Yo salgo fiador de la fuga —respondió Sancho.

—Y yo también —dijo el canónigo—, y más si él me da su palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Sí la doy —respondió don Quijote, que todo lo estaba escuchando—, y más cuando el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quiera, porque el que lo encantó le puede hacer que no se mueva de un sitio en tres siglos, y si huyera, le haría volver en volandas.

Y que, pues esto era así, bien podían soltarlo, y más siendo tan en provecho de todos; y les advertía de que si no lo soltaban, no podría dejar de fatigarles el olfato, si no se apartaban de allí.

Le tomó la palabra y la mano el canónigo, aunque las tenía atadas, y fiándose de su buena fe lo desenjaularon, de lo que él se alegró infinito y en gran manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue adonde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, le dijo:

—Aún espero en Dios y en su bendita Madre, ¡flor y espejo de los caballos!, que pronto nos hemos de ver los dos como deseamos: tú con tu señor a cuestas, y yo encima de ti, ejercitando el oficio para el que Dios me echó al mundo.

Y diciendo esto don Quijote, se apartó con Sancho a remota parte, de donde vino más aliviado y con más deseos de poner en práctica lo que ordenase su escudero.

Lo miraba el canónigo, y se admiraba de ver la extrañeza de su gran locura, y de que en todo cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento. Solamente venía a perder los estribos, como se ha dicho otras veces, mentándole la caballería. Y así, movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde hierba para esperar las provisiones del canónigo, le dijo:

—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan volteado el juicio de modo que venga a creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas como la misma mentira lo está de la verdad? ¿Y cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras,

tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto mensajito, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y, en fin, tantos y tan disparatados casos como contienen los libros de caballerías? De mí sé decir que cuando los leo, si no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor de ellos en la pared, y aun daría con él en el fuego, si lo tuviera cerca o presente, como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como a inventores de nuevas doctrinas y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven a turbar los ingenios de los hidalgos juiciosos y bien nacidos, como bien se ve por lo que han hecho con vuestra merced, pues lo han traído a extremos que hacen forzoso encerrarlo en una jaula y llevarlo sobre un carro de bueyes, como quien trae o lleva algún león o algún tigre de pueblo en pueblo, para ganar con él dejando que lo vean. ¡Ea, señor don Quijote, duélase de sí mismo y vuélvase al gremio de los juiciosos, y sepa usar del mucho buen juicio que el cielo tuvo a bien darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en provecho de su conciencia y en aumento de su honra! Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla: la lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los más altos ingenios que los lean. Esta sí será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quijote mío, y de ella saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía, y todo esto, para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, de donde, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.

Atentísimamente estuvo don Quijote escuchando las palabras del canónigo, y cuando vio que ya había puesto fin a ellas, después de haberlo estado mirando un buen rato, le dijo:

—Me parece, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores e inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y aun peor en imitarlos, poniéndome a seguir la durísima profesión de la caballería andante que ellos enseñan, y me niega que haya habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de

Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es al pie de la letra como vuestra merced lo va relatando —dijo el canónigo.

—Añadió también vuestra merced que me habían hecho mucho daño esos libros, pues me habían volteado el juicio y puesto en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de lectura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es.

—¡Pues a mí me parece que el sinjuicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto a decir tantas blasfemias contra una cosa tan admitida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecería la misma pena que vuestra merced dice que da a los libros cuando los lee y le enfadan! Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no existió, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir de que el sol no alumbra, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta. Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir a otro de que no fue verdad lo de la infanta Floripes y Guy de Borgoña, y lo de Fierabrás con el puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno, que voto a tal que es tanta verdad como que ahora es de día? Y si es mentira, también lo debe ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el rey Artús de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino en cualquier momento. Y también se atreverán a decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la búsqueda del Santo Grial, y que son apócrifos los amores de don Tristán y la reina Isolda, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto a la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y esto es tan así, que me acuerdo yo que me decía mi abuela, por parte de padre, cuando veía alguna dueña con tocas reverendas: «Aquella, nieto, se parece a la dueña Quintañona»; de donde deduzco yo que la debió de conocer ella, o por lo menos debió de alcanzar a ver algún retrato suyo. ¿Y quién podrá negar que no es verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona? Aún hoy día se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvía al caballo de madera sobre el que iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta. Y junto a la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán, del tamaño de una viga grande. De donde se infiere que hubo Doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides y otros caballeros semejantes,

de estos que dicen las gentes
que a sus aventuras van.

si no, díganme también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y combatió en la ciudad de Arrás al

famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres, y después en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Ravestán, saliendo de las dos empresas vencedor y lleno de honrosa fama. Y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada, de cuya alcurnia desciendo yo por línea directa de varón, venciendo a los hijos del conde de San Pol. Niéguenme asimismo que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde combatió a micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria; digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones y su Paso honroso o las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos, de estos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes a los hechos de su andante caballería, y así le respondió:

—No puedo yo negar, señor don Quijote, que no sea verdad algo de lo que ha dicho vuestra merced, especialmente en lo que toca a los caballeros andantes españoles, y asimismo quiero conceder que hubo Doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieran todas aquellas cosas que el arzobispo Turpín escribe de ellos, porque la verdad de ello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, a quienes llamaron pares por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía (por lo menos, si no lo eran, era razón que lo fuesen, y era como una orden de Santiago o de Calatrava de las que ahora se usan, que se supone que los que profesan en ellas serán o deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos). Y como ahora dicen caballero de San Juan o de Alcántara, decían en aquel tiempo caballero de los Doce Pares, porque fueron doce iguales los que se escogieron para esta orden militar. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija del conde Pierres que dice vuestra merced, y que está junto a la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante o tan corto de vista que, aunque he visto la silla, no me fijé en la clavija, y más siendo tan grande como ha dicho vuestra merced.

—Pues allí está, sin duda alguna —replicó don Quijote—, y por más señas, dicen que está metida en una funda de cuero fino de ternera, para que no coja moho.

—Todo puede ser —respondió el canónigo—, pero por las sagradas órdenes que recibí que no me acuerdo haberla visto. Pero, aun concediendo que esté allí, no por eso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas cualidades y dotado de tan buen entendimiento, se persuada de que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L

DE LAS SESUDAS PORFÍAS QUE DON QUIJOTE Y EL CANÓNIGO TUVIERON, Y OTROS SUCESOS

—¡Esta sí que es buena! —respondió don Quijote—. Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quienes se remitieron, y que son leídos y celebrados con gusto general por grandes y chicos, pobres y ricos, letrados e ignorantes, plebeyos y caballeros, en fin, por todo género de personas de cualquier estado y condición, ¿iban a ser mentira? Y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el pueblo y las hazañas, punto por punto y día por día, que hicieron tales o cuales caballeros. Calle vuestra merced, no diga esa blasfemia, y créame que le aconsejo en esto lo que debe hacer como entendido, y léalos y verá el gusto que recibe de su lectura. Si no, dígame: ¿hay mayor contento que imaginarnos, como si dijésemos, aquí y ahora, delante de nosotros, un gran lago de pez hirviendo a borbollones? Andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantosos, y del medio del lago sale una voz tristísima que dice: «Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que se encubre debajo de estas negras aguas, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete hadas que yacen debajo de esta negrura».

»Entonces el caballero, apenas ha acabado de oír la voz pavorosa, y sin pensárselo dos veces ni ponerse a considerar el peligro a que se expone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose a Dios y a su señora, se arroja al bullente lago, y sin saber a dónde irá a parar, y cuando menos se percata, se halla en medio de unos floridos campos, que no tienen nada que envidiar a los Elíseos. Allí le parece que el cielo es más transparente y que el sol luce con claridad más nueva. Se le ofrece a los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que van cruzando por las intrincadas ramas. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que parecen líquidos cristales, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que semejan oro fino y puras perlas; allá ve una primorosa fuente multicolor de jaspe

irisado y de liso mármol; acá ve otra adornada a lo grutesco, donde las menudas conchas de las almejas y las curvadas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenado, junto a pedazos de cristal luciente y esmeraldas bisuteras mezclados entre ellas, hacen una variada labor, de manera que el arte, imitando a la naturaleza, parece allí que la vence. Y de pronto allí se le descubre un alto castillo o visto su alcázar, cuyas murallas son de oro macizo, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos, en fin, él es de tan admirable compostura, que, aun siendo la materia de que está formado nada menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, su hechura es de más estimación.

»¿Y hay algo más admirable, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo a un buen número de doncellas (cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora a decirlos como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar), y después a la que parece principal de todas tomar de la mano al atrevido caballero que se había arrojado al hirviente lago, y llevarlo, sin hablar palabra, al rico alcázar o castillo, y hacerlo desnudar como su madre lo parió, y bañarlo con templadas aguas, y luego untarlo todo con olorosos ungüentos y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manto sobre los hombros, que, como muy poco, dicen que puede valer una ciudad, y aún más? ¿Y cuando nos cuentan que tras todo esto lo llevan a otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? O cuando le echan en sus manos agua, destilada toda de ámbar y de olorosas flores; o cuando le hacen sentar en una silla de marfil; o cuando vemos cómo le sirven todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio, o le traen tanta variedad de manjares, tan sabrosamente aderezados, que no sabe el apetito a cuál deba alargar la mano. Y cómo será oír la música que mientras come suena sin saberse quién la canta ni adónde suena, o después de acabada la comida y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es su costumbre, entrar de pronto por la puerta de la sala otra doncella mucho más hermosa que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar a darle cuenta de qué castillo es aquel y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran a los lectores que van leyendo su historia…

»No quiero alargarme más en esto, pues de ello se puede colegir que cualquier parte que se lea de cualquier historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la lea. Y vuestra merced créame y, como antes le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tenga y le mejoran su estado, si acaso lo tiene malo. De mí sé decir que desde que soy caballero andante soy valiente, comedido, desprendido, educado, generoso, cortés, atrevido, dócil, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantamientos; y aunque hace tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no siéndome contraria la fortuna, verme en pocos días rey de algún reino, donde pueda mostrar el agradecimiento y generosidad que encierra mi

pecho. Que a fe mía, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de la generosidad con nadie, aunque la posea en sumo grado, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la fortuna me ofreciese pronto alguna ocasión donde me hiciese emperador, para mostrar mi pecho haciendo el bien a mis amigos, especialmente al pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría yo darle un condado que hace muchos días le tengo prometido, aunque me temo que no va a tener habilidad para gobernar su estado».

Apenas oyó estas últimas palabras Sancho a su amo, le dijo:

—Trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme ese condado tan prometido por vuestra merced como esperado por mí, que yo le prometo que no me faltará a mí habilidad para gobernarlo; y si me falta, yo he oído decir que hay hombres que arriendan los estados de los señores y les dan un tanto cada año, y ellos se ocupan del gobierno, y el señor se está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin preocuparse de otra cosa: y así haré yo, y no me andaré con regateos, sino que me desinteresaré inmediatamente de todo y gozaré mi renta como un duque, y allá se las apañen.

—Eso, hermano Sancho, se entiende en cuanto a gozar la renta —dijo el canónigo—; pero de administrar justicia ha de ocuparse el señor del estado, y aquí entra la habilidad y el criterio, y principalmente la buena intención de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los finales; y así, suele Dios ayudar al buen deseo del simple como desfavorecer el malo del intrigante.

—No sé esas filosofías —respondió Sancho Panza—, solo sé que en cuanto tuviese yo el condado sabría regirlo, que tanta alma tengo yo como otro y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto, y haciendo mi gusto, estaría contento, y estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, se acabó. Y venga el estado, y adiós y hasta más ver, que dijo un ciego a otro.

—No son malas esas, como tú dices, filosofías —dijo el canónigo—, pero, con todo, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

—Yo no sé qué más hay que decir —replicó don Quijote—: solo me guío por el ejemplo que me da el gran Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la Ínsula Firme; y así, puedo yo hacer conde sin escrúpulo de conciencia a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que haya tenido caballero andante.

Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates que había dicho don Quijote, del modo con que había pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído, y, en fin, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahínco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido.

Ya en esto volvían los criados del canónigo que habían ido a la venta a por la

acémila de las provisiones, y haciendo mesa de una alfombra y de la verde hierba del prado, se sentaron a la sombra de unos árboles, y comieron allí, para que el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho.

Y estando comiendo, oyeron de pronto un recio estruendo y un son de esquila que sonaba por entre unas zarzas y espesas matas que estaban allí al lado, y al instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo. Tras ella venía un cabrero dándole voces y diciéndole palabras a su manera, para que se detuviese o volviese al rebaño. La cabra fugitiva, temerosa y despavorida, se vino a la gente, como a buscar refugio en ella, y allí se detuvo. Llegó el cabrero y asiéndola por los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo:

—¡Ah cerril, cerril, Manchada, Manchada, hay que ver lo atravesada que andáis últimamente! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? ¡Pero qué puede ser sino que sois hembra y no podéis estar sosegada, que mal haya vuestra condición y la de todas aquellas a las que imitáis! Volved, volved, amiga, que, si no tan contenta, por lo menos estaréis más segura en vuestro aprisco o con vuestras compañeras; que si vos, que las tenéis que guiar y encaminar, andáis tan sin guía y tan descaminada, ¿a dónde irán a parar ellas?

Contento dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo:

—Por vuestra vida, hermano, que os soseguéis un poco y no tengáis prisa en devolver tan pronto esa cabra a su rebaño, que si ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural instinto, por más que vos os pongáis a estorbarlo. Tomad este bocado y echad un trago para templar la cólera, y entre tanto descansará la cabra.

Y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre todo fue uno. Lo tomó y lo agradeció el cabrero; bebió y se sosegó, y luego dijo:

—No querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan en serio me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Soy rústico, pero no tanto que no sepa cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

—Eso creo yo muy bien —dijo el cura—, que yo ya sé por experiencia que los montes crían letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

—Por lo menos, señor, acogen a hombres escarmentados —replicó el cabrero—. Y para que creáis esta verdad y la toquéis con la mano, aunque parezca que me convido sin que me lo pidan, si no os cansáis con ello y queréis, señores, prestarme atención un momento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor —señalando al cura— ha dicho, y la mía.

—Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería —dijo don Quijote—, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de sensatos y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda

pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharemos.

—Yo estoy servido —dijo Sancho—, y me voy a aquel arroyo con esta empanada, donde pienso hartarme para tres días; porque he oído decir a mi señor don Quijote que el escudero de caballero andante tiene que comer cuando se le ofrezca, hasta no poder más, porque puede que entren en una selva tan intrincada que no acierten a salir de ella en seis días, y si el hombre no va saciado, o bien provistas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.

—Tú estás en lo cierto, Sancho —dijo don Quijote—. Vete adonde quieras y come lo que puedas, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refrigerio, como se lo daré escuchando el cuento de este buen hombre.

—Así lo daremos todos a las nuestras —dijo el canónigo.

Y rogó entonces al cabrero que diese principio a lo que había prometido. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra, que tenía por los cuernos, diciéndole:

—Échate junto a mí, Manchada, que tiempo nos queda para volver a nuestro aprisco.

Parece que lo entendió la cabra, porque nada más sentarse el cabrero, se tendió ella junto a él con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba a entender que estaba atenta a lo que iba a decir su dueño. Y él comenzó su historia de esta manera:

CAPÍTULO LI

QUE TRATA DE LO QUE CONTÓ EL CABRERO A TODOS LOS QUE LLEVABAN AL VALIENTE DON QUIJOTE

A tres leguas de este valle está una aldea que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, y en ella había un labrador muy honrado, y tanto, que, si bien es anejo al ser rico el ser honrado, lo era él más por la virtud que tenía que por la riqueza que alcanzaba. Pero lo que le hacía más dichoso, según decía él, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba se admiraba de ver las extremadas cualidades con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido.

Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y a la edad de dieciséis años fue hermosísima. La fama de su belleza se comenzó a extender por todas las aldeas vecinas… Pero qué digo por las vecinas, si se extendió a las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oídos de todo género de gente, que venían a verla de todas partes como a cosa rara o como a imagen de milagros. La guardaba su padre y se guardaba ella, que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella que las del recato propio.

La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron a muchos, tanto del pueblo como forasteros, a pedírsela por mujer; pero él, como a quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber decidirse a quién de los infinitos que le importunaban la entregaría. Y yo fui uno de los muchos que tenían tan buen deseo, y me dio muchas y grandes esperanzas de buen suceso saber que el padre sabía quién era yo: natural del mismo pueblo, limpio de sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos pulido.

Con todas estas mismas cualidades la pidió también otro del mismo pueblo, lo que fue causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, a quien parecía que su hija estaba bien casada con cualquiera de nosotros; y por salir de esta confusión, decidió decírselo a Leandra (que así se llama la rica que me ha puesto en esta miseria), al advertir que, pues los dos éramos iguales, estaba bien dejar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto: cosa digna de imitar por todos los padres que quieren casar a sus hijos, y no digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan a su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra, solo sé que el padre nos entretuvo a los dos con

la poca edad de su hija y con palabras vagas que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco.

Se llama mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, para que sepáis los nombres de las personas que aparecen en esta tragedia, cuyo final aún está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desdichado.

Vino por entonces a nuestro pueblo un tal Vicente de la Roca, hijo de un labrador pobre del mismo pueblo, que venía de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado. Lo llevó de nuestro pueblo, siendo muchacho de unos doce años, un capitán que acertó a pasar por allí con su compañía, y volvió el mozo de allí a otros doce vestido a la soldadesca, adornado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra, pero todas sutiles, falsas, de poco peso y menos estima.

La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y si el ocio le da ocasión es la misma malicia, lo notó, y contó una a una sus galas y joyas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias, pero él hacía tantos arreglos y combinaciones con ellos, que si no se los hubieran contado habría quien jurara que había paseado más de diez pares de vestidos y más de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia y demasía esto que voy contando de los vestidos, porque ellos tienen un papel importante en esta historia.

Se sentaba en un poyo que está en nuestra plaza debajo de un gran álamo, y allí nos tenía a todos con la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no hubiese estado; había matado más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, según decía él, que Juan de Urbina, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos había salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se distinguían bien, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes choques y hechos de guerra. En fin, con una no vista arrogancia llamaba de vos a sus iguales y a los mismos que lo conocían, y decía que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, por ser soldado, ni al mismo rey debía nada. Se le añadió a estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra a lo rasgueado de tal manera, que decían algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que también la tenía de poeta, y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo componía un romance de legua y media de escritura.

Este soldado, pues, que aquí he pintado, este tal Vicente de la Roca, este bravo, este galán, este músico, este poeta, fue visto y mirado muchas veces por Leandra desde una ventana de su casa que tenía la vista a la plaza. La enamoró el oropel de sus trajes vistosos; le encantaron sus romances, que de cada uno hacía ella veinte copias; llegaron a sus oídos las hazañas que había referido de sí mismo; y al final, que el diablo así lo debía de tener ordenado, ella se vino a enamorar de él, antes que en él naciese pretensión de solicitarla; y como en los casos de amor no hay ninguno que se

cumpla con más facilidad que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y antes que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ella ya lo tenía cumplido, tras dejar la casa de su querido y amado padre, que madre no tiene, y ausentarse de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo de esta empresa que de todas las muchas que él se atribuía.

Asombró el suceso a toda la aldea, y aun a todos los que tuvieron noticia de él. Yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, prevenida la justicia, los cuadrilleros listos; se tomaron los caminos, se escudriñaron los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron a la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, medio desnuda, y sin los muchos dineros y preciosísimas joyas que había sacado de su casa.

La devolvieron a la presencia del lastimado padre, le preguntaron su desgracia: confesó por su propia voluntad que Vicente de la Roca la había engañado, y bajo palabra de ser su esposo la persuadió para que dejase la casa de su padre, que él la llevaría a la ciudad más rica y fastuosa que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creído y, tras robar a su padre, se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó a un áspero monte y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó también cómo el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenía y la dejó en aquella cueva y se fue, suceso que de nuevo dejó asombra dos a todos. Duro se nos hizo creer la continencia del mozo, pero ella lo afirmó con tantas veras, que sirvieron en parte para que se consolase el desconsolado padre, no importándole las riquezas que se habían llevado, pues le habían dejado a su hija con la joya que si una vez se pierde no deja esperanza de que se recobre jamás.

El mismo día que apareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos y la llevó a encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinión en que se puso su hija. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, por lo menos con aquellos a los que daba lo mismo que ella fuese mala o buena; pero los que conocían su discreción y mucho entendimiento no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desenvoltura y a la natural inclinación de las mujeres, que en la mayoría suele ser desatinada y mal compuesta.

Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, por lo menos sin tener cosa que mirar que le diese contento; los míos, en tinieblas, sin luz que los encaminase a ninguna cosa de gusto. Con la ausencia de Leandra crecía nuestra tristeza, se apocaba nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado y abominábamos del descuido del padre de Leandra. Al final, Anselmo y yo nos pusimos de acuerdo en dejar la aldea y venirnos a este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias y yo un numeroso rebaño de cabras, también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando cauce a nuestros

padecimientos, o cantando juntos alabanzas o vituperios a la hermosa Leandra, o suspirando solos, y a solas conversando con el cielo de nuestras querellas.

A imitación nuestra, otros muchos pretendientes de Leandra se han venido a estos ásperos montes, usando el mismo oficio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, voluble y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la juzga y condena; uno celebra su hermosura, otro reniega de su condición, y, en fin, todos la critican y todos la adoran, y en todos se extiende ya tanto la locura, que hay quien se queja de desdén sin haberle hablado jamás, y aun quien se lamenta y siente la rabiosa enfermedad de los celos (que ella jamás dio a nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo). No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada por algún pastor que cuenta sus desventuras a los aires; el eco repite el nombre de Leandra dondequiera que pueda formarse: «Leandra» resuenan los montes, «Leandra» murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos.

Entre estos disparatados, el que muestra que menos y más juicio tiene es mi competidor Anselmo, quien, teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia; y al son de un rabel que toca admirablemente, con versos donde muestra su buen entendimiento, se queja cantando. Yo sigo otro camino más fácil, y a mi parecer el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su lealtad rota y, en fin, del poco juicio que tienen en saber colocar los pensamientos e intenciones que tienen. Y esta fue la causa, señores, de las palabras y expresiones que dije a esta cabra cuando llegué aquí, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi aprisco. Esta es la historia que prometí contaros. Si he sido prolijo en contarla, no seré corto en serviros: cerca de aquí tengo mi majada y en ella tengo leche fresca y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos agradables al gusto que a la vista.

CAPÍTULO LII

DE LA PENDENCIA QUE DON QUIJOTE TUVO CON EL CABRERO, Y DE LA RARA AVENTURA DE LOS DISCIPLINANTES, A LA QUE DIO FELIZ FINAL A COSTA DE SU SUDOR

General gusto causó el cuento del cabrero a todos los que le habían escuchado; especialmente lo recibió el canónigo, que con extremo celo hizo notar la manera en que lo había contado, tan lejos de parecer un rústico cabrero como cerca de mostrarse un cumplido cortesano, y así, dijo que el cura había dicho muy bien al decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que se mostró más generoso en esto fue don Quijote, que le dijo:

—Por cierto, hermano cabrero, que si yo me encontrara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, me pondría inmediatamente en camino para que vos la tuvierais buena, y sacaría del monasterio a Leandra (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad), a pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pondría en vuestras manos, para que hicierais con ella a vuestra sola voluntad y talante, guardando, eso sí, las leyes de la caballería, que mandan que a ninguna doncella le sea hecho desaguisado alguno. Pero yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado; y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra que favorecer a los desvalidos y menesterosos.

Le miró el cabrero, y como vio a don Quijote de tan mal pelaje y catadura, se admiró y preguntó al barbero, que tenía cerca de sí:

—Señor, ¿quién es este hombre con ese aspecto y hablando de esa manera?

—Quién va a ser —respondió el barbero— sino el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de entuertos, el amparo de las doncellas, el espanto de los gigantes y el vencedor de las batallas.

—Eso me recuerda a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que dice de este hombre vuestra merced, así que tengo para mí que, o vuestra merced se burla, o este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

—¡Sois un grandísimo bellaco —dijo entonces don Quijote—, y vos sois el vacío

y el menguado, que yo estoy más lleno que lo estuvo jamás la muy puta hijaputa que os parió!

Y, dicho y hecho, agarró un pan que tenía cerca y le dio con él al cabrero en toda la cara, con tanta furia, que le remachó las narices; pero el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuántas veras lo maltrataban, sin tener respeto a la alfombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que estaban comiendo, saltó sobre don Quijote, y asiéndolo por el cuello con las dos manos, lo habría ahogado sin duda, si Sancho Panza no llega en aquel punto a agarrarlo por la espalda, dando con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas y derramando y esparciendo cuanto estaba en ella. Don Quijote, que se vio libre, corrió a subirse sobre el cabrero, quien, lleno de sangre el rostro, molido a coces de Sancho, andaba buscando a gatas un cuchillo de la mesa para hacer alguna venganza sanguinolenta, pero se lo estorbaban el canónigo y el cura; y el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí a don Quijote, sobre el cual llovió tal número de guantazos, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo.

Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, se azuzaban los unos a los otros, como hacen a los perros cuando están trabados en una pendencia; solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podía desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba para que no ayudase a su amo.

En fin, estando todos en regocijo y fiesta, salvo los dos aporreantes que se tundían, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que les hizo volver los rostros hacia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oírlo fue don Quijote, quien, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad y más que medianamente molido, le dijo:

—Hermano demonio, que no es posible que no lo seas, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mías, te ruego que hagamos tregua, no más una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que llega a nuestros oídos me parece que me llama a alguna nueva aventura.

El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó entonces, y don Quijote se puso en pie, volviendo también el rostro adonde el son se oía, y vio de pronto que bajaban por un recuesto muchos hombres vestidos de blanco, a modo de disciplinantes.

Era el caso que aquel año las nubes habían negado su rocío a la tierra, y por todos los pueblos de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y penitencias, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que estaba allí al lado venía en procesión a una devota ermita que había en un recuesto de aquel valle.

Don Quijote, que vio los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los debía de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura y que el acometerla le tocaba a él solo, como a caballero andante. Y le confirmó más esta imaginación el pensar que una imagen que traían cubierta de luto

fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines; y en cuanto esto le cayó en las mientes, se fue con gran ligereza a Rocinante, que andaba paciendo, quitándole del arzón el freno y el escudo, y en un momento lo enfrenó, y pidiendo a Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su escudo y dijo en voz alta a todos los que estaban presentes:

—¡Ahora, valerosa compañía, veréis cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la caballería andante! ¡Ahora digo que veréis, en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes!

Y diciendo esto apretó los muslos a Rocinante, porque espuelas no tenía, y solo a galope corto (porque un galope tendido no se lee en toda esta verdadera historia que Rocinante lo hubiese dado jamás) se fue a encontrar con los disciplinantes, a pesar de que el cura y el canónigo y barbero fueron a detenerlo; pero no les fue posible, ni menos lo detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo:

—¡A dónde va, señor don Quijote! ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan a ir contra nuestra fe católica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesión de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla. ¡Mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que parece!

Se fatigó en vano Sancho, porque su amo iba tan resuelto a llegar a los ensabanados y a librar a la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la hubiera oído, no hubiese vuelto, ni aunque el rey se lo mandara. Llegó, pues, a la procesión y paró a Rocinante, que ya llevaba deseo de aquietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo:

—Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.

Los primeros que se detuvieron fueron los que llevaban la imagen; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió diciendo:

—Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo pronto, porque estos hermanos se van abriendo las carnes, y no podemos ni es razón que nos detengamos a oír cosa alguna, a menos que sea tan breve que se diga en dos palabras.

—En una lo diré —replicó don Quijote—, y es esta: que de inmediato dejéis libre a esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras de que la lleváis contra su voluntad y que algún notorio desaguisado le habéis fecho. Y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que dé un paso más sin darle la deseada libertad que merece.

Con estas palabras, todos los que las oyeron cayeron en la cuenta de que don Quijote debía de ser algún loco, y se echaron a reír de muy buena gana con risa que fue poner pólvora a la cólera de don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando

la espada, arremetió a las andas. Uno de los que las llevaban, dejando la carga a sus compañeros, salió al encuentro de don Quijote, enarbolando una horquilla o bastón con que sustentaba las andas mientras descansaba. Después de recibir en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, que se la partió en dos, con el trozo que le quedó en la mano dio tal golpe a don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada —que no pudo cubrir el escudo contra villana fuerza—, que el pobre don Quijote cayó al suelo muy malparado.

Sancho Panza, que jadeando trataba de alcanzarlo, viéndolo caído, dio voces a su moledor para que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal a nadie en todos los días de su vida. Pero lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quijote no bullía pie ni mano, y así, creyendo que lo había muerto, se alzó deprisa la túnica hasta la cintura y dio en huir por la campiña como un gamo.

Ya en esto habían llegado todos los de la compañía de don Quijote adonde él estaba; pero los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos a los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso y se hicieron todos un remolino alrededor de la imagen, y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinación de defenderse, y aun atacar a sus acometedores, si podían. Pero la fortuna lo hizo mejor de lo que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, derramando sobre él el más doloroso y gracioso llanto del mundo, creyendo que estaba muerto.

El cura fue reconocido por otro cura que venía en la procesión, y ese conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dio cuenta al segundo, en dos palabras, de quién era don Quijote, y tanto él como toda la turba de los disciplinantes fueron a ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía:

—¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, que, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados por sus malas fechorías! ¡Oh generoso sobre todos los Alejandros, pues solo por ocho meses de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que se puede decir!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primera palabra que dijo fue:

—El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, está sujeto a mayores miserias que estas. Ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado, que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho

pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, y volvamos a mi aldea en compañía de estos señores que desean su bien, y allí prepararemos otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho —respondió don Quijote—, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre.

El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía; y así, habiendo recibido gran gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron a don Quijote en el carro, como venía antes. La procesión volvió a ordenarse y a proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron seguir adelante, y el cura les pagó lo que se les debía; el canónigo pidió al cura le diese noticia del final de don Quijote, si sanaba de su locura o si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se separaron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que llevaba todo lo visto con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó a don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que quiso el cura, y al cabo de seis días llegaron a la aldea de don Quijote, donde entraron al mediodía, que acertó a ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote.

Acudieron todos a ver lo que venía en el carro, y cuando conocieron a su paisano, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo a dar las nuevas al ama y a la sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes.

Cosa de lástima fue oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron en señal de duelo, las maldiciones que de nuevo echaron a los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar a don Quijote por la puerta.

A las nuevas de la llegada de don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya sabía que se había ido con él sirviéndole de escudero, y en cuanto vio a Sancho, lo primero que le preguntó fue si venía bueno el asno. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—¡Gracias sean dadas a Dios —replicó ella—, que tanto bien me ha hecho! Pero contadme ahora, amigo, qué habéis sacado de bueno de vuestras escuderías. ¿Qué saboyana me traéis a mí? ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?

—No traigo nada de eso, mujer, aunque traigo otras cosas de mayor importancia y consideración.

—De eso recibo yo mucho gusto. Mostradme esas cosas de más consideración y más importancia, amigo mío, que las quiero ver, para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer, y por ahora estad contenta, que teniendo Dios a

bien que salgamos otra vez de viaje a buscar aventuras, vos me veréis muy pronto conde, o gobernador de una ínsula, y no de las corrientes, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mío, que bien tenemos menester de ello. Pero decidme qué es eso de ínsulas, que no lo entiendo.

—No es la miel para la boca del asno —respondió Sancho—; a su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría por todos tus vasallos.

—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? —dijo Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque en la Mancha es costumbre que las mujeres tomen el apellido de sus maridos.

—No te acucies, Juana, por saberlo todo tan deprisa: basta que te digo la verdad, y cose la boca. Solo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que la mayoría que se hallan no salen tan a gusto como uno querría, porque de ciento que se encuentran, noventa y nueve suelen salir malas y torcidas. Lo sé yo por experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero, con todo, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando bosques, pisando peñas, visitando castillos, alojándose en ventas a discreción, sin pagar un maldito maravedí…

Todas estas pláticas tuvieron lugar entre Sancho Panza y Juana Panza, su mujer.

Entretanto, el ama y sobrina de don Quijote lo recibían y lo desnudaban y lo tendían en su antiguo lecho. Las miraba él con ojos atravesados y no acababa de entender dónde estaba. El cura encargó a la sobrina que se esmerara en cuidar mucho a su tío y que estuviesen alerta de que no se les escapase otra vez, teniendo en cuenta lo que había sido menester para traerlo a su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo; allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fue como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor de esta historia, aunque con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, al menos como escritos acreditados: solo la fama ha guardado, en la memoria de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde asistió a unas famosas justas que se hicieron en aquella ciudad, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la habría alcanzado ni sabido si la buena suerte no le hubiese deparado un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que, según dijo él, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se estaba reconstruyendo; caja donde se habían hallado unos pergaminos escritos en gótica mayúscula, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban

noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres.

Y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor de esta nueva y jamás vista historia. Autor que no pide a los que la lean, en premio del inmenso trabajo que le costó pesquisar y buscar todos los archivos manchegos por sacarla a luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los avisados a los libros de caballerías, que tan apreciados andan por el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará a sacar y buscar otras historias, si no tan verdaderas, al menos de tanta invención y pasatiempo.

Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMASILLA, PUEBLO DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, «HOC SCRIPSERUNT». (ESTO ESCRIBIERON)

EPITAFIO DEL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

El calvorota que adornó a la Mancha
de más despojos que Jasón decreta;
el juicio que tuvo la veleta
aguda donde fuera mejor ancha;
el brazo que su fuerza tanto ensancha,
que llegó del Catay hasta Gaeta;
la musa más horrenda y más discreta
que grabó versos en broncínea plancha;
el que a cola dejó los Amadises,
y en muy poquito a Galaores tuvo,
estribando en su amor y bizarría;
el que hizo callar los Belianises,
aquel que en Rocinante errando anduvo,
yace debajo de esta losa fría.

SONETO DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, «IN LAUDEM DULCINEAE DEL TOBOSO». («EN ALABANZA DE DULCINEA»).

Esta que veis de rostro amondongado,
alta de pechos y ademán brioso,
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fue el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra Negra, y el famoso
campo de Montiel, hasta el herboso
llano de Aranjuez, a pie y cansado.

Culpa de Rocinante, ¡oh dura estrella!,
que esta manchega dama, y este invicto
andante caballero, en tiernos años,
ella dejó, muriendo, de ser bella,
y él, aunque queda en mármoles escrito,
no pudo huir de amor, iras y engaños.

SONETO DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

En el soberbio trono diamantino
que con sangrientas plantas huella Marte,
frenético, el Manchego su estandarte
tremola con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas y el acero fino
con que destroza, asuela, raja y parte…
¡Nuevas proezas!, pero inventa el arte
un nuevo estilo al nuevo paladín.
Y si de su Amadís se precia Gaula,
por cuyos bravos descendientes Grecia
triunfó mil veces y su fama ensancha,
hoy a Quijote lo corona el aula
que Belona preside, y de él se precia,
más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
excede a Brilladoro y a Bayardo.

SONETO DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, A SANCHO PANZA

Es este Sancho Panza, en cuerpo chico,

pero grande en valor, ¡milagro extraño!,
escudero el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo, os juro y certifico.
Para ser conde le faltó un tantico,
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo, que aun no perdonan a un borrico.
Sobre él anduvo (con perdón se miente)
este manso escudero, tras el manso
caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente,
cómo pasáis con prometer descanso
y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

EPITAFIO DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Aquí yace el caballero,
bien molido y malandante,
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace también junto a él,
escudero el más fiel
que vio oficio de escudero.

EPITAFIO DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

Reposa aquí Dulcinea,
y, aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.

Fue de castiza ralea
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fue llama
y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer; los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron a un académico para que los descifrase por conjeturas. Se tiene noticia de que lo ha hecho, a costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intención de sacarlos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forse altro canterà con miglior plectro.
(«Quizá otro cantará con mejor plectro»).

FINIS

TASA

Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara del Rey nuestro Señor y miembro de su Consejo, certifico y doy fe de que, habiéndose visto por los señores de él un libro titulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, escrito por Miguel de Cervantes Saavedra, tasaron cada pliego del libro en tres maravedís y medio; al contarse ochenta y tres pliegos, el precio del libro en rústica, sin encuadernar, monta a doscientos noventa maravedís y medio; y dieron licencia para que se pueda vender a este precio, y mandaron que se ponga esta tasa al principio del libro, y que no se pueda vender sin ella. Y para que conste, lo certifico en Valladolid, a veinte días del mes de diciembre de 1604.

JUAN GALLO DE ANDRADA

FE DE ERRATAS

Este libro no contiene cosa digna de señalar que no corresponda a su original; como testimonio de haberlo corregido, doy fe. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, a 1 de diciembre de 1604.

FRANCISCO MURCIA DE LA LLANA

EL REY

Considerando que de parte de vos, Miguel de Cervantes, se nos expuso que habíais compuesto un libro titulado *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, que os había costado mucho trabajo y era muy útil y provechoso, y nos pedisteis y suplicasteis que mandásemos daros licencia y facultad para poderlo imprimir, y privilegio por el tiempo que tuviésemos a bien, o como nuestra merced lo tuviese; visto lo cual por los de nuestro Consejo, y considerando que en dicho libro se hicieron las diligencias que dispone la pragmática hecha últimamente por Nos acerca de la impresión de los libros, fue acordado que debíamos mandar daros esta nuestra cédula, en razón de ello, y a Nos nos pareció bien. Por ello, por haceros bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, o la persona que tenga vuestro poder, y ninguna otra, podáis imprimir el ya mencionado y titulado libro *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, en todos estos nuestros reinos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta cédula. So pena que la persona o personas que sin tener vuestro poder lo impriman o vendan, o lo hagan imprimir o vender, pierda por ello la impresión que haga, con los moldes y aparejos de ella, incurriendo cada vez que lo haga en una pena de cincuenta mil maravedís. De esta cantidad será la tercera parte para la persona que lo denuncie, y la otra tercera para nuestra Cámara, y la otra para el juez que haya de sentenciarlo. Siempre y cuando traigáis a nuestro Consejo cada vez que hayáis de hacer imprimir dicho libro y

durante esos diez años, junto con el original, rubricada cada plana y firmado al final de él por Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de Cámara, y por los que en él residen, para saber si dicha impresión está conforme al original; o traigáis un certificado oficial de que se vio y corrigió dicha impresión por un corrector nombrado por orden nuestra, quedando constancia de las erratas por él apuntadas, para cada ejemplar de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que haya de tener cada volumen. Mandamos asimismo al impresor que imprima de este modo el libro y no imprima el principio ni el primer pliego de él, ni entregue más de un solo ejemplar con el original al autor, o persona a cuya costa lo imprima, ni ningún otro, para dicha corrección y tasa, hasta que no esté corregido y tasado por los de nuestro Consejo; una vez hecho, y no de otra manera, puede imprimirse el principio y primer pliego, y poner después nuestra cédula y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y pragmáticas de estos nuestros reinos. Y mandamos a los de nuestro Consejo y a otros cualesquiera magistrados de ellos guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo que ella contiene. Hecha en Valladollid, a veintiséis días del mes de septiembre de 1604.

YO EL REY

Por orden del Rey nuestro Señor:

JUAN DE AMÉZQUETA

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(1615).

DEDICATORIA

AL CONDE DE LEMOS

Enviando a Vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, más impresas que representadas, le dije, si mal no me acuerdo, que don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir a besar las manos a Vuestra Excelencia; y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él llega allá, me parece que habré hecho algún servicio a Vuestra Excelencia, porque es mucha la prisa que de infinitas partes me dan a que lo envíe para quitar el mal sabor y la náusea que ha causado otro don Quijote que con el título de *Segunda parte* se ha disfrazado y corrido por el orbe. Y el que más ha mostrado desearlo ha sido el gran emperador de la China, pues hará un mes que me escribió en lengua chinesca una carta con un propio, pidiéndome, o mejor dicho suplicándome, se lo enviase, porque quería fundar un colegio donde se enseñase la lengua castellana, y quería que el libro que se enseñase fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser el rector de ese colegio. Le pregunté al portador si Su Majestad le había dado para mí algún viático para el camino. Me respondió que ni por pensamiento.

—Pues, hermano —le respondí yo—, vos os podéis volver a vuestra China en jornadas de diez, veinte o las leguas que hayáis apalabrado, porque yo no estoy con salud para ponerme en un viaje tan largo; además de estar enfermo, estoy muy sin dineros, y, emperador por emperador y monarca por monarca, en Nápoles tengo al gran conde de Lemos, que, sin tantos titulillos de colegios ni recto rías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear.

Con esto le despedí y con esto me despido, ofreciendo a Vuestra Excelencia *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro al que daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*, y que será o el más malo o el mejor que se haya escrito en nuestra lengua, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos llegará al extremo de bondad posible. Venga Vuestra Excelencia con la salud que es deseado, que ya estará *Persiles* para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de Vuestra Excelencia.

De Madrid, último de octubre de 1615.

Criado de Vuestra Excelencia,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PROLOGO AL LECTOR

¡Válgame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o acaso plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios al autor del «segundo *Don Quijote*»!, quiero decir, de ese apócrifo que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues la verdad es que no te voy a dar ese contento, que, aunque los agravios despiertan la cólera en los pechos más humildes, el mío es la excepción a esta regla. Tú querrías que lo tratara de asno, de mentecato y de atrevido, pero no se me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá él.

Lo que no he podido dejar de sentir es que me tache de viejo y de manco, como si hubiera estado en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o como si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en Lepanto, en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y presentes y esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas al menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado luce mejor muerto en la batalla que libre en la huida, y es esto en mí de tal manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, antes quisiera hallarme de nuevo en aquella batalla prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en el pecho son estrellas que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza. Y se ha de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, que suele mejorarse con los años.

He sentido también que me llame envidioso y que me explique como a ignorante qué es la envidia; que, en realidad, de las dos que existen, yo no conozco sino la santa, noble y bienintencionada. Y siendo esto así, como lo es, no tengo yo por qué atacar a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser servidor del Santo Oficio; y si lo dijo por quien parece que lo dijo, se engañó de medio a medio, pues de aquel tal adoro el ingenio, admiro las obras y su ocupación continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco a ese señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo podrían ser si no tuvieran de todo.

Me parece oírte decir, ilustre lector, que ando muy limitado y que me contengo mucho en los límites de mi modestia, pero tú sabes que no se ha de añadir aflicción al afligido, y la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa aparecer a campo abierto y a cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegas a conocerlo, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es meterle a un hombre en la cabeza que puede escribir e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros como fama; y para confirmación de esto, quiero que con tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento:

Había en Sevilla un loco que dio en el más gracioso disparate y manía que dio

loco en el mundo, y fue que hizo con una caña un canuto acabado en punta, y cogiendo algún perro en la calle, o en cualquier otra parte, con un pie le pisaba el suyo, y el otro se lo levantaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el canuto en la parte que, soplándole, lo ponía redondo como una pelota; y teniéndolo de esta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga y lo soltaba, diciendo a los circunstantes, que siempre eran muchos: «¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?». ¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?

Y si este cuento no le cuadra, le dirás, amigo lector, este, que también es de loco y de perro:

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre llevar encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol o un canto no muy liviano, y topando algún perro descuidado, se le ponía al lado y dejaba caer a plomo sobre él el peso. Se dolía el perro, y, dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros que descargó la carga, uno fue el perro de un bonetero, al que quería mucho su dueño. Soltó el canto, le dio en la cabeza, alzó el grito el molido perro, lo vio y lo oyó su amo, echó mano a una vara de medir y salió tras el loco y no le dejó hueso sano; y a cada palo que le daba decía: «Perro ladrón, ¿a mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?». Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, dejó al loco hecho trizas. Escarmentó el loco y se retiró, y en más de un mes no se le vio el pelo. Al cabo de ese tiempo volvió con su invención y con más carga; se llegaba adonde estaba un perro, y mirándolo fijamente, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, decía: «Este es podenco: ¡ojo!». En efecto, cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o ratoneros, decía que eran podencos, y así, no soltó más el canto. Quizá le pueda acontecer a este historiador algo parecido, que no se atreva a soltar más la presa de su ingenio en libros que, siendo malos, son más duros que las peñas.

Dile también que la amenaza que me hace de que con su libro me va a quitar la ganancia, me importa bien poco, y, aprovechándome del famoso entremés de *La perendenga*, le respondo que ¡viva el señor alcalde!, y aquí paz y después gloria.

Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y generosidad, bien conocida, me mantiene en pie contra todos los golpes de mi corta fortuna, y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, aunque no hubiera imprentas en el mundo, y se imprimieran contra mí más libros que letras tienen las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por su sola bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna me hubiera puesto por camino ordinario en su cumbre. La honra la puede tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede nublar la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea entre los inconvenientes y resquicios de la estrechez, será estimada por los altos y nobles espíritus, y, por

consiguiente, favorecida.

Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco está cortada por el mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy a don Quijote ampliado, y finalmente muerto y sepultado, para que ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados y basta también que un hombre honrado dé noticia de estas cuerdas locuras, sin querer proseguirlas más allá: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Se me olvidaba decirte que esperes el *Persiles*, que ya estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea*.

EL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO PRIMERO

DE LO QUE EL CURA Y EL BARBERO TRATARON CON DON QUIJOTE SOBRE SU ENFERMEDAD

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte de esta historia y tercera salida de don Quijote que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verlo, por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas, pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándoles que se preocupasen de atenderlo bien, dándole de comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, presumiblemente, toda su mala ventura. Y ellas dijeron que así lo hacían y lo harían con la voluntad y cuidado posibles, porque advertían que su señor iba dando muestras paulatinas de estar en su entero juicio. De ello recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberlo traído encantado en el carro de bueyes, como se contó en la primera parte de esta tan grande como verídica historia, en su último capítulo; y así, decidieron visitarlo y comprobar su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron no tocarle ningún punto de la caballería andante, por no exponerse al peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.

Lo visitaron, en fin, y lo hallaron sentado en la cama, con una camisola de bayeta verde y un gorro de dormir de colorado paño toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía hecho sino de carne momia. Fueron muy bien recibidos por él, le preguntaron por su salud y él dio cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras. Y en el transcurso de su plática vinieron a tratar de eso que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno o un Solón flamante, y arreglaron de tal manera la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra distinta de la que pusieron; y habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron sin duda ninguna que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Se hallaban presentes en la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso comprobar por completo si la salud de don Quijote era falsa o verdadera; y así, hablando de todo un

poco, vino a contar algunas nuevas que habían llegado de la corte, y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su propósito ni dónde iba a descargar tan gran nublado, y con este temor, con el que casi cada año se nos da la alarma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y Su Majestad había hecho preparativos en las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió don Quijote:

—Su Majestad se ha conducido como prudentísimo guerrero preparando sus estados con tiempo, para que el enemigo no lo halle desapercibido; pero si se tomara mi consejo, le aconsejaría yo que usara de una prevención de la cual Su Majestad, a día de hoy, debe estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el cura, se dijo: «¡Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad!».

Entonces el barbero, que ya había caído en el mismo pensamiento que el cura, preguntó a don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía estaría bien que se hiciese: quizá podría ser tal, que engrosase la lista de las muchas advertencias impertinentes que se suelen hacer a los príncipes.

—La mía, señor rapador —dijo don Quijote—, no será impertinente, sino pertinentísima.

—No lo digo por eso —replicó el barbero—, sino porque tiene mostrado la experiencia que la mayoría de arbitrios que se dan a Su Majestad o son imposibles o disparatados o en daño del rey o del reino.

—Pues el mío —respondió don Quijote— ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más factible y breve que puede caber en pensamiento de arbitrista alguno.

—Ya tarda en decirlo vuestra merced, señor don Quijote —dijo el cura.

—No querría decirlo yo aquí ahora y que amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí —dijo el barbero—, doy mi palabra, aquí y hasta el día del Juicio, de no decir lo que vuestra merced diga al rey ni a la torre, ni a hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del cura que en el introito de la misa avisó al rey del ladrón que le había robado cien doblas y su mula más andariega.

—No sé esa historia —dijo don Quijote—, pero sé que es bueno ese juramento, fiado de que sé que el señor barbero es hombre de bien.

—Y si no lo fuera —dijo el cura—, yo lo avalo y respondo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar en caso de demanda, pleito y costas.

—Y a vuestra merced, ¿quién lo fía, señor cura? —dijo don Quijote.

—Mi profesión —respondió el cura—, que es de guardar secretos.

—Pues ¡por Dios santo! —dijo a esta sazón don Quijote—, ¿hay algo mejor que Su Majestad mande por público pregón que se junten en la corte un día señalado

todos los caballeros andantes que vagan por España? Aunque no viniesen más que media docena, podría venir entre ellos alguno que se bastase él solo para destruir toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos y síganme el razonamiento. ¿Por ventura es cosa nueva que un solo caballero andante puede deshacer un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta o estuvieran hechos de alfeñique? Si no, díganme cuántas historias están llenas de estas maravillas. ¡Tenía que vivir hoy, en hora mala no solo para mí, y no quiero decir para otro, el famoso don Belianís, o alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula! Si alguno de estos viviera hoy y se enfrentara al Turco, desde luego que no le arrendaría la ganancia. Pero Dios mirará por su pueblo y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados caballeros andantes, al menos no les será inferior en el ánimo. Y Dios me entiende, y no digo más.

—¡Ay —dijo en este punto la sobrina—, que me maten si no quiere mi señor volver a ser caballero andante!

—Caballero andante he de morir —dijo a esto don Quijote—, y baje o suba el Turco cuando él quiera y todo lo poderosamente que pueda, que otra vez digo que Dios me entiende.

—Suplico a vuestras mercedes —dijo entonces el barbero— que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que, por venir aquí como de molde, me gustaría contarlo.

Dio la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó de esta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falto de juicio. Era graduado en cánones por Osuna, pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no habría dejado de estar loco.

»Este tal graduado, al cabo de algunos años de internamiento, dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones lo mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios ya había recobrado el juicio perdido, pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, lo tenían allí, y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido por muchas misivas concertadas y sensatas, mandó a un capellán suyo se informase del rector de la casa si era verdad lo que le escribía aquel licenciado, y que asimismo hablase con el loco, y que si le parecía que tenía juicio, lo sacase y pusiese en libertad.

»Lo hizo así el capellán, y el rector le dijo que aquel hombre aún estaba loco, que aunque hablaba muchas veces como persona de gran entendimiento, al poco disparataba con tantas necedades, que por muchas y por grandes igualaban a sus primeras juiciosas discreciones, como se podía comprobar hablándole.

»Quiso comprobarlo el capellán, y, poniéndole con el loco, habló con él una hora

o más, y en todo aquel tiempo jamás dijo el loco razón torcida ni disparatada, sino que habló con tanto tino, que el capellán no tuvo más remedio que creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el rector le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían para que dijese que, a pesar de sus lúcidos intervalos, aún estaba loco; y que el mayor inconveniente que tenía en su desgracia era su mucha hacienda, pues por gozar de ella sus enemigos mentían a sabiendas y dudaban de la merced que Nuestro Señor le había hecho al volverlo de bestia en hombre. En fin, él habló de manera que hizo sospechoso al rector, codiciosos y desalmados a sus parientes, y a él tan sensato, que el capellán decidió llevárselo consigo para que el arzobispo lo viese y comprobase personalmente la verdad de aquel negocio.

»Con esta buena fe, el buen capellán pidió al rector mandase dar los vestidos con que había entrado el licenciado allí. Volvió a decir el rector que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aún estaba loco. No sirvieron de nada con el capellán las prevenciones y advertencias del rector para que desistiese de llevarlo. Obedeció el rector, viendo que era una orden del arzobispo; pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y en cuanto él se vio vestido de cuerdo y desnudo de la ropa de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él lo quería acompañar y ver los locos que había en la casa.

»Subieron, en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado a una jaula donde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: “Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy a mi casa, que ya Dios ha tenido a bien, por su infinita bondad y misericordia, sin merecerlo yo, devolverme mi juicio: ya estoy sano y cuerdo, que para el poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga gran esperanza y confianza en Él, que pues a mí me ha vuelto a mi primer estado, también le volverá a él, si en Él confía. Yo me ocuparé de enviarle algunos regalos para que coma, y no deje de comerlos, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire. Esfuércese, esfuércese, que la debilidad en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte”.

»Todas estas razones del licenciado las escuchó otro loco que estaba en otra jaula, enfrente de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y medio desnudo, preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: “Soy yo, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los cielos, que tan gran merced me han hecho”. “Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo —replicó el loco—; sosegad el pie y estaos quedito en esta vuestra casa, y ahorraréis la vuelta”. «Yo sé que estoy bueno —replicó el licenciado—, y nadie tendrá por qué volver a las andadas». «¿Vos bueno? —dijo el loco—. Ya se verá, y andad con Dios. Pero yo os juro por Júpiter, cuya majestad represento en la tierra, que solo por este pecado que

hoy comete Sevilla sacándoos de esta casa y teniéndoos por cuerdo, va a hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de él por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero solo con una cosa quiero castigar a este pueblo ignorante, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres años enteros, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? ¡Así pienso llover como pensar ahorcarme!».

»A las voces y a las explicaciones del loco estuvieron atentos los circunstantes, pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo: “No tenga pena vuestra merced, señor mío, ni haga caso de lo que ha dicho ese loco, que si él es Júpiter y no quiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antoje y fuere menester”. A lo que respondió el capellán: “Pese a todo, señor Neptuno, no estaría bien enojar al señor Júpiter: vuestra merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más tiempo, volveremos por vuestra merced”.

»Se rio el rector y los presentes, risa que dejó algo en ridículo al capellán. Desvistieron al licenciado, se quedó en la casa, y se acabó el cuento».

—¿Este era el cuento, señor barbero, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarlo? —dijo don Quijote—. ¡Ah señor rapista, señor rapista, y qué ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuestra merced no sepa que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni pretendo que nadie me tenga por sensato no siéndolo: solo me fatigo por dar a entender al mundo el error en que está por no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería. Pero no es merecedora la depravada época nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las épocas donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. A la mayoría de los caballeros que ahora se llevan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas con las que se visten, que la malla con que se arman. Ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de los pies a la cabeza con todas las armas, ni quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, procure siquiera, como dicen, descabezar un sueño, como lo hacían los andantes caballeros. Ya no hay ninguno que saliendo de este bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, casi siempre proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla una pequeña barca sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, se meta en ella con intrépido corazón, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya lo suben al cielo y ya lo

bajan al abismo, y él, puesto el pecho a la indómita borrasca, cuando menos se percata, se halla a tres mil y más leguas del lugar donde se embarcó, y saltando a tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. Pero ahora ya triunfa la pereza sobre la diligencia, la ociosidad sobre el trabajo, el vicio sobre la virtud, la arrogancia sobre la valentía y la teoría sobre la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los caballeros andantes. Si no, díganme: ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién mejor avenido y mandado que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado y acuchillador que don Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán? ¿Y quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara, según cuenta Turpín en su cosmografía? Todos estos caballeros y otros muchos que podría decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. De estos o tales como estos quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que, a serlo, Su Majestad se hallaría bien servido y ahorraría mucho gasto, y el Turco se quedaría pelándose las barbas. Y por ello, aunque el capellán no me saque de ella, no voy a quedarme en mi casa, y si su Júpiter, como ha dicho el barbero, no llueve, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antoje. Digo esto para que sepa el señor bacía que le entiendo.

—De verdad, señor don Quijote, que no lo dije por eso, y sabe Dios que mi intención fue buena, y que no debe vuestra merced dolerse…

—¡Si puedo dolerme o no, yo me lo sé! —respondió don Quijote.

—¡Lo que es yo, hasta ahora casi no he abierto la boca! —dijo entonces el cura —, pero no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que ha dicho aquí el señor don Quijote…

—Para muchas cosas más tiene licencia el señor cura —replicó don Quijote—, así que puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con ese beneplácito —respondió el cura—, digo que mi escrúpulo es que no me puedo persuadir de ninguna manera de que toda la caterva de caballeros andantes que ha referido vuestra merced, señor don Quijote, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes al contrario imagino que todo es ficción, fábula y mentira y sueños contados por hombres poco despiertos, o por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error —replicó don Quijote— en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño muchas veces con diversas gentes y ocasiones;

pero unas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad. Y esta verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de aspecto entre delicado y severo, parco en palabras, tardo en airarse y raudo en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís podría, a mi parecer, pintar y describir a todos cuantos andantes caballeros andan en las historias en el orbe, que por el conocimiento que tengo de que fueron como cuentan sus historias, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena fisonomía sus facciones, sus colores y estaturas.

—¿Y cómo de grande le parece a vuestra merced, mi señor don Quijote —preguntó el barbero—, debía de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes —respondió don Quijote— hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo. Pero la Santa Escritura, que no puede faltar en un átomo a la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Goliat, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y paletillas tan grandes, que su tamaño manifiesta que sus dueños fueron gigantes, y tan grandes como grandes torres, que la geometría saca esta verdad de duda. Pero, aun así, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tendría Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y me mueve a ser de este parecer el hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas que muchas veces dormía bajo techado: y pues hallaba casa donde cupiese, está claro que su tamaño no era desmesurado.

—Así es —dijo el cura.

Y este, gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó qué le sugerían los rostros de Reinaldos de Montalbán y de don Roldán y de los demás Doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

—De Reinaldos —respondió don Quijote— me atrevo a decir que era ancho de rostro y colorado, los ojos bailadores y algo saltones, puntilloso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, Orlando o Rotolando (que con todos estos nombres lo nombran las historias), soy del parecer y me rea firmo en que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbirrojizo, velloso en el cuerpo y de aspecto amenazador, parco en palabras, pero muy comedido y educado.

—Si no fue Roldán más gentilhombre de lo que ha dicho vuestra merced —replicó el cura—, no es de extrañar que la señora Angélica la Bella lo desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debía de tener aquel morillo barbinaciente a quien ella se entregó; y anduvo muy razonable al quedar más prendada de la delicadeza de Medoro que de la aspereza de Roldán.

—Esa Angélica —respondió don Quijote—, señor cura, fue una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y dejó el mundo tan lleno de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció a mil señores, mil

valientes y mil juiciosos, y se contentó con un pajecillo imberbe, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó a su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse o por no querer cantar lo que le sucedió a esta señora después de su ruin entrega, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y cómo del Catay recibió el cetro
quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda esto fue como una profecía, que los poetas también se llaman vates, que quiere decir adivinos: esta verdad se ve clara en que de entonces acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

—Dígame, señor don Quijote —dijo entonces el barbero—, ¿no ha habido ningún poeta que haya hecho alguna sátira a esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

—Bien creo yo —respondió don Quijote— que si Sacripante o Roldán hubieran sido poetas, ya me hubieran puesto pringando a la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos por sus damas (ficticias, o tratadas por ellos como tales), a quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos, venganza ciertamente indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado a mi noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trajo revuelto al mundo.

—¡Milagro! —dijo el cura.

Y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA NOTABLE PENDENCIA QUE SANCHO PANZA TUVO CON LA SOBRINA Y EL AMA DE DON QUIJOTE, Y OTROS SUJETOS GRACIOSOS

Cuenta la historia que las voces que oyeron don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y el ama, que las daban a Sancho Panza, que pugnaba por entrar a ver a don Quijote, y ellas le defendían la puerta:

—¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que descarría y malea a mi señor y lo lleva por esos andurriales.

—Ama de Satanás —dijo entonces Sancho—, el maleado y el descarriado y el llevado por esos andurriales soy yo, y no tu amo. Él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis de medio a medio. Él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que la sigo esperando.

—Malas ínsulas te ahoguen, maldito Sancho —replicó la sobrina—. ¿Y qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer? ¡Valiente golosazo y comilón estás tú hecho!

—No es de comer, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte.

—¡Pues aun así —dijo el ama—, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias! ¡Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujales, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos!

Mucho gusto recibían el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres, pero don Quijote, temeroso de que Sancho se descosiese y desembuchase algún montón de maliciosas necedades y tocase en puntos que no le estarían bien a su crédito, lo llamó, e hizo que callasen las dos y lo dejasen entrar.

Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo qué firme estaba en sus desvariados pensamientos y qué embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así, dijo el cura al barbero:

—Vos veréis, compadre, cómo cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo deja de nuevo el nido.

—No pongo en duda eso —replicó el barbero—, pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, pues tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños

puedan imaginarse.

—Dios los remedie —dijo el cura—, y estemos atentos: veremos en lo que acaba la maquinación de disparates de este caballero y de este escudero, que parece que los forjaron a los dos en el mismo molde: las locuras del señor sin las necedades del criado no valen un maravedí.

—Así es, y daría mucho gusto saber de qué estarán hablando ahora los dos.

—Estoy seguro que la sobrina o el ama nos lo cuentan después, que no son de las que dejen de escucharlo.

Entretanto, don Quijote se había encerrado con Sancho en su aposento y, ya a solas, le decía:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido para los dos: si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Como es razonable —respondió Sancho—, porque, según dice vuestra merced, las desgracias son más propias de los caballeros andantes que de sus escuderos.

—Te engañas, Sancho, según aquello de *quando caput dolet*, etcétera…

—No entiendo otra lengua que la mía —respondió Sancho.

—Quiero decir que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen. Y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú una parte mía, pues eres mi criado; y por esta razón, el mal que a mí me toca o me toque, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.

—Así tendría que ser, pero cuando a mí me manteaban como a miembro, mi cabeza se estaba detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, ella tenía que estar obligada a dolerse de ellos.

—¿Querrás tú decir ahora, Sancho, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto, y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí en el pueblo? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, qué opinan de mí los hidalgos y qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas, y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica de la decisión que he tomado de resucitar y devolver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? En fin, quiero, Sancho, me digas lo que acerca de esto ha llegado a tus oídos, y me lo tienes que decir sin añadir a lo bueno ni quitar a lo malo, que es de vasallos leales decir la verdad a sus señores tal como es y sin adornos, sin que la adulación la acreciente ni otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas, Sancho, que si llegase a oídos de los príncipes la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros tiempos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se estilan en otras naciones, esta es la dorada. Sírvate esta advertencia, Sancho, para que discreta y

bienintencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que sepas de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, con la condición de que vuestra merced no se enoje de lo que diga, pues quiere que lo diga a calzón quitado, sin vestirlo de otras ropas que aquellas con que llegaron a mi noticia.

—De ninguna manera me enojaré. Bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo —dijo— es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no se ha contenido vuestra merced en los límites de la hidalguía, y con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con una mano delante y otra detrás, se ha puesto el don y se ha arrogado la dignidad de caballero, y dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se comparasen con ellos, especialmente aquellos hidalgos pobres que limpian sus zapatos con hollín y toman los puntos de las medias negras con hilo verde.

—Eso no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado; roto, bien podría ser, y lo roto, más por las armas que por el tiempo.

—En lo que toca —prosiguió Sancho— a la valentía, cortesía, hazañas y quehacer de vuestra merced, hay diferentes opiniones. Unos dicen: loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuestra merced ni a mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho: dondequiera que esté la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos o ninguno de los famosos varones que ha habido dejó de ser calumniado por la malicia ajena: Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fue tachado de ambicioso y no del todo limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres; de Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen que tuvo sus atisbos de borracho; de Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fue lascivo y poltrón; de don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fue más que demasiadamente rijoso; y de su hermano, que fue llorón. Así que, Sancho, entre tantas calumnias a los buenos bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

—¡Ahí está el toque, por mi padre! —replicó Sancho.

—Pues ¿hay más?

—Aún falta el rabo por desollar: hasta aquí eran tortas y pan pintado; pero si vuestra merced quiere saber todo lo que hay de las calumnias que le ponen, yo le traeré aquí ahora mismo a quien se las diga todas, sin que les falte una migaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y al irle yo a dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con el título del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza,

y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que hablamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho, que el autor de nuestra historia debe de ser algún mago encantador, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—¡Y vaya si era mago y encantador!, pues, según dice este bachiller Sansón Carrasco que tengo dicho, el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena.

—Ese nombre es de moro —dijo don Quijote.

—Sí lo será, porque he oído decir por muchos sitios que los moros son amigos de berenjenas.

—Tú debes, Sancho, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor.

—Bien podría ser —replicó Sancho—; pero si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

—Me dará mucho gusto, amigo, que me tiene suspenso lo que me has dicho y no comeré bocado que me sepa bien hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él —respondió Sancho.

Y dejando a su señor, se fue a buscar al bachiller, con el que volvió de allí a un rato, y entre los tres mantuvieron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III

DE LA EXTRAVAGANTE CONVERSACIÓN QUE TUVO LUGAR ENTRE DON QUIJOTE, SANCHO PANZA Y EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO

Pensativo en extremo quedó don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir de que existiese tal historia, pues aún no estaba seca en la hoja de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías.

Con todo, imaginó que algún mago, amigo o enemigo, las habría dado por arte de encantamiento a la estampa; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que se hayan escrito de algún vil escudero, si bien —decía para sí— nunca se escribieron hazañas de escuderos; y si era verdad que existía esa historia, siendo de caballero andante, por fuerza tenía que ser grandilocuente, alta, insigne, magnífica y verdadera.

Con esto se consoló un tanto, pero le desconsoló pensar que su autor era moro, según ese nombre de Cide, pues de los moros no se podía esperar ninguna verdad, ya que todos son embaucadores, falsarios y quimeristas. Se temía que hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre le había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo a raya el ímpetu de los naturales apetitos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, lo hallaron Sancho y Carrasco, a quienes don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, pero sí muy gran socarrón; de tez macilenta y de muy buen entendimiento; tendría unos veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró al ver a don Quijote, poniéndose delante de él de rodillas y diciéndole:

—Deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuestra merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni

aun habrá, en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que dejó escrita la historia de vuestras grandezas, y rebién haya el diligente que tuvo el cuidado de hacerlas traducir del arábigo a nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes.

Le hizo levantar don Quijote y dijo:

—De manera que es verdad que hay historia mía, y que fue moro y encantador y mago el que la compuso.

—Es tan verdad, señor, que tengo para mí que a día de hoy están impresos más de doce mil libros de esa historia: si no, díganlo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes. Y a mí se me trasluce que no va a haber nación ni lengua donde no se traduzca.

—Una de las cosas —dijo entonces don Quijote— que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.

—Si es por buena fama y buen nombre, solo vuestra merced supera a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy a lo vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y la entereza tanto en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso.

—Nunca —dijo entonces Sancho Panza— he oído tratar de doña a mi señora Dulcinea, sino solamente «la señora Dulcinea del Toboso», y ya en esto anda errada la historia.

—Esa no es objeción de importancia —respondió Carrasco.

—No, ciertamente —dijo don Quijote—. Pero dígame vuestra merced, señor bachiller: ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso —respondió el bachiller— hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos señalan la aventura de los molinos de viento, que a vuestra merced le parecieron gigantes fabulosos; otros, la de los batanes; este, la descripción de los dos ejércitos, que después resultaron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que se aventaja a todas la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benedictinos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor bachiller —dijo entonces Sancho—: ¿viene ahí la aventura de los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante se le antojó pedir peras al olmo?

—Al mago no se le quedó nada en el tintero —respondió Sansón—: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas —dijo Sancho—; en el aire sí, y aun más de las que yo hubiera querido.

—Por lo que yo imagino —dijo don Quijote—, no hay historia humana en el

mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, que nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Aun así —respondió el bachiller—, dicen algunos que han leído la historia que les habría gustado que a los autores de ella se les hubiera olvidado alguno de los infinitos palos que le dieron en diferentes contiendas al señor don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia —dijo Sancho.

—También hubieran podido callarlos, por equidad —dijo don Quijote—, pues los hechos que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay por qué escribirlos, si han de redundar en menosprecio del protagonista. Seguro que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio lo pinta, ni tan prudente Ulises como lo describe Homero.

—Así es —replicó Sansón—, pero una cosa es escribir como poeta, y otra como historiador. El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar cosa alguna a la verdad.

—Pues si ese señor moro se ha metido a contar verdades —dijo Sancho—, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallan los míos, porque nunca le midieron a su merced las costillas que no me midiesen a mí todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues, como dice mi propio señor, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.

—Socarrón sois, Sancho —dijo don Quijote—. La verdad es que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla.

—Y aunque quisiese yo olvidarme de los garrotazos que me han dado —dijo Sancho—, no lo consentirían los cardenales, que aún se están frescos en mis espaldas.

—Callad, Sancho, y no interrumpáis al señor bachiller, a quien suplico siga diciéndome lo que se dice de mí en la referida historia.

—Y de mí —dijo Sancho—, que también dicen que yo soy uno de los principales *presonajes* de ella.

—Personajes, no *presonajes*, amigo Sancho —dijo Sansón.

—¿Otro reprochador de voquibles tenemos? —preguntó Sancho—. Pues ándense a eso y no acabaremos en toda la vida.

—Mala me la dé Dios, Sancho —respondió el bachiller—, si no sois vos, Sancho, la segunda persona de la historia, y hay quien aprecia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella; aunque también hay quien dice que anduvisteis demasiadamente crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor don Quijote, aquí presente…

—¡Todo se andará! —dijo don Quijote—, y cuanto más vaya entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, más idóneo y más hábil será para ser gobernador.

—¡Por Dios, señor! —dijo Sancho—, la isla que yo no gobierne ahora, con los años que tengo, no la gobernaré con los de Matusalén. El daño está en que dicha ínsula se retrasa, no sé por qué, y no por faltarme a mí el caletre para gobernarla.

—Todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensáis —dijo don Quijote—: encomendadlo a Dios, Sancho, que no se mueve la hoja en el árbol sin su voluntad.

—Así es —dijo Sansón—, que si Dios quiere no le faltarán a Sancho mil islas que gobernar, no digamos ya una.

—Gobernador he visto por ahí —dijo Sancho— que a mi parecer no me llega a la suela del zapato, y aun con todo le llaman señoría y le sirven en vajilla de plata.

—Esos no son gobernadores de ínsulas —replicó Sansón—, sino de otros gobiernos más manejables; que los que gobiernan ínsulas han de saber por lo menos gramática.

—Con la verde *grama* bien me avendría yo —dijo Sancho—, pero con la *tica,* ni paso ni envido porque no la entiendo. Pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, y que Él me lleve allí donde de mí mejor se sirva, digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que me ha dado infinito gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: porque de haber dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, palabra de buen escudero que nos iban a oír los sordos.

—Eso sería hacer milagros —respondió Sansón.

—Milagros o no milagros, cada uno mire cómo habla o cómo escribe de las *presonas*, y no ponga a trochemoche lo primero que se le viene al magín.

—Una de las tachas que ponen a esta historia —dijo el bachilleres que su autor puso en ella una novela titulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por cómo discurre, sino por no ser de aquel lugar ni tener que ver con la historia de su merced el señor don Quijote.

—Apuesto a que el muy perro ha mezclado churras con merinas —replicó Sancho.

—Ahora digo —dijo don Quijote— que no ha sido mago el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tientas y sin ningún criterio se puso a escribirla, a ver lo que salía, como hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, al que preguntándole qué pintaba, respondió: «Lo que salga». Una vez pintó un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que fue menester escribir junto a él en letras góticas: «Este es gallo». Y así debe de suceder con mi historia, que tendrá necesidad de comentario para entenderla.

—Eso no —dijo Sansón—, porque es tan clara que no hay nada en ella que resulte difícil: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, en fin, está tan trilla da y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, dicen: «Allí va Rocinante». Y los que más se han dado a su lectura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote,* unos lo toman si otros lo dejan, estos lo embisten y aquellos lo piden. En fin, esa historia es del entretenimiento más gustoso y menos perjudicial que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por asomo una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico.

—Escribir de otra suerte no hubiera sido escribir verdades, sino mentiras —dijo

don Quijote—, y los historiadores que se valen de mentiras deberían ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos: sin duda se debió de atener al refrán: «De paja y de heno, mi vientre lleno». Pues, en verdad, solo con dar cuenta de mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometidas, hubiera podido hacer un volumen mayor, o tan grande, como todas las obras del Tostado. En fin, por lo que a mí se me alcanza, señor bachiller, para escribir historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más delicada figura de la comedia es la del bobo, porque quien quiera hacer bien de bobo ha de abstenerse de serlo. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto Verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que escriben y arrojan sus libros de sí como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo que no tenga algo bueno —dijo el bachiller.

—No hay duda en eso —dijo don Quijote—, pero muchas veces acontece que los que tenían merecidamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, la perdieron del todo o la menoscabaron en algo dándolos a la imprenta.

—Eso es porque como las obras impresas se miran despacio, se ven fácilmente sus faltas —dijo Sansón—, y tanto más se escudriñan cuanto mayor es la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre o casi siempre son envidiados por aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos sin haber dado alguno propio a la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar —dijo don Quijote—, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito y son bonísimos para conocer las faltas o sobras de los que predican.

—Todo eso es así, señor don Quijote —dijo Carrasco—, pero quisiera yo que tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse tanto a los átomos del sol clarísimo de la obra de la que murmuran; que si *aliquando bonus dormitat Homerus* (también a veces dormita el gran Homero), consideren lo mucho que estuvo despierto por dar a la luz su obra con la menos sombra posible, y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares, que a menudo acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así, digo que es grandísimo el riesgo al que se expone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerlo tal que satisfaga y contente a todos los que lo lean.

—El que trata de mí a pocos habrá contentado —dijo don Quijote.

—Más bien es al revés, que, como de *stultorum infinitus est numerus* (el número de tontos es infinito), infinitos son los que han gustado de tal historia; y algunos han tachado de mala memoria al autor, pues se le olvida contar quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se lo hurtaron, y de allí a poco lo vemos a caballo sobre el mismo jumento, sin haber

aparecido. También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo con aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo con ellos, o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra.

—Yo, señor Sansón —respondió Sancho—, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha dado un vahído al estómago que si no lo reparo con dos tragos de vino añejo, se me va a nublar la vista, como a santa Lucía; en casa lo tengo, y la parienta me aguarda; en cuanto acabe de comer, volveré y satisfaré a vuestra merced y a todo el mundo lo que quieran preguntar, tanto de la pérdida del jumento como del gasto de los cien escudos.

Y sin esperar respuesta ni decir más palabra, se fue a su casa.

Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase a hacer penitencia con él. Sostuvo el bachiller el envite, se quedó, se añadió a la comida habitual un par de pichones, se trató en la mesa de caballerías, Carrasco le siguió la corriente, se acabó el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho y se renovó la plática pasada.

CAPÍTULO IV

DONDE SANCHO PANZA SATISFACE AL BACHILLER SANSÓN CARRASCO SUS DUDAS Y PREGUNTAS, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE SABERSE Y DE CONTARSE

Volvió Sancho a casa de don Quijote, y volviendo a lo que habían hablado, dijo:

—A lo que dijo el señor Sansón que deseaba saber quién o cómo o cuándo se me hurtó el jumento, respondo que la misma noche que nos entramos en Sierra Morena huyendo de la Santa Hermandad; después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban a Segovia, mi señor y yo nos metimos en una espesura, donde nos pusimos a dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma, mi señor arrimado a su lanza y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las refriegas pasadas; especialmente yo dormí con sueño tan pesado, que quienquiera que fuese tuvo ocasión de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso a los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó a caballo sobre ella y sacó de debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese.

—Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo —dijo Sansón—, que lo mismo le sucedió a Sacripante cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

—Amaneció —prosiguió Sancho—, y apenas me hube desperezado, cuando, cayéndose las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída; busqué el jumento, y no lo vi; me acudieron lágrimas a los ojos, e hice una lamentación que, si no la puso el autor de nuestra historia, puede asegurar que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, reconocí mi asno, y que venía sobre él vestido de gitano aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleante al que quitamos de la cadena mi señor y yo.

—No está en eso el yerro —replicó Sansón—, sino en que antes de haber aparecido el jumento dice el autor que Sancho iba a caballo en el mismo rucio.

—A eso no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor.

—Así será, sin duda —dijo Sansón—, pero ¿qué se hicieron los cien escudos? ¿Se deshicieron?

—Yo los gasté —respondió Sancho— en pro de mi persona y de la de mi mujer y

de mis hijos, y ellos han sido la razón de que mi mujer lleve con paciencia las veredas y caminos que he andado sirviendo a mi señor don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo hubiese vuelto a mi casa sin blanca y sin el jumento, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona, y nadie tiene por qué meterse en si traje o no traje, si gasté o no gasté: si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar en dinero, aunque no se tasaran sino a cuatro maravedís cada uno, no bastaría con otros cien escudos para pagarme la mitad; y cada uno lleve la mano a su pecho y no se ponga a juzgar lo blanco negro y lo negro blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

—Ya tendré cuidado —dijo Carrasco— en recordar al autor de la historia que si la imprime otra vez no se le olvide esto que ha dicho el buen Sancho, que será realzarla más de un palmo de lo que está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa lectura, señor bachiller? —preguntó don Quijote.

—Seguramente —respondió él—, pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—Y por ventura —dijo don Quijote—, ¿promete el autor segunda parte?

—La promete —respondió Sansón—, pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así, estamos en la duda de si saldrá o no, y tanto por esto como porque algunos dicen: «Nunca segundas partes fueron buenas», y otros: «De las cosas de don Quijote bastan las escritas», se duda de que vaya a haber segunda parte; aunque algunos que son más joviales que saturnianos dicen: «Vengan más quijotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos».

—¿Y a qué se atiene el autor?

—A que —respondió Sansón— en cuanto halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará inmediatamente a la imprenta, llevado más del interés que se sigue de darla que de ninguna otra alabanza.

A lo que dijo Sancho:

—¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino atropellarse y atropellar, como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen deprisa nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, o lo que sea, a mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tantos argumentos en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que podrá escribir no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que aquí nos dormimos en la era; sosténganos el pie al herrar, y verá del que cojeamos. Lo que yo sé decir es que si mi señor hubiese tomado mi consejo, ya tendríamos que estar en esas campiñas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos caballeros andantes.

Apenas había acabado de decir estas palabras Sancho, cuando llegaron a sus oídos

relinchos de Rocinante, relinchos que tomó don Quijote por felicísimo agüero, y decidió hacer de allí a tres o cuatro días otra salida. Y confesando su intención al bachiller, le pidió consejo de por dónde comenzaría su jornada, y le respondió que su parecer era que fuese al reino de Aragón y a la ciudad de Zaragoza, donde de allí a pocos días se iban a celebrar unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las que podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Le alabó por honradísima y valentísima su determinación, y le advirtió que anduviese con más tiento al acometer los peligros, ya que su vida no era suya, sino de todos aquellos que la iban a necesitar para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

—Eso es de lo que yo reniego, señor Sansón —dijo entonces Sancho—, que mi señor acomete a cien hombres armados como un muchacho goloso a media docena de sandías. ¡Por todos los demonios, señor bachiller! Tiempos hay de acometer y tiempos de retirarse; sí, no ha de ser todo «¡Santiago, y cierra España!». Además, yo he oído decir, y creo que a mi mismo señor, si mal no me acuerdo, que entre los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que huya sin tener por qué, ni que acometa cuando la ocasión exige otra cosa. Pero sobre todo le aviso a mi señor que si me va a llevar consigo, tiene que ser con la condición de que él se lo batalle todo, y que yo no he de estar obligado a otra cosa que a mirar por su persona en lo que toque a su limpieza y a su comodidad, que en esto yo me adelantaré a sus deseos; pero pensar que tengo que echar mano a la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y caperuza, es pensar en lo imposible. Yo, señor Sansón, no pienso granjearme fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante. Y si mi señor don Quijote, obligado por mis muchos y buenos servicios, quiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se va a topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y si no me la da, hombre nací, y no ha de vivir el hombre esperando de otro, sino de Dios; y además, que el pan desgobernado me sabrá tan bien y aun quizá mejor que siendo gobernador; ¿y sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene preparada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me rompa las muelas? Sancho nací y Sancho pienso morir. Pero si así, por las buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula, o cosa semejante, no soy tan necio como para desecharla; que también se dice: cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y: cuando venga el bien, mételo en tu casa.

—Vos, hermano Sancho —dijo Carrasco—, habéis hablado como un catedrático; pero, con todo, confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar no ya una ínsula, sino un reino.

—Poco o mucho, tanto da —respondió Sancho—; pero puedo decirle al señor Carrasco que no echaría mi señor en saco roto el reino que me diera, que yo me he tomado el pulso y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas, y esto se lo he dicho ya otras veces a mi señor.

—Mirad, Sancho —dijo Sansón—, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conocieseis ni a la madre que os parió.

—Eso vale para los que nacieron en un rastrojo, pero no para los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo. ¡Si me conocierais, veríais si yo puedo ser ingrato con nadie!

—Dios lo haga —dijo don Quijote—, y ya se verá cuando el gobierno venga, que ya me parece que lo traigo entre los ojos.

Dicho esto, rogó al bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer a su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que tenía que poner al principio de cada verso una letra de su nombre, de manera que al final, juntando las primeras de cada verso, se leyese: «Dulcinea del Toboso». El bachiller respondió que aunque él no era de los famosos poetas que había en España (que decían que no eran sino tres y medio), no dejaría de componer esas poesías, aunque hallaba una dificultad grande en su composición, ya que las letras que contenía el nombre eran diecisiete, y que si hacía cuatro coplas castellanas de cuatro versos, sobraba una letra, y si de cinco, que llaman décimas o redondillas, faltaban tres; pero, aun así, procuraría encajar la letra lo mejor posible, de manera que el nombre de Dulcinea del Toboso quedase incluido en las cuatro castellanas.

—Ha de ser así en cualquier caso —dijo don Quijote—, pues si allí no va el nombre patente y manifiesto, no hay mujer que crea que los versos se hicieron para ella.

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí a ocho días. Encargó don Quijote al bachiller la mantuviese en secreto, especialmente al cura y a maese Nicolás, y a su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carrasco.

Con esto, se despidió, encargando a don Quijote que le avisase de todos sus buenos o malos sucesos, cuando le viniera bien; y así, se despidieron, y Sancho fue a poner en orden lo necesario para la marcha.

CAPÍTULO V

DE LA ELEVADA Y GRACIOSA PLÁTICA QUE TUVO ENTRE SANCHO PANZA Y SU MUJER TERESA PANZA, Y OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELIZ MEMORIA

Al ir a escribir el traductor de esta historia este quinto capítulo, dice que lo tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía esperar de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no cree posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que debía a su oficio. Y así, prosigue diciendo:

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta; tanto, que se vio obligada a preguntarle:

—¿Qué traéis, Sancho amigo, que venís tan alegre?

—Mujer mía, ya me gustaría a mí, si Dios quisiera, no estar tan contento como parezco.

—No os entiendo, marido —replicó ella—, y no sé qué queréis decir con eso de que os gustaría, si Dios quisiera, no estar contento; que, aunque tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerlo.

—Mirad, Teresa: yo estoy alegre porque he decidido volver a servir a mi amo don Quijote, que quiere salir por tercera vez a buscar aventuras; y yo vuelvo a salir con él, porque lo quiere así mi pobreza, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, pero me entristece el tener me que apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer sin dar yo un palo al agua y en mi casa, sin llevarme por vericuetos y encrucijadas (y lo podría hacer a poca costa y con solo quererlo), claro está que mi alegría sería más firme y valedera, porque la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte. Así que dije bien que me gustaría, si Dios quisiera, no estar contento.

—Mirad, Sancho, que desde que os hicisteis miembro de caballero andante, habláis con tantos rodeos, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer, que Él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí. Y advertid, hermana, que es conveniente que asistáis al rucio estos tres días, de manera que esté preparado para llevar las armas: dobladle los piensos, comprobad la albarda y demás aparejos, porque no vamos a bodas, sino a dar la vuelta al mundo y a tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con

vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto sería tortas y pan pintado, si no tuviéramos que vérnoslas con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así, quedaré rogando a Nuestro Señor para que os saque pronto de tanta mala ventura.

—Yo os digo, mujer, que si no pensase verme en breve gobernador de una ínsula, aquí me cayera muerto.

—Eso no, marido mío: viva la gallina, aunque sea con su pepita. Vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salisteis del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora y sin gobierno os iréis, o mejor, os llevarán, a la sepultura cuando Dios lo tenga a bien. A montones hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es el hambre, y como esta no falta a los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os veis con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y debería ir a la escuela, si es que su tío el abad lo va a hacer de la Iglesia. Mirad también que Mari Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno, y en fin, mejor luce la hija mal casada que bien amancebada.

—Prometo que si Dios me concede una pizca de gobierno, mujer mía, voy a casar a Mari Sancha tan por todo lo alto, que no la alcancen ni llamándola señoría.

—Eso no, Sancho: casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la subís a chapines, y de tosca saya parda a se das y saboyanas, y de una Marica y un tú a un doña tal y señoría, no va a estar a gusto la muchacha, y a cada paso va a caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba, que todo será usarlo dos o tres años, y después le vendrá el señorío y la majestad como de molde. Y si no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que tenga que venir.

—Medíos, Sancho, con los de vuestra condición, no os queráis alzar a mayores, y recordad el refrán que dice: Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa. ¡Bonita cosa sería, desde luego, casar a nuestra María con un condazo, o con caballerote que, cuando se le antojase, la pusiera pringando, llamándola villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas! ¡No mientras yo viva, marido! ¡No he criado yo a mi hija para eso, desde luego! Traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo a mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos y sé que no mira con malos ojos a la muchacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre a la vista, y seremos todos unos, padres e hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros. ¡Y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan ni ella se entienda!

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabás —replicó Sancho—: ¿por qué quieres tú ahora, sin venir a cuento, estorbarme que case a mi hija con quien me dé nietos a los

que llamen «señorías»? Mira, Teresa: siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, no se debe quejar si se le pasa; y no estaría bien que ahora que está llamando a nuestra puerta, se la cerremos. Dejémonos llevar por este viento favorable que nos sopla.

(Por este modo de hablar y por lo que Sancho dice más abajo, dijo el traductor de esta historia que tenía por apócrifo este capítulo).

—¿No te parece, animalia —prosiguió Sancho—, que estaría bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso que nos sacara del atolladero? Y cásese a Mari Sancha con quien yo quiera, y verás cómo te llaman a ti «doña Teresa Panza» y te sientas en la iglesia sobre alfombra, almohadas y bordados, a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo. ¡Pero no, seguid igual, sin crecer ni menguar, como un pasmarote en un tapiz! No hay más que hablar: Sanchica ha de ser condesa, por más que digas tú.

—¿Os dais cuenta de lo que decís, marido? Pues, con todo, mucho me temo que ese condado de mi hija va a ser su perdición. Vos haced lo que queráis, igual da que la hagáis duquesa o princesa, pero os digo que no será con mi voluntad ni mi consentimiento. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver ínfulas sin fundamentos. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni adornos de dones ni doñas; Cascajo se llamó mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza, aunque en buena razón me tenían que llamar Teresa Cascajo, pero allá van reyes donde quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un doña encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quisiera dar que decir a los que me viesen andar vestida a lo condesil o a lo gobernadora, que luego digan: «¡Mirad qué entonada va la muy puerca! Ayer no se hartaba de estirar en la rueca un copo de estopa, e iba a misa cubierta la cabeza con el faldón de la saya, en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, ¡como si no la conociésemos!». Si Dios me guarda mis siete, o mis cinco sentidos, o los que tenga, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos a ser gobierno o ínsulo, y entonaos a vuestro gusto, que ni mi hija ni yo vamos, por la gloria de mi madre, a apartarnos un paso de nuestra aldea. La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará si somos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso a él ese *don* que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.

—Ahora es cuando digo que tienes algún demonio en ese cuerpo. ¡Válgate Dios, mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata e ignorante, que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha: si yo dijera que mi hija se iba a arrojar desde lo alto de una torre, o a ir por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tendrías razón

en no estar de acuerdo conmigo; pero si en dos paletadas y en menos de un abrir y cerrar de ojos le planto un *doña* y un *señoría* a cuestas, y te la saco de los rastrojos y te la pongo bajo toldo y en peana y en un estrado con más almohadas de terciopelo que tuvieron en todo su linaje los moros Almohadas de Marruecos, ¿por qué no vas a consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabéis por qué, marido? Por el refrán que dice: Quien te cubre, te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos de corrido, y en el rico los detienen; y si ese rico fue un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir y el peor perseverar de los maldicientes, que por esas calles los hay a montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa, y escucha lo que ahora quiero decirte: quizá no lo hayas oído en todos los días de tu vida, y ahora esto no lo digo yo, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que predicó la cuaresma pasada en este pueblo, quien, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que están mirando los ojos se representan, están y se hacen presentes en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas…

(Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por las que dice el traductor que tiene este capítulo por apócrifo, pues exceden a la capacidad de Sancho, que prosiguió diciendo:).

—… de donde viene que cuando vemos alguna persona bien aderezada y compuesta con ricos vestidos y con pompa de criados, parece que nos persuade y convida a la fuerza a que le tengamos respeto, aunque la memoria nos represente en ese momento alguna bajeza en que vimos a esa persona; y esta ignominia, ya sea de pobreza o de linaje, como ya pasó, no existe, y solo existe lo que vemos delante. Y si este a quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que con estas mismas palabras lo dijo el padre) a la alteza de su prosperidad es educado, generoso y cortés con todos, y no se pone a discutir su antigüedad con aquellos que son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, a no ser los envidiosos, de los que ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido. Haced lo que queráis y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estáis *revuelto* en hacer lo que decís…

—*Resuelto,* mujer, no revuelto.

—Marido, no os pongáis a disputar conmigo: yo hablo como Dios tiene a bien y no me meto en más dibujos. Y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo Sancho, para que desde ahora le enseñéis a tener gobierno, que es bueno que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En cuanto tenga gobierno enviaré por él inmediatamente y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste a los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero, que yo os le vestiré como un palmito.

—O sea, quedamos de acuerdo en que nuestra hija ha de ser condesa —dijo Sancho.

—El día que yo la vea condesa —respondió Teresa—, haré cuenta que la entierro. Pero vuelvo a deciros que hagáis lo que os dé gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de ser obedientes a sus maridos, aunque sean unos ceporros.

Y en esto comenzó a llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica. Sancho la consoló diciéndole que aunque tenía que hacerla condesa, la haría todo lo más tarde posible. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió a ver a don Quijote para preparar su partida.

CAPÍTULO VI

DE LO QUE LE PASÓ A DON QUIJOTE CON SU SOBRINA Y CON SU AMA, EN UNO DE LOS IMPORTANTES CAPÍTULOS DE TODA LA HISTORIA

Mientras Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo tuvieron esta poco verosímil plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería escaparse por vez tercera y volver al ejercicio de su para ellas malandante caballería: procuraban por todas las vías posibles apartarlo de tan mal pensamiento, pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío. Con todo y con esto, entre otras muchas conversaciones que mantuvieron con él, le dijo el ama:

—En verdad, señor mío, que si vuesa merced no sienta la cabeza y se está quedo en su casa y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman *venturas*, y que yo llamo desdichas, tendré que quejarme a voz en grito a Dios y al rey, para que pongan remedio a ello.

A lo que respondió don Quijote:

—Ama, yo no sé lo que Dios responderá a tus quejas, ni lo que va a responder Su Majestad tampoco, y solo sé que si yo fuera rey, me excusaría de responder a tanta infinidad de memoriales impertinentes como le dan cada día, que uno de los mayores trabajos que tienen los reyes, entre otros muchos, es el estar obligados a escuchar a todos y a responder a todos; y así, no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre.

—Díganos, señor —dijo entonces el ama—, ¿en la corte de Su Majestad no hay caballeros?

—Sí —respondió don Quijote—, y muchos, y es razonable que los haya, para adorno de la grandeza de los príncipes y para ostentación de la majestad real.

—¿Y no podría ser vuesa merced —replicó ella— uno de los que se quedan quietos en la corte sirviendo a su rey y señor?

—Mira, amiga, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser andantes caballeros: de todos tiene que haber en el mundo, y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de unos a otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, mirando un mapa se pasean por todo el mundo, sin costarles blanca, ni padecer calor

ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los andantes caballeros verdaderos, al sol, al frío, al aire, con las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros pies, y no conocemos a los enemigos solamente pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en bagatelas, ni en las leyes de los desafíos: si lleva o no lleva más corta la lanza o la espada, si trae sobre sí reliquias o algún engaño encubierto, si ha de partir el sol entre los combatientes, o hacerlo tajadas para que no los deslumbre en el combate, con otras ceremonias de este jaez que se usan en los desafíos particulares de persona a persona, que tú no sabes y yo sí. Y has de saber más: que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan mástiles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo, una gran rueda de molino ardiendo más que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna: antes bien, con gentil apostura y con intrépido corazón, los ha de acometer y embestir, y, si fuese posible, vencerlos y desbaratarlos en un breve instante, aunque viniesen armados con las conchas de cierto pescado que dicen que son más duras que diamantes, y trajesen en lugar de espadas cuchillos tajantes de acero damasquino, o porras ferradas con puntas también de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, ama mía, para que veas la diferencia que hay de unos caballeros a otros; y sería de razón que no hubiese un príncipe que no estimase en más esta segunda, o, mejor dicho, primera clase de caballeros andantes, pues, según leemos en sus historias, ha habido entre ellos alguno que ha sido la salvación no solo de un reino, sino de muchos.

—¡Ay, señor mío! —intervino la sobrina—, advierta vuestra merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, aunque no las quemasen, merecían que se le echase a cada una un sambenito o alguna señal para que fuese conocida por infame y por corruptora de las buenas costumbres.

—Por el Dios que me sustenta —dijo don Quijote—, que si no fueras mi sobrina directa, hija de mi misma hermana, iba a hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que se oiría en todo el mundo. ¿Cómo es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce bolillos haciendo encajes se atreva a hablar mal y a censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué hubiera dicho el señor Amadís si lo hubiese oído? Pero a buen seguro que él te hubiera perdonado, porque fue el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y además, gran amparador de las doncellas; pero habría podido oírte algún otro, y no te hubiese ido tan bien, que no todos son corteses ni bien mirados: algunos hay follones y descomedidos, y no todos los que se llaman caballeros lo son completamente, que unos son de oro y otros de alquimia y falsos, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden resistir el toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que mueren aposta por parecer hombres bajos: aquellos se levantan con la ambición o con la virtud, estos se abajan con la flojedad o con el

vicio; y es menester aprovecharnos del discernimiento para distinguir estas dos clases de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en los hechos.

—¡Válgame Dios! —dijo la sobrina—. ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuese menester podría subir en una necesidad a un púlpito e irse a predicar por esas calles! Y que aun así dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan notoria, que se crea que es intrépido, siendo viejo; que tiene fuerzas, estando enfermo; que endereza entuertos, estando encorvado por la edad y, sobre todo, que es caballero, no siéndolo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres…

—Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices, y cosas te podría yo decir acerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas, y estadme atentas: se pueden reducir todos los que hay en el mundo a cuatro clases de linajes, que son estos: unos, que tuvieron principios humildes y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar a una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes y los fueron conservando y los conservan y mantienen tal como comenzaron; otros, que, aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pirámide, habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nada, como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su basa o asiento no es nada; otros hay, y estos son la mayoría, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin, sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y común. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron a la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dio principio está en la cumbre donde la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nada, tanto ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora a ninguno de sus descendientes, y si lo hallásemos sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve solo para acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que los únicos que resultan grandes e ilustres son aquellos que lo muestran en la virtud y en la riqueza y generosidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y generosidades, porque el grande que es vicioso será vicioso grande, y el rico no generoso será un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas de cualquier manera, sino el saberlas gastar bien. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, educado, cortés y comedido y

solícito, no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo, que con dos maravedís que dé con ánimo alegre al pobre se mostrará tan generoso como el que da limosna echando las campanas al vuelo, y, aunque no lo conozcan, no habrá quien al verlo adornado de las referidas virtudes no deje de juzgarlo y tenerlo por de buena casta, y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: uno es el de las letras, y otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino por las armas, bajo la influencia del planeta Marte, así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo que ir a pesar de todo el mundo, y será en balde cansaros en persuadirme de que no quiera yo lo que quieren los cielos, ordena la fortuna y pide la razón, y, sobre todo, desea mi voluntad; pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos a la caballería andante, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella, y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de aquí declina.

—¡Ay, desdichada de mí —dijo la sobrina—, que también mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza: apostaría que si quisiera ser albañil, sabría fabricar lo mismo una casa que una jaula.

—Yo te aseguro, sobrina, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, no habría cosa que yo no hiciese, ni primor que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.

En ese momento llamaron a la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que era él; y apenas lo hubo conocido el ama, corrió a esconderse, por no verlo: tanto lo aborrecía. Le abrió la sobrina, salió a recibirlo con los brazos abiertos su señor don Quijote, y se encerraron los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio al que en nada aventaja el anterior.

CAPÍTULO VII

DE LO QUE TRATÓ DON QUIJOTE CON SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS FAMOSÍSIMOS

Apenas vio el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cayó en la cuenta de sus tratos; e imaginando que de aquella consulta iba a salir la resolución de su tercera salida, tomó su manto y toda llena de congoja y pesadumbre se fue a buscar al bachiller Sansón Carrasco, por parecerle que al hablar bien y ser amigo reciente de su señor lo podría persuadir para que dejase tan desvariado propósito.

Lo halló paseándose por el patio de su casa, y, en cuanto lo vio, se dejó caer a sus pies, sudando y congojosa. Cuando la vio Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:

—¿Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha sucedido, que parece que se le va a ir el alma?

—No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale, ¡se sale sin duda!

—¿Y por dónde se sale, señora? —preguntó Sansón—. ¿Se le ha roto alguna parte de su cuerpo?

—No se sale —respondió ella— sino por la puerta de su locura. Quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere irse otra vez, que con esta será la tercera, a buscar por ese mundo lo que él llama *venturas*, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La primera vez nos lo devolvieron atravesado en un jumento, molido a palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, donde él se daba a entender que estaba encantado; y el pobre venía de tal modo, que no lo hubiera conocido la madre que lo parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, que para poderlo volver algún tanto en sí gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien —respondió el bachiller—, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien educadas, que no dirían una cosa por otra, así reventasen. En fin, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido ningún otro desmán sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote?

—No, señor.

—Pues no tenga pena —respondió el bachiller—, y váyase en buena hora a su casa y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya

rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré dentro de un rato y verá maravillas.

—¡Pobre de mí! —replicó el ama—. ¿La oración de Santa Apolonia dice vuestra merced que rece? Eso sería si mi amo tuviera dolor de muelas, pero no lo tiene sino de los cascos.

—Yo sé lo que digo, señora ama: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear.

Y con esto se fue el ama, y el bachiller fue entonces a buscar al cura, a comunicar con él lo que se dirá a su tiempo.

En el que estuvieron encerrados, don Quijote y Sancho hablaron las cosas que con mucha exactitud y verdad cuenta la historia.

Dijo Sancho a su amo:

—Señor, yo tengo ya *relucida* a mi mujer para que me deje ir con vuestra merced adonde quiera llevarme.

—Se dice reducida o convencida, Sancho —dijo don Quijote—, no relucida.

—Una o dos veces, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir con ellos, y que cuando no los entienda, diga: Sancho, o diablo, no te entiendo; y si yo no me explicase, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan *fócil*…

—No te entiendo, Sancho —dijo entonces don Quijote—, pues no sé qué quiere decir «soy tan fócil».

—Tan *fócil* quiere decir que soy tan… *así*.

—Ahora te entiendo menos —replicó don Quijote.

—Pues si no me puede entender, no sé cómo decirlo: no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y sumiso, que acatarás lo que yo te diga y pasarás por lo que te enseñe.

—Apostaría yo que desde el *emprincipio* me caló y me entendió, solo que quiso turbarme, por oírme decir otras doscientas patochadas.

—Podría ser —replicó don Quijote—. Y en fin, ¿qué dice Teresa?

—Teresa dice que ajuste bien las cosas con vuestra merced, y mejor por escrito que habladas, porque quien taja la baraja no baraja, y más vale un *toma* que dos *te daré*. Y yo digo que la mujer aconseja poco, y el que no le hace caso es loco.

—Y yo lo digo también —respondió don Quijote—. Decid, Sancho amigo, continuad, que habláis hoy de perlas.

—El caso —dijo Sancho— es que, como vuestra merced sabe muy bien, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan pronto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida que las que Dios quiera darle; porque la muerte es sorda, y cuando se llega a llamar a las puertas de nuestra vida, siempre va deprisa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo

dicen por esos púlpitos.

—Todo eso es verdad, pero no sé a dónde vas a parar.

—Voy a parar en que vuesa merced me señale un salario fijo de lo que va a darme cada mes durante el tiempo que le sirva, y que ese salario se me pague de su hacienda, que no quiero depender de mercedes, que llegan tarde, mal o nunca; con lo mío tengo de sobra. En fin, yo quiero saber lo que gano, sea poco o mucho, que sobre un huevo pone la gallina y por algo se empieza, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Y la verdad es que si sucediese que vuesa merced me llega a dar la ínsula que me tiene prometida, lo cual ni lo creo ni lo espero, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas a tales extremos, que no vaya a querer que se estime el monto de la renta de esa ínsula y se descuente de mi salario la *gata* proporcional.

—Sancho amigo —respondió don Quijote—, a veces tan buena suele ser, en el prorrateo, una gata como una rata.

—Ya entiendo: apuesto a que se dice *rata*, y no *gata*; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

—Y tan entendido —dijo don Quijote—, que he penetrado lo último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría un salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los andantes caballeros ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar cada mes o cada año; pero yo he leído todas o la mayoría de sus historias y no recuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado salario fijo a su escudero. Solo sé que todos servían a merced o, como se dice, por la voluntad, y que cuando menos lo pensaban, si a sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula o con otra cosa equivalente, y, como mínimo, quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y añadidos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la andante caballería es pensar lo imposible. Así que, Sancho mío, volveos a vuestra casa y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si a ella le gusta y a vos os gusta estar a merced conmigo, *bene quidem*, de acuerdo, y si no, tan amigos como antes: que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que tan bien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos. Y, por último, quiero decir y os digo que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corra, que Dios quede con vos y os haga un santo, que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachosos ni tan habladores como vos.

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le nubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón, porque estaba convencido de que su señor no se iría sin él ni por todo el oro del mundo; y así, estando suspenso y pensativo, entró Sansón

Carrasco con el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadiría a su señor para que no tornase a buscar las aventuras. Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándolo como la primera vez, y con voz levantada, le dijo:

—¡Oh flor de la caballería andante, luz resplandeciente de las armas, honor y espejo de la nación española!, quiera Dios todopoderoso, en lo que aquí viene tratándose, que la persona o personas que impidan y estorben tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal deseen.

Y volviéndose al ama le dijo:

—Bien puede la señora ama no rezar más la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las esferas celestes que el señor don Quijote vuelva a ejecutar sus altos y nuevos pensamientos, y me daría mucho cargo de conciencia si no requiriese y persuadiese a este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el ende rezar los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas de este jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, póngase vuestra merced y su grandeza en camino antes hoy que mañana; y si alguna cosa falta para ponerlo en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si hiciera falta servir como escudero a tu magnificencia, lo tendré a felicísima ventura.

Dijo entonces don Quijote, volviéndose a Sancho:

—¿No te dije yo, Sancho, que me iban a sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo, nada menos que el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo pasatiempo y regocijo de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor tanto del calor como del frío, del hambre como de la sed, con todas aquellas cualidades que se requieren para ser escudero de un caballero andante. Pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la columna de las letras y el vaso de las ciencias, y trunque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria y, honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna a venir conmigo.

—Sí me digno —respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió—: No se dirá por mí, señor mío, el pan comido, y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de una alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quiénes fueron los Panzas, de los que yo desciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras, y por más buenas palabras, el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto a regatear mi salario, ha sido por complacer a mi mujer, que cuando mete mano a pedir una cosa, no hay mazo que apriete tanto los aros de una cuba como aprieta ella a que se haga lo que quiere; pero, en fin, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer, y pues yo soy hombre dondequiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese a

quien pese. Y así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento, con su codicilo, de modo que no se pueda *revolcar*, y pongámonos ya en camino, para que no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le dicta persuadir a vuestra merced para que salga una tercera vez por ese mundo. Y yo de nuevo me ofrezco a servir a vuestra merced fiel y lealmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el bachiller de oír el lenguaje y forma de hablar de Sancho Panza, porque, aunque había leído la primera historia de don Quijote, nunca pensó que Sancho fuera tan gracioso como allí lo pintaban; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda revolcar», en lugar de «revocar», creyó todo lo que de él había leído y lo confirmó como uno de los más solemnes mentecatos de nuestro tiempo, y dijo para sus adentros que no se habían visto en el mundo dos locos tales como amo y mozo.

Al final, don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos. Y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que su partida tuviese lugar de allí a tres días, en los cuales habría tiempo de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que dijo don Quijote que la tenía que llevar de todas todas. Se la ofreció Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía, aunque estaba más oscura por el orín y el moho que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller fueron incontables: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las conocidas plañideras lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El propósito que tuvo Sansón para persuadirlo de que saliese otra vez fue hacer lo que más adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quienes él antes lo había hablado.

En conclusión, en aquellos tres días don Quijote y Sancho se proveyeron de lo que pareció convenirles; y habiendo aplacado Sancho a su mujer, y don Quijote a su sobrina y a su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el bachiller, que quiso acompañarlos media legua del pueblo, se pusieron en camino del Toboso don Quijote sobre su buen Rocinante y Sancho sobre su antiguo rucio, provistas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica o boca, y la bolsa con dineros que le dio don Quijote para lo que se ofreciese. Lo abrazó Sansón, y le suplicó le avisase de su buena o mala suerte, para alegrarse con esta o entristecerse con aquella, como pedían las leyes de su amistad. Se lo prometió don Quijote, se volvió Sansón a su pueblo, y los dos tomaron el camino de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

DONDE SE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE YENDO A VER A SU SEÑORA DULCINEA DEL TOBOSO

«¡Bendito sea el poderoso Alá!», dice Hamete Benengeli al comienzo de este octavo capítulo. «¡Bendito sea Alá!», repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden estar seguros de que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero; los persuade para que se olviden de las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo y pongan los ojos en las que están por venir, que comienzan desde ahora en el camino del Toboso, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete; y así, prosigue diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a *suspirar* o peerse el rucio, lo que fue tenido por ambos, caballero y escudero, como buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los *suspiros* y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrologías que él sabría, aunque la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba o caía le habría gustado no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa que el zapato roto o las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Le dijo don Quijote:

—Sancho amigo, la noche se nos va entrando a toda prisa, y con más oscuridad de la que teníamos menester para alcanzar con el día a ver el Toboso, adonde tengo decidido ir antes que me ponga en otra aventura, y allí tomaré de la sin par Dulcinea la bendición y buena licencia, y con esta pienso y estoy seguro de acabar y dar feliz cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes a los andantes caballeros que verse favorecidos por sus damas.

—Yo así lo creo —respondió Sancho—, pero me parece muy difícil que vuestra merced pueda hablarle ni verse con ella, en sitio al menos donde pueda recibir su bendición, a no ser que se la eche desde las bardas del corral, por donde yo la vi la primera vez, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuestra merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

—¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho —dijo don Quijote—, donde o por donde viste aquella jamás lo bastante alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías, o corredores, o lonjas, o como las llamen, de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser, pero a mí tapias me parecieron, si no me falla la memoria.

—Aun así, vamos allá, Sancho, que, con tal de verla, tanto me da que sea por bardas o por ventanas, o por resquicios, o verjas de jardines, que cualquier rayo que llegue del sol de su belleza a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de modo que quede único y sin igual en el discernimiento y en la valentía.

—Pues la verdad, señor, cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, no estaba tan claro como para poder arrojar algunos rayos; y debió de ser que como ella estaba cribando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le oscureció.

—¡Será posible, Sancho, que sigas todavía diciendo, pensando, creyendo y porfiando que mi señora Dulcinea cribaba trigo, siendo este un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están educadas y reservadas para otros ejercicios y entretenimientos que muestran a tiro de ballesta su principalidad! Mal se te acuerdan a ti, Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que sacaron del Tajo amado las cabezas y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que nos describe allí el ingenioso poeta, que todas eran de oro, sirgo y perlas entrelazadas y tejidas. Y de esta manera debía de ser el menester de mi señora cuando tú la viste, pero la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, trueca todas las que me han de dar gusto y las vuelve con otro aspecto diferente del suyo; y así, temo que en esa historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún mago enemigo mío, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, desviándose en contar otros hechos ajenos a lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Ah envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, menos el de la envidia, que no trae sino disgustos, rencores y rabias.

—Eso es lo que yo digo también, y pienso que en esa leyenda o historia que nos dijo el bachiller Carrasco que había visto de nosotros debe de andar mi honra en una pocilga, y, como suele decirse, a mal traer, aquí y allá, barriendo las calles. Y con toda seguridad que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis pequeños asomos de bellaco, pero todo lo cubre y tapa la gran capa de mi simpleza, siempre natural y nunca artificiosa; y no teniendo otra cosa que el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, deberían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos.

Pero digan lo que quieran, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; aunque con tal de verme en libros y andar por este mundo de mano en mano, me importa un higo que digan de mí todo lo que quieran.

—Eso se parece, Sancho, a lo que sucedió a un famoso poeta de estos tiempos, que habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas del arroyo, no puso ni nombró en ella a una que se podía dudar si lo era o no; y ella, viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla entre las otras, y que alargase la sátira y la pusiese en la continuación: si no, que se atuviese a las consecuencias. Lo hizo así el poeta, y la puso, como dicen dueñas, a escurrir, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame. También viene al caso lo que cuentan de aquel pastor que pegó fuego y abrasó el templo famoso de Diana, tenido por una de las siete maravillas del mundo, solo para que quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie lo nombrase, y que nadie hiciese de palabra o por escrito mención de su nombre, para que no consiguiese el fin de su deseo, al final se supo que se llamaba Eróstrato. También alude a esto lo que sucedió al gran emperador Carlos V con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotonda, que en la Antigüedad se llamó el templo de todos los dioses o Panteón, y ahora con mejor advocación se llama de Todos los Santos. Es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la Antigüedad en Roma, y el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: tiene forma de una media naranja, grandísimo en extremo, y mucha claridad, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima. Estaba desde ella mirando el Emperador el edificio, y a su lado un caballero romano, que le contaba los primores y sutilezas de aquella gran construcción y memorable arquitectura; y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo». «Yo os agradezco —respondió el Emperador— el no haber puesto tan mal pensamiento en práctica, y de aquí en adelante no os pondré yo en ocasión de que volváis a hacer prueba de vuestra lealtad; y así, os mando que jamás me habléis, ni estéis donde yo esté». Y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas sus armas, a la profundidad del Tíber? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en medio de Roma? ¿Quién hizo pasar el Rubicón a César, contra todos los agüeros que se le habían mostrado en contra? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados a los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que merecen sus famosos hechos,

aunque los cristianos, católicos y caballeros andantes debemos atender más a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que se alcanza en este presente y acabable siglo; fama que, por mucho que dure, al fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado. Así, Sancho, nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar la soberbia en los gigantes; la envidia, en la generosidad y buen pecho; la ira, en el reposado semblante y quietud del ánimo; la gula y el sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, además de cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que trae consigo la buena fama.

—Todo lo que vuestra merced me ha dicho hasta aquí —dijo Sancho— lo he entendido muy bien, pero, aun así, querría que vuestra merced me *sorbiese* una duda que ahora en este punto me ha venido a la memoria…

—*Resolviese* quieres decir, Sancho —dijo don Quijote—. Di en buena hora, que yo responderé lo que sepa.

—Dígame, señor —prosiguió Sancho—: esos Julios o Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya están muertos, ¿dónde están ahora?

—Los paganos, sin duda, están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, en el purgatorio o en el cielo.

—Está bien —dijo Sancho—, pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos de esos señorazos, ¿tienen delante de sí lámparas de plata, o están adornadas las paredes de sus capillas con muletas, mortajas, cabelleras, piernas y ojos de cera? Y si con esto no, ¿con qué están adornadas?

—Los sepulcros de los paganos —respondió don Quijote— fueron la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, a la que hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro; al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, a la que llamaron *Moles Hadriani*, que ahora es el castillo de Santángel en Roma; la reina Artemisa sepultó a su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo. Pero ninguna de estas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los paganos se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen que los que estaban sepultados en ellas fueran santos.

—A eso voy. Y dígame ahora, ¿qué es más, resucitar a un muerto o matar a un gigante?

—La respuesta es fácil: resucitar a un muerto.

—Lo tengo cogido. Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza a los cojos y da salud a los enfermos, y delante de sus sepulturas arden

lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que adoran de rodillas sus reliquias, mejor fama será, en esta y en la otra vida, que la que dejaron y dejen cuantos emperadores paganos y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—También reconozco esa verdad —concedió don Quijote.

—De modo que esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman a esto, la tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, o sus reliquias, los reyes los llevan sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho?

—Quiero decir que nos metamos a ser santos y alcanzaremos mucho antes la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer o antes de ayer (que así se puede decir por haber sido hace poco) canonizaron o beatificaron a dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con las que ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora a gran ventura el besarlas y tocarlas, y se veneran más, según dicen, que la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de la orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ya las den a gigantes, ya a vestiglos o a endriagos.

—Todo eso es así, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde Dios lleva a los suyos al cielo: religión es la caballería, caballeros santos hay en la Gloria.

—Sí, pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

—Eso es porque el número de los religiosos es mayor que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes…

—Muchos —dijo don Quijote—, pero pocos los que merecen nombre de caballeros.

En estas y otras pláticas semejantes se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que sea de contar, lo que le pesó no poco a don Quijote.

En fin, al día siguiente al anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni la había visto en su vida, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla y el otro por no haberla visto estaban sin sosiego, y no imaginaba Sancho qué iba a hacer cuando su dueño lo enviase al Toboso. Al final, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y mientras llegaba la hora, se quedaron entre unas encinas que estaban cerca del Toboso. Y llegado el momento preciso, entraron en la ciudad, donde les sucedieron cosas fuera de toda ponderación.

CAPÍTULO IX

DONDE SE CUENTA LO QUE EN ÉL SE VERÁ

Era medianoche en punto, poco más o menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, si bien Sancho la habría querido oscura del todo, por hallar en su oscuridad disculpa de su simpleza. No se oía en todo el pueblo sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, maullaban gatos, y sus voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero como mal agüero; pero, con todo y con esto, dijo a Sancho:

—Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea: podría ser que la halláramos despierta.

—¿A qué palacio voy a guiar, voto al sol, si en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña?

—Debía de estar retirada entonces en algún pequeño pabellón de su alcázar, solazándose a solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

—Señor —dijo Sancho—, ya que vuestra merced quiere, a mi pesar, que la casa de mi señora Dulcinea sea alcázar, ¿por ventura son horas estas de hallar la puerta abierta? ¿Y estará bien que demos aldabonazos para que nos oigan y nos abran, alborotando y dando que murmurar a toda la gente? ¿Vamos por casualidad a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran a cualquier hora, por tarde que sea?

—Hallemos de una vez por todas el alcázar —replicó don Quijote—, que entonces yo te diré, Sancho, lo que vamos a hacer. Y advierte, Sancho, que o yo veo poco o aquel bulto grande y la sombra que se descubre desde aquí debe de ser el palacio de Dulcinea.

—Pues guíe vuestra merced —respondió Sancho—: quizá sea así; pero aunque lo vea con los ojos y lo toque con las manos, voy a creer yo eso como que ahora es de día.

Guio don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dio con el bulto

que hacía la sombra, y vio una gran torre, e inmediatamente se dio cuenta de que aquel edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo:

—Con la iglesia hemos dado, Sancho.

—Ya lo veo, y quiera Dios que no topemos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cementerios a tales horas, y más habiendo yo dicho a vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa de esta señora debe de estar en una callejuela sin salida.

—¡Maldito seas de Dios, mentecato! —dijo don Quijote—. ¿Dónde has visto tú que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

—Señor, en cada tierra su usanza: quizá se usa aquí en el Toboso edificar los palacios y edificios grandes en callejuelas; y así, suplico a vuestra merced me deje buscar por estas calles o callejuelas que se me ofrecen: podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar, al que ojalá vea yo comido por los perros, pues así nos trae escarnecidos y asendereados.

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero.

—Yo me reportaré, pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuestra merced que habiendo visto solo una vez la casa de nuestra ama, haya de conocerla siempre y hallarla a medianoche, no hallándola vuestra merced, que la debe de haber visto millares de veces?

—Acabarás agotando mi paciencia, Sancho. Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que no he visto a la sin par Dulcinea en todos los días de mi vida, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

—Ahora me entero; pues si vuestra merced no la ha visto, yo tampoco.

—Eso no puede ser —replicó don Quijote—, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste cribando trigo, cuando me trajiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

—No se atenga a eso, señor, porque le hago saber que la vista y la respuesta que le traje también fueron de oídas; porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puñetazo al cielo.

—Sancho, Sancho —respondió don Quijote—, tiempos hay de burlar y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma has de decir tú también que ni le has hablado ni visto, siendo, como sabes, tan al revés.

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía a pasar por donde estaban uno con dos mulas. Por el ruido que hacía el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador, que habría madrugado antes del alba para ir a su labranza, y así era. Venía el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubisteis, franceses,

en esa de Roncesvalles.

—¡Que me maten, Sancho —dijo al oírlo don Quijote—, si no nos ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese aldeano?

—Lo oigo, sí, pero ¿qué tiene que ver con nuestro propósito la batalla de Roncesvalles? Como si canta el romance de Calaínos: lo mismo da para que salga bien o mal nuestro negocio.

Llegó en esto el labrador, a quien don Quijote preguntó:

—¿Me sabréis decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde están por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?

—Señor —respondió el mozo—, yo soy forastero y hace pocos días que estoy en este pueblo sirviendo en la labranza a un labrador rico. En esa casa de enfrente viven el cura y el sacristán del pueblo; los dos o cualquiera de ellos sabrá dar a vuestra merced razón de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive ninguna princesa; muchas señoras principales, sí, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre esas, amigo —dijo don Quijote—, debe de estar esta por quien te pregunto.

—Podría ser —respondió el mozo—; y adiós, que ya viene el alba.

Y arreando a sus mulas, no atendió a más preguntas. Sancho, que vio suspenso a su señor y bastante malcontento, le dijo:

—Señor, ya se viene a más andar el día y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle. Mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de día, y no dejaré rincón en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora, y muy mala suerte tendría que tener si no lo hallase; y hallándolo, hablaré con su merced y le diré dónde y cómo queda vuestra merced esperando que le dé orden y forma de verla, sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho —dijo don Quijote—, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado me complace y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos a buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, a buscar, a ver y hablar a mi señora, de cuya discreción y cortesía espero favores más que milagrosos.

Rabiaba Sancho por sacar a su amo del pueblo, para que no averiguase la mentira de la respuesta que le había llevado a Sierra Morena de parte de Dulcinea. Y así, dio prisa a la salida, que fue en ese momento, y a dos millas del pueblo hallaron una floresta o bosque, donde don Quijote se emboscó mientras Sancho volvía a la ciudad a hablar a Dulcinea, embajada en la que le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito.

CAPÍTULO X

DONDE SE CUENTA LA MAÑA QUE SE DIO SANCHO PARA ENCANTAR A LA SEÑORA DULCINEA, Y OTROS SUCESOS TAN EXTRAVAGANTES COMO VERDADEROS

Llegando el autor de esta gran historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que hubiera querido pasarlo en silencio, temeroso de que no iba ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que puedan imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Al final, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin importarle nada las objeciones que podían dejar lo por mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.

Y así, prosiguiendo su historia, dice que en cuanto don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o bosque junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad y que no volviese a su presencia sin haber hablado antes de su parte a su señora, pidiéndole tuviese a bien dejarse ver de su cautivo caballero y se dignase echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimo término en todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Se encargó Sancho de hacerlo así como se le mandaba y de traerle tan buena respuesta como le trajo la primera vez.

—Anda, hijo —dijo don Quijote—, y no te turbes cuando te veas ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Fíjate bien, y no se te olvide, cómo te recibe ella: si muda el color del rostro cuando le estés dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si se agita en el cojín, si acaso la hallas sentada en el rico estrado de su autoridad; y si está de pie, mírala si se pone entonces ora sobre un pie, ora sobre el otro; si te repite dos o tres veces la respuesta que te dé; si la muda de blanda en áspera, de ríspida en cariñosa; si levanta la mano al cabello para componerlo, aunque no esté desordenado… En fin, hijo, mira todos sus gestos y movimientos, porque si tú me los relatas como fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que toca al hecho de mis amores: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes los gestos y movimientos exteriores que muestran cuando se trata de sus amores son certísimos correos que traen las nuevas de lo que pasa allá en lo interior del alma. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y

vuélvate otro mejor término del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré pronto —dijo Sancho—; y ensanche vuestra merced, señor mío, ese corazoncillo, que lo debe de tener ahora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos, no hay ni estacas; y también se dice: donde menos se piensa, salta la liebre. Lo digo porque si la noche pasada no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, ahora que es de día los pienso hallar cuando menos lo piense; y hallados, déjenme a mí con ella.

—Ciertamente, Sancho —dijo don Quijote—, traes siempre tan a pelo tus refranes en lo que tratamos, que espero que Dios me dé en lo que deseo mejor fortuna que a ti trayéndolos.

Dicho esto, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó a caballo descansando sobre los estribos y al arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que se apartó de su señor no menos confuso y pensativo de lo que él quedaba; y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando, volviendo la cabeza, y viendo que ya no se veía a don Quijote, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mismo y a decirse:

—Sepamos ahora, hermano Sancho, a dónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? No, por cierto. Pues ¿qué va a buscar? Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. ¿Y dónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Dónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais a buscar? De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desface los entuertos y da de comer al que tiene sed y de beber al que tiene hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares. ¿Y la habéis visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. ¿Y no os parece que estaría acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a robarles sus princesas y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano? La verdad es que tendrían mucha razón, siempre y cuando no considerasen que soy un mandado, y que

Mensajero sois, amigo,
no merecéis culpa, non.

No os fieis de eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios que si sospecha algo de ti, no te auguro nada bueno. ¡Vete, puto, vade retro! ¡Toca madera! ¡Como que voy a andarme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno! Y además, que buscar a

Dulcinea en el Toboso va a ser como buscar a Marica en Ravena o a un bachiller en Salamanca. ¡El diablo, el diablo me ha metido a mí en esto, que no otro!

Este soliloquio tuvo consigo Sancho, y lo que sacó de él fue que volvió a decirse:

—Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, menos la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo he visto por mil señales que es un loco de atar, y aun también yo no le voy a la zaga, pues soy más mentecato que él, ya que le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: dime con quién andas, y te diré quien eres; y el otro: no con quien naces, sino con quien paces. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que la mayoría de las veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se vio cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas de este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me tope por aquí, es la señora Dulcinea; y si él no lo cree, juraré yo, y si él jura, tornaré yo a jurar, y si porfía, porfiaré yo más, de manera que acabe llevándome el gato al agua, pase lo que pase. Quizá con esta porfía consiga que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo de ellas, o quizá piense, como yo imagino, que algún mal encantador de esos que él dice que le quieren mal ha mudado a Dulcinea su apariencia, por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio, y se detuvo allí hasta la tarde, para dar tiempo a que don Quijote pensase que lo había tenido para ir y volver del Toboso. Y le sucedió todo tan bien, que, cuando se levantaba para subir en el rucio, vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser caballería común de las aldeanas; pero como esto no importa mucho, no hay por qué detenernos a averiguarlo. En fin, en cuanto Sancho vio a las labradoras, volvió a la carrera a buscar a su señor don Quijote, y lo halló suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. En cuanto don Quijote lo vio, le dijo:

—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca, o negra?

—Mejor será que vuesa merced lo señale con almagre, como los vítores pintados en las paredes, para que puedan distinguirlo bien los que lo vean.

—Según eso, buenas nuevas traes.

—Tan buenas, que vuesa merced no tiene más que picar a Rocinante y salir a campo abierto a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que viene con otras dos doncellas suyas a ver a vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella son todas una

ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez capas, y sus cabellos, sueltos por la espalda, son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, además, vienen a caballo en tres *cananeas* pintonas, que hay que verlas.

—*Hacaneas* o jacas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay de cananeas a hacaneas o jacas; pero, vengan sobre lo que vengan, ellas vienen las más galanas señoras que se pueda desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo, y como regalo por estas tan no esperadas como buenas nuevas, te prometo el mejor despojo del botín que gane en la primera aventura que tenga, y si esto no te contenta, te prometo las crías que me den este año mis tres yeguas, que tú sabes que quedan para parir en el prado comunal de nuestro pueblo.

—A las crías me atengo —respondió Sancho—, porque los despojos de la primera aventura aún están por ver.

Ya en esto salieron del bosque y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio más que a las tres labradoras, se turbó todo y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad? —respondió—. ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en el cogote, que no ve que son estas que vienen aquí, resplandecientes como el mismo sol del mediodía?

—Yo no veo, Sancho, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—¡Ahora me libre Dios del diablo! ¿Y es posible que tres hacaneas, o como se llamen, blancas como copos de nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor que me pele estas barbas si eso fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos o borricas como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; al menos a mí me lo parecen.

—Calle, señor, no diga más, y despabile esos ojos y vaya a hacer la reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya la tenemos aquí.

Y diciendo esto, se adelantó a recibir a las tres aldeanas y, apeándose del rucio, tomó del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, e hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra *altiveza* y grandeza tenga a bien recibir en su magnanimidad y buen talante al cautivo caballero vuestro, que aquí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, al verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

En este punto don Quijote ya se había puesto de hinojos junto a Sancho y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y de no muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar despegar los labios. Las

labradoras estaban también atónitas, viendo a aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban seguir adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda arisca y disgustada, dijo:

—Apártense enhoramala del camino, y *déjenmos* pasar, que llevamos prisa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublime presencia a la columna y sustento de la andante caballería?

Al oír esto, una de las otras dijo:

—¡Andá la burra de mi suegro, espera que te cepillo! ¡Mira tú con qué salen los señoritos ahora para hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Sigan su camino y *déjenmos* hacer el nuestro, y lo tendrán bueno.

—Levántate, Sancho —dijo en este punto don Quijote—, que ya veo que la fortuna, no harta de mi mal, tiene tomados todos los caminos por donde pueda venir algún contento a esta ánima desdichada que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que pueda desearse, colmo de la humana gentileza, único remedio de este afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y solo para ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, eso si no ha cambiado ya también el mío en el de algún vestiglo, para hacerlo aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, advirtiendo en esta sumisión y arrodillamiento que hago ante tu trastrocada hermosura la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá mi agüelo! —respondió la aldeana—. ¡Amiguita soy yo de oír requiebrajos! Apártense y *déjenmos* ir, y agradecérselo hemos.

Se apartó Sancho y la dejó ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo.

Apenas se vio libre la aldeana que había hecho el papel de Dulcinea, cuando, picando a su *cananea* con un aguijón que traía en un palo, dio a correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le molestaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dio en tierra con la señora Dulcinea. Al verlo don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a recomponer y cinchar la albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, quiso don Quijote levantar a su encantada señora en brazos sobre la jumenta, pero ella, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque, echándose un tanto atrás, cogió carrerilla y, puestas las dos manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

—¡Vive Roque que la señora nuestra ama es más ligera que un alcotán y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mexicano! Pasó el arzón trasero de la silla de un salto, y sin espuelas hace correr la jaca como una cebra. Y no le van a la zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Y así era, porque, en cuanto Dulcinea se vio a caballo, picaron todas tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás duran te más de media legua. Las siguió don Quijote con la vista, y cuando vio que ya no se les veía, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Sancho, ¿qué te parece lo que me odian los encantadores? Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver a mi señora en todo su ser. En fin, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y diana donde apuntan y se clavan las flechas de la mala fortuna. Y también has de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores con haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y al mismo tiempo le quitaron lo que es propio de las señoras principales, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando fui a subir a Dulcinea a su jaca, según dices tú, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

—¡Ah canallas! —gritó entonces Sancho—. ¡Ah encantadores aciagos y malintencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas de alcornoque, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, en fin, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le trocarais el olor, que al menos por él habríamos sacado lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, a decir verdad, yo nunca vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote, con siete u ocho cabellos rubios como hebras de oro y de más de un palmo de largos.

—Con ese lunar —dijo don Quijote—, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, Dulcinea ha de tener otro en lo oculto del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy largos para lunares son esos pelos del tamaño que has dicho.

—Pues yo sé decir a vuestra merced que le quedaban allí de lo más natural.

—Y yo lo creo, amigo —replicó don Quijote—, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no serían lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda y que tú aderezaste, ¿era silla rasa, o sillón?

—No era sino silla a la jineta, con una gualdrapa que valía la mitad de un reino, de lo rica que era.

—¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! —dijo don Quijote—. Ahora torno a decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las

sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Al final, después de otras muchas cosas que hablaron entre los dos, volvieron a subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo de poder asistir a unas solemnes fiestas que cada año suelen hacerse en aquella insigne ciudad. Pero antes de llegar allá les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá a continuación.

CAPÍTULO XI

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL CARRO O CARRETA DE «LAS CORTES DE LA MUERTE».

Pensativo en extremo iba don Quijote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores convirtiendo a su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendría para devolverle su antiguo aspecto; y estos pensamientos lo llevaban tan fuera de sí, que sin darse cuenta soltó las riendas a Rocinante, que, sintiendo la libertad que se le daba, se detenía a cada paso a pacer la verde hierba que abundaba en aquellos campos. De su ensimismamiento le hizo volver Sancho Panza, que le dijo:

—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. Vuestra merced se reporte, y vuelva en sí, y coja de las riendas a Rocinante, y avive y despierte, y muestre esa gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué decaimiento es este? ¿Estamos aquí o en Francia? Llévese Satanás a cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues más vale la salud de un solo caballero andante que todos los encantamientos y transformaciones de la tierra.

—Calla, Sancho —respondió don Quijote con voz no muy desmayada—. Calla, digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura solo yo tengo la culpa: de la envidia que me tienen los malos ha nacido su malandanza.

—Así lo digo yo: quien la vio y la ve ahora, ¿cuál es el corazón que no llora?

—Eso puedes tú decir bien, Sancho, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encantamiento no se extendió a turbarte la vista ni a encubrirte su belleza: contra mí solo y contra mis ojos se dirige la fuerza de su veneno. Pero, con todo, acabo de caer, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura; porque, si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y, a lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas a los dientes, que sin duda te trabucaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes.

—Todo puede ser, porque tanto me turbó a mí su hermosura como a vuesa merced

su fealdad. Pero encomendémoslo todo a Dios, que Él es el sabedor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. Una cosa me pesa, señor mío, más que otras, y es qué podrá hacer se cuando vuesa merced venza a algún gigante o a otro caballero y le mande ir a presentarse ante la hermosura de la señora Dulcinea. ¿Dónde la va a hallar ese pobre gigante o ese pobre y mísero caballero vencido? Ya los estoy viendo andar por el Toboso hechos unos pasmarotes, buscando a mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la reconocerán más que a mi padre.

—Quizá, Sancho, el encantamiento no llegue a que los vencidos y presentados gigantes y caballeros no puedan reconocer a Dulcinea; y en uno o dos de los primeros que yo venza y le envíe, comprobaremos si la ven o no, mandándoles que vuelvan a darme relación de lo que les haya sucedido allí.

—Digo, señor, que me ha parecido bien lo que ha dicho vuesa merced, y que con ese artificio nos enteraremos de lo que deseamos, y si es que ella solo a vuesa merced se encubre, la desgracia será más de vuesa merced que suya; pero mientras la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros ya nos apañaremos por acá y lo pasaremos lo mejor que podamos, buscando nuestras aventuras y dejando que el tiempo haga de las suyas, que él es el mejor médico de estas y de otras mayores enfermedades.

Quería responder don Quijote a Sancho Panza, pero se lo estorbó una carreta que salió de través al camino cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni cañizo. La primera figura que se ofreció a los ojos de don Quijote fue la de la misma Muerte, sin máscara, con rostro humano; junto a ella venía un ángel con unas grandes alas de colores; a un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; a los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas. Venía también un caballero armado de punta en blanco, salvo que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores. Con estas venían otras personas con diferentes trajes y rostros. Todo ello, visto de improviso, alborotó bastante a don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; pero don Quijote se alegró al punto, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento y con el ánimo dispuesto a acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta y con voz alta y amenazadora dijo:

—Carretero, cochero o diablo, o lo que seas, no tardes en decirme quién eres, a dónde vas y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Caronte que una carreta de las de ahora.

A lo cual, mansamente, deteniendo el Diablo la carreta, respondió:

—Señor, nosotros somos actores de la compañía de Angulo el Malo. Hemos hecho en un pueblo que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del

Corpus, el auto de *Las Cortes de la Muerte*, y lo vamos a hacer esta tarde en aquel pueblo que se ve desde aquí; y por estar tan cerca y evitar el trabajo de cambiarnos y volvernos a vestir, vamos vestidos con los mismos trajes con que actuamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de Ángel; aquella mujer, que es la del director, va de Reina; el otro, de Soldado; aquel, de Emperador, y yo, de Demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si vuestra merced desea saber de nosotros alguna otra cosa, pregúntemelo, que yo le sabré responder a todo punto por punto, que, como soy demonio, todo lo sé.

—Por la fe de caballero andante —respondió don Quijote— que en cuanto vi este carro imaginé que alguna gran aventura se me ofrecía, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.

Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía que venía vestido de bojiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas; y este mamarracho, llegándose a don Quijote, comenzó a esgrimir el palo y a sacudir el suelo con las vejigas y a dar grandes saltos, tocando los cascabeles. Esta fantasmagoría alborotó a Rocinante, que, sin ser capaz de detenerlo don Quijote, tomó el freno entre los dientes y echó a correr por el campo con más ligereza de la que jamás prometieron los huesos de su osamenta. Sancho, que advirtió el peligro de ser derribado en que iba su amo, saltó del rucio y fue a socorrerlo a toda prisa; pero cuando llegó a él, ya estaba por tierra, y junto a él Rocinante, que se fue al suelo con su amo: consabido fin y paradero de los arrebatos de Rocinante y de sus atrevimientos.

Pero apenas había dejado su caballería Sancho para socorrer a don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campiña hacia el lugar donde iban a hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabía a cuál de las dos necesidades acudir primero; pero, en fin, como buen escudero y como buen criado, pudo más en él el amor a su señor que el cariño a su jumento, aunque cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio eran para él congojas y sustos de muerte, y antes querría que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulación llegó adonde estaba don Quijote harto más maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole a subir sobre Rocinante, le dijo:

—Señor, el Diablo se ha llevado al rucio.

—¿Qué diablo?

—El de las vejigas.

—Pues yo lo recobraré, aunque se encierre con él en los más hondos y oscuros

calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas satisfaré la pérdida del rucio.

—No hay por qué hacer esa diligencia, señor: vuestra merced temple su cólera, que me parece que el Diablo ya ha dejado el rucio, y vuelve a la querencia.

Y así era, porque habiendo caído el Diablo con el rucio, por imitar a don Quijote y a Rocinante, el Diablo se fue a pie al pueblo y el jumento se volvió a su amo.

—Aun así —dijo don Quijote—, estará bien castigar la desvergüenza de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo Emperador.

—Quítesele a vuestra merced eso de la imaginación —replicó Sancho—, y tome mi consejo, y nunca se meta con comediantes, que es gente protegida: actor he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa vuesa merced que, como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías acreditadas del Reino, que todos o la mayoría parecen en sus trajes y compostura unos príncipes.

—Pues ni con esas —respondió don Quijote— se me ha de ir el demonio farsante jactándose, aunque lo proteja todo el género humano.

Y diciendo esto, salió tras la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, e iba dando voces, diciendo:

—¡Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada!, que os quiero dar a entender cómo se ha de tratar a los jumentos y animales que sirven de caballería a los escuderos de los caballeros andantes.

Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Ángel, sin faltar la Reina ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se desplegaron en ala esperando recibir a don Quijote a punta de guijarro. Don Quijote, que los vio puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, tiró de las riendas a Rocinante y se puso a pensar de qué modo los acometería con menos peligro para su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndolo en disposición de acometer al bien formado escuadrón, le dijo:

—Demasiada locura sería intentar tal empresa. Considere vuesa merced, señor mío, que contra tantas peladillas de arroyo no hay otra defensa en el mundo que embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo a un ejército donde está la Muerte y pelean en persona emperadores, y al que ayudan los buenos y los malos ángeles; y si esta consideración no le mueve a estarse quedo, muévale tener la seguridad de que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante.

—Ahora sí has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado propósito. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras muchas veces te he dicho, contra quien no sea caballero armado. A ti te toca, Sancho, si

quieres tomar venganza del agravio que se le ha hecho a tu rucio, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertencias saludables.

—No hay por qué tomar venganza de nadie, señor, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios; además, yo convenceré a mi asno para que ponga su ofensa en manos de mi voluntad, que es vivir pacíficamente los días que los cielos me den de vida.

—Pues esa es tu determinación —replicó don Quijote—, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos a esos fantasmas y volvamos a buscar mejores y más cualificadas aventuras, que yo veo esta tierra con trazas de que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas.

Dicho esto, volvió las riendas, Sancho fue a tomar su rucio, y la Muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta y prosiguieron su viaje. Este feliz final tuvo la temible aventura de la carreta de la Muerte: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dio a su amo, al que al día siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no menor intriga que la pasada.

CAPÍTULO XII

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL BRAVO CABALLERO DE LOS ESPEJOS

La noche que siguió al día de la escaramuza con la Muerte la pasaron don Quijote y su escudero bajo unos altos y umbrosos árboles, tras haber comido don Quijote, animado por Sancho, de lo que venía en las vituallas del rucio, y durante la cena dijo Sancho a su señor:

—Señor, ¡qué tonto habría andado yo si hubiera escogido como recompensa el botín de la primera aventura que vuestra merced acabara, en vez de las crías de las tres yeguas! Bueno, bueno, más vale pájaro en mano que buitre volando.

—Sin embargo —respondió don Quijote—, si tú, Sancho, me hubieras dejado acometer, como yo quería, te hubieran tocado como despojos, por lo menos, la corona de oro de la Emperatriz y las alas pintadas de Cupido, que yo se las habría quitado a la fuerza y te las hubiera puesto en las manos.

—Nunca los cetros y coronas de los cómicos emperadores de la farsa —respondió Sancho Panza— fueron de oro puro, sino de oropel o de hojalata.

—Es verdad, porque estaría fuera de lugar que los atavíos de la comedia fueran finos, y no fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia. Y con ella quiero, Sancho, que te lleves bien, que la aprecies, y por consiguiente a los que las representan y escriben, porque todos son instrumentos para hacer un gran bien a la república, poniéndonos un espejo a cada paso, donde se ven a lo vivo los hechos de la vida humana, y no hay comparación alguna que nos represente más a lo vivo lo que somos y lo que hemos de ser que la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia donde aparezcan reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace de rufián, otro de embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el bobo discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia y quitándose los trajes de ella, quedan todos los recitantes iguales.

—Sí la he visto —respondió Sancho.

—Pues lo mismo acontece en la comedia y trato de este mundo —dijo don Quijote—, donde unos hacen de emperadores, otros de pontífices, y en fin, todas cuantas figuras se pueden poner en una comedia; pero al llegar al final, que es cuando

se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

—Brava comparación —dijo Sancho—, aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y al acabarse el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

—Cada día, Sancho —dijo don Quijote—, te vas haciendo menos simple y más agudo.

—Sí, que algo se me ha de pegar de la agudeza de vuestra merced, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos. Quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que ha caído sobre la estéril tierra de mi seco ingenio, y el cultivo, el tiempo que hace que le sirvo y trato. Y con esto espero dar frutos de mí que sean una bendición, tales que no desdigan ni se desvíen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.

Se rio don Quijote de los rebuscados razonamientos de Sancho, y le pareció que era verdad lo que decía de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, si bien todas o la mayoría de las veces que Sancho quería hablar como en una oposición y a lo cortesano, su discurso acababa por despeñarse del monte de su simplicidad al abismo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen o no viniesen a pelo de lo que trataba, como se habrá visto y advertido en el transcurso de esta historia.

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y a Sancho le entraron ganas de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decía cuando quería dormir, y quitando los arreos al rucio, le dio pasto abundoso y libre. No quitó la silla a Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor no quitarle los arreos a Rocinante mientras anduviesen en campaña o no durmiesen bajo techado: antigua usanza establecida y guardada por los caballeros andantes, quitar el freno y colgarlo del arzón de la silla; pero ¡ojo con quitar la silla al caballo!

Y así lo hizo Sancho, y le dio la misma libertad que al rucio, cuya amistad con Rocinante fue tan única y tan trabada, que hay noticia, por tradición de padres a hijos, de que el autor de esta verdadera historia hizo particulares capítulos de ella, si bien, por guardar la decencia y decoro que se debe a tan heroica historia, no los puso en ella, aunque algunas veces se descuida de este su propósito, y escribe que en cuanto las dos bestias se juntaban, acudían a rascarse el uno al otro, y que después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio (que le sobraba de la otra parte más de media vara) y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, o al menos todo el tiempo que les dejaban o no les obligaba el hambre a buscar sustento. Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad a la que tuvieron Niso y Euríalo, y

Pílades y Orestes; y si esto es así, se puede comprender, para universal admiración, cuán firme debió de ser la amistad de estos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben guardar la amistad los unos con los otros. Por esto se dijo:

No hay amigo para amigo:
las cañas se vuelven lanzas;

y el otro que cantó:

Mejor que los amigos
guarden sus propias chinches.

Y no le parezca a alguno que anduvo el autor algo fuera de camino al haber comparado la amistad de estos animales con la de los hombres, que de las bestias han recibido muchas advertencias los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son: de las cigüeñas, la lavativa; de los perros, el purgarse y el agradecimiento; de las grullas, la vigilancia; de las hormigas, la previsión; de los elefantes, el recato, y la lealtad, del caballo.

Al final, Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote dormitando al de una robusta encina. Pero no había pasado mucho tiempo, cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso a mirar y escuchar de dónde procedía el ruido, y vio que eran dos hombres a caballo, y que uno, bajándose de la silla, le dijo al otro:

—Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos, que a mi parecer este sitio abunda de hierba para ellos, y del silencio y soledad de los que tienen menester mis amorosos pensamientos.

El decir esto y el tumbarse en el suelo fue todo a un tiempo, y al echarse hicieron ruido las armas con que venía armado, manifiesta señal por donde conoció don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose a Sancho, que dormía, lo trabó del brazo, y con no pequeño trabajo lo despertó, y en voz baja le dijo:

—Sancho, hermano, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena. ¿Y adónde está, señor mío, esa su merced señora aventura?

—¿Dónde, Sancho? Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido a un caballero andante, que, a lo que a mí se me trasluce, no debe de estar demasiado alegre, porque le vi apearse del caballo y tumbarse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas.

—¿Y en qué halla vuesa merced que esta sea aventura?

—No quiero yo decir que esta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aquí comienzan las aventuras. Pero escucha, que parece que está templando un

laúd o vihuela, y según carraspea y se aclara la garganta, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea. Escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazón habla la lengua.

Quería replicar Sancho a su amo, pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atentos, oyeron que lo que cantó fue este soneto:

—Dadme, señora, un proceder que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado;
que será de la mía así estimado,
que jamás en un algo de él desdiga.
Si gustáis que callando mi fatiga
muera, tenedme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo amor la diga.
A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.
Blando cual es, o fuerte, ofrezco el pecho:
imprimid o grabad lo que os dé gusto,
que yo guardarlo eternamente juro.

Con un ¡ay!, arrancado al parecer de lo íntimo de su corazón, dio fin a su canto el Caballero del Bosque, y de allí a un rato, con voz doliente y lastimada, dijo:

—¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que hayas de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya haber hecho que te confiesen como la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los andaluces, todos los castellanos, y también todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no —dijo en aquel punto don Quijote—, que yo soy de la Mancha y nunca he confesado tal, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial para la belleza de mi señora; y este caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos: quizá se explique más.

—Lo hará —replicó Sancho—, que lleva trazas de quejarse un mes seguido.

Pero no fue así, porque habiendo oído el Caballero del Bosque que hablaban cerca de él, sin seguir con su lamentación se puso en pie y dijo con voz sonora y

comedida:

—¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, o de los afligidos?

—De los afligidos —respondió don Quijote.

—Pues lléguese a mí —respondió el del Bosque— y verá que se llega a la misma tristeza y a la aflicción misma.

Don Quijote, que se vio responder tan tierna y comedidamente, se llegó a él, y Sancho ni más ni menos.

El caballero lamentador asió a don Quijote del brazo, diciendo:

—Sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la caballería andante, me basta el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

—Caballero soy, y de la profesión que decís. Y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado de ella la compasión que tengo de las desdichas ajenas. De lo que cantasteis hace un rato colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que tenéis a aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrasteis.

Ya cuando esto hablaban estaban sentados juntos sobre la dura tierra, en buena paz y compañía, como si al romper el día no se hubieran de romper las cabezas.

—¿Por ventura, señor caballero —preguntó el del Bosque a don Quijote—, sois enamorado?

—Por desventura lo soy —respondió don Quijote—, aunque los daños que nacen de los pensamientos bien puestos se deben tener más por gracias que por desdichas.

—Es verdad —replicó el del Bosque—, mientras los desdenes no nos turben la razón y el entendimiento, que, siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fui desdeñado por mi señora —respondió don Quijote.

—No, desde luego —dijo Sancho, que estaba allí al lado—, porque es mi señora como una borrega mansa, y más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero este? —preguntó el del Bosque.

—Lo es —respondió don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero que se atreva a hablar donde habla su señor; al menos, ahí está ese mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya despegado los labios donde yo hablo.

—Pues la verdad —dijo Sancho— que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan… Vamos a dejarlo aquí, que es peor meneallo.

El escudero del Bosque asió por el brazo a Sancho, diciéndole:

—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto queramos, y dejemos a estos señores amos nuestros que se descuernen, contándose las historias de sus amores, que a buen seguro que les ha de coger el día en ellas y no las habrán acabado.

—Sea en buena hora —dijo Sancho—, y yo le diré a vuestra merced quién soy, para que vea si puedo codearme con los más hablantes escuderos.

Con esto se apartaron los dos escuderos, y entre ellos tuvo lugar un tan gracioso coloquio, como serio fue el que mantuvieron sus señores.

CAPÍTULO XIII

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE, CON EL PONDERADO, NOVEDOSO Y SUAVE COLOQUIO QUE MANTUVIERON LOS DOS ESCUDEROS

Separados estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas y aquellos sus amores, pero la historia cuenta primero la conversación de los mozos y luego prosigue con la de los amos. Y así, dice que, apartándose un poco de ellos, el del Bosque dijo a Sancho:

—Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan con el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios a nuestros primeros padres.

—También se puede decir —añadió Sancho— que lo comemos con el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién pasa más calor y más frío que los miserables escuderos de la caballería andante? Y aún menos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son menos, pero alguna vez hay que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos, si no es del viento que sopla.

—Todo eso se puede llevar y conllevar —dijo el del Bosque— con la esperanza que tenemos del premio; porque si no es muy desgraciado el caballero andante a quien sirve un escudero, por lo menos a pocos lances se verá premiado con el hermoso gobierno de alguna ínsula, o con un condado de buen ver.

—Yo —replicó Sancho— ya he dicho a mi amo que me contento con el gobierno de una ínsula, y él es tan noble y tan generoso, que me lo ha prometido muchas y diversas veces.

—Yo —dijo el del Bosque— con una canonjía quedaría satisfecho de mis servicios, y ya me la tiene ofrecida mi amo, ¡y cómo!

—Debe de ser su amo de vuesa merced —dijo Sancho— caballero a lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes a sus buenos escuderos; pero el mío es meramente lego, aunque yo me acuerdo cuando personas instruidas, pero a mi parecer malintencionadas, le querían aconsejar que procurase ser arzobispo, pero él no quiso ser sino emperador, y yo estaba entonces temblando por si le venía el deseo de ser de la Iglesia, por no estar yo habilitado para tal oficio; porque le hago saber a vuesa merced que, aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia.

—Pues la verdad es que está muy equivocado vuesa merced, porque los gobiernos insulanos no son todos venturosos. Algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos melancólicos y, en fin, el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades que pone sobre los hombros del desdichado al que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos a nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando o pescando, porque ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo que le falte un rocín y un par de galgos y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea?

—A mí no me falta nada de eso —respondió Sancho—. Verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo. Mala pascua me dé Dios y sea la próxima que venga, si lo trocara por él, ¡ni dándome encima cuatro fanegas de cebada! A broma se tomará vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio, pardo claro, es el color de mi jumento. Y galgos no me habían de faltar, habiéndolos sobrados en mi pueblo; además, la caza da más gusto cuando se hace a costa ajena.

—Real y verdaderamente, señor escudero, tengo propuesto y determinado dejar los disparates de estos caballeros y retirarme a mi aldea, y criar a mis hijitos, que tengo tres como tres perlas orientales.

—Dos tengo yo —dijo Sancho—, que pueden ofrendárseles al papa en persona, especialmente una muchacha, a quien crío para condesa, si Dios lo tiene a bien, y aun a pesar de su madre.

—¿Y qué edad tiene esa señora que se cría para condesa?

—Quince años, dos arriba o abajo, pero es tan alta como una lanza y tan fresca como una mañana de abril, y tiene la fuerza de un gañán.

—Atributos son esos no solo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Hijaputa, la puta, y lo maciza que debe de estar la muy bellaca!

—Ni ella es puta —respondió Sancho, algo picado—, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, si Dios quiere, mientras yo viva. Y háblese más comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la cortesía misma, no me parecen muy concertadas esas palabras.

—¡Qué poco sabe vuesa merced de asuntos de alabanzas, señor escudero! —replicó el del Bosque—. ¿Es que no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, o cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: «¡Hijoputa, la puta, y qué bien lo ha hecho!», y aquello que parece vituperio, en esa ocasión es alabanza notable? Y renegad vos, señor, de los hijos o hijas que no hacen obras que merezcan que se les den a sus padres loores semejantes.

—Sí que reniego, y de ese modo y por esa misma razón podía echarme vuestra merced a mí y a mis hijos y a mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas. Y para volverlos a ver

ruego yo a Dios me saque de pecado mortal, que lo mismo será si me saca de este peligroso oficio de escudero, en el que he incurrido por segunda vez, cebado y engañado por una bolsa con cien ducados que hallé un día en el corazón de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, allá sí, un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso lo toco con la mano y me abrazo a él y lo llevo a mi casa y lo presto y vivo de las rentas como un príncipe. Y el rato que pienso en esto se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.

—Por eso —respondió el del Bosque— dicen que la codicia rompe el saco; y si de locos se trata, no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos de quienes dicen: «Cuidados ajenos matan al asno»; pues para que otro caballero cobre el juicio que ha perdido, él se hace el loco y anda buscando lo que no sé si después de hallado no tendrá que lamentar.

—¿Y, por casualidad, es enamorado?

—Sí, de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda y la más asada señora que pueda hallarse en todo el orbe; pero no cojea él del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ya se verá antes de no muchas horas.

—No hay camino tan llano —replicó Sancho— que no tenga algún tropezón o barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mía, a calderadas; más acompañantes y paniaguados debe de tener la locura que la discreción. Pero si es verdad lo que comúnmente se dice, que el tener compañeros en las fatigas suele servir de alivio en ellas, con vuestra merced podré consolarme, pues sirve a otro amo tan tonto como el mío.

—Tonto, pero valiente, y más bellaco que tonto y que valiente.

—Eso no es el mío, digo, que no tiene nada de bellaco, al contrario, tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna; un niño le convencería de que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las entretelas de mi corazón, y no me soy capaz de dejarlo, por más disparates que haga.

—Con todo, hermano y señor —dijo el del Bosque—, si el ciego guía al ciego, ambos corren peligro de caer en el hoyo. Mejor sería retirarnos a paso ligero, y volvernos a nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.

Escupía Sancho a menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, y visto y notado eso por el caritativo bosqueril escudero, dijo:

—Me parece que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo traigo un despegador colgado del arzón de mi caballo, que no está nada mal.

Y, levantándose, volvió de allí al poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es por alabarla, pero era de un conejo albar tan grande, que Sancho, al tocarla, creyó que era no ya de cabrito, sino de algún cabrón, lo que le hizo decir:

—¿Y esto trae vuestra merced consigo, señor?

—¿Pues qué se pensaba? —respondió el otro—. ¿Soy yo por ventura algún escudero paniaguado? Traigo mejores provisiones yo en las ancas de mi caballo que las que lleva consigo un general cuando va de camino.

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba a oscuras bocados como nudos de soga, y dijo:

—Vuestra merced sí que es escudero fiel y leal, y no moliente y corriente, sino magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamiento, al menos lo parece; y no como yo, mísero y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso, y tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante, y cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces que le hacen compañía, gracias a la austeridad de mi señor, y a la opinión que tiene y regla que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutos secos y con las hierbas del campo.

—Por mi fe, hermano —replicó el del Bosque—, que yo no tengo hecho el estómago a cardillos, ni a peras silvestres, ni a raíces de los montes. Allá se las compongan nuestros amos con sus opiniones y leyes caballerescas, y coman ellos lo que quieran. Fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por si acaso, y es tan devota mía y la quiero tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto se la puso en las manos a Sancho, que empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y cuando acabó de beber dejó caer la cabeza a un lado, y dando un gran suspiro dijo:

—¡Hijoputa, andá que no está bueno el bellaco!

—¿Lo veis —dijo el del Bosque al oír el «hijoputa» de Sancho cómo habéis alabado este vino llamándole hijoputa?

—Digo, confieso y reconozco que no es deshonra llamar hijo de puta a nadie cuando se lleva pensamiento de alabarlo. Pero dígame, señor, por la gloria de su madre: ¿este vino no es de Ciudad Real?

—¡Buen catador! —respondió el del Bosque—. Es verdad, de ningún otro sitio, y tiene ya sus años.

—¡A mí con esas! —dijo Sancho—. No pensaríais que se me iba a pasar por alto saber de dónde era. ¿Y no es raro, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que, dándome a oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor, el año y el trasiego que tuvo, con todas las circunstancias que le atañen? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de padre a los dos más excelentes catadores que conoció en largos años la Mancha, y como prueba de esto ahora diré lo que les sucedió. Les dieron a los dos a probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, calidad, bondad o malicia del vino. Lo probó uno con la punta de la lengua; el otro no hizo más que llegarlo a las narices. El primero dijo que aquel vino sabía a hierro; el segundo dijo que sabía más a

cuero. El dueño dijo que la cuba estaba limpia y que aquel vino no tenía adobo alguno por donde hubiese tomado sabor a hierro ni a cuero. Con todo, los dos famosos catadores se reafirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, se vendió el vino, y al limpiar la cuba hallaron en ella una llave pequeña, prendida con una correa de cuero. Para que vea vuestra merced si quien viene de esta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo —dijo el del Bosque— que nos dejemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y volvámonos a nuestras chozas, que allí nos hallará Dios, si Él quiere.

—Hasta que mi amo llegue a Zaragoza, le serviré, y después ya nos entenderemos.

Al final, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela hubiera sido imposible. Y así, asidos los dos de la bota ya casi vacía, con los bocados a medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora, para contar lo que el Caballero del Bosque habló con el de la Triste Figura.

CAPÍTULO XIV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE

Entre las muchas cosas que hablaron don Quijote y el Caballero de la Fronda, dice la historia que el del Bosque dijo a don Quijote:

—En fin, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o mejor dicho, mi elección, me trajo a enamorarme de la sin par Casildea de Vandalia. La llamo sin par porque no lo tiene, ni en la majestad del cuerpo, ni en lo extremo de su condición y hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrastra a Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen número, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de su pueblo, es la más movible e inconstante mujer del mundo. Llegué, la vi y la vencí, y la hice estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. También hubo una vez que me mandó fuese a pesar las antiguas piedras de los descomunales Toros de Guisando, empresa más para encomendarse a gañanes que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le trajese detallada relación de lo que se encierra en aquella oscura profundidad. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los Toros de Guisando, me despeñé en la sima y saqué a la luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas, más muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes, más vivos que vivos. En fin, lo último que me ha mandado es que vaya por todas las provincias de España y haga confesar a todos los caballeros andantes que vaguen por ellas que sola ella es la más aventaja da en hermosura de cuantas viven hoy, y que yo soy el más valiente y el más enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido a muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme. Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y hecho confesar que mi Casildea es más hermosa que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido a todos los

caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los ha vencido a todos, y habiéndolo yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se han transferido y pasado a mi persona,

y tanto el vencedor es más honrado
cuanto más el vencido es reputado;

así que ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido don Quijote.

Admirado quedó don Quijote al oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua, pero se reportó lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente, le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido a la mayoría de los caballeros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero el que haya vencido a don Quijote de la Mancha, lo pongo en duda. Podría ser que fuese otro que se le pareciese, aunque hay pocos que se le parezcan.

—¿Cómo que no? —replicó el del Bosque—. Por el cielo que nos cubre que peleé con don Quijote, y lo vencí y rendí. Es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. Campea bajo el nombre del Caballero de la Triste Figura y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y, en fin, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo (como la mía, que por llamarse Casilda y ser de Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia). Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que le hará dar crédito a la misma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero —dijo don Quijote—, y escuchad lo que os quiero decir. Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que tengo en este mundo, y tanto, que podré decir que lo tengo por mi misma persona, y que por las señas que de él me habéis dado, tan detalladas y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos que no es posible que sea él mismo, a menos que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario lo persigue, no haya tomado alguno de ellos su figura para dejarse vencer, por defraudarle la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por toda la tierra. Y para confirmación de esto, quiero también que sepáis que esos tales encantadores contrarios suyos no hace ni dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y de esta manera habrán transformado a don Quijote. Y si todo esto no basta para haceros entender esta verdad que digo, aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas, a pie o a

caballo, o de cualquier suerte que os agrade.

Y diciendo esto se puso en pie y empuñó la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque, quien, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas: el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros con vuestro propio aspecto. Pero porque no está bien que los caballeros hagan sus hechos de armas a oscuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el día, para que el sol vea nuestras obras. Y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido quede a la voluntad del vencedor, para que haga de él todo lo que quiera, siempre que lo que se le ordene sea digno de un caballero.

—Estoy más que contento con esa condición y acuerdo —respondió don Quijote.

Y diciendo esto se fueron adonde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les asaltó el sueño. Los despertaron y les mandaron que tuviesen a punto los caballos, porque en cuanto saliese el sol iban a hacer los dos una sangrienta, singular y gran batalla, a cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, atemorizado por la vida de su amo, y por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos a buscar su ganado, que ya los tres caballos y el rucio se habían olido y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque a Sancho:

—Ha de saber, hermano, que los que se pelean en Andalucía tienen por costumbre, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano mientras sus ahijados riñen. Lo digo porque esté advertido de que mientras nuestros dueños riñen, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero —respondió Sancho—, allá puede correr y usarse entre los rufianes y peleantes a los que se refiere, pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso. Por lo menos yo no he oído decir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la caballería andante. Además, aun aceptando que eso de pelear los escuderos mientras sus señores pelean sea verdad y ordenanza expresa, yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que esté impuesta a esos escuderos pacíficos, que estoy seguro que no pasará de dos libras de cera, y más quiero pagar esas libras, porque sé que me costarán menos que las vendas que acabaré gastando en curarme la cabeza, que ya la doy por partida y dividida en dos partes. Y hay más aún: me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida la he llevado.

—Para eso sé yo un buen remedio —dijo el del Bosque—: traigo yo aquí dos talegas de lienzo, de un mismo tamaño; tomaréis vos una y yo otra, y reñiremos a talegazos, con armas iguales.

—De esa manera, sea en buena hora —respondió Sancho—, porque antes servirá esa pelea para desempolvarnos que para herirnos.

—No será así —replicó el otro—, porque hay que echar dentro de las talegas, para que no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y de esta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.

—¡Mirad, por mi padre, qué martas *cebollinas* o qué copos de algodón cardado ponéis en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos polvo los huesos! Pero aunque se llenen de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá ellos, y bebamos y vivamos nosotros, que ya se cuida el tiempo de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando tónicos para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se caigan de maduras.

—Con todo —replicó el del Bosque—, hemos de pelear siquiera media hora.

—Que no. No seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe disputa alguna, por mínima que sea; y sobre todo, que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se va a animar a reñir a secas?

—Para eso —dijo el del Bosque— yo daré un remedio suficiente, y es que, antes que comencemos la pelea, yo me llegue bonitamente a vuestra merced y le dé tres o cuatro bofetadas que le pongan a mis pies, y con ellas le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese toque me sé yo otro que no le va a la zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue a despertarme la cólera, haré yo dormir la suya a garrotazos, de tal suerte que no despierte si no es en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me deje manosear el rostro por nadie. Y cada uno atienda a lo suyo, y aun lo más acertado sería que cada uno dejara dormir su cólera, que nadie conoce el alma de nadie, y el que va por lana suele volver trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas. Porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, sabe Dios en lo que podré volverme. Y así, desde ahora le conmino a vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien —replicó el del Bosque—. Amanecerá Dios y medraremos.

En esto ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la enhorabuena y saludaban a la fresca aurora, que iba ya descubriendo la hermosura de su rostro por las puertas y balcones del oriente, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las hierbas, parecía también que ellas brotaban y llovían blanco y menudo nácar; los sauces destilaban maná sabroso, se reían las fuentes, murmuraban los arroyos, se alegraban los bosques y se enriquecían los prados con su venida.

Pero apenas dio lugar la claridad del día para ver y distinguir las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. Se cuenta que era, en efecto, de grandeza desmesurada, corva en la mitad, y toda llena de verrugas,

de color amoratado, como de berenjena. Le bajaba dos dedos más abajo de la boca, y su gran tamaño, color, verrugas y encorvamiento le afeaban tanto el rostro, que cuando Sancho lo vio comenzó a temblotear de pies y manos, como niño con tiritera, y decidió en su corazón dejarse dar doscientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró a su competidor y lo halló con la celada ya puesta y calada, de modo que no le pudo ver el rostro, pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre la coraza traía una ruana o casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; le volaban sobre la celada gran cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa, y con un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo advirtió don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que aquel caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes al contrario, con gentil denuedo dijo al Caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, para que yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde a la de vuestro porte.

—Tanto si salís de esta empresa vencido o vencedor, señor caballero —respondió el de los Espejos—, os quedará tiempo y espacio de sobra para verme; y si ahora no satisfago vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tarde en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos a caballo, bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijisteis haber vencido.

—A eso respondemos que os parecéis al mismo caballero que yo vencí como se parece un huevo a otro; pero como vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el susodicho o no.

—Eso me basta a mí —respondió don Quijote— para que crea que estáis en un engaño; sin embargo, para sacaros de él de todo punto, vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardéis en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron a caballo, y don Quijote volvió las riendas a Rocinante para tomar lo que convenía del campo, para volver a encontrar a su rival, y lo mismo hizo el de los Espejos. Pero no se había apartado don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y, parándose a mitad de su trecho, el de los Espejos le dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como antes he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

—Ya lo sé —respondió don Quijote—, con tal que lo que se le imponga y mande

al vencido sean cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende —respondió el de los Espejos.

Se le ofrecieron en esto a la vista de don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto, que lo juzgó por algún monstruo o por hombre de nueva especie y de aquellos que no se ven por el mundo. Sancho, que vio partir a su amo para tomar carrera, no quiso quedarse a solas con el narigudo, temiendo que con solo un meneo de aquellas narices en las suyas se acabaría su pendencia, quedando del golpe o del miedo tendido en el suelo, y se fue tras su amo, asido al estribo de Rocinante. Y cuando le pareció que había llegado el momento de darse la vuelta, le dijo:

—Suplico a vuesa merced, señor mío, que antes que se dé la vuelta para ir a su encuentro me ayude a subir a aquel alcornoque, desde donde podré ver más a mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho —dijo don Quijote—, que te quieres encaramar y subir al andamio por ver sin peligro los toros.

—A decir verdad, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

—La verdad es que son tales, que, de no ser yo quien soy, también me asombrarían; y así, ven, voy a ayudarte a subir donde dices.

En lo que se detuvo don Quijote para que Sancho subiese al alcornoque, tomó el de los Espejos lo que le pareció necesario del campo, y creyendo que lo mismo había hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas a su caballo, que no era más ligero ni de mejor aspecto que Rocinante, y a todo su correr, que era un mediano trote, iba al encuentro de su enemigo; pero viéndolo ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y se paró en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, porque ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas a los esquéleticos ijares de Rocinante y le hizo aguijar de tal manera, que cuenta la historia que solo por esta vez se supo que había corrido algo, porque todas las demás fueron siempre trotes declarados, y con esta no vista furia llegó adonde el de los Espejos estaba hincando las espuelas a su caballo hasta los talones, sin que lo pudiese mover un solo dedo del lugar donde se había estancado su carrera.

En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote a su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca acertó o no tuvo ocasión de ponerla en ristre. Don Quijote, que no reparaba en estos inconvenientes, a salvo y sin peligro alguno topó al de los Espejos, con tanta fuerza, que para su desgracia le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dio señales de que estaba muerto.

Apenas Sancho lo vio caído, se deslizó del alcornoque y fue a toda prisa adonde estaba su señor, y este, apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos; y

quitándole las lazadas del yelmo para ver si estaba muerto, o para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vio… ¿Quién podrá decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oigan? Vio, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la apariencia misma del bachiller Sansón Carrasco; y nada más verla, dijo a voces:

—¡Acude, Sancho, y mira lo que vas a ver y no vas a creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores!

Llegó Sancho, y en cuanto vio el rostro del bachiller Carrasco comenzó a hacerse mil cruces y a santiguarse otras tantas. Entretanto, el derribado caballero no daba muestras de estar vivo, y Sancho dijo a don Quijote:

—Soy del parecer, señor mío, que, por si acaso, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca a este que parece el bachiller Sansón Carrasco: quizá mate en él a alguno de los encantadores enemigos suyos.

—No dices mal —dijo don Quijote—, porque de los enemigos, los menos.

Y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y a grandes voces dijo:

—¡Mire vuesa merced lo que hace, señor don Quijote, que ese que tiene a los pies es el bachiller Sansón Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero!

Y viéndolo Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

—¿Y las narices?

—Aquí las tengo, en la faltriquera.

Y echando mano a la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la hechura que queda dicha. Y mirándolo más y más Sancho, con voz asombrada y alta dijo:

—¡Válgame Santa María! ¿No es este Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre?

—¡El mismo! —respondió el ya desnarigado escudero—. Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y ahora os diré los conductos, embustes y enredos por donde he llegado hasta aquí, y mientras tanto pedid y suplicad a vuestro amo y señor que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que tiene a sus pies, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado bachiller Sansón Carrasco, nuestro vecino.

En esto, volvió en sí el de los Espejos, y al verlo don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo:

—Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea de Vandalia; y además de esto, si salís con vida de esta contienda y caída, habéis de prometer ir a la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más le venga en gana; y si os deja libre, asimismo habéis de volver a buscarme, a decirme lo que hayáis hablado con ella, que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga adonde yo esté; condiciones que, conforme a las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los

términos de la andante caballería.

—Confieso —dijo el caído caballero— que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo ir y volver de su presencia a la vuestra y daros entera y detallada cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer —añadió don Quijote— que aquel caballero que vencisteis no fue ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que se le parece, y que en su figura me lo han puesto aquí mis enemigos para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís —respondió el derrengado caballero—. Dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que bastante maltrecho me tiene.

Le ayudó a levantar don Quijote, y Tomé Cecial, su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; pero la impresión que había hecho en Sancho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco no le dejaba dar crédito a la verdad que estaba mirando con los ojos. Al final, amo y mozo se quedaron con este engaño, y el de los Espejos y su escudero, sombríos y malandantes, se apartaron de don Quijote y Sancho con intención de buscar algún lugar donde ponerle unos emplastos y entablillarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron a proseguir su camino a Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV

DONDE SE CUENTAN LAS RAZONES DEL CABALLERO DE LOS ESPEJOS PARA BUSCAR A DON QUIJOTE

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado la victoria sobre tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora seguía adelante, pues era forzoso que ese vencido caballero volviese, so pena de no serlo, a darle cuenta de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero una cosa pensaba don Quijote y otra el de los Espejos, ya que por entonces su pensamiento no era otro que buscar donde ponerse los emplastos, como se ha dicho.

Dice, pues, la historia que cuando el bachiller Sansón Carrasco aconsejó a don Quijote que volviese a proseguir sus dejadas caballerías, fue por haber combinado antes con el cura y el barbero lo que se podría hacer para convencer a don Quijote de que se sujetara en su casa quieto y sosegado, sin que lo alborotasen sus mal buscadas aventuras, y de aquel consejo salió, por voto común de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir a don Quijote (pues el detenerlo parecía imposible), y que Sansón le saliese al camino como caballero andante y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor, y así, vencido don Quijote, le mandaría el bachiller caballero que se volviese a su pueblo y casa y no saliese de ella en dos años, o en tanto no le mandase él otra cosa, lo que estaba claro que don Quijote vencido cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar a las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades o se pudiese buscar algún conveniente remedio a su locura.

Lo aceptó Carrasco, y se le ofreció por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y con los cascos huecos. Se armó Sansón como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, para que no fuese reconocido por su compadre cuando se viesen. Y así, siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote (y a punto estuvieron de hallarse en la aventura del carro de la Muerte), y por fin dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el avisado lector ha leído. Y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se persuadió de que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller hubiera quedado imposibilitado para siempre de

graduarse de licenciado, por no haber hallado ni nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vio cuán malogrados habían quedado sus deseos y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller:

—Ciertamente, señor Sansón Carrasco, tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero la mayoría de las veces se sale de ella con dificultad. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora quién es más loco: el que lo es por no poder evitarlo, o el que lo es por su voluntad.

A lo que respondió Sansón:

—La diferencia que hay entre esos dos locos es que el que lo es a la fuerza lo será siempre, y el que lo es por gusto lo dejará de ser cuando quiera.

—Pues así es —dijo Tomé Cecial—, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme a mi casa.

—Eso es lo que os conviene a vos —respondió Sansón—, pero pensar que yo he de volver a la mía sin antes haber molido a palos a don Quijote es pensar en lo imposible. Y no será ahora el deseo de que recobre su juicio lo que me lleve a buscarle, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer discursos más piadosos.

Y fueron conversando los dos de esto, hasta que llegaron a un pueblo donde fue ventura hallar un sanador que curara al desgraciado Sansón. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza, y la historia vuelve a hablar de él a su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UN DISTINGUIDO CABALLERO DE LA MANCHA

Con la alegría, contento y orgullo que se ha dicho, seguía don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria que era el caballero andante más valiente que tenía el mundo en aquel siglo. Daba por acabadas y conducidas a feliz término cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí en adelante; tenía en poco los encantamientos y a los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que le habían dado en el transcurso de sus caballerías, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni de la ingratitud de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses; y en fin, decía para sí que si él hallara arte, modo o manera de desencantar a su señora Dulcinea, no envidiaría la mayor ventura que alcanzó o pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los siglos pasados. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo:

—¿No es extraño, señor, que siga trayendo entre los ojos las desa foradas narices, y de marca mayor, de mi compadre Tomé Cecial?

—¿Y crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial, tu compadre?

—No sé qué decir de eso, solo sé que los detalles que me dio de mi casa, mujer e hijos no me los podría dar más que él mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared por medio de mi misma casa, y el tono del habla era igual.

—Vamos a ver, Sancho. Ven acá: ¿en qué consideración puede caber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, a pelear conmigo? ¿Por casualidad he sido yo su enemigo? ¿Le he dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival o hace él profesión de las armas por tener envidia de la fama que yo he ganado por ellas?

—¿Qué diremos entonces, señor, a esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero, a Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamiento, como vuestra merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos a quienes parecerse?

—Todo es artificio y maquinación de los malignos magos que me persiguen, quienes, previendo que yo iba a quedar vencedor en la contienda, se previnieron de

que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, para que la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y de esta manera quedase con vida el que con embelecos y falsedades procuraba quitarme la mía. Para prueba de esto ya sabes, Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, qué fácil les resulta a los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no hace dos días que viste con tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su perfección y natural conformación, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora, yo con cataratas en los ojos y ella con mal olor de boca. Y además: el perverso encantador que se atrevió a hacer una transformación tan despiadada no es extraño que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre, por quitarme de las manos la gloria del vencimiento. Pero, con todo, me consuelo, porque, en fin, en cualquier figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo.

—Dios sabe la verdad de todo —respondió Sancho.

Y como él sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo, pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas pláticas estaban, cuando los alcanzó un hombre que venía detrás de ellos por el mismo camino en una muy hermosa yegua tordilla, vestido con un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; los arreos de la yegua eran de campo y de viaje, también de leonado y verde; traía un alfanje morisco colgando de un ancho tahalí verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por ir tan bien con todo el vestido, lucían mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó a ellos, el caminante los saludó cortésmente, y, picando la yegua, pasaba de largo, pero don Quijote le dijo:

—Distinguido señor, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros y no le importa el darse prisa, recibiría yo una gran merced en que nos fuésemos juntos.

—La verdad —respondió el de la yegua— que no habría pasado tan de largo si no fuera por temor a que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo.

—Bien puede, señor —respondió a esta sazón Sancho—, tener de las riendas a su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo: jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó a hacerla la pagamos mi señor y yo más que de sobra. De nuevo le digo que puede vuestra merced detenerse si quiere, que aunque se la sirvan en bandeja, a buen seguro que el caballo no la prueba.

Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, que iba sin celada, pues la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde a don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde, por parecerle hombre hecho y derecho. La edad

mostraba ser de cincuenta años; las canas, pocas, y el rostro, aguileño; la vista, entre alegre y grave; por último, en el traje y apostura daba a entender que era hombre de bien. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo verde fue que jamás había visto un hombre con semejante aspecto: le admiró la delgadez de su caballo, su alto talle, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto desde largos tiempos atrás en aquella tierra. Advirtió bien don Quijote la atención con que el caminante le miraba y en el asombro le leyó su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto a todos, antes que le preguntase nada le salió al paso, diciéndole:

—Esta figura que vuesa merced ha visto en mí, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado, pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero

de estos que dicen las gentes
que a sus aventuras van.

Salí de mi tierra, empeñé mi hacienda, dejé mi regalada vida y me entregué a los brazos de la fortuna, para que me llevase donde mejor tuviese a bien. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y hace muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome allá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o la mayoría de las naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares de veces, si el cielo no lo remedia. En fin, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura. Y aunque las alabanzas propias envilecen, me es forzoso decir yo por esta vez las mías, sabiendo que no se haya presente otro que las diga. Así que, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo ni escudero, ni todas estas armas juntas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi extremada delgadez os podrán admirar de aquí en adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que ejerzo.

Después de decir esto, calló don Quijote, y el de lo verde, según tardaba en responderle, parecía que no acertaba a hacerlo, pero de allí a un rato le dijo:

—Acertasteis, señor caballero, a conocer por mi asombro mi deseo, pero no habéis acertado a quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que aunque, como vos, señor, decís, el saber ya quién sois me la podría quitar, no ha sido así; al contrario, ahora que lo sé, quedo más suspenso y maravillado. ¿Cómo es posible que haya hoy caballeros andantes en el mundo, y que haya historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo

hubiera creído si no lo hubiera visto con mis ojos en vuesa merced. ¡Bendito sea el cielo!, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.

—Hay mucho que decir —respondió don Quijote— sobre eso de si son fingidas o no las historias de los andantes caballeros.

—¿Pues hay quien dude —respondió el Verde— que son falsas tales historias?

—Yo lo dudo, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero, si Dios quiere, dar a entender a vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.

De estas últimas palabras de don Quijote tomó barruntos el caminante de que don Quijote debía de ser algún perturbado, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que la conversación se desviase, don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado cuenta de su condición y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gabán:

—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un pueblo adonde iremos a comer hoy, si Dios lo tiene a bien. Soy más que medianamente rico y mi nombre es don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ocupaciones son las de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido. Tengo unas seis docenas de libros, unos en castellano y otros en latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, siempre que sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, aunque de estos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados y nada escasos; ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas ni acecho el comportamiento de los otros; oigo misa cada día, reparto de mis bienes a los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que calladamente se apoderan del corazón más recatado; procuro que hagan las paces los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor.

Atentísimo estuvo Sancho a la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo, y pareciéndole buena y santa y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio y corrió a asirle el estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó:

—¿Qué hacéis, hermano? ¿Qué besos son estos?

—Déjenme besárselos —respondió Sancho—, porque me parece vuesa merced el primer santo a caballo que he visto en todos los días de mi vida.

—No soy santo —respondió el hidalgo—, sino gran pecador; vos, hermano, sí que debéis de ser bueno, como lo muestra vuestra simplicidad.

Volvió Sancho a subir a la albarda, después de haber arrancado la risa de la profunda melancolía de su amo y causado nueva admiración a don Diego. Le preguntó don Quijote cuántos hijos tenía, añadiendo que una de las cosas en que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos y en tener muchos y buenos hijos.

—Yo, señor don Quijote —respondió el hidalgo—, tengo un hijo, que, de no tenerlo, quizá me juzgaría por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Tiene dieciocho años; seis ha estado en Salamanca, aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que se pusiese a estudiar otras ciencias, lo hallé tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacer le arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni la reina de todas, la teología. Querría yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en un estercolero. Todo el día se le pasa en averiguar si Homero dijo bien o mal en tal verso de la *Ilíada*; si Marcial anduvo deshonesto o no en tal epigrama; si se han de entender de una manera u otra tales y tales versos de Virgilio. En fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo, que de los modernos no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener a la poesía en nuestra lengua, le tiene sorbido el seso el hacer una glosa a cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son para una justa literaria.

—Los hijos, señor —replicó don Quijote—, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, sean buenos o malos, como se quieren las almas que nos dan vida. A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarlos a que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no les hará daño, y cuando no hay que estudiar para ganarse el pan, siendo tan venturoso el estudiante a quien el cielo le dio padres que se lo dejan resuelto, sería yo del parecer que le dejen seguir aquella ciencia a la que le vean más inclinado; y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar a quien las posee. La poesía, señor hidalgo, a mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, a la que tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas tienen que acreditarse con ella; pero esta doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella está hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de

inestimable precio; el que la tenga la tiene que tener a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no debe ser vendible en ninguna manera, a menos que lo sea en poemas heroicos, en tragedias tristes o en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar por los truhanes, ni por el vulgo ignorante, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que se encierran en ella. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y principal, puede y debe entrar en la consideración de vulgo. Y así, el que trate y tenga a la poesía con los requisitos que he dicho será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones civilizadas del mundo. Y a lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía en lengua romance, me doy a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el gran Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio tampoco escribió en griego, porque era latino; en conclusión, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para manifestar la excelencia de sus conceptos; y siendo esto así, sería razonable que se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase al poeta alemán porque escribe en su lengua, ni al castellano, ni aun al vizcaíno que escribe en la suya. Pero vuestro hijo, a lo que yo, señor, imagino, no debe de estar a mal con la poesía en lengua romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden a su natural impulso, y aun en esto puede haber yerro, porque, según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir que el poeta natural sale poeta del vientre de su madre, y con aquella inclinación que le dio el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas, que hacen verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, un Dios está en nosotros, etc. También digo que el poeta natural que se ayude del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que quiera serlo solo por saber el arte: la razón es porque el arte no se aventaja a la naturaleza, sino que la perfecciona; así que, mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar a su hijo por donde le llama su estrella, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felizmente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas subirá por sí mismo a la cumbre de las letras humanas, que tan bien parecen en un caballero de capa y espada y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras a los obispos o como las togas a los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced a su hijo si hace sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguelo, y rómpaselas; pero si hace sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábelo, porque es lícito al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, e igual de los otros vicios, con tal que no señale persona alguna, pues hay poetas que, con tal de decir una maldad, se pondrán en peligro de que los destierren a las islas de Ponto. Si el poeta es casto en sus costumbres, lo será también en sus versos; la pluma es lengua

del alma: tal como sean los conceptos que se engendren en ella, así serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo, en señal de que nadie debe ofender a los que ven honradas y adornadas sus sienes con esas coronas de laurel.

Admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de don Quijote, y tanto, que fue perdiendo la opinión que tenía de él de que era un perturbado. Pero a la mitad de esta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se había desviado del camino a pedir un poco de leche a unos pastores que estaban ordeñando unas ovejas allí al lado, y en esto ya volvía a renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo del buen juicio y discurso de don Quijote, cuando alzando don Quijote la cabeza vio que por el camino por donde ellos iban venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, llamó a voces a Sancho para que viniese a darle la celada. Sancho, oyéndose llamar, dejó a los pastores y picó a toda prisa al rucio y llegó adonde esta ba su amo, a quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPÍTULO XVII

DE DONDE SE DECLARA EL ÚLTIMO PUNTO Y EXTREMO ADONDE LLEGÓ Y PUDO LLEGAR EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE CON LA FELIZMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES

Cuenta la historia que cuando don Quijote daba voces a Sancho que le trajese el yelmo, estaba este comprando unos requesones que vendían los pastores y, acuciado por la mucha prisa de su amo, no supo qué hacer de ellos, ni en qué llevarlos, y por no perderlos, que ya los tenía pagados, decidió echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió a ver qué le quería; y al llegar, su señor le dijo:

—Dame, amigo, esa celada, que o yo sé poco de aventuras, o lo que allí descubro es alguna que me va a obligar y me obliga a tomar mis armas.

El del Verde Gabán, que oyó esto, tendió la vista por todas partes y no descubrió otra cosa que un carro que venía hacia ellos, con dos o tres banderas pequeñas, que le dieron a entender que aquel carro debía de llevar moneda de Su Majestad. Y así se lo dijo a don Quijote, pero él no le dio crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le fuese a suceder tenían que ser aventuras y más aventuras, y así, respondió al hidalgo:

—Hombre prevenido vale por dos. No se pierde nada en que yo me prevenga, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles e invisibles, y no sé cuándo, ni dónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer.

Y volviéndose a Sancho, le pidió la celada; y como no tuvo tiempo de sacar los requesones, al escudero le fue forzoso dársela como estaba. La tomó don Quijote, y sin que llegase a ver lo que venía dentro, se la encajó a toda prisa en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, le comenzó a correr el suero por el rostro y las barbas, de lo que recibió tal susto, que dijo a Sancho:

—¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza? Y si es que sudo, de verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme. Dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos.

Calló Sancho y le dio un paño, y con este dio gracias a Dios de que su señor no hubiese caído en la cuenta. Se limpió don Quijote, y se quitó la celada por ver qué cosa era la que, a su parecer, le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas

dentro de la celada, las llegó a las narices y, oliéndolas, dijo:

—Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y malmirado escudero.

A lo que con gran flema y disimulo respondió Sancho:

—Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré. Pero cómalos el diablo, que debió de ser el que los puso ahí. ¿Iba yo a tener el atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? ¿Atrevido yo? ¡Estáis vos bueno! De veras, señor, por lo que Dios me da a entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen, como hechura y miembro de vuesa merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover a cólera su paciencia y hacer que me muelan las costillas, como suelen. Aunque la verdad es que esta vez han dado un gran traspiés, y yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la hubiese tenido, antes la hubiese puesto en mi estómago que en la celada.

—Todo puede ser —dijo don Quijote.

Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando, después de haberse limpiado don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, comprobando la espada y asiendo la lanza, dijo:

—Ahora, venga lo que tenga que venir, que aquí estoy con ánimo de pelearme con el mismo Satanás en persona.

Llegó en esto el carro de las banderas, en el que no venía otra gente que el carretero, en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Se puso don Quijote delante y dijo:

—¿A dónde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué lleváis en él y qué banderas son estas?

—El carro es mío —respondió el carretero—, y lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía como presente a la corte a Su Majestad, y las banderas son del Rey nuestro señor, en señal de que aquí va cosa suya.

—¿Y son grandes los leones? —preguntó don Quijote.

—Tan grandes —respondió el hombre que iba a la puerta del carro—, que no han pasado mayores, ni tan grandes, de África a España jamás; y yo soy el leonero y he pasado otros, pero como estos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy; y, por eso, desvíese vuesa merced, que es menester llegar pronto donde les demos de comer.

A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco:

—¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a estas horas? ¡Pues por Dios que van a ver esos señores que los envían acá si soy yo hombre que se espanta de leones! Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera,

que en mitad de esta campiña les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían.

«¡Acabáramos! —se dijo el hidalgo—. Nuestro buen caballero ha dado señal de quién es: los requesones le han ablandado sin duda los cascos y fundido los sesos».

Se llegó en esto a él Sancho y le dijo:

—Señor, por Dios, haga vuesa merced algo para que mi señor don Quijote no se enfrente con estos leones, que si se enfrenta, aquí nos han de hacer pedazos a todos.

—¿Pues tan loco es vuestro amo —respondió el hidalgo—, que teméis y creéis que va a pelear con tan fieros animales?

—No es loco —respondió Sancho—, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea —replicó el hidalgo.

Y llegándose a don Quijote, que estaba metiendo prisa al leonero para que abriese las jaulas, le dijo:

—Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas que la quitan por completo: porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. Además, estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van como presente a Su Majestad, y no estaría bien detenerlos ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, a ocuparse de su perdigón manso y de su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Este es el mío, y yo sé si vienen a mí o no estos señores leones —replicó don Quijote.

Y volviéndose al leonero, le dijo:

—¡Voto a tal, don bellaco, que si no abrís ahora mismo las jaulas, con esta lanza os voy a coser al carro!

El carretero, que vio la determinación de aquel fantasma armado, le dijo:

—Señor mío, vuestra merced tenga a bien, por caridad, dejarme desuncir las mulas y ponerme a salvo con ellas, antes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda más que este carro y estas mulas.

—¡Hombre de poca fe, apéate y desunce y haz lo que quieras!, que pronto verás que trabajaste en vano y que podrías haberte ahorrado esta diligencia.

Se apeó el carretero y desunció a toda prisa, y el leonero dijo a grandes voces:

—Séanme testigos cuantos aquí están de cómo forzado y contra mi voluntad abro las jaulas y suelto los leones, y de que advierto a este señor que todo el mal y daño que hagan estas bestias corra y vaya por su cuenta, así como mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, pónganse a salvo antes que abra, que yo estoy seguro de que a mí no van a hacerme daño.

Otra vez le persuadió el hidalgo para que no hiciese locura semejante, que era tentar a Dios acometer tal disparate; a lo que respondió don Quijote que él sabía lo que hacía. Le replicó el hidalgo que lo pensase bien, que él entendía que se engañaba.

—Ahora, señor —replicó don Quijote—, si vuesa merced no quiere ser testigo de

esta que a su parecer va a ser tragedia, pique la tordilla y póngase a salvo.

Oyó esto Sancho, y con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, que, comparada con ella, la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes y, en fin, todas las hazañas que había acometido en todo el transcurso de su vida habían sido tortas y pan pintado.

—Mire, señor —decía Sancho—, que aquí no hay encantamiento ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el león ese del que debe ser la uña es mayor que una montaña.

—El miedo hará que te parezca, como poco, mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame, y si muriese aquí, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea, y no te digo más.

A estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que dejara de proseguir en su desvariado intento. Quería el del Verde Gabán oponérsele, pero se vio desigual en las armas y no le pareció cordura enfrentarse a un loco, que ya se lo había parecido de todo punto don Quijote, y, volviendo este a meter prisa al leonero y a reiterar las amenazas, dio ocasión al hidalgo a que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero a sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más posible, antes que los leones se desenjaulasen.

Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez creía que llegaba sin duda en las garras de los leones, y maldecía su ventura y llamaba maldita a la hora en que le vino al pensamiento volver a servirle. Pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo se habían desviado lo bastante, tornó a advertir y a requerir a don Quijote lo que ya le había advertido y requerido, y él respondió que lo oía y que no se preocupase de más advertencias y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese prisa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la primera jaula, estuvo considerando don Quijote qué sería mejor, si hacer la batalla a pie, o a caballo, y, en fin, se decidió a hacerla a pie, temiendo que Rocinante se espantara al ver a los leones. Por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo; y desenvainando la espada, paso a paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fue a poner delante del carro encomendándose a Dios de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea.

Y hay que decir que llegando a este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice: «¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fue gloria y honra de los caballeros españoles! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todas las hipérboles? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con una sola espada, y no de las mejor forjadas, con un escudo de no muy luciente ni

limpio acero, estás aguardando y atendiendo a los dos más fieros leones que jamás criaron las selvas africanas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, ¡valeroso manchego!, que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos».

Aquí cesó la referida exclamación del autor, y siguió adelante, anudando el hilo de la historia, diciendo que después de haber visto el leonero ya puesto en postura a don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en desgracia con el indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, que pareció de extraordinario tamaño y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula donde venía echado y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro. Hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Solo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerlo pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, se dio la vuelta y enseñó sus partes traseras a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula. Viéndolo don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos y lo irritase para echarlo fuera.

—No haré yo eso —respondió el leonero—, porque si lo instigo yo, al primero a quien hará pedazos será a mí. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera volver a tentar la suerte. El león tiene abierta la puerta: en su mano está salir o no salir; y pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. La grandeza del corazón de vuesa merced ha quedado bien manifiesta; ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarlo en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Eso es cierto. Cierra, amigo, la puerta, y testimonia en la mejor forma que puedas lo que aquí me has visto hacer; a saber: cómo tú abriste al león, yo lo esperé, él no salió, lo volví a esperar, volvió a no salir y se volvió a acostar. No estoy obligado a más, ¡y fuera encantamientos!, y Dios ayude a la razón y a la verdad y a la verdadera caballería. Y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas a los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.

Así lo hizo el leonero, y don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó a llamar a los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso, todos en tropa y seguidos por el hidalgo; pero alcanzando Sancho a ver la señal del paño blanco, dijo:

—Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama.

Se detuvieron todos y constataron que el que hacía las señas era don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco a poco se fueron acercando hasta donde oyeron claramente las voces de don Quijote que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y al llegar dijo don Quijote al carretero:

—Volved, hermano, a uncir vuestras mulas y a proseguir vuestro viaje. Y tú, Sancho, dale dos escudos de oro, para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana —respondió Sancho—, pero ¿qué ha sido de los leones? ¿Están muertos o vivos?

Entonces el leonero contó, por lo menudo y con sus pausas, el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo el valor de don Quijote, por quien el león, acobardado, nada más verlo, no quiso ni osó salir de la jaula, aunque había tenido un buen rato abierta la puerta; y que por haber él dicho a aquel caballero que era tentar a Dios irritar al león para que saliese por fuerza, como él quería que se irritase, con mucho pesar y contra toda su voluntad había permitido que la puerta se cerrase.

—¿Qué te parece esto, Sancho? —dijo don Quijote—. ¿Hay encantamientos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

Dio los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero a don Quijote por la merced recibida, y le prometió contar aquella valerosa hazaña al mismo rey, cuando se viese en la corte.

—Y si acaso Su Majestad preguntara quién la hizo, le diréis que el Caballero de los Leones, que de aquí en adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del Caballero de la Triste Figura. Y en esto sigo la antigua usanza de los caballeros andantes, que se mudaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento.

Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo.

En todo este tiempo no había hablado palabra don Diego de Miranda, todo atento a mirar y a tomar buena nota de los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo. No había aún llegado a su noticia la primera parte de su historia, que, de haberla leído, hubiese cesado la admiración en que lo ponían sus hechos y sus palabras, pues conocería ya el género de su locura; pero como no lo conocía, ya lo tenía por cuerdo, ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto. Y decía para sí: «¿Qué más locura puede haber que ponerse la celada llena de requesones y darse a entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿Y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear a la fuerza con leones?».

De estas imaginaciones y de este soliloquio lo sacó don Quijote, diciéndole:

—¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería raro que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pero, con todo y con esto, quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece a los ojos de su rey que un gallardo caballero, en la mitad de una gran plaza, dé una lanzada con feliz término a un toro bravo; bien parece que un caballero armado de resplandecientes armas galope la empalizada en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, o que lo parezcan, entretengan y alegren y, si se puede decir, honren las cortes de sus príncipes: pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante que por los desiertos, por los bosques, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes ande buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar fama gloriosa y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero requebrando a una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva a las damas el cortesano; prestigie la corte de su rey con libreas; sustente a los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, organice torneos y muéstrese grande, generoso y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y de esta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero busque el andante caballero los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos, acometa a cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos. No le asusten leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos, que buscar estos, acometer aquellos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la caballería andante, no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me parezca que cae debajo de la jurisdicción de mi ejercicio; y así, me tocaba acometer a los leones que ahora acometí abiertamente, aunque supe que era una temeridad exorbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad: pero menos mal estará que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde, pues así como le es más fácil al pródigo que al avaro llegar a ser generoso, al temerario le es más fácil acabar en verdadero valiente que al cobarde subir a la verdadera valentía. Y en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por naipe de más que de menos, porque mejor suena «ese caballero es temerario y atrevido» en las orejas de los que lo oyen, que no «ese caballero es apocado y cobarde».

—Digo, señor don Quijote, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razón —respondió don Diego—, y entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo. Y démonos prisa, que se

hace tarde, y lleguemos a mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele a veces redundar en cansancio del cuerpo.

—Tengo el ofrecimiento a gran favor y merced, señor don Diego —respondió don Quijote.

Y picando más que hasta entonces, serían como las dos de la tarde cuando llegaron a la aldea y a la casa de don Diego, a quien don Quijote llamaba «el Caballero del Verde Gabán».

CAPÍTULO XVIII

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE EN EL CASTILLO O CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, CON OTRAS COSAS EXTRAVAGANTES

Halló don Quijote la casa de don Diego de Miranda aldeana, pero con su escudo, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cava o fresquera, bajo el portal, y muchas tinajas a la redonda, que, por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y suspirando, y sin mirar lo que decía, ni delante de quién estaba, dijo:

—¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!

¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!

Le oyó decir esto el estudiante poeta hijo de don Diego, que había salido a recibirlo con su madre, y madre e hijo quedaron suspensos al ver la extraña figura de don Quijote, quien, apeándose de Rocinante, fue con mucha cortesía a pedirle las manos para besárselas, y dijo don Diego:

—Recibid, señora, con vuestra acostumbrada amabilidad al señor don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, caballero andante, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo.

La señora, que se llamaba doña Cristina, le recibió con muestras de mucho afecto y de mucha cortesía, y don Quijote se le ofreció con harto solícitas y comedidas palabras. Casi las mismas atenciones tuvo con el estudiante, al que don Quijote, al oírle hablar, tuvo por despejado y agudo.

Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció silenciar estas y otras semejantes menudencias, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, que tiene su fuerza más en la verdad que en las frías digresiones.

Pasaron a don Quijote a una sala, lo desarmó Sancho, quedó en calzones y en jubón de gamuza, todo sucio con la mugre de las armas: el cuello era una valona a lo

estudiantil, sin almidón y sin encajes; los borceguíes eran color dátil, y encerados los zapatos. Se ciñó su buena espada, que pendía de un tahalí de piel de foca, indicada para el mal de riñón, que, según se dijo, había padecido muchos años; se cubrió con un herreruelo de buen paño pardo, pero antes de todo, se lavó la cabeza y rostro con cinco o seis calderos de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna discrepancia), y todavía se quedó el agua de color de suero, gracias a la glotonería de Sancho y a la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron a su amo. Con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía, salió don Quijote a otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerlo mientras se ponían las mesas, ya que por la venida de tan noble huésped quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podía agasajar a los que llegaban a su casa.

Mientras don Quijote se estuvo desarmando, don Lorenzo, que así se llamaba el hijo de don Diego, tuvo ocasión de decir a su padre:

—¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído a casa? Que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante nos tiene suspensos a mí y a mi madre.

—No sé lo que te diga, hijo; solo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir cosas tan juiciosas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú y toma el pulso a lo que sabe, y, pues eres juicioso, juzga de su buen juicio o tontería lo que más puesto en razón esté, aunque, a decir verdad, antes lo tengo por loco que por cuerdo.

Con esto, se fue don Lorenzo a entretener a don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que tuvieron los dos, dijo don Quijote a don Lorenzo:

—El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que tiene vuestra merced, y, sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta.

—Poeta, bien podrá ser —respondió don Lorenzo—, pero grande, ni por pensamiento. La verdad es que yo soy un tanto aficionado a la poesía y a leer a los buenos poetas, pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice.

—No me parece mal esa humildad, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.

—No hay regla sin excepción, y alguno habrá que lo sea y no lo piense.

—Pocos —dijo don Quijote—. Pero dígame vuesa merced: ¿qué versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho su señor padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, yo entiendo algo en materia de glosas, y me gustaría conocerlos; y si son de justa literaria, procure vuestra merced llevarse el segundo premio, pues el primero siempre se lo lleva el favor o la mucha importancia de la persona, y el segundo la pura justicia, así que el tercero viene a ser segundo, y el primero, por esta cuenta, el tercero, igual que en las licenciaturas que se dan en las universidades; pero, con todo, gran personaje es el nombre de *primero*.

«Hasta ahora —se dijo don Lorenzo— no os podré yo juzgar por loco. Sigamos». Y le dijo:

—Parece que vuesa merced hubiera pasado por las aulas: ¿qué ciencias ha cursado?

—La de la caballería andante —respondió don Quijote—, que es tan buena como la de la poesía, y aun dos deditos más.

—No sé qué ciencia es esa, y hasta ahora no ha llegado a mis oídos.

—Es una ciencia que encierra en sí todas o la mayoría de las ciencias del mundo, ya que el que la profesa tiene que ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; tiene que ser teólogo, para saber dar razón de la ley cristiana que profesa, clara e inequívocamente dondequiera que se le pida; tiene que ser médico, y principalmente herborista, para conocer en medio de los despoblados y desiertos las hierbas que tienen virtud de sanar las heridas, pues no puede andar el caballero andante buscando a todas horas quien se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas han pasado de la noche y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque a cada paso va a tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo a otras menudencias, digo que tiene que saber nadar, como dicen que nadaba aquel Nicolás o Nicolao, todo un pez, que podía pasarse un mes en el agua; tiene que saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno, y, volviendo a lo de arriba, tiene que guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, generoso en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, en fin, mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante. Para que vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia de mocosos lo que aprende el caballero que la estudia y profesa, y si se puede igualar a las más estiradas que se enseñan en colegios y escuelas.

—Si eso es así —replicó don Lorenzo—, yo digo que esa ciencia se aventaja a todas.

—¿Cómo si es así?

—Lo que yo quiero decir es que dudo que haya habido, ni que los haya ahora, caballeros andantes adornados de tantas virtudes.

—Muchas veces lo he dicho y vuelvo a repetirlo ahora: la mayor parte de la gente del mundo está convencida de que no ha habido en él caballeros andantes; y por estar convencido yo de que si el cielo no les da a entender milagrosamente la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar a vuesa merced del error que comparte con la mayoría: lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque de él y le dé a entender qué provechosos y qué necesarios le fueron al

mundo los caballeros andantes en los siglos pasados, y que útiles le serían en el presente si se estilaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y la molicie.

«Se nos ha escapado nuestro huésped —se dijo don Lorenzo—, pero, con todo, él es un loco bizarro, y yo sería un pobre mentecato si así no lo creyese».

Aquí dieron fin a su plática, porque los llamaron a comer. Preguntó don Diego a su hijo qué había sacado en limpio del ingenio del huésped, a lo que él respondió:

—No descifrarán el borrador de su locura cuantos buenos escribanos y médicos tiene el mundo: él es un loco entreverado, lleno de lúcidos intervalos.

Se fueron a comer, y la comida fue tal como don Diego había di cho en el camino que la solía dar a sus convidados: limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó don Quijote fue del maravilloso silencio que había en toda la casa, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias a Dios y agua a las manos, don Quijote pidió ahincadamente a don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria, a lo que él respondió que, por no parecerse a aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, «yo diré mi glosa, de la que no espero premio alguno; que la he hecho solo por ejercitar el ingenio».

—Un amigo y entendido —respondió don Quijote— era del parecer que no se había de cansar nadie glosando versos, y la razón, decía él, era que jamás la glosa podía igualar al texto, y que muchas o la mayoría de las veces iba la glosa fuera de la intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba; y además, que las leyes de la glosa eran demasiado estrechas, y no admitían interrogantes, ni «dijo», ni «diré», ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrecheces con que van atados los que glosan, como vuestra merced debe de saber.

—Verdaderamente, señor don Quijote —dijo don Lorenzo—, que deseo cogerle a vuestra merced en algún yerro flagrante, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo lo que vuestra merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme.

—Yo me entiendo, y de momento esté vuesa merced atento a los versos glosados y a la glosa, que dicen de esta manera:

¡Si mi *fue* tornase a *es*,
sin esperar más *será*,
o viniese el tiempo ya
de lo que será después…!

GLOSA

Al fin, como todo pasa,

se pasó el bien que me dio
Fortuna, un tiempo no escasa,
y nunca me lo volvió,
ni abundante ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
Fortuna, puesto a tus pies:
hazme otra vez venturoso,
que será mi ser dichoso
si mi fue tornase a es.

No quiero otro gusto o gloria,
ninguna palma o trofeo,
otro triunfo, otra victoria,
sino volver al contento
que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y más si este bien es luego,
sin esperar más será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo a ser
después que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder
que a tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraría el que pidiese,
o que el tiempo ya se fuese
o viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.

Sería de mi interés
acabar, mas no lo es,
pues, con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será después.

Cuando acabó de decir su glosa don Lorenzo, se puso en pie don Quijote, y con voz levantada, que parecía grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo:

—¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven en París, Bolonia y Salamanca! Quiera el cielo que a los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asaetee y las musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si lo tenéis a bien, algunos endecasílabos, que quiero tomar entera y cabalmente el pulso a vuestro admirable ingenio.

¿Y no es cierto acaso que se alegró don Lorenzo de verse alabar por don Quijote, aunque lo tenía por loco? ¡Ah fuerza de la adulación, a cuánto te extiendes, y qué dilatados son los límites de tu agradable jurisdicción! Esta verdad la acreditó don Lorenzo, pues accedió a la demanda y deseo de don Quijote, diciéndole este soneto a la fábula o historia de Píramo y Tisbe:

El muro rompe la doncella hermosa
que de Píramo abrió el gallardo pecho;
parte el Amor de Chipre, y va derecho
a ver la grieta estrecha y prodigiosa.
Habla el silencio allí, porque no osa
la voz entrar por tan estrecho estrecho;
las almas sí, que amor suele de hecho
facilitar la más difícil cosa.
Mucho el deseo se excedió, y el paso
de la imprudente virgen solicita
por su gusto su muerte. Ved qué historia:
que a los dos a la vez, ¡oh extraño caso!,
los mata, los encubre y resucita
una espada, un sepulcro, una memoria.

—¡Bendito sea Dios —dijo don Quijote habiendo oído el soneto a don Lorenzo—, que entre los infinitos poetas consumidos que hay he visto uno consumado, como

lo es vuesa merced, señor mío, que así me lo da a entender el arte de este soneto!

Cuatro días estuvo don Quijote agasajadísimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecía la merced y buen trato que había recibido en su casa, pero que por no ser apropiado que los caballeros andantes se dieran muchas horas al ocio y a la molicie, se quería ir a cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de las que tenía noticia que abundaban en aquella tierra, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era su siguiente destino; y que antes tenía que entrar en la cueva de Montesinos, de la que tantas y tan admirables cosas se contaban en aquellos contornos, sabiendo e inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comúnmente de Ruidera. Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinación y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que quisiese, que le servirían con la mejor voluntad posible, que a ello les obligaba el valor de su persona y su honrosa profesión.

Llegó, al fin, el día de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego y rehusaba volver al hambre que se usa en los bosques y despoblados y a la estrechez de sus mal provistas alforjas. Con todo, las llenó y colmó de lo que le pareció más necesario. Y al despedirse, dijo don Quijote a don Lorenzo:

—No sé si he dicho ya a vuesa merced, y si lo he dicho lo vuelvo a decir, que cuando vuesa merced quiera ahorrar caminos y trabajos para llegar a la inaccesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa que dejar a un lado la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, suficiente para hacerle emperador en menos que canta un gallo.

Con estas palabras acabó don Quijote de cerrar el sumario de su locura, y más con las que añadió diciendo:

—Dios sabe que quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle cómo se ha de redimir a los sometidos, y patear y cocear a los soberbios, virtudes anejas a la profesión que yo profeso. Pero como lo impide su poca edad, y no lo querrían consentir sus loables ocupaciones, solo me contento con advertirle a vuesa merced que siendo poeta podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio, porque no hay padre ni madre a quienes sus hijos les parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.

De nuevo se admiraron padre e hijo de las entreveradas razones de don Quijote, ya juiciosas, ya disparatadas, y de la perra que le había entrado de acudir ciegamente a la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos. Se reiteraron los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo, don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el rucio, se partieron.

CAPÍTULO XIX

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DEL PASTOR ENAMORADO, CON OTROS SUCESOS GRACIOSOS DE VERAS

Poco trecho se había alejado don Quijote del pueblo de don Diego, cuando se encontró con dos que lo mismo podían ser clérigos que estudiantes y con dos labradores que venían caballeros sobre cuatro bestias asnales. Uno de los estudiantes traía, como en portamanteo, envuelto en un lienzo de bocací verde, pero asomando un poco, una magnífica tela blanca y dos pares de medias finas de lana; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traían otras cosas, que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande donde las habían comprado y las llevaban a su aldea. Y así estudiantes y labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que veían por primera vez a don Quijote, y se morían por saber qué hombre sería aquel tan fuera del uso de los otros hombres.

Los saludó don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mismo que hacía él, les ofreció su compañía y les pidió contuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y, para obligarlos, en breves palabras les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante que iba a buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Les dijo que se llamaba de nombre propio don Quijote de la Mancha y por el apelativo el Caballero de los Leones. Todo esto para los labradores era hablarles en griego o en jerigonza, pero no para los estudiantes, que entendieron inmediatamente la flaqueza del cerebro de don Quijote, pero aun así lo miraban con admiración y con respeto, y uno de ellos le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no lo suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se hayan celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas a la redonda.

Le preguntó don Quijote si eran de algún príncipe, ya que así las ponderaba.

—No —respondió el estudiante—, de un labrador y una labradora: él, el más rico de toda esta tierra, y ella, la más hermosa que han visto los hombres. El boato con que se van a hacer es extraordinario y nuevo, porque se van a celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, a quien por excelencia llaman Quiteria «la

hermosa», y el desposado se llama Camacho «el rico», ella de dieciocho años, y él de veintidós, hechos el uno para el otro, aunque algunos curiosos que saben de memoria los linajes de todo el mundo aseguran que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas pueden de sobra soldar muchas roturas. En efecto, el tal Camacho es generoso y se le ha antojado enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que al sol le va a costar trabajo si quiere entrar a visitar las hierbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo contratadas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repica y sacude admirablemente; de zapateadores no digo nada, que es un gentío los que tiene preparados; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, hará tan memorables estas bodas como las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo pueblo de Quiteria, que tenía su casa pared por medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo a su deseo con mil honestos favores, tanto, que en el pueblo se contaban por entretenimiento los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fueron creciendo, y el padre de Quiteria decidió estorbar a Basilio la entrada habitual que tenía en su casa; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó casar a su hija con el rico Camacho, no pareciéndole bien casarla con Basilio, que tenía más bienes de naturaleza que fortuna. Aunque, si hay que decir las verdades sin envidia, él es el mancebo más resuelto que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla a los bolos como por encantamiento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar, y, sobre todo, maneja la espada como el más pintado.

—Solo por esta gracia —dijo a esta sazón don Quijote— merecía ese mancebo no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra, si estuviera hoy viva, a pesar de Lanzarote y de todos aquellos que quisieran estorbarlo.

—¡A mi mujer con eso! —dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando—, esa no quiere sino que cada uno se case con su igual, ateniéndose al refrán que dicen «cada oveja con su pareja». Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que empieza ya a gustarme, se casara con esa señora Quiteria, y que eterna vida tengan y descanso en paz (y a punto he estado de decirlo al revés) los que estorban que se casen los que se quieren bien.

—Si todos los que se quieren bien se tuviesen que casar —dijo don Quijote—, se quitaría la elección y jurisdicción a los padres para casar a sus hijos con quienes y cuando deben, y si quedase a la voluntad de las hijas escoger los maridos, habría alguna que escogiese al criado de su padre, y alguna al que vio pasar por la calle, a su parecer, entonado y bizarro, aunque fuese un espadachín desarrapado: que el amor y el gusto ciegan con facilidad los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy en peligro de errarse, y es menester gran tiento

y particular favor del cielo para acertarlo. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; pues ¿por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la mujer propia no es mercaduría que una vez comprada se devuelve o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo que, si una vez lo echáis al cuello, se convierte en el nudo gordiano, que, si no lo corta la guadaña de la muerte, no se le puede des atar. Muchas más cosas podría decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio.

A lo que el estudiante bachiller, o licenciado, como lo llamó don Quijote, respondió:

—No me queda más que decir sino que desde el punto en que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reír ni decir una palabra atinada, y siempre anda pensativo y triste, hablando consigo mismo, con lo que da ciertas y claras señales de que se le ha volteado el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y lo que duerme, si duerme, es en el campo, sobre la dura tierra, como las bestias; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embeleso, que no parece sino estatua vestida a la que el aire mueve la ropa. En suma, él da tales muestras de tener atormentado el corazón, que tememos todos los que lo conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria va a ser su sentencia de muerte.

—Dios lo remediará —dijo Sancho—, que Dios, que da la llaga, da la medicina. Nadie sabe lo que está por venir: de aquí a mañana hay muchas horas, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; yo he visto llover y hacer sol, todo a un mismo tiempo; se acuesta uno sano por la noche, y al día siguiente no se puede mover. Y díganme: ¿por ventura hay alguien que se jacte de haberle puesto un palo a la rueda de la fortuna? Seguro que no. Y entre el sí y el no de una mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría. Déjenme a mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad a Basilio, que yo le daré a él un saco de buena ventura: que el amor, según yo he oído decir, mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza, riqueza, y a las legañas, perlas.

—¡Maldito seas, Sancho! ¿Adónde quieres ir a parar? —dijo don Quijote—. Cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, desesperas a cualquiera que no sea Judas en el infierno. Dime, animal, ¿qué sabes tú de palos, ni de ruedas, ni de cosa ninguna?

—Pues si no me entienden, no es extraño que mis sentencias se tengan por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es *friscal* de mis dichos, y aun de mis hechos.

—Se dice fiscal, no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios confunda.

—No se enoje vuestra merced conmigo, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos. ¡Válgame Dios!, no hay por qué obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no sean muy finos en esto del hablar pulido.

—Así es —dijo el licenciado—, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean todo el día por el claustro de la catedral, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los cortesanos juiciosos, aunque hayan nacido en Majadahonda: dije *juiciosos* porque hay muchos que no lo son, y el buen juicio es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, he estudiado, por mis pecados, cánones en Salamanca, y me jacto un poco de expresarme con palabras claras, llanas y significativas.

—Si os hubierais jactado de utilizar la lengua tanto como os jactáis de manejar esas espadas que lleváis, habríais sido el primero en la licenciatura, y no el último de la cola —dijo el otro estudiante.

—Mirad, bachiller —respondió el licenciado—, vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca del arte de la esgrima, teniéndolo por vano.

—Para mí no es opinión, sino verdad asentada —replicó Corchuelo—; y si queréis que os lo muestre en la práctica, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero haceros ver las estrellas a mediodía con mi arte moderno y zafio, del que espero, después de Dios, que está por nacer el hombre que me haga volver las espaldas, y que no lo hay en el mundo a quien yo no le haga retroceder.

—En eso de volver o no las espaldas no me meto —replicó el diestro—, aunque podría ser que en la parte donde clavéis el pie la primera vez, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedaseis muerto por el despreciado arte.

—Ahora se verá —respondió Corchuelo.

Y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo.

—No ha de ser así —dijo en este instante don Quijote—, que yo quiero ser el árbitro de esta esgrima y el juez de esta muchas veces no averiguada cuestión.

Y apeándose de Rocinante y asiendo su lanza, se puso en la mitad del camino, a tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compás de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como suele decirse, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de espectadores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, más espesas que hígado y más seguidas que granizo. Arremetía como un león irritado; pero le salía al encuentro

el licenciado, que le detenía en mitad de su furia y le hacía besar en la estocada la zapatilla de su espada como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como deben y suelen besarse las reliquias.

En fin, el licenciado le contó a estocadas todos los botones de una media sotanilla que llevaba, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; le derribó el sombrero dos veces y lo cansó de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura y la arrojó por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fue por ella, testificó después que la alejó de sí casi tres cuartos de legua: testimonio que ha servido y sirve para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida por el arte.

Se sentó cansado Corchuelo, y llegándose a él Sancho le dijo:

—A fe mía, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí en adelante no ha de desafiar a nadie a esgrimir, sino a luchar o a tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que de estos a quienes llaman diestros he oído decir que meten la punta de una espada por el ojo de una aguja.

—Yo me contento —respondió Corchuelo— con haberme caído de mi burra y de que me haya mostrado la experiencia la verdad de la que tan lejos estaba.

Y levantándose, abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que antes, y no queriendo esperar al escribano que había ido por la espada, por parecerle que tardaría mucho, decidieron seguir, por llegar temprano a la aldea de Quiteria, de donde eran todos.

En lo que faltaba de camino, les fue contando el licenciado las excelencias de la esgrima, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo, convencido de su contumacia.

Había anochecido, pero antes de llegar les pareció a todos que había delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas; oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando se aproximaron vieron que los árboles de una enramada que habían puesto en la entrada del pueblo estaban todos llenos de luminarias, a las que no molestaba el viento que entonces soplaba, tan manso que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los animadores de la boda y andaban por aquel agradable sitio en diversas cuadrillas, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los instrumentos referidos. En fin, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento.

Otros muchos andaban ocupados en levantar estrados, desde donde pudiesen ver con comodidad al día siguiente las representaciones y danzas que se iban a hacer en aquel lugar dedicado a solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el pueblo don Quijote, aunque se lo pidieron tanto el labrador como el bachiller, pero él dio por disculpa, bastantísima a su parecer, que era

costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos. Y con esto, se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, al que se le vino a la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo o casa de don Diego.

CAPÍTULO XX

DONDE SE CUENTAN LAS BODAS DE CAMACHO EL RICO, CON EL CASO DE BASILIO EL POBRE

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo enjugase con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro, cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó a su escudero Sancho, que aún roncaba, y visto esto por don Quijote, antes de despertarlo, le dijo:

—¡Bienaventurado tú sobre cuantos viven sobre la faz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado duermes con sosegado espíritu, y no te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamientos! Duermes, digo otra vez y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer al día siguiente tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden a más que a darle pienso y cuidado a tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros lo tienes puesto, contrapeso y carga que puso a los señores la naturaleza y la costumbre. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, y no hubiera despertado tan presto si don Quijote no le hubiese hecho volver en sí con la contera de la lanza. Despertó, al fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro a todas partes dijo:

—De esta parte de la enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos: bodas que comienzan por tales olores, por Dios bendito que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón —dijo don Quijote—: ven, iremos a ver esos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

—Pues que haga lo que quiera —respondió Sancho—: no haber sido él pobre, y se casaría con Quiteria. ¿Qué es eso de no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? De veras, señor, yo soy del parecer que el pobre debe contentarse con lo que halle y no pedir peras al olmo. Me apuesto un brazo a que Camacho puede envolver en reales a Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba sería Quiteria en

desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger de Basilio el tirar la barra y el manejar la espada. Por un buen tiro de barra o por una gentil treta de esgrima no dan un cuartillo de vino en la taberna, y estas habilidades y gracias no son vendibles, por más que las tenga el conde Dirlos. Pero cuando esas gracias caen sobre quien tiene buen dinero, ojalá mi vida fuese como lucen ellas. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

—¡Por Dios, Sancho!, concluye con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que comienzas a cada paso, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarías en hablar.

—Si vuestra merced tuviera buena memoria, se debería acordar de las cláusulas de nuestro acuerdo antes de salir de casa esta última vez: una de ellas fue que me tenía que dejar hablar todo lo que quisiese, con tal que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced; y hasta ahora me parece que no he contravenido esa cláusula.

—Yo no me acuerdo, Sancho, de esa cláusula; y, aunque sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven a alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla a Rocinante y la albarda al rucio, montaron los dos, y se fueron tranquilamente entrando por la enramada.

Lo primero que se le ofreció a la vista a Sancho fue, espetado en un asador hecho con un olmo entero, un entero novillo; y en el fuego donde se iba a asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que estaban alrededor de la hoguera no se habían hecho con el mismo molde de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, en cada una de las cuales cabía todo un matadero de carne: así se tragaban y desaparecían en ellas carneros enteros, sin que se notara, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los orease.

Contó Sancho más de sesenta odres de más de dos arrobas cada uno, y todos llenos, según se vio luego, de generosos vinos; había rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos entrecruzados, formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían para freír cosas hechas de masa, que sacaban fritas con dos buenas palas y las zambullían en otra caldera preparada con miel que estaba allí al lado.

Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que, cosidos por encima, servían para darle sabor y enternecerlo. Las

diferentes especias parecía que las habían comprado no por libras, sino por arrobas, y todas estaban a la vista en una gran arca. En fin, las provisiones de la boda eran rústicas, pero tan abundantes que podrían sustentar a un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba y todo le gustaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de las que él tomaría de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los odres, y por último las frutas de sartén, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir ni estar en su mano hacer otra cosa, se llegó a uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió:

—Hermano, este día, merced al rico Camacho, no es de esos en que tiene jurisdicción el hambre. Apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y pescad una gallina o dos, y buen provecho.

—No veo ninguno —respondió Sancho.

—Esperad —dijo el cocinero—. ¡Pecador de mí, y qué melindroso y parapoco debéis de ser!

Y diciendo esto asió un caldero, y encajándolo en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo a Sancho:

—Comed, amigo, y desayunaos con estas menudencias, mientras llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echarlas —respondió Sancho.

—Pues llevaos la cuchara y todo —dijo el cocinero—, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

Mientras esto pasaba con Sancho, estaba don Quijote mirando cómo por una parte de la enramada entraban unos doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta. En concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara y grita, diciendo:

—¡Vivan Camacho y Quiteria, tan rico él como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!

Al oír esto don Quijote, dijo para sí: «Está claro que estos no han visto a mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, se contendrían en las alabanzas a su Quiteria».

De allí a poco comenzaron a entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las que venía una de espadas, de unos veinticuatro zagales de gallardo aspecto y brío, todos vestidos con delgado y blanquísimo lienzo, con sus pañuelos en la cabeza, labrados en varios colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ágil mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.

—Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie: todos vamos sanos.

Y a continuación comenzó a enredarse con los demás compañeros, con tantas

vueltas y con tanta destreza, que aunque don Quijote estaba hecho a ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella.

También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba a dieciocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que podían entrar en competencia con los del sol; sobre ellos traían guirnaldas compuestas con jazmines, rosas, amaranto y madreselva. La guiaba un viejo venerable y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos de lo que prometían sus años. Les hacía el son una gaita zamorana, y ellas, llevando en los rostros y en los ojos la honestidad y en los pies la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras esta entró otra danza teatral y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras: de una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquel, adornado con alas, arco, aljaba y saetas; este, vestido de ricos y diversos colores de oro y seda. Las ninfas que seguían al Amor traían a las espaldas escritos sus nombres en pergamino blanco y letras grandes. *Poesía* era el rótulo de la primera; el de la segunda, *Discreción*; el de la tercera, *Buen linaje*; el de la cuarta, *Valentía*. Del mismo modo venían señaladas las que seguían al Interés: decía *Liberalidad* el rótulo de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesión pacífica*. Delante de todos venía un castillo de madera, del que tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantan a Sancho. En el frontis del castillo y en sus cuatro paredes traía escrito: «Castillo del buen recato». Les hacían el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta.

Comenzaba la danza Cupido, y, después de dar unos cuantos pasos de baile, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, a la cual dijo de esta suerte:

—Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra
y en el ancho mar undoso,
y en cuanto el abismo encierra
en su barranco espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y veo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo y se retiró a su puesto.

Salió luego el Interés y dio otros cuantos pasos de baile; callaron los tamborinos y él dijo:

—Soy quien puede más que Amor,
y es Amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo en la tierra cría,
más conocida y mayor.
Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro,
por siempre jamás, amén.

Se retiró el Interés y se adelantó la Poesía, quien, después de haber dado sus pasos de baile como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

—En dulcísimos conceptos,
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,
de otras muchas envidiada,
será por mí levantada
aún más allá de la luna.

Se desvió la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad y, después de dados sus pasos de baile, dijo:

—Llaman Liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrario, que arguye
tibia y floja voluntad.
Mas yo, por te engrandecer,
desde hoy pródiga he de ser;

que, aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se deja ver.

De este modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno dio sus pasos y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos (y solo retuvo en la memoria don Quijote, que la tenía grande, los ya referidos). Y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura, y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas.

Por último, después de haber bailado un buen rato, el Interés sacó un bolsón, hecho del pellejo de un gran gato romano, que parecía estar lleno de dineros, y arrojándolo al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando a la doncella descubierta y sin defensa alguna.

Llegó el Interés con sus secuaces, y echándole una gran cadena de oro al cuello, se aprestaron a prenderla, rendirla y cautivarla; visto esto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela; y todas las demostraciones que hacían eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Los pacificaron los salvajes, que volvieron a armar y a encajar las tablas del castillo con mucha rapidez, y la doncella se encerró en él como al principio, y con esto se acabó la danza, con gran contento de los que la miraban.

Preguntó don Quijote a una de las ninfas quién la había compuesto y ordenado. Le respondió que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones.

—Apuesto que ese bachiller o beneficiado no es más amigo de Camacho que de Basilio —dijo don Quijote—, y que debe de tener más de satírico que de devoto: ¡bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho!

Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo:

—El rey es mi gallo: a Camacho me atengo.

—Bien se ve, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: ¡Viva quien vence!

—No sé de los que soy, pero bien sé que nunca sacaré yo de ollas de Basilio tan elegantes presas como estas que he sacado de las de Camacho.

Y le enseñó el caldero lleno de gansos y de gallinas, y asiendo una, comenzó a comer con mucho donaire y gana, y dijo:

—¡A la salud de las destrezas de Basilio!, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Solo hay dos linajes en el mundo, como decía una agüela mía, que son: el tener y el no tener; aunque ella al del tener se atenía. Y a día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al tener que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo a decir que a Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes presas estos gansos y gallinas, liebres y

conejos; y las de Basilio serán, si viene a mano comprobarlo, y aunque no venga sino al pie, aguachirle.

—¿Has acabado tu arenga, Sancho?

—Ya la acabo, porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusiera por medio, habría para hablar y no parar en tres días.

—Quiera Dios, Sancho, que yo te vea mudo antes de que me muera.

—Al paso que llevamos, antes de que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta el fin del mundo, o por lo menos hasta el día del Juicio.

—Aunque eso suceda así, Sancho, nunca llegará tu silencio adonde ha llegado lo que has hablado, hablas y vas a hablar en tu vida; y además, como lo naturalmente razonable es que el día de mi muerte llegue antes que el de la tuya, pienso que no te veré mudo jamás, ni aun cuando estés bebiendo o durmiendo, algo que agradecería.

—Desde luego, señor, no hay que fiarse de la descarnada, digo, de la muerte, que lo mismo come cordero nuevo que carnero viejo; y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes que las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más poder que melindres; no le hace ascos a nada: de todo come y hace a todo, y de toda clase de gentes, edades y preeminencias hincha sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, sino que siega a todas horas, y tanto corta la hierba seca como la verde; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da a entender que está hidrópica y sedienta por beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría.

—No más, Sancho —dijo en este punto don Quijote—. Anímate, y no te vengas abajo, pues en verdad que lo que has dicho de la muerte en tus rústicos términos es lo que podría decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen fondo tuvieras buen juicio, podrías tomar un púlpito en la mano e irte por ese mundo predicando lindezas.

—Bien predica quien bien vive, y yo no sé otras teologías.

—Ni falta que te hacen. Pero lo que no acabo yo de entender ni alcanzar es cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más a un lagarto que a Él, sabes tanto.

—Juzgue vuesa merced sus caballerías, señor, y no se meta en juzgar los temores o valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cualquier hijo de vecino. Y déjeme vuestra merced despabilar estas presas, que lo demás son todas palabras ociosas, de las que nos han de pedir cuenta en la otra vida.

Y diciendo esto comenzó de nuevo a dar asalto a su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de don Quijote, y sin duda le habría ayudado si no lo hubiese impedido lo que es forzoso decir a continuación.

CAPÍTULO XXI

DONDE SE PROSIGUEN LAS BODAS DE CAMACHO, CON OTROS GUSTOSOS SUCESOS

Cuando estaban don Quijote y Sancho en las pláticas referidas en el capítulo anterior, se oyeron grandes voces y gran ruido, y las daban y las causaban los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban a recibir a los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y adornos, venían acompañados del cura y de la parentela de ambos y de toda la gente más lucida de los pueblos vecinos, todos vestidos de fiesta. Y en cuanto Sancho vio a la novia, dijo:

—Desde luego que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. ¡Pardiez, las medallas que debería traer al cuello son ricos corales, según veo, y la palmilla verde de Cuenca es de un terciopelo lo menos de treinta pelos! ¡Y mira esos adornos hechos de tiras de lienzo blanco! Seguro que es de raso. ¿Y qué me dice de las manos, adornadas con sortijas de azabache? Así me muera si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Qué hijaputa y qué cabellos!, que, si no son postizos, no los he visto más largos ni más rubios en toda mi vida. ¡Y sí, sacadle defectos a su brío y a su talle, y no la comparéis a una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta! Por mi alma que es una gentil moza que podrían disputársela los bancos de Flandes.

Se rio don Quijote con las rústicas alabanzas de Sancho Panza; le pareció que, aparte de su señora Dulcinea del Toboso, no había visto mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser por la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Se iban acercando a una tarima que estaba a un lado del prado, adornada con alfombras y ramos, donde se iban a hacer los desposorios y desde donde mirarían las danzas y las invenciones. Y en el momento en que llegaban al puesto, oyeron a sus espaldas grandes voces, y una que decía:

—¡Esperaos un poco, gente tan desconsiderada como presurosa!

A estas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, a lo que se veía, con un sayo negro con adornos rojos como si fueran llamas. Venía coronado, como se vio luego, con una corona de fúnebre ciprés; en las

manos traía un bastón grande. Cuando llegó más cerca, todos reconocieron al gallardo Basilio, y todos se mantuvieron suspensos, esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en un momento semejante.

Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía una punta de acero en la contera, demudado el rostro, puestos los ojos en Quiteria, dijo con voz trémula y ronca:

—Bien sabes, para mí desconocida Quiteria, y conforme a la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo, y tampoco ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que convenía a tu honra. Pero tú, dando la espalda a todas las obligaciones que debes a mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío a otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura. Y para que la tenga colmada (no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo desharé con mis manos el imposible o el inconveniente que puede estorbársela, quitándome a mí de enmedio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos! ¡Y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y lo puso en la sepultura!

Y diciendo esto, agarró el bastón que tenía hincado en el suelo, y, quedándose la mitad de él en la tierra, mostró que servía de vaina a un mediano estoque que se ocultaba en él; y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y al punto mostró la punta ensangrentada por la espalda, con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, por sus mismas armas traspasado.

Acudieron presto sus amigos a socorrerlo, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando don Quijote a Rocinante, también acudió a socorrerlo y lo tomó en sus brazos, y vio que aún no había expirado. Le quisieron sacar el estoque, pero el cura, que estaba presente, fue del parecer que no se lo sacasen antes de confesarlo, porque el sacárselo y el expirar sería todo a un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:

—Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.

Al oír esto el cura, le dijo que atendiese a la salud del alma antes que a los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras a Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio que de ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba su mano como esposa, que aquel contento le pondría a punto la voluntad y le daría aliento para confesarse.

Cuando oyó don Quijote la petición del herido, dijo en voz bien alta que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo a la señora Quiteria viuda del valeroso

Basilio como si la recibiera de su padre:

—Aquí no ha de haber más que un sí, que no tendrá otro efecto que el pronunciarlo, pues el tálamo de estas bodas será la sepultura.

Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, para que su alma, habiéndose quitado él la vida, no se perdiese, que le movieron y aun forzaron a decir que si Quiteria quería dársela, él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Acosaron entonces todos a Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadían para que diese la mano al pobre Basilio, y ella, más dura que un mármol y más seria que una estatua, mostraba que ni sabía ni podía ni quería responder palabra, ni la habría respondido si el cura no le dijera que se decidiese pronto en lo que iba a hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba tiempo a esperar irresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste y pesarosa, llegó donde estaba Basilio ya con los ojos en blanco, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano. Llegó, en fin, Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo:

—Has venido, Quiteria, a ser piadosa a tiempo, cuando tu piedad va a servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das al escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que me va cubriendo los ojos tan deprisa con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico, fatal estrella mía, es que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplido, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que sin forzar tu voluntad me la entregas y me la das como a tu legítimo esposo, pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones, se desmayaba, de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su mano derecha la de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza sería bastante para torcer mi voluntad; y así, con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das por tu libre albedrío, sin que lo turbe ni estorbe la calamidad en que te han puesto tus alocados pensamientos.

—Te la doy no turbado ni confuso —respondió Basilio—, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa —respondió Quiteria—, ya vivas largos años, ya te lleven de mis brazos a la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo —dijo en este punto Sancho Panza—, mucho habla: háganle que se deje de requiebros y que atienda a su alma, que a mi parecer la tiene más en la lengua que en los dientes.

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, les echó la bendición y pidió al cielo diese buen reposo al alma del nuevo desposado. Y este, en cuanto recibió la bendición, se puso en pie con rápida ligereza, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, al que servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos, más simples que despiertos, comenzaron a decir a grandes voces:

—¡Milagro, milagro!

—¿Qué milagro, milagro? ¡Maña y astucia! —replicó Basilio.

El cura, confuso y atónito, acudió con ambas manos a tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro y lleno de sangre que tenía bien acomodado en aquel lugar, preparada la sangre, según se supo después, de modo que no se coagulase.

En conclusión, el cura y Camacho, con la mayoría de los presentes, se tuvieron por burlados y escarnecidos. La esposa no dio muestras de pesarle la burla, al contrario, oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no sería valedero, dijo que ella lo confirmaba de nuevo: de lo cual coligieron todos que aquel caso se había trazado con el consentimiento y conocimiento de los dos, de lo que Camacho y sus valedores quedaron tan agraviados, que remitieron su venganza a las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron a Basilio, en cuyo favor se desenvainaron en un instante casi otras tantas, y tomando la delantera a caballo don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto con su escudo, forzaba a todos a que le hiciesen sitio. Sancho, a quien jamás gustaron ni solazaron semejantes fechorías, pidió asilo a las tinajas de donde había sacado sus agradables presas, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que tenía que respetarse.

—¡Conteneos, señores, conteneos —decía don Quijote a voces—, que no es razón vengaros de los agravios que nos hace el amor! Y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y lides amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quiera. Basilio no tiene más que esta oveja, y no se la ha de quitar ninguno, por poderoso que sea, que a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre, y el que lo intente, antes ha de pasar por la punta de esta lanza.

Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían. Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así, las

persuasiones del cura, que era varón prudente y bienintencionado, hicieron efecto en él, y con ellas quedaron Camacho y los de su facción pacíficos y sosegados, en señal de lo cual devolvieron las espadas a su sitio, culpando más a las fantasías de Quiteria que a las artimañas de Basilio, diciéndose Camacho que si Quiteria quería bien a Basilio de soltera, también le querría de casada, y que debía dar gracias al cielo más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su partida, todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no le dolía la burla ni le importaba nada, quiso que siguiesen las fiestas como si realmente se hubiera desposado; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa ni sus secuaces; y así, se fueron a la aldea de Basilio, que también los pobres virtuosos y sagaces tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.

Se llevaron consigo a don Quijote, estimándolo por hombre de valor y de pelo en pecho. Solo a Sancho se le oscureció el alma, por verse imposibilitado de quedarse a la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió a su señor, que iba con la cuadrilla de Basilio. Y aunque las llevaba en el alma, se dejó atrás las ollas de Egipto, cuyas ya casi consumidas y acabadas presas, que llevaba en el caldero, le representaban la gloria y la abundancia del bien que perdía. Y así, acongojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII

DONDE SE DA CUENTA DE LA GRAN AVENTURA DE LA CUEVA DE MONTESINOS, QUE ESTÁ EN EL CORAZÓN DE LA MANCHA, A LA QUE DIO FELIZ CIMA EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Grandes y muchos fueron los agasajos que los desposados hicieron a don Quijote, obligados por las muestras que había dado defendiendo su causa, y junto a la valentía le reconocieron la discreción, teniéndolo por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se solazó tres días a costa de los novios, de quienes se supo que el herirse fingidamente no fue un plan trazado con la hermosa Quiteria, sino una artimaña de Basilio, esperando de ella el mismo éxito que se había visto; bien es verdad que confesó que había comunicado su pensamiento a algunos de sus amigos, para que en el momento preciso favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

—No se pueden ni deben llamar engaños —dijo don Quijote— los que ponen la mira en fines virtuosos.

Y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor adversario que tiene el amor es el hambre y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decía con intención de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las destrezas que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese a conseguir hacienda por medios lícitos e industriosos, que nunca faltan a los prudentes y aplicados.

—El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre), teniendo mujer hermosa tiene un tesoro, que cuando se lo quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada cuyo marido es pobre merece ser coronada con laureles y palmas de victoria y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y reconocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña; y la que está firme en tantos asaltos bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio —añadió don Quijote—: opinión fue de no sé qué sabio que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y

creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no estoy casado, ni hasta ahora me ha venido el pensamiento de estarlo, y, pese a esto, me atrevería a aconsejar al que me lo pidiese cómo debería buscar a la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero, le aconsejaría que mirase más a la fama que a la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho más dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer a tu casa, conservarla y aun mejorarla en esa bondad será cosa fácil; pero si la traes mala, te costará traba jo enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo a otro. Yo no digo que sea imposible, pero lo tengo por dificultoso.

Oía todo esto Sancho, y dijo para sí: «Este amo mío, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos e irme por ese mundo adelante predicando lindezas. Y yo digo de él que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a pedir de boca. ¡Válgate el diablo por caballero andante, cuántas cosas sabes! Yo estaba convencido de que solo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cuchara».

Murmuraba esto Sancho algo alto, y le entreoyó su señor y le preguntó:

—¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada ni murmuro de nada —respondió Sancho—; solo estaba diciendo para mí que me habría gustado haber oído antes de casarme lo que vuesa merced ha dicho aquí, que quizá dijera yo ahora: el buey suelto bien se lame.

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho?

—Muy mala no es, pero tampoco es muy buena; al menos no tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho, en decir mal de tu mujer, que, por cierto, es la madre de tus hijos.

—No nos debemos nada, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces, súfrala el mismo Satanás.

En fin, tres días estuvieron con los novios, en los que fueron agasajados y servidos a cuerpo de rey. Pidió don Quijote al diestro licenciado le facilitara un guía que le encaminase a la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella y ver a ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que se decían de ella por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daría a un primo suyo, estudiante digno de fama y muy aficionado a leer libros de caballerías; él le pondría encantado en la boca de la misma cueva y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas también en toda la Mancha, y aun en toda España; y le dijo que con él llevaría gustoso entretenimiento, ya que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dedicárselos a príncipes. En fin, vino el primo con una pollina preñada, cuya albarda cubría un tapete de colores o arpillera. Ensilló Sancho a Rocinante y aderezó al rucio,

proveyó sus alforjas, a las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien provistas. Y encomendándose a Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó don Quijote al primo de qué índole y género eran sus ocupaciones, su profesión y estudios. A lo que él respondió que su profesión eran las humanidades; sus ocupaciones y estudios, componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república, uno de los cuales se titulaba *De las libreas*, donde pinta setecientas tres libreas, con sus colores, motes y emblemas, de donde los caballeros cortesanos podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos, sin andarlas mendigando de nadie, ni devanándose, como dicen, los sesos por sacarlas conforme a sus deseos e intenciones.

—Porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que convienen a sus justas, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también, al que voy a llamar *Metamorfóseos o el Ovidio español*, de invención nueva y rara, porque en él, imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Magdalena, quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, la del Caño Dorado y la Priora; y esto, con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo tiempo. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro, que trata de la invención de las cosas*, que es de gran erudición y estudio, ya que las cosas de gran sustancia que dejó de decir Polidoro las averiguo yo y las expongo con gentil estilo. Se le olvidó a Virgilio declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó los ungüentos para curarse del morbo gálico o sífilis, y yo lo expongo al pie de la letra, y lo acredito con más de veinticinco autores: para que vea vuesa merced si he trabajado bien y si será útil un libro como este a todo el mundo.

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo, le dijo:

—Dígame, señor, y Dios le dé suerte en la impresión de sus libros: ¿me sabría decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó la cabeza?, que tengo yo para mí que debió de ser nuestro padre Adán.

—Seguramente —respondió el primo—. Porque Adán no hay duda que tuvo cabeza y cabellos y, siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo. Pero dígame ahora: ¿quién fue el primer volatinero del mundo?

—En verdad, hermano, que por ahora no sabría decidirme, hasta que lo estudie. Lo estudiaré en cuanto vuelva adonde tengo mis libros y os satisfaré cuando nos veamos la próxima vez, que no ha de ser esta la postrera.

—Pues mire, señor —replicó Sancho—, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volatinero del mundo fue Lucifer, cuando lo echaron o arrojaron del cielo, que vino dando

volteretas hasta los abismos.

—Tienes razón, amigo.

—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho —dijo don Quijote—: a alguno las has oído decir.

—Calle, señor, que de verdad que si me doy a preguntar y a responder, no acabo de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no me hace falta a mí andar buscando ayuda de vecinos.

—Has dicho, Sancho, más de lo que sabes —dijo don Quijote—, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas ni al entendimiento ni a la memoria les importan un chavo.

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y a la noche se albergaron en una pequeña aldea, donde el primo dijo a don Quijote que desde allí a la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si iba decidido a entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, tenía que ver dónde paraba. Y así, compraron casi cien brazas de soga, y al día siguiente a las dos de la tarde llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahígos, de zarzas y malezas, tan espesas e intrincadas, que la ciegan y encubren por completo. En cuanto la vieron, se apearon el primo, Sancho y don Quijote, y a este lo ataron luego los dos fortísimamente con las sogas; y mientras lo fajaban y ceñían, le dijo Sancho:

—Mire vuestra merced, señor mío, lo que hace: no se quiera sepultar en vida, ni se ponga donde parezca frasca puesta a enfriar en algún pozo. Que a vuestra merced no le toca ni atañe ser el escudriñador de esta que debe de ser peor que mazmorra.

—Ata y calla —respondió don Quijote—, que una empresa como esta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.

Y entonces dijo el guía:

—Suplico a vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y escudriñe con cien ojos lo que haya allá dentro: quizá haya cosas que las ponga yo en el libro de mis *Transformaciones*.

—En manos está el pandero que lo sabrán bien tañer —respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la atadura de don Quijote —que no fue sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar—, dijo este:

—Hemos andado descuidados en no habernos provisto de algún esquilón pequeño que estuviera atado junto a mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, a la mano de Dios, y que Él me guíe.

Se hincó entonces de rodillas e hizo una oración en voz baja al cielo, pidiendo a Dios le ayudase y le diese buen término en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo después:

—¡Oh señora de mis actos y andanzas, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso!,

si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogativas de este tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto lo voy a necesitar. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me presenta, solo para que conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible que yo no acometa y remate.

Y diciendo esto, se acercó a la sima, y vio que no era posible descolgarse ni había forma de entrar, si no era a fuerza de brazos o a cuchilladas; y así, echando mano a la espada comenzó a derribar y a cortar aquellas malezas que estaban en la boca de la cueva, a cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta prisa, que dieron con don Quijote en el suelo; y si él fuese tan agorero como católico cristiano, lo habría tenido a mala señal y hubiera excusado encerrarse en semejante lugar.

Al cabo se levantó, y viendo que no salían más cuervos ni otras aves nocturnas (como murciélagos, que también salieron entre los cuervos), dándole soga el primo y Sancho, se dejó calar al fondo de la caverna espantosa; y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:

—¡Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce! ¡Dios te guíe, otra vez, y te devuelva libre, sano y sin rescate a la luz de esta vida que dejas por enterrarte en esa oscuridad que buscas!

Casi las mismas plegarias y súplicas hizo el primo.

Iba don Quijote dando voces, que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco a poco; y cuando dejaron de oírse las voces, que salían acanaladas por la cueva, ellos tenían descolgadas ya las cien brazas de soga y acordaron volver a subir a don Quijote, pues no le podían dar más cuerda. Con todo, se detuvieron como media hora, y al cabo de ese rato volvieron a recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha prisa por desengañarse; pero llegando, a su parecer, a poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de lo que se alegraron en extremo. Finalmente, a las diez distinguieron a don Quijote, a quien dio voces Sancho, diciéndole:

—Sea vuestra merced muy bien venido, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá como reliquia.

Pero no respondía palabra don Quijote. Y sacándolo del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Lo tendieron en el suelo y lo desataron, y, pese a ello, no despertaba; pero tanto lo volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen rato volvió en sí, desperezándose, bien como si despertara de algún grave y profundo sueño; y mirando a una y otra parte, como espantado, dijo:

—Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y

agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de comprender que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño o se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh malherido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos!

Con mucha atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de don Quijote, que las decía como si las sacara de las entrañas con dolor inmenso. Le suplicaron les diese a entender lo que decía y les dijese lo que en aquel infierno había visto.

—¿Infierno lo llamáis? —dijo don Quijote—. Pues no lo llaméis así, porque no lo merece, como ahora veréis.

Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde hierba, acudieron a la despensa de sus alforjas, y sentados los tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron, todo junto. Levantada la arpillera, dijo don Quijote de la Mancha:

—No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPÍTULO XXIII

DE LAS ADMIRABLES COSAS QUE EL EXTREMADO CABALLERO DON QUIJOTE CONTÓ QUE HABÍA VISTO EN LA PROFUNDA CUEVA DE MONTESINOS, TAN IMPOSIBLES Y COLOSALES

Las cuatro de la tarde serían, cuando el sol, cubierto entre nubes, con luz escasa y templados rayos, dio lugar a don Quijote para que sin calor ni pesadumbre contase a sus dos esclarecidos oyentes lo que había visto en la cueva de Montesinos. Y comenzó del modo siguiente:

—A unos doce o catorce estados de profundidad de esta mazmorra, a mano derecha, se hace una concavidad y espacio capaz de contener un gran carro con sus mulas. Le entra una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, abiertos en la superficie de la tierra, que la proyectan desde lejos.

»Vi yo esta concavidad y espacio justo cuando ya iba cansado y mohíno de verme caminar, pendiente y colgado de la soga, por aquella oscura región abajo, sin llevar seguro ni determinado camino, así que determiné entrarme en ella y descansar un poco.

»Di voces pidiéndoos que no descolgaseis más soga hasta que yo os lo dijese, pero no debisteis de oírme. Fui recogiendo la soga que enviabais, y, haciendo de ella una rosca o rimero, me senté sobre él muy pensativo, considerando lo que debía hacer para bajar al fondo, no teniendo quien me sujetase.

»Y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin yo buscarlo, me asaltó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté de él y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza ni imaginar la más viva imaginación humana. Despabilé los ojos, me los limpié, y vi que no dormía, sino que real mente estaba despierto. Aun así, me tenté la cabeza y el pecho, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, o algún fantasma vano y contrahecho; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que me hacía para mis adentros, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora.

»Se me ofreció luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían fabricados de transparente y claro cristal. Se abrían en él dos grandes puertas, y vi que por ellas salía y se venía hacia mí un venerable anciano

encapuchado, con una capa de bayeta morada que le arrastraba por el suelo. Le ceñía los hombros y el pecho una beca de colegial, de raso verde. Le cubría la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura. No traía arma ninguna, sino un rosario en la mano, con cuentas mayores que medianas nueces, y los dieces también como huevos medianos de avestruz.

»El porte, el paso, la gravedad y la majestuosa presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Se llegó a mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: "Luengos tiempos hace, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos encantados en estas soledades esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida por tu invencible corazón y tu ánimo admirable. Ven conmigo, señor esclarecido, que te quiero mostrar las maravillas que esconde este transparente alcázar, del que yo soy alcaide y capitán perpetuo de la guardia, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre".

»Apenas me dijo que era Montesinos, le pregunté si fue verdad lo que se contaba en el mundo de acá arriba, que él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su gran amigo Durandarte y que se lo había llevado a la señora Belerma, como aquel se lo mandó en el momento de su muerte. Me respondió que en todo decían verdad, salvo en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna».

—Debía de ser ese puñal de Ramón de Hoces, el sevillano —dijo Sancho.

—No lo sé, pero no sería de ese puñalero, porque Ramón de Hoces es de ayer mismo, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, fue hace muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.

—Así es —dijo el primo—. Prosiga vuestra merced, don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—Con no menor lo cuento yo. Y así, digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima en extremo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol tallado con gran maestría, sobre el cual vi a un caballero tendido todo a lo largo, hecho no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos.

»Tenía la mano derecha (que a mi parecer era algo peluda y nervuda, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón. Y antes que preguntase nada a Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: "Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo. Lo tiene aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel mago francés que dicen que fue hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ya se sabrá andando los

tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que a mí me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, según los naturalistas, el que tiene mayor corazón está dotado de mayor valentía que el que lo tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo?”.

»Dicho esto, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga».

»Al oír esto, el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos, le dijo: “Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandasteis en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase ni una mínima parte en el pecho, lo limpié con un pañizuelo de encaje y partí con él a la carrera para Francia, habiéndoos puesto antes en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que bastaron para lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas. Y por más señas, primo de mi alma, en el primer lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazón, para que no oliese mal y fuese, si no fresco, por lo menos amojamado a presencia de la señora Belerma, a quien, con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el mago Merlín hace muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros. Solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, que Merlín, llorando, por compasión que debió de tener de ellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete hijas son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimismo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado con su mismo nombre; y cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no le es posible dejar de acudir a su natural

corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes lo vean. Le van suministrando sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que le llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo y con esto, por dondequiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces delicados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado. Y esto que ahora os digo, primo mío, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito, o que no me oís, de lo que yo recibo tanta pena como solo Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, que aunque no sirvan de alivio a vuestro dolor, no os lo aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y lo veréis, a aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el mago Merlín, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los siglos pasados ha resucitado en los presentes la ya olvidada caballería andante, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas están guardadas para los grandes hombres". "Y si no fuese así —respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja—, y si no fuese así, primo, ea, paciencia y barajar".

»Y volviéndose de lado, tornó a su acostumbrado silencio, sin hablar una palabra más.

»Se oyeron en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la seriedad lo parecía, vestida también de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era dos veces mayor que el mayor de cualquiera de las otras. Era cejijunta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que a veces los descubría, mostraban estar separados y no bien puestos, aunque eran blancos como unas almendras peladas; traía en las manos un lienzo delgado, y en él, a lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco y amojamado. Me dijo Montesinos que toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí estaban encantados con sus dos señores, y que la última, que traía el corazón en el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, quien hacía aquella procesión con sus doncellas cuatro días a la semana y cantaban o, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo. Y que si me había parecido algo fea, o no tan hermosa como sostenía la fama, era a causa de las malas noches y peores días que pasaba en aquel encantamiento, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color pálido. Y su amarillez y sus ojeras no se deben al mal mensil común a las mujeres, porque hace muchos meses, y aun años, que no lo tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su

malogrado amante; que si no fuera por esto, apenas la igualaría en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. “Alto ahí, señor don Montesinos —dije yo entonces—: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así, no hay por qué comparar a nadie con nadie. La sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí”. “Señor don Quijote —me respondió él—, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apenas igualaría la señora Dulcinea a la señora Belerma, pues me bastaba a mí haber entendido por no sé qué barruntos que vuesa merced es su caballero, para que me hubiera mordido la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo”.

»Con esta satisfacción que me dio el gran Montesinos, se aquietó mi corazón del sobresalto que recibí al oír que a mi señora la comparaban con Belerma».

—Y aun me maravillo yo —dijo Sancho— de que vuestra merced no se subiera sobre el viejote y le moliera a coces todos los huesos y le pelara las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo, no me estaba a mí bien hacer eso, porque todos estamos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados. Y yo sé bien que no nos quedamos a deber nada en otras muchas preguntas y respuestas que tuvieron lugar entre los dos.

—Yo no sé, señor don Quijote —dijo entonces el primo—, cómo vuestra merced, en tan poco espacio de tiempo como ha estado allá abajo, ha visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto hace que bajé?

—Poco más de una hora —respondió Sancho.

—Eso no puede ser, porque allá me anocheció y amaneció y tornó a anochecer y amanecer tres veces, de modo que según mi cuenta he estado tres días en aquellas partes remotas y escondidas a la vista nuestra.

—Verdad debe de decir mi señor —dijo Sancho—, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamiento, quizá lo que a nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres días con sus noches.

—Así será —respondió don Quijote.

—¿Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mío? —preguntó el primo.

—No he probado bocado, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento.

—¿Y los encantados comen? —preguntó el primo.

—No comen, ni tienen excrementos mayores, aunque se cuenta que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—¿Y duermen por ventura los encantados, señor? —preguntó Sancho.

—No, ciertamente; al menos, en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado ojo, ni yo tampoco.

—Aquí encaja bien el refrán de dime con quién andas y te diré quién eres —dijo Sancho—. Se anda vuestra merced con encantados ayunos e insomnes, y no es de extrañar que ni coma ni duerma mientras ande con ellos. Pero perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no? —dijo el primo—. ¿Pues iba a mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido tiempo para componer ni imaginar tanto millón de mentiras?

—Yo no creo que mi señor mienta —respondió Sancho.

—Entonces, ¿qué crees? —le preguntó don Quijote.

—Creo que aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y con la que ha hablado allá abajo le encajaron en el magín o la memoria toda esa maquinación que nos ha contado y todo aquello que le queda por contar.

—Podría ser, Sancho, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. ¿Y qué dirás cuando te diga yo ahora, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (que te iré contando despacio y a su tiempo en el transcurso de nuestro viaje, por no ser todas de este lugar), que me mostró tres labradoras que iban saltando y brincando como cabras por aquellos amenísimos campos? Apenas las hube visto, conocí que una era la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos a la salida del Toboso. Pregunté a Montesinos si las conocía; me respondió que no, pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que hacía pocos días que habían aparecido por aquellos prados, y que no me maravillase de eso, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él a la reina Ginebra, y su dueña Quintañona escanciando el vino a Lanzarote «cuando de Bretaña vino».

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo, pensó perder el juicio o morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encantamiento de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el artífice de ese testimonio, acabó de darse cuenta indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y, por eso, le dijo:

—En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuestra merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que así nos lo ha devuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se lo había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no como ahora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuestra merced, aunque me hiera, aun que me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las suyas no se corrige y

enmienda. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en qué reconoció a la señora nuestra ama? Y si le habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?

—La reconocí en que traía los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Le hablé, pero no me respondió palabra, sino que me volvió la espalda y se fue huyendo con tanta prisa, que no la hubiera alcanzado una flecha. Quise seguirla, y lo habría hecho si no me hubiera aconsejado Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora en que me convenía salir de la sima. Me dijo también que, andando el tiempo, se me daría aviso de cómo tenían que ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que estaban allí; pero lo que más pena me dio de las que allí vi y noté, fue que cuando me estaba diciendo Montesinos esto, se llegó a mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me dijo: «Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuestra merced las manos y le suplica le haga merced de hacerle saber cómo está, y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica a vuestra merced, cuan encarecidamente puede, tenga a bien prestarle, tomando en prenda este faldellín nuevo de algodón que aquí traigo, media docena de reales, o los que vuestra merced tenga, que ella le da su palabra de devolvérselos con mucha brevedad».

»Me suspendió y me admiró tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: “¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padezcan necesidad?”.

»A lo que él me respondió: “Créame vuestra merced, señor don Quijote de la Mancha, que esa que llaman necesidad se usa en todas partes, y por todo se extiende y a todos alcanza, y no perdona ni a los encantados. Y pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay más que dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún gran aprieto”. “Prenda, no la tomaré yo —le respondí—, y menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solo cuatro reales”. Y esos le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos), y le dije: «Decidle, amiga mía, a vuesa señora que a mí me dan pesar en el alma sus afanes, y que quisiera ser el banquero Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y distinguida conversación, y que le suplico, cuan encarecidamente puedo, tenga a bien su merced dejarse ver y tratar por este su cautivo servidor y asendereado caballero. Le diréis también que cuando menos se lo piense oirá decir que yo he hecho un juramento y voto a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua de vengar a su sobrino Baldovinos, cuando lo halló a punto de expirar en mitad de la montaña, que fue de no comer pan a manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarlo. Y así lo haré yo: no sosegar, y andar las siete partidas del mundo con más solicitud que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla». «Todo eso y más debe vuestra merced a mi señora», me respondió la doncella. Y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una

reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Santo Dios! —dijo dando una gran voz Sancho—, ¿es posible que exista esto en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Ay señor, señor, por el amor de Dios, vuelva vuestra merced en sí y mire por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen el sentido menguado y fuera de sus cabales!

—Como me quieres bien, Sancho, hablas de esa manera —dijo don Quijote—, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles. Pero andará el tiempo y yo, como acabo de decir, te contaré algunas de las que he visto allá abajo, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad no admite ni réplica ni disputa.

CAPÍTULO XXIV

DONDE SE CUENTAN MIL ZARANDAJAS TAN IMPERTINENTES COMO NECESARIAS PARA EL VERDADERO ENTENDIMIENTO DE ESTA GRAN HISTORIA

Dice el que tradujo esta gran historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen de él estaban escritas de mano del mismo Hamete estas consideraciones:

«No me puedo dar a entender ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase punto por punto todo lo que queda escrito en el capítulo anterior. La razón es que todas las aventuras sucedidas hasta aquí han sido posibles y verosímiles, pero a esta de esta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pero pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de su tiempo, no es posible, que no diría él una mentira así lo asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran montaña de disparates. Y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así, sin afirmar la por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres juicioso, juzga lo que te parezca, que yo más no debo ni puedo, si bien se tiene por cierto que cuando le llegó su fin y muerte dicen que se retractó de ella y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias».

Y luego prosigue diciendo:

Se espantó el primo, tanto del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto a su señora Dulcinea del Toboso, incluso encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque de no ser así, palabras y cosas le dijo Sancho que merecían molerlo a palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, a quien le dijo:

—Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que he hecho con vuestra merced, porque en ella he alcanzado cuatro cosas. La primera, haber conocido a vuestra merced, que lo tengo a gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones del

Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español* que traigo entre manos. La tercera, dilucidar la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempos del emperador Carlomagno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando, después de aquel gran rato que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: «Paciencia y barajar»; y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempos del referido emperador Carlomagno, y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades*, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando una autoridad tan grave y tan verdadera como es el señor Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado por las gentes.

—Vuestra merced tiene razón —dijo don Quijote—, pero querría yo saber, siempre que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos libros suyos, que lo dudo, a quién piensa dedicarlos.

—Señores y grandes hay en España a quienes pueden dirigirse.

—No muchos, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no corresponder con lo que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Conozco un príncipe que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que si me atreviese a decirlas, quizá despertaría la envidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más conveniente, y vayamos a buscar donde recogernos esta noche.

—No lejos de aquí —dijo el primo— está una ermita, donde tiene su morada un ermitaño que dicen ha sido soldado y tiene fama de ser un buen cristiano, y discreto y caritativo en extremo. Junto a la ermita tiene una pequeña casa, que él ha levantado a su costa; pero, con todo, aunque chica, puede acoger huéspedes.

—¿Tiene por ventura gallinas ese ermitaño? —preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas —respondió don Quijote—, porque los que ahora se llevan no son como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían con hojas de palma y comían raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de estos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheces de entonces no llegan las penitencias de los de ahora. Pero no por esto dejan de ser todos buenos; al menos, yo por buenos los juzgo. Y en el peor de los casos, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador.

Estando en esto, vieron que venía hacia donde ellos estaban un hombre a pie, caminando deprisa y dando varazos a un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó a ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo:

—Buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia de la que ese macho tiene menester.

—No me puedo detener, señor, porque las armas que veis que llevo aquí han de

estar disponibles mañana, y así, me es forzoso el no detenerme, y adiós. Pero si queréis saber para qué las llevo, pienso alojarme esta noche en la venta que está más arriba de la ermita; y si es que hacéis este mismo camino, allí me hallaréis, y os contaré maravillas. Y adiós otra vez.

Y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo tiempo don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles. Y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen a pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quería el primo que se quedaran.

Así se hizo, subieron a caballo y siguieron los tres el derecho camino de la venta, a la que llegaron un poco antes de anochecer; pero antes había dicho el primo a don Quijote que llegasen a la ermita a beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rucio a la ermita, y lo mismo hicieron don Quijote y el primo. Pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo el ama que hallaron en la ermita. Le pidieron del caro y bueno; respondió que su señor no lo tenía, pero que si querían agua barata, se la daría de muy buena gana.

—Si yo la tuviera de agua —respondió Sancho—, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os he de echar de menos!

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y a poco trecho toparon un mancebito que iba caminando delante de ellos con no mucha prisa, y así, lo alcanzaron. Llevaba la espada al hombro, y en ella puesto un bulto o envoltorio, al parecer con sus vestidos, los calzones o greguescos, y herreruelo y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa por fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados, a uso de la corte; la edad llegaría a dieciocho o diecinueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de cuerpo. Iba cantando seguidillas, para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron a él, acababa de cantar una que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no iría en verdad.

El primero que le habló fue don Quijote, diciéndole:

—Ligero de ropa camina vuesa merced, señor galán. ¿Y a dónde va?, sepamos, si es que gusta decirlo.

—El caminar tan ligero lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es a la guerra.

—¿Cómo la pobreza? —preguntó don Quijote—. Que por el calor bien puede ser.

—Señor —replicó el mancebo—, yo llevo en este envoltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros de esta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto como por orearme, voy de esta manera, hasta alcanzar unas compañías de infantería que no están ni a doce leguas de aquí. Allí asentaré mi plaza, y no faltarán bestias en que caminar de allí en adelante hasta el embarque, que dicen va a ser en Cartagena. Y más quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no a un pelagatos en la corte.

—¿Y lleva vuesa merced alguna prebenda por ventura? —preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido a algún grande de España o a algún personaje principal —respondió el mozo—, a buen seguro que yo la llevaría, que eso tiene el servir a los buenos, que del comedor de la servidumbre suelen salir para ser alféreces o capitanes, o con algún buen viático; pero yo, desventurado, serví siempre a meritorios y advenedizos, de ración y jornal tan mísero y atenuado, que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad de él; y sería tenido por milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.

—Y dígame por su vida, amigo —preguntó don Quijote—, ¿es posible que en los años que sirvió no haya podido alcanzar ninguna librea?

—Dos me han dado —respondió el paje—, pero igual que al que se sale de alguna orden religiosa antes de profesar le quitan el hábito y le devuelven sus vestidos, así me devolvieron a mí los míos mis amos, que, acabados los negocios a que venían a la corte, se volvían a sus casas y recogían las libreas que habían dado solo por ostentación.

—Notable *espilorchería,* como dice el italiano tacañería —dijo don Quijote—. Pero, con todo, tenga por feliz ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, al menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que aunque han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Le preguntaron a Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte: respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como pagano y ajeno al conocimiento del verdadero Dios, pese a ello dijo bien, para ahorrarse el sufrimiento humano. Que en el caso de que os maten en la primera acción y refriega de un tiro de artillería, o volado por una mina, ¿qué importa? Todo es morir, y se acabó la función;

y según Terencio, mejor parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida, y tanta más fama alcanza el buen soldado cuanta obediencia tiene a sus capitanes y a los que le pueden mandar. Y advertid, hijo, que le está mejor al soldado el oler a pólvora que a rosas, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, al menos no os podrá coger sin honra, y tanta, que no os la podrá menoscabar la pobreza. Cuanto más que ya se va dando orden para mantener y remediar a los soldados viejos y estropeados, porque no está bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que libran y dan libertad a sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres los hacen esclavos del hambre, de la que no piensan librar se sino con la muerte. Y por ahora no os quiero decir más, sino que subáis a las ancas de mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os lo dé Dios tan bueno como merecen vuestros deseos.

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y a esta sazón dicen que dijo Sancho para sí: «¡Válgate Dios por señor! ¿Y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien: ya se verá».

Y en esto llegaron a la venta, a tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solía. No habían entrado, cuando don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, y le respondió que estaba en la caballeriza acomodando el macho. Lo mismo hicieron con sus jumentos el primo y Sancho, dando a Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPÍTULO XXV

DONDE SE APUNTA LA AVENTURA DEL REBUZNO Y LA GRACIOSA DEL TITERERO, CON LAS MEMORABLES ADIVINANZAS DEL MONO ADIVINO

No se le cocía el pan a don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas por el hombre conductor de las armas. Lo fue a buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y lo halló y le dijo que tuviese a bien decirle lo que le iba a decir después de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

—Más despacio, y no de pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuestra merced, señor mío, acabar de dar pienso a mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren.

—Por eso que no quede —respondió don Quijote—, que yo os ayudaré en todo.

Y así lo hizo, cribándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre a contarle con buena voluntad lo que le pedía; y sentándose en un poyo, y don Quijote junto a él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, a Sancho Panza y al ventero, comenzó a decir de esta manera:

—Han de saber vuesas mercedes que en un pueblo que está a cuatro leguas y media de esta venta sucedió que a uno de sus ediles, por las mañas y el engaño de una muchacha criada suya, y esto es largo de contar, le faltó un asno, y aunque ese edil hizo las diligencias posibles por hallarlo, no fue posible.

»Habrían pasado quince días, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el edil perdidoso, otro edil del mismo pueblo le dijo: “Albricias, compadre, alegraos: vuestro jumento ha aparecido”. “Me alegro, y mucho, compadre —respondió el otro—, pero sepamos dónde ha aparecido”. «En el monte —respondió el hallador— lo vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión mirarlo. Lo quise coger delante de mí y traéroslo, pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué a él, se fue huyendo y se entró en lo más escondido del monte. Si queréis que volvamos los dos a buscarlo, dejadme poner esta borrica en mi casa, y vuelvo ahora». «Mucho placer me haréis —dijo el del jumento—, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda».

»Con todas estas circunstancias, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados de la verdad de este caso. En resumidas

cuentas, los dos ediles, a pie y mano a mano, se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no lo hallaron, ni apareció por todos aquellos contornos, por más que lo buscaron. Viendo pues que no aparecía, el edil que lo había visto dijo al otro: “Mirad, compadre: se me ha ocurrido un ardid, con el que sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas, no ya del monte, sino de la tierra, y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis un poco, dad el hecho por concluido”. “¿Un poco decís, compadre? —dijo el otro—. Por Dios, que a eso no me aventaja nadie, ni aun los mismos asnos”. «Ahora lo veremos —respondió el edil segundo—, porque he pensado que os vayáis vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que lo rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oiga y nos responda, si es que está en el monte». A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que el ardid es excelente y digno de vuestro gran ingenio».

»Y separándose los dos según el acuerdo, sucedió que casi a un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a buscarse, pensando que ya el jumento había aparecido, y viéndose, dijo el perdidoso: “¿Es posible, compadre, que no fuera mi asno el que rebuznó?”. «No fue, sino yo», respondió el otro. «Ahora digo —dijo el dueño— que de vos a un asno, compadre, no hay ninguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más parecida». «Esas alabanzas y encarecimiento —respondió el del ardid— mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre, que por el Dios que me crio que podéis sacar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo: porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados; y, en fin, que me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera de esta rara habilidad». «Ahora digo —respondió el dueño— que de aquí en adelante me tendré y estimaré en más, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo esa virtud, y aunque pensaba que rebuznaba bien, nunca supuse que llegara al extremo que decís». «También diré yo ahora —respondió el segundo— que hay raras habilidades perdidas en el mundo y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas». «Las nuestras —respondió el dueño—, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este quiera Dios que nos sean de provecho».

»Dicho esto, se tornaron a separar y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseña que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas.

»Pero ¿cómo iba a responder el pobre y malogrado, si lo hallaron en lo más escondido del bosque comido por los lobos? Y al verlo, dijo su dueño: “Ya me maravillaba yo de que no respondiera, pues, de no estar muerto, habría rebuznado al

oírnos, o no sería asno; pero con tal de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarlo, aunque lo he hallado muerto”. «Vos primero, compadre —respondió el otro—, pues si bien canta el abad, no le va a la zaga el monaguillo».

»Con esto, desconsolados y roncos se volvieron a su aldea, donde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los pueblos vecinos. Y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquier, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de una nadería, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como afrentándolos con el rebuzno de nuestros ediles.

»Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de tal manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos. Y ha llegado a tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido los burlados contra los burladores a darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana o pasado saldrán en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro pueblo que está a dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen. Y por salir bien prevenidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras».

Y con esto dio fin a su plática el buen hombre, y en ese momento entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de gamuza, medias, greguescos y jubón, y con voz levantada dijo:

—Señor hospedero, ¿hay posada? Que aquí viene el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—¡Albricias —dijo el ventero—, pero si es el señor maese Pedro! Buena noche nos espera.

Se me olvidaba decir que el tal maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal de que todo aquel lado debía de estar enfermo. Y el ventero prosiguió, diciendo:

—Sea bien venido vuestra merced, señor maese Pedro. ¿Dónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Están al llegar —respondió el de la gamuza—, solo que yo me he adelantado, a saber si hay posada.

—Al mismo duque de Alba se la quitaría para dársela al señor maese Pedro. Llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verlo y las habilidades del mono.

—Sea en buena hora —respondió el del parche—, que yo moderaré el precio, y

con cubrir gastos me daré por bien pagado; y yo me vuelvo a hacer que se dé prisa la carreta donde viene el mono y el retablo —y al punto se volvió a salir de la venta.

Preguntó entonces don Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel y qué retablo y qué mono traía.

—Este es un famoso titiritero —respondió el ventero—, que hace muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores historias y más bien representadas que se han visto de muchos años a esta parte en este reino. Trae consigo también un mono con la más rara habilidad que se vio entre monos ni se imaginó entre hombres, porque, si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan y luego salta sobre los hombros de su amo y, llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara de inmediato. Y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir, y aunque no todas las veces acierta, en la mayoría no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos rea les lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle hablado al oído. Y así, se cree que el tal maese Pedro se ha hecho riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compaño,* y se da la mejor vida del mundo: habla más que seis y bebe más que doce, todo a costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto, volvió maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas lo vio don Quijote, le preguntó:

—Dígame vuestra merced, señor adivino: ¿qué se pesca por ahí? ¿Qué será de nosotros? Aquí van mis dos reales.

Y mandó a Sancho que se los diese a maese Pedro, quien respondió por el mono y dijo:

—Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes un poco.

—¡Voto a tal —dijo Sancho—, si voy a dar yo un maravedí para que me digan lo que me ha pasado! Porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Pagar para que me digan lo que sé sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, aquí van mis dos reales, y dígame el señor monísimo qué hace ahora mi mujer Teresa Panza y en qué pasa su tiempo.

No quiso tomar maese Pedro el dinero, y dijo:

—No quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios.

Y dándose con la mano derecha dos golpes en el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy deprisa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima prisa, se fue maese Pedro a poner de rodillas ante don Quijote y, abrazándole las piernas, le dijo:

—Estas piernas abrazo, como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido caballería andante, oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero y, en fin, espantados todos los que oyeron las palabras del titiritero, que prosiguió diciendo:

—Y tú, buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está bien, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas, tiene a mano izquierda un jarro desborcillado en el que cabe una buena cantidad de vino, con que entretiene su trabajo.

—Así lo creo yo también —respondió Sancho—, porque es una bendita, y aunque sea a costa de sus herederos, mi Teresa es de las que no se privan de nada. Y de no ser celosa, no la trocaría yo ni por la giganta Andandona, que según mi señor fue una mujer muy cabal y muy de pro.

—Ahora comprendo —dijo entonces don Quijote— que el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasión sería suficiente para persuadirme de que hay monos en el mundo que adivinan, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, aunque se ha extendido algún tanto en mis alabanzas. Pero comoquiera que yo sea: doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo manso y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos y mal a ninguno.

—Si yo tuviera dineros —dijo el paje—, preguntaría al señor mono qué me sucederá en la peregrinación que llevo.

A lo que respondió maese Pedro, que ya se había levantado de los pies de don Quijote:

—Ya he dicho que esta bestezuela no responde a lo por venir, que si respondiera, no importaría no haber dineros, pues en atención al señor don Quijote aquí presente, dejaría yo todos los intereses del mundo. Y ahora, porque se lo debo y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer a cuantos están en la venta, sin paga alguna.

Al oír esto el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que se montó en un momento.

Don Quijote no estaba muy conforme con las adivinanzas del mono, por no parecerle apropiado que un mono adivinase, ni las cosas por venir ni las pasadas; y así, mientras maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró don Quijote con Sancho a un rincón de la caballeriza, donde sin ser oídos de nadie le dijo:

—Mira, Sancho, he considerado bien la extraña habilidad de este mono, y estoy convencido de que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto

tácito o expreso con el demonio.

—Si el *patio* es *espeso* y del demonio, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y después que se haga rico le dará su alma, que es lo que pretende ese universal enemigo. Y me hace creer esto el ver que el mono no responde sino a las cosas pasadas o presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender a más, que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas las veces, que solo a Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para Él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinado y sacado de cuajo en virtud de quién adivina; porque está claro que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él levantan ni saben levantar esas cartas que llaman astrales, que tanto se usan ahora en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de hacerlo, como si levantaran del suelo una sota de la baraja, echando a perder con sus mentiras e ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó a uno de estos adivinos si una perrilla faldera, pequeña, que tenía, se preñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor adivino, después de haber levantado la carta, respondió que la perrica se preñaría y pariría tres perricos, uno verde, otro encarnado y otro de mezcla, con la condición de que esa perra se cubriese entre las once y doce del día o de la noche, y que fuese en lunes o en sábado; y lo que sucedió fue que de allí a dos días la perra se murió de empacho, y el señor astrólogo quedó acreditado en el pueblo por acertadísimo adivino, como lo quedan todos o la mayoría de los levantadores de cartas.

—Con todo —dijo Sancho—, querría que vuestra merced dijese a maese Pedro que preguntase a su mono si es verdad lo que le pasó a vuestra merced en la cueva de Montesinos, que yo para mí tengo, con perdón de vuestra merced, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos cosas soñadas.

—Todo podría ser, pero haré lo que me aconsejas, aunque me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo de conciencia.

Estando en esto, llegó maese Pedro a buscar a don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese a verlo, porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento y le rogó que preguntase antes a su mono si ciertas cosas que habían pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas o verdaderas, porque a él le parecía que tenían de todo. A lo que maese Pedro, sin responder palabra, volvió a traer el mono, y, puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo:

—Mirad, señor mono, este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos fueron falsas o verdaderas.

Y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo,

y hablándole al parecer al oído, dijo luego maese Pedro:

—El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vio o habló en dicha cueva son falsas, y parte verosímiles, y que en cuanto a esta pregunta esto es lo que sabe, y nada más; y que si vuesa merced quiere saber más, el viernes que viene responderá a todo lo que se le pregunte, que por ahora se le han acabado los poderes, que no le vendrán, como acaba de decir, hasta el viernes.

—¿No lo decía yo —dijo Sancho— que no me acababa de cuadrar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva fuese verdad, ni aun la mitad?

—Los sucesos lo dirán, Sancho, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra. Y por ahora baste esto, y vámonos a ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

—¿Cómo alguna? —respondió maese Pedro—: Sesenta mil encierra en sí este retablo mío. Le digo a vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis* (creed en las obras, no en las palabras), y manos a la obra, que se hace tarde y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.

Le obedecieron don Quijote y Sancho, y fueron adonde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas que lo hacían vistoso y resplandeciente. Y en cuanto llegó, se metió maese Pedro dentro de él, que era el que iba a manejar las figuras del artificio, y fuera, para servir de intérprete y recitador de los misterios de ese retablo, se puso un muchacho, criado de maese Pedro, que tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían.

Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frente al retablo, y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán recitador comenzó a decir lo que oirá y verá el que oiga o vea el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI

DONDE SE PROSIGUE LA GRACIOSA AVENTURA DEL TITERERO, CON OTRAS COSAS EN VERDAD HARTO BUENAS

—Esta verdadera historia que aquí se representa a vuesas mercedes está sacada al pie de la letra de las crónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas don Gaiferos,
que ya de Melisendra se ha olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, quien, enojado por ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir; y adviertan la vehemencia y ahínco con que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dio, y muy bien dados. Y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra al no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo: «Harto os he dicho: miradlo». Miren vuestras mercedes también cómo el emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gaiferos, que ya ven cómo arroja lejos de sí, impaciente por la cólera, el tablero y las tablas, y pide deprisa las armas, y a don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana, y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone. Pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dice que él solo se basta para sacar a su esposa, aunque esté metida en el más hondo centro de la tierra. Y con esto, se entra a armar, para ponerse inmediatamente en camino.

»Vuelvan vuestras mercedes los ojos a aquella torre que aparece allí, que se supone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería. Y aquella dama que en aquel balcón aparece vestida a lo moro es la sin par

Melisendra, que se ponía a mirar desde allí muchas veces el camino de Francia, y, puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo le da un beso en mitad de los labios, y la prisa que ella se da en escupir y limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña, quien, por haber visto la insolencia del moro, lo mandó prender de inmediato, con todo y ser pariente y gran privado suyo, y que le dieran doscientos azotes, llevándolo por las calles más concurridas de la ciudad,

con pregoneros delante
y la justicia detrás;

y veis aquí donde salen a ejecutar la sentencia, apenas cometido el delito, porque entre moros no hay «traslado a las partes», ni «pendiente de nuevas pruebas», como entre nosotros.

—Niño —dijo entonces con voz alta don Quijote—, seguid vuestra historia en línea recta y no os metáis en las curvas o transversales, que para sacar una verdad en limpio son menester muchas pruebas y repruebas.

También dijo maese Pedro desde dentro:

—Muchacho, no te metas en dibujos, y haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles.

—Así lo haré —respondió el muchacho, y prosiguió diciendo—: Esta figura que aquí aparece a caballo, cubierta con una capa gascona, es la misma de don Gaiferos. Aquí su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto en los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algún viajero, y con él cruzó las palabras y coloquios de aquel romance que dice:

Si a Francia vais, caballero,
por Gaiferos preguntad,

que no digo yo ahora entero, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio. Basta ver cómo don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que hace Melisendra se nos da a entender que ella lo ha reconocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Pero ¡ay, sin ventura!, que se le ha enganchado una punta del faldellín en uno de los hierros del balcón, y está suspendida en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero mirad

cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos y, sin mirar si se rasgará o no el rico faldellín, la coge y muy a su pesar la hace bajar al suelo y la pone luego de un brinco sobre las ancas de su caballo, a horcajadas como hombre, y le manda que se agarre fuertemente y le eche los brazos por la espalda, de modo que los cruce en el pecho, para que no se caiga, porque no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. Mirad también cómo los relinchos del caballo dan señales de que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Mirad cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad y alegres y regocijados toman la vía de París. ¡Id en paz, oh par sin par de verdaderos amantes! ¡Llegad a salvo a vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo a vuestro feliz viaje! ¡Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de vida!

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro y dijo:

—Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.

No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo:

—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de las que dieron noticia al rey Marsilio, y él mandó entonces tocar alarma. Y miren con qué prisa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que suenan en las torres de todas las mezquitas.

—¡Eso no! —dijo en este momento don Quijote—. En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías. Y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate.

Lo oyó maese Pedro, dejó de tañer y dijo:

—No repare vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan al extremo, que no se le encuentre. ¿No se represen tan por ahí casi a diario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, aun así, corren felicísimamente su carrera y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que con tal que yo llene mi talega, da igual que represente más impropiedades que átomos tiene el sol.

—Eso es verdad —replicó don Quijote.

Y el muchacho dijo:

—¡Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en persecución de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban! Me temo que los van a alcanzar y los van a devolver atados a la cola de su mismo caballo, lo que sería un horrendo espectáculo…

Viendo y oyendo, pues, don Quijote tanta morisma y tanto estruendo, le pareció bien dar ayuda a los que huían, y poniéndose en pie, en voz alta dijo:

—No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga ultraje a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos,

malnacida canalla, no le sigáis ni persigáis, si no, os las veréis conmigo en batalla!

Y, dicho y hecho, desenvainó la espada y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titiritera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a este, destrozando a aquel, y, entre otros muchos, tiró tal viaje, que si maese Pedro no se agacha, se encoge y agazapa, le habría cercenado la cabeza con más facilidad que si fuera de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo:

—¡Deténgase vuesa merced, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta! Mire, pecador de mí, que me destruye y echa a perder toda mi hacienda.

Pero no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Al final, en menos de dos credos dio con todo el retablo en el suelo, hechos pedazos y des menuzados todos sus aparejos y títeres, el rey Marsilio malherido, y el emperador Carlomagno, partida la corona y la cabeza en dos partes. Se alborotó el senado de los oyentes, se huyó el mono por los tejados de la venta, se atemorizó el primo, se acobardó el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como juró él después de pasada la borrasca, jamás había visto a su señor con cólera tan desatinada. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, se sosegó un poco don Quijote y dijo:

—Quisiera yo tener aquí delante en este punto a todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho pueden ser en el mundo los caballeros andantes. Consideren, si no me hallara yo aquí presente, qué habría sido del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra: a buen seguro que esta sería ya la hora en que los hubieran alcanzado estos canes y les hubieran hecho algún desaguisado. En conclusión, ¡viva la caballería andante sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

—Viva en hora buena —intervino con voz enfermiza maese Pedro—, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España,
y hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía.

No hace media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y ahora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que antes de devolverlo a mi poder, de verdad que me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada de este señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza entuertos y hace otras obras caritativas, ¡y solo en mí ha venido a faltar su intención generosa!, que sean benditos y alabados los cielos, allá donde tienen más levantados sus asientos. En fin, había de ser el Caballero de la Triste Figura el que tenía que desfigurar las mías…

Se enterneció Sancho Panza con las palabras de maese Pedro, y le dijo:

—No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón, porque te hago saber que es mi señor don Quijote cristiano tan católico y escrupuloso, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con creces.

—Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las figuras que me ha desfigurado quedaría contento, y su merced tranquilizaría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.

—Así es —dijo don Quijote—, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro.

—¿Cómo no? —respondió maese Pedro—. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló sino la fuerza invencible de ese poderoso brazo, y de quién eran sus cuerpos sino míos, y con quiénes me sustentaba yo sino con ellos?

—Ahora acabo de creer —dijo en este punto don Quijote— lo que he creído otras muchas veces: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno. Por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y, con todo y con esto, de este yerro mío, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco a pagárselo ahora mismo, en buena y corriente moneda castellana.

Se le inclinó maese Pedro, diciéndole:

—No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos. Y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y yo de lo que valen o podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y entonces maese Pedro alzó del suelo, con la cabeza de menos, al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

—Ya se ve cuán imposible es volver a este rey a su ser primero, y así, me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

—Adelante —dijo don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo —prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno—, no sería mucho que pidiese yo cinco

reales y un cuartillo.

—No es poco —dijo Sancho.

—Ni mucho —replicó el ventero—: ajústese la estimación y señálensele cinco reales.

—Dénsele los cinco y cuartillo —dijo don Quijote—, que no está en un cuartillo de más o menos el monto de esta notable desgracia; y acabe pronto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura —dijo maese Pedro— que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—Malo sería —dijo don Quijote— que Melisendra no estuviese ya con su esposo por lo menos en la raya de Francia, porque el caballo en que iban a mí me pareció que antes volaba que corría: y así, no hay por qué venderme a mí gato por liebre, presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra ahora, a poco que se tercie, holgándose en Francia con su esposo a pierna suelta. Ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana. Y prosiga.

Maese Pedro, que vio que don Quijote desvariaba y que volvía a su primera manía, no quiso que se le escapase:

—Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían, y así, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

De esta manera fue poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros, con satisfacción de las partes, hasta llegar a cuarenta reales y tres cuartillos; y además de esto, que lo desembolsó Sancho al punto, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de coger el mono.

—Dáselos, Sancho —dijo don Quijote—, no para coger el mono, sino la mona. Y doscientos daría yo ahora de propina a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos están ya en Francia y entre los suyos.

—Nadie nos lo podría decir mejor que mi mono —dijo maese Pedro—, pero no habrá diablo que lo coja ahora; aunque imagino que el cariño y el hambre lo forzarán a buscarme esta noche, y amanecerá Dios y nos veremos.

En conclusión, la borrasca del retablo se acabó y todos cenaron en paz y en buena compañía, a costa de don Quijote, que era generoso en todo extremo.

Antes que amaneciese se fue el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido se vinieron a despedir de don Quijote el primo y el paje, uno para volverse a su tierra, y el otro a proseguir su camino, para ayuda del cual le dio don Quijote una docena de reales.

Maese Pedro no quiso volver a entrar en más dimes ni diretes con don Quijote, a quien él conocía muy bien, y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y a su mono, se fue también a buscar sus aventuras.

Al ventero, que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras

como su largueza. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor, y despidiéndose de él, casi a las ocho del día dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertinentes para la comprensión de esta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII

DONDE SE DA CUENTA DE QUIÉNES ERAN MAESE PEDRO Y SU MONO, CON EL MAL FIN QUE TUVO DON QUIJOTE EN LA AVENTURA DEL REBUZNO, QUE NO LA ACABÓ COMO ÉL QUISIERA Y COMO LO TENÍA PENSADO

Entra Cide Hamete, cronista de esta gran historia, con estas palabras en este capítulo: «Juro como católico cristiano…». A lo que su traductor dice que al jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura o debe jurar verdad y decirla en lo que diga, así él la decía como si jurara como cristiano católico en lo que quería escribir de don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro y quién el mono adivino que traía admirados a todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que el que haya leído la primera parte de esta historia se acordará bien de aquel Ginés de Pasamonte a quien, entre otros galeotes, dio libertad don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fue mal agradecido y peor pagado por aquella gente maligna y mal acostumbrada.

Este Ginés de Pasamonte, a quien don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtó a Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto en la primera parte el cómo ni el cuándo, por culpa de los impresores, ha dado que hablar a muchos, que atribuyeron a poca memoria del autor el yerro de imprenta. Pero, en resumen: Ginés lo hurtó cuando Sancho Panza estaba durmiendo sobre él (usando la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas), y después lo recobró Sancho como se ha contado. Este Ginés, pues, temiendo ser hallado por la justicia, que lo buscaba para castigarlo por sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales que él mismo escribió un gran volumen contándolos, decidió pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titiritero, que esto y los juegos de manos los sabía hacer bien en extremo.

Sucedió, pues, que a unos cristianos ya libres que venían de Berbería les compró aquel mono, al que enseñó que haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro y le murmurase, o lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes de entrar en el pueblo donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el pueblo más cercano, o de quien él mejor podía, qué cosas particulares habían sucedido en aquel pueblo y a qué

personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, que unas veces era de una historia y otras de otra, pero todas alegres y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra, proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo del porvenir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y en algunas hacía rebaja, según tomaba el pulso a los preguntantes; y si alguna vez llegaba a las casas en las que él sabía los sucesos de los que moraban en ella, aunque, por no pagarle, no le preguntasen nada, él hacía la seña al mono y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito infalible, y se andaban todos tras él. Otras veces, como era tan agudo, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba a que dijese cómo adivinaba su mono, a todos burlaba y llenaba su bolsa.

En cuanto entró en la venta reconoció a don Quijote y a Sancho, por cuyo conocimiento le fue fácil poner en admiración a don Quijote y a Sancho Panza y a todos los que estaban en ella; pero le habría costado caro si don Quijote hubiese bajado un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el capítulo anterior.

Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

Y volviendo a don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta, decidió ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo por todo el mucho que faltaba de allí a las justas. Con esta intención siguió su camino, por el que anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir una loma, oyó un gran ruido de tambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó a Rocinante y subió loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vio al pie de ella, a su parecer, más de doscientos hombres armados con diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto y se acercó tanto al escuadrón, que distinguió perfectamente las banderas, juzgó los colores y advirtió las divisas que traían en ellas, especialmente una que venía en un estandarte o pendón de raso blanco, en el que estaba pintado muy a lo vivo un asno como un borrico sardo, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua fuera, en acto y postura de estar rebuznando; a su alrededor estaban escritos con letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta enseña sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo a Sancho, leyéndole lo que venía escrito en el estandarte. Le

dijo también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que los que rebuznaron habían sido dos ediles, pues, según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes.

—Señor —respondió Sancho Panza—, no hay que reparar en eso, que bien puede ser que los ediles que entonces rebuznaron llegasen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y así, se pueden llamar con ambos títulos; además, para la verdad de la historia da lo mismo que los rebuznadores fuesen alcaldes o ediles, con tal que ellos hayan, en efecto, rebuznado, porque tan a un paso está de rebuznar un alcalde como un edil.

En fin, conocieron y supieron cómo el pueblo burlado salía a pelear con el otro, que le burlaba más de lo justo y de lo que se debía a la buena vecindad.

Se fue llegando a ellos don Quijote, con no poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes lances. Los del escuadrón lo acogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su bando. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y porte llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército, por verlo, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que por primera vez lo miraban. Don Quijote, que los vio tan atentos a mirarlo, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz:

—Buenos señores, os suplico cuan encarecidamente puedo que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza a mi lengua.

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo:

—Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión la de favorecer a los necesitados de favor y socorrer a los menesterosos. Hace días que he sabido vuestra desgracia y la causa que os mueve a tomar las armas a cada paso, para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningún particular puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándolo por traidor a todo él, porque no sabe en particular quién cometió la traición porque lo reta. Ejemplo de esto tenemos en don Diego Ordóñez de Lara, que retó a todo el pueblo zamorano porque ignoraba que solo Vellido Dolfos había cometido la traición de matar a su rey, y así, retó a todos, y a todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego fue más lejos y aun rebasó con mucho los límites del reto, porque no tenía por qué retar a los muertos, a las aguas, ni a los trigos, ni a los que estaban por nacer, ni a las otras menudencias que se cuentan allí; pero vaya, cuando la cólera se sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo ni freno

que la corrija. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay por qué salir a la venganza del reto de esa afrenta, pues no lo es. Porque ¡estaría bueno que se matasen a cada paso los del pueblo de la Reloja con quien les llama relojeros, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más o menos! ¡Estaría bueno, desde luego, que todos estos insignes pueblos se avergonzasen y vengasen y anduviesen de continuo hechas las espadas sacabuches en cualquier pendencia, por pequeña que fuese! ¡No, no, ni lo permita ni quiera Dios! Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas deben tomar las armas y desenvainar las espadas y poner en riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables y que obliguen a tomar las armas, pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; además, el tomar venganza injusta, que justa no puede haber ninguna que lo sea, va directamente contra la Santa Ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen, mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y así, no nos iba a mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, señores míos, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse.

«El diablo me lleve, si este mi amo no es *tólogo*, y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro» —dijo Sancho para sí.

Tomó un poco de aliento don Quijote y, viendo que todavía le prestaban silencio, quiso seguir con su plática, y habría seguido, de no haberse puesto en medio la agudeza de Sancho, quien, viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, y dijo:

—Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Caballero de la Triste Figura y ahora se llama el Caballero de los Leones, es un hidalgo de mucho tiento, que sabe latín y castellano como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y se sabe al dedillo todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, y, así, no hay más que dejarse llevar por lo que él diga, y si se equivocan, échenme a mí la culpa; y más cuando se ha dicho que es necedad ofenderse solo por oír un rebuzno, que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese a la mano, y con tanta gracia y propiedad, que, en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del

pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era envidiado por más de cuatro de los estirados de mi pueblo, a mí no me importaba dos chavos. Y para que se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.

Y a continuación, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla de ellos, alzó un varapalo que tenía en la mano, y le dio tal golpe con él, que, sin poderlo remediar, dio con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vio tan malparado a Sancho, tomó la lanza como si fuese un garrote y arremetió con ella al que le había dado; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarlo, antes, viendo que llovía sobre él un nublado de piedras y que lo amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas a Rocinante, y a todo lo que pudo su galope se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón a Dios que le librase de aquel peligro, temiendo a cada paso no le entrase alguna bala por la espalda y le saliese al pecho, y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba.

Pero los del escuadrón se contentaron con verlo huir, sin tirarle. A Sancho lo pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y lo dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirlo; pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, del que no podía separarse. Alejado, pues, don Quijote un buen trecho, volvió la cabeza y vio que Sancho venía, y lo esperó, viendo que ninguno lo seguía.

Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido a la batalla sus contrarios, se volvieron a su pueblo, regocijados y alegres; y si ellos hubieran sabido la costumbre antigua de los griegos, habrían levantado en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPÍTULO XXVIII

DE LAS COSAS QUE DICE BENENGELI Y QUE SABRÁ QUIEN LO LEA, SI LO LEE CON ATENCIÓN

El valiente huye cuando ha descubierto el alevoso engaño, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta verdad se verificó en don Quijote, quien, dando lugar a la furia del pueblo y a las malas intenciones de aquel indignado escuadrón, puso pies en polvorosa y, sin acordarse de Sancho ni del peligro en que lo dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Lo seguía Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó, en fin, ya recuperado el sentido, y al llegar se dejó caer del rucio a los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Se apeó don Quijote para examinarle las heridas, pero como lo halló sano de los pies a la cabeza, con harta cólera le dijo:

—¡En qué mala hora supisteis vos rebuznar, Sancho! ¿Y dónde hallasteis vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar sino de varapalos? Y dad gracias a Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron la señal de la cruz con un alfanje.

—No estoy para responder, porque me parece que hablo por la espalda. Subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan a sus buenos escuderos molidos como alheña o harina en poder de sus enemigos.

—No huye el que se retira —respondió don Quijote—, porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario se atribuyen más a la buena fortuna que a su ánimo. Y así, yo confieso que me he retirado, pero no huido, y en esto he imitado a muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y de esto están las historias llenas, que, por no serte a ti de provecho ni a mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto, ya estaba a caballo Sancho, ayudado por don Quijote, que también subió en Rocinante, y poco a poco se fueron a emboscar en una alameda que se hallaba de allí a un cuarto de legua. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera que le sacaba de sentido.

—La causa de ese dolor debe de ser, sin duda —dijo don Quijote—, que como el palo con que te dieron era largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si más te hubiera cogido, más te dolería.

—¡Vuesa merced me ha sacado de una gran duda, vive Dios, y me la ha aclarado por lindos términos! ¡Cristo bendito! ¿Tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aún podría ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían, pero adivinar que me duele lo que me molieron no es mucho adivinar. La verdad, señor amo, el mal ajeno de pelo cuelga, y cada día voy descubriendo lo poco que puedo esperar de la compañía que tengo con vuestra merced; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos a los manteamientos de marras y a otras chiquilladas, que si ahora me han salido a mis espaldas, ya me saldrán a los ojos. Harto mejor haría yo, solo que soy un bárbaro y no haré nada que sea bueno en toda mi vida, harto mejor haría yo, vuelvo a decir, en volverme a mi casa con mi mujer y mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios tenga a bien darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino y por sendas y carreras que no son ni lo uno ni lo otro, bebiendo mal y comiendo peor, ¡y no hablemos de dormir! Contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si queréis más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está serviros, y tendeos a vuestras anchas, que quemado vea yo y hecho polvo al primero que dio puntada en la caballería andante, o al menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los antiguos caballeros andantes. De los presentes no digo nada, que, por ser vuestra merced uno de ellos, les tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

—Apostaría con vos lo que quisierais, Sancho, a que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya a la mano, ya no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os venga al pensamiento y a la boca, que a trueco de que a vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias. Y si tanto deseáis volveros a vuestra casa con vuestra mujer e hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros tenéis míos, mirad cuánto hace que salimos de nuestro pueblo esta tercera vez, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.

—Cuando yo servía a Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuestra merced conoce bien, ganaba dos ducados al mes, amén de la comida. Con vuestra merced no sé lo que puedo ganar, aunque sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve a un labrador, que, a fin de cuentas, los que servimos a labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, a la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la que no he dormido desde que sirvo a vuestra merced. Aparte del breve tiempo que estuvimos en casa de don Diego de Miranda y el banquete que tuve con las presas que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio, el resto del tiempo he dormido en la

dura tierra, a cielo abierto, sujeto a lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo agua de arroyos y fuentes, de la que encontramos por esos andurriales donde andamos.

—Admitamos que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto más os parece que os debo dar de lo que os daba Tomé Carrasco?

—A mi parecer —dijo Sancho—, con dos reales más que vuestra merced añadiese cada mes me tendría por bien pagado. Esto en cuanto al salario de mi trabajo. Pero en cuanto a satisfacerme la palabra y promesa que vuestra merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que serían treinta en total.

—Está muy bien, y conforme al salario que vos os habéis señalado, hace veinticinco días que salimos de nuestro pueblo: contad, Sancho, lo que os corresponde y mirad lo que os debo y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.

—¡Diantre!, vuestra merced va muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se tiene que contar desde el día que vuestra merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos.

—¿Pues cuánto hace, Sancho, que os la prometí?

—Si yo mal no me acuerdo, debe de hacer más de veinte años, tres días arriba o abajo.

Se dio don Quijote una gran palmada en la frente y comenzó a reír de muy buena gana, y dijo:

—Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el transcurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices, Sancho, que hace veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mío; y si esto es así y tú gustas de ello, desde ahora te lo doy, y buen provecho te haga, que a cambio de verme sin tan mal escudero, me alegraré de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la caballería andante, ¿dónde has visto tú o leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en «me habéis de dar esto, lo otro y lo de más allá por cada mes que os sirva»? Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate, digo, por el maremágnum de sus historias, y si hallas que algún escudero ha dicho o pensado lo que aquí has dicho, quiero que me lo grabes en la frente y que me des de paso cuatro sopapos. Vuelve las riendas, o el cabestro, al rucio, y vuélvete a tu casa, porque de ahora en adelante no vas a seguir conmigo ni un solo paso más. ¡Ah desagradecido, ah promesas mal colocadas, hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora que yo pensaba darte una posición tal, que te llamarían «señoría» a pesar de tu mujer, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etcétera. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que llegará ella a su último término antes que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.

Miraba Sancho a don Quijote fijamente mientras le decía estos vituperios, y se compungió de tal manera, que le vinieron las lágrimas a los ojos, y con voz dolorida y temblorosa le dijo:

—Señor mío, confieso que para ser del todo asno no me falta más que la cola. Si vuestra merced quiere ponérmela, la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone y se compadezca de mi ingenuidad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de flaqueza que de malicia. Mas quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda.

—Me maravillaría yo, Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Bueno, yo te perdono, basta con que te enmiendes y con que no te muestres de aquí en adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón y te alientes y animes a esperar el cumplimiento de mis promesas, que, aunque se tarda, no se imposibilita.

Sancho respondió que lo haría así, aunque tuviese que sacar fuerzas de flaqueza.

Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo y Sancho al de un haya, que estos árboles y otros semejantes suyos siempre tienen pies, y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía sentir más con el sereno; don Quijote la pasó en sus continuas memorias. Pero, con todo, dieron los ojos al sueño, y al salir el alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

DE LA FAMOSA AVENTURA DEL BARCO ENCANTADO

Por sus pasos contados y por contar, dos días después de salir de la alameda llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verlo fue de gran gusto a don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, alegre vista que renovó en su memoria mil amorosos pensamientos. Especialmente le estuvo dando vueltas a lo que había visto en la cueva de Montesinos, que, aunque el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la mentira misma.

Yendo, pues, de esta manera, se le ofreció a la vista un pequeño barco sin remos ni ningunas otras jarcias, que estaba atado en la orilla al tronco de un árbol de la ribera. Miró don Quijote a todas partes, y no vio persona alguna; y entonces sin más ni más se apeó de Rocinante y mandó a Sancho que hiciese lo mismo del rucio y que atase muy bien al tronco de un álamo o sauce que allí estaba a ambas bestias juntas. Le preguntó Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquella atadura.

—Has de saber, Sancho —respondió don Quijote—, que este barco que aquí está, claramente y sin que nada pueda impedirlo, me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna gran cuita. Porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas y de los encantadores que se entrometen y platican en ellas: cuando un caballero está puesto en algún trabajo que no puede ser librado de él sino por la mano de otro caballero, aunque estén distantes el uno del otro dos o tres mil leguas, y aún más, lo arrebatan en una nube o le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos lo llevan, o por los aires o por la mar, donde quieren y donde es menester su ayuda. Así que, Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto, y esto es tan verdad como es ahora de día; y antes que este se pase, ata juntos al rucio y a Rocinante, y que sea lo que Dios quiera, que no dejaría de embarcarme aunque me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues si así es, y vuestra merced a cada paso quiere ir a dar en estos que no sé si llamar disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: Haz lo que tu amo te manda y siéntate con él a la mesa. Pero, con todo y con esto, por lo que

toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir a vuestra merced que a mí me parece que este dichoso barco no es de los encantados, sino de unos pescadores de este río, porque en él se pescan las mejores bogas del mundo.

Esto decía Sancho mientras ataba las bestias, dejándolas con harto dolor de su ánima a la protección y amparo de los encantadores. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que iba a llevarlos a ellos por tan longincuos caminos y regiones se ocuparía de sustentarlos.

—No entiendo eso de *logicuos*, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida.

—*Longincuos* quiere decir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado a saber latín, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.

—Ya están atados —dijo Sancho—. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? Santiguarnos y levar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que está atado este barco.

Y dando un salto a él, seguido por Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco a poco de la ribera. Y cuando Sancho se vio dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición, pero ninguna cosa le dio más pena que oír roznar al rucio y ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y le dijo a su señor:

—El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia y Rocinante trata de ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos devuelva a vuestra presencia!

Y en esto comenzó a llorar tan amargamente, que don Quijote, impaciente y colérico, le dijo:

—¿A qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequilla? ¿Quién te persigue, o quién te acosa, ánimo de ratón casero, o qué te falta, menesteroso en medio de las entrañas de la abundancia? ¿Acaso vas caminando a pie y descalzo por las montañas escitas, o sentado en una tabla, como un archiduque, por el sosegado curso de este agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya debemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas u ochocientas leguas. Y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te diría las que hemos caminado; aunque, o yo sé poco, o ya hemos pasado o pasaremos pronto por la línea equinoccial, que divide y corta los dos contrapuestos polos a igual distancia.

—Y cuando lleguemos a esa *leña* que vuestra merced dice, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho, porque de los trescientos sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se conoce, habremos caminado la mitad, llegando a la línea que he dicho.

—Por Dios, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil

persona, *puto* y *gafo*, con la añadidura de *meón*, o *meo*, o qué sé yo.

Se rio don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y le dijo:

—Sabrás, Sancho, que una de las señales que tienen los españoles y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales, para entender que han pasado la línea equinoccial que te he dicho, es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ni uno, ni en todo el bajel lo hallarán, aunque den por él su peso en oro. Y así, puedes, Sancho, pasear una mano por el muslo, y si topas cosa viva, saldremos de esta duda, y si no, hemos pasado.

—No me lo creo, pero, con todo, haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos hemos apartado de la ribera cinco varas, ni nos hemos desviado de donde están las bestias dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el mismo lugar donde los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto a tal que no nos movemos ni andamos ni al paso de una hormiga.

—Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te preocupes de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas, de los que se compone la esfera celeste y terrestre; que si supieras todas estas cosas, o parte de ellas, verías claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto y cuántas constelaciones hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y te vuelvo a decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un liso y blanco pliego de papel.

Se tentó Sancho, y llegando con la mano sin temor pero con tiento a la corva izquierda, alzó la cabeza y miró a su amo, y dijo:

—O la experiencia es falsa, o no hemos llegado a donde vuesa merced dice, ni de lejos.

—Pues qué, ¿has topado algo?

—¡Y aun algos!

Y sacudiéndose los dedos, se lavó la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que lo moviese ninguna inteligencia secreta, ni ningún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

En esto, descubrieron unas grandes aceñas que estaban en la mitad del río, y apenas las vio don Quijote, dijo en voz alta a Sancho:

—¿La ves? Allí, amigo, se descubre la ciudad, castillo o fortaleza don de debe de estar algún caballero oprimido, o alguna reina, infanta o princesa malparada, para cuyo socorro aquí he sido traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa merced, señor? ¿No se da cuenta que aquellas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho, que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que los

encantamientos trastruecan y mudan de su ser natural todas las cosas. No quiero decir que las mudan realmente de un ser en otro, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

En esto, el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó a caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba a embocar por el raudal de las ruedas, salieron rápidamente muchos de ellos con varas largas a detenerlo; y como salían enharinados y cubiertos los rostros y las ropas del polvo de la harina, presentaban muy mala vista. Daban grandes voces diciendo:

—¡Demonios de hombres!, ¿dónde vais? ¿Tan desesperados venís, que queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho —dijo entonces don Quijote—, que habíamos llegado donde he de mostrar a dónde llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro, mira cuántos vestiglos se me oponen, mira cuántas feas cataduras quieren amedrentarnos… ¡Pues ahora vais a ver, bellacos!

Y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó a amenazar a los molineros:

—Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío a la persona, noble o plebeya, que tenéis oprimida en esa vuestra fortaleza o prisión, cualquiera que sea su rango o calidad, que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de los Leones, a quien está reservado por orden de los altos cielos el dar feliz final a esta aventura.

Y diciendo esto, echó mano a su espada y comenzó a esgrimirla en el aire contra los molineros, que, oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas a detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Se puso Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo lo librase de tan manifiesto peligro, y así lo hizo por la diligencia y maña de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco lo detuvieron, pero no de manera que dejasen de volcarlo y dar con don Quijote y con Sancho en el agua; pero tuvo suerte don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas lo llevó al fondo dos veces, y si no hubiera sido por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron al peso a ambos, allí habría sido Troya para los dos.

Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados en el cielo, pidió a Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí en adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, al que habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y, viéndolo roto, empezaron a desnudar a Sancho y a pedir a don Quijote se lo pagase. Este, con gran sosiego, como si nada le hubiera sucedido, dijo a los molineros y pescadores que pagaría el barco de bonísima gana, a condición de que le diesen libre y sin fianza a la persona o personas que estaban oprimidas en

aquel castillo.

—¿Qué personas ni qué castillo dices, hombre sin juicio? —respondió uno de los molineros—. ¿Te quieres llevar por ventura a quienes vienen a moler trigo a estas aceñas?

«¡Basta! —dijo para sí don Quijote—. Convencer aquí a esta canalla de que por ruegos hagan algo virtuoso será predicar en el desierto. Y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro hizo que me atravesara. ¡Dios lo remedie!, que todo este mundo son intrigas y apariencias, contrarias unas de otras. Yo más no puedo».

Y alzando la voz, prosiguió diciendo, mirando las aceñas:

—Amigos, quienesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.

Y diciendo esto, se puso de acuerdo con los pescadores y pagó por el barco cincuenta reales, que los dio Sancho de muy mala gana:

—Con dos barcadas como esta, daremos con todo el caudal al fondo…

Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera, al parecer, del uso de los otros hombres, y no acababan de entender a dónde se encaminaban las peroratas y preguntas que don Quijote les hacía; y teniéndolos por locos, los dejaron y se recogieron a sus aceñas, y los pescadores a sus puestos.

Volvieron a sus bestias, y a afligirse, don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del barco encantado.

CAPÍTULO XXX

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UNA BELLA CAZADORA

Harto melancólicos y de mal talante llegaron a sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, al que le llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que se quitaba de él era quitárselo a él de las niñas de sus ojos.

En fin, sin hablarse palabra, se pusieron a caballo y se apartaron del famoso río, don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su medro, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerlo, porque, aunque tonto, bien se le alcanzaba que los actos de su amo, todos o los más, eran disparates, y buscaba la ocasión de partirse un día y marcharse a su casa sin entrar en cuentas ni en despedidas con su señor. Pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía.

Sucedió, pues, que al día siguiente, al ponerse el sol y al salir de un bosque, tendió don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último de él vio gente y, acercándose, advirtió que eran cazadores de cetrería. Se acercó más, y entre ellos vio a una gallarda señora sobre un palafrén o jaca blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dio a entender a don Quijote que aquella era alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como así era, y entonces dijo a Sancho:

—Corre, Sancho, hijo, y di a aquella señora del palafrén y del azor que yo, el Caballero de los Leones, besa las manos a su gran fermosura y que si su grandeza me da licencia, se las iré a besar y a servirla en cuanto mis fuerzas puedan y su alteza me mande. Y mira, Sancho, cómo hablas, y lleva cuidado de no encajar ningún refrán de los tuyos en tu embajada.

—¡Habéis hallado al mejor encajador! ¡A mí con esas! ¡Que no es esta la vez primera que he llevado embajadas a altas y crecidas señoras en esta vida!

—Aparte de la que llevaste a la señora Dulcinea, no sé yo que hayas llevado otra, por lo menos estando a mi servicio.

—Cierto, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena pronto se

guisa la cena: quiero decir, que a mí no hay que decirme ni advertirme nada, que para todo tengo y de todo entiendo un poco.

—Yo lo creo, Sancho. Ve en buena hora, y Dios te guíe.

Partió Sancho a la carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó adonde estaba la bella cazadora. Y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo:

—Hermosa señora, aquel caballero que se ve allí, llamado el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, a quien llaman en su casa Sancho Panza. Este Caballero de los Leones, que hasta no hace mucho se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí a decir a vuestra grandeza tenga a bien darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento él venga a poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que el de servir a vuestra encumbrada altanería y fermosura, y que en darle la licencia vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Desde luego, buen escudero —respondió la señora—, habéis dado vos la vuestra con todas las circunstancias que piden estas embajadas. Levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid a vuestro señor que venga muy enhorabuena a servirse de mí y del duque mi marido, en una casa de recreo que tenemos aquí.

Se levantó Sancho, admirado tanto de la hermosura de la buena señora como de su mucha distinción y cortesía, y más después de lo que le había dicho, que tenía noticia de su señor el Caballero de la Triste Figura, y que si no lo había llamado el de los Leones, debía de ser por habérselo puesto tan recientemente.

—Decidme, hermano escudero —le preguntó la duquesa, cuyo título aún no se conoce—: ¿Este vuestro señor no es uno de quien anda impreso un libro que se llama *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso?

—El mismo, señora —respondió Sancho—, y aquel escudero suyo que anda o debe de andar en ese libro, a quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no me trocaron en la cuna, quiero decir, en la imprenta.

—De todo eso me huelgo yo mucho. Id, hermano Panza, y decid a vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido a mis estados, y que ninguna cosa me podría acaecer que me diera más contento.

Sancho, con esta tan agradable respuesta, volvió con grandísimo gusto a su amo, a quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos a los cielos su mucha hermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote gallardeó en la silla, se afirmó bien en los estribos, se acomodó la visera, espoleó a Rocinante, y con gentil denuedo fue a besar las manos a la duquesa. Esta, después de hacer llamar al duque su marido, le contó, mientras llegaba don Quijote, toda su embajada, y los dos, por haber leído la primera parte de esta historia y haber entendido por ella el disparatado temperamento de don Quijote, lo esperaban con

grandísimo gusto y con deseo de conocerlo, con intención de bailarle el agua y seguirle la corriente en cuanto les dijese, tratándolo como a caballero andante los días que parase con ellos, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías, que ellos habían leído, y a los que eran incluso muy aficionados.

En esto llegó don Quijote, alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho a sostenerle el estribo; pero tuvo tan mala suerte que al apearse del rucio se le trabó un pie en una soga de la albarda, de tal modo que no le fue posible desenredarlo, sino que quedó colgado de él, con la boca y el pecho en el suelo. Don Quijote, que no tenía la costumbre de apearse sin que le sostuviesen el estribo, pensando que ya Sancho se había llegado a sostenérselo, descargó de golpe el cuerpo y se llevó tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya, y con muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aún seguía con el pie enredado en la cuerda.

El duque mandó a sus cazadores que socorriesen al caballero y al escudero, y levantaron a don Quijote maltrecho de la caída. Y, renqueando y como pudo, fue a hincar las rodillas ante los dos señores. Pero el duque no lo consintió de ninguna manera, antes al contrario, apeándose de su caballo, fue a abrazar a don Quijote:

—A mí me pesa, señor Caballero de la Triste Figura, que la primera figura que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros y peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe —respondió don Quijote—, es imposible que sea un mal suceso, aunque mi caída no parara hasta lo profundo de los abismos, pues de allí me levantaría y me sacaría la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, desata mejor la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme. Pero como quiera que yo me halle, caído o levantado, a pie o a caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra y digna señora de la hermosura y universal princesa de la cortesía.

—¡Despacio, señor mío don Quijote de la Mancha! —dijo el duque—, que donde esté mi señora doña Dulcinea del Toboso, no es razón que se alaben otras fermosuras.

Para entonces ya se había liberado Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo:

—No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oído decir que esto que llaman naturaleza es como un alfarero que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso también puede hacer dos y tres y ciento: lo digo porque mi señora la duquesa desde luego no le va a la zaga a mi ama la señora Dulcinea del Toboso.

Se volvió don Quijote a la duquesa y dijo:

—Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso que el que yo tengo; y él no me dejará por mentiroso, si vuestra gran excelsitud quiere servirse de mí unos días.

—El que Sancho el bueno sea gracioso —dijo la duquesa— lo estimo yo en mucho, porque es señal de que es agudo, que las gracias y los donaires, señor don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no se asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí lo confirmo por agudo.

—Y hablador… —añadió don Quijote.

—Tanto mejor —dijo el duque—, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras. Y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Caballero de la Triste Figura…

—De los Leones debe decir vuestra alteza —dijo Sancho—, que ya no hay triste figura ni figuro.

—Sea: el de los Leones —prosiguió el duque—. Digo que venga el señor Caballero de los Leones a un castillo mío que está aquí cerca, donde se le hará la acogida que justamente se debe a tan alta persona, y la que yo y la duquesa solemos hacer a todos los caballeros andantes que llegan a él.

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla a Rocinante. Y subiendo en él don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron a la duquesa en medio y se encaminaron al castillo. Mandó la duquesa a Sancho que fuese junto a ella, porque gustaba infinito de oír sus agudezas. No se hizo de rogar Sancho, y se entretejió entre los tres e hizo de cuarto en la conversación, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron a gran ventura acoger en su castillo a tal caballero andante y a tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI

QUE TRATA DE MUCHAS Y GRANDES COSAS

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose, a su parecer, con el favor de la duquesa, porque se le figuraba, siempre aficionado a la buena vida, que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, y por eso agarraba la ocasión por la melena en esto del agasajarse cuando y cada vez que se le ofrecía.

Cuenta, pues, la historia que antes que llegasen a la casa de recreo o castillo, se adelantó el duque y dio orden a todos sus criados del modo en que habían de tratar a don Quijote. Y cuando este llegó con la duquesa a las puertas del castillo, al instante salieron de él dos lacayos o palafreneros vestidos hasta los pies con unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y, visto y no visto, cogieron a don Quijote en brazos, y le dijeron:

—Vaya vuestra grandeza a apear a mi señora la duquesa.

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes ceremonias entre los dos sobre el caso, pero en efecto venció la porfía de la duquesa, y no quiso descender o bajar del palafrén sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar a tan gran caballero tan inútil carga. Al final salió el duque a apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros a don Quijote un gran mantón de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo a grandes voces:

—¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!

Y todos o la mayoría derramaban pomos de agua perfumada sobre don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote; y aquel fue el primer día que supo sin la menor duda y creyó que era caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban a tales caballeros en los siglos pasados.

Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la duquesa y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó a una reverenda dueña, que había salido con otras a recibir a la duquesa, y en voz baja le dijo:

—Señora González, o como se llame vuesa merced…

—Doña Rodríguez de Grijalba me llamo —respondió la dueña—. ¿Qué es lo que mandáis, hermano?

—Querría que vuesa merced me hiciese el favor de salir a la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío: vuesa merced tenga a bien mandarlo poner o ponerlo en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso y no se acostumbrará a estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan despierto es el amo como el mozo, apañadas estamos. ¡Andad, hermano, muy enhoramala para vos y para quien os trajo acá, y ocupaos de vuestro jumento!, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas a semejantes menesteres.

—Pues la verdad es que he oído yo decir a mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote,

cuando de Bretaña vino,
que damas cuidaban de él,
y dueñas de su rocino,

y en lo tocante a mi asno, no lo cambiaría yo ni por el rocín del señor Lanzarote.

—Hermano, si sois bufón, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar más que una higa.

—¡Al menos estará bien madura!, porque no creo que vuesa merced, en años, se quede corta…

—¡Hijo de puta —dijo la dueña, ya toda encendida en cólera—, si soy vieja o no, a Dios daré la cuenta, que no a vos, bellaco harto de ajos!

Esto lo dijo en voz tan alta, que lo oyó la duquesa; y volviendo y viendo a la dueña tan alborotada y con los ojos echando chispas, le preguntó con quién se las tenía.

—Aquí me las tengo —respondió la dueña— con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya a poner en la caballeriza a un asno suyo que está en la puerta del castillo, poniéndome como ejemplo que así lo hicieron no sé dónde unas damas que cuidaron de un tal Lanzarote y unas dueñas de su rocino, y, por si fuera poco, me ha llamado vieja.

—Yo tendría eso por una afrenta —respondió la duquesa—, más que cuantas pudieran decirme.

Y hablando con Sancho le dijo:

—Advertid, amigo Sancho, que doña Rodríguez es muy moza y que esas tocas las trae más por autoridad y por la usanza que por los años.

—Malos sean los que me quedan por vivir —respondió Sancho— si lo dije adrede: solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo a mi jumento, que me pareció que no podía encomendarlo a persona más caritativa que la señora doña Rodríguez.

Don Quijote, que lo estaba oyendo todo, le dijo:

—¿Son pláticas estas, Sancho, para este lugar?

—Señor, cada cual ha de hablar de sus menesteres dondequiera que esté: aquí se

me acordó el rucio y aquí hablé de él; y si se me acordara en la caballeriza, allí hablaría.

—Sancho está muy en lo cierto —dijo el duque—, y no hay que culparlo de nada: al rucio se le dará todo a pedir de boca, y descuide, Sancho, que se le tratará como a su misma persona.

Con estos razonamientos, gustosos a todos salvo a don Quijote, llegaron a lo alto y pasaron a don Quijote a una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado; seis doncellas lo desarmaron y sirvieron de pajes, todas aleccionadas y advertidas por el duque y la duquesa de lo que habían de hacer y de cómo habían de tratar a don Quijote para que imaginase y viese que lo trataban como a caballero andante. Quedó don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos greguescos y en su jubón de gamuza, seco, alto, tieso, con las quijadas que se besaban por dentro la una con la otra: figura con la que las doncellas que le servían habrían reventado de risa, de no llevar cuidado en disimularla, que esa fue una de las órdenes precisas que les habían dado sus señores.

Le pidieron que se dejase desnudar para vestirle una camisa, pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad sentaba tan bien a los caballeros andantes como la valentía; no obstante, dijo que diesen la camisa a Sancho, y encerrándose con él en una alcoba donde había un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa, y viéndose a solas con Sancho, le dijo:

—Dime, truhán moderno y majadero antiguo: ¿te parece bien deshonrar y afrentar a una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como esa? ¿Era momento ese para acordarte del rucio, o señores son estos para desasistir a las bestias, tratando tan elegantemente a sus dueños? Por Dios, Sancho, repórtate, y no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que estás tejido de tela villana y grosera. Mira, pecador de ti, que el señor es tenido en tanto más cuanto más honrados y bien nacidos criados tiene, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes a los demás hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, afligido de ti y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano o un bufón mentecato, pensarán que yo soy algún charlatán o algún falso caballero? No, no, Sancho amigo: huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer traspiés cae y da en truhán sin gracia. Refrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado a un sitio donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.

Sancho le prometió con muchas veras coserse la boca o morderse la lengua antes que hablar palabra que no fuese muy a propósito y bien meditada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de eso, que nunca por él se descubriría quiénes eran ellos.

Se vistió don Quijote, se puso su tahalí con su espada, se echó el mantón escarlata a cuestas, se puso una montera de raso verde que le dieron las doncellas, y con este

adorno salió a la gran sala, donde halló a las doncellas puestas en dos filas, tantas a una parte como a otra, y todas preparadas con el aguamanil y la palangana, y le hicieron el aguamanos con muchas reverencias y ceremonias.

Luego llegaron doce pajes, con el maestresala, para llevarlo a comer, que ya los señores le aguardaban. Lo colocaron en medio, y lleno de pompa y majestad lo llevaron a otra sala, donde estaba puesta una rica mesa solo con cuatro servicios. La duquesa y el duque salieron a la puerta de la sala a recibirlo, y con ellos un grave eclesiástico de esos que gobiernan las casas de los príncipes: de los que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo tienen que ser los que lo son; de esos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; de esos que queriendo mostrar a los que ellos gobiernan cómo ser comedidos, los hacen ser avaros. De estos tales, digo, debía de ser el grave religioso que salió a recibir a don Quijote con los duques. Se hicieron mil corteses cumplidos y, en fin, colocando a don Quijote en medio se fueron a sentar a la mesa.

Le brindó el duque a don Quijote la cabecera de la mesa, y aunque él la rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó en frente, y el duque y la duquesa a los dos lados.

A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que le hacían a su señor aquellos príncipes; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que tuvieron lugar entre el duque y don Quijote para hacerle sentar a la cabecera de la mesa, dijo:

—Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca de esto de los asientos.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que iba a decir alguna necedad. Le miró Sancho, y le entendió, y dijo:

—No tema vuesa merced, señor mío, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy a pelo, que no se me han olvidado los consejos que me dio hace poco vuesa merced sobre el hablar mucho o poco, o bien o mal.

—Yo no me acuerdo de nada, Sancho —respondió don Quijote—; di lo que quieras, pero dilo rápido.

—Pues lo que quiero decir es tan verdad, que mi señor don Quijote, aquí presente, no me dejará mentir.

—Por mí —replicó don Quijote—, miente tú, Sancho, cuanto quieras, que yo no te desmentiré, pero mira lo que vas a decir.

—Tan mirado y remirado lo tengo, que a buen recaudo está el que repica, como se verá por la obra.

—Estaría bien —dijo don Quijote— que vuestras grandezas mandaran echar de aquí a este tonto, que dirá mil patochadas.

—Por vida del duque —dijo la duquesa—, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: lo quiero yo mucho, porque sé que es muy cortés.

—Corteses días —dijo Sancho— viva vuestra santidad por el buen crédito que tiene de mí, aunque en mí no lo haya. Y el cuento que quiero decir es este: Convidó a

un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venía de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, hija que fue de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia hace años en nuestro pueblo, y que creo que mi señor don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el Travieso, el hijo de Balbastro el herrero… ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? ¡Dígalo, por su vida!, para que estos señores no me tengan por un hablador mentiroso.

—Hasta ahora —dijo el eclesiástico— más os tengo por hablador que por mentiroso, pero de aquí en adelante no sé por lo que os tendré.

—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas —dijo don Quijote—, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad. Sigue y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días.

—No ha de acortarlo —dijo la duquesa—, por darme gusto, antes lo ha de contar de la manera que él sabe, aunque no lo acabe en seis días; que si fuesen tantos, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

—Digo, pues, señores míos —prosiguió Sancho—, que este hidalgo, que yo conozco como a mis manos, porque no hay de mi casa a la suya un tiro de ballesta, convidó a un labrador pobre, pero honrado…

—Adelante, hermano —dijo aquí el religioso—, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

—A menos de la mitad pararé, si Dios lo tiene a bien —respondió Sancho—. Y así, digo que llegando aquel labrador a casa de ese hidalgo convidador, que buen reposo tenga su ánima, pues ya está muerto, y por más señas dicen que tuvo una muerte de ángel, aunque yo no me hallaba presente, porque había ido por aquel tiempo a segar a Tembleque…

—Por vida vuestra, hijo —dijo el eclesiástico—, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento.

—Es, pues, el caso —replicó Sancho—, que estando los dos para sentarse a la mesa, que parece que los estoy viendo ahora más que nunca…

Gran gusto recibían los duques del disgusto que mostraba recibir el buen religioso por la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento; y don Quijote se estaba consumiendo de cólera y de rabia.

—… digo, pues —dijo Sancho—, que estando, como he dicho, los dos para sentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que la tomase el labrador, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y muy educado, no quiso de ninguna manera, hasta que el hidalgo, disgustado, poniéndole ambas manos sobre los hombros, lo hizo sentar a la fuerza, diciéndole: «Sentaos, majagranzas, que donde quiera que yo me siente, esa será vuestra cabecera». Y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido traído aquí fuera de lugar.

Se puso don Quijote de mil colores, que le asomaban a la tez morena y se la jaspeaban; los señores disimularon la risa, para que a don Quijote no acabasen de llevárselo todos los demonios, habiendo entendido la malicia de Sancho. Y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa a don Quijote que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes o malandrines, pues no podía dejar de haber vencido a muchos. A lo que don Quijote respondió:

—Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado, pero ¿dónde la iban a hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que se puede imaginar?

—No sé —dijo Sancho Panza—, a mí me parece la más hermosa criatura del mundo. Y por lo menos en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que ella no dejará que la aventaje ningún volatinero; de veras, señora duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica como si fuera un gato.

—¿Vos la habéis visto encantada, Sancho? —preguntó el duque.

—¡Cómo que si la he visto! —respondió Sancho—. ¿Pues quién diablos sino yo fue el primero que cayó en el asunto del encantamiento? ¡Tan encantada está como mi padre!

El eclesiástico, que oyó hablar de gigantes, de follones y de encantamientos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque a menudo, y él se lo había reprendido muchas veces, diciéndole que era un disparate leer tales disparates; y al confirmar que era verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo:

—Vuestra Excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, o don Tonto, o como se llame, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como Vuestra Excelencia quiere que sea poniéndole las ocasiones a mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.

Y volviendo la plática a don Quijote le dijo:

—Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en buena hora, y en ella se os diga: «Volveos a vuestra casa y criad a vuestros hijos, si los tenéis, y cuidad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen». ¿En dónde habéis vos hallado en mala hora que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de simplicidades que se cuentan de vos?

Atento estuvo don Quijote a la filípica de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto a los duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo…

Pero esta respuesta merece capítulo aparte.

CAPÍTULO XXXII

DE LA RESPUESTA QUE DIO DON QUIJOTE A SU REPRENSOR, CON OTROS GRAVES Y GRACIOSOS SUCESOS

Puesto, pues, en pie don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo:

—El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al ministerio que profesa vuesa merced retienen y atan las manos de mi justo enojo; y tanto por lo que he dicho como por saber que todos saben que las armas de los que llevan toga o sotana son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debían esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bienintencionadas requieren otras circunstancias y piden ocasiones más oportunas: al menos, el haberme reprendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues estas asientan mejor sobre la blandura que sobre la aspereza, y no está bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que ha visto en mí me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a ocuparme del gobierno de ella y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo? ¿Es que se puede entrar a troche y moche en las casas ajenas a gobernar a sus dueños, y habiéndose criado algunos en la pobreza de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar a los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano o es tiempo malgastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los agasajos de él, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los de alta cuna, lo tendría por afrenta irreparable; pero que me tengan por necio los que se dedican al estudio, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, me importa un bledo: caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado por mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado

entuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, solo porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y, siéndolo, no soy de los enamorados lascivos, sino de los platónicos castos. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno: si el que de esto se ocupa, si el que esto obra, si el que de esto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelsos.

—¡Bien, por Dios! —dijo Sancho—. No diga más en su abono vuestra merced, señor y amo mío, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que insistir en el mundo. Además, negando este señor como ha negado que no ha habido caballeros andantes en el mundo ni los hay, ¿qué importa que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

—¿Por ventura sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? —preguntó el eclesiástico.

—Sí, soy yo, y quien la merece tan bien como otro cualquiera; soy de los de «júntate a los buenos, y serás uno de ellos», y soy yo de aquellos que «no con quien naces, sino con quien paces», y de los de «quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija». Yo me he arrimado a buen señor, y hace muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, si Dios quiere. Y viva él y viva yo, que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí ínsulas que gobernar.

—No, ciertamente, amigo Sancho —dijo en ese momento el duque—, que yo, en nombre del señor don Quijote, os entrego el gobierno de una, de no pequeña calidad, que tengo vacante.

—Híncate de rodillas, Sancho —dijo don Quijote—, y besa los pies a Su Excelencia por la merced que te ha hecho.

Lo hizo así Sancho, y visto esto por el eclesiástico, se levantó de la mesa enojado en extremo.

—Por el hábito que tengo, estoy por decir que es tan necio Vuestra Excelencia como estos pecadores. ¡Cómo no van a ser locos ellos, si los cuerdos canonizan sus locuras! Quédese Vuestra Excelencia con ellos, que mientras estén en casa, me estaré yo en la mía, y podré dejar de reprender lo que no puedo remediar.

Y sin decir más ni comer más se fue, sin que fuesen capaces de detenerlo los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido por la risa que su impertinente cólera le había causado; acabó de reír, y dijo a don Quijote:

—Vuesa merced, señor Caballero de los Leones, ha respondido por sí tan atinadamente, que no le queda cosa por satisfacer de este que, aunque parece agravio, no lo es de ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como sabe mejor vuesa merced.

—Así es —respondió don Quijote—, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar a nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados. Porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como sabe mejor Vuestra Excelencia: la

afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace, y la sustenta con las armas; el agravio puede venir de cualquier parte, sin que afrente. Sirva este ejemplo: está uno en la calle descuidado; llegan diez con mano armada, y, dándole de palos, echa mano a la espada y hace su deber, pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salirse con su intención, que es vengarse; este queda agraviado, pero no afrentado. Y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas; llega otro y le da de palos, y, después de dárselos, huye y no espera, y el otro lo persigue y no lo alcanza; este que recibió los palos recibió agravio, pero no afrenta, porque la afrenta tiene que sustentarse. Si el que le dio los palos, aunque se los dio por detrás, hubiera puesto mano a su espada y se hubiera estado quieto, dando la cara a su enemigo, el apaleado hubiese quedado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron a traición; afrentado, porque el que le dio sustentó lo que había hecho, sin volver la espalda y a pie firme. Y así, según las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, pero no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen por qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sagrada religión, porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así, aunque naturalmente están obligados a defenderse, no lo están a ofender a nadie. Y aunque hace poco dije que yo podía estar agraviado, ahora digo que no, en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar. Razones por las cuales yo no debo sentir ni siento las que ese buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara un poco, para darle a entender el error en que está, pensando y diciendo que no ha habido, ni los hay, caballeros andantes en el mundo; que si eso lo oyera Amadís, o uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le iría bien a su merced.

—También juro yo eso —dijo Sancho—: le hubiesen dado tal cuchillada, que lo habrían abierto de arriba abajo como una granada o como a un melón maduro. ¡Bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas! Estoy seguro, a fe mía, que si Reinaldos de Montalbán hubiera oído estas monsergas al hombrecito, le hubiera dado tapaboca y no hablaría más en tres años. ¡Que se enfrentara a ellos, y a ver cómo escapaba de sus manos!

Perecía de risa la duquesa oyendo hablar a Sancho, y lo tenía en su opinión por más gracioso y por más loco que a su amo, y hubo muchos en aquel tiempo que fueron de este mismo parecer. En fin, se sosegó don Quijote, y la comida se acabó, y cuando levantaron los manteles llegaron cuatro doncellas, una con una fuente de plata y otra con un aguamanil también de plata, y otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos —pues sin duda eran blancas— una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente bajo la barba de don Quijote, quien, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía de ser usanza de aquella tierra lavar, en lugar de las manos, las barbas, tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y

la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha prisa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, sino por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto, que se los hicieron cerrar a la fuerza. El duque y la duquesa, que no eran sabedores de nada de esto, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando lo tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó a la del aguamanil fuese a por ella, que el señor don Quijote esperaría. Lo hizo así, y quedó don Quijote con la más extraña figura y más para hacer reír que se pueda imaginar.

Lo miraban todos los que estaban presentes, que eran muchos, y como lo veían con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fue gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa; las doncellas de la burla tenían los ojos bajos, sin osar mirar a sus señores; a ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían a qué acudir: a castigar el atrevimiento de las muchachas, o a darles premio por el gusto que recibían de ver a don Quijote de aquella suerte. Finalmente, vino la doncella del aguamanil, y acabaron de lavar a don Quijote, y después la que traía las toallas lo limpió y lo enjugó muy reposadamente; y haciéndole las cuatro al tiempo una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir, pero el duque, para que don Quijote no cayera en la burla, llamó a la doncella de la fuente:

—Venid y lavadme a mí —le dijo—, y mirad que no se os acabe el agua.

La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al duque como a don Quijote, y dándose prisa, lo lavaron y jabonaron muy bien, y dejándolo seco y limpio, se fueron haciendo reverencias. Después se supo que el duque había jurado que si a él no lo hubieran lavado como a don Quijote, habría castigado su desenvoltura, lo que enmendaron discretamente al haberlo jabonado a él.

Estaba atento Sancho a las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo para sus adentros: «¡Válgame Dios! ¿Será también usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como a los caballeros? Porque sabe Dios y lo sé yo que harto menester tengo de ello, y si además me las rapasen a navaja, mejor que mejor».

—¿Qué estáis diciendo, Sancho? —preguntó la duquesa.

—Digo, señora, que siempre he oído decir que en las cortes de los otros príncipes después de levantar los manteles dan agua a las manos, pero no lejía a las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho, por ver mucho; aunque también dicen que «el que larga vida vive mucho mal ha de pasar», pero pasar por un lavatorio de estos antes es gusto que trabajo.

—No tengáis pena, amigo Sancho —dijo la duquesa—, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en lejía, si fuere menester.

—Con las barbas me contento, al menos por ahora, que andando el tiempo Dios dirá.

—Mirad, maestresala —dijo la duquesa—, lo que el buen Sancho pide, y

cumplidle su voluntad al pie de la letra.

El maestresala respondió que el señor Sancho sería servido en todo, y con esto se fue a comer y llevó consigo a Sancho, quedándose a la mesa los duques y don Quijote, hablando de muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La duquesa rogó a don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener buena memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que, según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Suspiró don Quijote al oír lo que la duquesa le mandaba, y dijo:

—Si yo pudiera sacar mi corazón y ponerlo ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitaría el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, para que Vuestra Excelencia la viera toda retratada en él; pero ¿para qué ponerme yo ahora a delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga más digna de otros hombros que de los míos, empresa en la que se deberían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?

—¿Qué quiere decir *demostina*, señor don Quijote? —preguntó la duquesa—; es vocablo que no lo he oído en todos los días de mi vida.

—Retórica demostina —respondió don Quijote— es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.

—Eso es —dijo el duque—; y habéis andado en esa pregunta, duquesa, un tanto distraída; pero, con todo, nos daría gran gusto el señor don Quijote si nos la pintase, que a buen seguro que aunque sea a grandes rasgos y en bosquejo, saldrá tal que le tengan envidia las más hermosas.

—Lo haría, desde luego —respondió don Quijote—, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que le sucedió hace poco, que es tal, que estoy más para llorarla que para describirla. Porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo hace días a besarle las manos y a recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: la hallé encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y, en fin, de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago.

—¡Válgame Dios! —dijo en este instante el duque dando una gran voz—. ¿Quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado de él la belleza que lo alegraba, el donaire que lo entretenía y la honestidad que lo acreditaba?

—¿Quién? —respondió don Quijote—. ¿Quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esa raza maldita, nacida en el mundo para oscurecer y aniquilar las hazañas de los buenos y para dar luz y

enaltecer los hechos de los malos. Me han perseguido encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y me dañan y hieren en aquella parte donde ven que más lo siento, porque quitarle a un caballero andante su dama es quitarle los ojos con que mira y el sol con que se alumbra y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo a decir: el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimientos y la sombra sin cuerpo que la cause.

—No hay más que decir —dijo la duquesa—. Pero si, con todo, hemos de dar crédito a la historia del señor don Quijote que ha salido a la luz del mundo de pocos días a esta parte, con general aplauso de las gentes, de ella se colige, si mal no me acuerdo, que vuesa merced nunca ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no está en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir —respondió don Quijote—. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se haya de llevar hasta el fondo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, si bien la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las cualidades que puedan hacerla famosa en todas las partes del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, en fin, alta por linaje, porque sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas nacidas humildemente.

—Así es —dijo el duque—, pero me ha de dar licencia el señor don Quijote para que diga lo que me fuerza a decir la historia que he leído de sus hazañas, de donde se infiere que, aunque se conceda que haya Dulcinea en el Toboso, o fuera de él, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre pareja con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras de este jaez, de las que están llenas las historias que conoce bien vuesa merced.

—A eso puedo decir que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que se ha de estimar y tener en más a un humilde virtuoso que a un vicioso noble, sin contar que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar a ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa se extiende a hacer mayores milagros, y, aunque no formalmente, virtualmente tiene encerradas en sí mayores venturas.

—Digo, señor don Quijote —dijo la duquesa—, que en todo cuanto vuestra merced dice va con pie de plomo y, como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo de aquí en adelante creeré y haré creer a todos los de mi casa, y aun al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es

hermosa, y de alta cuna, y merecedora de que la sirva un caballero como el señor don Quijote, que es lo más que puedo y sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo y tener un no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló a la tal señora Dulcinea, cuando le llevó de parte de vuestra merced una epístola, cribando un costal de trigo, y por más señas dice que era rubión, cosa que me hace dudar de la alteza de su linaje.

—Señora mía —dijo don Quijote—, sabrá vuestra grandeza que todas o la mayoría de las cosas que me suceden a mí van fuera de los términos ordinarios de las que acontecen a los otros caballeros andantes, ya estén encaminadas por el deseo inescrutable de los hados, ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso. Y es cosa ya averiguada que de todos o la mayoría de caballeros andantes y famosos, uno puede tener la merced de no poder ser encantado, y otro de ser de carnes tan impenetrables que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldán, uno de los Doce Pares de Francia. De este se cuenta que no podía ser herido sino por la planta del pie izquierdo y con la punta de un alfiler gordo, y con ninguna otra clase de arma; y así, cuando Bernardo del Carpio lo mató en Roncesvalles, viendo que no lo podía llagar con hierro, lo levantó del suelo entre los brazos y lo ahogó, acordándose entonces de la muerte que dio Hércules a Anteo, aquel feroz gigante que decían que era hijo de la Tierra.

»Quiero inferir de lo dicho que podría ser que yo tuviese alguna gracia de estas, no la de no poder ser herido, porque la experiencia me ha mostrado muchas veces que soy de carnes blandas y para nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde nadie habría tenido el poder de encerrarme, si no fuera a fuerza de encantamientos; pero puesto que me libré de este, quiero creer que no habrá ningún otro que me cause daño. Y así, viendo estos encantadores que no pueden usar con mi persona sus malas mañas, se vengan en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo, y así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de cribar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales. Y para prueba de esta verdad, quiero decir a vuestras grandezas cómo yendo hace poco por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea, y que al día siguiente, habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, a mí me pareció una labradora tosca y fea y de mente muy poco despejada, siendo la agudeza en persona. Y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, en buena lógica ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado.

»He dicho todo esto para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del cribado de Dulcinea, que pues a mí me la mudaron, no es maravilla que a él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida; y de los linajes hidalgos que hay en

el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos, a buen seguro que no le cabe poca parte a la sin par Dulcinea, por quien su pueblo será famoso y nombrado en los siglos venideros, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, y aún con mejor título y fama.

»Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que lo condenan por bellaco, y descuidos que lo confirman por bobo; duda de todo y lo cree todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas ocurrencias que lo levantan al cielo. En fin, yo no lo trocaría por otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así, estoy dudando si estará bien enviarlo al gobierno del que le ha hecho merced vuestra grandeza, si bien veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar: que cepillándole un tantico el entendimiento, se saldría con cualquier gobierno, como el rey con sus alcabalas, aparte de que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos gerifaltes: el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien los aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Yo le aconsejaría que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán a su tiempo, para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobierne».

A este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran ruido de gente en el palacio, y de repente entró Sancho en la sala todo asustado, con un trapo por babero, y tras él muchos mozos o, por mejor decir, pícaros pinches de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en el color y poca limpieza mostraba que era de fregar; le seguía y le perseguía el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pinche mostraba querérselas lavar.

—¿Qué es esto, hermanos? —preguntó la duquesa—. ¿Qué es esto? ¿Qué le hacéis a ese buen hombre? ¿Cómo es que no consideráis que es gobernador electo?

—Este señor —respondió el pícaro barbero— no quiere dejarse lavar la barba, como es usanza, y como se la lavó el duque mi señor y su señor amo.

—¡Claro que quiero! —respondió Sancho con mucha cólera—, pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí a mi amo, para que a él le laven con agua de ángeles y a mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes son tanto más buenas cuanto no dan pesadumbre, pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa es peor que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegue a lavarme o a tocarme un pelo de la cabeza, digo, de mi barba, hablando con el debido respeto, le daré tal puñetazo,

que voy a dejarle engastado el puño en los cascos, que estas *cirimonias* y jabonaduras parecen más burlas que agasajos de huéspedes.

Perecida de risa estaba la duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho. Pero no dio mucho gusto a don Quijote verlo tan desaliñado con la jaspeada toalla y tan rodeado de tantos pinches de cocina, y así, haciendo una profunda reverencia a los duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo a la canalla:

—¡Alto ahí, señores caballeros! Vuesas mercedes dejen al mancebo y vuélvanse por donde vinieron, o por otra parte si se les antoja, que mi escudero es tan limpio como cualquiera, y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros. Tomen mi consejo y déjenlo, porque ni él ni yo estamos para muchas burlas.

Le cogió la palabra de la boca Sancho, y prosiguió diciendo:

—¡No, lléguense a hacer burla de este mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche! ¡Traigan aquí un peine, o lo que quieran, y cepíllenme estas barbas! Y si sacan de ellas cosa que ofenda a la limpieza, que me trasquilen como a los reos.

Entonces, sin dejar la risa, dijo la duquesa:

—Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto diga: él es limpio y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse. Y si nuestra usanza no le contenta, allá él con su conciencia, aparte de que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiado remisos y descuidados, y no sé si decir atrevidos, trayendo a tal personaje y a tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y toallas alemanas, artesillas y dornajos de fregar y trapos de escurrir; pero, en fin, sois malos y malnacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis a los escuderos de los caballeros andantes.

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venía con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y así, quitaron el trapo del pecho de Sancho, y todos confusos y casi avergonzados se fueron y le dejaron; y él, viéndose fuera de aquel a su parecer sumo peligro, fue a hincarse de rodillas ante la duquesa.

—De grandes señoras, grandes mercedes se esperan —dijo—: esta que vuestra merced me ha hecho hoy no puede pagarse con menos que no sea desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado estoy, hijos tengo y de escudero sirvo: si con alguna de estas cosas puedo servir a vuestra grandeza, tardaré yo menos en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho —respondió la duquesa—, que habéis aprendido a ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habéis criado a los pechos del señor don Quijote, que debe de ser la nata de los buenos modales y la flor de las ceremonias, o *cirimonias*, como vos decís. ¡Bien haya tal señor y tal criado!, el uno por norte de la caballería andante, y el otro por estrella de la fidelidad escuderil. Levantaos, amigo Sancho, que yo satisfaré vuestras cortesías haciendo que el duque mi señor os cumpla lo más pronto que pueda la merced

prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y don Quijote se fue a reposar la siesta, y la duquesa pidió a Sancho que, si no tenía mucha gana de dormir, fuese a pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una sala muy fresca. Sancho respondió que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro o cinco horas las siestas del verano, procuraría él, por servir a su bondad con todas sus fuerzas, no dormir aquel día ninguna, e iría obediente a su mandado, y se fue. El duque dio nuevas órdenes de que se tratase a don Quijote como a caballero andante, sin salirse un punto del estilo como cuentan que se trataba a los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE LA DUQUESA Y SUS DONCELLAS TUVIERON CON SANCHO PANZA, DIGNA DE QUE SE LEA Y SE LE PRESTE ESPECIAL ATENCIÓN

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, fue después de comer a ver a la duquesa, que, con el gusto que tenía de oírlo, lo hizo sentar junto a sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien educado, no quería sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, aunque por ambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruy Díaz Campeador.

Encogió Sancho los hombros, obedeció y se sentó, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa lo rodearon atentas, con grandísimo silencio, a escuchar lo que diría; pero la duquesa fue la que habló primero:

—Ahora que estamos solos y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me aclarase ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia del gran don Quijote que anda ya impresa. Una de esas dudas es que, pues el buen Sancho nunca vio a Dulcinea, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el librito de notas en Sierra Morena, cómo se atrevió a fingir la respuesta y aquello de que la halló cribando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, cosas todas que no se avienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos.

Ante estas palabras, sin responder ninguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo vencido hacia delante y el dedo puesto en los labios, recorrió toda la sala mirando detrás de las cortinas; y después de hecho esto, se volvió a sentar y dijo:

—Ahora, señora mía, que he visto que nadie solapado nos escucha, fuera de los circunstantes, responderé sin temor ni sobresalto a lo que se me ha preguntado y a todo aquello que se me pregunte. Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, aunque algunas veces dice cosas que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan juiciosas y encaminadas por tan buen carril, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo y con esto, verdaderamente y sin escrúpulo doy por sentado que es un mentecato. Y como yo tengo esto en el magín, me atrevo a hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como

fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de hará seis u ocho días, que aún no figura en nuestra historia, a saber: lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado a entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Úbeda.

Le rogó la duquesa que le contase aquel encantamiento o burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que había pasado, de lo que recibieron las oyentes no poco gusto; y prosiguiendo en su plática, dijo la duquesa:

—De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega a mis oídos, que me dice: «Pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo sabe, y, con todo, le sirve y le sigue y va atenido a las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, te será tenido en cuenta, señora duquesa, y para mal, si al tal Sancho Panza le das una ínsula para que la gobierne, porque el que no sabe gobernarse a sí mismo, ¿cómo sabrá gobernar a otros?».

—Por Dios, señora —dijo Sancho—, que ese escrúpulo nace de parto fácil; pero dígale vuesa merced que hable claro, o como quiera, que yo sé que dice verdad: que si yo fuera juicioso, hace días que tendría que haber dejado a mi amo. Pero esta fue mi suerte y esta mi malandanza: no puedo hacer otra cosa, tengo que seguirlo; somos de un mismo pueblo, he comido su pan, le quiero bien, es agradecido, me dio sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y así, es imposible que nos pueda separar nada que no sea la pala y el azadón. Y si vuestra alteza no quiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dármelo redundase en pro de mi conciencia, que, aunque tonto, entiendo perfectamente aquel refrán de que por su mal le nacieron alas a la hormiga, y aun podría ser que antes se fuese Sancho escudero al cielo que no Sancho gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos, y bastante desdichada es la persona que a las dos de la tarde no se ha desayunado, y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro y que no se pueda llenar, como suele decirse, de paja y de heno; y las avecicas del campo tienen a Dios por su proveedor y despensero, y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de fino limiste de Segovia, y al dejar este mundo y meternos tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero, y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, o nos hacen ajustar y encoger, y adiós muy buenas, mal que nos pese. Y torno a decir que si vuestra señoría no me quiere dar la ínsula por tonto, yo sabré hacer que por juicioso no me importe nada. Y he oído decir que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron a Rodrigo para ser comido por culebras, si es que las trovas de los romances antiguos no mienten.

—¡Y vaya que no mienten! —dijo entonces doña Rodríguez la dueña, que era una de las escuchantes—, que hay un romance que dice que metieron al rey Rodrigo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí a dos días dijo el rey desde dentro de la tumba, con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
por do más pecado había;

y según esto este señor tiene mucha razón en decir que quiere más ser labrador que rey, si le han de comer sabandijas.

No pudo la duquesa contener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse al oír las malicias y refranes de Sancho, a quien dijo:

—Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula, a pesar de la envidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, y acaso lo deseche después por otro mejor. Lo que yo le encargo es que mire cómo gobierna a sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos.

—Eso de gobernarlos bien —respondió Sancho— no hay por qué encargármelo, porque yo soy caritativo de por mí y tengo compasión de los pobres, y a quien cuece y amasa, no le hurtes hogaza; y a fe mía que no me han de echar dado falso: soy perro viejo y conmigo no valen los «eh, toma, chucho», y sé despabilarme a mi tiempo, y no consiento que me anden musarañas en los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato; lo digo porque los buenos tendrán mano y cabida en mí, y los malos, ni pie ni entrada. Y me parece a mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar, y podría ser que a los quince días de gobernador me pereciese por el oficio, y supiese más de él que de la labor del campo, en la que me he criado.

—Vos tenéis razón, Sancho —dijo la duquesa—, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, y no de las piedras. Pero volviendo a la plática que hace poco tratábamos del encantamiento de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada que aquella ocurrencia que Sancho tuvo de burlar a su señor y darle a entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la reconoció, debía de ser por estar encantada, fue toda ella invención de alguno de los encantadores que persiguen al señor don Quijote. Porque real y verdaderamente yo sé de buena tinta que la villana que dio el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado, y no hay que dudar de esta verdad más que de las cosas que nunca vimos. Y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni maquinaciones, y

créame Sancho que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y cuando menos nos pensemos, la vamos a ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

—Bien puede ser todo eso —dijo Sancho Panza—, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vio en la cueva de Montesinos, donde dice que vio a la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y vestido que yo dije que la había visto cuando la encanté solo por mi gusto; y todo debió de ser al revés, como dice vuesa merced, señora mía, porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que en un instante fabricase tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo sea tan loco, que con tan flaca y magra persuasión como la mía creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto estaría bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un ceporro como yo a taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote, y no con intención de ofenderlo; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.

—Eso es cierto —dijo la duquesa—, pero dígame ahora, Sancho, qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaría de saberlo.

Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de esa aventura, a lo que la duquesa replicó:

—De este suceso se puede inferir que pues el gran don Quijote dice que vio allí a la misma labradora que Sancho vio a la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y en exceso puntillosos.

—Eso digo yo —dijo Sancho Panza—, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, peor para ella, que no me voy a pelear yo con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos. Cierto que la que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no han de cargármelo a mi cuenta, ni yo tengo la culpa, o se armará la marimorena. Y sobre todo, que nadie vaya por ahí a cada momento con dimes y diretes: Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió… Como si Sancho fuese cualquiera, y no el mismo Sancho Panza que anda ya en libros por ese mundo adelante, según me dijo Sansón Carrasco, que, como poco, es persona bachillerada por Salamanca, y esos no pueden mentir, salvo cuando se les antoja o les viene muy a cuento. Así que nadie tiene por qué meterse conmigo. Y ya que tengo buena fama y, según oí decir a mi señor, que más vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájenme ese gobierno y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero será buen gobernador.

—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho —dijo la duquesa— son sentencias catonianas, o, por lo menos, sacadas de las mismas entrañas del mismo Michele Verino, *florentibus occidit annis*, que murió en la flor de la edad. En fin, por decirlo a su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

—De verdad, señora —respondió Sancho—, que en mi vida he bebido por vicio: con sed bien podría ser, porque no tengo nada de hipócrita; bebo cuando tengo gana,

y cuando no la tengo y cuando me lo dan, por no parecer melindroso o maleducado, que al brindis de un amigo, ¿qué corazón puede haber tan de mármol que lo desprecie? Pero aunque bebo, no me emborracho; además, que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin una gota de vino para consolarse, aunque dieran por ella un ojo de la cara.

—Así lo creo yo —respondió la duquesa—, y por ahora váyase Sancho a reposar, que después hablaremos más largo y daremos orden de que vaya cuanto antes a encajarse, como él dice, aquel gobierno.

De nuevo besó Sancho las manos a la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos.

—¿Qué rucio es este? —preguntó la duquesa.

—Mi asno, que por no nombrarlo con este nombre, le suelo llamar «el rucio»; y a esta señora dueña le rogué, cuando entré en es te castillo, se ocupara de él, y se azoró como si le hubiera dicho que era fea o vieja, debiendo ser más propio y natural de las dueñas dar pienso a los jumentos que dar lustre a las salas. ¡Válgame Dios, y qué mal se llevaba con estas señoras un hidalgo de mi pueblo!

—Sería algún villano —dijo doña Rodríguez la dueña—, que si hubiera sido hidalgo y bien nacido, las habría puesto en los cuernos de la Luna.

—Ya está bien —dijo la duquesa—, se acabó: calle doña Rodríguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese a mi cargo el cuidado del rucio, que por ser alhaja de Sancho lo pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

—Basta que esté en la caballeriza —respondió Sancho—, que ni él ni yo somos dignos de estar ni un momento sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, y así lo consentiría yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asnales se ha de ir con el compás en la mano y con medido término.

—Llévelo Sancho al gobierno —dijo la duquesa—, y allá lo podrá agasajar como quiera, y aun jubilarlo del trabajo.

—No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho algo del otro mundo —dijo Sancho—, que yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y el que llevase yo el mío no sería cosa nueva.

Las malicias de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento; y enviándolo a reposar, ella fue a dar cuenta al duque de lo que había hablado con él. Y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla a don Quijote que fuese famosa y se aviniese con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas tan propias e ingeniosas, que son las mejores aventuras que en esta gran historia se contienen.

CAPÍTULO XXXIV

QUE CUENTA CÓMO SE SUPO EL MODO DE DESENCANTAR A LA SIN PAR DULCINEA DEL TOBOSO, QUE ES UNA DE LAS AVENTURAS MÁS FAMOSAS DE ESTE LIBRO

Grande era el gusto que recibían el duque y la duquesa de la conversación de don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, se inspiraron en la que Sancho ya les había contado de la cueva de Montesinos, para hacerles una que fuese sonada. Pero de lo que más se admiraba la duquesa era de que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que llegara a creer que era verdad infalible que Dulcinea del Toboso estaba encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio.

Y así, habiendo dado orden a sus criados de todo lo que tenían que hacer, de allí a seis días lo llevaron a una montería, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Le dieron a don Quijote un traje de monte, y a Sancho otro verde de finísimo paño, pero don Quijote no se lo quiso poner, diciendo que al día siguiente tenía que volver al duro ejercicio de las armas, y que no podía llevar consigo guardarropas ni vajillas. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderlo en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el día esperado, se armó don Quijote, se vistió Sancho, y encima de su rucio, que no lo quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y don Quijote, de puro cortés y solícito, tomó la rienda de su palafrén, aunque el duque no quiso consentirlo; y así, llegaron a un bosque que estaba entre dos altísimas montañas, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con gran estruendo, grita y vocerío, de manera que no podían oírse unos a otros, tanto por el ladrido de los perros como por el son de los cuernos.

Se apeó la duquesa, y, con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Se apeó también el duque, y don Quijote, y se pusieron uno a cada lado; Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del rucio, al que no habría osado desamparar, porque no le sucediese algún desmán. Y apenas habían sentado el pie, dispuestos en ala con otros muchos criados suyos, vieron, acosado por los perros y seguido por los cazadores, que venía hacia

ellos un desmesurado jabalí, crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y al verlo, embrazando su escudo y puesta mano a su espada, se adelantó a recibirlo don Quijote. Lo mismo hizo el duque con su venablo, pero a todos se hubiese adelantado la duquesa, si el duque no se lo hubiese estorbado. Solo Sancho, nada más ver al formidable animal, desamparó al rucio y se puso a correr cuanto pudo; trató de subirse a una encina alta, pero no le fue posible, pues cuando estaba ya a la mitad de ella, asido a una rama y pugnando por subir a la cima, fue tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire, trabado de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo. Al verse así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal llegaba hasta allí le podía alcanzar, comenzó a dar tantos gritos y a pedir socorro con tanto ahínco, que todos los que lo oían y no lo veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera.

Al fin, el colmilludo jabalí quedó atravesado por las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante. Y volviendo la cabeza don Quijote a los gritos de Sancho, que ya por ellos lo había reconocido, lo vio colgado de la encina con la cabeza abajo, y al rucio junto a él, que no lo desamparó en su calamidad, y dice Cide Hamete que pocas veces vio a Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver a Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó don Quijote y descolgó a Sancho, que, al verse libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y le pesó en el alma, pues pensó que con el vestido tenía un mayorazgo. En esto atravesaron al poderoso jabalí sobre una acémila, y cubriéndolo con matas de romero y con ramas de mirto, lo llevaron, como en señal de victoriosos despojos, a unas grandes tiendas de campaña que estaban puestas en la mitad del bosque, donde hallaron las mesas en orden y la comida aderezada, tan suntuosa y abundante, que bien se veía en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando a la duquesa las llagas de su vestido roto, dijo:

—Si esta caza hubiera sido de liebres o de pajarillos, mi sayo habría estado a salvo de verse en este extremo. Yo no sé qué gusto se recibe de esperar a un animal que, si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Me acuerdo de haber oído cantar un romance antiguo que dice:

De los osos seas comido
como Favila el nombrado.

—Ese fue un rey godo que yendo a caza de montería lo comió un oso —dijo don Quijote.

—Eso es lo que yo digo —respondió Sancho—, que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, a cambio de un gusto que parece que no tenía que serlo, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno.

—Estáis muy equivocado, Sancho —respondió el duque—, porque el ejercicio de la caza de monte es más conveniente y necesario que ningún otro para los reyes y príncipes. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer sin peligro al enemigo; se padecen en ella fríos grandísimos y calores intolerables; se menoscaba el ocio y el sueño, se corroboran las fuerzas, se agilizan los miembros del que la practica, y, en definitiva, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que tiene es que no es para todos, como lo son los otros géneros de caza, excepto el de la cetrería, que también es solo para reyes y grandes señores. Así que, Sancho, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador, ocupaos en la caza y veréis que os da ciento por uno.

—Eso no —respondió Sancho—: el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa. ¡Estaría bueno que viniesen las gentes a buscarlo, fatigadas con sus asuntos, y él estuviese holgándose en el monte! ¡Muy mal andaría así el gobierno! A fe mía, señor, la caza y los pasatiempos han de ser más para los holgazanes que para los gobernadores. En lo que yo pienso entretenerme es en jugar a las cartas, y a los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no se avienen con mi condición ni con mi conciencia.

—Quiera Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho.

—Da igual el que haya —replicó Sancho—, que al buen pagador no le duelen prendas, y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies a tripas; quiero decir que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte. Y si no, ¡pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto o no!

—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, maldito Sancho —dijo don Quijote—, y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, que yo te vea hablar sin refranes algo fluido y concertado! Vuestras grandezas dejen a este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan a cuento y tan a tiempo como la salud que Dios le dé a él, o a mí si los escuchara.

—Los refranes de Sancho Panza —dijo la duquesa—, aunque son más que los del Comendador Griego, no por eso son de estimar menos, por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y más a propósito acomodados.

Con estas y otras entretenidas pláticas, salieron de la tienda al bosque, y en examinar algunas paranzas y puestos se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan serena como pedía aquel tiempo, que era a mediados del verano; pero un cierto claroscuro que trajo consigo ayudó mucho a la intención de los duques, y en cuanto comenzó a anochecer, poco después del crepúsculo, pareció de pronto que todo el bosque ardía por los cuatro costados, y al mismo tiempo se oyeron aquí y allí, acá y allá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como si pasaran muchas tropas de caballería por el bosque. La luz del fuego y el son de los instrumentos

bélicos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que estaban en el bosque.

Luego se oyó infinita algarabía, al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífanos, casi todos a un tiempo, tan de continuo y tan deprisa, que no tendría sentido quien no se quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Se pasmó el duque, quedó suspensa la duquesa, se admiró don Quijote, tembló Sancho Panza, y, en fin, aun hasta los mismos conocedores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillón que les pasó por delante en traje de demonio, tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que despedía un son ronco y espantoso.

—Hola, hermano correo —dijo el duque—, ¿quién sois, a dónde vais, y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa?

A lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada:

—Yo soy el Diablo, voy a buscar a don Quijote de la Mancha, la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores que traen en un carro triunfante a la sin par Dulcinea del Toboso. Viene encantada con el gallardo francés Montesinos, a explicar a don Quijote cómo ha de ser desencantada esa señora.

—Si vos fuerais diablo, como decís y como vuestra figura muestra, ya habríais conocido al tal caballero don Quijote de la Mancha, pues lo tenéis delante.

—¡Por Dios y sobre mi conciencia —respondió el Diablo— que no reparaba en ello!, porque traigo los pensamientos distraídos en tantas cosas, que se me olvidaba la principal a la que venía.

—Sin duda —dijo Sancho— que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque de no serlo no habría jurado «por Dios y sobre mi conciencia». Ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.

Entonces el demonio, sin apearse, encaminando la vista a don Quijote, dijo:

—A ti, Caballero de los Leones, en cuyas garras te vea yo, me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandándome que te diga de su parte que lo esperes en el mismo lugar donde te encuentre, ya que trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de explicarte lo que es menester para desencantarla. Y por no dar mi venida más de sí, no ha de ser más mi estancia: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores.

Y tras decir esto tocó el desaforado cuerno, le dio la espalda y se fue, sin esperar respuesta de nadie.

Se renovó la admiración en todos, especialmente en Sancho y don Quijote: en Sancho, al ver que, a despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea; en don Quijote, por no poder cerciorarse si era verdad o no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos. Y estando absorto en estos pensamientos, le dijo el duque:

—¿Piensa vuestra merced esperar, señor don Quijote?

—¿Lo duda? Aquí esperaré intrépido y fuerte, aunque me venga a embestir todo

el infierno.

—Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el de antes, así esperaré yo aquí como en Flandes —dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche y comenzaron a discurrir muchas luces por el bosque, tal y como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra que parecen a nuestra vista estrellas fugaces. Se oyó asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que hacen las ruedas macizas que suelen llevar los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Se añadió a toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fue que parecía verdaderamente que estaban dando a un mismo tiempo cuatro reencuentros o batallas en las cuatro partes del bosque, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, más allá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban las algarabías agarenas.

En fin, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temible ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fue menester que don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirlo; pero el de Sancho vino a tierra y dio con él desmayado en las faldas de la duquesa, que lo recibió en ellas y mandó con gran prisa que le echasen agua en el rostro. Se hizo así, y él volvió en sí en el momento en que llegaba ya a aquel puesto un carro de rechinantes ruedas.

Tiraban de él cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traían atado y encendido un gran cirio, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el que venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podía ver bien y discernir todo lo que venía en él. Lo guiaban dos feos demonios vestidos con el mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro a la altura del puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable y, puesto en pie, dando una gran voz dijo:

—Yo soy el mago Lirgandeo.

Y siguió el carro adelante, sin hablar una palabra más. Tras este pasó otro de la misma manera con otro viejo entronizado, quien, haciendo que se detuviese, con voz no menos grave dijo:

—Yo soy el mago Alquife, el gran amigo de Urganda la Desconocida.

Y siguió adelante.

Luego llegó otro carro parecido, pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura; este, al llegar, poniéndose en pie como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada:

—Yo soy Arcalaús el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela.

Y siguió adelante. Desviados un poco de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó

el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego se oyó no un ruido, sino un son formado de una suave y concertada música, con que Sancho se alegró, y lo tuvo por buena señal; y así, dijo a la duquesa, de quien no se apartaba un punto ni un paso:

—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad —respondió la duquesa.

A lo que replicó Sancho:

—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ya se verá —dijo don Quijote, que todo lo escuchaba.

Y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV

DONDE SE SIGUE CONTANDO CÓMO SE ENTERÓ DON QUIJOTE DEL DESENCANTO DE DULCINEA CON OTROS ADMIRABLES SUCESOS

Al compás de la agradable música vieron que venía hacia ellos un carro de los que llaman triunfales, tirado por seis mulas pardas, pero cubiertas de lienzo blanco, y sobre cada una venía un disciplinante, vestido también de blanco, con un gran cirio de cera encendido en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y ocupaban los lados y encima de él otros doce disciplinantes albos como la nieve, todos con sus antorchas encendidas, visión que al mismo tiempo admiraba y espantaba; y en un levantado trono venía sentada una ninfa, vestida con mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas lentejuelas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, al menos vistosamente vestida. Traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus hilos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces permitían distinguir la belleza y los años, que no parecía que llegaran a veinte ni bajaran de diecisiete.

Junto a ella venía una figura vestida hasta los pies con una ropa de las que llaman rozagantes, cubierta la cabeza con un velo negro; pero en el momento en que llegó el carro a estar frente a los duques y don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que sonaban en el carro, y levantándose la figura de la ropa, la apartó a ambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente que era la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de lo que don Quijote recibió pesadumbre y Sancho miedo, y los duques se mostraron vagamente temerosos. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó a decir de esta manera:

—Yo soy Merlín, aquel que las historias
dicen que tuve como padre al diablo
(mentira autorizada de los tiempos),
príncipe de la magia y monarca
y archivo de la ciencia zoroástrica,
opuesto a las edades y a los siglos

que enmascarar pretenden las hazañas
de los andantes bravos caballeros
a quien yo tuve y tengo gran cariño.
Y aunque sea de los encantadores,
de los magos o mágicos muy dura
siempre la condición, áspera y fuerte,
la mía es tierna, blanda y amorosa,
y amiga de hacer bien a todas gentes.

En las cavernas lóbregas de Dite,
donde estaba mi alma entretenida
en formar ciertos signos y figuras,
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.
Supe su encantamiento y su desgracia,
y su trasformación de gentil dama
en rústica aldeana; me dolió,
y encerrando mi espíritu en el hueco
de este esqueleto fiero y espantoso,
después de haber revuelto cien mil libros
de esta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo a dar el remedio que conviene
a tamaño dolor, a mal tamaño.

¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol, sendero, norte y guía
de aquellos que, dejando el torpe sueño
y los ociosos lechos, se acomodan
a usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas!
A ti digo, ¡oh varón, como se debe
nunca jamás loado!, a ti, valiente
juntamente y discreto don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado antiguo
la sin par Dulcinea del Toboso,
es menester que Sancho, tu escudero,
se dé tres mil trescientos azotazos

en ambas sus valientes posaderas,
al aire descubiertas, y de modo
que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto están de acuerdo todos cuantos
de su desgracia han sido los autores,
y por esto yo vine, mis señores.

—¡Voto a tal! —dijo entonces Sancho—. ¡No digo yo tres mil azotes, que así voy a darme yo ni tres, como tres puñaladas! ¡Válgate el diablo, qué modo de desencantar! ¡Yo no sé qué tienen que ver mis posaderas con los encantamientos! ¡Por Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera de desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura!

—Ya os agarraré yo, don villano, harto de ajos —dijo don Quijote—, y os amarraré a un árbol, desnudo como os parió vuestra madre, y no digo yo tres mil trescientos, sino seis mil seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan con tres mil trescientos estacazos. Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.

—No ha de ser así —intervino Merlín—, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho tienen que ser por su voluntad, y no a la fuerza, y en el tiempo que él quiera, que no se le pone plazo señalado; pero se le permite que si él quiere saldar la cuenta por la mitad de este vapuleamiento, puede dejar que se los dé una mano ajena, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar —replicó Sancho—: a mí no me va a tocar mano ninguna. ¿Parí yo por ventura a la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posaderas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo, que sí es parte suya, pues la llama a cada paso «mi vida», «mi alma», sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella y hacer todas las diligencias necesarias para su desencantamiento. ¿Pero azotarme yo…? ¡Renuncio y *abernuncio*!

Apenas acabó de decir esto Sancho, se levantó la argentada ninfa que venía junto al espíritu de Merlín, y quitándose el sutil velo del rostro, lo descubrió tal, que a todos pareció más que demasiadamente hermoso; y con un desenfado varonil y una voz no muy adamada, hablando directamente con Sancho Panza, dijo:

—¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de pedregosas entrañas pedernales! Si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras desde una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran para que mataras a tu mujer y a tus hijos con algún alfanje truculento y agudo, no tendría nada de extraño que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil trescientos azotes, que no hay niño del hospicio, por mocoso que sea, que no se los lleve cada mes, admira, asombra, espanta a todas las entrañas piadosas de los

que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lleguen a saberlo en el transcurso del tiempo. Pon, miserable y endurecido animal, pon, digo, esos ojos tuyos de muleto espantadizo en las niñas de estos míos, comparables a rutilantes estrellas, y los verás llorar ríos y mares, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, monstruo socarrón y malintencionado, que la edad tan florida mía, que está todavía en los diez y… de los años, pues tengo diecinueve y no llego a veinte, se consume y marchita bajo la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, aquí presente, solo para que te enternezca mi belleza, que las lágrimas de una hermosura afligida vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. ¡Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y sacúdete esa cachaza de haragán, que solo te inclina a comer y más comer!, y pon en libertad la tersura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz. Y si no quieres ablandarte ni entrar en razón por mí, hazlo por ese pobre caballero que tienes a tu lado: por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, a menos de diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida o blanda respuesta para salirse por la boca o para volverse al estómago.

Se tentó don Quijote la garganta al oír esto, y dijo, volviéndose al duque:

—Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como la nuez de una ballesta.

—¿Qué decís vos a esto, Sancho? —preguntó la duquesa.

—Digo, señora —respondió Sancho—, lo que tengo dicho: que de los azotes, *abernuncio*.

—Se dice *abrenuncio*, Sancho, y no como decís —dijo el duque.

—Déjeme vuestra grandeza —respondió Sancho—, que no estoy ahora para mirar en sutilezas ni en letra más o menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar o me tengo que dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora mi señora doña Dulcinea del Toboso dónde aprendió el modo de rogar que tiene: viene a pedirme que me abra las carnes a azotes, y me llama alma de cántaro y bestión indómito, con una retahíla de insultos, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce, o me va a mí algo en que se desencante o no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocas y de escarpines, aunque no los gasto, trae consigo para ablandarme, en vez de un vituperio tras otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un *toma* que dos *te daré*? Pero mi señor amo, que tenía que pasarme la mano por el lomo y halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo a un árbol y me doblará el número de los azotes. Y tendrían que considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice: «¡Toma del frasco!». Aprendan, aprendan muy enhoramala a saber rogar y a saber pedir y a tener

educación, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver roto mi sayo verde, y vienen a pedirme que me azote por mi voluntad, estando ella tan ajena de ello como de volverme cacique.

—Pues la verdad, amigo Sancho —dijo el duque—, que si no os ablandáis más que una breva madura, no habéis de empuñar el gobierno. ¡Estaría bueno que yo enviase a mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega a las lágrimas de las doncellas afligidas, ni a los ruegos de distinguidos, imperiosos y antiguos encantadores y magos! Sancho, una de dos: o vos os azotáis u os han de azotar, o no seréis gobernador.

—Señor —respondió Sancho—, ¿no se me darían dos días de plazo para pensar lo que me conviene más?

—No, de ninguna manera —dijo Merlín—. Aquí, en este instante y en este lugar, tiene que quedar sentado en qué ha de parar este negocio: o Dulcinea vuelve a la cueva de Montesinos y a su prístino estado de labradora, o si no, en el ser en que está, será llevada a los campos elíseos, donde estará esperando se cumpla el número del vapuleo.

—Ea, buen Sancho —dijo la duquesa—, ánimo y corresponded buenamente al pan que habéis comido del señor don Quijote, a quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, a esa azotaina, y váyase el diablo al diablo y el temor al mezquino, que un buen corazón quebranta mala ventura, como vos bien sabéis.

A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que, hablando con Merlín, le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor Merlín: cuando llegó aquí el diablo correo y dio a mi amo un recado del señor Montesinos, le mandó de su parte que le esperase aquí, porque venía a explicar cómo desencantar a la señora doña Dulcinea del Toboso, y hasta ahora no hemos visto a Montesinos ni cosa que se le parezca.

—El Diablo, amigo Sancho —respondió Merlín—, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo lo envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mío, porque Montesinos se está en su cueva discurriendo, o, mejor dicho, esperando su desencantamiento, que aún le falta el rabo por desollar. Si os debe algo o tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos queráis mejor. Y ahora acabad de dar el sí a estas disciplinas, y creedme que os serán de mucho provecho, tanto para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que las haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

—Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos —replicó Sancho—. Y ya que todos me lo dicen, aunque yo no acabo de verlo, digo que me parece bien darme los tres mil trescientos azotes, con la condición de que me los tengo que dar cada y cuando que yo quiera, sin que se me ponga tasa en los días ni en

el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo más pronto posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues según parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición que no he de estar obligado a sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren como para espantar moscas, se me han de contar igual. Ítem más, que si me equivocara en la cuenta, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos y avisarme de los que me faltan o los que me sobran.

—De las sobras no habrá que avisar —respondió Merlín—, porque llegando al número cabal, la señora Dulcinea quedará desencantada de súbito, y vendrá a buscar, como agradecida, al buen Sancho, y a darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de qué tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe a nadie, ni siquiera en un pelo de la cabeza.

—¡Ea, pues, y que sea lo que Dios quiera! —dijo Sancho—. Yo consiento en mi mala ventura: digo que acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas.

Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió a sonar la música de las chirimías y se volvieron a disparar infinitos arcabuces, y don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La duquesa y el duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó a caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza a los duques e hizo una gran reverencia a Sancho.

Y ya en esto se venía a más andar el alba, alegre y risueña; las florecillas de los campos descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban a dar tributo a los ríos que los esperaban. La tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban señales manifiestas de que el día que a la aurora venía pisando las faldas iba a ser sereno y claro. Y satisfechos los duques de la caza, y de haber conseguido su intención tan discreta y felizmente, se volvieron a su castillo, con el propósito de segundar en sus burlas, que para ellos no había veras que les diesen más gusto.

CAPÍTULO XXXVI

DONDE SE CUENTA LA EXTRAÑA Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA, ALIAS DE LA CONDESA TRIFALDI, CON UNA CARTA QUE SANCHO PANZA ESCRIBIÓ A SU MUJER TERESA PANZA

Tenía el duque un mayordomo de ingenio muy burlesco y desenfadado, que hizo el papel de Merlín y preparó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos e hizo que un paje hiciese de Dulcinea. Y después, con la aprobación de sus señores, dispuso otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la duquesa a Sancho al día siguiente si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencantamiento de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes. Le preguntó la duquesa que con qué se los había dado. Respondió que con la mano.

—Eso —replicó la duquesa— es más darse de palmadas que de azotes. Yo tengo para mí que el mago Merlín no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho se haga algún cilicio con abrojos de plomo, o de nudos, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio; y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada.

—Deme vuestra señoría algún cilicio o disciplina conveniente, que yo me daré con ella, con tal que no me duela demasiado; porque hago saber a vuesa merced que, aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no estará bien que yo me desmedre por el provecho ajeno.

—Sea en buena hora —respondió la duquesa—: yo os daré mañana unas disciplinas que os vengan muy a medida y se acomoden con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus propias hermanas.

—Sepa vuestra alteza, señora mía de mi alma —dijo Sancho—, que yo tengo escrita una carta a mi mujer Teresa Panza dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido desde que me aparté de ella. Aquí la tengo en el seno, que no le falta más que ponerla en su sobre. Querría que vuestro entendimiento la leyese, porque me parece que va conforme a lo de gobernador, digo, al modo que deben de escribir los gobernadores.

—¿Y quién la dictó? —preguntó la duquesa.

—¿Quién la había de dictar sino yo, pecador de mí?

—¿Y la escribisteis vos?

—Ni por pienso; aunque sé firmar, yo no sé leer ni escribir.

—Veámosla —dijo la duquesa—, que a buen seguro que vos mostráis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa, vio que decía de esta manera:

«Y si buenas penitencias me pusieron, en mi rucio iba yo como un señor: si tengo un buen gobierno, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por ahora; en otra ocasión lo sabrás. Has de saber, Teresa, que he decidido que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque cualquier otro andar es andar a gatas. Eres mujer de un gobernador: ¡ojo con dejar que te critiquen! Ahí te envío un traje verde de cazador que me dio mi señora la duquesa; arréglale de modo que sirva de saya y corpiños a nuestra hija. Don Quijote mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy a la zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el mago Merlín ha echado mano de mí para el desencantamiento de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo: con tres mil trescientos azotes, menos cinco, que tengo que darme, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás de esto nada a nadie, porque, pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo; le tomaré el pulso, y te avisaré si tienes que venir a estar conmigo o no. El rucio está bueno y te manda recuerdos, y no le pienso dejar aunque me lleven a ser Gran Turco. La duquesa mi señora te besa mil veces las manos: vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga más barata, según dice mi amo, que los cumplidos. No ha tenido Dios a bien depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras, pero no te dé pena, Teresa mía, que a salvo está el que repica, y lo del gobierno ya se sabrá todo a su tiempo; aunque me ha dado gran pena que me dicen que si le pruebo una vez, acabaré chupándome los dedos y aun comiéndome las manos tras él, y si así fuese, no me saldría muy barato, aunque los estropeados y mancos ya tienen su canonjía en la limosna que piden: así que por una vía o por otra tú vas a ser rica y de buena ventura. Dios te la dé, ya que puede, y a mí

me guarde para servirte.

De este castillo, a 20 de julio de 1614

Tu marido el gobernador

Sancho Panza».

Al acabar la duquesa de leer la carta, dijo a Sancho:

—En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: una, en decir o dar a entender que este gobierno se le ha dado por los azotes que se tiene que dar, sabiendo él, y no lo puede negar, que cuando el duque mi señor se lo prometió, no había azotes en el mundo ni en sueños; la otra es que se muestra en ella muy codicioso, y no querría que pensase que todo el monte es orégano, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

—No lo digo yo por eso, señora, y si a vuesa merced le parece que esta carta no va como tiene que ir, no hay más que rasgarla y hacer otra nueva, aunque podría ser que fuese peor, si me lo dejan a mi caletre.

—No, no, esta está bien, y quiero que el duque la vea.

Con esto, se fueron a un jardín donde iban a comer aquel día. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque, de lo que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles y de haberse entretenido un buen rato con la sabrosa conversación de Sancho, se oyó de pronto el son tristísimo de un pífano y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente don Quijote, que no cabía en su asiento, de puro alborotado; de Sancho no hay que decir sino que el miedo lo llevó a su acostumbrado refugio, que era el lado o faldas de la duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y melancólico.

Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan largo y tendido, que se les arrastraba por el suelo. Estos venían tocando dos grandes tambores, también cubiertos de negro. A su lado venía el pífano, de negro como la pez, igual que los demás. Seguía a los tres un personaje de cuerpo agigantado, enmantado más que vestido, con una negrísima loba, cuya falda era también desaforada de grande. Por encima de la loba lo ceñía y atravesaba un ancho tahalí, también negro, del que pendía un desmesurado alfanje de guarniciones y vaina negra. Venía cubierto el rostro con un transparente velo negro, que dejaba entrever una larguísima barba, blanca como la nieve. Movía el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su gran porte, su contoneo, su negrura y su acompañamiento podían y pudieron suspender a todos aquellos que sin conocerlo lo miraron.

Se llegó, pues, con la parsimonia y prosopopeya referidas a hincarse de rodillas ante el duque, que en pie, con los demás que estaban allí, le esperaba, pero el duque de ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Lo hizo así el espantajo

prodigioso, y puesto en pie alzó el antifaz del rostro e hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces habían visto ojos humanos, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el duque dijo:

—Altísimo y poderoso señor, a mí me llaman Trifaldín el de la Barba Blanca. Soy escudero de la condesa Trifaldi, llamada por otro nombre la dueña Dolorida, de parte de la cual traigo a vuestra grandeza una embajada, y es que vuestra magnificencia tenga a bien darle facultad y licencia para entrar a decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que pueda haber pensado el más cuitado pensamiento del orbe. Y antes quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene a pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este estado vuestro, cosa que se puede y debe tener por milagro o fuerza de encantamiento. Ella queda a la puerta de esta fortaleza o casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. He dicho.

Y acto seguido tosió, y se manoseó la barba de arriba abajo con las dos manos, y con mucho sosiego estuvo esperando la respuesta del duque:

—Ya hace muchos años, buen escudero Trifaldín de la Blanca Barba, que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, a quien los encantadores la hacen llamar la dueña Dolorida: bien podéis, estupendo escudero, decirle que entre y que aquí está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte que si le fuese necesario mi favor, no le va a faltar, pues ya me tiene obligado a dárselo el ser caballero, a quien es anejo y concerniente favorecer a toda suerte de mujeres, en especial a las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, como lo debe estar su señoría.

Oyendo esto Trifaldín, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo señal al pífano y tambores para que tocasen, con el mismo son y el mismo paso que había entrado se volvió a salir del jardín, dejando a todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el duque a don Quijote, le dijo:

—En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y oscurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto porque hace apenas seis días que está vuestra bondad en este castillo, y ya os vienen a buscar de lejanas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino a pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados en que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced a vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

—Quisiera yo, señor duque —respondió don Quijote—, que es tuviera aquí presente aquel bendito religioso que el otro día mostró en la mesa tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera con sus propios ojos si tales caballeros son necesarios en el mundo: tocaría por lo menos con

la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van a buscar su remedio a las casas de los letrados, ni a las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado a salir de los términos de su pueblo, ni al perezoso cortesano que antes busca novedades para referirlas y contarlas que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban: el remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quiera, que la fuerza de mi brazo y la intrépida resolución de mi animoso espíritu saldrán fiadoras de su remedio.

CAPÍTULO XXXVII

DONDE SE PROSIGUE LA FAMOSA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA

En extremo se alegraron el duque y la duquesa de ver qué bien iba respondiendo a su intención don Quijote, y entonces dijo Sancho:

—No querría yo que esta señora dueña pusiese ningún tropiezo a la promesa de mi gobierno; porque yo he oído decir a un boticario toledano, que hablaba como un jilguero, que donde intervienen dueñas no podía suceder cosa buena. ¡Válgame Dios, y qué mal se llevaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que si todas las dueñas, no importa de la calidad y condición que sean, son enfadosas e impertinentes, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa Tres Faldas o Tres Colas?, que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno.

—Calla, amigo Sancho —dijo don Quijote—, que si esta señora dueña viene a buscarme de tierras tan lejanas, no debe de ser de aquellas que el boticario tenía en su lista, y más siendo condesa, pues cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo a reinas y a emperatrices, que en sus casas son señorísimas que se sirven de otras dueñas.

—Dueñas tiene mi señora la duquesa a su servicio —dijo entonces doña Rodríguez, allí presente—, que podrían ser condesas si la fortuna quisiera, pero allá van leyes donde quieren reyes, y nadie diga mal de las dueñas, y menos de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que lleva una dueña doncella a una dueña viuda; y a quien nos trasquiló a nosotras, se le quedaron las tijeras en la mano, y nadie diga de esta agua no beberé.

—Con todo —replicó Sancho—, hay tanto que trasquilar en las dueñas, según mi boticario, que será mejor no menear el arroz, aunque se pegue.

—Los escuderos —respondió doña Rodríguez— son siempre nuestros enemigos, que, como son duendes de las antesalas y nos ven a cada paso, los ratos que no rezan, que son muchos, los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los defectos y enterrándonos la fama. ¡Váyanse a galeras!, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre y cubramos con negro hábito monjil nuestras delicadas o no delicadas carnes, como quien cubre o tapa un muladar con un tapiz en día de procesión. Desde luego que si me fuera dado y el tiempo lo permitiera, yo daría a entender, no solo a los presentes, sino a todo el

mundo, que no hay virtud que no se encierre en una dueña.

—Yo creo —dijo la duquesa— que mi buena doña Rodríguez tiene razón, y muy grande, pero tendrá que esperar un tiempo para abogar por sí y por las demás dueñas, y desmentir la mala opinión de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.

—Desde que tengo humos de gobernador —replicó Sancho—, se me han quitado los vahídos de escudero y me importan un higo todas las dueñas.

Y seguirían con el coloquio dueñesco, si no hubiesen oído que volvían a sonar el pífano y los tambores, por donde entendieron que entraba la dueña Dolorida. Preguntó la duquesa al duque si habría que salir a recibirla, pues era condesa y persona principal.

—Por lo que tiene de condesa —respondió Sancho, antes que respondiese el duque—, me parece bien que vuestras grandezas salgan a recibirla; pero por lo de dueña, soy del parecer que no se muevan un paso.

—¿Quién te mete a ti en esto, Sancho? —dijo don Quijote.

—¿Quién, señor? —respondió Sancho—. Yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, según he oído decir a vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos, y a buen entendedor, pocas palabras.

—Así es, como Sancho dice —dijo el duque—: veremos el aspecto de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.

En esto entraron los tambores y el pífano como la primera vez.

Y aquí dio fin a este breve capítulo el autor, y comenzó otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII

DONDE SE RELATA LA CUENTA QUE DIO DE SU MALADANZA LA DUEÑA DOLORIDA

Detrás de los tristes músicos comenzaron a entrar por el jardín adelante por lo menos doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas con unos monjiles anchos, al parecer de lana de batán, con unas tocas blancas y delgadas de algodón, tan largas, que descubrían solo el ribete del monjil. Tras ellas venía la condesa Trifaldi, a quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la Blanca Barba, vestida de finísima y negra bayeta sin frisar, que de venir frisada habría descubierto cada grano del tamaño de un garbanzo de los buenos de Martos. La cola o falda, o como quieran llamarla, era de tres puntas, que se sustentaban en las manos de tres pajes vestidos también de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos agudos que formaban las tres puntas, por lo que todos los que miraron la falda puntiaguda cayeron en que por ella se debía llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las Tres Faldas, como bien dice Benengeli, y que de su propio apellido se llamó la condesa Lobuna, por criarse en su condado muchos lobos, y que si en lugar de lobos fueran zorras, la llamarían la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellos pagos tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa o cosas en que más abundan sus estados; sin embargo esta condesa, por confirmar la novedad de su falda, dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi.

Venían las doce dueñas y la señora a paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldín, sino tan tupidos que no dejaban traslucir cosa ninguna.

En cuanto acabó de aparecer el escuadrón dueñesco, el duque, la duquesa y don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que miraban la pausada procesión. Se pararon las doce dueñas e hicieron calle, y por el medio de ella se adelantó la Dolorida, sin dejarla de la mano Trifaldín. Viendo esto, el duque, la duquesa y don Quijote se adelantaron unos doce pasos a recibirla. Ella, puesta de rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo:

—Vuestras grandezas tengan a bien no hacer tanta cortesía a este su criado…, digo, a esta su criada, porque, según soy de dolorida, no acertaré a corresponder a lo que debo, ya que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé a dónde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto más lo busco, menos lo hallo.

—Sin él, señora condesa —respondió el duque—, estaría el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, que, no hay más que verlo, es merecedor de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las preclaras ceremonias.

Y levantándola de la mano la llevó a sentar en una silla junto a la duquesa, que la recibió también con mucho comedimiento.

Don Quijote callaba y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas, pero no fue posible hasta que ellas no se descubrieron por su propio gusto y voluntad.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quién lo iba a romper, y fue la dueña Dolorida, con estas palabras:

—Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y notabilísimos circunstantes, que mi cuitísima cuita ha de hallar en vuestros valerosísimos pechos acogimiento no menos plácido que generoso y doloroso, porque es tal, que se basta para enternecer los mármoles y ablandar los diamantes y suavizar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga a la plaza de vuestros oídos (por no decir orejas), quisiera que me hicieran sabedora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza.

—El Panza está aquí —dijo Sancho antes que respondiese otro— y el don Quijotísimo también, y así, podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisierísimis, que todos estamos listos y preparadísimos para ser vuestros servidorísimos.

En esto se levantó don Quijote, y dirigiéndose a la dueña Dolorida, dijo:

—Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor o fuerzas de algún caballero andante, aquí están las mías, que, aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy don Quijote de la Mancha, cuya ocupación es socorrer a toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no tenéis menester, señora, de captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino a la llana y sin rodeos decid vuestros males, que os escuchan oídos que sabrán, si no remediarlos, compadecerse de ellos.

Oyendo esto la dueña Dolorida dio muestras de querer arrojarse a los pies de don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos decía:

—Ante estos pies y piernas me arrojo, oh caballero invicto, por ser los que son basas y columnas de la caballería andante. Quiero besar estos pies, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises!

Y dejando a don Quijote, se volvió a Sancho Panza, y asiéndolo de las manos, le dijo:

—¡Y tú, el más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más largo en bondad que la barba de Trifaldín, mi

acompañante aquí presente!, bien puedes preciarte de que al servir al gran don Quijote sirves en suma a toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Te conjuro, por lo que debes a tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que favorezca ahora a esta humildísima y desdichadísima condesa.

—El que sea mi bondad, señora mía —respondió Sancho—, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, a mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando me vaya de esta vida, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco o nada me preocupo, pero yo rogaré sin esas mañas ni plegarias a mi amo que favorezca y ayude a vuesa merced en todo lo que pueda, que sé que me quiere bien, y más ahora que tiene menester de mí para cierto negocio. Vuesa merced desembaúle su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los duques, y cuantos habían tomado el pulso a aquella aventura, y alababan para sí la agudeza y disimulo de la Trifaldi, quien, volviéndose a sentar, dijo:

—Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fue señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino, infanta Antonomasia que se crio y creció bajo mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que, yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó a la edad de catorce años con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. ¡Y no digamos que el buen juicio era mocoso! Tan juiciosa era como bella y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no le han cortado el hilo de la vida: pero no, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal a la tierra como sería llevarse en agraz el racimo de la más hermosa vid del suelo.

»De esta hermosura, no encarecida como se debe por mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, tanto naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que estaba en la corte, confiado en su mocedad y en su bizarría y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio. Porque hago saber a vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar, y además era poeta, y gran bailarín, y sabía hacer unas jaulas de pájaros, que solo con hacerlas se podría ganar la vida, si se viera en extrema necesidad: que todas estas cualidades y gracias son suficientes para derribar una montaña, no ya una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire y todas sus gracias y habilidades serían poca o ninguna prenda para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras no hubiese usado del remedio de rendirme a mí primero. Primero quiso el malandrín y desalmado vagamundo granjearme la voluntad y sobornarme con halagos, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba.

En conclusión, él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y alhajas que me dio; pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía a una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decían:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere
y por más tormento quiere
que se sienta y no se diga.

»La trova me pareció de perlas, y su voz, de almíbar, y después de aquello, digo, de entonces acá, viendo el mal en que caí por estos versos y otros semejantes, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se tenía que desterrar a los poetas, como aconsejaba Platón, por lo menos a los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar a los niños y a las mujeres, sino unas agudezas que a modo de blandas espinas os atraviesan el alma y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne a dar la vida.

»Y de este jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan y escritos suspenden. ¿Y cuando se avienen a componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, al que ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos y, en fin, el azogue de todos los sentidos. Y por eso digo, señores míos, que a esos trovadores, con justa razón, los debían desterrar a las islas de los Lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debería, no me iban a mover sus trasnochados conceptos, ni iba a creer que fuese verdad aquel decir “vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, me voy y me quedo”, con otros imposibles de esta ralea, de que están llenos sus escritos. ¿Y cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan más la pluma, porque les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir… ¿Pero por dónde me estoy desviando?

»¡Ay de mí, desdichada! ¿Qué locura o qué desatino me lleva a contar las faltas ajenas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí, otra vez, sin ventura!, que no me rindieron los versos, si no mi simplicidad, no me ablandaron las músicas, sino mi

liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda a los pasos de don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero. Y así, siendo yo la mediadora, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomasia, a título de prometido; que yo, aunque pecadora, no habría consentido que sin ser su prometido le llegara a la costura de la suela de sus zapatillas. ¡No, no, eso no!: el matrimonio ha de ir por delante en cualquier negocio de estos que yo trate. Solamente hubo un inconveniente en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino.

»Estuvo esta maraña encubierta y solapada algunos días en la sagacidad de mi recato, hasta que me pareció que le iba descubriendo a todo andar no sé qué hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos concertó en secreto a los tres, y salió de ello que antes que saliese a la luz el mal desliz, don Clavijo pidiese ante el vicario por mujer a Antonomasia, conforme a una cédula de ser su esposa que la infanta le había hecho, dictada por mi ingenio con tanta fuerza, que las de Sansón no hubieran podido romperla. Se hicieron las diligencias, vio el vicario la cédula, tomó el vicario confesión a la señora, confesó de plano, la mandó depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado…».

En este momento dijo Sancho:

—También en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas, por lo que puedo jurar que imagino que el mundo es todo uno. Pero dese prisa vuesa merced, señora Trifaldi, que es tarde y ya me muero por saber el fin de esta tan larga historia.

—Así lo haré —respondió la condesa.

CAPÍTULO XXXIX

DONDE LA TRIFALDI PROSIGUE SU ESTUPENDA Y MEMORABLE HISTORIA

De cualquier palabra que Sancho decía, la duquesa gustaba tanto como se desesperaba don Quijote, y mandándole este que callase, la Dolorida prosiguió diciendo:

—En fin, al cabo de muchas preguntas y respuestas, como la infanta seguía siempre en sus trece, sin variar ni salir de la primera declaración, el vicario sentenció en favor de don Clavijo y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que a los tres días la enterramos.

—Debió de morir, sin duda —dijo Sancho.

—¡Claro está —respondió Trifaldín—, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas!

—Ya se ha visto, señor escudero —replicó Sancho—, enterrar a un desmayado creyendo que estaba muerto, y me parecía a mí que la reina Maguncia estaba obligada a desmayarse antes que a morirse, que con la vida se remedian muchas cosas, y no fue tan grande el disparate de la infanta, que obligase a sentirlo tanto. Si se hubiera casado esa señora con algún paje suyo o con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, según he oído decir, el daño no hubiera tenido remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aquí nos lo han pintado, de verdad de verdad que, aunque fue necedad, no fue tan grande como se piensa, porque según las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como de los hombres letrados se hacen los obispos, de los caballeros, y más si son andantes, se pueden hacer los reyes y los emperadores.

—Razón tienes, Sancho —dijo don Quijote—, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en condición inmejorable de ser el mayor señor del mundo. Pero continúe la señora Dolorida, que a mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo de esta hasta aquí dulce historia.

—¡Y cómo si queda lo amargo! —respondió la condesa—, y tan amargo, que en comparación con ello son dulces las tueras y sabrosas las adelfas. Muerta, pues, la reina, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra y le dimos el último adiós, cuando (*quis talia fando temperet a lacrimis?*, ¿quién oyendo tales

cosas podrá contener las lágrimas?), puesto sobre un caballo de madera apareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo hermano de Maguncia, que además de cruel hacía encantamientos, y este con sus artes, en venganza de la muerte de su prima hermana y como castigo por el atrevimiento de don Clavijo y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura, a ella convertida en una mona de bronce, y a él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está también una lápida de metal, y en ella escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose traducido a la candayesca, y ahora a la castellana, encierran esta sentencia: «No recobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes hasta que el valeroso manchego venga conmigo a las manos en singular batalla, que solo para su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura». Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome a mí por los cabellos, hizo ademán de querer segarme el cuello y cortarme a cercén la cabeza.

»Me turbé, se me pegó la voz a la garganta, quedé afligida en extremo, pero, con todo, me esforcé lo más que pude y con voz temblorosa y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecución de un tan riguroso castigo. En fin, hizo llevar ante sí a todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes, y después de haber exagerado nuestra culpa y vituperado las costumbres de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando a todas la culpa que yo sola tenía, dijo que no quería castigarnos con la pena capital, sino con una muerte dilatada, condenándonos a una vida oscura y afrentosa. Y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrían los poros de la cara y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Nos llevamos entonces las manos a la cara, y nos hallamos de la manera que ahora veréis.

Y la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que venían cubiertas, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, unas rubias, otras negras, aquellas blancas y estas entrecanas, de cuya vista mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes.

—De esta manera —prosiguió la Trifaldi— nos castigó aquel follón y malintencionado Malambruno, cubriendo la blandura y suavidad de nuestros rostros con la aspereza de estas cerdas, y ojalá hubiera querido el cielo derribarnos las testas con su desmesurado alfanje, que no ensombrecer la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre. Porque si nos paramos a pensar, señores míos (y esto que voy a decir ahora lo querría decir hechos mis ojos fuentes, pero la consideración de nuestra desgracia y los mares que hasta aquí han llovido los tienen sin fluido y secos como rastrojo, y así, lo diré sin lágrimas), digo, pues, que ¿a dónde podrá ir una dueña con barbas?, ¿qué padre o qué madre se compadecerá de ella?, ¿quién le dará ayuda? Pues aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de mejunjes y ungüentos apenas halla quien la quiera bien, ¿qué hará cuando descubra su rostro hecho un bosque? ¡Ay dueñas y compañeras mías, en desdichado punto nacimos, en

hora aciaga nos engendraron nuestros padres!

Y diciendo esto, dio muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL

DE COSAS QUE ATAÑEN Y TOCAN A ESTA AVENTURA Y A ESTA MEMORABLE HISTORIA

Real y verdaderamente, todos los que gustan de historias como esta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su primer autor, por el cuidado que puso en contarnos los detalles de ella, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz claramente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a lo callado, aclara las dudas, resuelve los argumentos: en fin, manifiesta los átomos del deseo más curioso. ¡Oh autor celebérrimo, oh don Quijote dichoso, oh Dulcinea famosa, oh Sancho Panza gracioso: todos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos, para gusto y pasatiempo general de los vivientes!

Dice, pues, la historia que en cuanto Sancho vio desmayada a la Dolorida, dijo:

—Por la fe de hombre de bien juro, y por la gloria de todos mis antepasados los Panzas, que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como esta. ¡Válgante mil satanases, por no maldecirte por encantador y gigante, Malambruno! ¿Y no hallaste otro género de castigo que dar a estas pecadoras sino el de barbarlas? ¿No habría sido mejor y a ellas les hubiera venido más a cuento quitarles media nariz, de la mitad para abajo, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaría yo que no tienen con qué pagar a quien las rape.

—Es cierto, señor —respondió una de las doce—, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así, hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo usar de unos pegotes o parches pegajosos, y aplicándolos a los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que aunque hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas y hacer otros mejunjes propios de las mujeres, nosotras las dueñas de mi señora jamás quisimos admitirlas, porque la mayoría apestan a alcahuetas y terceras, habiendo dejado de ser primas; y si no somos remediadas por el señor don Quijote, con barbas nos llevarán a la sepultura.

—¡Y yo me pelaría las mías en tierra de moros, si no remediase las vuestras! —dijo don Quijote.

En ese momento volvió de su desmayo la Trifaldi y dijo:

—El tintineo de esa promesa, valeroso caballero, llegó a mis oídos en medio de

mi desmayo, y ha servido para que yo vuelva de él y recobre todos mis sentidos; y así, de nuevo os suplico, ínclito andante y señor indomable, que vuestra donosa promesa se convierta en obra.

—Por mí no quedará —respondió don Quijote—. Ved, señora, qué es lo que tengo que hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros.

—Es el caso —respondió la Dolorida— que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos arriba o abajo; pero si se va por el aire y en línea recta, hay tres mil doscientas veintisiete. También debe saberse que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase a nuestro caballero libertador, él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de alquiler, porque tiene que ser aquel mismo caballo de madera sobre el que el valeroso Pierres llevó robada a la linda Magalona, caballo que se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que lo llevan los mismos diablos. Este caballo, según es tradición antigua, fue fabricado por aquel mago Merlín; se lo prestó a Pierres, que era su amigo, y con él hizo grandes viajes y raptó, como se ha dicho, a la linda Magalona, llevándola a las ancas por el aire, dejando embobados a cuantos los miraban desde tierra; y no se lo prestaba sino a quien él quería o mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido nadie en él. De allí lo ha sacado Malambruno con sus artes, y lo tiene en su poder, y se sirve de él en sus viajes, que los hace a cada momento por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia y al día siguiente en Potosí. Y lo bueno de ese caballo es que ni come ni duerme ni gasta herraduras, y lleva tales andares por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado, por lo cual a la linda Magalona le gustaba mucho andar caballera en él.

—Para andar reposado y llano —dijo Sancho—, mi rucio, aunque no anda por los aires; pero por tierra, yo lo pondría a competir con cuantos andares hay en el mundo.

Se rieron todos, y la Dolorida prosiguió:

—Y este caballo, si es que Malambruno quiere dar fin a nuestra desgracia, estará en nuestra presencia media hora después de que se haga de noche, porque él me significó que la señal que me daría, por donde yo entendiese que había hallado al caballero que buscaba, sería enviarme el caballo con comodidad y presteza donde fuese.

—¿Y cuántos caben en ese caballo? —preguntó Sancho.

—Dos personas —respondió La Dolorida—, una en la silla y otra en las ancas, y casi siempre estas dos personas son caballero y escudero, a falta de alguna robada doncella.

—Querría yo saber, señora Dolorida —dijo Sancho—, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre —respondió la Dolorida— no es como el caballo de Belerofonte,

que se llamaba Pegaso, ni como el de Alejandro Magno, llamado Bucéfalo, ni como el de Orlando furioso, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reinaldos de Montalbán, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes ni Pirítoo, como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que entró en la batalla donde perdió la vida y el reino el desdichado Rodrigo, último rey de los godos.

—Apuesto —dijo Sancho— que como no le han dado ninguno de esos famosos nombres de caballos tan conocidos, tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser apropiado excede a todos los que se han nombrado.

—Así es —respondió la barbada condesa—, pero el suyo también le cuadra mucho, porque se llama Clavileño el Alígero, cuyo nombre se aviene con el ser de leño y con la clavija que trae en la frente y con la ligereza con que camina; y así, en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No me descontenta el nombre —replicó Sancho—; pero ¿con qué freno o con qué cabezal se gobierna?

—Ya he dicho —respondió la Trifaldi— que con la clavija, que volviéndola a una parte o a otra el caballero que va encima lo hace caminar como quiere, ya por los aires, ya rastreando y casi barriendo la tierra, o por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.

—Estoy deseando verlo —replicó Sancho—, pero pensar que tengo que subir en él, en la silla o en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Estaría bueno, que apenas puedo sostenerme en mi rucio, y sobre una albarda más blanda que la misma seda, y quieren ahora que me sostenga en unas ancas de tabla, sin cojín ni almohada alguna! Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas a nadie: cada cual se rape como más le venga a cuento, que yo no pienso acompañar a mi señor en tan largo viaje. Aparte de que yo no debo de servir para el rapamiento de estas barbas, si sirvo para el desencantamiento de mi señora Dulcinea…

—Sí servís, amigo —respondió la Trifaldi—, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada.

—¡A mí la guardia! —dijo Sancho—. ¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Se van ellos a llevar la fama de las que acaban y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Maldita sea! Aun si dijesen los historiadores: «Este caballero acabó tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual hubiera sido imposible el acabarla…». ¡Pero que escriban a secas «Don Paralipómenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos», sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente a todo, como si no hubiera estado en el mundo!… Ahora, señores, vuelvo a decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de mi señora la duquesa, y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes que no me crezca el pelo.

—Con todo, le tenéis que acompañar si fuere necesario, buen Sancho —dijo la duquesa—, porque os lo rogarán personas de calidad, que no pueden quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros de estas señoras, cosa en verdad muy fea.

—¡A mí de nuevo la guardia! —replicó Sancho—. Si esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas o por algunas hospicianas, podría uno aventurarse a cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas a dueñas, ¡ni hablar!, aunque las viese yo a todas con barbas, desde la mayor hasta la menor y de la más melindrosa a la más estirada.

—Mal estáis con las dueñas, amigo Sancho —dijo la duquesa—, mucho os vais tras la opinión del boticario toledano. Pero de verdad que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, y aquí está mi doña Rodríguez, que no me dejará decir otra cosa.

—Dígala Vuestra Excelencia —dijo Rodríguez—, que Dios sabe la verdad de todo, y ya seamos las dueñas buenas o malas, barbadas o lampiñas, también nos parieron nuestras madres como a las otras mujeres; y pues Dios nos echó al mundo, Él sabe para qué, y a su misericordia me atengo, y no a las barbas de nadie.

—Ahora bien, señora Rodríguez —dijo don Quijote—, y señora Trifaldi y compañía, yo espero del cielo que mire con buenos ojos vuestras cuitas, y Sancho hará lo que yo le mande. ¡Venga ya Clavileño y véame ya con Malambruno!, que yo sé que no habrá navaja que rape con más facilidad a vuestras mercedes que mi espada rapando de sus hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre a los malos, pero no para siempre.

—¡Ay! —dijo entonces la Dolorida—, con benignos ojos miren a vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, e infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía para ser escudo y amparo del vituperado y pisoteado género dueñesco, abominado por boticarios, murmurado por escuderos y engañado por pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió antes a ser monja que a dueña. ¡Desdichadas de nosotras las dueñas!, que aunque vengamos por línea directa, de varón en varón, del mismo Héctor el troyano, nuestras señoras no dejarán de despreciarnos, como si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno!, aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas: envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor y estas barbas nuestras duran, ¡ay de nuestra ventura!

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y se propuso en su corazón acompañar a su señor hasta las últimas partes del mundo, si en ello consistía quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI

DE LA LLEGADA DE CLAVILEÑO, CON EL FIN DE ESTA DILATADA AVENTURA

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que tenía que venir el famoso caballo Clavileño, cuya tardanza fatigaba ya a don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se demoraba en enviarlo, o él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, o Malambruno no osaba venir con él a singular batalla. Pero hete aquí que de repente entraron por el jardín cuatro salvajes, vestidos todos de verde yedra, que traían sobre sus hombros un gran caballo de madera. Lo pusieron de pie en el suelo, y uno de los salvajes dijo:

—Suba sobre esta máquina el caballero que tenga ánimo para ello.

—Ahí yo no subo —dijo Sancho—, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene —prosiguió diciendo el salvaje —, y fíese del valeroso Malambruno, que de no ser por su espada, no será atacado por ninguna otra ni por malicia alguna; y no hay más que torcer esta clavija que trae puesta sobre el cuello, que él los llevará por los aires adonde los espera Malambruno; pero para que la altura y lo sublime del camino no les cause vahídos, se tienen que cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje.

Dicho esto, dejando a Clavileño, se volvieron con gentil compostura por donde habían venido. La Dolorida, en cuanto vio al caballo, dijo casi con lágrimas a don Quijote:

—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo de ellas te suplicamos nos rapes y afeites, pues no depende sino de que subas en él con tu escudero y des feliz principio a vuestro nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a todas estas dueñas, rasas y mondas.

—Eso no haré yo —dijo Sancho—, ni de mal ni de buen talante, de ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. ¿Y qué

dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más: que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí a Candaya, si el caballo se cansa o el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te den la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas de estas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa donde se me hace tanta merced y de cuyo dueño espero tan gran bien como es verme gobernador.

—Sancho amigo —dijo entonces el duque—, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva: raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está ni a la de tres. Y pues vos sabéis que yo sé que no hay ningún género de oficio de estos de mayor cuantía que no se obtenga, el que más y el que menos, con alguna suerte de cohecho, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vayáis con vuestro señor don Quijote a dar cima y fin a esta memorable aventura. Que tanto si volvéis sobre Clavileño con la brevedad que promete su ligereza, como si la contraria fortuna os trae de vuelta a pie, hecho un romero, de mesón en mesón y de venta en venta, si volvéis, hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mismo deseo que han tenido siempre de recibiros como su gobernador, y mi voluntad será la misma. Y no dudéis de esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que tengo de serviros.

—No siga, señor —dijo Sancho—: yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar a cuestas tantas cortesías. Suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios, y díganme si cuando vayamos por esas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor o invocar a los ángeles que me favorezcan.

—Sancho —dijo la Trifaldi—, bien podéis encomendaros a Dios o a quien queráis, que Malambruno, aunque es brujo, es cristiano y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—¡Ea, pues —dijo Sancho—, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta!

—Desde la memorable aventura de los batanes —dijo don Quijote— nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me haría algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras.

Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín y asiéndole ambas manos, le dijo:

—Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos de él, ni las ocasiones ni el tiempo que nos darán los negocios; y por eso querría que te retirases ahora a tu aposento, como si fueses a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un santiamén te dieses, a buena cuenta de los tres mil trescientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, y esos ya estarán dados, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

—¡Por Dios —dijo Sancho—, a vuesa merced le falta el juicio! Esto es como

aquello que dicen: «¡Preñada me ves, y doncellez me demandas!». ¿Ahora que tengo que ir sentado en una tabla rasa, quiere vuestra merced que me lastime las posaderas? En verdad que vuesa merced ha perdido la razón. Vayamos ahora a rapar a estas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuestra merced, por quien soy, darme tanta prisa en salir de mi obligación, que vuestra merced se contente, y no le digo más.

—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy *verdico*, sino moreno, pero aunque fuera de colores, cumpliría mi palabra.

Y con esto, regresaron para subir en Clavileño, y al subir dijo don Quijote:

—Tapaos, Sancho, y subid, que quien envía de tan lejanas tierras por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar engañando a quien se fía de él. Y aunque todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá oscurecer ninguna malicia.

—Vamos, señor —dijo Sancho—, que las barbas y lágrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que me sepa bien hasta verlas en su primitiva lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo que ir a las ancas, está claro que primero sube el de la silla.

—Cierto —replicó don Quijote.

Y sacando un pañuelo de la faltriquera, pidió a la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió a descubrir y dijo:

—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fue un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas y que iba preñado de caballeros armados, que después fueron la ruina total de Troya; y así, estaría bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

—No hay para qué —dijo la Dolorida—, que yo le fío y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor. Vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor ninguno, y sea en perjuicio mío si le sucede alguno.

Le pareció a don Quijote que cualquier cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía. Y así, sin altercar más, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que giraba fácilmente; y como no tenía estribos y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida, en algún triunfo romano. De mal talante y muy despacio llegó a subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y nada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen algún cojín o alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa o del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo parecían más de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi que Clavileño no sufría ningún jaez ni ningún género de adorno encima, que lo que podía hacer era ponerse a mujeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza. Lo hizo así Sancho y, diciendo adiós, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió a descubrir, y mirando a todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le

ayudasen en aquel trance con sendos padrenuestros y sendas avemarías, para que Dios les deparase a alguien que los dijese por ellos cuando se viesen en semejantes trances. A lo que dijo don Quijote:

—Ladrón, ¿estás por ventura puesto en la horca, o en el último término de la vida, para usar semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme en el del valeroso Pierres, que se sentó en este mismo sitio en que yo me siento ahora? Cúbrete, cúbrete, animal despavorido, y no te salga a la boca el temor que tienes, por lo menos en presencia mía.

—Tápenme —respondió Sancho—, y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué menos que tema yo no ande por aquí alguna legión de diablos que den con nosotros en el cadalso de Peralbillo?

Se cubrieron, y sintiendo don Quijote que estaba como tenía que estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

—¡Dios te guíe, valeroso caballero!

—¡Dios sea contigo, escudero intrépido!

—¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

—¡Ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando!

—¡Agárrate, valeroso Sancho, que te bamboleas! ¡Mira no te caigas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso guiar el carro de su padre el Sol!

Oyó Sancho las voces, y apretándose contra su amo y ciñéndolo con los brazos, le dijo:

—Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces y no parece sino que están aquí hablando junto a nosotros?

—No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, a mil leguas verás y oirás lo que quieras. ¡Y no me aprietes tanto, que me derribas! Y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que no he subido en todos los días de mi vida en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos del mismo sitio. Destierra, amigo, el miedo, que, en efecto, la cosa va como tiene que ir y llevamos el viento en popa.

—Es cierto —respondió Sancho—, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando.

Y así era, que unos grandes fuelles les estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba esa aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

Sintiéndose, pues, soplar don Quijote, dijo:

—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos estar llegando a la segunda región del aire, donde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los

rayos se engendran en la tercera región; y si es que vamos subiendo de esta manera, llegaremos pronto a la región del fuego, y no sé yo cómo menear esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto, con unas estopas fáciles de encenderse y apagarse, desde lejos, colgadas de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo:

—Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego o bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

—No hagas eso —respondió don Quijote— y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vio todo el destrozo y asalto y muerte del Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dio cuenta de todo lo que había visto. Y asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerno de la Luna, que la hubiera podido asir con la mano, y que no osó mirar a la Tierra, por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay por qué descubrirnos, que el que nos lleva a su cargo dará cuenta de nosotros; y quizá vamos subiendo a lo alto en grandes giros, para dejarnos caer en uno de ellos sobre el reino de Candaya, como hace el halcón sacre o neblí sobre la garza para cogerla, por más que se remonte. Y aunque nos parece que no hace media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es —respondió Sancho Panza—: solo sé decir que si la señora Magallanes, o Magalona, se contentó con estas ancas, no debía de ser muy tierna de carnes.

Oían el duque y la duquesa y los del jardín todas estas pláticas de los dos valientes, de lo que recibían extraordinario contento. Y queriendo dar remate a la inaudita y bien tramada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido y dio con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.

Entretanto, ya había desaparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, incluida la Trifaldi, y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos y, mirando a todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada en el suelo una gran lanza, y pendiendo de ella y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El ínclito caballero don Quijote de la Mancha remató y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña

Dolorida, y compañía, con solo intentarla. Malambruno se da por contento y satisfecho a toda su satisfacción, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia, en su prístino estado. Y cuando se cumpla el escuderil vapuleo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos gerifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el mago Merlín, protoencantador de los encantadores».

Después de leer don Quijote las letras del pergamino, entendió claramente que hablaban del desencanto de Dulcinea; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro acabara tan gran hecho, restituyendo a su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no estaban allí, se fue adonde el duque y la duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al duque le dijo:

—¡Ea, buen señor, ánimo, ánimo, que todo es nada! Ya se acabó la aventura sin daño a terceros, como lo muestra claro el escrito que está puesto en aquel padrón.

El duque, poco a poco y como quien despierta de un pesado sueño, fue volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa y todos los que estaban caídos por el jardín, con tales muestras de extrañeza y espanto, que casi daban a entender que les había acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue a abrazar a don Quijote, diciéndole que era el más buen caballero que se hubiese visto en ningún siglo.

Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas y si era tan hermosa sin ellas como prometía su gallarda disposición; pero le dijeron que en cuanto Clavileño bajó ardiendo por los aires y dio en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin asomos de pelo. Preguntó la duquesa a Sancho cómo le había ido en aquel largo viaje, a lo cual Sancho respondió:

—Yo, señora, sentí que íbamos, según me dijo mi señor, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos, pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió. Pero yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba e impide, con disimulo y sin que nadie lo viese, aparté junto a las narices un poco el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y me pareció que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas: para que se vea lo altos que debíamos de ir entonces.

—Amigo Sancho —dijo la duquesa—, mirad lo que decís, que, a lo que parece, vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban en ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

—Es cierto, pero, aun así, la descubrí por un ladito y la vi toda.

—Mirad, Sancho, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

—Yo no sé de esas miradas. Solo sé que estará bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamiento, por encantamiento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por dondequiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuestra merced cómo, descubriéndome el pañizuelo junto a las cejas, me vi tan junto al cielo, que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, es muy grande además. Y sucedió que íbamos por la parte donde están las siete cabrillas, y por Dios y por mi ánima que, como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, en cuanto las vi me dieron ganas de entretenerme con ellas un rato, que si no las hubiera complacido me parece que habría reventado. Voy yo entonces, ¿y qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y quedamente me apeé de Clavileño y me entretuve casi tres cuartos de hora con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, y Clavileño no se movió del sitio ni siguió adelante.

—Y mientras el buen Sancho se entretenía con las cabras —preguntó el duque—, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote?

—Como todas estas cosas y estos sucesos van fuera del orden natural —respondió don Quijote—, no es extraño que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba la del fuego, pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la región del fuego entre el cielo de la Luna y la última región del aire, no podríamos llegar sin abrasarnos al cielo donde están las siete cabrillas o Pléyades, que dice Sancho. Y pues no nos chamuscamos, o Sancho miente o Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño: si no, pregúntenme las señas de esas cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.

—Dígalas, pues, Sancho —dijo la duquesa.

—Dos son verdes, dos encarnadas, dos azules y una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es esa —dijo el duque—, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores, digo, cabras de tales colores.

—Bien claro está eso —dijo Sancho—, sí, que tiene que haber diferencia de las cabras del cielo a las del suelo.

—Decidme, Sancho —preguntó el duque—: ¿visteis allá entre esas cabras algún cabrón?

—No, señor, pero oí decir que ninguno iba más allá de los cuernos de la Luna.

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín.

En conclusión, este fue el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dio que reír a los duques, no solo entonces, sino para toda su vida, y que contar a Sancho siglos, si los viviera. Y llegándose don Quijote a Sancho, le dijo al oído:

—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más.

CAPÍTULO XLII

DE LOS CONSEJOS QUE DIO DON QUIJOTE A SANCHO PANZA ANTES DE IRSE ESTE A GOBERNAR LA ÍNSULA, CON OTRAS COSAS BIEN CONSIDERADAS

Quedaron tan contentos los duques con el feliz y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, que decidieron seguir con las burlas, viendo el asunto apropiado que tenían para que se tuviesen por veras. Y así, después de dar la traza y las órdenes que tenían que guardar sus criados y sus vasallos en el gobierno de la ínsula prometida, al día siguiente, que fue el que siguió al vuelo de Clavileño, dijo el duque a Sancho que se arreglara y preparase para ir a ser gobernador, que sus insulanos le estaban esperando ya como agua de mayo. Sancho se postró ante él y le dijo:

—Desde que bajé del cielo, y después de mirar desde su alta cumbre la tierra y verla tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres del tamaño de una avellana, que a mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría tuviese a bien darme una pequeña parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho —respondió el duque—: yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña, que solo a Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde, si vos os sabéis dar maña, podréis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

—En tal caso, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser un gobernador tal, que a pesar de bellacos me vaya al cielo. Y esto no por la codicia que tenga yo de salirme de mi sitio o de mirar a todos por encima del hombro, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

—Con que lo probéis solo una vez, Sancho, vais a pereceros tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, no se lo arrancarán de ninguna manera, y le dolerá y pesará en el alma el tiempo que hubiese dejado de serlo.

—Señor, imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, y espero que seáis un gobernador como promete vuestro juicio. Y quédese esto aquí, y advertid que mañana mismo por la mañana habéis de ir al gobierno de la ínsula, y por la tarde os acomodarán el traje conveniente que tenéis que llevar y todas las cosas necesarias para vuestra partida.

—Vístanme como quieran, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza.

—Es verdad, pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa, que no estaría bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy son menester tanto las armas como las letras, y las letras como las armas.

—Letras, pocas tengo, porque aún no sé el abecé, pero bástame tener el *Pater Noster* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas, manejaré las que me den, hasta caer, y que Dios me ayude.

—Con tan buena memoria —dijo el duque—, no podrá Sancho errar en nada.

En esto llegó don Quijote y, sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se tenía que ir a su gobierno, con licencia del duque lo tomó de la mano y se fue con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo tenía que conducirse en su oficio.

Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta y casi forzó a Sancho a que se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

—Doy infinitas gracias al cielo, Sancho amigo, de que antes de que yo haya encontrado ninguna buena dicha, la buena ventura te haya salido a ti a recibir y a encontrar. Yo, que confiaba en mi buena suerte para librar la paga de tus servicios, comienzo a estar mejor de lo pensado, y tú, antes de tiempo y en contra de lo razonable, ves premiados tus deseos. Unos cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un ceporro, sin madrugar ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, solo con el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Digo todo esto, Sancho, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, estate atento, hijo, a este Catón que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a puerto seguro de este mar proceloso donde vas a engolfarte, que los oficios y cargos grandes no son otra cosa que un golfo profundo de confusiones.

»En primer lugar, hijo, has de temer a Dios, porque en el temerlo está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos

en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey, que si haces esto, la consideración de haber guardado puercos en tu tierra vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura».

—Eso es verdad, pero fue cuando muchacho; después, algo hombrecillo, los que guardé fueron gansos, no puercos. Pero esto me parece a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Cierto —replicó don Quijote—, por eso los que no son nobles de origen deben acompañar la seriedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de la que no hay estamento que se escape.

»Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te apure decir que vienes de labradores, porque viendo que no te avergüenzas, ninguno se pondrá a avergonzarte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que nacidos de baja estirpe han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y de esta verdad te podría traer tantos ejemplos, que te cansarían. Mira, Sancho: si crees que en el medio está la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay por qué tener envidia a los que tienen por padres y abuelos a príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se conquista, y la virtud vale por sí sola lo que no vale la sangre. Siendo esto así, como lo es, si acaso viniese a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no lo deseches ni lo afrentes, antes lo has de acoger, agasajar y obsequiar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie desprecie lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada. Si trajeses a tu mujer contigo (porque no está bien que los que asisten a gobiernos durante mucho tiempo estén sin las propias), enséñale, adoctrínala y desbástala de su rudeza natural, porque todo lo que suele adquirir un gobernador juicioso, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta. Si acaso enviudases, cosa que puede suceder, y con el cargo mejoras de consorte, no la tomes para que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, o para obtener a escondidas lo que antes rechazaste abiertamente, porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez reciba ha de dar cuenta el marido en el Juicio Final, pagando tras la muerte cuatro veces más las partidas de las que no se hubiera hecho cargo en la vida.

»Nunca te guíes por la ley del encaje o del favoritismo, que suele ser muy apreciada por los ignorantes que presumen de agudos. Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las alegaciones del rico. Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico tanto como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

»Cuando pueda y deba tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo. Si acaso doblas la vara de la justicia, no sea con el peso del soborno, sino con el de la misericordia. Si alguna vez llegas a juzgar el pleito de algún enemigo tuyo, aparta la

mente de la ofensa recibida y ponla en la verdad del caso. No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que cometieses en ella la mayoría de las veces no tendrán remedio, y si lo tienen, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

»Si alguna mujer hermosa viniese a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera con sosiego la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros. Al que has de castigar con obras no lo trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones. Al culpado que caiga bajo tu jurisdicción considérale hombre digno de misericordia, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto esté de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios son todos iguales, más resplandece y campea a nuestro modo de ver el de la misericordia que el de la justicia.

»Si sigues estos preceptos y estas reglas, Sancho, serán largos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás a tus hijos como quieras, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus tataranietos.

»Esto que hasta aquí te he dicho son instrucciones que han de adornar tu alma; escucha ahora las que han de servir para adorno del cuerpo».

CAPÍTULO XLIII

DE LOS CONSEJOS SEGUNDOS QUE DIO DON QUIJOTE A SANCHO PANZA

¿Quién que oyera el anterior razonamiento de don Quijote no lo tendría por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como queda dicho muchas veces en el transcurso de esta gran historia, solamente disparataba tocándole la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso sus obras desacreditaban su juicio, y su juicio sus obras; pero en la de estas segundas instrucciones que dio a Sancho mostró tener gran donaire y puso su agudeza y su locura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, don Quijote y dijo:

—En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, a quienes su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si esa excrecencia y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero, puerco y extraordinario abuso.

»No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo descuidado, si acaso la descompostura y flojedad no se tiene por socarronería, como se juzgó de la de Julio César.

»Toma con discreción el pulso a lo que pueda rentar tu cargo, y si te permite vestir con librea a tus criados, dásela honesta y provechosa más que vistosa y bizarra, y repártelas entre tus criados y los pobres: quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar libreas no lo alcanzan los vanagloriosos.

»No comas ajos ni cebollas, para que no saquen por el olor tu villanería. Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala. Come poco y cena menos aún, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Sé templado en el beber, considerando que demasiado vino ni guarda secreto ni cumple palabra. Ten en cuenta, Sancho, no masticar a dos carrillos ni eructar delante de nadie».

—Eso de *erutar* no lo entiendo.

—Eructar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los vocablos más feos que tiene la lengua castellana, aunque es muy expresivo; y así, la gente fina se ha acogido al latín, y al regoldar dice eructar, y a los regüeldos, eructos, y aunque algunos no entienden estos términos, importa poco, porque el uso los irá introduciendo con el tiempo, hasta que se entiendan con facilidad; y esto es enriquecer la lengua, sobre la que tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

—Eructar, Sancho, no regoldar.

—Eructar diré de aquí en adelante, y seguro que no se me olvida.

—También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que, siendo los refranes sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso solo Dios lo puede remediar, porque sé más refranes que un libro, y se me vienen tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, y la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo. Pero yo tendré cuidado de aquí en adelante de decir los que convengan a la seriedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena, y quien destaja, no baraja, y a buen recaudo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

—¡Eso sí, Sancho! ¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que no hay quien te pare! ¡Ríñeme mi madre, por un oído me entra y por otro me sale! Te estoy diciendo que evites los refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parezca mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche y moche hace la plática desmayada y baja.

»Cuando montes a caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzón de atrás, ni lleves las piernas tiesas y estiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio; que el andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos.

»Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día; y advierte, Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

»Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; greguescos, ni por pienso, que no les están bien ni a los caballeros ni a los gobernadores.

»Este último consejo que ahora quiero darte, aunque no sirva para adorno del cuerpo, quiero que lo lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que te he dado hasta aquí: y es que jamás te pongas a disputar de linajes, al menos comparándolos entre sí, pues en los que se comparan uno ha de ser por fuerza el mejor, y del que abatas serás aborrecido, y del que levantes en ninguna manera premiado.

»Por ahora, esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones, así serán mis instrucciones, si tienes a bien darme noticia del estado en que te halles».

—Señor, bien veo que todo cuanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas, pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Aunque es verdad que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez, si se tercia, no se me irá del magín; pero de esos otros badulaques y enredos y revoltillos, no me acuerdo ni me acordaré más de ellos que de las nubes de antaño, y así, será menester que se me den por escrito, que aunque no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recuerde cuando sea menester.

—¡Ah pecador de mí —replicó don Quijote—, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! Porque has de saber, Sancho, que no saber un hombre leer, o ser zurdo, prueba una de estas dos cosas: o que fue hijo de padres demasiado humildes y bajos, o tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así, querría que por lo menos aprendieses a firmar.

—Firmar mi nombre sí sé, que cuando fui prioste de una cofradía en mi pueblo, aprendí a hacer unas letras como para marcar los fardos, que decían que la marca decía mi nombre; además, fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, salvo para la muerte, y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quiera, cuanto más que el que tiene el padre alcalde, tranquilo va a juicio. Y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, ¡mucha vista! Que me desprecien y calumnien, que vendrán por lana y volverán trasquilados, y a quien Dios quiere bien, la casa le luce, y las necedades del rico pasan en el mundo por sentencias, y siéndolo yo, siendo gobernador y además generoso, como lo pienso ser, no hará falta que se me note. Haceos miel y os comerán las moscas; tanto vales cuanto tienes, decía una agüela mía; y del hombre arraigado no te verás vengado.

—¡Maldito seas de Dios, Sancho! —Saltó don Quijote—. ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes! Hace una hora que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te van a llevar un día a la horca, por ellos te van a quitar el gobierno tus vasallos, o habrá revueltas entre ellos. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato? Que para decir yo uno y aplicarlo bien, sudo y trabajo como si cavase.

—Por Dios, señor, que vuesa merced se queja de bien poco. ¿Por qué diablos se reconcome de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes? Y ahora se me ofrecen cuatro que venían aquí pintiparados, o como peras en canastilla, pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

—Ese Sancho no eres tú, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; pero, con todo, querría saber qué cuatro refranes te acudían ahora a la memoria, que venían aquí a propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo

buena, y no se me ofrece ninguno.

—¿Qué mejores que «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares», y «a idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay que responder», y «si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro»? Todos ellos vienen al pelo. Que nadie se enfrente con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, con que sean muelas basta; y a lo que diga el gobernador, no hay que replicar, como al «salíos de mi casa y qué queréis con mi mujer». Y lo de la piedra en el cántaro lo ve un ciego. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno vea la viga en el suyo, porque no se diga de él: «Se espantó la muerta de la degollada»; y vuestra merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Eso no, Sancho, que el necio ni en su casa ni en la ajena sabe nada, porque sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún gran edificio. Y dejemos esto aquí, Sancho, que si gobiernas mal, tuya será la culpa, y mía la vergüenza. Pero me consuelo con que he hecho lo que debía en aconsejarte con la seriedad y el buen juicio que yo pueda tener: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda de que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que yo podría evitar con descubrir al duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

—Señor, si a vuestra merced le parece que no valgo para este gobierno, desde aquí lo suelto, que más quiero a un solo negro de la uña de mi alma que a todo mi cuerpo, y así me sustentaré como Sancho a secas con pan y cebolla mejor que como gobernador con perdices y capones, y además, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuestra merced mira en ello, verá que solo vuestra merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

—¡Por Dios, Sancho —dijo don Quijote—, que solo por estas últimas sentencias que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas!: buen natural tienes, sin el que no hay ciencia que valga. Encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurran, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLIV

CÓMO FUE LLEVADO AL GOBIERNO SANCHO PANZA, Y DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE EN EL CASTILLO

Dicen que en el propio original de esta historia se lee que al ir Cide Hamete a escribir este capítulo no lo tradujo su intérprete como él lo había escrito, que fue una a modo de queja que tuvo el moro consigo mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre tenía que hablar de él y de Sancho, sin osar extenderse a otras digresiones y episodios más serios y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenidos el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo tema y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo lastimoso, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huir de este inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia (aunque las demás que se cuentan allí son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse). También pensó, como dice él, que muchos, llevados por la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la pondrían en las novelas, y pasarían por ellas o con prisa o con enfado, sin advertir la gala y artificio que contienen, que se mostraría bien al descubierto si hubiesen salido a la luz por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote ni a las sandeces de Sancho. Y así, en esta segunda parte no quiso injertar novelas sueltas ni postizas, sino algunos episodios que pareciesen novelas, nacidos de los mismos sucesos verdaderos, y aun estos con tasa y solo con las palabras que bastan para contarlos. Y pues el autor se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar de todo el universo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir.

Y luego prosigue la historia diciendo que, al acabar de comer don Quijote, el día que dio los consejos a Sancho, aquella tarde se los dio escritos, para que él buscase quien se los leyese, pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron a manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote; y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron a Sancho con mucho acompañamiento al pueblo que para él había de

ser ínsula.

Sucedió, pues, que el que lo llevaba a su cargo era un mayordomo del duque, muy ingenioso y muy gracioso —que no puede haber gracia donde no hay ingenio—, el mismo que había hecho de condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir aleccionado por sus señores de cómo había que hacer con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo, pues, que sucedió que en cuanto Sancho vio a este mayordomo, vio que su rostro se parecía mucho a la Trifaldi, y volviéndose a su señor le dijo:

—Señor, que el diablo me lleve de aquí ahora, si vuestra merced no reconoce que el rostro de este mayordomo del duque, aquí presente, es el mismo de la Dolorida.

Miró don Quijote atentamente al mayordomo, y después de mirado, dijo a Sancho:

—No tiene por qué llevársete el diablo ahora, Sancho, que no sé lo que quieres decir: el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que de serlo, implicaría contradicción muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, pues sería entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar a Nuestro Señor muy de veras que nos libre a los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.

—No es burla, señor, sino que antes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido de aquí en adelante, a ver si descubre otra señal que confirme o deshaga mi sospecha.

—Hazlo así, Sancho, y dame aviso de todo lo que descubras en este caso y de todo aquello que te suceda en el gobierno.

Salió, en fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido a lo letrado, y con un gabán muy ancho de chamelote leonado de aguas encima, y una montera igual, sobre un macho a la jineta, y detrás de él, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento que no se hubiera trocado con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques, les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dio con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos.

Deja, lector amable, ir en paz y en buena hora al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y mientras tanto atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche, que si con ello no te ríes, por lo menos despegarás los labios con risa de mona, porque los sucesos de don Quijote se han de celebrar o con admiración o con risa.

Se cuenta, pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad, y si le hubiera sido posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo habría hecho. Conoció la duquesa su melancolía y le preguntó de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, había en su casa escuderos, dueñas y doncellas

que le servirían muy a satisfacción de su deseo.

—Verdad es, señora mía —respondió don Quijote—, que siento la ausencia de Sancho, pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que Vuestra Excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico a Vuestra Excelencia que consienta y permita que dentro de mi aposento sea yo solo el que me sirva.

—En verdad, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores.

—Para mí no serán como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Y van a entrar ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, cuando volemos. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las componga y que de mis puertas adentro yo me sirva y ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la generosidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo. Y, desde luego, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

—Está bien, está bien, señor don Quijote. Por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no ya una doncella: no soy yo persona que por mí se haya de descabalar la decencia del señor don Quijote, que, según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase a solas y a su modo como y cuando quiera, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará la palangana y bacinilla necesarias al menester del que duerme a puerta cerrada, para que ninguna necesidad natural le obligue a abrirla. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero. Y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, el deseo de acabar pronto con sus azotes, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.

—Vuestra alteza —dijo don Quijote— ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala. Y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Está bien, señor don Quijote, la hora de cenar se acerca y el duque debe de estar esperando: venga vuesa merced y cenemos, y se acostará temprano, que el viaje que hizo ayer de Candaya no fue tan corto que no haya causado algún molimiento.

—No siento ninguno, señora, y aun osaré jurar a Vuestra Excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover a Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura y abrasarla así, sin más ni más.

—A eso se puede imaginar —replicó la duquesa— que arrepentido del mal que había hecho a la Trifaldi y compañía, y a otras personas, y de las maldades que como

hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como a principal y que más le traía desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó a Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha.

De nuevo dio nuevas gracias don Quijote a la duquesa, y después de cenar se retiró don Quijote a su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él a servirle: tanto temía encontrar ocasiones que lo moviesen o forzasen a perder el honesto decoro que guardaba a su señora Dulcinea (siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los caballeros andantes). Cerró tras sí la puerta, y a la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, ¡ay desgracia indigna de tal persona!, se le soltaron, no suspiros o ruidos de otra clase bien distinta que pudieran desacreditar su limpieza o sus modales, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Se afligió en extremo el buen señor, y habría dado él una onza de plata por tener allí una pizca de hilo de seda verde (digo verde porque las medias eran verdes).

En este punto de la historia Benengeli no pudo dejar de escribir: ¡Ah pobreza, pobreza! ¡No sé yo con qué razón se decidió aquel gran poeta cordobés a llamarte dádiva santa desagradecida! Yo, aunque moro, bien sé, por el trato que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, aun así, digo que ha de tener mucho de Dios el que viene a contentarse con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza del que dice uno de sus mayores santos: «Tened todas las cosas como si no las tuvieseis»; y a esto llaman pobreza de espíritu. Pero tú, verdadera pobreza, que eres de la que yo hablo, ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué les obligas a dar hollín a los zapatos y a que los botones de sus ropillas sean unos de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué la mayor parte de sus cuellos han de ser siempre escarolados, y no almidonados con molde? (Y en esto se advertirá que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos almidonados. Y prosigue:). «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza y piensa que se le ve a una legua el remiendo del zapato, el sudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y el hambre de su estómago!».

Todo esto se le vino a la cabeza a don Quijote con la soltura de sus puntos, pero se consoló al ver que Sancho le había dejado unas botas altas de camino, que pensó ponerse al día siguiente. En fin, él se recostó pensativo y pesaroso, tanto de la falta que Sancho le hacía como de la irreparable desgracia de sus medias, a las que hubiese tomado los puntos aunque fuera con seda de otro color (que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el transcurso de su prolija estrechez). Mató las velas; hacía calor y no podía dormir; se levantó del lecho y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín, y al abrirla sintió y oyó que

andaba y hablaba gente en él. Se puso a escuchar atentamente. Levantaron la voz los de abajo, tanto, que pudo oír estos coloquios:

—No me porfíes, Emerencia, que cante, pues sabes que desde el momento en que este forastero entró en este castillo y mis ojos lo miraron, yo no sé cantar, sino llorar; y más cuando el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y ni por todo el oro del mundo querría que nos hallase aquí; y en el caso que durmiese y no despertase, mi canto sería en vano si duerme y no despierta para oírlo este nuevo Eneas que ha llegado a mis regiones para dejarme escarnecida.

—No pienses en eso, amiga Altisidora —respondieron—, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, pero no el señor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto. Canta, lastimada mía, en tono bajo y suave, al son de tu arpa, y si la duquesa nos siente, le echaremos la culpa al calor que hace.

—No está en eso la cosa, Emerencia —respondió la despierta Altisidora—, sino en que no querría que mi canto descubriese mi corazón, y fuese juzgada como doncella antojadiza y liviana por los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas del amor. Pero venga lo que tenga que venir, que más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazón.

Y en esto se sintió tocar un arpa suavísimamente. Oyéndola quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron a la memoria las infinitas aventuras semejantes a aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos, que había leído en sus insensatos libros de caballerías. Y al punto imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba enamorada de él, y que la honestidad la forzaba a tener secreta su voluntad. Temió rendirse a ella y se propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea del Toboso, determinó escuchar la música, y para dar a entender que estaba allí dio un fingido estornudo, de lo que no poco se alegraron las doncellas, que no deseaban otra cosa sino que don Quijote las oyese. Arpegiada, pues, y afinada el arpa, Altisidora dio principio a este romance:

—¡Oh tú, que estás en tu lecho,
entre sábanas de holanda,
durmiendo a pierna tendida
de la noche a la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye a una triste doncella,

bien crecida y desdichada,
que en la luz de tus dos ojos
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que acreciente Dios tus ansias,
si te criaste en la Libia,
o en las montañas de Jaca;

si sierpes te dieron leche;
si a dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
desde Henares al Jarama,
desde el Tajo al Manzanares,
desde el Pisuerga al Arlanza.

Me cambiara yo por ella,
y diera encima una saya
de las que tengo con listas,
que de oro le adornan franjas.

¡Ah, quién se viera en tus brazos,
o si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza
y quitándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quiero acariciarte,
que a una humilde esto le basta.

¡Ah, qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,

qué de calzas de damasco
y qué de capas de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que al no tener compañeras
«las solas» fueran llamadas!
No mires desde Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni lo avives con tu saña.
Niña soy, muchacha tierna,
mi edad de quince no pasa:
catorce tengo y tres meses,
por Dios lo juro y mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos, como lirios,
que en pie por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,
que mis dientes sean topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que a la que es más dulce iguala,
y soy de constitución
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;
de esta casa soy doncella
y Altisidora me llaman.

Aquí dio fin el canto de la malherida Altisidora y comenzó el asombro del requerido don Quijote, quien, dando un gran suspiro, se dijo: «¡Que tenga yo que ser tan desdichado andante sin que haya doncella que me mire y que de mí no se enamore! ¡Que tenga que ser la sin par Dulcinea del Toboso tan corta de ventura que no la dejen gozar a solas de la incomparable firmeza mía! ¿Qué le queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que Amor

quiso darle rindiéndole mi corazón y entregándole mi alma. Mirad, caterva enamorada, que Dulcinea es la única para la que soy de hojaldre y de merengue, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí, Dulcinea es la única hermosa, la juiciosa, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo, y de ninguna otra, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore o cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo que ser de Dulcinea, cocido o asado, limpio, bien criado y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra».

Y con esto, cerró de golpe la ventana; y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio a su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV

DE CÓMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMÓ POSESIÓN DE SU ÍNSULA Y DEL MODO EN QUE COMENZÓ A GOBERNAR

¡Oh perpetuo descubridor de las antípodas, antorcha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico allá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones! A ti te digo, ¡oh Sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre!, a ti te digo que me favorezcas y alumbres la oscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un pueblo de unos mil vecinos, que era de los mejores que tenía el duque. Le dieron a entender que se llamaba la ínsula Barataria, bien porque el lugar se llamaba Baratario, bien por habérsele dado el gobierno de barato o propina. Al llegar a las puertas de la villa, que era amurallada, salió el concejo municipal a recibirlo, tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de alegría general, y con mucha pompa lo llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y lo admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria.

El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que no sabía el busilis del cuento, y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, después de sacarlo de la iglesia lo llevaron a la silla del juzgado y lo sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo:

—Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión de esta famosa ínsula está obligado a responder a una pregunta que se le haga que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y pulsa el ingenio de su nuevo gobernador, y así, o se alegra o se entristece con su venida.

Mientras el mayordomo decía esto a Sancho, estaba él mirando las muchas y grandes letras que estaban escritas en la pared de frente a su silla, y como él no sabía leer, preguntó qué eran aquellas pinturas que estaban en aquella pared.

—Señor —le respondieron—, allí está escrito y anotado el día en que vuestra señoría tomó posesión de esta ínsula, y dice la inscripción: «Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó posesión de esta ínsula el señor don Sancho Panza, que la

goce muchos años».

—¿Y a quién llaman *don* Sancho Panza? —preguntó Sancho.

—A vuestra señoría —respondió el mayordomo—, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje lo ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones ni doñas; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que sepa, así se entristezca o no se entristezca el pueblo.

En ese instante entraron en el juzgado dos hombres, uno vestido de labrador y otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo:

—Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra merced por la razón de que este buen hombre llegó a mi tienda ayer, que yo, con perdón de los presentes, soy sastre titulado, bendito sea Dios, y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: «Señor, ¿habría en esto paño bastante para hacerme una caperuza?». Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él se debió de imaginar, por lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y me replicó que mirase si habría para dos. Le adiviné el pensamiento y le dije que sí, y él, sin apearse de su mala y primera intención, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas. Y ahora hace un rato vino por ellas: yo se las di, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague o devuelva su paño.

—¿Es todo esto así, hermano? —preguntó Sancho.

—Sí, señor —respondió el hombre—, pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana —respondió el sastre.

Y sacando entonces del herreruelo la mano mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

—He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y por Dios y sobre mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a examen de peritos del oficio.

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso a considerarlo un poco, y dijo:

—Me parece que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar pronto a juicio de buen varón. Y así, yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel, y no haya más.

Si la sentencia de la bolsa del ganadero, que vendría luego, movería a admiración

a los circunstantes, esta les provocó la risa, pero al final se hizo lo que mandó el gobernador, ante el que se presentaron dos hombres ancianos; uno traía una cañaheja como báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté hace días diez escudos en monedas de oro, por hacerle un favor y una buena obra, con condición que me los devolviese cuando se los pidiese. Pasaron muchos días sin pedírselos, por no ponerlo en mayor necesidad al devolvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los devuelve, sino que me los niega y dice que nunca le presté esos diez escudos, y que si se los presté, que ya me los ha devuelto. Yo no tengo testigos del préstamo, ni de la devolución, porque no me los ha devuelto. Querría que vuestra merced le tomase juramento, y si jura que me los ha devuelto, yo se los perdono aquí y delante de Dios.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo? —dijo Sancho.

—Yo, señor —respondió el viejo—, confieso que me los prestó, y acerque vuestra merced esa vara con la cruz; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré que se los he de devuelto y pagado real y verdaderamente.

Acercó el gobernador la vara, al tiempo que el viejo le dio el báculo al otro viejo, para que se lo sostuviese mientras juraba, como si le estorbara mucho, y después puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían, pero que él se los había devuelto personalmente, y que por no haber caído en ello se los volvía a pedir a cada momento. Viendo esto el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque lo tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había devuelto, y que de allí en adelante jamás volvería a pedírselos. Tornó a tomar su báculo el deudor y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto esto por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un rato, y entonces alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Se lo trajeron, y al verlo Sancho le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que voy a necesitarlo.

—De muy buena gana —respondió el viejo—: helo aquí, señor.

Y se lo puso en la mano. Lo tomó Sancho, y, dándoselo al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? —respondió el viejo—. ¿Pues vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí —dijo el gobernador—, o, si no, yo soy el mayor ceporro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Se hizo así, y

en el corazón de ella hallaron diez escudos de oro: quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón.

Le preguntaron de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto al viejo que juraba dar aquel báculo a su contrario, mientras hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que al acabar de jurar y tornándole a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro de él estaba la paga de lo que pedían. De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, a veces los encamina Dios en sus juicios; y además, que él había oído contar otro caso como aquel al cura de su pueblo, y que él tenía tan gran memoria, que de no olvidársele aquello de que quería acordarse, no habría una memoria tal en toda la ínsula. En fin, se fueron, un viejo avergonzado y el otro pagado, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de decidirse si lo tendría y pondría por tonto o por juicioso.

Después de acabado este pleito, entró en el juzgado, asida fuertemente a un hombre vestido de ganadero rico, una mujer que venía dando grandes voces:

—¡Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré a buscar al cielo! Señor gobernador de mi alma, este mal hombre me ha cogido en la mitad de ese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y, ¡desdichada de mí!, se me ha llevado lo que yo tenía guardado hace más de veintitrés años, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera, como la salamanquesa en el fuego o como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegue ahora tan lindamente a manosearme con sus limpias manos.

—Aun eso está por averiguar, si tiene limpias o no las manos este galán —dijo Sancho.

Y volviéndose al hombre, le dijo qué decía y respondía a la querella de aquella mujer. Y él, todo turbado, respondió:

—Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía de este pueblo de vender cuatro puercos —con perdón sea dicho— que me llevaron de alcabalas y tributos poco menos de lo que ellos valían. Me volvía a mi aldea, topé en el camino a esta buena dueña, y el diablo, que todo lo enreda y todo lo cuece, hizo que yaciésemos juntos; le pagué lo suficiente, y ella, malcontenta, se asió de mí y no me ha dejado hasta traerme aquí. Dice que la forcé, y miente, por el juramento que hago o pienso hacer. Y esta es toda la verdad, sin faltar migaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que unos veinte ducados tenía en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase a la querellante tal como estaba; él lo hizo temblando; la tomó la mujer, haciendo mil zalemas a todos y rogando a Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, y con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con ambas manos, aunque antes miró si era

de plata la moneda que llevaba dentro.

Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa:

—Buen hombre, id tras aquella mujer y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella.

Y no lo dijo a tonto ni a sordo, porque al punto partió como un rayo y fue a lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el final de aquel pleito, y de allí a poco volvieron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez anterior, ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; pero no era posible, según la defendía la mujer, que daba voces diciendo:

—¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuestra merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor de este desalmado, que en mitad de poblado y en plena calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme.

—¿Y os la ha quitado? —preguntó el gobernador.

—¿Cómo quitar? —respondió la mujer—. Antes me dejaría yo quitar la vida que me quitaran la bolsa. ¡Bonita es la niña! ¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este desventurado y asqueroso! ¡No hay tenazas ni martillos, mazos ni escoplos bastantes para sacármela de las uñas, ni aun garras de leones! ¡Antes el ánima de entre las carnes!

—Ella tiene razón —dijo el hombre—, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y la dejo.

Entonces el gobernador dijo a la mujer:

—Mostrad, honrada y aguerrida, esa bolsa.

Ella se la dio, y el gobernador se la devolvió al hombre, y dijo a la esforzada, que no forzada:

—Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa lo hubierais mostrado, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, ni las fuerzas de Hércules os habrían podido forzar. Andad con Dios, y mucho en mala hora, y no paréis en toda esta ínsula ni en seis leguas a la redonda, so pena de doscientos azotes. ¡Andad ya, digo, embustera, desvergonzada y embaucadora!

Se espantó la mujer y se fue cabizbaja y malcontenta, y el gobernador dijo al hombre:

—Buen hombre, andad con Dios a vuestro pueblo con vuestro dinero, y de aquí en adelante, si no lo queréis perder, procurad que no os entren ganas de yacer con nadie.

El hombre le dio las gracias lo mejor que pudo y supo, y se fue, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, anotado por su cronista, fue inmediatamente escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando.

Y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la prisa que nos da su amo,

alborotado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI

DEL PAVOROSO ESPANTO CENCERRIL Y GATUNO QUE RECIBIÓ DON QUIJOTE EN EL TRANSCURSO DE LOS AMORES DE LA ENAMORADA ALTISIDORA

Dejamos al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le había causado la música de la enamorada doncella Altisidora: se acostó con ellos, y, como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y se le juntaban los que le faltaban de sus medias. Pero como es ligero el tiempo y no hay barranco que lo detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana.

Al advertirlo don Quijote, dejó las blandas plumas y nada perezoso se vistió su agamuzado traje y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias; se echó encima su mantón de escarlata y se puso en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida con pasamanería de plata; colgó de sus hombros el tahalí con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que traía siempre consigo, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde estaban ya vestidos y como esperándole el duque y la duquesa. Y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella amiga suya, y nada más ver Altisidora a don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas y con gran presteza le empezó a desabrochar el pecho. Don Quijote, que lo vio, llegándose a ellas dijo:

—Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué —respondió la amiga—, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca le he sentido un ¡ay!, desde que la conozco: mal hayan todos los caballeros andantes que hay en el mundo, si son tan desagradecidos. Váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña mientras vuesa merced esté aquí.

—Haga vuesa merced, señora —replicó don Quijote—, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pueda a esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños rápidos suelen ser remedios cualificados.

Y con esto se fue, para no ser la comidilla de los que lo viesen allí. En cuanto se hubo apartado, volvió en sí la desmayada Altisidora y dijo a su compañera:

—Habrá que ponerle ese laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron entonces a dar cuenta a la duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía don Quijote, y ella, alegre sobremanera, concertó con el duque y con sus doncellas hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan deprisa como se había venido el día, que pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote. Y la duquesa despachó a un paje suyo —el que había hecho en el bosque el papel de la encantada Dulcinea—, esta vez en su ser real y verdadero, a casa de Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trajese buena relación de todo lo que hablase con ella.

Hecho esto y llegadas las once de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento. La templó, abrió la reja y sintió que andaba gente en el jardín. Y habiendo recorrido los trastes de la vihuela y afinándola lo mejor que supo, carraspeó y se aclaró la garganta, y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que había compuesto él mismo ese día:

—Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el bordar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

De doncellas recogidas
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
se embelesan con las sueltas,
con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
que como huéspedes andan
y llegan presto al poniente,
porque en el partirse acaban.

El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágenes no deja

bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señala;
donde hay primera belleza,
la segunda no le gana.
A Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace Amor milagros
y a sí mismo los levanta.

Aquí llegaba en su canto don Quijote, a quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que caía a plomo sobre la reja de don Quijote, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que también traían cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el maullar de los gatos, que aunque los duques habían sido inventores de la burla, aun así les sobresaltó, y, temeroso don Quijote, quedó pasmado. Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y yendo de una parte a otra parecía que una legión de diablos andaba en ella: apagaron las velas que ardían en el aposento y andaban buscando por donde escaparse. El descolgar y subir el cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada.

Se irguió don Quijote y, echando mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:

—¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!

Y volviéndose a los gatos que andaban por el aposento les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron a la reja y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo esto el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, acudieron con mucha presteza a su estancia, y abriendo con una llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea; acudió el duque a separarla, y don

Quijote dijo a voces:

—¡No me lo quite nadie! ¡Déjenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender a él quién es don Quijote de la Mancha!

Sin embargo el gato, sin preocuparse de estas amenazas, gruñía y apretaba; pero al fin el duque se lo desarraigó y lo echó por la reja.

Quedó don Quijote con el rostro hecho una criba y no muy sanas las narices, y también muy despechado porque no le habían dejado finar la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite balsámico, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido; y al ponérselas, con voz baja le dijo:

—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia. Y quiera Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, para que nunca salga de su encantamiento esa tan amada tuya Dulcinea, ni tú lo goces, ni llegues al tálamo con ella, al menos viviendo yo, que te adoro.

No respondió don Quijote a todo esto otra palabra que no fuese el profundo suspiro que dio, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo a los duques la merced, no porque él hubiera tenido temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido a socorrerlo. Los duques le dejaron sosegar y se fueron pesarosos del mal término de la burla, pues no creyeron que aquella aventura fuera a salirle tan pesada y costosa a don Quijote, que le costó cinco días de encierro y de cama, donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, y no quiere su historiador contarla ahora, por acudir a Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII

DONDE SE PROSIGUE CÓMO SE PORTABA SANCHO PANZA EN SU GOBIERNO

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron a Sancho Panza a un suntuoso palacio, donde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y nada más entrar Sancho en la sala, sonaron chirimías y salieron cuatro pajes a darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha seriedad.

Cesó la música, se sentó Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más que aquel asiento, y ningún otro servicio en toda ella. Se puso a su lado de pie un personaje, que después resultó ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca servilleta con la que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante echó la bendición y un paje puso un babero con puntillas a Sancho; otro que hacía el oficio de maestresala acercó un plato de fruta, pero apenas hubo comido un bocado, el de la varilla tocó con ella en el plato, y se lo quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le acercó otro de otro manjar. Iba a probarlo Sancho, pero, antes que llegase a él ni lo probase, ya la varilla había tocado en él, y un paje se lo llevó con tanta presteza como el de la fruta. Visto esto, quedó Sancho suspenso y, mirando a todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de prestidigitación. A lo que respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores de ella, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarlo cuando caiga enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y dejarle comer de lo que me parece que le conviene y quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo para el estómago. Y así, mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiado húmeda, y el plato del otro manjar también lo mandé quitar, por demasiado caliente y tener muchas especias, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe mata y consume el húmedo seminal, donde se funda la vida.

—Según eso, aquel plato de perdices que están allí asadas y, a mi parecer, bien sazonadas no me harán ningún daño.

—Mientras yo viva —respondió el médico—, esas no las comerá el señor gobernador.

—Pero ¿por qué?

—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima*, que quiere decir: Hartarse es malo, pero de perdices, malísimo.

—Siendo así —dijo Sancho—, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer de él sin que me lo varillee; porque por vida del gobernador, y así Dios me lo deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor y por mucho que él me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuestra merced tiene razón, señor gobernador, y mi parecer es que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados que están ahí, porque es manjar peliagudo. De aquella ternera, si no estuviese asada y en adobo, aun se podría probar, pero así, ni pensarlo.

—Aquel platazo que está más adelante echando vaho —volvió a decir Sancho— me parece que es olla podrida, y por la diversidad de cosas que hay en esas ollas podridas, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—¡*Absit* —dijo el médico—, absteneos! Lejos de nosotros tan mal pensamiento. No hay cosa en el mundo de peor sustento que una olla podrida. Quédense las ollas podridas para los canónigos o para los rectores de colegios o para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y todo cuidado. Y la razón es porque las medicinas simples son siempre y dondequiera y de quienquiera más estimadas que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que están compuestas. Pero lo que yo sé que tiene que comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, son un ciento de obleas y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo que le asienten el estómago y le ayuden a la digestión.

Al oír esto Sancho, se echó sobre el respaldo de la silla y miró fijamente al médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado. A lo que él respondió:

—Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un pueblo llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna.

—Pues, señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, pueblo que está según vamos a mano derecha de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna —respondió Sancho, todo encendido en cólera—, quíteseme ya de delante: si no, voto al Sol que voy a tomar un garrote y que a garrotazos, comenzando por vuesa merced, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, al menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que a los médicos sabios, prudentes y razonables los pondré en los cuernos de la Luna y los honraré como a

personas divinas. Y vuelvo a decir que se me vaya Pedro Recio de aquí. Si no, tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza, y pídanme cuentas cuando acabe mi mandato, que yo diré en mi descargo haber hecho un servicio a Dios matando a un mal médico, verdugo de la república. Y denme de comer, y si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas.

Se alborotó el doctor viendo tan colérico al gobernador y quiso hacer tirteafuera de la sala, de no ser porque en aquel instante sonó en la calle una corneta de la posta, y tras asomarse el maestresala a la ventana, volvió diciendo:

—Correo viene del duque mi señor: debe de traer algún despacho de importancia.

Entró el correo sudando y asustado, y sacando una carta del seno, la puso en las manos del gobernador, y Sancho la puso en las del mayordomo, a quien mandó leyese el sobrescrito, que decía así: «A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano o en las de su secretario». Lo oyó Sancho y dijo:

—¿Quién es aquí mi secretario?

—Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno —respondió uno de los que estaban presentes.

—Con esa añadidura —dijo Sancho— bien podéis ser secretario del mismo emperador. Abrid esa carta y mirad lo que dice.

Lo hizo así el recién nacido secretario y, habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarlo a solas. Mandó Sancho despejar la sala y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demás y el médico se fueron; y entonces el secretario leyó la carta, que decía así:

«A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos y de esa ínsula van a darle un asalto furioso no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, para que no le encuentren desprevenido. Sé también por espías fidedignos que han entrado en ese pueblo cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen vuestro ingenio: abrid el ojo y mirad quién se acerca a hablaros, y no comáis nada que os regalen. Yo tendré cuidado de socorreros si os vieseis en apuros, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. De este lugar, a 16 de agosto, a las cuatro de la mañana.

»Vuestro amigo,

»El Duque».

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo también los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo:

—Lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser inmediatamente, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar va a ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la del hambre.

—También —dijo el maestresala— me parece a mí que vuesa merced no coma de nada de lo que está en esta mesa, porque lo han regalado unas monjas, y, como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.

—No lo niego —respondió Sancho—, y por ahora denme un pedazo de pan y cuatro libras de uvas, o las que sean, que en ellas no podrá venir veneno; porque, desde luego, no puedo seguir sin comer, y si es que hemos de estar listos para esas batallas que nos amenazan, habrá que estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas. Y vos, secretario, responded al duque mi señor y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos a mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y el lío con mi ropa a mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y me ocuparé de escribirle con todo lo que alcancen mis fuerzas; y de camino podéis encajar un besamanos a mi señor don Quijote de la Mancha, para que vea que soy pan agradecido; y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podéis añadir todo lo que se os ocurra y venga más a cuento. Y álcense estos manteles y denme a mí de comer, que yo me las apañaré con cuantos espías y matadores y encantadores vengan contra mí y contra mi ínsula.

En esto entró un paje y dijo:

—Aquí está un labrador litigante que quiere hablar a vuestra señoría de un negocio, según él dice, de mucha importancia.

—Extraño caso es el de estos litigantes —dijo Sancho—. ¿Es posible que sean tan necios que no se den cuenta de que no son horas estas de venir a litigar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que pide la necesidad, sino que quieren que estemos hechos de piedra mármol? Por Dios y sobre mi conciencia: si me dura el gobierno, que no durará, según se me trasluce, voy a meter en cintura a más de un litigante. Ahora decid a ese buen hombre que entre, pero adviértase primero no sea alguno de los espías o matador mío.

—No, señor —respondió el paje—, porque parece un alma de cántaro, y, o yo sé poco, o él es tan bueno como el buen pan.

—No hay que temer —dijo el mayordomo—, que aquí estamos todos.

—¿Sería posible —dijo Sancho—, maestresala, que ahora que no está aquí el doctor Pedro Recio, coma yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche a la cena se satisfará la falta de la comida y quedará vuestra señoría satisfecho y pagado.

—Dios lo haga —respondió Sancho.

Y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y se veía a mil leguas que era una grande y bonísima persona. Lo primero que dijo fue:

—¿Quién es aquí el señor gobernador?

—¿Quién va a serlo —respondió el secretario— sino el que está sentado en la

silla?

—Me postro a sus pies —dijo el labrador.

Y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Se la negó Sancho, y mandó que se levantase y dijese qué quería. Lo hizo así el labrador, y entonces dijo:

—Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un pueblo que está a dos leguas de Ciudad Real.

—Otro Tirteafuera tenemos —dijo Sancho—. Decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que conozco muy bien Miguel Turra y que no está muy lejos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor —prosiguió el labrador—, que yo, por la misericordia de Dios, estoy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana; tengo dos hijos estudiantes, el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, o, por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios hubiese tenido a bien que saliera a luz el parto y fuese hijo, yo lo habría puesto a estudiar para doctor, para que no hubiese tenido envidia a sus hermanos el bachiller y el licenciado.

—¿De modo —dijo Sancho— que si vuestra mujer no se hubiera muerto, o la hubieran muerto, vos no seríais ahora viudo?

—No, señor, de ninguna manera —respondió el labrador.

—¡Buenos estamos! —replicó Sancho—. Adelante, hermano, que es hora de dormir más que de litigar.

—Digo, pues, que este hijo mío que va a ser bachiller se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, un labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines. Aunque, a decir verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta un ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y, con todo y con esto, es hermosa en extremo, porque tiene la boca grande, y de no faltarle diez o doce dientes y muelas, hubiera podido dar ciento y raya a las mejor formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si fuese costumbre hilar labios, se podría hacer con ellos una madeja; pero como tienen diferente color del que se usa comúnmente en los labios, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberenjenado. Y perdóneme el señor gobernador si voy pintando tan por lo menudo las cualidades de la que al fin y al cabo va a ser mi hija, que la quiero bien y no me parece mal.

—Pintad lo que queráis —dijo Sancho—, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido, no habría para mí mejor postre que vuestro retrato.

—Ese es el que me queda por servir, pero tiempo vendrá en que estemos servidos,

si ahora no lo estamos. Y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, sería cosa de admiración, pero no puede ser, porque ella está cargada de espaldas y encogida, y las rodillas le dan en la boca, y, aun así, se ve de sobra que si se pudiera poner derecha, daría con la cabeza en el techo; y ella habría dado ya la mano de esposa a mi bachiller, pero es que no la puede extender, que está hecha un nudo, y, con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

—Está bien —dijo Sancho—, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies a la cabeza. ¿Qué es lo que queréis ahora? Y id al grano sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

—Querría, señor, que vuestra merced me hiciese merced dándome una carta de recomendación para mi consuegro, suplicándole tenga a bien que se haga este casamiento, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza. Porque, para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo está endemoniado, y no hay día que no le atormenten tres o cuatro veces los espíritus malignos, y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene la condición de un ángel, y si no fuese porque se aporrea y se da él mismo de bofetadas, sería un bendito.

—¿Queréis otra cosa, buen hombre? —preguntó Sancho.

—Otra cosa querría, pero es que no me atrevo a decirla; pero, vaya, en fin, no se me ha de pudrir en el pecho, pegue o no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trescientos o seiscientos ducados para ayudar a la dote de mi bachiller; digo, como ayuda para poner su casa, porque, en fin, han de vivir por su cuenta, sin estar sujetos a las impertinencias de los suegros.

—Mirad si queréis otra cosa —dijo Sancho— y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.

—No, es todo.

Y apenas dijo esto, cuando, poniéndose en pie el gobernador, asió la silla en que estaba sentado y dijo:

—¡Voto a tal, don patán rústico y malmirado, que si no os apartáis y escondéis inmediatamente de mi presencia, os rompo y abro la cabeza con esta silla! Hijoputa bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados? ¿Y dónde los tengo yo, hediondo? ¿Y por qué te los había de dar aunque los tuviera, socarrón y mentecato? ¿Y a mí qué me importa Miguel Turra ni todo el linaje de los Perlerines? ¡Aléjate de mí o, por vida del duque mi señor, que haré lo que acabo de decir! Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún socarrón que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aún no hace día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados?

Hizo señas el maestresala al labrador para que se saliese de la sala, lo que hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacón supo hacer muy bien su papel.

Pero dejemos con su cólera a Sancho, y haya paz en aquel corro, y volvamos a don Quijote, al que dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las que no sanó en ocho días, en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete contar con la minucia y verdad con las que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON DOÑA RODRÍGUEZ, LA DUEÑA DE LA DUQUESA, Y OTROS ACONTECIMIENTOS DIGNOS DE ESCRITURA Y DE MEMORIA ETERNA

Desasosegado y melancólico estaba en sumo grado el malherido don Quijote, vendado el rostro y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato, desdichas anejas a la caballería andante. Seis días estuvo sin salir en público, y en una noche de esas, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en la persecución de Altisidora, sintió que abrían con una llave la puerta de su aposento, e imaginó de inmediato que la enamorada doncella venía para asaltar su honestidad y ponerlo en condición de faltar a la fe que debía guardar a su señora Dulcinea del Toboso.

—No —dijo, creyendo a su imaginación, y esto con voz que pudiera ser oída—, la mayor hermosura de la tierra no será suficiente para que yo deje de adorar a la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas, lo mismo estés, señora mía, transformada en cebolluda labradora o en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y seda, o que te tenga Merlín o Montesinos donde ellos quieran: eres mía en todas partes y en todas yo he sido y he de ser tuyo.

Acabar esta perorata y abrirse la puerta fue todo uno. Se puso en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados —el rostro, por los arañazos; los bigotes, para que no se le desmayasen y cayesen—, y en ese traje parecía el más extraordinario fantasma que se pudiera pensar.

Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella a la rendida y lastimada Altisidora, vio entrar a una reverendísima dueña con unas tocas blancas ostentosas y largas, tanto, que la cubrían y enmantaban de los pies a la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra, para que no le diese la luz en los ojos, que cubrían unos muy grandes anteojos. Venía pisando quedito y movía los pies blandamente.

La miró don Quijote desde su atalaya, y cuando vio su atavío y advirtió su silencio, pensó que alguna bruja o maga venía en aquel traje a hacer en él alguna mala hechicería, y comenzó a santiguarse muy deprisa. Se fue llegando la visión, y

cuando llegó a la mitad del aposento, alzó los ojos y vio la prisa con que se estaba haciendo cruces don Quijote; y si él quedó medroso al ver tal figura, ella quedó espantada al ver la suya, porque al verlo tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas que lo desfiguraban, dio una gran voz:

—¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?

Y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y, viéndose a oscuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dio consigo una gran caída. Don Quijote, temeroso, comenzó a decir:

—Te conjuro, fantasma, o lo que seas, a que me digas quién eres y que me digas qué es lo que quieres de mí. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcancen, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien a todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio se extiende incluso a hacer bien a las ánimas del purgatorio.

La magullada dueña, que oyó que le echaban un conjuro, coligió por su miedo el de don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió:

—Señor don Quijote, si es que acaso vuestra merced es don Quijote, yo no soy fantasma, ni visión, ni alma del purgatorio, como vuestra merced debe de haber pensado, sino doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que vengo a vuestra merced con una necesidad de aquellas que vuestra merced suele remediar.

—Dígame, señora doña Rodríguez —dijo don Quijote—, ¿por ventura viene vuestra merced a hacer algún alcahuetaje? Porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced a la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodríguez, que si vuestra merced salva y deja aparte todo recado amoroso, puede volver a encender su vela. Venga y departiremos de todo lo que mande y le dé más gusto, salvando, como digo, todo melindre provocador.

—¿Yo, recado de nadie, señor mío? —respondió la dueña—. Mal me conoce vuestra merced, sí, que aún no estoy en edad tan prolongada que me acoja a semejantes niñerías, pues, gracias a Dios, me conservo bien de cuerpo y cabeza, con todos mis dientes y muelas en la boca, quitando unos pocos que me usurparon unos catarros, que en esta tierra de Aragón son tan corrientes. Pero espéreme vuestra merced un poco: saldré a encender mi vela y volveré en un instante a contaros mis cuitas, como a remediador de todas las del mundo.

Y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero inmediatamente le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y le parecía que estaba mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper a su señora la fe prometida, y se decía: «¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, quiere engañarme ahora con una dueña lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? Que yo he oído decir muchas veces y a muchos juiciosos que, si él puede, os la dará antes con poco que con mucho. ¿Y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertarán mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga a caer donde nunca

he tropezado? Y en casos semejantes, mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues digo y pienso tales disparates, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y anteojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo ni en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, avinagrada y melindrosa? ¡Fuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano gusto! ¡Ah, qué bien hacía aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de pega con sus anteojos y almohadillas junto a su estrado, haciendo que cosían, y le servían para la respetabilidad de la sala aquellas estatuas lo mismo que las dueñas verdaderas!».

Y diciéndose esto saltó del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar a la señora Rodríguez; pero cuando iba a cerrarla, ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vio a don Quijote más de cerca, envuelto en la colcha, con las vendas y la galocha o becoquín con orejeras, tuvo miedo de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos, dijo:

—¿Estamos seguras, señor caballero? Porque no tengo por señal muy honesta haberse levantado vuesa merced de su lecho.

—Eso mismo está bien que lo pregunte yo, señora —respondió don Quijote—, y así, pregunto si estaré yo seguro de no ser acometido y forzado.

—¿De quién o a quién pedís, señor caballero, esa seguridad?

—A vos y de vos la pido, porque ni yo soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino medianoche, y aun un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas.

Y diciendo esto besó su mano derecha y la asió con la suya, que ella le dio con las mismas ceremonias.

(Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por verlos ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho, hubiera dado, por Mahoma, la mejor de las dos capas que tenía).

Se acostó, en fin, don Quijote en su lecho, y se quedó doña Rodríguez sentada en una silla algo desviada de la cama, sin quitarse los anteojos ni la vela. Don Quijote se acurrucó y se cubrió todo, y no dejó descubierto más que el rostro; y, habiéndose sosegado los dos, el primero que rompió el silencio fue don Quijote, diciendo:

—Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodríguez, descoserse y desembuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas, que será escuchada por mí con castos oídos y socorrida con piadosas obras.

—Así lo creo yo —respondió la dueña—, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podía esperar sino tan cristiana respuesta. Es, pues, el caso, señor don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad

del reino de Aragón y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de un linaje que atraviesan muchos de los mejores de aquella provincia. Pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trajeron a la corte a Madrid, donde, por quedar tranquilos y evitar mayores desventuras, mis padres me acomodaron para servir de doncella con una señora principal; y quiero hacer sabedor a vuesa merced que en hacer vainicas y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron a su tierra, y de allí a pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran en extremo buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana y atenida al miserable salario y a las angustiadas mercedes que se suelen dar en palacio a esas criadas; y en ese tiempo, sin que diese yo ocasión a ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya entrado en años, barbudo y apersonado, y, sobre todo, hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores que no viniesen a conocimiento de mi señora, quien, por evitar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la Santa Madre Iglesia católica romana, y de aquel matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenía, no porque yo muriese del parto, que lo tuve bueno y a su tiempo, sino porque de allí a poco mi esposo murió de cierto disgusto que tuvo, que, de tener ahora tiempo para contarlo, yo sé que vuestra merced se admiraría.

Y en esto comenzó a llorar tiernamente, y dijo:

—Perdóneme vuestra merced, señor don Quijote, no puedo evitarlo: todas las veces que me acuerdo de mi malogrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válgame Dios, y con qué autoridad llevaba a mi señora a las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! Entonces no se usaban coches ni sillas de manos, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban a las ancas de sus escuderos. Por lo menos esto no puedo dejar de contarlo, para que se advierta la educación y la consideración de mi buen marido. Un alcalde de corte acababa de salir con dos alguaciles delante a la entrada de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, y en cuanto mi buen escudero le vio, volvió las riendas a la mula, en señal de respeto. Mi señora, que iba a las ancas, le decía en voz baja: «¿Qué hacéis, desventurado? ¿No veis que voy aquí?». El alcalde, de solícito, detuvo la rienda al caballo y le dijo: «Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar a mi señora doña Casilda», que ese era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, a querer ir acompañando al alcalde. Lo vio mi señora, y llena de cólera y enojo, sacó de su estuche un alfiler gordo o un punzón, creo, y se lo clavó por los lomos, de manera que mi marido dio una gran voz y torció el cuerpo de suerte que dio con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos a levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles; se alborotó la Puerta de Guadalajara, digo, la gente baldía que estaba en ella; se vino a pie mi ama, y mi marido acudió a casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte a parte las entrañas. Se divulgó la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le hacían burla por las calles; y por

esto, y porque él era un tanto corto de vista, mi señora lo despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte.

»Quedé yo viuda y desamparada, y con hija a cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. En fin, como yo tenía fama de gran costurera, mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo, y lo mismo a mi hija, a este reino de Aragón, donde, pasando los años, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo. Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una posesa, lee y escribe como un maestro de escuela y hace las cuentas como un avaro. De su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia; y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, dieciséis años, cinco meses y tres días, más o menos. En resumidas cuentas, de esta muchacha mía se enamoró un hijo de un labrador riquísimo que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. Y así, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y bajo palabra de ser su esposo se acostó con mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado a él, no una, sino muchas veces, y pedido mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader y apenas quiere oírme, porque como el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas continuamente, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo.

»Querría, pues, señor mío, que vuesa merced tomase a cargo el deshacer este agravio, bien por ruegos, bien por armas, pues, según dice todo el mundo, vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar a los desdichados; y tenga vuesa merced presente la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas cualidades que he dicho que tiene, que en Dios y sobre mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, no hay ninguna que llegue a la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, comparada con mi hija no le llega ni a dos leguas. Porque quiero que sepa vuesa merced, señor mío, que no es oro todo lo que reluce, pues esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida, además que no está muy sana, y le huele el aliento a muerto, que no se puede sufrir el estar junto a ella un momento. Y aun mi señora la duquesa… Quiero callar, que se suele decir que las paredes oyen».

—¿Qué tiene mi señora la duquesa, por vida mía, señora doña Rodríguez? —preguntó don Quijote.

—Con esa súplica no puedo dejar de responder con toda verdad a lo que se me pregunta. ¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, esa tez, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, esas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y esa gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero a Dios, y luego a dos fuentes ulcerosas que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo

el maligno fluido del que dicen los médicos que está llena.

—¡Santa María! ¿Y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo hubiera creído aunque me lo dijeran frailes descalzos. Pero, pues la señora doña Rodríguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar fluidos, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud.

Apenas acabó don Quijote de decir esto, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó a doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asían de la garganta con dos manos, tan fuertemente, que no le dejaban ni el resuello, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó a dar tantos azotes, que daba pena; y aunque a don Quijote se la daba también, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello, y se estaba quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca. Y no fue vano su temor, porque en cuanto los callados verdugos dejaron molida a la dueña, que no osaba quejarse, acudieron a don Quijote y, desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tanto y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse a puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, se salieron los fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas, y, gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra a don Quijote, quien, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde lo dejaremos, deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que lo había puesto de ese modo. Pero ello se dirá a su tiempo, que Sancho Panza nos llama y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A SANCHO PANZA HACIENDO LA RONDA POR SU ÍNSULA

Dejamos al gran gobernador enojado y sin sosiego con el labrador pintor y socarrón, quien, aleccionado por el mayordomo, y el mayordomo por el duque, se burlaba de Sancho; pero él, aunque tonto, bronco y necio, se las tenía tiesas con todos y dijo a los que estaban con él, y al doctor Pedro Recio, quien en cuanto se acabó el secreto de la carta del duque había vuelto a entrar en la sala:

—Ahora verdaderamente entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser o tienen que ser de bronce para no sentir las inoportunidades de los litigantes, que a todas horas y en todo tiempo quieren que los escuchen y despachen pase lo que pase, preocupados solo de su negocio; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, o porque no puede o porque no es ese el tiempo estipulado para darles audiencia, inmediatamente los maldicen y murmuran y dicen pestes de ellos, y aun se acuerdan de su familia. Litigante necio, litigante mentecato, no te apresures: espera el momento y coyuntura para litigar; no vengas a la hora de comer ni a la de dormir, que los jueces son de carne y hueso y han de dar a la naturaleza lo que naturalmente les pide; menos yo, que no le doy de comer a la mía, gracias al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, aquí delante, que quiere que muera de hambre y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios a él y a todos los de su ralea: digo, a la de los malos médicos, que la de los buenos merece palmas y lauros.

Todos los que conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente y no sabían a qué atribuirlo, sino a que los oficios y cargos graves o adoban o entorpecen los entendimientos. En fin, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió darle de cenar aquella noche, aunque se saltase todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador y esperaba con gran ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, a su parecer, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, al final llegó el que él tanto deseaba y en el que le dieron de cenar ropa vieja de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera algo entrada en días. Pudo con todo, y con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón o gansos de Lavajos; y en la cena, volviéndose al doctor, le dijo:

—Mirad, señor doctor, de aquí en adelante no os molestéis en darme de comer

cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar de sus quicios a mi estómago, que está acostumbrado a cabra, vaca, tocino, cecina, nabos y cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quiera, siendo de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día; y no se burle nadie de mí, porque o somos o no somos: vivamos todos y comamos en paz y compañía, pues cuando Dios amanece, amanece para todos. Yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta y mire por lo suyo, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, como suele decirse, y lo ve todo, y si me dan ocasión van a ver maravillas, y haceos miel, y os comerán las moscas.

—Por cierto, señor gobernador —dijo el maestresala—, que vuesa merced tiene mucha razón en todo lo que ha dicho, y os garantizo, en nombre de todos los insulanos de esta ínsula, que han de servir a vuestra merced con toda diligencia, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que vuesa merced ha dado en estos sus inicios no les da lugar a hacer ni a pensar cosa que redunde en vuestro perjuicio.

—Ya lo creo —respondió Sancho—, y serían ellos unos necios si hiciesen o pensasen otra cosa, y vuelvo a decir que se atienda a mi sustento y al de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y si ya es la hora, vamos a rondar, que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazanes y ociosos. Porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que hacen las abejas trabajadoras. Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar a los virtuosos y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos. ¿Qué os parece esto, amigos? ¿Digo o no cosas sensatas?

—Dice tanto vuesa merced, señor gobernador —dijo el mayordomo—, que me admira ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que a lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que esperaban del ingenio de vuesa merced los que nos enviaron y los que aquí vinimos. Cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven veras y los burladores se hallan burlados.

Llegó la noche y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Se prepararon para la ronda; salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el cronista que tenía a su cuidado hacer una memoria de sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos, que podían formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que había que verlo, y a pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas; acudieron allá y vieron que eran solo dos hombres los que reñían. Al ver venir a la justicia, se estuvieron quedos, y uno de ellos dijo:

—¡Aquí de Dios y del rey! ¿Cómo se puede sufrir que en este pueblo roben en poblado y salgan a asaltar en él en mitad de las calles?

—Sosegaos, hombre de bien —dijo Sancho—, y contadme cuál es la causa de esta pendencia, que yo soy el gobernador.

—Señor gobernador —dijo el otro—, yo la diré con toda brevedad. Sepa vuestra merced que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esa casa de juego que está ahí enfrente más de mil reales, y sabe Dios cómo; y estando yo delante, le di por buena más de una jugada dudosa, contra todo aquello que me dictaba la conciencia; se hizo con la ganancia, y cuando esperaba que me iba a dar de propina qué menos que un escudo, como es uso y costumbre darle a los hombres principales que como yo asistimos allí a lo mejor y lo peor para confirmar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me lo enseñaron ni me lo dejaron; y el socarrón, que es tan ladrón como Caco y tan fullero como Andradilla, no quería darme más que cuatro… ¡Para que vea vuestra merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero a fe que si vuesa merced no hubiera llegado, yo le hubiese hecho vomitar la ganancia y se iba a enterar él de cuántas son dos y dos.

—¿Qué decís vos a esto? —preguntó Sancho.

Y el otro respondió que cuanto su contrario decía era verdad y que no había querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces, y que los que esperan propina han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les den, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, siempre que no sepan que son fulleros y que lo que ganan está mal ganado; y que para señal de que él era hombre de bien, y no ladrón como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

—Así es —dijo el mayordomo—. Vea vuestra merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer de estos hombres.

—Lo que se ha de hacer —respondió Sancho— es esto: vos, ganancioso, bueno o malo o indiferente, dad ahora mismo a este vuestro acuchillador cien reales, y además tenéis que desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio y andáis de más en esta ínsula, tomad esos cien reales y mañana a lo largo del día salid de esta ínsula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáis, de cumplirlos en la otra vida, colgándoos yo de una picota, o al menos por el verdugo mandado por mí; y ninguno me replique, que le asentaré la mano.

Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la ínsula y aquel se fue a su casa, y el gobernador quedó diciendo:

—Ahora, o poco puedo, o quitaré estas casas de juego, que a mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

—Esta al menos —dijo un escribano— no la podrá vuesa merced quitar, porque

la tiene un gran personaje, y es sin comparación más lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor cuantía podrá vuestra merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros a usar sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de un cualquiera, donde cogen a un desdichado después de medianoche y lo desuellan vivo.

—Ahora, escribano —dijo Sancho—, yo sé que hay mucho que decir en eso.

Y en esto llegó un guardia que traía asido a un mozo y dijo:

—Señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y en cuanto columbró a la justicia, nos dio la espalda y comenzó a correr como un gamo: señal que debe de ser algún delincuente. Yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le hubiera alcanzado jamás.

—¿Por qué huías, hombre? —preguntó Sancho.

—Señor —respondió el mozo—, por dejar de responder a las muchas preguntas que hacen los alguaciles.

—¿Qué oficio tienes?

—Tejedor.

—¿Y qué tejes?

—Hierros de lanzas, con licencia de vuestra merced.

—¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os las dais? Está bien. ¿Y a dónde ibais ahora?

—Señor, a tomar el aire.

—¿Y dónde se toma el aire en esta ínsula?

—Donde sopla.

—¡Bueno, respondéis muy a propósito! Sois despierto, mancebo, pero figuraos que yo soy el aire y que os soplo en popa y os encamino a la cárcel. ¡Prendedle, ea, y llevadlo, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche!

—¡Por Dios, vuestra merced va a hacerme dormir en la cárcel lo mismo que hacerme rey!

—¿Por qué no te voy a hacer dormir en la cárcel? ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte siempre que quiera?

—Por más poder que vuestra merced tenga, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.

—¿Cómo que no? —replicó Sancho—. Llevadlo ahora mismo, para que vea con sus ojos el desengaño, por mucho que el alcaide quiera dejarse sobornar. Que yo le pondré una pena de dos mil ducados como te deje salir un paso de la cárcel.

—Es de risa. El caso es que no me van a hacer dormir en la cárcel hoy ni todos los vivos.

—Dime, demonio, ¿tienes algún ángel que te saque y que te quite los grilletes que pienso mandar echarte?

—Ahora, señor gobernador —respondió el mozo con muy buen donaire—, entremos en razón y vengamos al punto. Presuponga vuestra merced que me manda llevar a la cárcel y que en ella me echan grilletes y cadenas y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda. Aun así, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuestra merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero?

—No, ciertamente —dijo el secretario—, y el hombre se ha salido con la suya.

—De modo —dijo Sancho— que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir a la mía.

—No, señor —dijo el mozo—, ni por pienso.

—Pues andad con Dios —dijo Sancho—, idos a dormir a vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitároslo; pero os aconsejo que de aquí en adelante no os burléis de la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en la mollera.

Se fue el mozo y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí a poco vinieron dos guardias que traían a un hombre asido:

—Señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, vestida con traje de hombre.

Le acercaron a los ojos dos o tres linternas, a cuyas luces descubrieron el rostro de una mujer, de dieciséis o pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. La miraron de arriba abajo y vieron que venía con unas medias de seda encarnada con ligas de tafetán blanco y flecos de oro y perlas; los greguescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca o ropilla a juego suelta, debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos, muchos y muy buenos anillos. En fin, la moza parecía bien a todos, y ninguno de cuantos la vieron la conoció, y los naturales del lugar dijeron que no podían figurarse quién podría ser, y los cómplices de las burlas que se habían de hacer a Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y así, estaban indecisos, esperando en qué pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza y le preguntó quién era, a dónde iba y qué causa le había movido para vestirse con aquel traje. Ella, puestos los ojos en tierra con honestísima vergüenza, respondió:

—No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto. Una cosa quiero que se entienda: que no soy ladrón ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, a quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que se debe a la honestidad.

Oyendo esto el mayordomo, dijo a Sancho:

—Haga, señor gobernador, apartar a la gente, para que esta señora pueda decir lo que quiera con menos empacho.

Lo mandó así el gobernador, se apartaron todos, menos el mayordomo, el maestresala y el secretario. Al verse ya solos, la doncella prosiguió diciendo:

—Yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador del impuesto de lanas de este pueblo, que suele muchas veces ir a casa de mi padre.

—Eso no lleva camino —dijo el mayordomo—, señora, porque yo conozco muy bien a Pedro Pérez y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra; y además decís que es vuestro padre y luego añadís que suele ir muchas veces a casa de vuestro padre.

—Ya había caído yo en ello —dijo Sancho.

—Ahora, señores, estoy turbada y no sé lo que me digo —respondió la doncella —, pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer.

—Eso va más encaminado —respondió el mayordomo—, que yo conozco a Diego de la Llana y sé que es un hidalgo principal y rico y que tiene un hijo y una hija, y que desde que enviudó no ha habido nadie en todo este pueblo que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol a que la vea, y, pese a ello, la fama dice que es en extremo hermosa.

—Es cierto —respondió la doncella—, y esa hija soy yo; si la fama miente o no en mi hermosura, ya os habréis desengañado, señores, pues me habéis visto.

Y en esto comenzó a llorar tiernamente, y al verlo el secretario se llegó al oído del maestresala y le dijo en voz baja:

—Sin duda alguna que a esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y a tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

—No hay duda en eso —respondió el maestresala—, y además esa sospecha la confirman sus lágrimas.

Sancho la consoló con las mejores palabras que él supo, y le pidió que les dijese sin temor alguno lo que le había sucedido, que en verdad todos procurarían remediarlo y por todas las vías posibles.

—Es el caso, señores —respondió ella—, que mi padre me ha tenido encerrada desde hace diez años, que son los mismos que come la tierra a mi madre. En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto otra cosa durante el día que el sol del cielo, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mío, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar normalmente en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mío. Este encierro y este negarme el salir de casa, ni siquiera a la iglesia, hace muchos días y meses que me trae muy desconsolada. Querría yo ver el mundo, o al menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que deben guardarse a sí mismas las doncellas principales. Cuando oía decir que corrían toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba a mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué

cosas eran esas, y otras muchas que yo no he visto; él me lo contaba de la mejor manera que sabía, pero todo era encenderme más el deseo de verlo. En fin, por abreviar el cuento de mi perdición, digo que yo rogué y pedí a mi hermano, y ojalá no se lo hubiera pedido ni rogado…

Y tornó a renovar el llanto.

—Prosiga vuestra merced, señora —le dijo el mayordomo—, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que sus palabras y sus lágrimas nos tienen suspensos a todos.

—Pocas me quedan por decir —respondió la doncella—, aunque sí muchas lágrimas que llorar, porque los deseos mal colocados no pueden traer consigo sino otras consecuencias semejantes.

Se había asentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y allegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y le pareció que no eran lágrimas las que lloraba, sino nácar o rocío de los prados, y aun las subía de punto y las comparaba con perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban a entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Se desesperaba el gobernador de la tardanza que tenía la moza en alargar su historia, y le dijo que acabase y no los tuviese más suspensos, que era tarde y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella, con entrecortados sollozos y desordenados suspiros, dijo:

—No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro sino que yo rogué a mi hermano que me disfrazase de hombre con uno de sus trajes y que me sacase una noche a ver todo el pueblo, cuando nuestro padre durmiese; él, importunado por mis ruegos, condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido y él vistiéndose otro mío, que le está como uno suyo, porque él no tiene nada de barba y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de hacer una hora poco más o menos, nos salimos de casa, y guiados por nuestro pueril y desbaratado propósito, hemos dado toda la vuelta al pueblo, y cuando queríamos volver a casa, vimos venir un gran tropel de gente y mi hermano me dijo: «Hermana, esta debe de ser la ronda: aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, para que no nos descubran, que no nos arrendará la ganancia». Y diciendo esto, nos dio la espalda y comenzó, no digo a correr, sino a volar; yo, con el sobresalto, caí a menos de seis pasos, y entonces llegó el ministro de la justicia que me trajo ante vuestras mercedes, donde me veo avergonzada ante tanta gente por mala y antojadiza.

—¿De veras, señora —dijo Sancho—, no os ha sucedido ningún otro desmán, ni os sacaron de vuestra casa celos, como vos dijisteis al principio de vuestro cuento?

—No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se extendía a más que a ver las calles de este pueblo.

Y acabó de confirmar que era verdad lo que la doncella decía el llegar los guardias con su hermano preso, a quien alcanzó uno de ellos cuando se separó de su hermana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, tan rubios y rizados eran. Se apartaron con

él gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venía en aquel traje; y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que había contado su hermana, de lo que recibió gran gusto el enamorado maestresala. Pero el gobernador les dijo:

—Ciertamente, señores, esta ha sido una gran chiquillada, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir «Somos fulano y fulana, que salimos de casa de nuestros padres a esparcirnos con esta invención, solo por curiosidad, sin ningún otro propósito», se hubiera acabado el cuento, sin tantos gemidicos y lloramicos y dale que dale.

—Es verdad —respondió la doncella—, pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar la compostura que debía.

—No se ha perdido nada —respondió Sancho—. Vamos, y dejaremos a vuesas mercedes en casa de su padre: quizá no les haya echado en falta. Y de aquí en adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina, por andar se descarrían, y la que tiene deseos de ver, también los tiene de ser vista. No digo más.

El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles de devolverlos a su casa, y así, se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron, pues, y tirando el hermano una china a una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando a todos admirados tanto de su gentileza y hermosura como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del pueblo; pero todo lo atribuyeron a su poca edad.

Quedó el maestresala traspasado en su corazón y se propuso pedírsela por mujer a su padre al día siguiente, teniendo por cierto que no se la negaría, por ser él criado del duque; y aun a Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica, su hija, y decidió ponerlo en práctica a su tiempo, dándose a entender que a la hija de un gobernador no se le podía negar ningún marido.

Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí a dos días el gobierno, con lo que se destroncaron y borraron todos sus propósitos, como se verá más adelante.

CAPÍTULO L

DONDE SE DESVELA QUIENES FUERON LOS ENCANTADORES Y VERDUGOS QUE AZOTARON A LA DUEÑA Y PELLIZCARON Y ARAÑARON A DON QUIJOTE, CON EL SUCEDIDO AL PAJE QUE LLEVÓ LA CARTA A TERESA SANCHA, MUJER DE SANCHO PANZA

Dice Cide Hamete, diligentísimo escudriñador de los átomos de esta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodríguez salió de su aposento para ir a la estancia de don Quijote, otra dueña que dormía con ella lo sintió, y que, como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fue tras ella con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo advirtió; y en cuanto la dueña la vio entrar en la estancia de don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento le fue con el chisme a su señora la duquesa de que doña Rodríguez quedaba en el aposento de don Quijote.

La duquesa se lo dijo al duque y le pidió licencia para ir a ver ella y Altisidora lo que aquella dueña quería con don Quijote; el duque se la dio, y las dos, con gran tiento y sosiego, se llegaron pasito a paso a la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que hablaban dentro, y cuando oyó la duquesa que Rodríguez había ido propalando lo del Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, y menos aún Altisidora, y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento y acribillaron a don Quijote y vapulearon a la dueña del modo que queda contado: porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres despiertan en ellas en gran manera la ira y encienden el deseo de vengarse.

Contó la duquesa al duque lo que le había pasado, de lo que se alegró mucho, y la duquesa, prosiguiendo con su intención de burlarse y divertirse a costa de don Quijote, despachó al paje que había hecho el papel de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenía bien olvidado Sancho Panza con la ocupación de su gobierno) a Teresa Panza, su mujer, con la carta de su marido y con otra suya, y con una gran sarta de ricos corales como presente.

Dice, pues, la historia, que el paje era muy juicioso y agudo, y con deseo de servir a sus señores partió de muy buena gana al pueblo de Sancho; y antes de entrar en él vio que en un arroyo estaban lavando una gran cantidad de mujeres, a las que preguntó si le sabrían decir si en aquel pueblo vivía una mujer llamada Teresa Panza,

mujer de un tal Sancho Panza, escudero de un caballero llamado don Quijote de la Mancha, pregunta a la que se puso de pie una mozuela que estaba lavando:

—Esa Teresa Panza es mi madre —dijo—, y ese tal Sancho, mi señor padre, y el tal caballero, nuestro amo.

—Pues venid, doncella —dijo el paje—, y mostradme a vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente de vuestro padre.

—De muy buena gana, señor mío —respondió la moza, que aparentaba unos catorce años, poco más o menos.

Y dejando la ropa que lavaba a otra compañera, sin arreglarse el pelo ni calzarse, que estaba con las piernas desnudas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje y dijo:

—Venga vuesa merced, que a la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haber tenido noticias de mi señor padre desde hace mucho.

—Pues yo se las traigo tan buenas —dijo el paje—, que tiene que dar muchas gracias a Dios por ellas.

En fin, saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo a voces desde la puerta:

—¡Salga, madre, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre!

A sus voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda —parecía, según era de corta, que se la habían acortado con desvergüenza —, con un corpiño también pardo y una camisa escotada. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada. Viendo a su hija, y al paje a caballo, le dijo:

—¿Qué es esto, niña? ¿Qué señor es este?

—Es un servidor de mi señora doña Teresa Panza —respondió el paje.

Y diciendo y haciendo, se arrojó del caballo y se fue con mucha humildad a ponerse de hinojos ante la señora Teresa, diciendo:

—Deme vuestra merced sus manos, mi señora doña Teresa, como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¡Ay, señor mío, quítese de ahí, no haga eso —respondió Teresa—, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un destripaterrones y mujer de un escudero andante, y no de un gobernador!

—Vuesa merced —respondió el paje— es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo, y para prueba de esta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente.

Y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con sus cuentas de oro entremedias, y se la echó al cuello y dijo:

—Esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la duquesa, que me envía a vuestra merced.

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo:

—Que me maten si no anda por medio nuestro señor amo don Quijote, que debe de haber dado a padre el gobierno o condado que tantas veces le había prometido.

—Así es —respondió el paje—, que por respeto del señor don Quijote el señor Sancho es ahora gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

—Léamela vuesa merced, señor gentilhombre —dijo Teresa—, porque, aunque yo sé hilar, no sé leer ni gota.

—Ni yo tampoco —añadió Sanchica—, pero espérenme aquí, que iré a llamar a quien la lea, al cura mismo o al bachiller Sansón Carrasco. Ellos vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay por qué llamar a nadie —dijo el paje—, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré.

Y así, se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí, y luego sacó otra de la duquesa, que decía de esta manera:

«Amiga Teresa: Las buenas cualidades de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron a pedir a mi marido el duque le diese un gobierno de una ínsula, de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un gerifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el duque mi señor a tenor de ello, por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberlo escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa que con dificultad se halla en el mundo un buen gobernador, y así me trate Dios a mí como Sancho gobierna.

»Ahí le envío, querida mía, una sarta de corales con sus cuentas de oro: me gustaría que fuese de perlas orientales, pero quien te da el hueso, no te quiere ver muerta, dice el refrán; tiempo vendrá en que nos conozcamos y conversemos, y Dios sabe lo que será. Preséntele mis respetos a Sanchica su hija y dígale de mi parte que se prepare, que cuando menos lo piense la voy a casar por todo lo alto.

»Me dicen que en ese lugar hay bellotas gordas: envíeme unas dos docenas, que las estimaré en mucho, por ser de su mano, y escríbame largo, contándome de su salud y de su bienestar; y si tuviere menester de alguna cosa, no tiene más que pedir por esa boca, para dárselo, y Dios me la guarde.

»De este pueblo, su amiga que bien la quiere,

La Duquesa».

—¡Ay —dijo Teresa al oír la carta—, y qué buena y qué llana y qué humilde señora! Con señoras así me entierren a mí, y no las hidalgas que se usan en este pueblo, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van a la iglesia con tantas fantasías como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen a deshonra el mirar a una labradora; y aquí veis cómo esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo al más alto campanario que hay en la Mancha. Y en lo que toca a las bellotas, señor mío, yo le enviaré a su señoría un celemín, que por gordas puede venir cualquiera a verlas y maravillarse. Y por ahora, Sanchica, atiende a que este señor se sienta a gusto: pon en orden su caballo y saca de la caballeriza güevos y corta tocino de sobra, y démosle de comer como a un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído y la buena cara que él tiene lo merecen todo; y entretanto voy a salir yo a dar a mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al cura y a maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

—Sí, madre, enseguida —respondió Sanchica—, pero no se olvide de darme la mitad de esa sarta, que no tengo yo por tan boba a mi señora la duquesa, que se la iba a enviar solo a vuesa merced.

—Todo es para ti, hija —respondió Teresa—, pero déjamela traer unos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón.

—También se alegrarán —dijo el paje— cuando vean la ropa que viene en este portamanteo, que es un traje de paño finísimo que el gobernador llevó de caza solo un día y que lo envía todo para la señora Sanchica.

—¡Que me viva él mil años —respondió Sanchica—, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si hace falta!

Se fue Teresa con las cartas, y con la sarta al cuello, e iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose por casualidad con el cura y Sansón Carrasco, comenzó a bailar y a decir:

—¡Se acabó ser la pariente pobre! ¡Gobiernito tenemos! ¡Que se meta conmigo ahora la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva!

—¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son estas y qué papeles son esos?

—No es otra la locura sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son como un rosario, corales finos las avemarías, y los padrenuestros de oro batido, y yo soy gobernadora.

—De Dios abajo, no hay quien os entienda, Teresa, ni sabemos lo que os decís.

—Ahí lo podrán ver vuesas mercedes.

Y les dio las cartas. Las leyó el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco, y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído, y preguntó el bachiller quién había traído aquellas cartas. Respondió Teresa que se fuesen con ella a su casa y verían al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente que valía aún más. Le quitó el cura los corales del cuello, y los miró y los remiró, y certificándose que eran finos tornó a admirarse de

nuevo y dijo:

—Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense de estas cartas y de estos presentes: por una parte, veo y toco la fineza de estos corales, y por otra, leo que una duquesa envía a pedir dos docenas de bellotas.

—¡No tiene pies ni cabeza! —dijo a esto Carrasco—. En fin, vamos a ver al portador de esta carta, que de él nos informaremos de las dudas que se nos ofrecen.

Lo hicieron así, y se volvió Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura y a Sanchica cortando un torrezno para empedrarlo con huevos y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho a los dos; y después de haberlo saludado cortésmente, y él a ellos, le pidió Sansón les dijese nuevas de don Quijote y de Sancho Panza, que, aunque habían leído las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavía estaban confusos y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo de Su Majestad todas o la mayoría de las que están en el mar Mediterráneo. A lo que el paje respondió:

—De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar; de que sea ínsula o no la que gobierna, en eso no me meto, pero basta que sea un pueblo de más de mil vecinos; y en cuanto a lo de las bellotas, digo que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde que… (y no decía él que enviase a pedir bellotas a una labradora, sino que a veces incluso había llegado a enviar a pedir un peine prestado a una vecina suya). Porque quiero que sepan vuestras mercedes que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntillosas y estiradas como las señoras castellanas, y tratan con las gentes con más llaneza.

Estando en la mitad de estas pláticas, Sanchica, que llevaba unos huevos en la falda, saltó y preguntó al paje:

—Dígame, señor: ¿mi señor padre trae por ventura calzas enteras desde que es gobernador?

—No me he fijado —respondió el paje—, pero sí debe de traerlas.

—¡Ay, Dios mío —replicó Sanchica—, y cómo será ver a mi padre con esas pedorreras! ¿No es increíble que desde que nací siempre deseé ver a mi padre con calzas enteras?

—Pues con esas cosas lo verá vuestra merced si vive —respondió el paje—: y lleva trazas, con solo dos meses que le dure el gobierno, de ir con un papahígo con orejeras.

Bien se percataron el cura y el bachiller de que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el traje de caza que enviaba Sancho (que ya Teresa se lo había mostrado) lo deshacía todo, y no dejaron de reírse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo:

—Señor cura, mire por ahí si hay alguien que vaya a Madrid o a Toledo, para que me compre una buena saya, hecha y derecha, de las que se llevan y de las mejores que haya, que de verdad de verdad que tengo que honrar el gobierno de mi marido en

todo lo que yo pueda, y aunque me cause algún enojo me tengo que ir a esa corte y echarme un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien lo puede traer y sostener.

—¡Ya lo creo, madre! —dijo Sanchica—. Y quiera Dios que sea hoy mejor que mañana, aunque los que me vean ir sentada con mi señora madre en ese coche digan: «¡Mirad a esa, hija del harto de ajos, cómo va sentada y tendida en el coche, como si fuera una papisa!». Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo, ¡y mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo, y ándeme yo caliente y ríase la gente! ¿Digo bien, madre mía?

—¡Que si dices bien, hija! —respondió Teresa—. Y todas estas venturas, y aún mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho, y verás tú, hija, cómo no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar a ser venturosas. Y como yo he oído decir muchas veces a tu buen padre, que así como lo es tuyo lo es de los refranes, «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla»: cuando te den un gobierno, cógele; cuando te den un condado, agárrale; y cuando te hagan «eh, toma, chucho» con una buena dádiva, envásala. ¡Y si no, dormíos y no respondáis a las venturas y buenas dichas que están llamando a la puerta de vuestra casa!

—¿Y qué se me importa a mí —añadió Sanchica— que diga el que quiera, cuando me vea presumiendo y fantasiosa, «con bragas de esparto se vio el perro, y no conoció a su compañero»?

Lo oyó el cura y dijo:

—No puedo creerlo, todos los de este linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo. No he visto a ninguno de ellos que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Es verdad —dijo el paje—, que el señor gobernador Sancho a cada paso los dice; y aunque muchos no vienen a propósito, dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho.

—Y vuestra merced, señor mío —dijo el bachiller—, ¿sigue afirmando que es verdad esto del gobierno de Sancho y que hay duquesa en el mundo que le envíe presentes a su mujer y le escriba? Porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de don Quijote, nuestro paisano, que piensa que todas están hechas por encantamiento; y así, estoy por decir que quiero tocar y palpar a vuestra merced, por ver si es embajador fantástico u hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí —respondió el paje— sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado ese gobierno, y que he oído decir que el tal Sancho Panza se porta en él valentísimamente. Si en esto hay encantamiento o no, dispútenlo entre sí vuestras mercedes, que yo no sé otra cosa, por el juramento que hago, que es por la vida de mis padres, que los tengo vivos y los amo y los quiero mucho.

—Bien podrá ello ser así —replicó el bachiller—, pero *dubitat Augustinus*: hasta san Agustín tuvo dudas.

—Da igual el que lo dude —dijo el paje—, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no, *operibus credite, et non verbis*, creed en las obras y no en las palabras: véngase alguno de vuesas mercedes conmigo y verán con los ojos lo que no creen por los oídos.

—Esa ida a mí me toca —dijo Sanchica—: lléveme vuestra merced, señor, en las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana a ver a mi señor padre.

—Las hijas de los gobernadores no deben ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes —dijo el paje.

—Por Dios —respondió Sancha—, igual de bien me iría yo sobre una pollina que en un coche. ¡Andá que no me halláis vos melindrosa!

—Calla, muchacha —dijo Teresa—, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, no sé si me explico.

—Se explica la señora Teresa más de lo que piensa —dijo el paje—; y denme de comer y despáchenme después, porque pienso volverme esta tarde.

—Vuestra merced —dijo entonces el cura— se vendrá a mi mesa a hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa tiene más voluntad que vajilla para servir a tan buen huésped.

Lo rehusó el paje, pero al final lo hubo de conceder por convenirle más, y el cura se lo llevó consigo de buena gana, por tener ocasión de preguntarle despacio por don Quijote y sus hazañas.

El bachiller se ofreció a Teresa para escribir las cartas de respuesta, pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que lo tenía por algo burlón. Y así, dio un bollo y dos huevos a un monaguillo que sabía escribir, y este le escribió dos cartas, una para su marido y otra para la duquesa, dictadas de su mismo caletre, que no son las peores que se ponen en esta gran historia, como se verá más adelante.

CAPÍTULO LI

DE LA CONTINUACIÓN DEL GOBIERNO DE SANCHO PANZA, CON OTROS SUCESOS TAN BUENOS O MÁS

Amaneció el día que siguió a la noche de la ronda del gobernador, noche que el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella; y el mayordomo ocupó lo que faltaba de ella en escribir a sus señores lo que hacía y decía Sancho Panza, tan admirado por sus hechos como por sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus hechos, con asomos discretos y tontos.

Se levantó, en fin, el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de fruta confitada y cuatro tragos de agua fría, cosa que la hubiese trocado Sancho por un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más cosa de fuerza que de voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía a las personas constituidas en mandos y en oficios honrosos, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales como de las del entendimiento.

Con esta palabrería padecía hambre Sancho, y tanta, que en su fuero interno maldecía el gobierno, y aun a quien se lo había dado. Pero con su hambre y con su fruta se puso a juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que le hizo un foras tero, estando presentes a todo el mayordomo y los demás acólitos:

—Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío, y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso… Digo, pues, que sobre este río estaba un puente, y al final de él una horca y una como casa de audiencia, en la cual había siempre cuatro jueces que aplicaban la ley que puso el dueño del río, del puente y del señorío, que era en esta forma: «Si pasa alguno por este puente de una parte a otra, tiene que jurar antes a dónde y a qué va; y si jura verdad, déjenlo pasar, y si dice mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna». Sabida esta ley y la rigurosa condición de ella, pasaban muchos, y de inmediato se veía en lo que juraban que decían verdad y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre, juró y dijo, bajo juramento, que iba a morir en aquella horca que estaba allí, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento y dijeron: «Si dejamos pasar

libremente a este hombre, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y si lo ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre». Se le pide a vuesa merced, señor gobernador, qué harán los jueces de ese hombre, que siguen dudosos y suspensos hasta ahora, y, habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuestra merced, me enviaron a mí que suplicase a vuestra merced de su parte diese su parecer en caso tan intrincado y dudoso.

—Desde luego esos señores jueces que os envían a mí hubieran podido ahorrarse las molestias —respondió Sancho—, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero en fin, repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda: quizá podría ser que diese en el clavo.

Volvió otra y otra vez el preguntante a referir lo que había dicho antes.

—A mi parecer —dijo Sancho—, este negocio lo aclararé yo en dos paletadas. Ese hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad y por la ley puesta merece ser libre y que pase el puente; y si no lo ahorcan, juró mentira y por la misma ley merece que lo ahorquen.

—Así es tal y como el señor gobernador dice —dijo el mensajero—, y en cuanto al cabal entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, ahora, que dejen pasar de este hombre aquella parte que juró verdad, y la que dijo mentira la ahorquen, y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pero, señor gobernador —replicó el preguntador—, será necesario que ese hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir, y así no se consigue cosa alguna de lo que pide la ley, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre —respondió Sancho—: ese viajero que decís, o yo soy un ceporro, o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar el puente, porque si la verdad lo salva, la mentira lo condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy del parecer que digáis a esos señores que os enviaron a mí que, pues las razones de condenarlo o absolverlo están en el filo, que lo dejen pasar libremente, pues siempre es más alabado hacer el bien que el mal. Y esto lo daría firmado con mi nombre si supiera firmar, aunque no es algo que se me haya ocurrido a mí, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dio mi amo don Quijote la noche antes de venir a ser gobernador de esta ínsula, que fue que cuando la justicia estuviese en duda me decantase y acogiese a la misericordia, y ha querido Dios que me acordase ahora de ello, por venir en este caso como de molde.

—Así es —respondió el mayordomo—, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, no hubiera podido dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado. Y acábese con esto la audiencia de esta mañana, y yo daré orden para que el señor gobernador coma muy a su gusto.

—Eso pido, y sin engaños —dijo Sancho—: denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire.

Cumplió su palabra el mayordomo, por parecerle que era un cargo de conciencia matar de hambre a tan esclarecido gobernador, y además, porque pensaba concluir con él aquella misma noche haciéndole la última burla que traía encomendado hacerle.

Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar los manteles, entró un correo con una carta de don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese en silencio, y que si no venía en ella ninguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Lo hizo así el secretario, y, repasándola antes, dijo:

—Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe a vuestra merced merece estar estampado y escrito con letras de oro:

«Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, amigo Sancho, las oigo de tus sensateces, y doy por ello gracias particulares al cielo, que del estiércol sabe levantar a los pobres, y de los tontos hacer sensatos. Me dicen que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazón, porque el buen adorno de la persona que está puesta en cargos tan significados ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo arreglado no parece palo; no digo que lleves dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el traje que requiere tu oficio, con tal que sea limpio y bien arreglado.

»Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: una, ser harto educado con todos, aunque esto ya te lo he dicho otra vez; y la otra, procurar la abundancia de las provisiones, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía.

»No hagas muchas pragmáticas, y si las haces, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan es lo mismo que si no lo fuesen, antes dan a entender que el príncipe que tuvo sensatez y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga que Júpiter dio por rey a las ranas, que al

principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.

»Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto del buen juicio. Visita las cárceles, las carnicerías y los mercados, que la presencia del gobernador en esos lugares es de mucha importancia: consuela a los presos, que esperan la diligencia de sus procesos; es el coco de los carniceros, que suelen trucar sus pesos, y es espantajo de las placeras, por la misma razón. No te muestres, aunque por ventura lo seas, lo que yo no creo, codicioso, mujeriego ni glotón; porque sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por ahí te meterán metralla, hasta derribarte en el abismo de la perdición.

»Mira y remira, pasa y repasa los consejos e instrucciones que te di por escrito antes que partieses de aquí a tu gobierno, y verás que hallas en ellos, si los guardas, una ayuda más que te ayude a sobrellevar los trabajos y dificultades que se les ofrecen a cada paso a los gobernadores. Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados, como se sabe, y la persona que es agradecida da indicio a los que le han hecho bien que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

»La señora duquesa despachó un propio con tu ropa y otro presente a tu mujer Teresa Panza; en cualquier momento esperamos la respuesta.

»Yo he estado un poco indispuesto, de un cierto gateamiento de mis narices que me sucedió no muy a cuento, pero no fue nada, que si hay encantadores que me maltratan, también los hay que me defienden.

»Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las actuaciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te suceda me irás dando aviso, pues es tan corto el camino: cuanto más que yo pienso dejar pronto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella.

»Se me ha ofrecido un negocio que creo que me hará caer en desgracia con estos señores; pero aunque me importa mucho, no me importa nada, pues en cualquier caso tengo que cumplir antes con mi

profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: Amicus Plato, sed magis amica veritas. Te digo este latín porque me doy a entender que desde que eres gobernador lo habrás aprendido. Y a Dios, que te guarde de que ninguno te tenga lástima.

»Tu amigo

Don Quijote de la Mancha».

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fue celebrada y tenida por muy juiciosa por los que la oyeron, y acto seguido Sancho se levantó de la mesa y, llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más quiso responder inmediatamente a su señor don Quijote, y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente:

«La ocupación en mis negocios es tan grande, que no tengo tiempo para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas, y así, las traigo tan crecidas como solo Dios podrá remediarlo. Digo esto, señor mío de mi alma, para que vuesa merced no se espante si hasta ahora no he dado aviso de mi bien o mal estar en este gobierno, en el que tengo más hambre que cuando andábamos los dos por los bosques y por los despoblados.

»Me escribió el duque mi señor el otro día, dándome aviso que habían entrado en esta ínsula ciertos espías para matarme, y hasta ahora yo no he descubierto otro que cierto doctor que está en este pueblo asalariado para matar a cuantos gobernadores vengan aquí: se llama el doctor Pedro Recio y es natural de Tirteafuera, ¡para que vea vuesa merced qué nombre, para no temer que haya de morir a sus manos! Este doctor dice de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene, para que no vengan; y las medicinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner a la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la delgadez que la calentura. Al final, él me va matando de hambre y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé que venía a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia, como si fuera ermitaño, y como no la hago por mi voluntad, pienso que al final de todo me ha de llevar el diablo.

»Hasta ahora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué consiste esto, porque aquí me han dicho que los

gobernadores que suelen venir a esta ínsula, antes de entrar en ella o les han dado o les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es usanza habitual en los demás que van a gobiernos, no solamente en este.

»Anoche, andando de ronda, topé una muy hermosa doncella en traje de varón y un hermano suyo con ropas de mujer: de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginación como su mujer, según ha dicho él, y yo escogí al mozo como mi yerno; hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre de los dos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo todo lo que se quiera.

»Yo visito los mercados, como vuestra merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y le averigüé que había mezclado con una fanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas; las di todas a los niños del hospicio, que las sabrán distinguir bien, y la sentencié a que no entrase en la plaza en quince días. Me han dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir a vuestra merced es que es fama que en este pueblo no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y así lo creo yo, por las que he visto en otros pueblos.

»De que mi señora la duquesa haya escrito a mi mujer Teresa Panza y enviádole el presente que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré mostrarme agradecido a su tiempo: bésele vuestra merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por hechos.

»No querría que vuestra merced se disgustase por malentendidos con esos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, está claro que habrá de redundar en mi daño, y no estaría bien que se me aconseje que sea agradecido y que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

»Aquello del gateado no lo entiendo, pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores; lo sabré cuando nos veamos.

»Quisiera enviarle a vuestra merced alguna cosa, pero no sé qué enviar, como no sean unas cánulas que hacen muy curiosas en esta ínsula para jeringas de vejiga; aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué

enviar, bien o mal logrado.

»Si me escribiese mi mujer Teresa Panza, pague vuestra merced el porte y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre a vuestra merced de malintencionados encantadores y a mí me saque con bien y en paz de este gobierno, que lo dudo, porque lo pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.

»Criado de vuestra merced,

Sancho Panza el Gobernador».

Cerró la carta el secretario y despachó al punto al correo. Y, juntándose los burladores de Sancho, se concertaron para despacharlo del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba que era ínsula, y ordenó que no hubiese especuladores de bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, declarando además el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y que el que lo aguase o le mudase el nombre perdiese la vida por ello.

Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino del interés; puso gravísimas penas a los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, de noche o de día; ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas si no traía testimonio auténtico de que era verdadero, por parecerle que la mayoría de los que cantan los ciegos son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que les examinase si lo eran, porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En conclusión, ordenó él cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel pueblo, y se nombran «Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza».

CAPÍTULO LII

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DE LA SEGUNDA DUEÑA DOLORIDA, O ANGUSTIADA, LLAMADA POR OTRO NOMBRE DOÑA RODRÍGUEZ

Cuenta Cide Hamete que estando ya don Quijote sano de sus arañazos, le pareció que la vida que tenía en aquel castillo era contra toda la orden de caballería que profesaba, y así, decidió pedir licencia a los duques para partirse a Zaragoza, cuyas fiestas estaban cerca y donde pensaba ganar el arnés que se conquista en ellas.

Y estando un día a la mesa con los duques y comenzando a poner en obra su intención y pedir la licencia, hete aquí que entraron de pronto por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después se vio, cubiertas de luto de los pies a la cabeza; y una de ellas, llegándose a don Quijote, se le echó a los pies tendida cuan larga era, la boca cosida con los pies de don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión a todos los que la oían y miraban. Y aunque los duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querían hacer todavía a don Quijote, no obstante, el ahínco con que la mujer suspiraba, gemía y lloraba los tuvo dudosos y suspensos, hasta que don Quijote, compasivo, la levantó del suelo e hizo que se descubriese y quitase el manto de la faz llorosa.

Ella lo hizo así y mostró ser lo que jamás se hubiera podido pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodríguez, dueña en aquella casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada por el hijo del labrador rico. Se admiraron todos aquellos que la conocían, y los duques más que ninguno, que, como la tenían por boba y de buena pasta, no pensaban que llegaría a cometer una locura como aquella. Al final, doña Rodríguez, volviéndose a los señores, les dijo:

—Vuesas excelencias consientan en darme licencia para que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un villano malintencionado.

El duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor don Quijote cuanto desease. Ella, dirigiendo la voz y el rostro a don Quijote, dijo:

—Hace días, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene hecha a mi muy querida y amada hija, que es esta desdichada que está aquí presente, y vos me habéis prometido salir en su defensa, enderezándole el tuerto que le tienen hecho, y ahora ha llegado a mí la noticia que os

queréis partir de este castillo, en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así, querría que antes que os escurrieseis por esos caminos desafiaseis a ese rústico indómito e hicieseis que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dio de ser su esposo en primer lugar y antes de yacer con ella: porque pensar que el duque mi señor me ha de hacer justicia es pedir peras al olmo, por la causa que ya tengo declarada a vuesa merced en secreto. Y con esto Nuestro Señor dé a vuesa merced mucha salud, y a nosotras no nos desampare.

A estas razones respondió don Quijote, con mucha gravedad y prosopopeya:

—Buena dueña, templad vuestras lágrimas o, por mejor decir, enjugadlas y ahorrad vuestros suspiros, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra hija, a la que le hubiera estado mejor no haber sido tan crédula en promesas de enamorados, que la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así, con licencia del duque mi señor, yo me partiré ya en busca de ese desalmado mancebo, y lo hallaré y lo desafiaré y lo mataré como se niegue a cumplir la palabra prometida. Que el principal asunto de mi profesión es perdonar a los humildes y castigar a los soberbios, quiero decir, socorrer a los míseros y destruir a los rigurosos.

—No es menester que vuesa merced se tome el trabajo de buscar al rústico de quien se queja esta buena dueña —respondió el duque—, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida a mí licencia para desafiarlo, que yo lo doy por desafiado y tomo a mi cargo hacer le saber este desafío y que lo acepte y venga a responder por sí a este castillo mío, donde daré a ambos campo donde justar, guardando todas las condiciones que suelen y deben guardarse en tales actos, guardando igualmente su justicia a cada uno, como están obligados a guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco a los que se combaten en los términos de sus señoríos.

—Pues con esa seguridad, y con buena licencia de vuestra grandeza —replicó don Quijote—, desde aquí digo que por esta vez renuncio a mi hidalguía y me allano y ajusto con la llaneza del dañador y me hago igual con él, habilitándolo para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, lo desafío y reto, en razón de que hizo mal en defraudar a esta pobre que fue doncella y que por su culpa ya no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dio de ser su legítimo esposo, o morir en la empresa.

Y entonces, descalzándose un guante, lo arrojó en mitad de la sala, y el duque lo alzó diciendo que, como ya había dicho, él aceptaba ese desafío en nombre de su vasallo y señalaba el plazo de allí a seis días, y el campo, en la plaza de aquel castillo, y las armas, las acostumbradas de los caballeros: lanza y escudo y armadura trenzada, con todas las demás piezas, examinadas y vistas por los jueces de campo, sin engaños, supercherías, amuletos ni conjuros.

—Pero ante todo —añadió el duque— es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni ese desafío llegará a debida ejecución.

—Sí, lo pongo —respondió la dueña.

—Y yo también —añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado, pues, este acuerdo, y habiendo imaginado el duque lo que había de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la duquesa que de allí en adelante no las tratasen como a sus criadas, sino como a damas aventureras que venían a pedir justicia a su casa; y así, les dieron cuarto aparte y las sirvieron como a forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabían en qué pararía la sandez y desenvoltura de doña Rodríguez y de su malandante hija.

Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin a la comida, hete aquí que entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes a Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los duques, deseosos de saber lo que le había sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias tuviesen a bien dejarlo para a solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas las puso en manos de la duquesa. Una decía en el sobrescrito: «Carta para mi señora la duquesa tal de no sé dónde»; y la otra: «A mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere más años que a mí». No se le cocía el pan, como suele decirse, a la duquesa hasta leer su carta. La abrió, la leyó para sí, y vio que la podía leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen:

«Mucho contento me dio, señora mía, la carta que vuesa grandeza me escribió, que en verdad que la tenía bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el traje de caza de mi marido no le va a la zaga. De que vuestra señoría haya hecho gobernador a Sancho, mi consorte, ha recibido mucho gusto todo este pueblo, aunque hay quien no lo crea, principalmente el cura y maese Nicolás el barbero y Sansón Carrasco el bachiller; pero a mí me importa poco, que, con tal que sea así, como lo es, diga cada uno lo que quiera; aunque, a decir verdad, de no venir los corales y el vestido, tampoco yo lo creería, porque en este pueblo todos tienen a mi marido por un ceporro, y que sacado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué gobierno podrá ser bueno. Dios lo haga y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos.

»Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, a meter este buen día en mi casa, e irme a la corte a tenderme en un coche, para hacer rabiar a mil envidiosos que ya tengo. Y así, suplico a vuesa excelencia mande a mi marido me envíe algún dinerillo, y que sea algún, porque en la corte son los gastos grandes, que el pan vale a real, y la carne a treinta maravedís la libra, para no creerlo. Y si quiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas y mis vecinas que si yo y mi

hija andamos orondas y pomposas en la corte, vendrá a ser conocido mi marido por mí más que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: "¿Quiénes son las señoras de ese coche?", y al tener que responder un criado mío: "La mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria", será conocido Sancho de esta manera, y yo seré estimada, y a Roma a por todas.

»Pésame cuanto pesarme puede que este año no se hayan cogido bellotas en este pueblo; aun así, envío a vuesa alteza medio celemín más o menos, que una a una las fui yo a coger y a escoger al monte, y no las hallé más mayores; yo querría que fuesen como huevos de avestruz.

»No se le olvide a vuestra pomposidad de escribirme, que yo me ocuparé de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar de este pueblo, donde quedo rogando a Nuestro Señor guarde a vuestra grandeza y a mí no olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan a vuestra merced las manos.

»La que tiene más deseo de ver a vuestra señoría que de escribirla, su criada

Teresa Panza».

Grande fue el gusto que recibieron todos de oír la carta de Teresa Panza, principalmente los duques, y la duquesa pidió su parecer a don Quijote de si estaría bien abrir la carta que venía para el gobernador, que imaginaba debía de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriría por darles gusto, y así lo hizo, y vio que decía de esta manera:

«Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano: cuando yo llegué a oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen que tanto mata la alegría súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. Tenía delante la ropa que me enviaste, y al cuello los corales que me envió mi señora la duquesa, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allí presente, y, con todo, creía y pensaba que era sueño todo lo que veía y lo que tocaba, porque ¿quién podía pensar que un pastor de cabras habría de llegar a ser gobernador de ínsulas? Ya sabes tú, amigo, que decía mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho: lo digo porque pienso ver más si

vivo más, porque no pienso parar hasta verte arrendador o alcabalero, que son oficios que aunque lleva el diablo a quien los usa mal, al fin y al cabo siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la duquesa te dirá el deseo que tengo de ir a la corte: tenlo presente y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

»El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristán no pueden creer que eres gobernador y dicen que todo es embeleco o cosas de encantamiento, como son todas las de don Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir a buscarte y a sacarte el gobierno de la cabeza, y a don Quijote la locura de los cascos. Yo no hago sino reírme y mirar mi sarta e imaginar el vestido que tengo que hacer de tu ropa a nuestra hija.

»Envié unas bellotas a mi señora la duquesa; yo querría que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ínsula.

»Las nuevas de este pueblo son que la Berrueca casó a su hija con un pintor de mala mano que llegó a este pueblo a pintar lo que saliese: le mandó el Concejo pintar el escudo de Su Majestad sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, se los dieron adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada y dijo que no acertaba a pintar tantas baratijas; devolvió el dinero y, pese a eso, se casó a título de buen oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado la azada, y va al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de menores con tonsura, con intención de hacerse clérigo: lo supo Minguilla, la nieta de Mingo Silbato, y le ha puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado encinta de él, pero él lo niega a pies juntillas.

»Hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados: se llevaron de camino tres mozas de este pueblo; no te quiero decir quiénes son: quizá vuelvan y no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas o malas.

»Sanchica hace encajes y puntillas; gana al día ocho maravedís limpios, que los va echando en una alcancía para ayuda de su ajuar, pero ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó, cayó un rayo en la picota, y ahí me

las den todas.

»Espero respuesta de esta, y la resolución de mi ida a la corte. Y con esto, Dios te me guarde más años que a mí, o tantos, porque no querría dejarte sin mí en este mundo.

»Tu mujer, Teresa Panza».

Las cartas fueron solemnizadas, reídas, estimadas y admiradas. Y como broche final llegó el correo que traía la que Sancho enviaba a don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, y puso en duda la sandez del gobernador.

Se retiró la duquesa para saber por el paje lo que le había sucedido en el pueblo de Sancho, y se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese; le dio las bellotas, y además un queso que le dio Teresa, por ser muy bueno, que se aventajaba a los de Tronchón; lo recibió la duquesa con grandísimo gusto, y con él la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPÍTULO LIII

DEL AGITADO FIN Y REMATE QUE TUVO EL GOBIERNO DE SANCHO PANZA

«Pensar que en esta vida las cosas de ella han de durar siempre en un estado es pensar lo imposible, antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: a la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; solo la vida humana corre a su fin más ligera que el viento, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten». Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético, porque esto de entender la ligereza e inestabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos lo han entendido sin lumbre de fe, solo con la luz natural; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Sancho.

Estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar del hambre, le comenzaba a cerrar los párpados, oyó Sancho tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que se hundía toda la ínsula. Se sentó en la cama y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto, pero no solo no lo supo, sino que añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y tambores quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar ni cosa que se pareciese, salió a la puerta de su aposento a tiempo de ver venir por unos corredores a más de veinte personas con antorchas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos a grandes voces:

—¡A las armas, a las armas, señor gobernador, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y si vuestra pericia y valor no nos socorre, estamos perdidos!

Con este ruido, furia y alboroto llegaron adonde Sancho estaba, atónito y absorto de lo que oía y veía, y cuando llegaron a él, uno le dijo:

—¡Ármese ya vuestra señoría, si no quiere perderse y que se pierda toda esta ínsula!

—¿Cómo que tengo que armarme —respondió Sancho—, ni qué sé yo de armas

ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en un santiamén las despachará y resolverá, que yo, pecador de mí, no entiendo nada de estas pérdidas.

—¡Ah señor gobernador! —dijo otro—. ¿Qué calma es esa? Ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga a esa plaza y sea nuestro guía y nuestro capitán, pues siendo nuestro gobernador, le toca por derecho el serlo.

—Ármenme en buena hora —replicó Sancho.

Y al momento le trajeron dos escudos, de los que venían provistos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un escudo delante y otro detrás, y por unos agujeros que traían hechos le sacaron los brazos, y lo liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Le pusieron en las manos una lanza, a la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando lo tuvieron así, le dijeron que caminase y los guiase y animase a todos, que siendo él su norte, su linterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios.

—¿Cómo voy a caminar, desventurado de mí —dijo Sancho—, que no puedo ni mover las rótulas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tengo tan cosidas con mis carnes? Lo que tienen que hacer es llevarme en brazos y ponerme atravesado o de pie en algún postigo de la muralla, que yo lo guardaré con esta lanza o con mi cuerpo.

—Camine, señor gobernador —dijo otro—, que le impide el paso más el miedo que las tablas: acabe y menéese, que es tarde y los enemigos crecen y las voces aumentan y el peligro carga.

Por estas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador a moverse, y fue a dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas, o como medio cerdo metido entre dos artesas, o bien así como barca que queda varada en la arena; y no por verlo caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna, antes, apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces y a reiterar los «¡a las armas!» con tan gran prisa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas en los escudos, que si no se llega a recoger y encoger metiendo la cabeza entre los escudos, lo habría pasado muy mal el pobre gobernador, quien, recogido en aquella estrechez, sudaba y trasudaba y se encomendaba de todo corazón a Dios para que lo sacase de aquel peligro.

Unos tropezaban en él, otros caían, y hubo incluso uno que se puso encima un buen rato y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos y a grandes voces decía:

—¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen! ¡Vengan ollas con pez y resina y calderas de aceite ardiendo! ¡Atrinchérense las calles con

colchones!

En fin, él nombraba con todo ahínco todos los trastos e instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad, y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, se decía: «¡Ay, si Nuestro Señor tuviese a bien que se acabase ya de perder esta ínsula y me viese yo muerto o libre de esta gran angustia!». Oyó el cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían:

—¡Victoria, victoria, los enemigos van de vencida! ¡Ea, señor gobernador, levántese vuesa merced y venga a gozar del vencimiento y a repartir los despojos que se han tomado a los enemigos por el valor de ese invencible brazo!

—Levántenme —dijo con voz doliente el dolorido Sancho.

Lo ayudaron a levantarse, y, puesto en pie, dijo:

—El enemigo que yo haya vencido quiero que me lo pongan delante para verlo. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que lo tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.

Lo limpiaron, le trajeron el vino, le desliaron los escudos, se sentó sobre su lecho y se desmayó del miedo, del sobresalto y del trajín. Ya les pesaba a los de la burla habérsela hecho tan pesada, pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era, y le respondieron que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa comenzó a vestirse, todo sepultado en silencio, y todos lo miraban y esperaban en qué había de parar la prisa con que se vestía. Se vistió, en fin, y poco a poco, porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fue a la caballeriza. Lo siguieron todos los que se hallaban allí, y llegándose al rucio lo abrazó y le dio un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo:

—Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis afanes y miserias: cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero desde que os dejé y me subí a las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil afanes y cuatro mil desasosiegos.

Y mientras iba diciendo estas palabras, iba también enalbardando el asno, sin que nadie le dijese nada. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió a él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y al doctor Pedro Recio, y a otros muchos que allí estaban presentes, dijo:

—Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quieran acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para el que nació. Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador, más quiero

hartarme de guisotes que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mata de hambre, y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de buena lana en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas *cebollinas*. Vuestras mercedes se queden con Dios y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense, déjenme ir, que me voy a poner unos emplastos, que creo que tengo molidas todas las costillas, merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—No se preocupe el señor gobernador —dijo el doctor Recio—, yo le daré a vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos que inmediatamente le devuelva su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo a vuesa merced enmendarme, dejándole comer abundantemente cuanto quiera.

—¡A buenas horas! —respondió Sancho—. Antes me hago turco que dejar de irme. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que no me quedaría en este gobierno ni admitiría ningún otro, así me los sirviesen en bandeja o volase yo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, a pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por el suelo con pie llano, que aunque no lo adornen zapatos finos de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda. Cada oveja con su pareja, y nadie extienda más la pierna de lo que tenga la sábana de largo; y déjenme pasar, que se me hace tarde.

—Señor gobernador —le dijo el mayordomo—, dejaríamos marchar a vuesa merced de muy buena gana, aunque nos pese mucho perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan a desearle, pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, a rendir cuentas del cargo: delas vuesa merced de los diez días que hace que tiene el gobierno, y váyase a la paz de Dios.

—Nadie me las puede pedir sino aquel que ordene el duque mi señor. Yo voy a verme con él, y a él se las daré punto por punto, y además, que saliendo yo desnudo como salgo, no es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel.

—Por Dios que tiene razón el gran Sancho —dijo el doctor Recioy soy del parecer que lo dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verlo.

Todos convinieron en ello y lo dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más que un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no era menester mayor ni mejor despensa. Lo abrazaron todos, y él, llorando, abrazó a todos, y los dejó admirados, así

tanto de sus palabras como de su determinación tan resoluta y tan sensata.

CAPÍTULO LIV

QUE TRATA DE COSAS REFERIDAS A ESTA HISTORIA, Y A NINGUNO OTRA

De allí a dos días dijo el duque a don Quijote que de allí a cuatro vendría su contrario y se presentaría en el campo, armado como caballero, y sostendría que la doncella mentía por mitad de la barba, y aun con toda la barba entera, si seguía afirmando que él le había dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con esas nuevas, y se prometió a sí mismo hacer maravillas en el caso, y tuvo a gran ventura habérsele ofrecido la ocasión para que aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendía el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento, esperaba los cuatro días, que se le iban haciendo, a la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos.

Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos a acompañar a Sancho que entre alegre y triste venía caminando sobre el rucio a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo.

Sucedió, pues, que no habiéndose alejado mucho de la ínsula de su gobierno (que él nunca se puso a averiguar si era ínsula, ciudad, villa o pueblo lo que gobernaba) vio que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, de esos extranjeros que piden la limosna cantando, y llegando a él se pusieron en fila y, levantando las voces, todos juntos comenzaron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, salvo una palabra que claramente pronunciaban, *limosna*, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedían. Y como él, según dice Cide Hamete, era muy caritativo, sacó de sus alforjas el medio pan y el medio queso de los que venía provisto, y se los dio, diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron:

—*Guelte! Guelte!*

—No entiendo qué es lo que me pedís, buena gente —respondió Sancho.

Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno y se la mostró a Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él, poniéndose el dedo pulgar en la garganta y extendiendo la mano hacia arriba, les dio a entender que estaba sin blanca, y picando al rucio se abrió paso entre ellos. Pero al pasar, uno de ellos, que le había estado mirando con mucha atención, se fue para él, y echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tenga en mis brazos a mi querido amigo, a mi buen vecino Sancho Panza? Sí que lo tengo, no hay duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho.

Se admiró Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar por el peregrino extranjero, y después de haberlo estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atención, no acabó de reconocerlo; pero, viéndolo suspenso, el peregrino le dijo:

—¿Pero cómo es posible, Sancho Panza, hermano, que no conozcas a tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu pueblo?

Entonces Sancho lo miró con más atención y comenzó a encajar su cara, y al fin acabó por reconocerlo del todo y, sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—¿Quién diablos te iba a conocer, Ricote, con ese traje de mamarracho que traes? Dime quién te ha hecho franchute y cómo te atreves a volver a España, donde si te cogen y reconocen tendrás harta mala ventura.

—Si tú no me descubres, Sancho —respondió el peregrino—, seguro estoy que en este traje no habrá nadie que me conozca. Y apartémonos del camino a aquella alameda que se ve allí, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son gente muy apacible. Yo tendré tiempo de contarte lo que me ha sucedido desde que me marché de nuestro pueblo, por obedecer el bando de Su Majestad, que con tanto rigor amenazaba a los desdichados de mi nación, como ya sabes.

Así lo hizo Sancho, y, hablando Ricote a los demás peregrinos, se apartaron a aquella alameda, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, se quitaron las mucetas o esclavinas y se quedaron en mangas de camisa, y todos ellos eran mozos y muy gentileshombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según se vio, venían bien provistas, por lo menos de cosas estimulantes de las que despiertan la sed a dos leguas. Se tendieron en el suelo y, haciendo manteles de las hierbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamón, que, si no se dejaban masticar, no estorbaban el ser chupados. Pusieron también un manjar negro que dicen que se llama *caviar*, hecho de huevos de pescados y gran animador de las cubas. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, sabrosas y aperitivas. Pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán o en tudesco, sacó la suya, que en tamaño podía competir con las cinco.

Comenzaron a comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreando cada bocado, que lo tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos a una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y de esta manera, meneando las cabezas a un lado y a otro, señales que

acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen rato, trasegando a sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía, antes al contrario, por cumplir con el refrán que él muy bien sabía de «cuando a Roma fueres, haz como vieres», pidió a Ricote la bota y tomó su puntería como los demás, y con no menos gusto que ellos.

Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fue posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que habían mostrado hasta allí. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho y decía:

—*Español y tudesqui, tuto uno: bon compaño*.

Y Sancho respondía:

—¡*Bon compaño*, vive Dios!

Y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno, porque sobre el rato y tiempo en que se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener las preocupaciones. En fin, el acabárseles el vino fue principio de un sueño que les dio a todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solo Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote a Sancho, se sentaron al pie de un haya, dejando a los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo lo que sigue:

—Bien sabes, Sancho Panza, vecino y amigo mío, que el pregón y bando que Su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros: al menos en mí lo puso, de suerte que me pareció que antes del tiempo que se nos concedía para que nos ausentáramos de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en las de mis hijos. Dispuse, pues, a mi parecer como prudente, y también como el que sabe que en tal fecha le van a quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse, dispuse, digo, salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, e ir a buscar donde llevarla con comodidad y sin la prisa con que salieron los demás, porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y me forzaba a creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que tenían los nuestros, y tales, que me parece que fue inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos, pero eran tan pocos, que no se podían comparar con los que no lo eran, y no estaba bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Al final, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Dondequiera que estamos lloramos por España, que al fin y al cabo nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos la acogida que desea

nuestra desventura, y en Berbería y en todas las partes de África donde esperábamos ser recibidos, acogidos y agasajados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y el deseo de volver a España que casi todos tenemos es tan grande, que la mayoría de aquellos, y son muchos, que saben la lengua, como yo, se vuelven y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que le tienen; y ahora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buena acogida, quise verlo todo. Pasé a Italia y llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no reparan en delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dejé alquilada casa en un pueblo junto a Augsburgo; me junté con estos peregrinos, que tienen por costumbre venir a España muchos de ellos cada año a visitar sus santuarios, que los tienen como sus Indias, y certísimo negocio y conocida ganancia: la andan casi toda, y no hay ningún pueblo de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en calderilla, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos limpios, que, trocados en oro, y ya en el hueco de los bordones o entre los remiendos de las esclavinas o con las mañas que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan a sus tierras, a pesar de los guardias de los puestos y puertos por donde tienen que pasar. Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir o pasar desde Valencia a mi hija y a mi mujer, que sé que están en Argel, y arreglármelas para traerlas a algún puerto de Francia y desde allí llevarlas a Alemania, donde esperaremos lo que Dios quiera hacer de nosotros. Que, en fin, Sancho, yo sé de sobra que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, aún tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo que servir. Y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fue mi mujer y mi hija a Berbería y no a Francia, donde podía vivir como cristiana.

—Mira, Ricote —respondió Sancho—, eso no debió de estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer, y como debe de ser un moro prudente, se fue a lo más seguro. Y te voy a decir otra cosa: creo que vas en balde a buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas de que habían quitado a tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban escondidos.

—Bien puede ser eso, pero yo sé, Sancho, que no tocaron mi escondrijo, porque no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo y ayudarme a sacarlo y a encubrirlo, te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que yo sé que tienes muchas.

—Lo haría, pero no soy nada codicioso; de serlo, no habría dejado yo esta mañana írseme de las manos un oficio como para hacer las paredes de mi casa de oro y comer antes de seis meses en platos de plata; y tanto por esto como por parecerme

que haría traición a mi rey favoreciendo a sus enemigos, no iría contigo ni aunque me dieras ahora cuatrocientos escudos al contado, no ya los doscientos que prometes.

—¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho?

—He dejado de ser gobernador de una ínsula, y tal, que de verdad no se hallaría otra como ella ni a la de tres.

—¿Y dónde está esa ínsula?

—¿Dónde? A dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria.

—Calla, Sancho. Las ínsulas están en la mar, no hay ínsulas en tierra firme.

—¿Cómo que no? Te digo, amigo Ricote, que esta mañana me marché de ella, y ayer estuve en ella gobernando a mi gusto, como un sagitario; pero, con todo, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

—¿Y qué has ganado en el gobierno?

—He ganado el haberme dado cuenta de que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en esos gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

—No te entiendo, Sancho, pero me parece que todo lo que dices es un disparate. ¿Quién te iba a dar a ti ínsulas para gobernar? ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles que tú para gobernadores? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, a ayudarme a sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho.

—Ya te he dicho, Ricote, que no quiero: conténtate con que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mío, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo mal, ello y su dueño.

—No quiero porfiar, Sancho. Pero dime: ¿estabas en nuestro pueblo cuando se marchó de él mi mujer, mi hija y mi cuñado?

—Estaba, sí, y te puedo decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando y abrazaba a todas sus amigas y conocidas y a cuantos llegaban a verla, y a todos pedía la encomendasen a Dios y a Nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento, que a mí, que no suelo ser muy llorón, me hizo llorar. Y de verdad que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir al camino a llevársela, pero el miedo de ir contra el mandato del rey los detuvo. Principalmente se mostró más apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la quería mucho, y desde que ella se marchó nunca más ha aparecido él en nuestro pueblo, y todos pensamos que iba tras ella para raptarla, pero hasta ahora no se ha sabido nada.

—Siempre tuve yo mala sospecha de que ese caballero se perecía por mi hija, pero, fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dio pesadumbre el saber que la quería bien, que ya habrás oído decir, Sancho, que las moriscas nunca o casi nunca se

mezclaron por amores con cristianos viejos, y mi hija que, a lo que yo creo, atendía más a ser cristiana que enamorada, no se tomaría en serio las solicitudes de ese señor mayorazgo.

—Dios lo quiera, que a los dos les estaría mal. Y déjame irme, amigo Ricote, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote.

—Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora de que prosigamos nuestro camino.

Y entonces se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio y Ricote se arrimó a su bordón, y se separaron.

CAPÍTULO LV

DE LAS COSAS SUCEDIDAS EN EL CAMINO A SANCHO, Y OTRAS INCOMPARABLES

El haberse detenido Sancho con Ricote no le permitió llegar ese día al castillo del duque, si bien llegó a media legua de él. Le tomó allí la noche algo oscura y cerrada, pero como era verano no le dio mucha pesadumbre, y así, se apartó del camino con intención de esperar la mañana. Pero quiso su corta y desventurada suerte que, buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y oscurísima sima que estaba entre unas ruinas antiguas, y mientras caía se encomendó a Dios de todo corazón, pensando que no iba a parar hasta lo profundo de los abismos: y no fue así, porque a poco más de tres estados tocó fondo el rucio, con Sancho encima sin haber recibido lesión ni daño alguno.

Se tentó todo el cuerpo y contuvo el aliento, por ver si estaba sano o agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias a Dios Nuestro Señor de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que se había hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos las paredes de la sima, por ver si sería posible salir de ella sin ayuda de nadie, pero las halló todas rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se acongojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era de extrañar, no se lamentaba de vicio, que, la verdad, no estaba muy bien parado.

—¡Ay —se dijo—, y cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este miserable mundo! ¿Quién diría que el que ayer se vio entronizado gobernador de una ínsula, mandando a sus sirvientes y a sus vasallos, hoy se iba a ver sepultado en una sima, sin haber nadie que lo remedie, ni criado ni vasallo que acuda a su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si es que no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso. Y ni siquiera seré yo tan venturoso como lo fue mi señor don Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó a la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien lo agasajase mejor que en su casa, que no parece sino que se fue a mesa puesta y a cama hecha. Allí vio él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, a lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo quiera que me descubran, mondos, blancos y raídos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se descubra quiénes somos, al menos los

que tengan noticia de que Sancho Panza nunca se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo: ¡miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde aunque no hallara remedio nuestra desgracia, no faltaría quien se doliera de ello y en la hora última de nuestra muerte nos cerrara los ojos! ¡Ay, compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado por tus buenos servicios! Perdóname y pide a la fortuna, en el mejor modo que sepas, que nos saque de este miserable padecimiento en que estamos puestos los dos, que yo prometo ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un poeta laureado, y doblarte los piensos.

De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que se hallaba el pobre. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vio Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó a lamentarse y dar voces, por ver si alguien le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharlo, y entonces se acabó de dar por muerto.

Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza lo acomodó de modo que lo puso en pie, que apenas se podía tener; y sacando de las alforjas, que también habían corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dio a su jumento, al que no le supo mal, y le dijo Sancho, como si le entendiera:

—Todos los duelos con pan son buenos.

En esto descubrió a un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se encorvaba y encogía. Acudió a él Sancho Panza y, agazapándose, se entró por él y vio que por dentro era espacioso y ancho; y lo pudo ver porque por lo que se podía llamar techo entraba un rayo de sol que lo iluminaba todo. Vio también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa, viendo lo cual volvió a salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó a desmoronar la tierra del agujero, de modo que de allí a un rato hizo un hueco por donde pudiese entrar con facilidad el asno, como lo hizo; y cogiéndolo del cabestro comenzó a caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte. A veces iba a oscuras y a veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

—¡Válgame Dios todopoderoso! —Se decía—. Esta que para mí es desventura, estaría mejor para aventura de mi amo don Quijote. Él sí que habría tenido estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y habría esperado salir de esta oscuridad y estrechez a algún prado florido; pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso pienso que de repente se ha de abrir bajo mis pies otra sima más profunda que la anterior, que acabe de tragarme. ¡Bien vengas, mal, si vienes solo!

De esta manera y con estos pensamientos le pareció que habría caminado poco más de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció

ser ya de día, y que entraba por alguna parte, dando indicio de que aquel, para él, camino de la otra vida tenía fin abierto.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve a tratar de don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que iba a hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodríguez, a quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenían hecho.

Sucedió, pues, que al salir una mañana a prepararse y ejercitarse en lo que debía hacer en el trance en que pensaba verse al día siguiente, y tras darle un repelón o galopada a Rocinante, llegó a poner los pies tan junto a una cueva, que de no haberle tirado fuertemente de las riendas hubiera sido imposible no caer en ella. Finalmente lo detuvo, y no cayó, y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir y entender que el que las daba decía:

—¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche o algún caballero caritativo que se conduela de un pecador enterrado en vida, de un desdichado gobernador desgobernado?

Le pareció a don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, con lo que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo dijo:

—¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí o quién se va a quejar —respondieron—, sino el asendereado Sancho Panza, gobernador por sus pecados y por su malandanza de la ínsula Barataria, escudero que fue del famoso caballero don Quijote de la Mancha?

Al oír esto don Quijote, se le dobló el asombro y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de estar muerto y que estaba allí penando su alma, y llevado de esta imaginación dijo:

—Te conjuro por todo aquello que puedo conjurarte como cató lico cristiano a que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, pues es mi profesión favorecer y socorrer a los necesitados de este mundo, y también socorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudar se a sí mismos.

—De esa manera —respondieron—, quien me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, que por la voz no puede ser otro.

—Don Quijote soy —replicó don Quijote—, el que profesa socorrer y ayudar en sus necesidades a los vivos y a los muertos. Por eso dime quién eres, que me tienes atónito: porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, a menos que te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, nuestra Santa Madre Iglesia católica romana tiene sufragios bastantes para sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto me alcance la hacienda; por eso, acaba de explicarte y dime quién eres.

—¡Voto a tal! —respondieron—. Juro por el nacimiento de quien quiera vuesa merced, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza y que

nunca me he muerto en todos los días de mi vida, sino que al dejar mi gobierno por cosas y causas que necesitan más tiempo para decirlas, anoche caí en esta sima donde yazgo, y el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues, por más señas, está aquí conmigo.

Y no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó a rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

—¡Buen testigo! —dijo don Quijote—. Conozco ese rebuzno como si lo hubiese parido, y oigo tu voz, Sancho mío. Espérame: iré al castillo del duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque de esta sima, donde te deben de haber puesto tus pecados.

—Vaya vuesa merced y vuelva pronto, por Dios, que ya no puedo sufrir el estar aquí sepultado en vida y me estoy muriendo de miedo.

Lo dejó don Quijote y fue al castillo a contar a los duques el suceso de Sancho Panza, de lo que se maravillaron no poco, aunque comprendieron que debía de haber caído por la boca de aquella gruta que estaba allí desde tiempos inmemoriales; pero no eran capaces de imaginar cómo había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Al final, llevaron sogas y maromas —como suelen decir—, y a costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio y a Sancho Panza de aquellas tinieblas a la luz del sol. Lo vio un estudiante y dijo:

—De esta manera tendrían que salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores: como sale este pecador de lo profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, a lo que yo creo.

Lo oyó Sancho y dijo:

—Hace ocho o diez días, hermano murmurador, que entré a gobernar la ínsula que me dieron, y en ellos no me vi harto de pan ni siquiera una hora, los médicos me persiguieron y los enemigos me molieron los güesos, sin que yo tuviese tiempo de hacer cohechos ni cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecía yo, a mi parecer, salir de esta manera. Pero el hombre propone y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien a cada uno, y tal el tiempo, así el tiento, y nadie diga de esta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos, no hay ni estacas; y Dios me entiende, y basta, y no digo más, aunque podría.

—No te enojes, Sancho —dijo don Quijote—, ni recibas pesadumbre de lo que oigas, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que digan; y querer atar las lenguas de los maldicientes es lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen de él que ha sido un ladrón, y si sale pobre, que ha sido un parapoco y un mentecato.

—A buen seguro —respondió Sancho— que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón.

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, donde estaban ya el duque y la duquesa esperando en unos corredores a don Quijote y a Sancho, que no quiso subir a ver al duque sin antes haber acomodado al

rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió a ver a sus señores, ante los cuales puesto de rodillas dijo:

—Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fui a gobernar vuestra ínsula Barataria, en la que entré desnudo, y desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien o mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quieran. He aclarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Nos acometieron enemigos de noche, y, habiéndonos puesto en gran aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo, ¡y que Dios les dé tanta salud como la verdad que dicen! En fin, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo el gobernar, y las obligaciones, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, antes que el gobierno diese al traste conmigo, he querido yo dar al traste con el gobierno, y ayer dejé de mañana la ínsula como la hallé: con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado a nadie, ni he sacado beneficio alguno, y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso de que no se cumplieran, que así es lo mismo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi rucio; caí en una sima, me vine por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida, pero no tan fácil, que de no depararme el cielo a mi señor don Quijote, allí me hubiera quedado hasta el fin del mundo. Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que en esos diez días que ha tenido el gobierno ha podido comprender que no le va a importar nada no ser gobernador, no ya de una ínsula, sino de todo el mundo. Y con este propósito, besando a vuestras mercedes los pies, imitando el juego de los muchachos que dicen «Salta tú, y dámela tú», doy un salto del gobierno y me paso al servicio de mi señor don Quijote, que, en fin, en él, aunque como el pan con sobresalto, por lo menos me harto, y como yo esté harto, lo mismo me da a mí que sea de zanahorias que de perdices.

Con esto dio fin a su larga plática, temiendo siempre don Quijote que Sancho dijera en ella millares de disparates, y cuando lo vio acabar con tan pocos, dio en su corazón gracias al cielo, y el duque abrazó a Sancho y le dijo que le pesaba en el alma que hubiese dejado tan pronto el gobierno, pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Lo abrazó la duquesa también y mandó que se esmerasen con él, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI

DE LA DESCOMUNAL Y NUNCA VISTA BATALLA QUE TUVO LUGAR ENTRE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y EL LACAYO TOSILOS EN DEFENSA DE LA HIJA DE LA DUEÑA DOÑA RODRÍGUEZ

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha a Sancho Panza del gobierno que le dieron, y más cuando aquel mismo día vino su mayordomo y les contó punto por punto casi todas las palabras y actuaciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días, y finalmente les detalló el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de lo que recibieron no pequeño gusto.

Después de esto cuenta la historia que llegó el día de la batalla concertada, y, habiendo advertido el duque una y muy muchas veces a su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con don Quijote para vencerlo sin matarlo ni herirlo, ordenó que se quitasen los hierros a las lanzas, diciendo a don Quijote que no permitía la caridad cristiana de la que él se preciaba que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, aunque iba contra el decreto del santo Concilio que prohíbe tales desafíos, y no quisiese llevar con todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que Su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más le placiera, que él le obedecería en todo.

Llegado, pues, el temible día, y habiendo mandado el duque que se hiciese delante de la plaza del castillo un espacioso cadalso donde estuviesen los jueces de campo y las dueñas demandantes, madre e hija, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente a ver la novedad de aquella batalla, que ni los que vivían ni los que habían muerto habían visto ni oído nunca hablar en aquella tierra de otra parecida.

El primero que entró en el campo y en la estacada fue el maestro de ceremonias, que tanteó el campo y lo paseó todo, por ver que no hubiese en él ningún engaño ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese; luego entraron las dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento. Presente don Quijote en la estacada, de allí a poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, atronándola toda, el gran lacayo Tosilos, calada la visera y todo

tieso, con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo; de cada mano y pie le pendía una arroba de lana.

Venía el valeroso combatiente bien aleccionado por el duque su señor sobre cómo se había de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido de que de ninguna manera lo matase, sino que procurase rehuir el primer choque, por evitar el peligro de su muerte, que era segura si lo alcanzaba de lleno. Paseó la plaza y, llegando donde estaban las dueñas, se puso a mirar despacio a la que lo pedía por esposo. Llamó el maese de campo a don Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto a él y a Tosilos habló a las dueñas, preguntándoles si consentían en que don Quijote de la Mancha fuese el valedor de sus derechos. Ellas dijeron que sí y que todo lo que hiciese en aquel caso lo daban por bien hecho, por firme y por valedero.

Ya en ese momento estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fue condición de los combatientes que si don Quijote vencía, su contrario se tenía que casar con la hija de doña Rodríguez, y si él era el vencido, su contrincante quedaba libre de la palabra que se le pedía, sin dar ninguna otra satisfacción.

El maestro de ceremonias hizo que cada uno tuviese su parte equitativa de sol y puso a cada cual en el puesto donde debía estar. Sonaron los tambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra, suspensos estaban los corazones de la expectante turba, temiendo unos y esperando otros el buen o mal término de aquel caso. Finalmente, don Quijote, encomendándose de todo su corazón a Dios Nuestro Señor y a la señora Dulcinea del Toboso, aguardaba que se le diese señal precisa de la arremetida. Pero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré.

Parece ser que cuando estuvo mirando a su enemiga le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida, y el niño ceguezuelo, a quien suelen llamar normalmente Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció para triunfar sobre un alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose a él bonitamente sin que nadie le viese, le clavó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo y le pasó el corazón de parte a parte; y lo pudo hacer sin peligro, porque Amor es invisible y entra y sale por donde quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Digo, pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad. Y así, no atendió al son de la trompeta, como hizo don Quijote, que apenas lo oyó, arremetió, y a todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo; y viéndolo partir su buen escudero Sancho, dijo a grandes voces:

—¡Dios te guíe, nata y flor de los caballeros andantes! ¡Dios te dé la victoria, pues llevas la razón de tu parte!

Y aunque Tosilos vio venir contra sí a don Quijote, no se movió un paso de su

puesto; antes al contrario, con grandes voces llamó al maese de campo, al que, después de llegarse a ver lo que quería, le dijo:

—Señor, ¿no se hace esta batalla para que yo me case o no me case con aquella señora?

—Así es.

—Pues yo soy escrupuloso con mi conciencia y sería para ella un gran cargo si continuase con esta batalla; y por eso digo que me doy por vencido y que quiero casarme ahora mismo con aquella señora.

Quedó pasmado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los que conocían las maquinaciones de aquel caso, no le supo responder palabra. Se detuvo don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometía. El duque no sabía la causa por la que no proseguía la batalla, y el maese de campo le fue a contar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo.

Mientras pasaba esto, Tosilos se llegó adonde estaba doña Rodríguez y dijo a grandes voces:

—Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de muerte.

Oyó esto el valeroso don Quijote y dijo:

—Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios Nuestro Señor se la dio, san Pedro se la bendiga.

El duque había bajado a la plaza del castillo, y llegándose a Tosilos, le dijo:

—¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado por vuestra escrupulosa conciencia os queréis casar con esta doncella?

—Sí, señor.

—Hace muy bien —dijo entonces Sancho Panza—, porque lo que vayas a dar al ratón, dáselo al gato, y pierde cuidado.

Se iba desenlazando Tosilos la celada, y rogaba que aprisa le ayudasen, porque le iba faltando el resuello y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Se la quitaron deprisa, y se descubrió de manera patente su rostro de lacayo. Al verlo doña Rodríguez y su hija, dijeron dando grandes voces:

—¡Esto es un engaño, qué engaño es este! ¡En lugar de a mi verdadero esposo nos han puesto a Tosilos, el lacayo del duque mi señor! ¡Justicia de Dios y del rey por tanta malicia, por no decir bellaquería!

—No llevéis cuidado, señoras —dijo don Quijote—, que ni esta es malicia ni es bellaquería; y si la es, no ha sido por culpa del duque, sino de los malos encantadores que me persiguen, que, envidiosos de que yo alcanzase la gloria de vencerlo, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del duque. Tomad mi consejo y, a pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo.

El duque, que oyó esto, estuvo a punto de romper a reír olvidando toda su cólera, y dijo:

—Las cosas que suceden al señor don Quijote son tan extraordinarias, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos de este ardid y maña: dilatemos el casamiento y tengamos encerrado a este personaje que nos tiene dudosos quince días siquiera; podría ser que en ellos volviese a su prístina figura, que no ha de durar tanto el rencor que tienen al señor don Quijote los encantadores, y más sirviéndoles de tan poco estos embelecos y transformaciones.

—¡Ah señor! —dijo Sancho—, estos malandrines tienen ya por uso y costumbre mudar de unas en otras las cosas que se refieren a mi amo. A un caballero, llamado de los Espejos, al que venció tiempo atrás, lo transformaron en el bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y gran amigo nuestro, y a mi señora Dulcinea del Toboso la han convertido en una rústica labradora; y así, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida.

A lo que dijo la hija de Rodríguez:

—Sea quien quiera ser este que me pide por esposa, yo se lo agradezco, pues prefiero ser mujer legítima de un lacayo que no amiga y burlada de un caballero, y el que a mí me burló ni siquiera lo es.

En fin, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos tenía que quedar recluido hasta ver en qué paraba su transformación; aclamaron todos la victoria de don Quijote, y la mayoría quedaron tristes y melancólicos al ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes, del mismo modo que los muchachos se quedan tristes cuando no ahorcan al que iban a ahorcar, por haberle perdonado la parte ofendida o la justicia. Se fue la gente, se volvieron el duque y don Quijote al castillo, encerraron a Tosilos, quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía o por otra aquel caso iba a parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAPÍTULO LVII

QUE TRATA DE CÓMO DON QUIJOTE SE DESPIDIÓ DEL DUQUE Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ CON LA AGUDA Y DESENVUELTA ALTISIDORA, DONCELLA DE LA DUQUESA

Le pareció al fin a don Quijote que era hora ya de salir de tanta ociosidad como la que tenía en aquel castillo, pues se imaginaba que era una grandísima falta dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos agasajos y deleites que aquellos señores le hacían como a caballero andante, y le parecía que tendría que dar estrecha cuenta al cielo de aquella ociosidad y encierro; y así, un día pidió licencia a los duques para marcharse. Se la dieron, con muestras de que les pesaba en gran manera que los dejase, y dio la duquesa a Sancho Panza las cartas de su mujer, quien lloró con ellas y dijo:

—¿Quién iba a pensar que esperanzas tan grandes como las que las nuevas de mi gobierno engendraron en el pecho de mi mujer Teresa Panza pararían en volverme yo ahora a las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha? Aun así, me contento con ver que mi Teresa se comportó como quien es enviando las bellotas a la duquesa, que de no enviárselas, habría quedado como una desagradecida, y yo pesaroso. Lo que me consuela es que a esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio se muestren agradecidos, aun con cualquier nadería. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno y salgo desnudo de él, y así podré decir con la conciencia tranquila, que no es poco: Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano.

Esto se decía Sancho el día de la partida; y saliendo don Quijote, después de haberse despedido la noche antes de los duques, se presentó por la mañana armado en la plaza del castillo. Toda la gente del castillo lo miraba desde los corredores, y también los duques salieron a verlo. Estaba Sancho sobre su rucio, con sus alforjas, maleta y provisiones, contentísimo porque el mayordomo del duque, el que hizo de la Trifaldi, le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro para suplir las necesidades del camino, y esto aún no lo sabía don Quijote.

Estando, como queda dicho, mirándolo todos, alzó la voz la desenvuelta y despierta Altisidora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que lo miraban, y en son lastimero dijo:

—Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas;
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Diana vio en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; haz lo que quieras.

Tú llevas, ¡llevar impío!,
en las garras que nos muestras
las entrañas de una humilde,
tan prendada como tierna.

Te llevas tres tocadores
y unas ligas de unas piernas
que al mejor mármol se igualan
en lisas, blancas y negras.

Te llevas dos mil suspiros,
que, a ser de fuego, pudieran
abrasar a dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; haz lo que quieras.

De ese Sancho, tu escudero,
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena,
que justos por pecadores
suelen pagar en mi tierra.

Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; haz lo que quieras.

Seas tenido por falso
desde Sevilla a Marchena,
desde Granada hasta Loja,
desde Londres a Inglaterra.

Si jugaras a la brisca,
al tresillo o la escalera,
los reyes huyan de ti,
ases ni sietes no veas.

Si te cortases los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente las raíces
si te sacaras las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; haz lo que quieras.

Mientras la lastimada Altisidora se quejaba como queda dicho, la estuvo mirando don Quijote y, sin responderle palabra, volviendo el rostro a Sancho le dijo:

—Por la gloria de tus antepasados, Sancho mío, te conjuro a que me digas una verdad. Dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que dice esta enamorada doncella?

—Llevo los tres tocadores —respondió Sancho—, pero las ligas, ni por los cerros de Úbeda.

Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, pues aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no pensaba que se atreviera a semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida de esta burla, creció más su admiración. El duque quiso reforzar el donaire y dijo:

—No me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este castillo mío la buena acogida que se os ha hecho en él, os hayáis atrevido a llevaros no solo los tres tocadores, sino además las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho y muestras que no corresponden a vuestra fama. Devolvedle las ligas; si no, yo os desafío a mortal batalla, sin temor a que malandrines encantadores me transformen ni muden el rostro, como hicieron con el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

—No quiera Dios —respondió don Quijote— que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: devolveré los tocadores, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido ni él tampoco; y si vuestra doncella quiere mirar sus escondrijos, seguro que las hallará. Yo, señor duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, según dice, como enamorada, lo que no es culpa mía, y así, no tengo de qué pedirle perdón ni a ella ni a Vuestra Excelencia, a quien suplico me tenga en mejor opinión y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

—Que Dios os lo dé tan bueno, señor don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras hazañas —dijo la duquesa—. Y andad con Dios, que cuanto más os detenéis, más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y a la mía yo la castigaré de modo que de aquí en adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

—Una no más quiero que me escuches, valeroso don Quijote —dijo entonces Altisidora—, y es que te pido perdón del latrocinio de las ligas, porque Dios y yo sabemos que las llevo puestas, tan sin darme cuenta como aquel que iba buscando el asno en el que iba.

—¿No lo dije yo? —dijo Sancho—. ¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Andá que, de haberlos querido hacer, no me habría venido de perlas mi gobierno.

Abajó la cabeza don Quijote e hizo una reverencia a los duques y a todos los circunstantes, y volviendo las riendas a Rocinante y siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino a Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII

QUE TRATA DE CÓMO MENUDEARON SOBRE DON QUIJOTE TANTAS AVENTURAS, QUE NO SE DABAN TREGUA UNAS A OTRAS

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, tanto como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque has visto de sobra el agasajo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas friísimas bebidas me parecía a mí que estaba metido entre las estrecheces del hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozaría si fueran míos, que las obligaciones con que hay que corresponder a los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que tenga la obligación de agradecerlo a nadie más que al mismo cielo!

—Con todo eso que vuesa merced me ha dicho —dijo Sancho—, no está bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro que me dio el mayordomo del duque en una bolsilla, que como bálsamo y tónico la llevo puesta en el corazón, para lo que se ofrezca, que no siempre vamos a hallar castillos donde nos agasajen, que tal vez topemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros coloquios iban los andantes, caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la hierba de un pradillo verde estaban comiendo, encima de sus capas, al menos una docena de hombres vestidos de labradores. Tenían al lado unas como sábanas blancas con que cubrían algunas cosas que estaban de pie y esparcidas aquí y allá. Se acercó don Quijote a los que comían y, saludándolos primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que cubrían aquellos lienzos. Uno de ellos le respondió:

—Señor, debajo de estos lienzos hay unas buenas imágenes talladas en madera que irán en un retablo que estamos haciendo en nuestra aldea; las llevamos cubiertas para que no se desfloren, y en hombros para que no se quiebren.

—Si lo tuvierais a bien —respondió don Quijote—, me gustaría verlas, pues imágenes que se llevan con tanto recato sin duda deben de ser buenas.

—¡Y vaya si lo son! —dijo otro—. Si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que esté en menos de cincuenta ducados; y para que vea vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced a verla con sus propios ojos.

Y dejando de comer, se levantó y fue a quitar la cubierta de la primera imagen, que resultó ser la de san Jorge a caballo, con una serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesándole la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía un ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote, dijo:

—Este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: se llamó don san Jorge, y fue además defendedor de doncellas. Veamos esta otra.

La descubrió el hombre, y se vio que era la de san Martín a caballo, que partía la capa con el pobre; y nada más verla don Quijote, dijo:

—Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue incluso más generoso que valiente, como lo puedes advertir, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre y le da la mitad; y sin duda entonces debía de ser invierno, que si no, él se la hubiera dado toda, según era de caritativo.

—No debió de ser eso —dijo Sancho—, sino que se debió de atener al refrán que dice que para dar y tener, seso es menester.

Se rio don Quijote y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y al verla, dijo don Quijote:

—Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo: este se llama don Santiago Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo.

A continuación descubrieron otro lienzo y se vio que encubría la caída de san Pablo caballo abajo, con todas las circunstancias que suelen pintarse en el retablo de su conversión. Lo vio tan a lo vivo, que se hubiera dicho que Cristo le hablaba y Pablo respondía.

—Este —dijo don Quijote— fue en su tiempo el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios Nuestro Señor y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuela los cielos, teniendo de catedrático y maestro al mismo Jesucristo.

No había más imágenes, y así, mandó don Quijote que las volviesen a cubrir y dijo a los que las llevaban:

—He tenido por buen agüero, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas, pero la diferencia que hay entre yo y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo requiere fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y aquilatándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis

pasos por mejor camino del que llevo.

—Que Dios lo oiga y el diablo se haga el sordo —dijo entonces Sancho.

Se admiraron los hombres tanto de la figura como de las palabras de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas quería decir. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes y, despidiéndose de don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamás hubiera conocido a su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo ni suceso que no lo tuviese sabido al dedillo y clavado en la memoria, y le dijo:

—En verdad, buen amo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ha sido de las más suaves y dulces que nos han sucedido en todo el transcurso de nuestra peregrinación: de ella hemos salido sin palos ni sobresalto alguno, ni hemos echado mano a las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos. ¡Bendito sea Dios, que me ha dejado ver esto con mis propios ojos!

—Tú dices bien, Sancho, pero has de advertir que no todos los tiempos son iguales, ni corren de una misma suerte, y esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre ninguna razón natural, han de ser tenidos y juzgados por quien es comedido como buenos acontecimientos. Uno de estos agoreros se levanta por la mañana, sale de su casa, se encuentra con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco y, como si se hubiera encontrado a un monstruo, le da la espalda y se vuelve a casa. A otro supersticioso se le derrama la sal en la mesa, y se le derrama a él la melancolía por el corazón, como si la naturaleza estuviese obligada a dar señales de futuras desgracias por cosas de tan poca sustancia como estas. El juicioso y cristiano no tiene que andar pulsando lo que quiere hacer el cielo. Llegó Escipión a África, tropezó al desembarcar, y sus soldados lo tuvieron por mal agüero; pero él, abrazando el suelo, dijo: «No te me vas a escapar, África, porque te tengo asida y entre mis brazos». Así que, Sancho, el haber tropezado con estas imágenes ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Así lo creo yo, y querría que vuestra merced me dijese cuál es la razón por la que los españoles, cuando quieren dar alguna batalla, dicen invocando aquel san Diego Matamoros: «¡Santiago, y cierra España!». ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla, o qué ceremonia es esta?

—¡Qué simplicísimo eres, Sancho! Mira, este gran caballero de la cruz bermeja se lo ha dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que los españoles han tenido con los moros, y así, lo invocan y llaman como a defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces lo han visto en ellas clarísimamente cerrando o atacando, derribando, atropellando, destruyendo y matando los escuadrones agarenos; y te podría citar de esta verdad muchos ejemplos que se cuentan en las verdaderas historias españolas.

Mudó Sancho de plática y dijo a su amo:

—Estoy maravillado, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la

duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada ese que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo que, pese a estar legañoso o, mejor dicho, sin vista, si toma como blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte a parte con sus flechas. He oído decir también que las amorosas saetas se despuntan y embotan en la vergüenza y recato de las doncellas, pero en esta Altisidora más parece que se aguzan que despuntan.

—Advierte, Sancho, que el amor ni mira respetos ni resulta razonable en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte, que lo mismo acomete los altos alcázares de los reyes que las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de un alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; y así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho más confusión que lástima.

—¡Crueldad notoria! ¡Desagradecimiento inaudito! Pues en mi caso puedo decir que me habría rendido y avasallado la más mínima razón amorosa suya. ¡Hideputa, y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasa! Pero no puedo comprender qué es lo que vio esta doncella en vuestra merced para rendirla y avasallarla de ese modo: qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, y cuál de estas cosas, juntas o por separado, la enamoraron; pues la verdad es que muchas veces me paro a mirar a vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y veo más cosas para espantar que para enamorar. Y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal cualidad que enamora, no teniendo vuestra merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.

—Advierte, Sancho, que hay dos maneras de hermosura: una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la generosidad y en la buena educación, y todas estas cualidades caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, veo de sobra que no soy hermoso, pero también sé que no soy deforme, y bástale a un hombre de bien no ser un monstruo para ser bien querido, a poco que tenga las prendas del alma que te he dicho.

En estas disquisiciones y pláticas, se iban entrando por un bosque que estaba fuera del camino, y de pronto, sin darse cuenta, se halló don Quijote enredado en unas redes de hilo verde que estaban tendidas de unos árboles a otros; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo a Sancho:

—Me parece, Sancho, que lo de estas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, en venganza por el rigor que he tenido con Altisidora. Pues les garantizo que aunque estas redes hubieran estado hechas no ya con hilos verdes, sino con durísimos diamantes y fuesen más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó a Venus y a Marte, las hubiera roto lo mismo que juncos marinos o hilachas de algodón.

Y, queriendo seguir y romperlo todo, se le pusieron delante de repente, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, o al menos vestidas como pastoras, con los pellicos y las sayas de fino brocado, digo, que las sayas eran riquísimos faldellines con bordados de oro. Traían los cabellos sueltos por la espalda, y podían competir por rubios con los rayos del mismo sol, coronados con dos guirnaldas de verde laurel tejidas de rojo amaranto. Su edad, al parecer, ni bajaba de los quince ni pasaba de los dieciocho.

Fue visión esta que admiró a Sancho, suspendió a don Quijote, hizo parar al Sol en su carrera para verlas y tuvo en maravilloso silencio a los cuatro. En fin, quien primero habló fue una de las dos zagalas, que dijo a don Quijote:

—Detened, señor caballero, el paso y no rompáis las redes, que están tendidas ahí no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo; y porque sé que nos vais a preguntar para qué se han puesto y quiénes somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está a dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, se concertó entre muchos amigos y parientes que nos viniésemos a solazar con sus hijos, mujeres e hijas, vecinos, amigos y parientes a este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes en su misma lengua portuguesa, que todavía no hemos representado. Ayer fue el primer día que llegamos aquí; tenemos plantadas entre estos ramos algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que fertiliza todos estos prados, y tendimos la noche pasada estas redes en los árboles, para que engañados los simples pajarillos y alborotados en el ojeo con nuestro ruido, cayesen en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado generosa y cortésmente, porque por ahora no ha de entrar en este sitio la pesadumbre ni la melancolía.

Calló y no dijo más. A lo que respondió don Quijote:

—Por cierto, hermosísima señora, que Anteo, cuando vio de pronto a Diana bañándose en las aguas, no debió de quedar más suspenso y admirado que atónito he quedado yo al ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos y agradezco el de vuestros ofrecimientos, y si os puedo servir, me lo podéis mandar con seguridad de que seréis obedecidas, porque mi profesión no es otra que la de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que representan vuestras personas; y aunque estas redes, que deben de ocupar un espacio pequeño, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscaría yo nuevos mundos por donde pasar sin romperlas; y para que deis algún crédito a esta exageración mía, ved que os lo promete nada menos que don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado a vuestros oídos este nombre.

—¡Ay, amiga de mi alma —dijo entonces la otra zagala—, y qué ventura tan grande acaba de sucedernos! ¿Ves a este señor que tenemos delante? Pues te hago

saber que es el más valiente y el más enamorado y el más servicial que tiene el mundo, si no nos miente y nos engaña un libro de sus hazañas que anda impreso y que yo he leído. Y apostaré que este buen hombre que viene con él es un tal Sancho Panza, su escudero, a cuyas gracias no hay ningunas que se les igualen.

—Es verdad —dijo Sancho—, ese escudero gracioso que dice vuestra merced soy yo, y este señor es mi amo, el mismo don Quijote de la Mancha historiado y referido.

—¡Ay! —dijo la otra—. Vamos a suplicarle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito con ello, que también he oído yo hablar de su valor y de sus gracias como has dicho, y además dicen de él que es el más firme y más leal enamorado que se conoce, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, a quien le dan la palma de la hermosura en toda España.

—Con razón se la dan —dijo don Quijote—, si acaso no lo pone en duda vuestra belleza sin igual. No os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún sitio.

Llegó en esto adonde estaban los cuatro el hermano de una de las dos pastoras vestido también de pastor con la riqueza y galas que correspondían a las de las zagalas; le contaron que el que estaba con ellas era el valeroso don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quienes tenía él ya noticia por haber leído su historia. Se les ofreció el gallardo pastor y les pidió que se viniesen con él a sus tiendas; lo tuvo que conceder don Quijote y así lo hicieron. Llegó en esto el ojeo, se llenaron las redes de pajarillos diferentes que, engañados por el color de las redes, caían en el peligro del que iban huyendo. Se juntaron en aquel sitio más de treinta personas, todas vestidas bizarramente de pastores y pastoras, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de lo que recibieron no poco contento, porque ya tenían por su historia noticia de él. Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron a don Quijote dándole en ellas el lugar principal, y lo miraban todos y se admiraban de verlo. En fin, alzados los manteles, alzó don Quijote con gran reposo la voz y dijo:

—Entre los mayores pecados que cometen los hombres, aunque unos dicen que es la soberbia, yo digo que es la ingratitud, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Yo he procurado huir de este pecado, en cuanto me ha sido posible y desde el instante que tuve uso de razón, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las doy a conocer, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensaría con otras, si pudiera; porque los que reciben casi siempre son inferiores a los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no se pueden comparar las dádivas del hombre con las de Dios, por infinita distancia, y esta estrechez y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido por la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder en la misma medida y sujetándome en los estrechos límites de mis fuerzas, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha. Y así, digo que

sostendré con las armas durante dos días naturales, en medio de ese camino real que va a Zaragoza, que estas señoras disfrazadas de zagalas que están aquí son las más hermosas y corteses doncellas que hay en el mundo, exceptuando solo a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, sin menoscabo sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.

Oyendo esto Sancho, que le había estado escuchando con grande atención, dijo dando una gran voz:

—¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que mi señor está loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y estudioso que sea, que pueda decir lo que ha dicho mi amo, o hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?

Se volvió don Quijote a Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo:

—¿Es posible, Sancho, que haya en todo el orbe alguien que no diga que eres tonto, forrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te manda a ti meterte en mis cosas y averiguar si soy discreto o majadero? ¡Calla y no me repliques!, y ensilla, si está desensillado, a Rocinante. Vamos a poner en efecto mi ofrecimiento: que con la razón que va de mi parte puedes dar por vencidos a todos cuantos quieran contradecirla.

Y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados a los circunstantes, haciéndoles dudar si lo podían tener por loco o por cuerdo. Finalmente, tras intentar persuadirlo de que no se expusiese en tal demanda, ya que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que se referían en la historia de sus hechos, con todo y con esto, se marchó don Quijote con su propósito, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en medio de un camino real que no estaba lejos del verde prado. Lo siguió Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con estas palabras:

—¡Vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de a pie y de a caballo que pasáis o tenéis que pasar por este camino en estos dos próximos días! Sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que a todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas que habitan estos prados y bosques, dejando a un lado a la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por eso, el que sea de parecer contrario, acuda, que aquí le espero.

Dos veces repitió estas mismas palabras y ninguna de las dos las oyó ningún aventurero. Pero la suerte, que iba encaminando sus cosas de mejor en mejor, ordenó que de allí a un rato apareciese por el camino una muchedumbre de hombres a

caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, en tropel y con gran prisa. En cuanto los vieron los que estaban con don Quijote, dándose la vuelta se apartaron bien lejos del camino, porque advirtieron que si esperaban les podía suceder algún peligro: solo don Quijote, con intrépido corazón, se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó tras las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos, que venía bastante más adelantado, comenzó a decir a grandes voces a don Quijote:

—¡Apártate del camino, desgraciado, que estos toros te van a hacer pedazos!

—¡Ea, canalla —respondió don Quijote—, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría el Jarama en sus riberas! ¡Confesad, malandrines, así, sin pensároslo, que es verdad lo que acabo de decir, y si no, preparaos a batallar conmigo!

No le dio tiempo al vaquero a responder, ni don Quijote lo tuvo de desviarse, aunque hubiese querido, y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que los llevaban a encerrar a un pueblo donde iban a correrlos al día siguiente, pasaron sobre don Quijote, y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra y echándolos a rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante, pero al fin se levantaron todos, y don Quijote, dándose mucha prisa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó a correr tras la vacada diciendo a voces:

—¡Deteneos y esperad, canalla malandrina, que os espera un solo caballero, que ni tiene condición ni es del parecer de los que dicen que a enemigo que huye, puente de plata!

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Lo detuvo el cansancio a don Quijote, y, más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando a que llegasen Sancho, Rocinante y el rucio. Llegaron, volvieron a montar amo y mozo, y sin volver a despedirse de la Arcadia fingida o disfrazada, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX

DONDE SE CUENTA DEL EXTRAORDINARIO SUCESO, QUE SE PUEDE TENER POR AVENTURA, QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE

Del polvo y del cansancio que don Quijote y Sancho sacaron de la desconsideración de aquellos toros los socorrió una fuente clara y limpia que hallaron en una fresca arboleda, en la margen de la cual, dejando libres sin cabestro y freno al rucio y a Rocinante, se sentaron los dos asendereados amo y mozo. Acudió Sancho a las provisiones de sus alforjas y sacó de ellas lo que él solía llamar condumio; se enjuagó la boca, se lavó don Quijote el rostro, y con ese refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. Ni comía don Quijote, de puro pesaroso, ni Sancho osaba tocar los manjares que tenía delante, de puro comedido, y esperaba a que su señor empezase de una vez; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan a la boca, no abrió la suya y, atropellando todo buen comedimiento, comenzó a embaular en el estómago el pan y queso que tenía delante.

—Come, Sancho amigo —dijo don Quijote—: sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo. Y para que veas que te estoy diciendo la verdad, mírame, impreso en libros, famoso en las armas, comedido en mis actos, respetado de príncipes, solicitado de doncellas: da lo mismo. Cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisoteado y coceado y molido por los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entumece las manos, y me quita del todo la gana de comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, que es la más cruel de las muertes.

—Según eso —dijo Sancho, sin dejar de masticar deprisa—, no aprobará vuestra merced aquel refrán que dice: Muera Marta, y muera harta. Yo desde luego no pienso matarme a mí mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que estira el cuero con los dientes hasta que lo hace llegar donde él quiere: yo estiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene fijado el cielo. Y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer quitarse la vida como vuestra merced, y créame y después de comido échese a dormir un poco sobre los colchones verdes de estas hierbas, y verá cómo cuando despierte se halla algo más aliviado.

Lo hizo así don Quijote, pareciéndole que las cavilaciones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y le dijo:

—Si tú, ay, Sancho, quisieses hacer por mí lo que ahora voy a decirte, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes: y es que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, te desviases un poco lejos de aquí y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trescientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los tres mil y pico que tienes que darte por el desencantamiento de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

—Hay mucho que decir en eso —dijo Sancho—. Durmamos de momento los dos, y después Dios dirá. Sepa vuestra merced que esto de azotarse un hombre a sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se dé cuenta me verá hecho una criba, de azotes; y hasta la muerte, todo es vida: quiero decir, que yo la tengo todavía, junto con el deseo de cumplir lo prometido.

Agradeciéndoselo don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y se echaron a dormir los dos, dejando a su albedrío y sin ningún orden pacer de la abundante hierba de que estaba lleno aquel prado a los dos constantes compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron a montar y a seguir su camino, dándose prisa para llegar a una venta que al parecer estaba a una legua de allí. Digo que era venta porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos.

Llegaron, pues, a ella; preguntaron al ventero si había posada; les fue respondido que sí, con toda la comodidad y agasajo que pudiera hallarse en Zaragoza. Se apearon y Sancho guardó sus provisiones en un aposento del que el hospedero le dio la llave, llevó las bestias a la caballeriza, les echó sus piensos, y salió a ver lo que don Quijote, que estaba sentado en un poyo, le mandaba, dando especiales gracias al cielo de que a su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegó la hora del cenar, se recogieron en su estancia; preguntó Sancho al ventero qué tenía para darles de cenar, a lo que este respondió que pidieran por esa boca, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba provista la venta.

—No es menester tanto —respondió Sancho—, que con un par de pollos que nos asen tendremos más que de sobra, porque mi señor es delicado y come poco, y yo tampoco soy demasiado tragantón.

Le respondió el ventero que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

—Pues mande el señor ventero asar una polla que sea tierna.

—¿Polla? ¡Mi padre! De verdad de verdad que envié ayer a la ciudad a vender más de cincuenta; pero, aparte de pollas, pida vuestra merced lo que quiera.

—Siendo así, no faltará ternera, o cabrito.

—En casa de momento no lo hay, porque se ha acabado, pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Pues sí que estamos buenos! Seguro que todo eso que falta se resume en todo lo que sobra de tocino y huevos.

—¡Andá y que no tiene gracia este! ¡Pues no acabo de decirle que ni tengo pollas ni gallinas, y quiere que tenga huevos! Discurra, si quiere, otras delicadezas, y déjese de pedir gollerías.

—¡Acabemos ya, maldita sea, y dígame de una vez lo que tiene y déjese de marearnos, señor ventero!

—Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y ahora mismo están diciendo ¡cómeme, cómeme!

—Por mías las marco desde aquí —dijo Sancho—, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que nadie, porque ninguna otra cosa podría yo esperar de más gusto, e igual que son uñas, tampoco me importaría nada que fuesen manos.

—Nadie las tocará —dijo el ventero—, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y provisiones.

—Si va de principales —dijo Sancho—, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni vajillas: ahí nos tendemos en mitad de un prado y nos hartamos de bellotas o de nísperos.

Esta fue la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho proseguirla ni responderle, porque ya le había preguntado el ventero qué oficio o profesión era la de su amo.

Llegó, pues, la hora del cenar, se recogió don Quijote en su estancia, trajo el hospedero la olla con lo que había, y Sancho se sentó a cenar muy a conciencia. Parece ser que en otro aposento que estaba junto al de don Quijote, que no los separaba más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote:

—Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, leamos mientras traen la cena otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*.

Apenas oyó su nombre don Quijote, se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que trataban de él, y oyó decir al referido don Jerónimo:

—¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que haya leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

—Aun así —dijo don Juan—, estaría bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí más me desagrada en este es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Oyó esto don Quijote, y lleno de ira y de despecho alzó la voz, diciendo:

—A quienquiera que diga que don Quijote de la Mancha ha olvidado o puede olvidar a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en

don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin forzarse a ello.

—¿Quién es el que nos responde? —respondieron del otro aposento.

—¡Quién va a ser —respondió Sancho— sino el mismo don Quijote de la Mancha! Y hará bueno cuanto ha dicho y aun cuanto diga, que al buen pagador no le duelen prendas.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que eso parecían, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo:

—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la caballería andante, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor de este libro que aquí os entrego.

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, lo tomó don Quijote y, sin responder palabra, comenzó a hojear lo, y al rato se lo devolvió, diciendo:

—En lo poco que he visto, he hallado en este autor tres cosas dignas de reprensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque suele escribir sin artículos, y la tercera, la que más lo confirma como ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no hay tal, sino Teresa Panza. Y quien yerra en esta parte tan principal, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia.

—¡Pues menudo historiador! —dijo a esto Sancho—. ¡Se ha lucido en el cuento de nuestros sucesos, llamando a Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Vuelva a tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre.

—Por lo que he oído hablar, amigo —dijo don Jerónimo—, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote.

—Lo soy —respondió Sancho—, y me precio de ello.

—Pues la verdad es —dijo el caballero— que este autor reciente no os trata con la limpieza que mostráis en persona: os pinta comilón y simple y para nada gracioso, y muy otro del Sancho que se describe en la primera parte de la historia de vuestro amo.

—Dios se lo perdone —dijo Sancho—. Debería haberme dejado en mi rincón, sin acordarse de mí, porque cada cual sabe lo suyo, y bien se está San Pedro en Roma.

Los dos caballeros pidieron a don Quijote se pasase a su estancia a cenar con ellos, que sabían muy bien que en aquella venta no había cosas apropiadas a su persona. Don Quijote, que siempre fue cortés, condescendió con su demanda y cenó con ellos. Se quedó Sancho con la olla y plena jurisdicción sobre ella, se sentó en la cabecera de mesa, y con él el ventero, que no era menos aficionado que Sancho a sus manos y a sus uñas.

En el transcurso de la cena preguntó don Juan a don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso, si se había casado, si estaba parida o preñada, o si, siendo doncella aún, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor don Quijote. A lo que él respondió:

—Dulcinea sigue doncella, y mis pensamientos, más firmes que nunca; las correspondencias, en su sequedad antigua; su hermosura, en la de una soez labradora transformada.

Y después les fue contando punto por punto el encantamiento de la señora Dulcinea y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el mago Merlín le había dado para desencantarla, que fue la de los azotes de Sancho.

Sumo fue el contento que recibieron los dos caballeros al oír contar a don Quijote los extraños sucesos de su historia, y quedaron tan admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba: aquí lo tenían por agudo y allí se les deslizaba por mentecato, sin acabar de decidir, entre la agudeza y la locura, la nota que le darían.

Acabó de cenar Sancho y, dejando al ventero hecho una equis, se pasó a la estancia donde estaba su amo, y nada más entrar dijo:

—Que me maten, señores, si el autor de ese libro que vuesas mercedes tienen no quiere que hagamos buenas migas: yo querría que ya que me llama comilón, como vuesas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

—Pues sí os lo llama —dijo don Jerónimo—, pero no me acuerdo bien cómo, aunque sé que en términos malsonantes, y además falsos, según compruebo por la fisonomía del buen Sancho aquí presente.

—Créanme vuesas mercedes —dijo Sancho— que el Sancho y el don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, esclarecido y enamorado, y yo, simple gracioso, y ni comilón ni borracho.

—Yo así lo creo —dijo don Juan—, y si fuera posible, se tendría que ordenar que nadie tuviese la osadía de tratar de las cosas del gran don Quijote, de no ser Cide Hamete, su primer autor, igual que ordenó Alejandro que nadie sino Apeles tuviese la osadía de retratarlo.

—A mí retráteme el que quiera, pero que no me maltrate —dijo don Quijote—, que muchas veces suele colmarse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna —dijo don Juan— se le puede hacer al señor don Quijote de la que él no se pueda vengar, si no la para el escudo de su paciencia, que a mi parecer es fuerte y grande.

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche, y aunque don Juan quería que don Quijote leyera más del libro, por ver en lo que discrepaba, no pudieron convencerlo, diciendo que él lo daba por leído y lo confirmaba por necio de arriba abajo, y, si acaso llegase a oídos de su autor que lo había tenido en sus manos, no quería que se alegrase pensando que lo había leído, pues si se han de apartar de las

cosas obscenas y torpes los pensamientos, mucho más los ojos. Le preguntaron que hacia dónde había decidido seguir su viaje. Respondió que a Zaragoza, para asistir a las justas de la armadura, que suelen hacerse todos los años en aquella ciudad. Le dijo don Juan que aquella nueva historia contaba cómo don Quijote, o quien se quería pasar por tal, se había encontrado allí en una carrera de anillas, falta de novedades, pobre de galas y divisas, y pobrísima de libreas, pero rica en simplezas.

—Pues mira tú por dónde —respondió don Quijote—, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y se darán cuenta las gentes que yo no soy el don Quijote que él dice.

—Hará muy bien —dijo don Jerónimo—, y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer. Y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y ténganme y pónganme en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y a mí también —dijo Sancho—: quizá sea yo bueno para algo.

Con esto se despidieron, y don Quijote y Sancho se retiraron a su aposento, dejando a don Juan y a don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés.

Madrugó don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y le aconsejó que alabase menos las provisiones de su venta, o la tuviese más provista.

CAPÍTULO LX

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE YENDO A BARCELONA

Era fresca la mañana y daba muestras de serlo también el día en que don Quijote salió de la venta, informándose antes del camino más directo para ir a Barcelona sin pasar por Zaragoza: tal era el deseo que tenía de dejar por mentiroso a… a ese reciente historiador que tanto decían que le vituperaba.

Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse por escrito, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le sorprendió la noche entre unas espesas encinas o alcornoques, que en esto no guarda Cide Hamete la exactitud que suele en otras cosas.

Se apearon de sus bestias amo y mozo, y acomodándose junto a los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero don Quijote, a quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que el hambre, no podía pegar ojo, antes iba y venía con el pensamiento por mil diferentes lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya veía brincar y subir sobre su pollina a Dulcinea convertida en labradora, o ya le sonaban en los oídos las palabras del mago Merlín que le referían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y mantener en el desencantamiento de Dulcinea. Se desesperaba al ver la flojedad y poca caridad de Sancho su escudero, pues le parecía que se había dado solo cinco azotes, número alejado y pequeño para los infinitos que le faltaban; y recibió tanta pesadumbre y enojo con esto, que se hizo esta consideración:

«Si Alejandro Magno cortó el nudo gordiano, diciendo que tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser señor universal de toda el Asia, ni más ni menos podría suceder ahora en el desencantamiento de Dulcinea, si yo azotase a Sancho contra su voluntad; que si la condición de este remedio está en que Sancho reciba los tres mil y pico azotes, ¿qué me importa a mí que se los dé él o que se los dé otro, pues el secreto está en que él los reciba, lleguen por donde llegaren?».

Con esta fantasía se llegó a Sancho, habiendo tomado antes las riendas de Rocinante, y disponiéndolas de modo que pudiese azotarlo con ellas, le comenzó a quitar las cintas (que parece que no tenía más que la delantera) con que se sujetaba los greguescos; pero apenas hubo empezado, cuando Sancho despertó del todo y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Quién me está tocando y desencinta?

—Soy yo, que vengo a suplir tus faltas y a remediar mis afanes: vengo a azotarte, Sancho, y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives despreocupado, yo muero deseando. Así que bájate los calzones por tu voluntad, que la mía es darte en estas soledades por lo menos dos mil azotes.

—De eso nada, estese quieto vuesa merced; si no, por Dios verdadero que nos van a oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué tienen que ser voluntarios, y no a la fuerza, y ahora no tengo ganas de azotarme; basta, le doy mi palabra a vuesa merced que me vapulearé y me sacudiré las moscas cuando me venga voluntad de ello.

—No se puede dejar eso a tu cortesía, Sancho, porque eres duro de corazón y, aunque villano, blando de carnes.

Y así, forcejeaba y trataba de desatarle las cintas. Viéndolo Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo a su amo se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba, le puso la rodilla derecha sobre el pecho y con las manos le sujetaba las manos de modo que ni le dejaba darse la vuelta ni tomar aliento. Don Quijote le decía:

—¿Cómo, traidor? ¿Te desmandas contra tu amo y señor natural? ¿Te atreves con quien te da su pan?

—Ni quito rey ni pongo rey —respondió Sancho—, sino que a mí solo me ayudo y yo soy mi señor. Prométame vuesa merced que va a estarse quieto y no tratará de azotarme de nuevo, y yo le dejaré libre y desembarazado; y si no,

aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

Se lo prometió don Quijote y juró por vida de sus pensamientos no tocarle ni un pelo de la ropa y que dejaría a su entera voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Se levantó Sancho y se apartó de aquel lugar un buen trecho; y yendo a arrimarse a otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza y, alzando las manos, topó con dos pies de persona, con zapatos y calzas. Tembló de miedo. Acudió a otro árbol, y le sucedió lo mismo. Dio voces llamando a don Quijote, que viniese rápido. Lo hizo así don Quijote, y preguntándole qué le pasaba y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Los tentó don Quijote y cayó de inmediato en la cuenta de lo que podía ser.

—No tienes de qué tener miedo —le dijo—, porque estos pies y piernas que tientas y no ves son sin duda de algunos forajidos y bandoleros que están ahorcados en estos árboles, que por aquí, cuando los cogen, los suele ahorcar la justicia de veinte en veinte o de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona.

Y así era, tal y como él lo había imaginado.

Al partir, alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que los rodearon de improviso, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen, hasta que llegase su capitán.

Se hallaba en ese momento don Quijote de pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada a un árbol, y, en fin, sin defensa alguna, y así, estimó conveniente cruzar las manos e inclinar la cabeza, reservándose para mejor sazón y coyuntura.

Acudieron los bandoleros a espulgar al rucio y a no dejarle ninguna cosa de cuantas traía en las alforjas y la maleta, y tuvo Sancho por providencial que los escudos del duque y los que habían sacado de su tierra viniesen en una faja que tenía ceñida, pero aun así, aquella buena gente le habría escardado y mirado hasta lo que tuviera escondido entre la piel y la carne, de no haber llegado en aquel momento su capitán, que mostró ser de unos treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color moreno. Venía en un poderoso caballo, vistiendo una cota acerada y con cuatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman pedernales) a los lados. Al ver que sus escuderos, que así llaman a los que andan en aquel oficio, iban a despojar a Sancho Panza, les mandó que no lo hiciesen, y fue inmediatamente obedecido, y así fue como se libró la faja. Le admiró ver la lanza arrimada al árbol, el escudo en el suelo, y a don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera componer la misma tristeza, y se llegó a él y le dijo:

—No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en manos de ningún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—Mi tristeza no es por haber caído en tu poder, valeroso Roque —respondió don Quijote—, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me han cogido tus soldados con el caballo sin la brida, estando obligado yo, según la orden de la caballería andante que profeso, a vivir de continuo alerta, centinela de mí mismo a todas horas. Porque te hago saber, gran Roque, que de haberme encontrado a caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les habría sido muy fácil rendirme, porque yo soy don Quijote de la Mancha, aquel que tiene lleno todo el orbe con sus hazañas.

Enseguida se dio cuenta Roque Guinart de que la enfermedad de don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces había oído hablar de él, nunca había tenido por verdaderos sus hechos, ni se pudo persuadir de que semejante temple reinase en corazón de hombre, y se alegró en extremo de haberlo encontrado para tocar de cerca lo que de lejos había oído de él, y así, le dijo:

—Valeroso caballero, no os disgustéis ni tengáis por pésima fortuna esta en que os halláis, que podría ser que en estos tropiezos se enderezase vuestra torcida suerte: que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, no imaginados por los hombres, suele levantar a los caídos y enriquecer a los pobres.

Le iba a dar entonces las gracias don Quijote, cuando sintieron a sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, pero no era más que uno solo, en el que venía a toda furia un mancebo, de unos veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanería de oro, greguescos y saltaembarca, con sombrero terciado a la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a cada lado. Al ruido, volvió Roque la cabeza y vio esta hermosa figura, que llegando a él, le dijo:

—En tu busca venía, valeroso Roque, para hallar en ti, si no remedio, al menos alivio en mi desdicha. Y por no tenerte intrigado, porque sé que no me has reconocido, quiero decirte quién soy: yo soy Claudia Jerónima, hija de Simón Forte, tu gran amigo, y aún mayor enemigo de Clauquel Torrellas, que también lo es tuyo, por ser uno de los de tu bando contrario. Ya sabes que este Torrellas tiene un hijo que se llama don Vicente Torrellas, o al menos se llamaba no hace dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Me vio, me requebró, le escuché, me enamoré, a escondidas de mi padre, porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, a quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. En fin, él me prometió ser mi esposo y yo le di la palabra de ser suya, sin que pasásemos a otras cosas. Supe ayer que, olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba a desposarse, noticia que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el pueblo, aproveché para ponerme el traje que ves, y apresurando el paso a este caballo, alcancé a don Vicente a una legua de aquí más o menos, y, sin ponerme a dar quejas ni a oír disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y creo que le debí de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde saliese mi honra envuelta en su sangre. Allí lo dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa. Vengo a buscarte para que me pases a Francia, donde tengo parientes con los que vivir, y también a rogarte defiendas a mi padre, para que los muchos padrinos de don Vicente no se atrevan a cobrarse en él desaforada venganza.

Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle e historia de la hermosa Claudia, le dijo:

—Ven, señora, y vamos a ver si tu enemigo está muerto, que después veremos lo que más te importe.

Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia había dicho y lo que Roque Guinart respondió, dijo:

—No tiene nadie por qué tomarse el trabajo de defender a esta señora, que yo lo tomo a mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré a buscar a ese caballero, y, muerto o vivo, le haré cumplir la palabra prometida a tanta belleza.

—Nadie dude de esto —dijo Sancho—, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero. No hace muchos días hizo casar a otro que también negaba a otra

doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que lo persiguen le mudaron su aspecto real en el de un lacayo, esta sería la hora en que la tal doncella ya habría dejado de serlo.

Roque, que estaba más pendiente de la historia de la hermosa Claudia que de las palabras de amo y mozo, no las oyó, y mandando a sus escuderos que devolviesen a Sancho todo cuanto le habían quitado del rucio, les mandó también que se retirasen a la parte donde aquella noche habían estado alojados, y luego se partió con Claudia a toda prisa a buscar al herido o muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde lo encontró Claudia, y no hallaron en él sino la sangre recién derramada; pero, tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente y se persuadieron, y así era, de que debía ser don Vicente, a quien sus criados llevaban, muerto o vivo, para curarlo o para enterrarlo. Se dieron prisa en alcanzarlos, y como iban despacio, lo hicieron con facilidad; hallaron en los brazos de sus criados a don Vicente, que rogaba con voz cansada y débil que lo dejasen morir allí, porque el dolor de las heridas no permitía seguir adelante.

Se arrojaron de los caballos Claudia y Roque, se llegaron a él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó al ver a don Vicente; y entonces, entre enternecida y rigurosa, y asiéndolo de la mano, le dijo:

—Si tú me hubieras dado la tuya conforme a nuestro acuerdo, nunca te habrías visto en este paso.

Abrió el caballero herido sus casi cerrados ojos y, reconociendo a Claudia, le dijo:

—Bien veo, hermosa y engañada señora, que has sido tú la que me has matado, pena esta que no merezco ni se corresponde con mis deseos o mis obras, con los que jamás quise ni supe ofenderte.

—¿No es verdad entonces —dijo Claudia— que ibas a casarte esta mañana con Leonora, la hija del rico Balvastro?

—Por supuesto que no —respondió don Vicente—: mi mala fortuna te debió de llevar esas noticias para que celosa me quitases la vida. Dejándola en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa. Y para confirmarte esta verdad, aprieta mi mano y recíbeme por esposo, si quieres, que por el agravio que piensas que has recibido de mí no tengo otra mayor satisfacción que darte.

Le apretó la mano Claudia, y se le apretó a ella el corazón, de manera que se quedó desmayada sobre la sangre y pecho de don Vicente, y a él le dio un ataque mortal. Confuso estaba Roque y no sabía qué hacer. Acudieron los criados a buscar agua que echarles en los rostros, la trajeron y se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia, pero no de su ataque don Vicente, porque se le acabó la vida. Al verlo, y después de comprobar que su dulce esposo ya no vivía, rompió Claudia los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, los entregó al viento y afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que puedan imaginarse de un pecho lastimado.

—¡Ay, cruel y desconsiderada mujer —decía—, con qué facilidad y cuánta prisa

ejecutaste tan mal pensamiento! ¡Ah fuerza rabiosa de los celos, a qué desesperado fin conducís a quien os da acogida en su pecho! ¡Ay, esposo, tu desdichada suerte te ha llevado, justo por ser prenda mía, del tálamo a la sepultura!

Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que arrancaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados a verterlas en ninguna ocasión. Lloraban los criados, se desmayaba a cada momento Claudia, y todos aquellos contornos parecían campo de tristeza y lugar de desgracia. En fin, Roque Guinart ordenó a los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al pueblo de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo a Roque que quería irse a un monasterio en el que era abadesa una tía suya y donde pensaba ella acabar la vida, acompañada de otro esposo mejor y más eterno. Le alabó Roque su buen propósito, ofreciéndosele a acompañarla hasta donde quisiese y a defender a su padre de los parientes y de todo el mundo que quisiera ofenderlo. No quiso su compañía Claudia de ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores palabras que supo, se despidió de él llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió con los suyos, y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. ¿Pero qué hacer, si las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos tejieron la trama de su lamentable historia?

Halló Roque Guinart a sus escuderos en el sitio donde les había ordenado, y a don Quijote entre ellos, sobre Rocinante, echándoles una plática en la que les persuadía dejasen aquel modo de vivir tan peligroso para el alma y para el cuerpo; pero como la mayoría eran gascones, gente rústica y disipada, no les entraba bien la plática de don Quijote. En cuanto llegó Roque, preguntó a Sancho Panza si le habían devuelto y restituido las prendas y cosas de valor que los suyos le habían quitado del rucio. Sancho respondió que sí, pero que le faltaban tres tocadores que valían tres ciudades.

—¿Pero qué dices, hombre? —dijo uno de los presentes—: Los tengo yo, y no valen tres reales.

—Así es —dijo don Quijote—, pero los estima mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dio.

Se los mandó devolver de inmediato Roque Guinart. Y mandando a los suyos que se pusieran en fila, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros y todo aquello que habían robado desde el último reparto; lo tasó rápidamente, dejó a un lado, después de poner su equivalente en dinero, lo que era indivisible, y lo repartió entre toda su compañía, con tanta lealtad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque a don Quijote:

—Si no se guardase esta escrupulosidad con estos, no se podría vivir con ellos.

A lo que dijo Sancho:

—Según lo que he visto aquí, la justicia es tan buena, que es necesario usar de ella aun entre los mismos ladrones.

Lo oyó un escudero y enarboló la culata de un arcabuz, con la que le habría

abierto sin la menor duda la cabeza a Sancho, si Roque Guinart no le diera voces para que se detuviese. Se pasmó Sancho y se propuso no descoser los labios mientras estuviese entre aquella gente.

Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos como centinelas por los caminos para ver la gente que venía por ellos y dar aviso a su jefe de lo que pasaba, y dijo:

—Señor, no lejos de aquí, por el camino que va a Barcelona, viene un gran tropel de gente.

—¿Has llegado a ver si son de los que nos buscan, o de los que buscamos? —preguntó Roque.

—De los que buscamos.

—Pues salid todos y traédmelos aquí ya, sin que se os escape ninguno.

Lo hicieron así, y se quedaron solos don Quijote, Sancho y Roque, aguardando a ver lo que traían los escuderos; y en esta espera dijo Roque a don Quijote:

—Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que le parezca así, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones. Yo por naturaleza soy compasivo y bienintencionado, pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, y persevero en este estado, a despecho y pesar de lo que creo; y como un abismo llama a otro y un pecado a otro pecado, se han eslabonado las venganzas, de manera que tomo a mi cargo no solo las mías, sino las ajenas. Pero Dios ha tenido a bien que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de él a puerto seguro.

Admirado quedó don Quijote de oír hablar a Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y asaltar, no podía haber ninguno que tuviese buen discurso, y le respondió:

—Señor Roque, el principio de la curación está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que le ordena el médico. Vuestra merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, o Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, y que suelen sanar poco a poco, y no de repente y por milagro. Además, los pecadores juiciosos están más cerca de enmendarse que los simples; y ya que vuestra merced ha mostrado su prudencia en sus razones, no queda otra que tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia; y si vuestra merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo, que yo le enseñaré a ser caballero andante, donde se pasan tantos afanes y desventuras, que, tomándolas por penitencia, lo pondrán en el cielo en dos patadas.

Se rio Roque del consejo de don Quijote, al que, mudando de plática, le contó el

trágico suceso de Claudia Jerónima, lo que le pesó en extremo a Sancho, a quien no le había parecido mal la belleza, desenvoltura y brío de la moza.

Llegaron en esto los escuderos del apresamiento, trayendo consigo dos caballeros a caballo y dos peregrinos a pie, y un coche de mujeres con seis criados, que las acompañaban a pie y a caballo, y otros dos mozos de mulas que traían los caballeros. Los rodearon los escuderos, mientras guardaban vencidos y vencedores un gran silencio, esperando a que hablase el gran Roque Guinart, que preguntó a los caballeros quiénes eran y a dónde iban y qué dinero llevaban.

—Señor —le respondió uno de ellos—, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles y vamos a embarcarnos en cuatro galeras que dicen están en Barcelona con orden de pasar a Sicilia; llevamos doscientos o trescientos escudos, con los que a nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la pobreza habitual de los soldados no permite mayores tesoros.

Preguntó Roque a los peregrinos lo mismo que a los capitanes; le fue respondido que iban a embarcarse para pasar a Roma y que entre los dos podían llevar unos sesenta reales. Quiso saber también quiénes iban en el coche y a dónde, y el dinero que llevaban; y uno de los de a caballo dijo:

—Las que van en el coche son mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña; la acompañamos seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales —dijo Roque Guinart—. Mis soldados deben de ser unos sesenta: mírese cuánto le toca a cada uno, porque a mí se me dan mal las cuentas.

Al oír decir esto los salteadores, levantaron la voz:

—¡Viva Roque Guinart muchos años, a pesar de los ladrones que procuran su perdición!

Mostraron afligirse los capitanes, se entristeció la señora regenta y no se alegraron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Los tuvo así un rato suspensos Roque, pero no quiso que su tristeza fuese a más, que ya se les conocía a tiro de arcabuz, y volviéndose a los capitanes dijo:

—Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía, tengan a bien prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar a esta escuadra que me acompaña, porque el abad, de lo que canta yanta, y después pueden seguir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré, para que si topan con algunas otras escuadras mías que tengo repartidas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intención agraviar a soldados ni a ninguna mujer, y menos a las que son principales.

Fueron infinitas y bien dichas las palabras con que los capitanes agradecieron a Roque su cortesía y generosidad (que por tal la tuvieron) al dejarles su dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió de ninguna manera, antes le pidió

perdón por el agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta a un criado suyo le diese los ochenta escudos que le tocaba pagar, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos a dar toda su miseria, pero Roque les dijo que no se preocupasen, y volviéndose a los suyos, les dijo:

—De estos escudos tocan dos a cada uno, y sobran veinte: dad diez a estos peregrinos, y los otros diez a este buen escudero, para que pueda decir bien de esta aventura.

Y trayéndole las cosas de escribir, de las que andaba provisto siempre, les dio Roque por escrito un salvoconducto para los jefes de sus escuadras; y despidiéndose de ellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndolo más por un Alejandro Magno que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana:

—Este capitán nuestro vale más para fraile que para bandolero: si de aquí en adelante quiere mostrarse generoso, que lo sea con su hacienda, y no con la nuestra.

No lo dijo tan bajo el desventurado que dejase de oírlo Roque, quien, echando mano a la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole:

—De esta manera castigo yo a los deslenguados y atrevidos.

Se pasmaron todos y ninguno osó decirle una palabra: tanta era la obediencia que le tenían.

Se apartó Roque a una parte y escribió una carta a un amigo suyo de Barcelona, dándole aviso de que estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien se decían tantas cosas, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se lo pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado con todas sus armas, sobre su caballo Rocinante, y a su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia de esto a sus amigos los Niarros, para que se solazasen con él; que él habría querido que carecieran de este gusto los Cadells, sus rivales, pero que esto era imposible, ya que las locuras y agudezas de don Quijote y los donaires de su escudero Sancho Panza no podían dejar de dar gusto general a todo el mundo. Despachó esta carta con uno de sus escuderos, que, mudando el traje de bandolero por el de un labrador, entró en Barcelona y la dio a su destinatario.

CAPÍTULO LXI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA, CON OTRAS COSAS QUE TIENEN MÁS DE VERDADERAS QUE DE RAZONABLES

Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, pero aunque hubiera estado trescientos años, no le hubiera faltado qué mirar y admirar en el modo de su vida: aquí amanecían, allá comían; unas veces huían, sin saber de quién, y otras esperaban, sin saber a quién; dormían de pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las mechas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servían de pedernales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el virrey de Barcelona había echado sobre su vida lo traían inquieto y temeroso, y no osaba fiarse de nadie, temiendo que los suyos mismos lo habían de matar o entregar a la justicia: vida, ciertamente, miserable y enfadosa.

En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos a Barcelona. Llegaron a su playa la víspera de San Juan por la noche, y abrazando Roque a don Quijote y a Sancho, a quien dio los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los había dado, los dejó, con mil ofrecimientos que se hicieron por ambas partes.

Se volvió Roque, se quedó don Quijote esperando el día, así como estaba a caballo, y de allí a un rato comenzó a descubrirse la faz de la blanca aurora por los balcones del oriente, alegrando las hierbas y las flores, en lugar de alegrar el oído; pero al instante alegraron también el oído el son de muchas chirimías y atabales y el ruido de cascabeles, «¡trapa, trapa, aparta, aparta!» de los pasacalles que, al parecer, salían de la ciudad. Dio paso la aurora al sol, que, con rostro mayor que el de una rodela, se iba levantando poco a poco por el horizonte más bajo.

Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, nunca visto hasta entonces por ellos; les pareció espaciosísimo y grande, harto más que las lagunas de Ruidera que habían visto en la Mancha; vieron las galeras que estaban en la playa, que, tras quitarles las lonas que tenían encima, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes que tremolaban al viento y besaban y barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que llenaban el aire cerca y lejos de suaves y

belicosos acentos. Comenzaron a moverse y a hacer un simulacro de escaramuza por aquellas sosegadas aguas, correspondiéndoles casi de la misma manera infinitos caballeros que salían de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, a la que respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa rompía los vientos con espantoso estruendo, y a esta respondían los cañones de crujía de las galeras. El mar alegre, la tierra jovial, el aire claro, turbio solo de vez en cuando por el humo de la artillería, parece que iban infundiendo y despertando un súbito contento en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo podían tener tantos pies (que eran remos) aquellos bultos que se movían por el mar. En esto llegaron corriendo los de las libreas, con grita, algarabías y algazara, adonde estaba don Quijote suspenso y atónito, y uno de ellos, que era al que Roque había mandado aviso, dijo en voz alta a don Quijote:

—Bienvenido sea a nuestra ciudad el espejo, el faro, la estrella y el norte de toda la caballería andante, en quien mejor queda probada. Bienvenido sea, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que nos han mostrado en falsas historias estos días, sino el verdadero, el leal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.

No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron a que la respondiese, sino que, volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguían, comenzaron a hacer revueltos caracoleos alrededor de don Quijote, quien, volviéndose a Sancho, dijo:

—Estos sí que nos han reconocido: apostaría que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés recién impresa.

Se volvió otra vez el caballero que había hablado a don Quijote y le dijo:

—Véngase vuesa merced con nosotros, señor don Quijote, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart.

—Si cortesías engendran cortesías —replicó don Quijote—, la vuestra, señor caballero, es hija o parienta muy cercana de las del gran Roque. Llevadme donde queráis, que no tendré yo otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos corteses que estas le respondió el caballero, y rodeándolo todos, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él a la ciudad; y al entrar en ella, el malo, que como demonio está detrás de todo lo malo, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos de ellos al menos, traviesos y atrevidos, se metieron por entre la gente, y alzando uno la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de espinos. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, confundido y afrentado, acudió a quitar el plumaje de la cola de su penco, y Sancho, el de su rucio. Los que guiaban a don Quijote quisieron castigar el atrevimiento de los

muchachos, pero no fue posible, porque se metieron entre los más de mil que los seguían.

Volvieron a subir don Quijote y Sancho; con el mismo boato y música llegaron a la casa de su guía, que era grande y principal, es decir, como de caballero rico, donde los dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPÍTULO LXII

QUE TRATA DE LA AVENTURA DE LA CABEZA ENCANTADA, CON OTRAS NIÑERÍAS QUE NO PUEDEN DEJAR DE CONTARSE

El anfitrión de don Quijote, caballero rico y discreto y amigo de holgarse a lo honesto y afable, se llamaba don Antonio Moreno, y viendo en su casa a don Quijote, andaba buscando la manera de sacar a plaza sus locuras, sin perjudicarlo, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño a tercero. Lo primero que hizo fue hacer desarmar a don Quijote, y con aquel estrecho y agamuzado traje suyo (tal y como lo hemos descrito y pintado ya otras veces), desde un balcón que daba a una calle de las más principales de la ciudad, mostrarlo a las gentes y muchachos, que lo miraban como a mona. Corrieron de nuevo delante de él los de las libreas, como si se las hubieran puesto solo para él y no para alegrar aquel día festivo, y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que había caído, sin saber cómo ni cómo no, en otras bodas de Camacho, en otra casa como la de don Diego de Miranda y en otro castillo como el del duque.

Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando a don Quijote como a caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que todos los criados de la casa y todos cuantos lo oían andaban como colgados de su boca. Estando a la mesa, dijo don Antonio a Sancho:

—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo del dulce de gallina confitada y de las albondiguillas, que si os sobran las guardáis debajo de la camisa para el día siguiente.

—No, señor, no es así —respondió Sancho—, porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor don Quijote, aquí presente, sabe bien que con un puñado de bellotas o de nueces nos solemos pasar ocho días los dos. Bien es verdad que si alguna vez me sucede que me dan la vaquilla, corro con la soguilla, quiero decir que como lo que me dan y vivo cada día con lo que hallo; y quienquiera que haya dicho que yo soy un tragaldabas y no limpio, sepa que no acierta, y diría yo esto de otra manera si no tuviera en cuenta las barbas honradas que están en esta mesa.

—Ciertamente —dijo don Quijote—, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en

memoria eterna de los siglos venideros. Bien es verdad que cuando tiene hambre parece algo tragón, porque come deprisa y mastica a dos carrillos, pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue gobernador aprendió a comer a lo melindroso, tanto, que comía las uvas con tenedor, y aun los granos de la granada.

—¡Cómo! —dijo don Antonio—. ¿Que Sancho ha sido gobernador?

—Sí —respondió Sancho—, y de una ínsula llamada la Barataria. La goberné diez días a pedir de boca; en ellos perdí el sosiego y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo de ella, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, y de ella salí vivo de milagro.

Contó don Quijote por lo menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con lo que dio gran gusto a los oyentes.

Levantados los manteles y tomando don Antonio por la mano a don Quijote, se entró con él en un aposento apartado, en el que no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que se sostenía en un pie también de jaspe, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de pecho para arriba, una que semejaba ser de bronce. Se paseó don Antonio con don Quijote por todo el aposento, dando muchas vueltas alrededor de la mesa, y después dijo:

—Ahora, señor don Quijote, que estoy seguro de que no nos oye ni escucha nadie y está cerrada la puerta, quiero contar a vuestra merced una de las más raras aventuras, o, mejor dicho, novedades, que pueden imaginarse, con la condición de que lo que le diga a vuestra merced lo ha de depositar en los últimos baluartes del secreto.

—Así lo juro —respondió don Quijote—, y aun le echaré una losa encima para más seguridad. Porque quiero que sepa vuestra merced, señor don Antonio —que ya sabía su nombre—, que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar; así que puede vuestra merced trasladar con seguridad lo que tiene en su pecho al mío y hacer cuenta que lo ha arrojado a los abismos del silencio.

—Con la convicción de esa promesa —respondió don Antonio—, quiero hacer que vuestra merced se admire con lo que va a ver y oír, y darme a mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarlos a todos.

Suspenso estaba don Quijote, esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa y por el pie de jaspe sobre el que se sostenía, y luego dijo:

—Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que era polaco de nacimiento, creo, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan. Estuvo aquí en mi casa, y por el precio de mil escudos que le di labró esta cabeza, que tiene la propiedad y virtud de responder a cuantas cosas le pregunten al oído. Siguió estrellas, pulsó horóscopos, observó astros, fijó latitudes, y al final, la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que

lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuestra merced preparar lo que va a querer preguntar, que por experiencia sé que dice la verdad en todo lo que responde.

Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer a don Antonio; pero viendo el poco tiempo que faltaba para el experimento, no quiso decirle sino que le agradecía que le hubiese confiado tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y se fueron a la sala donde estaban los demás caballeros. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que habían acontecido a su amo.

Aquella tarde sacaron a pasear a don Quijote, no armado, sino de calle, vestido con un balandrán de paño leonado, que podría hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Acordó don Antonio con sus criados que entretuviesen a Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano y muy bien aderezado. Le pusieron el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: «Este es don Quijote de la Mancha». En cuanto comenzó el paseo, el rótulo atraía los ojos de cuantos venían a verlo, y como leían «Este es don Quijote de la Mancha», se admiraba don Quijote de ver que cuantos lo miraban lo llamaban por su nombre y conocían; y volviéndose a don Antonio, que iba a su lado, le dijo:

—Grande es la prerrogativa que encierra en sí la caballería andante, pues hace al que la profesa conocido y famoso en todos los confines de la tierra; si no, mire vuestra merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin haberme visto nunca, me conocen.

—Así es, señor don Quijote, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas resplandece y campea sobre todas las otras.

Acaeció, pues, que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rótulo a las espaldas alzó la voz, diciendo:

—¡El diablo te valga, don Quijote de la Mancha! ¿Cómo es que has llegado hasta aquí sin que te hayan muerto los infinitos palos que tienes a cuestas? Tú eres un loco, y si lo fueras a solas y de puertas adentro de tu locura, estaría menos mal, pero tienes la propiedad de volver locos y mentecatos a cuantos te tratan y frecuentan; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete a tu casa, mentecato, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate de estas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

—Hermano —dijo don Antonio—, seguid vuestro camino y no deis consejos a quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que lo acompañamos, no somos necios; la virtud se ha de honrar dondequiera que se halle, y andad enhoramala y no os metáis donde no os llaman.

—Pardiez, vuesa merced tiene razón —respondió el castellano—, que aconsejar a este buen hombre es dar coces contra el aguijón; pero, aun así, me da mucha lástima

que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato se le desagüe por la canal de su caballería andante; y que la enhoramala que dijo vuesa merced caiga sobre mí y sobre todos mis descendientes, si de hoy en adelante, aunque viva más años que Matusalén, vuelvo a dar un consejo a nadie, aunque me lo pida.

Se apartó el consejero, siguió adelante el paseo, pero fue tanta la bulla que los muchachos y toda la gente metían leyendo el rótulo, que se lo tuvo que quitar don Antonio, fingiendo que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, se volvieron a casa, hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y juiciosa, convidó a otras amigas suyas a que viniesen a honrar a su huésped y a disfrutar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, se cenó espléndidamente y se comenzó el sarao casi a las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pícaro y burlonas, y, con ser muy honestas, eran algo atrevidas, y trataron que las burlas alegrasen sin enfado. Estas insistieron tanto en sacar a danzar a don Quijote, que le molieron, no solo el cuerpo, sino el alma. Era cosa de ver la figura de don Quijote, largo, espigado, flaco, amarillo, con un traje que le quedaba pequeño, desgarbado y, sobre todo, nada ligero. Lo requebraban como a escondidas las damiselas, y él también como a hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar con tanto requiebro, alzó la voz y dijo:

—*Fugite, partes adversae!*, ¡huid, enemigos, dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos! Allá os las compongáis, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que me avasallen y rindan ningunos otros que los suyos.

Y diciendo esto se sentó en el suelo en mitad de la sala, molido y quebrantado de un tan bailador ejercicio. Hizo don Antonio que lo llevasen en volandas a su lecho, y el primero que echó mano de él fue Sancho, diciéndole:

—¡En mala hora habéis bailado, señor amo! ¿Pensáis que todos los valientes son danzadores y todos los caballeros andantes bailarines? Pues si lo pensáis, estáis engañado: hombre hay que se atrevería antes a matar a un gigante que hacer una cabriola. Si tuvieseis que zapatear, yo supliría vuestra falta, que zapateo como un gerifalte, pero en lo del danzar no doy una.

Con estas y otras malicias dio que reír Sancho a los del sarao y dio con su amo en la cama, arropándolo para que sudase la frialdad de su baile.

Al día siguiente le pareció a don Antonio que estaría bien hacer el experimento de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido a don Quijote en el baile y que esa noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Les contó las propiedades que tenía, les encareció el secreto y les dijo que aquel era el primer día en que iba a probar la virtud de esa cabeza encantada. Y excepto los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encantamiento; y aun si don Antonio no se lo hubiera descubierto antes a sus amigos, también ellos habrían caído irremediablemente en la admiración en que cayeron los

demás: con tal traza y tal precisión estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fue el mismo don Antonio, y le dijo en voz baja, aunque no tanto que no fuera oída por todos:

—Dime, cabeza, por el poder que en ti se encierra: ¿en qué estoy pensando ahora?

Y la cabeza, sin mover los labios, con voz clara y audible que fue entendida por todos, le respondió esta sentencia:

—Yo no opino de pensamientos.

Al oír esto quedaron todos atónitos, y más viendo que no había persona humana en todo el aposento ni alrededor de la mesa que pudiese responder.

—¿Cuántos estamos aquí? —Tornó a preguntar don Antonio.

Y le fue respondido de la misma manera, muy despacio:

—Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos y dos amigas de ella, y un famoso caballero llamado don Quijote de la Mancha, y un escudero suyo que tiene por nombre Sancho Panza.

¡Aquí sí que fue el admirarse de nuevo, aquí sí que fue el erizarse los cabellos a todos de puro espanto! Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo:

—Esto me basta, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza, para persuadirme de que el que te me vendió a mí no me engañó. Venga aquí otro y pregúntele lo que quiera.

Y como las mujeres normalmente son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fue una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y le preguntó:

—Dime, cabeza, ¿qué tengo yo que hacer para ser muy hermosa?

—Sé muy honesta —le respondió.

—No te pregunto más —dijo la preguntanta.

Llegó después la compañera y dijo:

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien o no.

—Mira cuáles son sus obras para contigo, y lo verás tú misma —le respondieron.

Se apartó la casada, diciendo:

—Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta, porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y le preguntó:

—¿Quién soy yo?

—Tú lo sabes —le respondió.

—No te pregunto eso —dijo el caballero—, sino que me digas si tú me conoces.

—Sí te conozco —le respondieron—, eres don Pedro Noriz.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender, cabeza, que lo sabes todo.

Y, apartándose, llegó el otro amigo y le preguntó:

—Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?

—Ya he dicho que yo no opino de deseos, pero, con todo, te sé decir que los que tiene tu hijo son de enterrarte.

—Así es —dijo el caballero—: habría que estar ciego para no verlo.

Y no preguntó más. Se acercó la mujer de don Antonio y dijo:

—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte. Solo querría saber de ti si voy a disfrutar muchos años de buen marido.

—Sí lo disfrutarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, cuando muchos suelen acortarla por su destemplanza.

Se acercó después don Quijote y dijo:

—Dime tú, el que respondes: ¿fue verdad, o fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Se dará mi escudero Sancho los azotes? ¿Llegará a efecto el desencanto de Dulcinea?

—A lo de la cueva —respondieron—, hay mucho que decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán despacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.

—No quiero saber más —dijo don Quijote—, que como yo vea a Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acierte a desear.

El último preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue:

—¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de las estrecheces de escudero? ¿Volveré a ver a mi mujer y a mis hijos?

—Gobernarás en tu casa —le respondieron—; y si vuelves a ella, verás a tu mujer y a tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

—¡Por Dios santo —dijo Sancho Panza—, eso me lo podría decir yo, y ni el profeta Perogrullo diría más!

—Bestia —dijo don Quijote—, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan a lo que se le pregunta?

—Sí basta —respondió Sancho—, pero querría yo que se explicara más y me dijera más.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas, pero no se acabó la admiración en que quedaron todos, excepto los dos amigos de don Antonio que sabían el caso, caso que quiso explicar de inmediato Cide Hamete Benengeli, por no tener suspenso al mundo creyendo que se encerraba algún hechicero y extraordinario misterio en esa cabeza. Y así, dice que don Antonio Moreno, a imitación de otra cabeza que vio en Madrid fabricada por un estampero, hizo la suya en su casa para entretenerse y asombrar a los ignorantes. Y el mecanismo era de esta suerte: la tabla de la mesa era de madera, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre el que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que salían de él para afirmar más su peso. La cabeza, que parecía efigie y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, donde se encajaba perfectamente, pues no se veía ninguna señal de juntura. El pie de la tabla era hueco también, y se correspondía con la garganta y pecho de la cabeza, y todo esto venía a comunicarse con otro aposento que estaba debajo. A través de esos huecos pie, mesa, pecho y garganta de la efigie y figura referida discurría un canuto de hojalata muy justo, que nadie podía ver. En el aposento de abajo correspondiente

al de arriba se ponía el que tenía que responder, con la boca pegada al canuto, de modo que, a modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante, agudo y de mucho juicio, fue el respondiente, y al estar ya avisado por su señor tío de los que tenían que entrar con él aquel día en el aposento de la cabeza, le fue fácil responder con presteza y puntualidad a la primera pregunta; a las demás respondió por conjeturas, y, como juicioso, juiciosamente. Y dice Cide Hamete más: que esta maravillosa superchería duró diez o doce días. Al divulgarse por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada que respondía a cuantos le preguntaban, temió que pudiese llegar a los oídos de los despiertos centinelas de nuestra fe, y declaró el caso a los señores inquisidores, que le mandaron que se deshiciese de ella y no siguiese adelante, para que el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó como encantada y respondona, más a satisfacción de don Quijote que de Sancho.

Los caballeros de la ciudad, por complacer a don Antonio y por agasajar a don Quijote y dar lugar a que descubriese sus sandeces, organizaron una carrera de anillas de allí a seis días, pero no se pudo, por lo que se dirá más adelante. Le entraron ganas a don Quijote de pasear por la ciudad tranquilamente y a pie, por miedo a que si iba a caballo los muchachos pudieran perseguirle, y así, él y Sancho, con otros dos criados que le dio don Antonio, salieron a pasearse.

Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: «Aquí se imprimen libros», lo que le contentó mucho, porque hasta entonces no había visto ninguna imprenta y deseaba saber cómo era. Entró dentro, con todo su acompañamiento, y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, ajustar en aquella, y, en fin, toda esa actividad que se ve en las imprentas grandes. Llegaba don Quijote a un chibalete y preguntaba qué era lo que se hacía en él; le daban cuenta los oficiales, se quedaba admirado y seguía adelante. Se acercó en esto a uno y le preguntó qué era lo que hacía. El oficial le respondió:

—Señor, este caballero que aquí está —y le señaló a un hombre de muy buen ver y talle y con bastante empaque— ha traducido un libro italiano a nuestra lengua castellana, y lo estoy componiendo, para darlo a la estampa.

—¿Qué título tiene el libro? —preguntó don Quijote.

—Señor, el libro, en italiano, se llama *Le bagatele* —respondió el autor.

—¿Y qué quiere decir *le bagatele* en nuestro castellano? —preguntó don Quijote.

—*Le bagatele* —dijo el autor— es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es humilde en el nombre, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

—Yo sé un poco de italiano y me precio de cantar algunas estrofas de Ariosto —dijo don Quijote—. Pero dígame vuesa merced, señor mío, y no digo esto porque

quiera examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no más: ¿alguna vez ha hallado en lo escrito la palabra *piñata*?

—Sí, muchas veces.

—¿Y cómo la traduce vuestra merced al castellano?

—¿Cómo iba a traducirla —replicó el autor— sino diciendo *olla*?

—¡Sí señor —dijo don Quijote—, y cómo domina vuestra merced esa toscana lengua! Apuesto lo que sea a que donde dice en italiano *piache*, vuesa merced dice en castellano *place*, y donde dice *più*, dice *más*, y al *su* le dice *arriba* y a *giù, abajo*.

—Sí, cierto, esa es su traducción exacta.

—Juraría yo que vuesa merced no es conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar a los hombres cultivados y los trabajos dignos de loa. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo y con esto, me parece que traducir de una lengua a otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, están llenas de hilos que las oscurecen y no se ven con la claridad y color del derecho; y traducir de lenguas fáciles ni requiere ingenio ni buen estilo, como no lo requiere el que copia o el que calca un papel de otro papel. Y no por esto estoy diciendo que no sea loable este ejercicio de traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que le trajesen menos provecho. Caso aparte son dos famosos traductores: uno, el doctor Cristóbal de Figueroa, en su *Pastor Fido*, y otro don Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original. Pero dígame vuestra merced: ¿este libro se imprime por su cuenta, o tiene ya vendidos los derechos a algún editor?

—Lo imprimo por mi cuenta —respondió el autor— y pienso ganar con esta primera impresión, que será de dos mil ejemplares, unos mil ducados, por lo menos, y a seis reales cada uno se despacharán en un visto y no visto.

—¡Pues sí que está vuesa merced en la cuenta! —respondió don Quijote—. Bien se ve que no conoce la contabilidad de los impresores ni los tejemanejes que se traen unos con otros. Le aseguro que cuando se vea con sus dos mil ejemplares encima, acabará con el cuerpo tan ejemplarmente molido que quedará espantado, y más si el libro es un poco soso y nada picante.

—¿Y qué quiere vuesa merced entonces, que se lo dé a un librero, para que me dé por los derechos tres maravedís, convencido además de que me hace un favor al dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya soy conocido en él por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama.

—Dios le dé a vuesa merced mucha suerte —respondió don Quijote.

Y pasó a otro chibalete, donde vio que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se titulaba *Luz del alma*, y al verlo dijo:

—Libros así, aunque hay muchos de este género, son los que se deben imprimir,

porque son muchos los pecadores que hay y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.

Siguió y vio que también estaban corrigiendo otro libro, y, preguntando su título, le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un fulano, vecino de Tordesillas.

—Ya tengo yo noticia de este libro —dijo don Quijote—, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho trizas por impertinente; pero, como a todo puerco, ya le llegará su San Martín, que las historias fingidas tienen tanto de buenas y deleitables cuanto se acercan a la verdad o la semejanza de ella, y las verdaderas son tanto mejores cuanto más verdaderas.

Y diciendo esto, con muestras de un vago despecho, se salió de la imprenta.

Y aquel mismo día dispuso don Antonio llevarlo a ver las galeras que estaban en la playa, de lo que Sancho se regocijó mucho, ya que no las había visto en su vida. Avisó don Antonio al comandante de las galeras que aquella tarde iba a llevar a verlas a su huésped el famoso don Quijote de la Mancha, de quien ya el comandante y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia. Y lo que le sucedió en ellas se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXIII

DE LO MAL QUE LE SENTÓ A SANCHO PANZA LA VISITA DE LAS GALERAS, Y LA NUEVA AVENTURA DE LA HERMOSA MORISCA

Grandes eran las cavilaciones que don Quijote hacía sobre la respuesta de la cabeza encantada, sin que ninguna de ellas diese con el embuste, y todas iban a dar a la promesa del desencantamiento de Dulcinea, que él tuvo por cierto. Allí iba y venía, y se alegraba para sus adentros, convencido de que pronto había de ver su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver a mandar y a ser obedecido, que el mando, aunque sea de burlas, trae consigo esta mala ventura.

En resumen, aquella tarde don Antonio Moreno, su anfitrión, y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron a las galeras. El comandante, que estaba avisado de su buena venida, buena porque iba a ver a los dos tan famosos Quijote y Sancho, hizo, en cuanto llegaron a la playa, quitar las lonas que cubrían todas las galeras y sonar las chirimías. Arrojaron luego un esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de cojines de terciopelo carmesí, y nada más poner los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha, toda la marinería le saludó como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo «¡Hu, hu, hu!» tres veces. Le dio la mano el general, que con este nombre lo llamaremos, que era un caballero valenciano principal, y abrazó a don Quijote, diciéndole:

—Señalaré este día con una piedra blanca porque, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha, será uno de los mejores que pienso tener en mi vida: día y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la caballería andante.

Le respondió don Quijote con otras palabras no menos corteses, alegre sobremanera de verse tratar tan a lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien dispuesta, y se sentaron en los bancos de los oficiales, al tiempo que se puso el cómitre en la crujía y dio la señal con el silbato de que la chusma se desnudara el torso y se aprestaran a remar, lo que hicieron de inmediato. Sancho, que vio tanta gente medio en cueros, quedó pasmado, y más cuando vio quitar los toldos tan deprisa, que a él le pareció que andaban por allí todos los diablos trabajando. Pero

esto fueron tortas y pan pintado, para lo que ahora diré.

Estaba Sancho sentado en el estanterol, junto al espalder de la derecha. Enterado este de lo que tenía que hacer, agarró a Sancho, lo levantó y lo entregó a la chusma, que puesta en pie lo fue pasando de brazo en brazo y de banco en banco, comenzando por la banda derecha, rodando sobre sí mismo tan deprisa, que al pobre Sancho se le nubló la vista y pensó que sin duda lo llevaban los mismos demonios, y no pararon con él hasta devolverlo por la banda izquierda y ponerlo en la popa. Quedó el pobre molido, jadeando y sudando, sin poder imaginar qué fue lo que le había sucedido.

Don Quijote, que vio el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si aquellas eran ceremonias que se usaban con los que entraban en las galeras por primera vez, porque si acaso era así, él, que no tenía intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y juraba por Dios que si alguno llegaba a ponerle la mano encima para voltearlo, le había de sacar el alma a puntapiés, y diciendo esto se levantó y empuñó la espada.

En ese instante abatieron los toldos y con grandísimo ruido dejaron caer la entena desde lo alto. Sancho pensó que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía a dar sobre su cabeza, y escondiéndola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que también se estremeció y encogió los hombros y perdió el color del rostro. La chusma izó la entena con la misma prisa y ruido que la habían arriado, y todo esto sin pronunciar palabra, como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo una señal el cómitre para que levasen anclas y, saltando en mitad de la crujía, comenzó con el rebenque o látigo a hacer como que azotaba las espaldas de la chusma, como si les quitara las moscas, y a dirigirse poco a poco a la mar. Cuando Sancho vio moverse a una tantos pies colorados, que eso pensó él que eran los remos, se dijo: «Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que dice mi amo. ¿Qué han hecho estos desdichados para que los azoten así, y cómo este hombre solo que anda por aquí silbando se atreve a azotar a tanta gente? Para mí que este es el infierno, o por lo menos el purgatorio».

Don Quijote, que vio la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:

—¡Ay, Sancho amigo, y qué brevemente y apenas sin gasto os podríais desnudar de cintura para arriba, si quisierais, y poneros entre estos señores y acabar con el desencantamiento de Dulcinea! Pues con la miseria y pena de tantos, no sentiríais vos mucho la vuestra, y además, podría ser que el mago Merlín tomase en cuenta cada azote de estos, por estar dados de buena mano, por diez de los que vos tenéis que daros finalmente.

Quería preguntar el general qué azotes eran esos, o qué desencantamiento de Dulcinea, cuando dijo el marinero:

—Montjuic hace señas de que hay un bajel de remos en la costa por la banda de poniente.

En cuanto lo oyó, saltó el general a la crujía y dijo:

—¡Ea, hijos, que no se nos vaya! Algún bergantín de corsarios de Argel debe de

ser ese que la atalaya nos señala.

Se llegaron inmediatamente las otras tres galeras a la capitana para saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que saliesen dos a la mar, y él con la otra iría costeando, porque así el bajel no se les escaparía. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron a la mar descubrieron a unas dos millas a un bajel, al que le calcularon a ojo unos catorce o quince bancos, y así era. En cuanto descubrió las galeras, el bajel maniobró para zafarse, con intención y esperanza de escaparse por su ligereza, pero le salió mal, porque la galera capitana era de los bajeles más ligeros que navegaban en la mar, y de ese modo le fue dando alcance, hasta que los del bergantín comprendieron claramente que no podían escaparse, y por eso el arráez quería dejar los remos y entregarse, para no irritar al capitán que regía nuestras galeras. Pero la suerte, que lo guiaba de otra manera, dispuso que cuando la capitana llegaba tan cerca que los del bajel podían oír las voces que les decían desde ella que se rindiesen, dos *toraquis*, que es como decir dos turcos borrachos, que venían en el bergantín con otros doce, dispararon sus escopetas, y dieron muerte a dos soldados que venían sobre nuestras amuras. Al verlo, juró el general no dejar con vida a ninguno de cuantos apresase en el bajel; pero al ir a embestir con toda la furia, se le escapó por debajo de los remos. Siguió adelante la galera un buen trecho, y los del bajel, que se vieron perdidos, hicieron vela mientras volvía la galera, y de nuevo a vela y a remo trataron de zafarse; pero no les aprovechó su rapidez tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzándoles la capitana a poco más de media milla, les echó los remos encima y los cogió vivos a todos.

Llegaron en esto las otras dos galeras, y volvieron las cuatro con la presa a la playa, donde los estaba esperando infinita gente, deseosa de ver lo que traían. Fondeó el general cerca de tierra, y supo que estaba en la playa el virrey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerlo y mandó amainar la entena para ahorcar ya al arráez y a los demás turcos que había cogido en el bajel, que serían unas treinta y seis personas, todos gallardos, y la mayoría escopeteros turcos. Preguntó el general quién era el arráez del bergantín, y le respondió uno de los cautivos en lengua castellana (que después resultó ser un renegado español):

—Este mancebo que veis aquí, señor, es nuestro arráez.

Y le mostró a uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la imaginación humana. No debía de llegar a los veinte años.

—Dime, perro mal aconsejado —le preguntó el general—, ¿quién te mandó matarme a mis soldados, cuando veías que era imposible escaparte? ¿Ese respeto se guarda a las capitanas? ¿No sabes tú que la temeridad no es valentía? Las esperanzas inciertas tienen que hacer atrevidos a los hombres, pero no temerarios.

Quería responder el arráez, pero en ese momento el general no pudo oír la respuesta, por tener que recibir al virrey, que ya entraba en la galera, y con él algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

—¡Buena ha estado la caza, señor general! —dijo el virrey.

—Y tan buena —respondió el general— como va a verla Vuestra Excelencia ahora colgada de esta entena.

—¿Cómo así?

—Porque me han matado, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que venían en estas galeras, y he jurado ahorcar a cuantos he hecho cautivos, principalmente a este mozo, que es el arráez del bergantín.

Y le enseñó al que tenía ya atadas las manos y echado el cordel a la garganta, esperando la muerte.

Lo miró el virrey, y viéndolo tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, y con la carta de recomendación que le daba en aquel instante su hermosura, le entraron deseos de evitar su muerte, y así, le preguntó:

—Dime, arráez, ¿eres turco de nacimiento, moro o renegado?

—Ni soy turco de nacimiento, ni moro, ni renegado —respondió el mozo, también en lengua castellana.

—Pues ¿qué eres?

—Mujer cristiana —respondió el mancebo.

—¿Mujer y cristiana, con ese traje y en estos lances? Esa es cosa más para admirarla que para creerla.

—¡Ay, señores!, suspended la ejecución de mi muerte, que no perderéis mucho en dilatar vuestra venganza, apenas lo que tarde en contar mi vida.

¿Quién sería de corazón tan duro que no se ablandara con estas palabras, o al menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar el perdón de su culpa manifiesta. Con esta licencia, el mozo comenzó a decir de esta manera:

—De aquella nación más desdichada que prudente sobre la que ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo, engendrada por padres moriscos. En la corriente de su desventura fui llevada yo por dos tíos míos a Berbería, sin que me sirviese de nada decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los encargados de nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido, y así, a la fuerza más que por mi voluntad, me llevaron consigo.

»Tuve una madre cristiana y un padre juicioso y e igual de cristiano; mamé la fe católica en la leche, me crie con buenas costumbres, y a mi parecer no di jamás señales de ser morisca, ni en ellas ni en la lengua. A la par y al paso de estas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi retiro fue mucho, no debió de ser tanto que no acabase viéndome un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que tiene su pueblo junto al nuestro. Cómo me vio, cómo nos hablamos, cómo se vio perdido por mí y cómo yo no muy ganada por él sería largo de contar, y más ahora

que temo que se va atravesar entre la lengua y la garganta el riguroso cordel que me amenaza; y así, solo diré cómo don Gregorio quiso acompañarme en nuestro destierro.

»Se mezcló con los moriscos que salieron de otros lugares, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de los dos tíos míos que me llevaban con ellos, porque mi padre, prudente y prevenido, en cuanto oyó el primer bando de nuestro destierro dejó el pueblo y se fue a buscar en los reinos extranjeros uno que nos acogiese. En un lugar que solo yo conozco dejó encerradas y enterradas muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruceiros y doblones de oro. Me mandó que de ninguna manera tocase el tesoro que dejaba, si acaso nos desterraban antes que él volviese. Así lo hice, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos a Berbería, y el sitio donde nos asentamos fue Argel, que fue como asentarse en el mismo infierno.

»Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama le dio noticia de mis riquezas, que en parte fue ventura mía. Me llamó ante sí, me preguntó de qué parte de España era y qué dineros y qué joyas traía. Le dije el pueblo, y que las joyas y dineros quedaban enterrados en él, pero que se podrían recobrar con facilidad si yo misma volvía por ellos. Le dije todo esto temerosa de que le cegase, no su codicia, sino mi hermosura.

»Estando conmigo en estas pláticas, se acercaron a decirle que venía conmigo uno de los mancebos más gallardos y hermosos que se podía imaginar, y entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio, cuya belleza deja atrás las mayores que se pueden encarecer. Me turbé, considerando el peligro que corría don Gregorio, porque entre aquellos bárbaros turcos se tiene y estima en más un muchacho o mancebo hermoso que una mujer, por bellísima que sea. Mandó inmediatamente el rey que se lo trajesen allí delante para verlo, y me preguntó si era verdad lo que le decían de aquel mozo. Entonces yo, como si me lo hubiese inspirado el cielo, le dije que sí lo era, pero que le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me dejase ir a vestirla con su traje natural, para que mostrase por completo su belleza y apareciese en su presencia con menos empacho. Me dijo que fuese en buena hora y que al día siguiente hablaríamos del modo que se podía hacer para que yo volviese a España a sacar el tesoro escondido.

»Hablé con don Gaspar, le conté el peligro que corría si mostraba que era hombre, lo vestí de mora, y aquella misma tarde lo llevé a presencia del rey, que, al verlo, quedó admirado y decidió guardar la para ofrecérsela como presente al Gran Señor; y para apartar la del peligro que podía correr en el serrallo de sus mujeres y por no fiarse siquiera de sí mismo, la mandó poner en casa de unas moras principales, para que la guardasen y le sirviesen, y allá lo llevaron. Lo que los dos sentimos, pues no puedo negar que le quiero, quede a la consideración de los que se han separado queriéndose mucho.

»Dispuso entonces el rey que yo volviese a España en este bergantín, y que me

acompañasen dos verdaderos turcos, que fueron los que mataron a vuestros soldados. Vino también conmigo este renegado español —y señaló al que había hablado primero—, del que sé yo bien que es cristiano encubierto y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver a Berbería. La demás chusma del bergantín son moros y turcos que no sirven más que para bogar al remo. Los dos turcos, codiciosos e insolentes, sin obedecer la orden que traíamos de que, en cuanto avistásemos España, nos dejaran en tierra a mí y a este renegado con las ropas de cristianos de que veníamos provistos, quisieron primero barrer esta costa y hacer alguna presa si podían, porque temían que si nos dejaban antes en tierra y nos sucedía a cualquiera de los dos algún percance, podíamos descubrir la presencia del bergantín en la mar, y los apresarían, si resultaba que había galeras por esta costa.

»Anoche descubrimos esta playa, y, sin tener noticia de estas cuatro galeras, fuimos descubiertos y nos ha sucedido lo que habéis visto. En conclusión, don Gregorio queda con ropas de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando o, mejor dicho, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Y este es, señores, el final de mi triste historia, tan verdadera como desdichada. Lo que os ruego es que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, no he sido en nada culpable de la culpa en que han caído los de mi nación».

Calló entonces, preñados los ojos de tiernas lágrimas, a las que acompañaron muchas de los que estaban presentes. El virrey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó a ella y le quitó con sus manos el cordel que ligaba las hermosas de la mora.

Mientras la morisca cristiana contaba su singular historia, tuvo clavados los ojos en ella un peregrino anciano que entró en la galera cuando entró el virrey; y apenas dio fin a su plática la morisca, se arrojó a sus pies y, abrazado a ellos, con palabras interrumpidas por mil sollozos y suspiros, le dijo:

—¡Ana Félix, desdichada hija mía! Yo soy tu padre Ricote, que volvía a buscarte, porque no podía vivir sin ti, que eres mi alma.

Al oír estas palabras abrió los ojos Sancho y alzó la cabeza (que tenía inclinada, pensando en la desgracia de su paseo) y, mirando al peregrino, reconoció al mismo Ricote que había topado el día que salió de su gobierno, y comprendió que aquella era su hija. Ella, ya desatada y mezclando sus lágrimas con las de su padre, lo abrazó, y él dijo al general y al virrey:

—Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre: Ana Félix se llama, y se apellida Ricote, famosa tanto por su hermosura como por mi riqueza. Yo salí de mi patria a buscar en reinos extranjeros quien nos albergase y acogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví con este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes, a buscar a mi hija y a desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé a mi hija: hallé el tesoro, que traigo conmigo, y ahora, por el extraño rodeo que habéis visto, he hallado el tesoro que más me enriquece, que es mi querida hija. Si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías, por la integridad de

vuestra justicia, pueden abrir puertas a la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni coincidimos en nada con la intención de los nuestros, que han sido desterrados justamente.

—Conozco a Ricote de sobra —dijo entonces Sancho—, y sé que es verdad lo que dice de que Ana Félix es su hija, pero en esas zarandajas de ir y venir, y tener buena o mala intención, no me meto.

Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo:

—Vuestras lágrimas, una por una, me impiden cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene fijado el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron.

Y mandó entonces ahorcar de la entena a los dos turcos que habían matado a sus dos soldados, pero el virrey le pidió encarecidamente que no los ahorcase, pues la suya había sido más locura que valentía. Hizo el general lo que le pedía el virrey, porque no se ejecutan bien las venganzas a sangre helada. Procuraron entonces ver el modo de sacar a don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba; ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados que tenía en perlas y en joyas. Se propusieron muchos medios, pero ninguno fue como el que dio el renegado español ya dicho, que se ofreció a volver a Argel en algún barco pequeño, de seis bancos, provisto de remeros cristianos, porque él sabía dónde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y conocía igualmente la casa donde estaba don Gaspar. Ni el general ni el virrey se fiaban del renegado, ni los cristianos que habían de bogar el remo se fiaban tampoco. Pero lo avaló Ana Félix, y Ricote su padre dijo que se comprometía a pagar el rescate de los cristianos, si acaso los prendían.

Conformes, pues, en este parecer, se desembarcó el virrey, y don Antonio Moreno se llevó consigo a la morisca y a su padre, encargándole el virrey que los cuidase y tratase con cuanto afecto le fuese posible, que por su parte les ofrecía lo que había en su casa para su recreo y reposo: tanta fue la benevolencia y caridad que infundió la hermosura de Ana Félix en su pecho.

CAPÍTULO LXIV

QUE TRATA DE LA AVENTURA QUE MÁS PESADUMBRE DIO A DON QUIJOTE DE CUANTAS LE HABÍAN SUCEDIDO HASTA ENTONCES

Cuenta la historia que la mujer de don Antonio Moreno recibió grandísimo contento al ver a Ana Félix en su casa. La recibió con mucho agrado, tan enamorada de su belleza como de su buena disposición, porque la morisca era extremada en lo uno y en lo otro, y todas las gentes de la ciudad venían a verla, como a campana tañida.

Dijo entonces don Quijote a don Antonio que el acuerdo que habían tomado para libertar a don Gregorio no era bueno, porque tenía más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que lo desembarcasen a él en Berbería con sus armas y caballo, que él lo rescataría a pesar de toda la morisma, como había hecho don Gaiferos con su esposa Melisendra.

—Advierta vuesa merced —dijo Sancho, oyendo esto— que el señor don Gaiferos rescató a su esposa de tierra firme y la llevó a Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso rescatamos a don Gregorio, no tenemos por dónde traerlo a España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, menos para la muerte —respondió don Quijote—, pues en cuanto llegue el barco a la playa, nos podremos embarcar en él, aunque el mundo lo impida.

—Vuestra merced lo pinta muy bien y lo ve muy fácil —dijo Sancho—, pero del dicho al hecho hay gran trecho, y me fío más del renegado, que me parece un gran hombre de bien y de muy buenas entrañas.

Don Antonio dijo que si el renegado no salía bien del caso, se decidiría que el gran don Quijote pasase a Berbería.

De allí a dos días partió el renegado en un barco ligero de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí a otros dos partieron las galeras a Levante, después de pedir el general al virrey que tuviese a bien avisarle de lo que sucediera con la libertad de don Gregorio y el caso de Ana Félix; quedó el virrey en hacerlo tal y como se lo pedía.

Y una mañana, paseando don Quijote por la playa armado con todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y sin ellas no acababa de encontrarse bien ni un momento, vio venir hacia él un caballero,

armado también de pies a cabeza, que traía pintada en el escudo una luna resplandeciente. Llegó a una distancia desde la que podía ser oído, y a gritos y dirigiendo sus palabras a don Quijote, le dijo:

—Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te lo habrán traído a la memoria. Vengo a pelear contigo y a probar la fuerza de tus brazos, para hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien sea, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso. Si tú confiesas de plano esta verdad, evitarás tu muerte y el trabajo que tendría que tomarme en dártela; y si peleas y te venzo, no quiero otra satisfacción sino que dejes las armas y te abstengas de buscar aventuras, recogiéndote y retirándote en tu pueblo durante un año. Vivirás allí sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma. Y si me vences tú, quedará a tu discreción mi cabeza y serán tuyos los despojos de mis armas y mi caballo, y la fama de mis hazañas pasará a la tuya. Mira lo que más te conviene y respóndeme pronto, porque solo traigo de plazo el día de hoy para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, tanto de la arrogancia del Caballero de la Blanca Luna como de la causa por la que le desafiaba, y le respondió con reposo y ademán severo:

—Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas no han llegado hasta ahora a mis oídos, juraría que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea, porque si la hubierais visto, yo sé que procuraríais no pedir tal cosa, porque su visión os desengañaría de que pueda haber o haya habido belleza comparable a la suya. Y por eso, sin deciros que mentís, sino que os equivocáis al proponérmelo, acepto vuestro desafío de inmediato, para que no se pase el día que traéis de plazo, y solo exceptúo de las condiciones que habéis dicho la de que pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque ni sé cuáles son, ni que lo sean: me contento con las mías, tal y como son. Tomad, pues, la distancia que queráis, que yo haré lo mismo, y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.

Habían descubierto desde la ciudad al Caballero de la Blanca Luna y fueron a decirle al virrey que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El virrey, creyendo que sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno o por algún otro caballero de la ciudad, salió entonces a la playa, con don Antonio y con otros muchos caballeros que lo acompañaban, en el momento preciso en que don Quijote volvía las riendas a Rocinante para tomar la distancia necesaria.

Al ver el virrey que estaban a punto de darse la vuelta para acometerse, se puso en medio, y les preguntó cuál era la causa que les movía a batallar tan de improviso. El Caballero de la Blanca Luna respondió que estaba en juego la primacía entre hermosuras, y en breves palabras le dijo las mismas que había dicho a don Quijote, y que ambas partes habían aceptado las condiciones del desafío. Se llegó el virrey a don Antonio y le preguntó por lo bajo si sabía quién era aquel Caballero de la Blanca Luna, o si era alguna burla que querían hacer a don Quijote. Don Antonio le

respondió que no sabía quién era, ni si aquel desafío era de burlas o de veras. Esta respuesta tuvo perplejo al virrey, dudando si iba a dejarlos o no seguir con la batalla; pero al no poder persuadirse de que fuese algo más que una burla, se apartó diciendo:

—Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio que confesar o morir, y el señor don Quijote sigue en sus trece, y vuestra merced el de la Blanca Luna en sus catorce, que sea lo que Dios quiera, y empiecen.

Agradeció el de la Blanca Luna con palabras corteses y comedidas al virrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mismo, y encomendándose este al cielo de todo corazón y a su Dulcinea, como tenía por costumbre al comenzar las batallas que se le presentaban, volvió a tomar otro poco más de distancia, porque vio que su contrario hacía lo mismo; y sin tocar trompeta ni ningún otro instrumento bélico que les diese la señal para arremeterse, volvieron los dos al mismo tiempo las riendas a sus caballos, y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a don Quijote cuando apenas había recorrido este un tercio de la distancia, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, que, sin tocarlo con la lanza (que la levantó, al parecer, a propósito), dio con Rocinante y con don Quijote por el suelo en una peligrosa caída. Se fue entonces a él y, poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Daos por vencido, caballero, y aun por muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no está bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta la lanza, caballero, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

—No haré yo eso, ciertamente —dijo el de la Blanca Luna—: ¡viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso!, que me conformo solo con que el gran don Quijote se retire a su pueblo un año, o el tiempo que yo le ordene, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Oyeron todo esto el virrey y don Antonio, con otros muchos que estaban allí, y oyeron también que don Quijote respondió que con tal que no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, cumpliría todo lo demás como caballero diligente y de palabra.

Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo una reverencia con la cabeza al virrey, se adentró a medio galope en la ciudad.

Mandó el virrey a don Antonio que fuese tras él y que no dejase de enterarse de quién era. Levantaron a don Quijote, le descubrieron el rostro y lo hallaron sin color y sudando frío. Rocinante, de puro malparado, no se podía ni mover. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: le parecía que todo aquello estaba pasando en sueños y que aquella maquinación era cosa de encantamiento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar las armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas oscurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas,

como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría o no lisiado Rocinante, o dislocado su amo, que sería no poca ventura si quedara solo dislocado. Al final, con una silla de manos que mandó traer el virrey, lo llevaron a la ciudad, y el virrey se volvió también a ella con deseo de saber quién era el Caballero de la Blanca Luna que había dejado a don Quijote de tan mal talante.

CAPÍTULO LXV

DONDE SE DA NOTICIA DE QUIÉN ERA EL DE LA BLANCA LUNA, CON LA LIBERTAD DE DON GREGORIO, Y DE OTROS SUCESOS

Siguió don Antonio Moreno al Caballero de la Blanca Luna, y lo siguieron también, y aun lo persiguieron, muchos muchachos, hasta que lo dejaron a buen recaudo en un mesón de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerlo. Salió un escudero a recibirlo y a ayudarle a desarmarse, y se metió en una sala baja, y con él don Antonio, a quien no se le cocía el pan hasta saber quién podía ser. Al ver el de la Blanca Luna, pues, que aquel caballero no lo dejaba, le dijo:

—Sé bien, señor, a lo que venís, que es a saber quién soy; y como no hay razón para negároslo, os lo diré sin faltar un punto a la verdad del caso mientras mi criado me desarma. Sabed, señor, que a mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco; soy del mismo pueblo de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandeces hacen que le tengamos lástima todos cuantos lo conocemos, y entre los que más se la han tenido estoy yo. Y porque creo que su salud está en su reposo y en que se esté en su tierra y en su casa, ingenié el modo de hacerle quedarse en ella. Y así, hará tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerlo sin hacerle daño, y poniendo como condición de nuestra pelea que el vencido quedase a discreción del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya lo daba por vencido, era que se volviese a su pueblo y que no saliese de él en todo un año, tiempo en que podría curarse. Pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció a mí y me derribó del caballo, y así, no pudo efectuarse mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, afrentado y molido de la caída, que fue además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver a buscarlo y vencerlo, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntilloso en obedecer las órdenes de la caballería andante, sin duda alguna obedecerá la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros ninguna otra cosa. Os suplico no me descubráis, ni le digáis a don Quijote quién soy, para que se lleven a efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva a cobrar su juicio un hombre que lo tiene buenísimo, si le dejan las sandeces de la caballería.

—¡Ah señor —dijo don Antonio—, Dios os perdone el agravio que habéis hecho

a todo el mundo queriendo volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él! ¿No veis, señor, que el provecho que pueda causar la cordura de don Quijote no podrá llegar a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero imagino que todo el ingenio del señor bachiller no bastará para volver cuerdo a un hombre tan rematadamente loco; y, si no fuese poco caritativo, diría que ojalá nunca sane don Quijote, porque con su salud no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera de ellas puede volver a alegrar a la misma melancolía. Aun así, callaré y no le diré nada, para ver si tengo razón en sospechar que la diligencia hecha por el señor Carrasco no tendrá ningún efecto.

Respondió él que efectivamente aquel negocio estaba bien encarrilado, y que esperaba un feliz desenlace. Y después de ofrecerse don Antonio y quedar a su disposición, se despidió de él, hizo liar sus armas sobre un macho en aquel mismo momento, y sobre el caballo con el que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo día y se volvió a su patria chica, sin que le sucediera cosa que obligue a contarla en esta verdadera historia.

Contó don Antonio al virrey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el virrey no recibió mucho gusto, porque el que podían tener todos aquellos que tuviesen noticia de sus locuras se perdería con la reclusión de don Quijote.

Seis días estuvo don Quijote en el lecho, afligido, triste, pensativo y sin sosiego, yendo y viniendo con la imaginación al desdichado suceso de su derrota. Lo consolaba Sancho, y entre otras cosas, le dijo:

—Señor mío, alce vuestra merced la cabeza y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo que, aunque le derribó por tierra, no salió con ninguna costilla quebrada; y como sabe que donde las dan las toman y que no siempre hay tocino donde hay estacas para colgarlo, mande al médico a freír cuernos, porque no lo necesita para que le cure de esta enfermedad, volvámonos a nuestra casa y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no conocemos. Y si bien se mira, aunque es vuestra merced el más malparado, yo soy aquí el que más pierde: yo, que dejé con el gobierno los deseos de volver a ser gobernador, no dejé la gana de ser conde, lo que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería, volviéndose humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no va a pasar de un año, que pronto volveré a mis honrados ejercicios, y no me va a faltar reino que ganar ni algún condado que darte.

—Dios lo oiga y el diablo sea sordo, que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión.

En esto estaban, cuando entró don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento:

—¡Albricias, señor don Quijote, que don Gregorio y el renegado que fue por él están en la playa! ¿Qué digo en la playa? Ya están en casa del virrey y los tendremos aquí en cualquier momento.

Se alegró por un momento don Quijote y dijo:

—La verdad es que estoy por decir que me gustaría que hubiera sucedido todo al revés, porque me habría obligado a pasar a Berbería, donde con la fuerza de mi brazo hubiera dado la libertad no solo a don Gregorio, sino a cuantos cristianos cautivos hay en ella. Pero qué digo, ¡miserable de mí! ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año? Pues ¿qué prometo? ¿De qué me alabo, si me conviene más usar la rueca que la espada?

—Déjese de eso, señor —dijo Sancho—: viva la gallina con su pepita, y hoy por ti y mañana por mí, y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay que darle más vueltas, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, a menos que quiera estarse en la cama, quiero decir, dejarse desfallecer, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias. Y levántese vuestra merced ahora para recibir a don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada y ya debe de estar en casa.

Y así era, porque habiendo ya dado cuenta don Gregorio y el renegado al virrey de su ida y vuelta, deseoso don Gregorio de ver a Ana Félix, vino con el renegado a casa de don Antonio; y aunque don Gregorio iba con vestidos de mujer cuando lo sacaron de Argel, en el barco los cambió por los de un cautivo que salió con él, claro que con cualquiera que hubiera vuelto se habría visto que era persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y aparentaba unos diecisiete o dieciocho años. Ricote y su hija salieron a recibirlo, el padre con lágrimas y la hija con honestidad. No se abrazaron unos a otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de don Gregorio y Ana Félix admiraron extraordinariamente a todos los que estaban presentes. El silencio fue allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos.

Contó el renegado las mañas y medios que empleó para sacar a don Gregorio; contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con las que había quedado, y no con largas explicaciones, sino con breves palabras, donde mostró que su buen juicio se adelantaba a sus años. Al final, Ricote pagó y satisfizo generosamente tanto al renegado como a los que habían bogado al remo. Se reincorporó y reconcilió el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido se volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento.

De allí a dos días trató el virrey con don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, por parecerles que no habría ningún inconveniente en que quedasen en ella una hija tan cristiana y un padre, al parecer, tan bienintencionado. Don Antonio se ofreció a ir a la corte a negociarlo, adonde tenía que ir forzosamente a otros negocios, dando a entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, se consiguen muchas cosas dificultosas.

—No —dijo Ricote, que se hallaba presente en esta plática—, no hay que esperar favores ni dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, a quien encargó Su Majestad nuestra expulsión, no valen ruegos, ni promesas, ni

dádivas, ni lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes el cauterio que abrasa que el ungüento que suaviza, y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con los miedos que infunde, ha llevado sobre sus fuertes hombros a su debido término el peso de esta gran empresa, sin que nuestras mañas, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que tiene alerta de continuo, para que no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros que venga con el tiempo, como raíz escondida, a brotar y echar frutos venenosos en España, limpia y desembarazada ya de los temores en que la tenía nuestra muchedumbre. ¡Heroica resolución del gran Felipe III, e inaudita clarividencia la de haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

—Yo haré, una por una, cuando esté allí, las diligencias necesarias, y haga el cielo lo que mejor tenga a bien —dijo don Antonio—. Don Gregorio se vendrá conmigo a consolar la pena que deben de tener sus padres por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa, o en un monasterio, y yo sé que el señor virrey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio.

El virrey dio su consentimiento a todo lo propuesto, pero don Gregorio, al saber lo que pasaba, dijo que de ninguna manera podía ni quería dejar a doña Ana Félix; pero teniendo intención de ver a sus padres y arreglarlo para volver por ella, se avino con el acordado arreglo. Se quedó Ana Félix con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del virrey.

Llegó el día de la partida de don Antonio, y el de don Quijote y Sancho, que fue de allí a otros dos, que la caída no le concedió ponerse antes en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Le ofreció Ricote a don Gregorio mil escudos, si los quería, pero él no tomó ninguno, sino solo los cinco que le prestó don Antonio, prometiendo pagárselos en la corte. Con esto se partieron los dos, y don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: don Quijote, desarmado y con ropas de camino; Sancho, a pie, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LO LEA Y OIRÁ EL QUE LO OIGA LEER

Al salir de Barcelona, volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído y dijo:

—¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias, aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas, aquí se oscurecieron mis hazañas, aquí, en fin, cayó mi ventura para no levantarse jamás!

Al oírlo Sancho, dijo:

—Tan de corazones valientes es, señor mío, sufrir en las desgracias como alegrarse en las prosperidades; y esto lo veo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de a pie no estoy triste, porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, y muy juicioso hablas. No sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, por buenas o malas que sean, llegan casualmente, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria; y así, mis presunciones me han salido cada vez peor, pues debería haber pensado que la flaqueza de Rocinante no podría resistir el tamañazo del caballo del de la Blanca Luna. Me atreví, en fin; hice lo que pude, me derribaron, y, aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora, que lo soy a pie, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a pasar en nuestra tierra el año del noviciado, en cuya reclusión cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor, el caminar a pie no es cosa tan gustosa ni me mueve ni incita a hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol, en lugar de un ahorcado, y a lomos del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como las pida y mida vuestra merced, que pensar que tengo que caminar a pie y hacerlas grandes es pensar en lo imposible.

—Bien has dicho, Sancho —respondió don Quijote—: cuélguense mis armas por

trofeo, y al pie de ellas o por los alrededores grabaremos en los árboles lo que estaba escrito en el trofeo de las armas de Roldán:

Nadie las mueva
que estar no pueda
con Roldán a prueba.

—Todo eso me parece de perlas, y si no fuera por la falta que nos va a hacer Rocinante para el camino, también estaría bien dejarlo colgado.

—¡Pues ni él ni las armas quiero que se ahorquen, para que no se diga que a buen servicio mal galardón!

—Muy bien dice vuestra merced, porque, según opinión de los juiciosos, no hay que echarle a la albarda la culpa que tiene el asno; así que si vuestra merced tiene la culpa de este suceso, castíguese a sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo.

En estas disquisiciones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin que les sucediera nada que estorbase su camino; y al quinto día, a la entrada de un pueblo, hallaron a la puerta de un mesón mucha gente que por ser fiesta se estaba solazando allí. Cuando estaba llegando a ellos don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo:

—Que alguno de estos dos señores que llegan ahora, y que no conocen a ninguno de los dos bandos, diga lo que hay que hacer en nuestra apuesta.

—Por supuesto que lo diré —respondió don Quijote—, y con toda rectitud, si es que alcanzo a entenderla.

—El caso es, muy señor mío —dijo el labrador—, que un vecino de este pueblo, tan gordo que pesa once arrobas, desafió a correr a otro vecino suyo que no pesa más que cinco. La condición que pusieron es que tenían que hacer una carrera de cien pasos con pesos iguales. Le preguntaron al desafiador cómo tenían que igualar el peso, y dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro a cuestas, y así se igualarían las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no —intervino Sancho, antes que respondiese don Quijote—, y a mí, que dejé de ser gobernador y juez hace unos días, como todo el mundo sabe, me toca resolver estas dudas y dar mi parecer en todo pleito.

—Responde en buena hora, Sancho amigo —dijo don Quijote—, que yo no estoy ni para dar migas a un gato, tal y como traigo el juicio alborotado y trastornado.

Con esta licencia, dijo Sancho a los labradores, muchos de los cuales estaban a su alrededor con la boca abierta, esperando de la suya la sentencia:

—Hermanos, lo que pide el gordo no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna. Porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no está bien que este escoja unas que le impidan o estorben salir vencedor; y así, es

mi opinión que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y se quite seis arrobas de carne de su cuerpo de aquí o de allá, como mejor le parezca y cuadre, y de esta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr en igualdad de condiciones.

—¡Voto a tal —dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho— que este señor ha hablado como un bendito y sentenciado como un canónigo! Pero seguro que el gordo no va a querer quitarse una onza de sus carnes, y menos aún seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran —respondió otro—, para que el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos a estos señores a la taberna donde dan del bueno, que corre de mi cuenta.

—Os lo agradezco, señores —respondió don Quijote—, pero no puedo detenerme ni un instante, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés y caminar más que deprisa.

Y así, metiendo las espuelas a Rocinante, siguió su camino, dejándolos admirados de haber visto y advertido tanto su extraña figura como el buen juicio de su criado, que por tal juzgaron a Sancho; y otro de los labradores dijo:

—Si el criado es tan juicioso, ¡cómo debe de ser el amo! Apostaría que si van a estudiar a Salamanca, en un tris han de llegar a jueces. Que todo es una burla, pero no el estudiar, y contar con el favor y la ventura; y entonces, cuando el hombre menos lo piensa, se encuentra con una vara de mando en la mano o una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo, al cielo raso y descubierto; y al día siguiente, siguiendo su camino, vieron que venía hacia ellos un hombre a pie, con unas alforjas al cuello y una azcona o chuzo en la mano, con todo el aspecto de ser un correo de a pie. Cerca ya de don Quijote, apretó el paso y medio corriendo llegó a él, y abrazándolo por el muslo derecho, que no le alcanzaba más, le dijo con muestras de mucha alegría:

—¡Oh mi señor don Quijote de la Mancha, y qué gran contento le va a dar al corazón de mi señor el duque cuando sepa que vuestra merced vuelve a su castillo, que todavía sigue en él con mi señora la duquesa!

—No os conozco, amigo —respondió don Quijote—, ni sé quién sois, si vos no me lo decís.

—Yo, señor don Quijote —respondió el correo—, soy Tosilos, el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuestra merced por el casamiento de la hija de doña Rodríguez.

—¡Válgame Dios! —dijo don Quijote—. ¿Es posible que seáis vos el que mis enemigos los encantadores transformaron en ese lacayo que decís, por hurtarme la honra de aquella batalla?

—Calle, buen señor —replicó el cartero—, que no hubo encantamiento alguno, ni ninguna mudanza de rostro: tan lacayo Tosilos entré en el campo de batalla como lacayo Tosilos salí de él. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero me sucedió al revés mi pensamiento, pues en cuanto vuestra merced

partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido las órdenes que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha acabado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodríguez se ha vuelto a Castilla, y yo voy ahora a Barcelona a llevar unas cartas que mi amo le envía al virrey. Si vuestra merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena del bueno, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de aperitivo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

—Acepto el envite —dijo Sancho—, y lo que haya en juego, y escancie el buen Tosilos, a despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin —dijo don Quijote—, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo y el mayor ignorante de la tierra, pues sigues sin comprender que este correo es de encantamiento, y Tosilos, falso. Quédate con él y hártate, que yo seguiré adelante poco a poco, esperándote a que vengas.

Se rio el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y, sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la hierba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y desfondaron las alforjas de todas las provisiones, y con tan buenos alientos, que hasta lamieron las cartas, solo porque olían a queso.

—Sin duda este amo tuyo, amigo Sancho —dijo Tosilos—, debe de ser un loco.

—¿Cómo debe? No debe nada a nadie, que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura. Bien lo veo yo, y bien se lo digo a él, pero ¿qué aprovecha? Y más ahora que va rematado, porque va vencido por el Caballero de la Blanca Luna.

Le rogó Tosilos que le contase lo que le había sucedido, pero Sancho le respondió que era una descortesía dejar esperando a su amo, y que otro día, si se encontraban, habría lugar para ello. Y levantándose, después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, cogió de las riendas al rucio, y diciendo adiós dejó a Tosilos y alcanzó a su amo, que a la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII

DE LA RESOLUCIÓN QUE TOMÓ DON QUIJOTE DE HACERSE PASTOR Y LLEVAR VIDA RÚSTICA MIENTRAS SE PASABA EL AÑO DE SU PROMESA, CON OTROS SUCESOS

Si muchos pensamientos fatigaban a don Quijote antes de que lo derribaran, muchos más lo fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí, como moscas a la miel, le acudían y picaban pensamientos: unos iban al desencantamiento de Dulcinea y otros a la vida que llevaría en su retirada forzosa. Llegó Sancho y le alabó la generosidad del lacayo Tosilos.

—Ay, Sancho —le dijo don Quijote—, ¿es posible que todavía pienses que aquel era un verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto a Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al Caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora: ¿preguntaste a ese Tosilos que dices qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia o si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que la fatigaban en mi presencia?

—Los que yo tenía —respondió Sancho— no eran de los que me diesen lugar a preguntar boberías. Pero ¡por todos los diablos!, señor, ¿está vuestra merced ahora en condiciones de averiguar pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

—Mira, Sancho, hay mucha diferencia de las obras que se hacen por amor a las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea un desengañado, pero no puede ser, hablando con todo rigor, que sea un desagradecido. Altisidora, al parecer, me quiso bien: me dio los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, me maldijo, me vituperó, y, a despecho de la vergüenza, se quejó públicamente, señales todas de que me adoraba. Que las iras de los amantes suelen ir a parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas a Dulcinea y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos recuerdos que tengo de ella, sin perjuicio, no obstante, de los que tengo de Dulcinea, a quien tú agravias resistiéndote tanto a azotarte y a castigar esas carnes que vea yo comidas por los lobos, pues quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

—Señor, a decir verdad, yo no me puedo persuadir de que los azotes de mis

posaderas tengan que ver con los desencantamientos de los encantados, que es como si dijésemos: Si os duele la cabeza, poneos ungüento en las rodillas. Y juraría, desde luego, que en ninguna de las historias que ha leído vuestra merced de la caballería andante, ha visto ningún desencantado por azotes; pero, de una u otra forma, yo me los daré, cuando tenga gana y el tiempo permita castigarme tranquilamente.

—Dios lo haga y los cielos te den la gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que tienes de ayudar a mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío.

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados por los toros. Lo reconoció don Quijote y dijo a Sancho:

—Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallar dos pastores que querían renovar en él e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como juicioso, y si a ti te parece bien, querría, Sancho, que, a imitación suya, nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo que estar recogido. Yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que son necesarias en ese ejercicio pastoril, y llamándome yo el pastor Quijótiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por los bosques y por los prados, cantando aquí, haciendo endechas allá, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos. Nos darán de su dulcísimo fruto con abundantísima mano las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos.

—Pardiez —dijo Sancho—, vaya si me cuadra un tan redondo género de vida; y además, apenas la vean el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, querrán seguirla y hacerse pastores con nosotros, y quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de festejarse.

—Tú lo has dicho muy bien, y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en este gremio pastoril, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, o el pastor Carrascón; el barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso; al cura no sé qué nombre le vamos a poner, como no sea alguno derivado de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Y, como entre peras, podremos escoger los nombres de las pastoras de las que vamos a ser amantes, aunque cuadrándole el de mi señora lo mismo a una pastora que a una princesa, no tengo por qué cansarme en buscar otro que le venga mejor; y tú, Sancho, pondrás a la tuya el que quieras.

—No pienso ponerle ningún otro que el de Teresona; le sentará bien con su gordura y con el suyo propio, que es Teresa; además, cuando la celebre yo en mis versos se descubrirán mis castos deseos, pues no es uno de los que anden buscando

por las casas ajenas lo que no debe. El cura no estaría bien que tuviese pastora, por dar buen ejemplo; y el bachiller si quiere tenerla, en su mano está.

—¡Válgame Dios, la vida que nos vamos a dar, Sancho amigo! ¡La de churumbelas que nos alegrarán los oídos, y qué gaitas zamoranas, y qué tamboriles y qué sonajas y qué rabeles! ¡Y qué músicas si entre todas ellas resuena la de los albogues! ¡No faltará allí ningún instrumento pastoril!

—¿Qué son albogues, que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida?

—Albogues son unas chapas como candeleros de latón, que al chocar una con otra por lo vacío y hueco hacen un son, que, aunque no es muy agradable ni armónico, no descontenta y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín. Y este nombre de *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que comienzan en nuestra lengua castellana por al, a saber: *almohaza, almorzar, alfombra, alguacil, alhucema, almacén, alcancía,* y otros semejantes, que deben de ser pocos más; y nuestra lengua solo tiene tres que son moriscos y acaban en í, que son *borceguí, zaquizamí* y *maravedí*. *Alhelí* y *alfaquí*, tanto por el al primero como por acabar en í, son conocidos como arábigos. Te digo esto de paso, porque me lo ha traído a la memoria el decir *albogues*; y nos va a ayudar mucho a perfeccionar el ejercicio de pastores el ser yo algo poeta, como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco. Del cura no digo nada, pero apuesto que debe de tener sus asomos y collares de poeta; y tampoco dudo que también los tenga maese Nicolás, porque todos o la mayoría de los barberos son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón, de desdeñado, y el cura Curiambro, de lo que a él le venga mejor. Y así, marchará tan bien la cosa, que no habrá más que desear.

—Yo soy, señor, tan desgraciado —dijo Sancho—, que temo que no llegue el día en que me vea en ese ejercicio. ¡Ah, qué finas cucharas voy a hacer cuando me haya hecho pastor! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles, que, aunque no me granjeen fama de juicioso, no dejarán de granjeármela de ingenioso! Sanchica mi hija nos llevará la comida a la majada. Pero ¡quita!, que es ella muy buena moza y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada; y los amores y los no buenos deseos suelen andar lo mismo por los campos que por las ciudades, por las chozas pastoriles y por los palacios reales, y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, corazón que no siente, y más vale quitarse de en medio que andar razonando.

—No más refranes, Sancho, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar a entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo en refranes, y que te sujetes, pero me parece que es predicar en el desierto, y ríñeme mi madre, por un oído me entra y por otro me sale.

—Me parece que vuesa merced es como aquello de: Dijo la sartén a la caldera: quítate allá, ojinegra. Me está reprendiendo que no diga yo refranes, y los ensarta vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho: yo traigo los refranes a propósito, y cuando los digo vienen como anillo al dedo, pero tú los traes tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, te dije ya otra vez que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios, y el refrán que no viene a propósito es antes disparate que sentencia. Pero dejémonos de esto y, pues ya viene la noche, retirémonos del camino real un trecho, para pasar esta noche, y mañana Dios dirá.

Se retiraron y cenaron tarde y mal, muy contra la voluntad de Sancho, quien recordaba así las estrecheces de la caballería andante practicadas en los bosques y en los montes, aunque la abundancia se mostraba alguna vez en los castillos y casas, tanto de don Diego de Miranda y de don Antonio Moreno, como en las bodas del rico Camacho. Pero consideraba que no era posible que fuese siempre de día o siempre de noche; y así, pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII

DE LA CERDOSA AVENTURA QUE LE ACONTECIÓ A DON QUIJOTE

Era la noche algo oscura, aun estando en el cielo la luna, pero no donde pudiese ser vista, que a veces la señora Diana se va a pasear a las antípodas y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo, bien al revés que Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en lo que se mostraba su buena complexión y pocas preocupaciones. Las de don Quijote le desvelaron, de manera que despertó a Sancho y le dijo:

—Maravillado estoy, Sancho, de la desenvoltura de tu condición: debes de estar hecho de mármol o de duro bronce, en los que no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y sin aliento de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, siquiera por quedar bien. Mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos, que nos convida a intercalar alguna vigilia en nuestro sueño. Levántate, por tu vida, y desvíate un trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los del desencantamiento de Dulcinea; y esto te lo suplico rogando, que no quiero llegar contigo a las manos como la otra vez, que sé que las tienes duras. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche cantando, yo mi ausencia y tú tu firmeza, dando principio desde ahora al ejercicio pastoril que vamos a tener en nuestra aldea.

—Señor, no soy yo un monje para levantarme y flagelarme en mitad de mi sueño, y menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir y no me apriete en lo de azotarme, que acabará haciendo que jure no volver a tocarme, no ya un pelo de mis carnes, sino del sayo.

—¡Ay, alma endurecida! ¡Escudero sin piedad! ¡Pan mal empleado y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pensaba hacerte! Por mí te has visto gobernador y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde muy pronto o tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*.

—No entiendo eso: solo entiendo que mientras duermo ni tengo temor ni

esperanza, ni trabajo ni gloria; y bendito el que inventó el sueño, capa que cubre todos los pensamientos humanos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor y, en fin, moneda universal con que se compran todas las cosas, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al tonto con el juicioso. Solo una cosa mala tiene el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho, tan elegantemente como ahora; de donde deduzco que es verdad ese refrán que sueles decir algunas veces: «No con quien naces, sino con quien paces».

—¡Acabáramos, señor nuestro amo! No soy yo ahora el que ensarta refranes, que también a vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que a mí, claro que entre los míos y los suyos debe de haber esta diferencia: que los de vuestra merced vienen a cuento y los míos a deshora; pero, en efecto, todos son refranes.

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que se extendía por todos aquellos valles. Se levantó don Quijote y echó mano a la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose a los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado don Quijote. Iba creciendo el ruido a cada instante y llegando hasta los dos temerosos; al menos hasta uno, que del otro ya se sabe su valentía.

El caso, pues, es que llevaban unos hombres a vender a una feria más de seiscientos puercos, con los que caminaban a aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que podía ser. Llegó en tropel la extensa y gruñidora piara, y sin tener respeto a la autoridad de don Quijote, ni a la de Sancho, pasaron por encima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho y derribando no solo a don Quijote, sino llevando por añadidura a Rocinante. El tropel, el gruñir, la velocidad con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo la albarda, las armas, al rucio, a Rocinante, a Sancho y a don Quijote.

Se levantó Sancho como mejor pudo y pidió a su amo la espada, diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y desconsiderados puercos, que ya había advertido lo que eran. Don Quijote le dijo:

—Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es la pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido lo coman los carroñeros y le piquen las avispas y lo pisoteen los puercos.

—También debe de ser castigo del cielo —respondió Sancho— que a los escuderos de los caballeros vencidos les puncen las moscas, los coman los piojos y los embista el hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quienes servimos, o parientes suyos muy cercanos, no sería extraño que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación; pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? En fin, volvamos a acomodarnos y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medra remos.

—Duerme tú, Sancho, que naciste para dormir —respondió don Quijote—; que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda a mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú te enteraras, compuse anoche de memoria.

—A mí me parece —respondió Sancho— que los pensamientos que dan lugar a hacer coplas no deben de serlo mucho. Vuesa merced coplee cuanto quiera, que yo dormiré cuanto pueda.

Y tomando del suelo el espacio que quiso, se acurrucó y durmió a sueño suelto, sin que se lo estorbasen fianzas, deudas ni dolor alguno. Don Quijote, arrimado al tronco de un haya (o de un alcornoque, que Cide Hamete Benengeli no aclara el árbol que era), cantó al son de sus propios suspiros de esta suerte:

—Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
pero al llegar al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza y no lo paso.
Así el vivir me mata,
y la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh situación no oída
la que conmigo muerte y vida trata!

Acompañaba cada verso de estos con muchos suspiros y no pocas lágrimas, como corresponde a quien tenía el corazón traspasado con el dolor de la derrota y con la ausencia de Dulcinea.

Llegó en esto el día, dio el sol con sus rayos en los ojos a Sancho, despertó y se desperezó, sacudiéndose y estirándose los miembros perezosos; miró el destrozo que habían hecho los puercos en sus provisiones y maldijo la piara, y aun se pasó de maldiciones. Al final, volvieron los dos a su comenzado camino, y al declinar la tarde vieron que venían hacia ellos unos diez hombres a caballo y cuatro o cinco a pie. Se sobresaltó el corazón de don Quijote y se azoró el de Sancho, porque la gente que venía a ellos traía lanzas y escudos y venía muy a punto de guerra. Se volvió don Quijote a Sancho y le dijo:

—Si yo, Sancho, pudiera ejercitar mis armas y mi promesa no me hubiera atado los brazos, este tinglado que se nos viene encima lo tendría por tortas y pan pintado; pero puede que sea otra cosa que la que tememos.

Llegaron en esto los de a caballo, y enarbolando las lanzas, sin hablar palabra

ninguna rodearon a don Quijote y se las pusieron a las espaldas y al pecho, amenazándolo de muerte. Uno de los de a pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno a Rocinante y lo sacó del camino, y los demás de a pie cogieron a Sancho y al rucio y, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba a don Quijote. Quiso preguntar él dos o tres veces a dónde lo llevaban o qué querían, pero apenas comenzaba a mover los labios, los hierros de las lanzas parecían querer cerrárselos; y a Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, uno de los de a pie le punzaba con un aguijón, y al rucio ni más ni menos, como si quisiera hablar. Se cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decían:

—¡Caminad, trogloditas!

—¡Callad, bárbaros!

—¡La vais a pagar, antropófagos!

—¡No os quejéis, escitas, ni abráis los ojos, Polifemos criminales, leones carniceros!

Y otros nombres como estos, con que atormentaban los oídos de los míseros amo y mozo. Sancho iba diciendo para sí: «¿Nosotros *tortolitas*? ¿Nosotros *barberos* o *estropajos*? ¿Nosotros perritas, a las que dicen *sita, sita*? No me gustan nada estos nombres: a mal viento va esta parva; a perro sarnoso todo le son pulgas, ¡y ojalá se acabase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!».

Iba don Quijote abismado, sin poder atinar en sus suposiciones qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los que sacaba en limpio que no había que esperar ningún bien y sí temer mucho mal. Llegaron en esto, casi una hora después de anochecer, a un castillo que al punto reconoció don Quijote como el del duque, donde hacía poco que habían estado.

—¡Válgame Dios! —dijo en cuanto reconoció la estancia—, ¿y qué será todo esto? Sí, que en esta casa todo era cortesía y hospitalidad; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal y el mal en peor.

Entraron al patio principal del castillo, y lo vieron arreglado y puesto de tal manera, que les acrecentó la admiración y les redobló el miedo, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXIX

DE LA MÁS RARA Y NOVEDOSA AVENTURA QUE EN TODO EL TRANSCURSO DE ESTA GRAN HISTORIA SUCEDIÓ A DON QUIJOTE

Se apearon los de a caballo y, junto con los de a pie, tomando en volandas y arrebatadamente a Sancho y a don Quijote, los entraron en el patio, en el que ardían por todo alrededor casi cien antorchas, puestas en sus soportes, y por los corredores del patio más de quinientas luminarias, de modo que a pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se notaba la falta del día. En medio del patio se levantaba un catafalco como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardían velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata. Encima de ese catafalco se mostraba el cuerpo de una tan hermosa doncella muerta, que hacía parecer con su hermosura hermosa a la misma muerte. Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda tejida con diversas y fragantes flores, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de palma amarilla, símbolo de la virginidad triunfante.

A un lado del patio estaba puesta una tarima, y en unas sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban a entender que eran reyes, ya verdaderos o ya fingidos. Al lado de esta tarima, a la que se subía por unas gradas, había otras dos sillas, en las que sentaron a don Quijote y a Sancho aquellos que los habían traído presos, todo esto callando y dándoles a entender por señas que también callasen, aunque sin indicárselo hubieran callado ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenía atadas las lenguas.

Subieron en esto a la tarima con mucho acompañamiento dos personajes principales, que fueron conocidos inmediatamente por don Quijote como el duque y la duquesa, sus anfitriones, quienes se sentaron en dos suntuosísimas sillas, junto a los dos que parecían reyes. ¿Quién no se había de admirar de esto, y más cuando don Quijote reconoció que el cuerpo muerto que estaba sobre el catafalco era el de la hermosa Altisidora?

Al subir el duque y la duquesa a la tarima, se levantaron don Quijote y Sancho y les hicieron una profunda reverencia, y los duques hicieron lo mismo, inclinando un poco las cabezas.

Salió en esto, de través, un criado, y llegándose a Sancho le echó un manto de

bocací negro encima, todo pintado con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza un capirote, como los que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y le dijo al oído que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza o le quitarían la vida. Se miraba Sancho de arriba abajo, y se veía ardiendo en llamas, pero como no le quemaban no le importaban dos chavos. Se quitó el capirote, lo vio pintado con unos diablos, y se lo volvió a poner, diciendo para sí: «Y menos mal que ni ellas me abrasan ni ellos me llevan».

Lo miraba también don Quijote, y aunque el miedo le tenía suspendidos los sentidos, no dejó de reírse al ver el aspecto de Sancho. Comenzó en esto a salir al parecer de debajo del catafalco un son sumiso y agradable de flautas, que al no estorbarlo ninguna humana voz, porque en aquel sitio hasta el silencio guardaba silencio de sí mismo, se mostraba blando y amoroso. Después, y de junto a la almohada de lo que parecía un cadáver, salió de improviso un hermoso mancebo vestido a lo romano, que cantó con suavísima y clara voz y al son de un arpa que él mismo tocaba estas dos estrofas:

—En tanto que en sí vuelve Altisidora,
muerta por la crueldad de don Quijote,
y en tanto que en la corte encantadora
se vistieren las damas sayal pobre,
y en tanto que a sus criadas mi señora
vistiere de bayeta y lana burda,
cantaré su belleza y su desgracia,
con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca
este oficio ejercer solo en la vida;
mas, con la lengua muerta y fría en la boca,
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha cárcel,
por el estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.

—Basta —dijo entonces uno de los dos que parecían reyes—, basta, cantor divino, que sería no acabar nunca representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como piensa el mundo ignorante, sino viva en las lenguas de la fama y en la pena que ha de pasar Sancho Panza, aquí presente, para devolverla a la perdida luz. Y así, ¡oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite!, pues sabes todo aquello que está establecido en los

inescrutables hados para volver en sí a esta doncella, dilo y decláralo ya, para no diferir más el bien que con su nueva vuelta esperamos.

Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, se puso de pie Radamanto y dijo:

—¡Ea, servidores de esta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros y dejad en el rostro de Sancho veinticuatro sopapos, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que de esta ceremonia depende la curación de Altisidora!

Al oír Sancho Panza esto, rompió su silencio:

—¡Voto a tal, antes me vuelvo moro que dejar que nadie me dé un sopapo o me manosee la cara! ¡Maldita sea! ¿Qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección de esta doncella? Se aficionó la vieja a los bledos, y no dejó verdes ni secos… ¡Encantan a Dulcinea, y me azotan a mí para que se desencante! ¡Se muere Altisidora de males que Dios quiso darle, y para resucitarla tienen que darme a mí veinticuatro sopapos y acribillarme el cuerpo a alfilerazos y llenarme de cardenales los brazos a pellizcos! ¡Esas burlas, a un cuñado, que yo soy perro viejo, y conmigo no valen los «eh, toma, chucho»!

—¡Morirás! —dijo en alta voz Radamanto—. Ablándate, tigre; humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades de este negocio: vas a ser un sopapeado, vas a verte acribillado, y pellizcado has de gemir. ¡Ea, digo, gentes, cumplid mis órdenes!, y si no, palabra de hombre de bien que veréis de qué poco os sirve haber nacido.

Aparecieron entonces, venidas desde el patio, unas seis dueñas en procesión una tras otra, cuatro con anteojos, y todas con la mano derecha levantada en alto, con las muñecas cuatro dedos fuera de la manga, para hacer las manos más largas, como ahora se lleva. Apenas las vio Sancho, bramó como un toro, y dijo:

—¡Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no! Gatéenme el rostro, como hicieron a mi amo en este mismo castillo; traspásenme el cuerpo con puntas de agudas dagas; atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré con paciencia, o haré cuanto quieran estos señores, pero no consentiré que me toquen dueñas, así me lleve el diablo.

Rompió también el silencio don Quijote, diciendo a Sancho:

—Ten paciencia, hijo, y da gusto a estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto ese don en tu persona, y poder con tu mortificación desencantar a los encantados y resucitar a los muertos.

Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, presentó rostro y barba a la primera, que le dio un sopapo muy bien dado y luego hizo una gran reverencia.

—¡Menos cortesías, y menos cremas, señora dueña —dijo Sancho—, que por Dios que de las cremas traéis las manos oliendo a vinagrillo!

Al final le sopapearon todas las dueñas, y otra mucha gente de casa le pellizcó;

pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres, y así, se levantó de la silla, al parecer muy enfadado, y asiendo una antorcha encendida que había junto a él, salió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo:

—¡Fuera, gentes infernales, que yo no soy de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!

En esto Altisidora, que debía de estar cansada, por haber estado tanto tiempo echada boca arriba, se puso de lado; visto lo cual por los circunstantes, dijeron todos casi a un tiempo:

—¡Altisidora está viva! ¡Altisidora vive!

Mandó Radamanto a Sancho que depusiese la ira, pues ya se había alcanzado el propósito que perseguían.

En cuanto don Quijote vio rebullir a Altisidora, se fue a poner de rodillas delante de Sancho, y le dijo:

—Ha llegado el momento, hijo de mis entrañas, que no escudero mío, de que te des algunos de los azotes que estás obligado a darte por el desencantamiento de Dulcinea. Ahora, digo, en este momento en que tienes la virtud a punto y lista para obrar el bien que se espera de ti.

—Me parece que llueve sobre mojado, y no miel sobre hojuelas —replicó Sancho —. Estaría bueno que tras pellizcos, sopapos y alfilerazos viniesen ahora los azotes. No tienen más que tomar una gran piedra y atármela al cuello y dar conmigo en un pozo, cosa que no me pesaría mucho, si para curar los males ajenos tengo yo que ser la vaquilla de la capea. ¡Déjenme!, si no, por Dios que lo mando todo a hacer puñetas, aunque no se vendan.

Ya en esto se había sentado en el catafalco Altisidora, y en el mismo instante sonaron las chirimías, a las que acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban:

—¡Viva Altisidora! ¡Altisidora viva!

Se levantaron los duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos, con don Quijote y Sancho, fueron a recibir a Altisidora y a bajarla del catafalco, y esta, haciéndose la desmayada, se inclinó ante los duques y los reyes, y mirando de soslayo a don Quijote le dijo:

—Dios te lo perdone, desengañado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, a mi parecer, más de mil años. Y a ti, el más compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo: dispón desde ahora mismo, amigo Sancho, de seis camisas mías que te brindo, para que hagas otras seis para ti; y aunque no son todas nuevas, al menos todas están limpias.

Le besó las manos Sancho, con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le devolviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo y le quitasen el manto de las llamas, pero le suplicó Sancho al duque que le dejasen el manto y la mitra, que los quería llevar a su tierra como prueba y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que sí se los dejarían, que ya sabía

él cuán gran amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio y que todos se recogiesen en sus estancias, y que llevasen a don Quijote y a Sancho a las que ellos ya conocían.

CAPÍTULO LXX

QUE SIGUE AL DE SESENTA Y NUEVE Y TRATA DE COSAS INEXCUSABLES PARA LA CLARIDAD DE ESTA HISTORIA

Durmió Sancho aquella noche en un catre en el mismo aposento que don Quijote, cosa que él hubiera querido evitar, de haber podido, porque sabía de sobra que su amo no le iba a dejar dormir a preguntas y a respuestas, y no se hallaba en condiciones de hablar mucho, porque tenía presentes los dolores de los martirios pasados y no le dejaban libre la lengua, y le hubiera traído más cuenta dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Le salió su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas se hubo metido su señor en el lecho, le dijo:

—¿Qué te parece, Sancho, el suceso de esta noche? ¡Grande y poderosa es la fuerza del desdén y el desamor! Porque has visto por tus propios ojos muerta a Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la he tratado.

—Ojalá se muriera ella en buena hora cuanto quisiera y como quisiera —respondió Sancho—, y me dejara irme a mi casa, pues ni yo la enamoré ni la desdeñé en mi vida. Ni sé ni puedo imaginarme cómo la salvación de Altisidora, doncella más antojadiza que comedida, puede tener que ver, como ya he dicho antes, con los mar tirios de Sancho Panza. Ahora sí que he de reconocer que clara y evidentemente hay encantadores y encantamientos en el mundo, de los que Dios me libre, pues yo no me sé librar. Y con esto, suplico a vuestra merced me deje dormir y no me pregunte más, si no quiere que me arroje por la ventana abajo.

—Duerme, amigo Sancho, si es que te dan ocasión los alfilerazos, pellizcos y sopapos recibidos.

—Ningún dolor comparable a la afrenta de los sopapos, sobre todo por habérmelos dado dueñas, que Dios confunda. Y vuelvo a suplicar a vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.

—Sea así —dijo don Quijote—, y Dios te acompañe.

Se durmieron los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor de esta gran historia, de qué les movió a los duques a poner en marcha el referido tinglado. Y dice que al bachiller Sansón Carrasco no se le había olvidado

cómo fue vencido y derribado el Caballero de los Espejos por don Quijote, con derrota y caída que borró y deshizo todos sus designios, pese a lo cual quiso volver a intentarlo, esperando mejor desenlace que el anterior. Y así, informándose del paje que llevó la carta y presente a Teresa Panza, mujer de Sancho, de dónde quedaba don Quijote, buscó nuevas armas y caballo y puso en el escudo la blanca luna, y llevó todo aquello en un macho, al que conducía un labrador, no Tomé Cecial, su antiguo escudero, para que ni Sancho ni don Quijote pudieran reconocerlo.

Llegó, pues, al castillo del duque, que le informó del camino y derrota que llevaba don Quijote con el propósito de asistir a las justas de Zaragoza. También le contó las burlas que le había hecho con la invención del desencantamiento de Dulcinea, que sería a costa de las posaderas de Sancho, y, en fin, dio cuenta de la burla que Sancho había hecho a su amo dándole a entender que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y cómo la duquesa su mujer había dado a entender a Sancho que el que se engañaba era él, porque Dulcinea estaba encantada de verdad, de lo que se rio y admiró no poco el bachiller, tanto por la agudeza y simplicidad de Sancho, como por la locura de don Quijote.

Le pidió el duque que si daba con él, lo venciese o no, volviera por allí a darle cuenta del suceso. Así lo hizo el bachiller. Partió en su busca, no lo halló en Zaragoza, siguió adelante, y le sucedió lo que queda referido.

Volvió por el castillo del duque y se lo contó todo, con las condiciones de la batalla, y cómo don Quijote, como buen caballero andante, se volvía a cumplir la palabra de retirarse un año en su aldea, tiempo durante el que podría, según dijo el bachiller, sanar de su locura, que esta era la intención que lo había movido a hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo con tan buen entendimiento como don Quijote fuese loco. Con esto, se despidió del duque y se volvió a su pueblo, esperando en él a don Quijote, que venía tras él.

De aquí tomó el duque la idea de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote. Haciendo tomar, pues, con muchos criados suyos de a pie y de a caballo los caminos cerca y lejos del castillo, por todas las partes que imaginó que podría volver don Quijote, para que lo trajesen por propia voluntad o por fuerza al castillo, si lo hallaban, lo hallaron y dieron aviso al duque. Y ya prevenido de todo lo que había que hacer, en cuanto tuvo noticia de su llegada mandó encender las antorchas y las luminarias del patio y poner a Altisidora sobre el catafalco, con toda la tramoya que se ha contado, tan a lo vivo y tan bien hecho, que de la verdad a aquello había bien poca diferencia.

Y dice más Cide Hamete: que, en su opinión, tan locos eran los burladores como los burlados, y que los duques estaban a dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos.

Y así, uno durmiendo a sueño suelto y el otro velando a pensamientos desatados, les tomó el día y las ganas de levantarse, que jamás las blandas plumas, ni vencido ni vencedor, dieron gusto a don Quijote.

Altisidora (en opinión de don Quijote, devuelta de la muerte a la vida), siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que tenía en el catafalco y vestida una tunicela de tafetán blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por la espalda, arrimada a un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de don Quijote, quien, turbado y confuso en su presencia, se encogió y cubrió casi todo él con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase a hacerle ninguna cortesía. Se sentó Altisidora en una silla, junto a su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y apagada le dijo:

—Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan la honra y dan licencia a la lengua sin reparar en pelos, dando noticia en público de los secretos que encierra su corazón, se hallan en una delicada situación. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una de estas, apurada, vencida y enamorada, pero, a pesar de esto, sufrida y honesta: tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida. Hace dos días que con la consideración del rigor con que me has tratado,

¡Oh, más duro que mármol a mis quejas,

obstinado caballero!, he estado muerta, o al menos tenida por tal por los que me han visto; y si no hubiese sido porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios de este buen escudero, allá me hubiera quedado en el otro mundo.

—Bien podría el amor haberlos depositado en los de mi asno, que yo se lo hubiera agradecido —dijo Sancho—. Pero dígame, señora, y ojalá el cielo la acomode con otro amante más dócil que mi amo: ¿qué es lo que vio en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno? Porque quien se quita la vida desesperado, tiene que tener por fuerza ese paradero.

—Si os digo la verdad —respondió Altisidora—, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno, que si hubiera entrado allí, no hubiese podido salir de él de ninguna de las maneras, por más que hubiese querido. La verdad es que llegué a la puerta, donde estaban jugando a la pelota unas docena de diablos, todos en calzas y en jubón, con valonas guarnecidas de encajes flamencos, y con unas vueltas a juego que les servían de puños, con cuatro dedos menos de manga para que las manos pareciesen más largas. Tenían unas palas de fuego, y lo que más me admiró fue que, en lugar de pelotas, les servían libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa prodigiosa y nueva. Pero esto no me admiró tanto como el ver que, a pesar de que lo natural en los jugadores es que los que ganan se alegren y los que pierden se entristezcan, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían.

—Eso no es ninguna maravilla —respondió Sancho—, porque los diablos, jueguen o no jueguen, ganen o no ganen, nunca pueden estar contentos.

—Eso tiene que ser —respondió Altisidora—, pero hay otra cosa que también me admira, quiero decir, me admiró entonces, y fue que al primer voleo no quedaba

pelota en pie ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era como cosa de magia. A uno de ellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo a otro: «Mirad qué libro es ese». Y el diablo le respondió: «Esta es la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que dice ser natural de Tordesillas». «Quitádmelo de ahí —respondió el otro diablo— y metedlo en los abismos del infierno, no lo vean más mis ojos». «¿Tan malo es?», preguntó el otro. «Tan malo —replicó el primero—, que si yo mismo me hubiera puesto a hacerlo peor a propósito, no hubiera acertado». Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo, por haber oído nombrar a don Quijote, a quien tanto adoro y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.

—Visión debió de ser, sin duda —dijo don Quijote—, porque no hay otro yo en el mundo, y esa historia anda ya por aquí de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos le dan un puntapié. Yo no me he alterado al oír que ando como cuerpo fantasmagórico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy ese del que trata esa historia. Si fuera buena, fiel y verdadera, tendría siglos de vida; pero siendo mala, el camino de su parto a la sepultura no será muy largo.

Iba Altisidora a proseguir sus quejas con don Quijote, pero este le dijo:

—Muchas veces os he dicho, señora, que a mí me pesa que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos, pues los míos pueden agradecéroslos pero no remediarlos: yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados, si los hubiera, me destinaron para ella, y pensar que alguna otra hermosura va a ocupar el lugar que tiene en mi alma es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar a lo imposible.

Oyó Altisidora esto, y mostrando enojarse y alterarse, le dijo:

—¡Vaya con el señor don bacalao, alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que el villano que se hace de rogar cuando cree que lleva razón! ¡Si os echo mano, os voy a sacar los ojos! ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que vaya a dejar que me duela el negro de una uña por semejantes camelos, y menos, morirme.

—Eso creo yo también —dijo Sancho—, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir, pero hacerlo, ni Judas lo cree.

Estando en estas pláticas, entró el músico, cantor y poeta que había cantado las dos estrofas referidas, y haciendo una gran reverencia a don Quijote, dijo:

—Cuénteme y téngame vuestra merced, señor caballero, en el número de sus mayores servidores, porque desde hace ya muchos días que soy muy aficionado suyo, tanto por su fama como por sus hazañas.

—Dígame vuestra merced quién es —dijo don Quijote—, para que mi cortesía responda a sus merecimientos.

El mozo respondió que era el músico y el del panegírico de la noche anterior.

—Ciertamente, vuestra merced tiene una magnífica voz —replicó don Quijote—, pero lo que cantó no me parece que fuese muy oportuno, porque ¿qué tienen que ver las estrofas de Garcilaso con la muerte de esta señora?

—No se maraville vuestra merced de eso —dijo el músico—, pues entre los poetas principiantes de nuestra época se estila ya que cada uno escriba como quiera y hurte de quien quiera, venga o no venga a pelo de su intento, y no hay necedad que canten o escriban que no se atribuya a licencia poética.

Quería responder don Quijote, pero se lo estorbaron el duque y la duquesa, que venían a verlo, y tuvieron entre ellos una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados a los duques, tanto con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partir aquel mismo día, pues los caballeros vencidos como él merecían más habitar en una zahúrda que no en palacios reales. Se la dieron de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si Altisidora quedaba con su favor.

—Señora mía —respondió él—, sepa vuestra señoría que todo el mal de esta doncella nace de la ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que en el infierno se usan los encajes, y pues ella debe de saber hacerlos, no los deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se meneará en su imaginación la imagen o imágenes de lo que tanto quiere. Y esta es la verdad, este mi parecer y este es mi consejo.

—Y el mío —añadió Sancho—, pues no he visto en toda mi vida encajera que se haya muerto por amor, que las doncellas ocupadas ponen sus pensamientos más en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi costilla, digo, de mi Teresa Panza, a quien quiero más que a las pestañas de mis ojos.

—Decís vos muy bien, Sancho —dijo la duquesa—, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí en adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer de maravilla.

—No hay por qué usar de ese remedio, señora —respondió Altisidora—, pues la consideración de las crueldades que ha usado conmigo este malandrín mostrenco me lo borrarán de la memoria sin ningún otro artificio; y con licencia de vuestra grandeza, me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, no ya su triste figura, sino su fea y abominable catadura.

—Se parece eso —dijo el duque— a lo que suele decirse:

Porque aquel que dice injurias,
cerca está de perdonar.

Hizo Altisidora ademán de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo una reverencia a sus señores, se salió del aposento.

—¡Mala ventura, pobre doncella —dijo Sancho—, mala ventura te auguro yo, pues te las has tenido que ver con un alma de esparto y un corazón de encina! En verdad que si te las hubieras visto conmigo, otro gallo te cantara…

Se acabó la plática, se vistió don Quijote, comió con los duques y partió aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON SU ESCUDERO SANCHO YENDO A SU ALDEA

Iba el vencido y asendereado don Quijote muy pensativo por una parte y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento; y la alegría, el confiar en el don de Sancho, que lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque algunas sospechas le persuadían de que la enamorada doncella no estaba muerta de veras. En cuanto a Sancho, no iba nada alegre, porque le entristecía ver que Altisidora no había cumplido su palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto, dijo a su amo:

—En verdad, señor, que soy el médico más desgraciado que debe de haber en el mundo, en el que hay galenos que, pese a matar al enfermo que tratan, quieren que se les pague su trabajo, que no es otro que firmar una receta de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y ahí lo tienes ya embaucado; y a mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, sopapos, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un céntimo. Pues juro que si ponen en mis manos algún otro enfermo, antes de curarlo van a tener que untarme las mías, que el abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el cielo el don que tengo para que yo lo comparta con otros de bóbilis bóbilis.

—Tienes razón, Sancho amigo —respondió don Quijote—, y Altisidora ha hecho muy mal no dándote las prometidas camisas. Y aunque tu don es *gratis dato*, por la gracia de Dios, y no te ha costado ningún estudio, más que estudio es recibir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras una paga por los azotes del desencantamiento de Dulcinea, ya te la hubiera dado y más que buena, pero no sé si la cura se aviene con la paga, y no querría que por el premio dejara de hacer efecto la medicina. Aun así, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el premio que quieres, y azótate ya y págate al contado y de tu propia mano con los dineros míos que tienes.

A estos ofrecimientos abrió Sancho un palmo los ojos y las orejas y decidió de corazón azotarse de buena gana, y dijo a su amo:

—Está bien, señor, estoy dispuesto a dar gusto a vuestra merced en lo que desea, si saco algo para mí, que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuestra merced cuánto me va a dar por cada azote que me dé.

—Si yo, Sancho, tuviera que pagarte conforme a lo que merece la grandeza y

calidad de este remedio, el tesoro de Venecia y las minas del Potosí serían poco para pagarte; échale un tiento a lo que llevas mío y pon el precio a cada azote.

—Son unos tres mil trescientos y pico; de ellos me he dado unos cinco: quedan los demás; y entren en el pico estos cinco, y vamos a los tres mil trescientos, que a cuartillo cada uno (y no los cobraré a menos aunque me lo mandara el mundo entero), montan tres mil trescientos cuartillos, y tres mil, son mil quinientos medios reales, que hacen setecientos cincuenta reales; y trescientos hacen ciento cincuenta medios reales, que vienen a hacer setenta y cinco reales, que con los setecientos cincuenta son en total ochocientos veinticinco reales. Estos son los que descontaré de los que tengo de vuestra merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, y el que quiera peces…, y no digo más.

—¡Oh Sancho bendito, oh Sancho amable, y qué obligados vamos a quedar Dulcinea y yo a servirte todos los días que el cielo nos dé de vida! Si ella vuelve al ser perdido, que volverá de todas todas, su desdicha habrá sido dicha, y mi derrota, felicísimo triunfo. Y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar los azotes, que para que los abrevies te añado cien reales.

—¿Cuándo? Esta noche, sin falta. Procure vuestra merced que la pasemos en el campo, a cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche, esperada por don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del sol en el carro de Apolo se habían quebrado y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, tal y como acontece a los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se metieron entre unos amenos árboles que estaban un poco desviados del camino, y allí, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde hierba y cenaron de las provisiones de Sancho. Y este, después de hacer del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró a unos veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que lo vio ir con denuedo y con brío, le dijo:

—Mira, amigo, no te hagas pedazos, y date tiempo entre azote y azote. No quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento, quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado. Y para que no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré en esta parte contando por este rosario mío los azotes que te des. Favorézcate el cielo conforme merece tu buena intención.

—Al buen pagador no le duelen prendas: yo pienso darme de manera que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir el secreto de este milagro.

Se desnudó entonces de cintura para arriba, y agarrando el cordel, comenzó a darse, y comenzó don Quijote a contar los azotes. Unos seis u ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció que la burla era pesada y muy barato el precio de ella, y, deteniéndose un poco, dijo a su amo que se había llamado a engaño, porque merecía cada azote de aquellos ser pagado a medio real, y no a cuartillo.

—Prosigue, amigo Sancho, y no desmayes, que yo doblo lo que habíamos

ajustado.

—Siendo así, ¡Dios me guíe, y lluevan azotes!

Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y los daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, y temeroso de que se le acabase la vida y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo:

—Por tu vida, amigo, suspende ahora mismo este negocio, que me parece muy áspera esta medicina y estará bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Te has dado, si yo no he contado mal, más de mil azotes: bastan por ahora, que el asno, hablando mal, sufre la carga, pero no la sobrecarga.

—No, no, señor, por mí no se dirá que a dineros pagados, brazos quebrados. Apártese vuestra merced otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que en dos arreones como este habremos cumplido con esta partida y aún nos sobrará ropa.

—Ya que te hallas con tan buena disposición, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto.

Volvió Sancho a su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas a muchos árboles: tal era el rigor con que se azotaba; y alzando un tanto la voz y dando un desaforado azote en un haya, dijo:

—¡Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son!

Acudió don Quijote de inmediato al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y, asiendo el torcido cabestro que le servía de vergajo a Sancho, le dijo:

—No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida que tiene que servir para sustentar a tu mujer y a tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la firme esperanza y esperaré que cobres nuevas fuerzas, para que se concluya este negocio a gusto de todos.

—Pues vuestra merced, señor mío, lo quiere así, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando y no querría resfriarme, que los disciplinantes primerizos corren este peligro.

Lo hizo así don Quijote, y quedándose él en camisa abrigó a Sancho, quien durmió hasta que le despertó el sol, y prosiguieron entonces su camino, acabándolo en un pueblo que estaba a tres leguas de allí. Se apearon en un mesón, que por tal lo reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadizo, pues desde que le habían vencido discurría con más juicio en todas las cosas, como ahora se dirá. Lo alojaron en una sala baja, en la que hacían de tapices unas sargas viejas pintadas, como se usan en las aldeas. En una de ellas estaba pintada de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la llevó a Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y Eneas, ella sobre una alta torre, haciéndole señas con una media sábana al huésped fugitivo, que se iba huyendo por el mar en una fragata o bergantín. Notó que en una de las historias Elena no iba de muy mala gana, porque se reía con disimulo y a lo socarrón, pero, en la otra, la

hermosa Dido mostraba verter por los ojos lágrimas del tamaño de nueces. Al verlo don Quijote, dijo:

—Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en este tiempo, y yo más desdichado que ninguno por no haber nacido en el suyo: si yo me hubiese enfrentado a esos señores, ni Troya habría sido incendiada ni Cartago destruida, pues solo con que yo hubiera matado a Paris se habrían evitado tantas desgracias.

—Pues apuesto que antes de no mucho tiempo no habrá bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro pintor mejor que el que ha pintado estas.

—Tienes razón, Sancho, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: «Lo que salga»; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: «Este es gallo», para que no pensasen que era zorra. De esta manera me parece a mí, Sancho, que debe de ser el pintor, o escritor, tanto da, que sacó a la luz la historia de este nuevo don Quijote que ha salido: que pintó o escribió lo que le salió; o habrá sido como un poeta que andaba años atrás en la corte, llamado Mauleón, que respondía improvisando a cuanto le preguntaban, y preguntándole uno que qué quería decir *Deum de Deo*, respondió: «Dé donde diere». Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea bajo techado o a cielo abierto.

—Pardiez, señor, que para lo que yo pienso darme, lo mismo me da en casa que en el campo; pero, con todo, querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayudan a llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, adonde llegaremos pasado mañana a más tardar.

Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él querría concluir con brevedad aquel negocio, a sangre caliente y cuando ya estaba en marcha el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un *toma* que dos *te daré*, y pájaro en mano que buitre volando.

—¡No más refranes, Sancho, por un solo Dios! —dijo don Quijote—, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla a lo llano, a lo liso, a lo no intrincado, como te he dicho muchas veces, y verás cómo te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es esta mía —respondió Sancho—, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me enmendaré, si puedo.

Y con esto cesó de momento su plática.

CAPÍTULO LXXII

DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO LLEGARON A SU ALDEA

Todo aquel día estuvieron don Quijote y Sancho esperando la noche en aquel pueblo y mesón, uno para acabar en el campo y al raso la tanda de sus azotes, y el otro para ver el fin de ellos, que también era el fin de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que parecía su señor:

—Aquí puede vuestra merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Lo oyó don Quijote, y dijo a Sancho:

—Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que topé allí de pasada este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podría ser. Dejémosle apearse, que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frente al aposento de don Quijote, la ventera le dio una sala baja, adornada con otras sargas pintadas como las que tenía la estancia de don Quijote. Se puso el recién llegado caballero ropa de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, preguntó a don Quijote, que se paseaba por él:

—¿Adónde bueno camina vuestra merced, señor gentilhombre?

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural —le respondió don Quijote—. Y vuestra merced ¿a dónde camina?

—Yo, señor —respondió el caballero—, voy a Granada, que es mi tierra.

—¡Y buena tierra! Pero dígame vuestra merced su nombre, por cortesía, porque me parece que me va a importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Álvaro Tarfe.

—Sin duda alguna —replicó don Quijote—, pienso que vuestra merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor reciente.

—El mismo, y ese don Quijote, personaje principal de la historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que lo sacó de su tierra, o al menos lo convencí de que fuese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y la verdad es que me porté con él como un amigo, pues evité que le azotase las espaldas el verdugo por ser demasiado atrevido.

—Y dígame, señor don Álvaro, ¿me parezco yo en algo a ese tal don Quijote que dice vuestra merced?

—No, desde luego, en absoluto.

—Y ese don Quijote —dijo el nuestro—, ¿llevaba consigo un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir una sola gracia que la tuviese.

—De eso estoy convencido —dijo entonces Sancho—, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que dice vuestra merced, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, malaje y ladrón todo en uno, que el verdadero Sancho Panza soy yo, y tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuestra merced la experiencia y venga tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo la mayoría de las veces lo que me digo hago reír a cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el juicioso, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el rompecorazones de las doncellas, el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—¡Me lo creo —respondió don Álvaro—, porque, por Dios, habéis dicho vos, amigo, más gracias en estas cuatro frases que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por seguro que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué pensar, pues juraría que lo había dejado metido, para que lo curasen, en la Casa del Nuncio, que es el manicomio de Toledo, y ahora aparece aquí otro don Quijote, y muy diferente del mío.

—Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno, pero sí le digo que no soy el malo. Para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que no he estado en Zaragoza en todos los días de mi vida; además, al haberme dicho que ese don Quijote ficticio había acudido a las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, para que viera todo el mundo su mentira; y así, pasé de largo a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y única en sitio y en belleza. Y aunque los sucesos que allí me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haberla visto. En fin, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Suplico a vuestra merced, como caballero que es, tenga a bien hacer una declaración ante el alcalde de este pueblo de que vuestra merced no me había visto en todos los días de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el don Quijote

impreso en esa segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana, aunque cause admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos a un mismo tiempo tan conformes en los nombres como diferentes en los actos; y vuelvo a decir y me reafirmo en que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda —dijo Sancho— que vuestra merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y ojalá quisiera el cielo que estuviera el desencantamiento de vuestra merced en darme otros tres mil y pico azotes, como me doy por ella, que yo me los daría de modo desinteresado.

—No entiendo eso de los azotes —dijo don Álvaro.

Y Sancho le respondió que era largo de contar, pero que él se lo contaría si acaso iban por el mismo camino.

Llegó en esto la hora de comer; comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró entonces por casualidad el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, y ante el alcalde pidió don Quijote, mediante documento que convenía a su derecho, que don Álvaro Tarfe, el caballero allí presente, declarase ante él que no conocía a don Quijote de la Mancha, también allí presente, y que este no era el que andaba impreso en una historia titulada *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal Avellane da, natural de Tordesillas. Al final, el alcalde proveyó jurídicamente, y la declaración se hizo con todos los requisitos que debían hacerse en tales casos, con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y como si la diferencia entre los dos don Quijotes y los dos Sanchos no la mostraran ya a las claras sus obras y sus palabras. Muchas de cortesía y ofrecimientos intercambiaron don Álvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su gran entendimiento, de modo que desengañó a don Álvaro Tarfe del error en que estaba, imaginándose este que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos don Quijotes tan contrarios.

Llegó la tarde, partieron de aquel lugar, y a cosa de media legua se separaban dos caminos diferentes, uno el que llevaba a la aldea de don Quijote y otro el que tenía que tomar don Álvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracia de su derrota y el encantamiento y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración a don Álvaro, quien, abrazando a don Quijote y a Sancho, siguió su camino, y don Quijote el suyo.

Pasó este aquella noche otra vez entre los árboles, por dar ocasión a Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la noche anterior, a costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las cuidó tanto, que los azotes no hubieran podido quitarle una mosca, aunque se le hubiese posado encima.

No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche anterior eran tres mil veintinueve. Hasta el sol pareció que madrugaba

para ver aquel sacrificio, y con su luz volvieron a proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Álvaro, y de lo bien acordado que había estado el tomar su declaración ante la justicia con tantas formalidades.

Aquel día y aquella noche caminaron sin que les sucediera cosa digna de contarse, salvo que en ella acabó Sancho su tarea, de lo que quedó don Quijote contentísimo, y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada a Dulcinea su señora. Y siguiendo su camino, no topaba una mujer a la que no se acercara para ver si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible que las promesas de Merlín no podían mentir.

Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, y desde ella descubrieron su aldea; Sancho, al verla, se hincó de rodillas y dijo:

—Abre los ojos, amada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también a tu hijo don Quijote, que si viene vencido por brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es la mayor victoria que puede desearse. Dineros llevo, y, si buenas penitencias me pusieron, en mi rucio iba yo como un señor.

—Déjate de esas sandeces —dijo don Quijote—, y vamos a entrar con el pie derecho en nuestra aldea, y en ella daremos vado a nuestras imaginaciones, y pensaremos cómo ejercitar la vida pastoril.

Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII

DE LOS PRESENTIMIENTOS DE DON QUIJOTE AL ENTRAR EN SU ALDEA, CON OTROS SUCESOS QUE ADORNAN Y ACREDITAN ESTA GRAN HISTORIA

A la entrada del pueblo, según dice Cide Hamete, vio don Quijote que en las eras del pueblo estaban riñendo dos muchachos, y uno le dijo al otro:

—No te canses, Periquillo, que no la vas a ver en todos los días de tu vida.

Lo oyó don Quijote y dijo a Sancho:

—¿Te das cuenta, amigo, de lo que ha dicho aquel muchacho?: «No la vas a ver en todos los días de tu vida».

—Sí, ¿pero qué importa que haya dicho eso el muchacho?

—¿Qué? ¿No ves tú que aplicando esa frase a mi intención significa que no veré nunca más a Dulcinea?

Iba a responderle Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campiña venía huyendo una liebre, perseguida por muchos galgos y cazadores, y ella, medrosa, se vino a recoger y a agazapar entre los pies del rucio. La cogió Sancho con toda facilidad a mano salva y se la mostró a don Quijote, que decía:

—*¡Malum signum! ¡Malum signum!* Mala señal, liebre huye, galgos la siguen: ¡Dulcinea no aparece!

—¡Qué raro es vuesa merced! —dijo Sancho—. Supongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso y los galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la colma de cuidados: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede sacar de esto?

Los dos muchachos de la pendencia se acercaron a ver la liebre, y a uno de ellos le preguntó Sancho por qué reñían; y el que había dicho «no la verás más en toda tu vida» le respondió que le había quitado al otro una jaula de grillos, y no pensaba devolvérsela en toda su vida. Sacó Sancho unas monedas de la faltriquera, y se las dio al muchacho por la jaula, y se la puso en las manos a don Quijote, diciendo:

—Ya tenéis rotos y desbaratados, señor, esos agüeros, que tienen que ver con nuestros sucesos lo mismo que con las nubes de antaño, según imagino yo, aunque tonto. Y si mal no me acuerdo, he oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni juiciosas creer esas niñerías, y aun vuesa merced mismo me lo

dijo los días pasados, dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que creían en agüeros. Y no es menester hacer hincapié en esto: sigamos y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre y se la dio don Quijote. Siguieron adelante y a la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y hay que decir que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para cubrir la carga, la túnica de bocací pintada con llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora; y le había puesto también al rucio la coroza en la cabeza, que fue la más novedosa transformación y adorno con que se vio jamás jumento en el mundo.

Fueron al momento reconocidos los dos por el cura y el bachiller, que se vinieron a ellos con los brazos abiertos. Se apeó don Quijote y los abrazó estrechamente; y los muchachos, que son grandísimos linces, divisaron la coroza del jumento y acudieron a verlo, y se decían unos a otros:

—Venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día.

En fin, rodeados de muchachos y acompañados por el cura y el bachiller, entraron en el pueblo y se fueron a casa de don Quijote, y hallaron en la puerta al ama y a su sobrina, a quienes ya habían llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado a la mujer de Sancho, Teresa Panza, que desgreñada y a medio vestir, trayendo de la mano a Sanchica su hija, acudió a ver a su marido; y viéndolo no tan acicalado como ella pensaba que debía ir un gobernador, le dijo:

—¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís a pie y despiesado, y más traéis aspecto de desgobernado que de gobernador?

—Calla, Teresa —respondió Sancho—, que muchas veces las apariencias engañan, y vámonos a nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados con mis artes y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido —dijo Teresa—, da igual dónde los hayáis ganado y cómo, que en eso no os habréis inventado nada nuevo en el mundo.

Abrazó Sanchica a su padre y le preguntó si traía algo, que lo estaba esperando como agua de mayo; y asiéndolo de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija del rucio, se fueron a su casa, y dejaron a don Quijote en la suya en manos de su sobrina y de su ama y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin más dilaciones, se apartó a solas en aquel mismo punto con el bachiller y el cura, y en breves palabras les contó su derrota y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, cosa que pensaba cumplir al pie de la letra, sin traspasarla ni un átomo, como caballero andante obligado por la estricta orden de la caballería andante, y que ese año tenía pensado hacerse pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde podría dar rienda suelta a sus pensamientos amorosos, ejercitándose en el oficio pastoril y virtuoso; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer y no se lo impedían negocios más

importantes, fuesen sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente como para poder darse el nombre de pastores; y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde. Le dijo el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se llamaría el pastor Quijótiz; y el bachiller, el pastor Carrascón; y el cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino.

Se pasmaron todos de ver la nueva locura de don Quijote, pero para que no se les fuese otra vez del pueblo a sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron su nueva intención y aprobaron como buena su locura, ofreciéndosele como compañeros en aquel oficio.

—Es más —dijo Sansón Carrasco—, como todo el mundo sabe ya que soy celebérrimo poeta, compondré a cada momento versos pastoriles o cortesanos o como mejor me venga a cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde andemos; y lo que ahora hace más falta, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no rotule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los pastores enamorados.

—Eso estará de perlas —respondió don Quijote—, aunque yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y, en fin, roca sobre la que puede asentarse toda alabanza, por hiperbólica que sea.

—Es cierto —dijo el cura—, pero nosotros buscaremos por ahí pastoras dóciles, que aunque no nos cuadren, nos harán un buen avío.

A lo que añadió Sansón Carrasco:

—Y cuando falten, les daremos los nombres de las estampadas e impresas, de las que está lleno el mundo: Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, o, mejor dicho, mi pastora, se llama por ventura Ana, la celebraré bajo el nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que allá se van todos; y Sancho Panza, si va a entrar en esta cofradía, podría celebrar a su mujer Teresa Panza con el nombre de Teresaina.

Se rio don Quijote con la derivación de este nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución y se ofreció de nuevo a hacerle compañía todo el tiempo que le quedase libre de atender a sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron de él, y le rogaron y aconsejaron que tuviese en cuenta su salud, cuidándose todo lo que pudiera.

Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeran la plática de los tres; y en cuanto se fueron, se entraron las dos con don Quijote, y la sobrina le dijo:

—¿Qué es esto, señor tío? Ahora que pensábamos nosotras que vuestra merced volvía a quedarse en su casa y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere

meter en nuevos laberintos, haciéndose «pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas»? ¿No le parece que a la vejez viruelas?

—¿Y podrá vuestra merced —añadió el ama— pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aullido de los lobos? Desde luego que no, que ese es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para esa labor casi desde los pañales y mantillas. Y, de lo malo, mejor aún es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se lo doy por estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y con cincuenta años que tengo: estese en su casa, atienda a su hacienda, confiésese a menudo, favorezca a los pobres, y si le va mal, que eso recaiga sobre mi alma.

—Callad, hijas —les respondió don Quijote—, que yo sé bien lo que me conviene. Llevadme al lecho, que me parece que no estoy nada bueno, y tened por seguro que, tanto si soy caballero andante o pastor por andar, no dejaré nunca de ayudaros en aquello de lo que tuvierais menester, y lo podréis ver por mis actos.

Y las buenas hijas (que lo eran sin duda ama y sobrina) lo llevaron a la cama, donde le dieron de comer y cuidaron todo lo posible.

CAPÍTULO LXXIV

DE CÓMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO Y SU MUERTE

Como las cosas humanas no son eternas, y van siempre en declive desde sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tenía privilegio del cielo para detenerlo, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba. Porque bien por la melancolía que le causaba el verse vencido, bien por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que lo tuvo seis días en cama, en los que lo visitaron muchas veces el cura, el bachiller y el barbero, sus amigos, y sin que se apartara de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

Estos, creyendo que lo tenían de aquella suerte la pesadumbre de verse vencido y el no ver cumplido su deseo de libertad y desencantamiento de Dulcinea, procuraban alegrarlo por todas las vías posibles, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su vida pastoril, para la cual tenía ya compuesta una égloga que daría sopas con honda a cuantas había compuesto Sannazaro, y que ya tenía comprados con su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, uno llamado Barcino y otro Butrón, que se los había vendido un ganadero de Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, le tomó el pulso, y no le contentó mucho y dijo que no había más remedio que atender a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Lo oyó don Quijote con ánimo sosegado, pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, que comenzaron a llorar tiernamente, como si ya lo tuvieran muerto delante. Fue opinión del médico que lo estaban matando las melancolías y disgustos. Rogó don Quijote que lo dejasen solo, porque quería dormir un poco. Lo hicieron así y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas: tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se iba a quedar en el sueño. Despertó al cabo de ese tiempo, y dando una gran voz, dijo:

—¡Bendito sea Dios todopoderoso, que tanto bien me ha hecho! En verdad, sus misericordias no tienen límite, y los pecados de los hombres ni las abrevian ni las estorban.

Estuvo atenta la sobrina a las palabras del tío y le parecieron más concertadas que las que él solía decir, al menos durante aquella enfermedad, y le preguntó:

—¿Qué es lo que dice vuestra merced, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son estas, o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias, sobrina, son las que ha usado Dios conmigo en este instante, y, como dije, mis pecados no las estorban. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las tenebrosas sombras de la ignorancia que sobre él me puso mi amarga y continua lectura de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y solo me pesa que este desengaño haya llegado tan tarde, que no me deja tiempo para compensarlo leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría prepararla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala como para dejar fama de loco; que, aunque lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos, al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero la entrada de los tres excusó a la sobrina de este trabajo. Apenas los vio don Quijote, dijo:

—Felicitadme, buenos señores, de que yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres dieron fama de bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la caballería andante; ya conozco mi necedad y el peligro en que me puso el haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentado en cabeza propia, las abomino.

Al oírle decir esto los tres, creyeron sin duda que le había dado alguna nueva locura, y Sansón le dijo:

—Ahora, señor don Quijote, que acabamos de saber que la señora Dulcinea está desencantada, ¿sale vuestra merced con eso? Y ahora que estamos tan a punto de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

—Los que hasta ahora han sido causantes de mi daño —replicó don Quijote—, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en trances como este no ha de gastar bromas el hombre con su alma; y así, suplico que mientras el señor cura me confiesa, vayan por el escribano.

Se miraron unos a otros, admirados de las palabras de don Quijote, y, aunque dudando, le quisieron creer. Y una de las señales por donde conjeturaron que se moría, fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo, porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto acierto, que les vinieron a quitar del todo la duda, y a convencer de que estaba cuerdo.

Hizo salir el cura a la gente, y se quedó solo con él y lo confesó.

El bachiller fue por el escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza. Ya sabía este por las noticias del bachiller en qué estado estaba su señor, y al

hallar al ama y a la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas. Acabó la confesión, y salió el cura diciendo:

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; ya podemos entrar para que haga su testamento.

Estas noticias dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que les hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a se cas, y en tanto fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de trato agradable, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos lo conocían.

Entró el escribano con los demás, y después de haber escrito el encabezamiento del testamento y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, al llegar a las mandas, dijo:

—Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que tiene Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, y por haber habido entre él y yo ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos ni se le pida ninguna cuenta, sino que si sobra alguno después de haberse cobrado de lo que le debo, el resto sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si pudiera ahora, estando cuerdo, darle el gobierno de un reino, como fui capaz de darle el de la ínsula estando yo loco, se lo daría, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merecen.

Y volviéndose a Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, y tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie lo mate ni lo acaben otras manos que las de la melancolía. Mire no sea perezoso y levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá hallemos tras de alguna mata a la señora doña Dulcinea desencantada, que será cosa de ver. Y si es que se muere de pesar por verse vencido, écheme la culpa a mí, diciendo que lo derribaron por haber cinchado yo mal a Rocinante, que ya vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías que es cosa corriente derribarse los caballeros unos a otros, y el que hoy es vencido, es vencedor mañana.

—Así es —dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza sabe muy bien lo que pasa en estos casos.

—Señores —dijo don Quijote—, vayamos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Ojalá con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad logren devolverme a la estimación que se

tenía de mí. Y prosiga el señor escribano: Item, lego toda mi hacienda, sin entrar en más detalles, a Antonia Quijana mi sobrina, aquí presente, disponiendo antes, si fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas, de aquello que venga más a mano; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo por el tiempo que mi ama me ha servido, más veinte ducados para un vestido. Dejo como mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, aquí presentes.

»Item, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiera casarse, se case con hombre de quien antes se haya hecho indagación que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averigüe que lo sabe, y aun así mi sobrina quiere casarse y se casa con él, pierda todo lo que le he legado, de modo que puedan mis albaceas repartirlo en obras pías a su voluntad.

»Item, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les lleva a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, le pidan de mi parte, lo más encarecidamente que puedan, que perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de escribir tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con el remordimiento de haberle dado motivo para escribirlos».

Cerró con esto el testamento y, sobreviniéndole un desmayo, se tendió en la cama cuan largo era. Se alborotaron todos y acudieron a socorrerlo, y en tres días que vivió desde que hizo el testamento se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada, pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar borra o templa algo en el heredero el recuerdo de la pena que es natural que deje el muerto.

Finalmente, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías, llegó el fin de don Quijote. Se hallaba presente el escribano, y dijo que en ningún libro de caballerías había leído nunca que ningún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y cristiano como don Quijote, quien, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, entregó su espíritu, quiero decir que se murió.

Viendo esto el cura, pidió al escribano que certificase que Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había dejado esta vida de muerte natural; y pedía ese certificado para quitar la ocasión de que ningún otro autor, excepto Cide Hamete Benengeli, lo resucitase falsamente e hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha, en un lugar que Cide Hamete no quiso nunca nombrar, por dejar que todas las villas y pueblos de la Mancha se lo disputasen para ahijárselo y tenerlo por suyo, como disputaron por Homero las siete ciudades de Grecia.

Se dejan de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, y los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tal extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no venció
a su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco,
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: «Aquí, no sé si bien cortada o mal tajada pluma mía, quedarás colgada de esta espetera y de este hilo de alambre, donde vivirás largos siglos, si no te descuelgan para profanarte historiadores presuntuosos y malandrines. Pero antes que lleguen a ti, les puedes advertir y decirles del mejor modo que puedas:

¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se vaya a atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y despuntada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga para sus hombros, ni tema para su gélido ingenio; y si acaso llegas a conocerlo, adviértele que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no lo quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndolo salir de la fosa donde real y verdaderamente yace tendido cuan largo es, imposibilitado de hacer una nueva y tercera salida: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos caballeros andantes, bastan las dos que él hizo tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuyos oídos llegaron, tanto en estos como en lejanos reinos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que hacer aborrecer a los hombres las falsas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que gracias a las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna». *Vale*.

FIN

TASA

Yo, Hernando de Vallejo, escribano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los señores de él un libro que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, titulado *Don Quijote de la Mancha, Segunda parte*, impreso con licencia de Su Majestad, lo tasaron en cuatro maravedís cada pliego sin encuadernar y tiene setentaitrés pliegos, lo que suma y monta doscientos noventaidós maravedís; y mandaron que esta tasa se ponga al principio de cada volumen de ese libro, para que se sepa y entienda lo que se ha de pedir y llevar por él, sin que se exceda en ello de ninguna manera, como consta y aparece en el auto y decreto original a que me refiero, dado sobre ello y que queda en mi poder. Y de la orden de dichos señores del Consejo y de la solicitud de dicho Miguel de Cervantes, di esta fe en Madrid, a 21 del mes de octubre de 1615.

HERNANDO DE VALLEJO

FE DE ERRATAS

Vi este libro titulado *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, escrito por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hay en él cosa digna de notar que no corresponga a su original. Dada en Madrid a 21 de octubre de 1615.

El Licenciado

FRANCISCO DE MURCIA

APROBACIÓN

Por comisión y orden de los señores del Consejo, he hecho ver el libro contenido en este memorial. No contiene cosa contra la fe ni buenas costumbres, antes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha filosofía moral. Se le puede dar licencia para imprimirlo. En Madrid, a 5 de noviembre de 1615.

Doctor

GUTIERRE DE CETINA

APROBACIÓN

Por comisión y orden de los señores del Consejo he visto la *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. No contiene cosa contra nuestra santa fe católica ni buenas costumbres, antes muchas de honesta recreación y apacible divertimiento, que los antiguos juzgaron convenientes a sus repúblicas, pues incluso en la severa de los lacedemonios levantaron estatua a la Risa, y los de Tesalia le dedicaron fiestas, como lo dice Pausanias, referido de Bosio, libro 2.º *De signis Ecclesiae*, capítulo 10.º, alentando ánimos marchitos y espíritus melancólicos, de lo que se acordó Tulio en el primer *De legibus*, y el poeta diciendo:

Interpone tuis interdum gaudia curis.
(«Mezcla placeres entre tus preocupaciones»).

lo que hace el autor mezclando las veras con las burlas, lo dulce con lo provechoso y lo moral con lo chistoso, disimulando en el cebo del donaire el anzuelo de la reprensión y cumpliendo con el acertado asunto en que pretende la expulsión de los libros de caballerías, pues con su buena diligencia mañosamente ha limpiado de su contagiosa dolencia a estos reinos. Es obra muy digna de su gran ingenio, honra y lustre de nuestra nación, admiración y envidia de las extrañas. Este es mi parecer, salvo, etc. En Madrid, a 17 de marzo de 1615.

El Maestro

JOSEF DE VALDIVIELSO

APROBACIÓN

Por comisión del señor Doctor Gutierre de Cetina, vicario general de esta villa de Madrid, corte de Su Majestad, he visto este libro de la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un celo cristiano ni que disuene de la decencia debida al buen ejemplo y a las virtudes morales, antes mucha erudición y aprovechamiento, así en la

continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías, cuyo contagio había cundido más de lo que habría sido conveniente, como en la tersura del lenguaje castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación, vicio con razón aborrecido por los hombres cuerdos; y en la corrección de vicios de los que generalmente se ocupa, gracias a sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprensión cristiana, que aquel que estuviese afectado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas habrá bebido gustosamente, cuando menos lo imagine, sin empacho ni asco alguno, lo provechoso de detestar su vicio, con lo que se hallará encantado y reprendido, que es lo más difícil de conseguirse.

Ha habido muchos que, por no haber sabido templar ni mezclar a propósito lo útil con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues, no pudiendo imitar a Diógenes en lo filósofo y docto, atrevida, por no decir licenciosa y desalumbradamente, le pretenden imitar en lo cínico, volviéndose maldicientes, inventando casos que no pasaron para hacer merecedor de su áspera reprensión al vicio que tocan, y por ventura descubren caminos hasta entonces ignorados para seguirlo, con lo que vienen a quedar, si no reprensores, por lo menos maestros de él. Se hacen odiosos a los bien entendidos; con el pueblo pierden el crédito, si alguno tuvieron, para admitir sus escritos; y dejan los vicios que quisieren corregir, arrojada e imprudentemente, en mucho peor estado que antes, que no todas las pústulas presentan el mismo estadio para admitir las recetas o cauterios, antes algunos reciben mucho mejor las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicación el prudente y docto médico consigue el fin de curarlas, extremo que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro.

Bien diferente han juzgado los escritos de Miguel Cervantes tanto nuestra nación como las extrañas, pues como a milagro desean ver al autor de libros que han recibido con general aplauso, tanto por su decoro y decencia como por la suavidad y blandura de sus discursos, España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico como cierto que el 25 de febrero de este año de 1615, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, a devolver la visita que hizo a Su Ilustrísima el embajador de Francia, que vino a tratar cosas tocantes a las bodas de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de imaginación tenían más éxito; y tocando por casualidad en este que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, comenzaron a alabarlo, encareciendo la estima en que se tenían sus obras tanto en Francia como en sus reinos confinantes: *La Galatea*, que alguno de ellos se sabe casi de memoria, la primera parte de esta y las *Novelas*. Fueron tantos sus elogios, que me ofrecí a llevarlos para que viesen al autor de ellas, lo que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Me preguntaron

pormenores de su edad, profesión, calidad y cantidad. Me vi obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a lo que uno respondió estas precisas palabras: «¿Cómo es que a un hombre tal no lo tiene España muy rico y sustentado por el erario público?». Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: «Si la necesidad le ha de obligar a escribir, quiera Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo».

Para censura, bien creo que está un poco larga; alguno dirá que toca los límites del elogio lisonjero; pero la verdad de lo que digo cortamente deshace en el crítico la sospecha y en mí el cuidado, además de que hoy día no se lisonjea a quien no tiene con qué cebar el pico del adulador, que, aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid, a 27 de febrero de 1615.

El Licenciado

MÁRQUEZ TORRES

PRIVILEGIO

Considerando que por parte de vos, Miguel de Cervantes Saavedra, nos fue hecha relación que habíais compuesto la *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, de la cual hacíais presentación, y por ser libro de historia agradable y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio, nos suplicasteis os mandásemos dar licencia para poderlo imprimir y privilegio por veinte años, o como fuese nuestra merced; lo cual visto por los de nuestro Consejo, por cuanto se hizo en dicho libro la diligencia que dispone sobre ello la pragmática hecha por Nos, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula por dicha razón, y Nos lo tuvimos a bien. Por la cual os damos licencia y facultad para que vos, o la persona que tuviese vuestro poder para ello, y ninguna otra, podáis imprimir y vender el susodicho libro por tiempo y espacio de los próximos diez años, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra cédula en adelante, y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de nuestros reinos que nombréis para que durante dicho tiempo lo pueda imprimir por el original que se vio en nuestro Consejo, que va rubricado y firmado al final por Hernando de Vallejo, nuestro escribano de Cámara y uno de los que residen en él, con que en primer lugar y antes que se venda lo traigáis ante ellos, juntamente con dicho original, para que se vea si dicha impresión está conforme a él, o traigáis certificado oficial de que se vio por corrector nombrado por Nos y de que se corrigió dicha impresión por dicho original. Y mandamos a ese impresor que vaya a imprimir así el dicho libro no imprima el principio y primer pliego de él, ni entregue más de un solo libro con el original al autor y persona a cuya costa lo imprimiese, ni a otra alguna, para efecto de dicha correción y tasa, hasta que antes y en primer lugar dicho libro esté corregido y tasado por los de nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir dicho principio y primer pliego, en el cual inmediatamente ponga esta licencia nuestra y la aprobación, tasa y erratas, ni lo podáis vender ni vendáis vos ni otra persona alguna hasta que esté dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en dicha pragmática y leyes de nuestros reinos que disponen sobre ello.

Y más que durante dicho tiempo nadie lo pueda imprimir ni vender sin vuestra licencia, so pena que el que lo imprima y venda haya perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que tenga de él, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que hiciese lo contrario, de cuya dicha pena sea la tercera parte para nuestra Cámara, y la otra tercera parte para el juez que lo sentencie, y la otra tercera parte para el que lo denuncie. Y más a los del nuestro Consejo, presidentes, jueces de nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles de nuestra Casa y Corte y Chancillerías, y a otras cualesquiera justicias de todas las ciudades, villas y pueblos de nuestros reinos y señoríos y a cada uno en su jurisdicción, tanto a los que ahora son como a los que serán de aquí en adelante, que os guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así os hacemos, y contra ella no vayan ni pasen en

manera alguna, so pena de nuestra merced y de diez mil maravedís para nuestra Cámara. Dada en Madrid, a 30 del mes de marzo de 1615.

YO EL REY

Por mandato del Rey nuestro señor

PEDRO DE CONTRERAS



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (Alcalá de Henares, 29 de septiembre de 1547 - Madrid, 22 de abril de 1616) fue un soldado, novelista, poeta y dramaturgo español. Es considerado una de las máximas figuras de la literatura española y universalmente conocido por haber escrito *Don Quijote de la Mancha*, que muchos críticos han descrito como la primera novela moderna y una de las mejores obras de la literatura universal. Se le ha dado el sobrenombre de «Príncipe de los Ingenios».